3 1761 09544641 5

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

OBRAS EN PROSA

DE

86 b

D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

COLECCIONADAS

POR D. JOAQUÍN DEL PINO

Y

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

Y DE LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

TOMO II

MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO

calle de Pontejos, 8

1883

I

OBRAS EN PROSA

DE

D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

LS
G4895 P

OBRAS EN PROSA

DE

D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

COLECCIONADAS

POR D. JOAQUÍN DEL PINO

Y

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

Y DE LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR

TOMO II

494192
2.7.49

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO
calle de Pontejos, 8

1883

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

CRÍTICA LITERARIA.

TEATRO DEL PRÍNCIPE.

NOCHE DEL 9 DE NOVIEMBRE.

PRIMERA REPRESENTACIÓN DE DOÑA MENCÍA, DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO: SU AUTOR DON JUAN EUGENIO HARTZEMBUSCH.

ARTÍCULO I (*).

No estamos lejos de opinar con un hombre justamente célebre en nuestros días, que el drama es la expresión literaria más completa de la época presente, la que más influjo está llamada á ejercer sobre la actual sociedad. En efecto, cuando los pueblos llegan á la edad viril, algo más han menester que el himno que celebra en boca del hombre nuevo las maravillas de un mundo nuevo también; algo más han menester que el arpa del bardo que canta los combates y las hazañas de los héroes, que ennoblecen y encaminan la juventud de las naciones. Cuando el hombre ha cantado su admiración, cuando ha ejercitado y esclarecido su fuerza física, llega la época en que las facultades de su alma se replegan sobre sí propias, y en que el examen de su poderío moral y de los misterios de su espíritu ocupan toda la actividad de su ser. Por eso ha habido un Gé-

(*) Publicado en el *Correo Nacional* el mes de Noviembre de 1838.

nesis, en que el hombre cantó las primeras auroras del mundo; por eso ha habido una Iliada, en que el hombre cantó las proezas de su mocedad; por eso ha habido un Shakespeare, un Calderón que han descifrado los enigmas del alma á los ojos curiosos de la multitud, y le han ofrecido lecciones dignas de su tendencia contemplativa y profunda. La oda en su significación verdadera y filosófica ha pasado con la infancia de los pueblos; la epopeya, aceptada en igual sentido, pasó asimismo con la adolescencia de las naciones; el drama queda como fiel expresión de su virilidad y madurez.

Por otra parte, una vez alistado y formado el género humano bajo las banderas del Evangelio, de una religión esencialmente espiritual y progresiva, ¿qué otra expresión pudiera elegir el hombre más adecuada á semejante impulso y dirección? La meditación y el recogimiento que el cristianismo inspira de suyo, forzosamente habían de levantar el vuelo del corazón, forzosamente habían de imprimir al drama poderoso desarrollo. Las mismas epopeyas que en esta época se han escrito, dan claro testimonio de semejante tendencia; y al estampar Dante el título de *Divina Comedia* en la portada de su gigante creación, y al darle toda la trabazón y contextura de un drama, no hizo más que seguir quizá sin saberlo, la marcha irresistible del siglo.

Réstanos considerar rápidamente el drama bajo su aspecto social. ¿Cuál de los diversos medios que se dicen empleados para dirigir y moralizar las masas, llena cumplidamente su destino? La discusión parlamentaria versa en general sobre los intereses más que sobre las ideas, aun prescindiendo de los mezquinos pasos que repetidas veces conducen á los hombres constituídos en semejante posición á un término más mezquino todavía. La prensa periódica, perdida entre los debates y enconos de los partidos, si bien contribuye indudablemente á la marcha de la civilización, y desprende siempre de la colisión de las doctrinas un fondo de verdad conocida, no inocula el germen

del sentimiento en el corazón del pueblo. Las escuelas y colegios tampoco aciertan á formar otra cosa que la cabeza, desacordando de este modo las facultades de nuestro ser. El púlpito, merced al extremecimiento que ha dejado en el edificio religioso la violenta sacudida del siglo pasado, y á la errada dirección de no pequeña parte del sacerdocio, tampoco ejerce la saludable influencia que con tanta justicia le mereció en otro tiempo la iniciativa social: de modo que el teatro, como único medio que nos resta de comunicación directa con las masas, es el que queda en posesión de tan preciosa prerrogativa. Decir, empero, que queda en posesión de ella, no es decir que la haya aprovechado, ni menos impreso el conveniente impulso, porque no faltan extravíos de que lastimarse, errores de óptica ó de corazón que no por eso son menos de lamentar; mas es deber nuestro y de todo el que para el público escribe señalar al genio las armas encantadas, que puede y debe empuñar para ejercer la supremacía moral á que está llamado. El sentimiento es lo único que hay de común entre los hombres: las teorías que á él no se refieren, y los intereses, jamás podrán ofrecer en medio de su choque y perpetua movilidad un sólido cimiento á la reconciliación y fraternidad universal: así que á apoderarse de este lazo común y anudarlo estrechamente, deben enderezarse todos los esfuerzos del genio. No son las pasiones á nuestros ojos otras tantas aberraciones de la humana naturaleza como á los de algunos ceñudos moralistas, sino los impulsos, los movimientos que Dios mismo ha depositado en nuestras almas, y que desenvolviéndose en un medio heterogéneo, como ha sido hasta el día el medio social, se corrompen ó se apartan de su primitiva dirección. El sentimiento, ó lo que es lo mismo, las pasiones, son la fuerza, la vida del mundo moral: diríjasela y subordínesela hasta hacerla converger á un mismo punto, y entonces á semejanza de esas potencias físicas que el hombre regulariza y aprovecha, veránse resultados incalculables. El sentimiento rescató, iluminó y fijó un mundo agonizante desde lo

alto de una cruz: el sentimiento será lo único que alcance á cambiar la dirección interesada y egoista del siglo.

No sin objeto hemos desenvuelto aquí nuestro modo de considerar el teatro, si bien compendiosamente, atendidos los forzosos límites de un artículo de periódico. No ha sido sin objeto, lo repetimos, porque habiendo de juzgar un drama de las proporciones de doña Mencía, que tan distinguido lugar ocupará en nuestros anales dramáticos, no nos ha parecido superfluo poner á los ojos del público la medida con que le habremos de medir. Procederemos á bosquejar su argumento, pidiendo antes perdón al autor de los borrones con que nuestro inexperto pincel puede menoscabar una creación tan cumplida y preciosa. Solo el interés del arte y aun el suyo propio pudieran determinarnos á tal resolución.

Doña Mencía, huérfana de don Alfonso de Lanuza, caballero infamado por sentencia de la inquisición, vive en la corte del devoto Felipe III, retirada del mundo, sola con su borrón, y una hermana bastarda á quien destina la misma suerte que á sí propia, es decir, el velo de las religiosas. A su vuelta de una peregrinación á Santiago se encuentra con que su hermana, desobediente á sus mandatos, había contraído empeños amorosos con el capitán don Gonzalo de Mejía. Decidida á encerrar su orgullo y su mengua en el convento y arrastrar consigo á su hermana doña Inés, la sorprende al encaminarse á una cita con su amante, le declara su inflexible propósito, le revela el desastroso fin de su madre doña Beatriz Coronel en la hoguera de la inquisición; y viéndola, á pesar de sus reflexiones y amenazas, firme en su amante resolución, la aterra fingiendo que el santo oficio persigue al capitán, y diciéndole que si no renuncia á su corazón parará donde su madre. Doña Inés se resuelve á despedir al capitán con una carta, sacrificando su pasión á la salvación de su amante: doña Mencía hace uso del papel con el capitán que llega á la cita, y este rasga la carta y olvida los amores de una niña, que juzga con razón veleidosa. Doña Mencía enton-

ces siente prender en su pecho la llama del amor: ambas almas se entienden, y el capitán se ausenta lleno de fundadas esperanzas.

En el segundo acto se va á consumar el sacrificio de la triste Inés, que se despide al parecer del mundo. Doña Mencía descubre erradamente por una carta equívoca dirigida á Beatriz Coronel, que se encontraba entre los papeles de su madre, que Inés no es hermana suya, y que su padre fué burlado: y á pesar de los reparos de don Gutierre, su tutor y familiar del santo oficio, se obstina en esta idea, y resuelve con más ahinco que nunca el monjío de doña Inés. Don Gonzalo, ya amante favorecido de doña Mencía, viene entonces á despedirse de ella, porque la inquisición le persigue; y en la plática de los amantes, que la celosa doña Inés escucha detrás de una cortina, descubre doña Mencía que el autor de la carta á Beatriz es el capitán, y de consiguiente, le cree sin duda alguna, padre de doña Inés. En el momento de ir á aclararse todo, llega gente: Don Gonzalo tiene que ocultarse, y doña Mencía se ve obligada á abandonar el aposento, cuando la celosa doña Inés que llega en seguida, arrastrada por los celos, fascinada por don Gutierre, que tiene mandamiento de prisión contra don Gonzalo, le revela el escondite de éste. En el diálogo que media á continuación entre doña Mencía y doña Inés, le descubre la primera que el capitán es su padre, y que delatándole le pierde, á tiempo que el coche de la inquisición arranca con el desdichado preso. Óyese su voz que encarga á doña Mencía el cuidado de su hija, y doña Mencía desesperada arrastra á doña Inés al convento.

Entre este acto y el tercero media un año. Doña Mencía ha acudido durante él á la inquisición á confesar sus escrúpulos: háse visto maltratada, se ha casado con el capitán por poder y sin verle siquiera, y su razón ha sufrido un golpe profundo. Doña Inés va á profesar; doña Mencía se reconcilia con ella, y durante el acto, el capitán que ha podido quebrantar su cárcel, viene disfrazado de fraile á reunirse

con su esposa. En lugar del retrato de la madre de Inés, que doña Mencía destinaba para su celda, han traído por equivocación al convento el de la madre de doña Mencía: se corre entonces el horrible velo: Don Gonzalo descubre en el retrato el semblante de la mujer que ha querido, y que se ha casado con su propia hija. Doña Inés sale entonces ya profesa, y puede conocer que no es aquel su padre, llega entre tanto la inquisición que ha descubierto á don Gonzalo, quiere este suicidarse: su esposa é hija le arranca el puñal y se atraviesa con él el pecho. Doña Inés ha caído desmayada, y los esbirros se llevan al capitán á una prisión perpetua.

Tal es el plan de este drama que sentimos no haber acertado á delinear mejor. En un próximo artículo nos ocuparemos en el examen de sus pormenores.

ARTÍCULO II.

Al hablar en nuestro artículo anterior de la influencia social del drama, dijimos también que sentábamos semejante premisa para que el público pudiese conocer los datos que tendríamos presentes al analizar el titulado *Doña Mencía*. Dichosos somos en tener que alabar en él no solo el pensamiento filosófico y social que encierra, sino también el desarrollo y la encarnación (digámoslo así) de semejante pensamiento. La inquisición, esa especie de pesadilla que por tanto tiempo ha comprimido el corazón de España, es una mina inagotable de asuntos á cual más interesantes y dramáticos, y de los cuales siempre sacará el pueblo una grave y solemne lección. Al poner el Sr. Hartzenbusch en boca de D. Gonzalo una especie de acusación lógica del proceder del santo oficio, ha dado una alta prueba de inteligencia en tocar ligeramente tal extremo, y en fiar al sentimiento toda la execración que semejante instituto se merece. Uno de los elementos de muerte que encerraba el teatro

á fines del pasado siglo, era el prurito de poner en boca de los personajes dramáticos largos razonamientos que, llenos de la mayor buena fe y de la lógica más robusta, apartaban con todo tales obras de su blanco por no dirigirse al corazón del público. El Sr. Hartzenbusch ha huído de semejante escollo, y el éxito no puede ser más lisonjero para él. Los reflejos de las hogueras inquisitoriales alumbran todas aquellas escenas de desolación, y la maldita influencia no abandona á los desdichados personajes en toda la duración del drama. Tales resultados hablan más alto al corazón del pueblo que todos los recursos de la lógica más acerada, bien como la ensangrentada túnica de Julio César agitó y sojuzgó al pueblo romano harto más poderosamente que toda la oratoria de Marco Antonio.

No falta quien diga que combatir con todo el poder del sentimiento una institución muerta de vejez, es usar con poca lógica de semejante arma cuando quedan en pie tantos abusos; pero á nosotros nunca nos parecen perdidas semejantes lecciones, y siempre que el pueblo alcance á ver en los pasados extravíos enseñanza para lo presente ó para el porvenir, creeremos que se le encamina por la buena senda, y que el teatro cumple su misión.

Y dejando aparte la idea capital de la obra tan filosófica y digna de alabanza, ¡qué conciencia, qué estudio tan prolijo revelan los caracteres de los personajes! ¡Qué actitudes tan vigorosas y pronunciadas! ¡Qué fisonomías tan individuales y exclusivas! ¡Qué delicados toques ha empleado el autor en Doña Inés, la doncella de los primeros amores, de los amores inocentes, abandonados y sencillos! Los versos que á continuación copiamos, dicen más que pudieran decir nuestros elogios. Hablando de su pasión dice la niña á la dueña Salomé:

Si para oirle
Me falta tiempo y sentido.
Si no acierto á levantar
La vista de las rodillas

Para mirarle á hurtadillas,
¿Cómo he de atreverme á hablar?
Junto á Gonzalo mi ser
Todo empleado en sentir,
El tenerlo que decir
Entibiará mi placer.
Y repugna á mi decoro,
Y voz no hallaré jamás,
Y es para mi bien demás
Que diga cuanto le adoro.

SALOMÉ.

Antes esa timidez
Tanto de Cartuja peca,
Que sospechoso la trueca
Don Gonzalo en esquivez.
Le tenéis sobrado inquieto,
Y si su recelo cunde.....

DOÑA INÉS.

Conocerá que me infunde
Con el cariño respeto.
Cuando tierno y cortesano
Su labio mi diestra toca,
Me parece que mi boca
Debo poner en su mano.
El ya maduro varón
Y yo en mi verdor primero,
¿De qué nace que le quiero
Con todo mi corazón?

Todo este diálogo es tierno, verdadero, lleno de creencia, de suavidad y de frescura, y perfumado con toda la religión del primer cariño.

¡Qué contraste el de este carácter con el de doña Men-

cía! ¡Qué diferencia va de aquel delicado capullo de rosa entreabierta á esta sensitiva replegada sobre sí propia! Este corazón lastimado, orgulloso, lleno de desengaños; pero sediento de amor: esta mujer que exasperada por la desdicha se irrita contra la ventura ajena: esta alma árida y supersticiosa, pero asaltada á cada paso por violentas pasiones, presenta á los ojos del espectador un personaje sombrío, misterioso, lleno de enigmas y de sumo interés dramático. He aquí los versos en que el autor le delínea.

DOÑA MENCÍA.

Los cinco lustros de cumplir acabo,
Mis vanidades el espejo adula,
Y las rejas de hierro de mi calle
De oro las puedo hacer. Y ¿qué disfruta
De tantos dones tu infeliz hermana?
Traje humilde su cuerpo desfigura.....
Soledad y oración sus horas llenan.....
Y con todo la sangre que circula
Por mis venas es llama, y en mi pecho
No ha muerto el germen, no, de la ternura
Pretendientes también tuvo mi dote;
¿Pero, qué suerte la nupcial coyunda
Me podía ofrecer?

DOÑA INÉS.

Si eras amada.....

DOÑA MENCÍA.

Inés, el himeneo desanuda
La venda del amor. Viera mi esposo
En sus parientes esquivez adusta,
Viera en los superiores menosprecio,
Viera en el vulgo desacato y burla:

Y al hallar de su afrenta y abandono
La causa en su mujer; cual leve espuma,
Su amor, ya de deber, se disipara,
Y vendría el desdén, la queja injusta,
Y el triste, al fin, el sepulcral olvido.

Semejantes caracteres revelan en un autor no solo la espontaneidad del genio, sino también el amor al arte que hace buscar la verdad y la naturaleza con la fe de los niños.

No está á la altura de estas dos mujeres el capitán don Gonzalo de Mejía, que aunque bien entendido y correctamente dibujado, aparece un tanto descolorido al lado de figuras tan enérgicas y apasionadas. Quizá nos pudiera contestar el autor que tal cual está trazado basta á su propósito, y que su pensamiento no ha menester más para desarrollarse, en cuyo caso nos daremos por vencidos; si bien no por eso dejaremos de decirle que quizá no hubiera estado de sobra realzarle un poco más, para mejor armonizar así el bello conjunto de poesía, que engalana la obra entera.

En cuanto á la acción nos parece un poco lenta en el primer acto, sobre todo comparada con la rapidez con que marcha en los dos siguientes. Como quiera la facilidad, soltura y pureza del diálogo, junto con el sabor antiguo que reina en todo el acto y que tanto descuella en su final, nos hacen perdonar de buena gana este pequeño lunar en gracia de tanta belleza.

El segundo acto es en nuestro entender un modelo de animación, de interés y de pasión. ¡Qué abandono, qué candor reina en las quejas de la burlada Inés!

¿Esta de un hombre es la fe?
¿Merecía tal traición
Mi sencillo corazón?
Yo que ciega le adoré,
¿Le ofendí jamás? ¿En qué?
Nací con fatal estrella.

¿Será mi hermana más bella?
¿Es que á Gonzalo engañó
Como á mí? No importa, no;
Perjuro es él, vil es ella.

La escena siguiente está llena de *vis cómica*, y el ridículo que el honrado familiar del santo oficio derrama sobre él, lleno de la mayor buena fe del mundo, está manejado con suma ligereza y elegancia y produce maravilloso efecto. La última escena es altamente dramática y terrible, y aun por eso peca un poco de larga tal vez: por lo demás está desenvuelta con profundidad, con vigor y con cabal conocimiento de los recursos teatrales, y su conclusión llena de pavor el corazón del público. Es tan bella esta conclusión, que no podemos negarnos á copiarla.

DOÑA INÉS.

¡Una carroza!
Ya es tarde.

DOÑA MENCÍA.

¡Le prendieron! Goza, goza
Tu venganza, cruel, ella es la mía.

DOÑA INÉS.

¡Desdichada!

DOÑA MENCÍA.

Buscó tu enojo ciego
Dos víctimas; hay tres.

DON GONZALO. *(Dentro)*.

Sirve de madre
A mí hija, Mencía.

DOÑA MENCÍA.

Oye á tu padre
Al que conduces á morir al fuego.

DON GONZALO.

Abrázala por mí.

DOÑA MENCÍA.

No, la maldigo.
Vil instrumento de mi suerte esquiva,
Mancha mi nombre, de mi bien me priva,
Si la dejo vivir es por castigo.

DOÑA INÉS. *(Yendo hacia la ventana.)*

¡Padre, perdón!

DOÑA MENCÍA.

Su muerte y mi tormento
Caigan.....

DOÑA INÉS.

¡Piedad!

DOÑA MENCÍA.

Sobre tu frente impura.

DOÑA INÉS.

Abreme aquí á tus pies la sepultura.

DOÑA MENCÍA.

Ven á espirar de angustia en el convento.

El acto tercero es desde luego melancólico y oscuro. Aquellos preparativos de profesión siempre tristes como un adios eterno, aquella mujer delirante de pena y llena por otra parte de remordimientos por haber hundido el alma de Inés en una amargura sin término, contribuyen á dar al cuadro desde luego un aspecto lúgubre en demasía. La entrevista de las dos rivales en tan solemne ocasión dará mejor idea de ello que nuestra desmayada narración.

DOÑA MENCÍA.

. . . . . .
. . . . . .
Y ¿cómo no detestar
Un afecto que tal vez
Halló en mi seno lugar
Solo porque castigar
Quiso el cielo mi altivez?
Usurpando principió;
Pero pronto su conquista
Con lágrimas la regó:
Bien el corazón pagó
Los deslices de la vista.
. . . . . .
. . . . . .

DOÑA INÉS.

. . . . . .
. . . . . .
De haber sentido el amor
¡Tener por llanto que cueste
Ni despecho ni rencor!
¿Qué extraño lenguaje es este
Con más ira que dolor?
Me ves á mí revestida *(Levántase.)*
De este cándido cendal

Que severo me intimida?
Pues aun mi pasión fatal
Vive debajo dormida.
Y no evito que despierte
Ni que turbe mi quietud,
Pues grita en acento fuerte
Que no ofendí á la virtud,
Y á mí me burló la suerte.

. . . . . .

. . . . . .

La dicha de que gocé
Con mis fugaces amores
Como relámpago fué;
Las espinas y las flores
Confundidas encontré.
Mas tengo recuerdo tal
De aquel tiempo delicioso,
Que diera por tiempo igual
Toda una vida glacial,
Todo un siglo de reposo.
Y decirme necesito
Mil veces á cada instante,
Que ese nombre que repito
Es de padre y no de amante;
Y que es mi pasión delito.
Que si delito no fuera,
Si con el velo expiar
Otro crimen no quisiera,
¿Qué brazo tan fuerte hubiera
Qué aquí me obligara á entrar?
Dióme el retiro energía;
Ya en fuerza y valor abundo.....

(Suena dentro una campana llamando á coro.)

¡Fuerza inútil y tardía!
Convulsión de la agonía
De quien muere para el mundo.

¿Escuchas esa campana?
Ella dobla por Inés,
Que ya ni rival ni hermana,
Su loca afición mundana
Vencida pone á tus pies. *(Póstrase.)*

DOÑA MENCÍA.

Alza.

DOÑA INÉS.

Esa pared me ofrece
De un nuevo mundo la orilla:
Si de las pasiones crece
Al rededor la semilla
Dentro se agosta y perece.
Tú, en quien hoy la dignidad
Sagrada de madre acato,
Pide á la suma bondad
Para esta frente que abato
El don de conformidad.

DOÑA MENCÍA.

¡Hija mía!

DOÑA INÉS.

La aversión
Que nos separaba esquiva
Espire en esta mansión,
Y hoy en el cielo se escriba
Nuestra reconciliación.

Nos abstenemos de presentar reflexión alguna sobre esta escena; el que no alcance á comprenderla, menos comprendería lo que sobre ella dijésemos. La siguiente entre los dos esposos es también de mucho efecto.

El desenlace es trágico y vigoroso por demás, sobre inesperado y sorprendente. Para muestra de lo primero sirvan estos versos, que el autor pone en boca de la delirante doña Mencía.

DON GONZALO.

Deja que alumbre la razón tu mente.

DOÑA MENCÍA.

Deja que al cielo blasfemante acuse,
Que con mi corazón juega inclemente.
Solo á un hombre hasta mí llegar consiente,
Solo por él inflama mi tibieza,
Y hallando su placer en mi congoja,
En los brazos del único me arroja,
Cuyo amor me vedó naturaleza.
Llena cielo enemigo tus furores,
Y acaba con un rayo mis amores.

La inquisición viene por último á coronar su obra, y la obra y la corona son dignas del artífice.

Para que todo concurriese en merecida ventaja del autor, la pieza ha sido desempeñada de un modo tan completo y satisfactorio, que aun á él mismo pudiera dejarle poco que desear. La Sra. Lamadrid (doña Bárbara) nos ha descubierto recursos de pasión y de exquisita sensibilidad que estábamos poco acostumbrados á ver en ella, y por las cuales le tributamos sinceros elogios, que por otra parte tienen bien merecidos la aplicación y el amor al arte de esta señora. La Sra. Díez ha estado admirable, delicada como siempre, y su voz pura y suavísima, variada con tanta riqueza sobre diversos tonos de sentimiento, ha cautivado de un modo indecible. La Sra. Díez es la flor de nuestros teatros y la delicia del público. El Sr. Latorre (D. Carlos) ha estado caballeresco y digno en todo el drama; y si hubiera puesto de su parte un poco más de efusión en algunas

escenas, nada nos hubiera dejado que desear. El Sr. Fabiani y la Sra. Llorente han desempeñado también sus papeles respectivos con suma naturalidad y soltura, y han merecido como de costumbre los sufragios del público. Y ¿qué decir del Sr. Guzmán, cuando todas las formas de la alabanza están apuradas ya respecto á el? No será mucho aventurarse por cierto, afirmar que la idea del autor ha quedado en un precioso relieve, desempeñada por tan distinguido artista. La escena española tiene que agradecer al Sr. Guzmán uno de sus laureles más verdes y frondosos. La empresa de teatros ha concurrido también eficazmente al brillo y lucimiento de la función, y nada encontramos que tachar en punto á verdad y aparato.

El público ha escuchado la pieza con sumo interés y atención, rompiendo al concluirse en sinceros y estrepitosos aplausos, y pidiendo á gritos la presencia del autor para manifestarle su viva simpatía. La modestia de este le ha impedido gozar semejante muestra de la pública aprobación, y aunque no podemos menos de alabar tal conducta, sentimos por otra parte que haya privado al público de tan justo desahogo.

Después de tan claros testimonios de alabanza, poco valor deberá tener nuestro humilde voto: sin embargo, no podemos dejar de emitirle. El Sr. Hartzenbusch ha presentado una idea altamente filosófica y social, ataviada con todas las galas del decir, con toda la música de una hechicera versificación y con todos los matices del sentimiento. Facilidad, soltura y brillante colorido en el diálogo; buen tono y verdadera sal en los chistes; verdad esmerada en las situaciones; dibujo correcto y natural en los personajes, y un mágico cendal de poesía cubriendo todas estas bellezas; tales son las principales dotes que campean en doña Mencía. Tiene además el mérito de haber localizado su obra exclusivamente en nuestro país, de habernos presentado nuestros antepasados con su propia fisonomía, con sus errores y sus creencias, y no es este pequeño mérito á nuestros ojos.

Todo el drama revela un estudio esmerado y lleno de conciencia de nuestra historia y de nuestro teatro antiguo, y ya que de esto hablamos, quisiéramos dar al Sr. Hartzenbusch un consejo que deberá agradecer, siquiera por la sana intención que le dicta. ¿Porqué no tomar de nuestro inmortal Calderón aquella trama tan complicada de sus dramas, aquel enredo prodigioso tan lleno de vida y de color, que apiña sin confusión los sucesos, que hace pasar á los personajes por infinidad de pruebas, presentándolos bajo mil fases distintas, y desarrollando de este modo los caracteres cumplida y satisfactoriamente? Si la sublime creación de doña Mencía hubiera pasado por más crisoles, tan tersa y reluciente hubiera salido, que sin duda el autor hubiera visto acrecentarse su nombradía, que tan alta ha quedado en esta ocasión. De todos modos esto no es más que una opinión particular de que el autor y el público harán el merecido aprecio.

Por lo demás, delante de una gloria tan apacible, tan serena, ¿qué son todas esas celebridades de un día, aborto acaso de mezquinos intereses, que pasan por delante de nuestros ojos, resplandecientes por ventura como un fuego fatuo del estío, pero fugaces y deleznables como él? Si algún día ha de llegar el otoño de la vida de los pueblos; si algún día ha de recoger la humanidad los frutos de su laboriosa juventud, la esbelta columna de la generosidad y del genio será en verdad el único monumento que enseñoree sus campos. Al llegar aquí no podemos resistir á la tentación de copiar un pasaje del célebre vizconde de Chateaubriand en su obra titulada *El Congreso de Verona,* que servirá de precioso remate á este pobre artículo: «¡Prestigio del genio!» exclama el hombre de la poesía, del poder y de los desengaños; «nadie se acuerda ya de nuestros discursos al rededor de la mesa del príncipe de Metternich: jamás oirá viajero alguno cantar la alondra en los campos de Verona, sin recordar á Shakspeare.»

TEATRO DEL PRÍNCIPE.

NOCHE DEL 13 DE DICIEMBRE.

PRIMERA REPRESENTACIÓN DEL MACBETH, DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS, COMPUESTO EN INGLÉS POR WILLIAM SHAKSPEARE, Y TRADUCIDO AL CASTELLANO POR DON JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.

ARTÍCULO I (*).

Difícil cosa es la situación de un escritor crítico, que haya de conciliar el respeto que se debe al público con el respeto que el genio reclama de fuero, cuando ambos respetos se contradicen en su conciencia. Sin embargo, si la situación es difícil, no por eso es menos clara para un hombre de fe, resuelto á sacrificar su propia reputación, si preciso fuere, á la opinión que le parezca más luminosa y más justa. Esta será siempre la norma de nuestros juicios, porque no somos en verdad de los que sacrifican la convicción propia al número ni al estrépito, al paso que la razón, por mezquino que sea su conducto, siempre nos encontrará dóciles y obedientes.

Cuando Shakspeare tenía que dejar la tabla de carnicero de su padre, donde el cuchillo que más tarde debía

(*) Publicado en el *Correo Nacional* el mes de Diciembre de 1838.

trocarse en el puñal de Melpómene, se empleaba en sangrar reses; cuando la balada satírica que fijó á la puerta de sir Thomás Lucy, le lanzaba á la miseria de Londres, donde guardaba los caballos de los caballeros (gentlemen) á la puerta de lo que entonces se llamaba teatro; cuando de la puerta pasaba adentro en calidad de sirviente, y desde aquí á actor, gracias á su pariente Black-Friars, actor también, y por último á sublime autor; cuando por esta serie de humillaciones pasaba, decimos, ¿tenía la conciencia de su genio, la fe de la inmortalidad de su fama? ¿Era desdén de su mágico poder, ó ignorancia de su alcance lo que le hacía exclamar en Hamlet: «¡Ah cielo! ¡muerto dos meses ha, y no olvidado todavía! En ese caso bien se puede esperar que la memoria de un hombre grande le sobrevivirá seis meses; pero, por la Virgen, que para eso será preciso que haya levantado iglesias; de lo contrario, que se resigne á que no se hable más de él.» En el teatro era buen tono entre los *gentlemen* jugar á los naipes, fumar volviendo la espalda á la representación, despedazar las cartas como si se perdiese una enorme suma y arrojarlas al proscenio, en tanto que la plebe silbaba, bebía cerveza y comía manzanas, cuyo corazón tiraba á los actores. Así apareció y vivió en el mundo este coloso, que se presenta al fin de la edad media como un gigante, que cierra para siempre las puertas de un castillo encantado. «El insulto de la fortuna, dice un célebre moderno (*), hizo dos cómicos de Shakspeare y de Molière, á fin de dar al último de los miserables el derecho de ultrajar á un mismo tiempo por algunos óbolos á dos grandes hombres y á sus obras maestras.»

Cervantes y Shakspeare vivieron por el mismo tiempo, murieron en el mismo mes, y quizá en el mismo día. El primero empujaba la sociedad á una época positiva, de razón y prosaica: el segundo aparecía como un bárbaro que quisiese hacer retroceder los tiempos y volver á los hom-

---

(*) Chateaubriand. *Essai sur la literature angliase, etc.*

bres al caos tenebroso de la edad media. Ambos pasaron pobres, desconocidos y menospreciados. ¿La hermandad del genio no podría traducirse por la hermandad de la desgracia?

La posteridad se ha sentado á juzgarlos sobre la losa de sus sepulcros, y ha sido justa; el soplo de los siglos ha pasado por su frente sin llevarse una sola hoja de su corona de laurel. Ambos han merecido estatuas y monumentos: pero ¿qué puede importarles? «¿Qué falta le hacen á mi Shakspeare para sus huesos venerados, dice Milton, piedras hacinadas por el trabajo de un siglo? ¿O es menester que esconda sus santas reliquias una pirámide de punta estrellada? (*) Hijo querido de la memoria, gran heredero de la gloria, ¿que te importa un testimonio tan deleznable de tu nombre, á ti que te has levantado con gran maravilla nuestra un monumento de larga vida?.... Permaneces sepultado en una pompa tal, que los reyes mismos anhelarían morir por tener semejante sepulcro.»

Toda esta gloria tan antigua, tan sólida, tan venerable, ha venido á naufragar en el teatro del Príncipe en su primera aparición. ¿Cómo ha podido tener lugar tan extraño suceso? Vamos á procurar explicarlo, sin que por eso nos lisonjeemos de conseguirlo: por lo demás de justificarlo creemos que nadie trate, y nosotros menos que nadie.

Shakspeare nació y vivió en una época, en que la sociedad pasaba de la oscura serie de los siglos medios á la era moderna. Las tradiciones caballerescas, junto con las más lúgubres y extrañas supersticiones, flotaban entre las brumas de la antigua Inglaterra, alrededor de sus blasonados castillos, á la orilla de sus lagos y en la espesura de sus famosos bosques. La sociedad estaba en una época de transición, y la sangre corría por todas partes. La reina Isabel arrojaba á los pies del poeta la cabeza de Essex

---

(*) Traducción literal. Fácil sería decir «cuya punta tocase las estrellas.»

después de la de María Stuardo: los Países Bajos eran el teatro de todas las desdichas inseparables de la emancipación de un pueblo con el duque de Alba por enemigo: en España multiplicaba Felipe II los autos de fe, y asesinaba á su hijo: principiaba Wallenstein en Alemania, y en Francia, tierra la más cercana de su país, se dibujaban á los ojos del poeta las matanzas de San Bartolomé. El genio, pues, de la época se encarnó en Shakspeare, y los dramas innumerables que se representaban en torno suyo, no solo le inspiraban los propios, sino que también ofrecían asuntos sin número á Schiller, Otway, Corneille, y Alfieri, herederos de su arte. Así que, este arte, como reflejo exacto y fiel de la época, debió de ser por necesidad grande, salvaje y lúgubre como ella.

En aquella creciente de pasiones, de supersticiones y de crímenes, la imaginación del poeta solo podía divisar figuras grandes y severas, espectros, brujas, y espíritus maléficos, arrastrando consigo al abismo aquellas vírgenes inocentes y puras, que se le aparecían á veces con sus amores de ángel; vagas sombras osiánicas, pálidas y leves como un rayo de la luna. Todos los misterios del alma, todos los enigmas del corazón debían de presentarse claramente á la vista del poeta con sus fieros combates ó con sus apacibles armonías, en un tiempo y en una sociedad, en que la fisonomía moral de los hombres era tan enérgica y pronunciada, ora en sus impulsos más elevados y sublimes, ora en sus ridículos y flaquezas. ¿Cómo, pues, pedir serenidad y terso y unido curso á este torrente que nacía en las asperezas de las montañas, que caía despedazado de roca en roca, y que solo en algún valle misterioso y escondido podía mostrar sus ondas cristalinas y sosegadas? ¿Cómo sujetar los vuelos de esta águila altiva á la voz de un alconero? ¿Cómo encerrar en la prisión de las reglas á este Sansón, que tenía fuerzas de sobra para cargar con sus puertas, y hasta para lanzarlas contra las murallas enemigas? Así que, sería soberanamente injusto medir la estatura del coloso con el anteojo clásico que apenas puede re-

correr uno por uno los detalles de una obra de arte, para que sea capaz de reunir en su foco el imponente conjunto de tan altas creaciones.

Supuestos todos estos preliminares, ¿habrá quien crea el teatro de Shakspeare adaptable en un todo á nuestra época, á nuestras creencias, á nuestras costumbres y civilización? juzgamos que no: y juzgamos asimismo que nadie dista más de esta idea que el laborioso traductor de Macbeth. Las nieblas de la Escocia, su naturaleza agreste, sus magas, sus apariciones y el carácter abstracto y visionario de los hombres de aquel tiempo, distan en verdad infinito de nuestro sol de fuego, de nuestro cielo azul, de nuestros campos aromáticos, de nuestro desenfado y del giro casi del todo exterior y desenvuelto de la imaginación meridional. Hay muchas disonancias en las exterioridades del dramático inglés y de nuestros opulentos dramáticos, para soñar nunca en ajustarlas estrechamente á nuestro modo de sentir. Hasta este punto creemos que todos estamos acordes.

Pero ¿es un lujo vano de exterioridades y apariencias lo que compone la grandiosa creación de Macbeth? ¿No consiste el mérito indisputable de Shakspeare (y le llamamos indisputable, porque clásicos y románticos están de acuerdo sobre él) en el estudio profundo, penetrante y sin igual del corazón humano, de sus vaivenes y combates? y la actividad, la vida, el poder de este corazón ¿no son en el fondo los mismos en todos los hombres y en todos los países? ¿los amores de los hijos del primer hombre se diferencian en la esencia de nuestros amores? La fraternidad, la caridad, la filantropía, todos los sistemas que la filosofía ha podido bosquejar, que la religión ha desenvuelto y animado con su inspiración y con sus colores, ¿tienen otro cimiento por ventura que la uniformidad de los sentimientos del hombre?

El Evangelio, cuyo impulso libre, social y civilizador por todos es reconocido, ¿no fuera una teoría semejante á los torbellinos de Descartes si los hombres no tuvieran un

elemento primitivo, idéntico y común? Y suponiendo, como todos suponen, en Shakspeare la inteligencia, la dominación de este elemento, ¿podrá negarse, desconocerse siquiera el influjo de su poderosa poesía en cualquier país que sea? Sin duda alguna, que lunares de mayor cuantía afean á veces el magnífico semblante de su musa; pero aun calculando matemáticamente ¿no son más y mayores sus bellezas que sus defectos? ¿No debiera esto haber bastado para contener á una gran parte del auditorio en los límites de un respetuoso silencio? ¿Tan poco puede en ciertas gentes el sentimiento de lo grande, que no les merezca veneración alguna la santidad de una memoria, que ha atravesado las tinieblas de los tiempos resplandeciente y sublime, y que alumbrará siempre al mundo del arte y de la belleza? La duda, la indecisión y hasta la frialdad del público la hubiéramos comprendido y quizá aun disculpado; todo lo demás ha sido para nosotros una sorpresa dolorosa, y lo creemos sucedido en mengua del criterio nacional. Shakspeare ha visto tejer coronas á su busto venerable bajo el hermoso cielo de la Italia; Alemania entera se entusiasma y conmueve con los héroes de nuestro Calderón, y nosotros hemos negado hospitalidad en el suelo de este mismo Calderón al príncipe de la literatura dramática.

Ocupémonos ya en el examen de las principales bellezas de Macbeth, puesto que ni los límites de un artículo de periódico, ni nuestra capacidad nos permiten hacer una reseña circunstanciada y completa de todos sus rasgos notables.

Entre los muchos personajes que desenvuelven y llevan á cabo esta obra, no hay uno siquiera que se asemeje al otro: todas sus fisonomías son peculiares y exclusivas; todas sus acciones y palabras son completamente distintas. ¿Cuándo los misterios y la gradación del crimen se han personificado de un modo tan cabal, tan filosófico y profundo como en Macbeth? ¡Qué criatura tan noble, tan valerosa y tan sencilla, hasta que el oráculo maldito comienza á derramar en su alma las tinieblas de la ambición! y desde

este primer vislumbre de delito ¡cuántos y cuán acerbos combates hasta lanzarse en su abismo! y después de lanzado ¡qué desenfreno, qué resolución y qué amargura! qué sola y árida está el alma de Macbeth al fin del drama, cuando abandonado de todos, exclama;

La flor de la senectud
Cuyo aroma es la obediencia,
Respeto en la juventud;
Y de provecta virtud
Honores y reverencia
No guarda para mí el mundo,
Ni me guarda un pecho amigo;
Maldecir solo iracundo,
Alto no, pero profundo;
Y oculto hálito enemigo;
Y fe que el labio pregona
Y desmiente el corazón,
Circundarán mi corona;
Mientra el pavor la festona.....

Y más adelante al saber la muerte de su esposa:

Tránsito prematuro:
Murió muerte temprana.....
Mañana..... ¡Sí! ¿Tal vez ese *mañana*
No se arrastra con paso imperceptible
Y se encarna en el *hoy* de cada día?
Las horas le abren vía
Hasta los lindes últimos del tiempo,
Todos nuestros *ayeres* alumbraban,
Mientras raudos pasaban
Con su luz moribunda,
Por el sendero de la huesa inmunda.
¡Afuera, luz umbría,
Afuera! huye de mí.....

Macbeth es el hombre que mira con amor á la inocencia y cree en su perfume; pero que una vez perdida, camina sin volver la vista atrás, y solo tiene fe en la fatalidad y en la muerte.

Lady Macbeth es un carácter criminal á sangre fría, una de esas contradicciones de la naturaleza, que se complace en esconder bajo el seno mujeril algunas veces un corazón dotado de toda la fuerza de la perversidad y de la ambición. Horrible es en verdad el contraste de su serenidad y previsión con el delirio de Macbeth después de cometer el delito, y aquella serenidad de lavar con unas gotas de agua todas sus huellas y vestigios. Pero ¡qué idea tan sublime la de presentar esta alma diabólica, presa de los remordimientos y del crimen á la vez, en la horrible escena del sonambulismo, doloroso apéndice de una vida más dolorosa todavía y que se va á acabar muy en breve! Esta escena sola equivale á un drama, y es preciso toda la elevación del genio para concebir y trazar semejantes rasgos.

Macduff, que es un personaje secundario al lado de estos dos, aparece sublime como padre cuando Rosse le cuenta la muerte de su esposa y sus hijos.

MACDUFF.

¿Y así acabaron
Mis hijuelos también?

ROSSE.

Esposa, hijos,
Tus comensales todos y criados.

MACDUFF.

¡Y no estaba yo allí! ¿También mi esposa?

ROSSE.

Ya lo he dicho.

MALCOLM.

Macduff, juntos hagamos
De espantosa venganza medicina
Para curar tu pecho emponzoñado.

MACDUFF.

¡Macbeth no tiene hijos!

Este rasgo está aislado, y no tiene par en el mundo dramático, salva, no obstante, la opinión de no pequeña parte del público que juzgó conveniente acogerle con risas, derecho que no disputamos, puesto que se compra por la módica cantidad de dos pesetas.

El carácter de Banquo, severo, reservado y leal, es también una muy afortunada creación, y no se desmiente en un punto. No hablamos de los demás personajes, porque el drama gira sobre éstos principalmente, y no tenemos espacio por otra parte para señalar sus bellezas con detención.

Hemos oído decir á personas que nos merecen respeto, que de todas las creaciones de Shakspeare, Macbeth es la menos adaptable al teatro en general y sobre todo á nuestra escena. Podrán tener razón, pero lo que firmemente creemos es que en ninguna se ha desplegado el genio de Shakspeare de un modo más atrevido y más completo. Aquella es la Escocia que el autor tenía delante: aquellas son los brujas que espantaban á las gentes crédulas y sencillas: aquellas las sombras en que imaginaciones meditabundas personificaban el remordimiento, aquel es, en fin, el mundo de desorden y de barbarie que se reflejaba en la

fantasía del poeta. En ninguna pieza es Shakspeare tan idéntico á sí propio y á su época como en Macbeth.

«Shakspeare se cuenta en el número de los cuatro ó cinco genios que han bastado para nutrir el pensamiento; de esos genios madres que parecen haber parido y amamantado á todos los demás. Muchas veces se reniega de estos maestros supremos, y se rebelan las gentes contra su autoridad: se les acusa de pesadez, de extravagancia y de mal gusto, sin perjuicio de robarles al paso para engalanarse con sus despojos; pero es en vano el forcejear y el reluchar bajo su yugo. Todo se tiñe con sus colores; por do quiera se estampan sus huellas; abren horizontes de donde brotan oleadas de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil, y sus obras son minas inagotables en las entrañas mismas del espíritu humano.

«Semejantes genios ocupan la primera línea: su inmensidad, su variedad, su fecundidad, su originalidad les dan á conocer desde luego por leyes, por ejemplares, por tipos de las diversas inteligencias. Y cuenta con insultar los desórdenes en que algunas veces caen estos seres potentes: no imitemos á Cham el maldito: no nos riamos si encontramos desnudo y dormido á la sombra del arca, varada sobre los montes de Armenia, al único y solitario marinero del abismo. Respetemos á este navegante diluviano en que comenzó de nuevo la creación después de agotadas las cataratas del cielo: piadosos hijos bendecidos por nuestro padre, cubrámosle honestamente con nuestro manto.

Cuando Chateaubriand bosquejaba este brillante trozo, ¿le predeciría el instinto del genio que en alguna parte había de ser necesario?—En un próximo artículo hablaremos de la representación y de la traducción de este drama.

ARTÍCULO II.

Nos reservamos en el artículo anterior tratar en uno aparte de la representación y traducción de *Macbeth*. La aparición de esta obra forma época en nuestro repertorio teatral, y es un suceso que merece detenimiento y mesura: así que con mesura y detenimiento le trataremos.

El primer pensamiento que naturalmente se le ocurre á cualquiera es la incompatibilidad de nuestros medios teatrales con la pompa y lucimiento que debe acompañar á piezas de tamaña altura, porque en realidad, supuesto el esmero y el lujo con que en los demás teatros de Europa, y especialmente de Inglaterra, se decoran tales dramas, la pretensión de ajustar á Shakspeare á nuestra escena, sería tan ridícula como la de acostar á un gigante en la cuna de un niño. Esto ha valido á la empresa y al traductor murmuraciones de parte de algunas gentes: esto, sin embargo, es lo que les vale á los dos nuestro sincero apoyo y alabanza.

Convencidos como lo estamos de que la creación y desarrollo de los medios está en proporción de las necesidades que se van creando, somos de opinión que se debe de mostrar gratitud á cualquiera que desenvuelva el gusto y ensanche los deseos de nuestro público. Indudable cosa es que muchos de los dramas que en los últimos tiempos han llamado la atención, han aparecido con ropajes poco dignos de su mérito y clase; pero no lo es menos que sin su aparición, y sin las condiciones que forzosamente requerían, nuestra escena permanecería tan desnuda y falta de aparato como antes. Cualquiera que haya podido ver el desaliño y pobreza con que se han presentado las obras más majestuosas de nuestro teatro antiguo, y las compare

con el esmero y buen gusto, que merece en general la traducción más mezquina, no podrá menos de hacer justicia al adelanto que en sí encerraba aquella pretendida inconsecuencia.

En estas cortas líneas nos hemos ceñido á la parte material y puramente exterior que tiene en el progreso del arte la traslación de dramas de escala tan elevada á nuestra escena: la parte moral, empero, es inmensa; y si hubiéramos de demostrarla cual se merece, fácil cosa fuera llenar un volumen. Así que, nos limitaremos á decir que el lazo más firme, más duradero y más social de los pueblos entre sí, es el conocimiento universal de las obras maestras que esclarecen su literatura respectiva. Cuando los pueblos pueden comparar la expresión recíproca de sus sentimientos; cuando pueden ver la analogía cada vez más pronunciada de su fisonomía moral; cuando alcanzan á divisar la dirección convergente de los caminos por donde peregrinan sus grandes hombres, que reconcentran y reflejan su civilización y sus costumbres; grandes son ya los pasos que han dado por la senda de la perfectibilidad y del progreso. Solo de este modo se pueden ir modificando los gérmenes de individualismo y de aislamiento que separan todavía á las naciones; solo de este modo podrá acercarse más cada día el linaje humano al término de descanso, de paz y de unión que le aguarda al fin de su trabajada y dolorosa carrera.—Tratemos ya de la representación.

Shakspeare está solo entre todos los escritores dramáticos: nadie ha sondeado el corazón humano, como él con su mano poderosa y su vista de águila. Shakspeare era desconocido en España más allá del reducido círculo de los hombres de letras, porque la manca y descabalada traducción del Hamlet, que debemos al ilustre Moratín, no da idea siquiera aproximada del género sublime del Eschylo inglés. Nuestros actores, de consiguiente, se han visto en medio de un mar desconocido, sin más brújula que el sentimiento en general, y sin más guía que su talento; posición por cierto bien desventajosa, y en la que por lo tanto es ya so-

brado mérito vencer los principales obstáculos. En nuestro entender se ha hecho algo más que esto por parte de algunos actores; y escenas ha habido á la altura quizá del original.

El Sr. Romea ha hecho esfuerzos muy laudales durante todo su dificilísimo papel, y la escena de más empeño, la del asesinato del rey Duncan, ha estado llena de interés, de zozobra y de tinieblas. Aquella visión del puñal, aquella vaguedad tan lúgubre, que algunos han creído sutilezas incompatibles con la pasión, sin hacerse cargo de que tal es la verdad, y toda la verdad de las imaginaciones del Norte; aquel combate sin fruto; todo esto, decimos, si no ha tenido en boca del señor Romea el colorido sombrío y local, digámoslo así, que hubieran podido darle un Garrick, un Kemble, ha salido por lo menos correctamente dibujado y con una actitud firme y vigorosa. La terrífica escena en que la sombra de Banquo viene á turbar el regocijo criminal, y por lo tanto triste, del festín de Macbeth, ha encontrado asimismo en el señor Romea un excelente intérprete, y ha producido muy buen efecto por lo que á él toca. En las escenas del acto último, tan opacas y llenas de amargura, le hemos encontrado más cabal y más completo quizá que en ninguna otra: y el abandono y la desesperación hace tiempo que no encuentran acentos tan verdaderos y arrancados del alma. Los versos que copiamos en nuestro primer artículo adquieren en su boca una nueva vida y animación. En general se puede decir que si el señor Romea no ha estado en este papel tan afortunado y sublime como en otros, este primer ensayo en el difícil género de Shakspeare le hace sumo honor, y prueba que sus esfuerzos pueden rayar muy alto en adelante. Los estudios del señor Romea como actor y como literato son conocidos y apreciados del público, y su alma de poeta está templada para grandes cosas.

Vamos á hablar de la señora Díez, y sentiremos á fe pasar plaza de poco galantes con una tan linda criatura; pero el sincero aprecio que hacemos de sus talentos nos

obliga á decirle la verdad. Su alma delicada y tierna solo ha podido elevarse en contados momentos á la altura del carácter atroz de Lady Macbeth. En la escena, por ejemplo, del asesinato del rey, una de las mayores bellezas del original es el contraste de la resolución implacable de Lady Macbeth con las dudas y la debilidad de su esposo, y la señora Díez estaba casi tan agitada como él, de modo que en tan importante escena su papel estuvo falseado en gran parte. Esta interesante actriz hubiera llenado de magia, de armonías y de encanto los papeles de Julieta, de Desdemona, de Cordelia y de otras mil creaciones aéreas y puras que embellecen las obras de Shakspeare, y su mala estrella le ha obligado á luchar justamente en su beneficio con las dificultades de un papel que no es de su carácter. Sin embargo, sería hacer traición á la franqueza con que nos hemos propuesto hablar á tan aventajada artista, el pasar en silencio la escena sublime del sonambulismo. Aquellos movimientos maquinales, aquellos ojos fijos y secos al parecer como los de un cadáver, aquella incoherencia horrible de pensamientos y de palabras, aquellos suspiros arrancados del fondo del alma, taladran el corazón y hielan la sangre en las venas. Creemos que la misma Mrs. Siddons no hubiera realzado más esta escena.

El señor Luna estuvo casi siempre inferior á su papel de Macduff, y sentimos no poder elogiarle como otras veces lo hemos hecho. Sobre todo en la sublime escena que hemos ya citado, desplegó poco calor, si bien le disculpamos, porque las carcajadas y rechiflas que acogieron desde el principio este pasmoso rasgo con gran ofensa del sentido común, hubieran sido poderosas á helar á una ánima del purgatorio.

El señor Sobrado ejecutó con acierto sostenido y cabal el papel de Banquo, y el señor Romea (don Florencio) también ejecutó con naturalidad, soltura y buen gusto, el suyo de Malcolm. De los demás, excepto los dos asesinos, solo podemos decir que desplegaron mucha medianía, y aun hubo bastantes que ni á eso llegaron siquiera.

La empresa ha mostrado un celo que le hace sumo honor, sobre todo, cuando tan cercano está el término de su contrata. Se han pintado dos decoraciones, ambas de muy buen efecto, se ha aumentado la orquesta y se ha hecho todo lo posible por vencer la estrechez de nuestros medios. El coro de las brujas, á pesar de estar mal ejecutado por los cantantes, y no bien acompañado por la orquesta, hace mucho honor al distinguido compositor don Basilio Basili; la originalidad y filosofía, que en este coro se notan y que tan bien revelan la situación para que está escrito, hacen de él una obra maestra en su género, y el público al aplaudirlo hizo justicia á su mérito. Los trajes de los actores han sido en general de mucho gusto y lucimiento, sobre todo los de la señora Díez y señores Romea, Luna y Sobrado.

De intento nos hemos reservado el último lugar para hablar de la traducción. Ardua es la tarea para quien por desgracia suya conoce tan poco á fondo la lengua de Shakspeare que no puede en conciencia aventurar un juicio propio; pero deseosos de salvar en lo posible esta dificultad hemos consultado á personas de respeto que saben casi de memoria el original, y hemos oído también hablar á ingleses bastante conocedores de nuestro idioma. Su juicio, pues, es el que damos al público acompañado de nuestra persuasión y asentimiento.

Según él, la traducción es esencialmente fiel y verdadera; y el genio de la lengua inglesa y sus giros vigorosos y difíciles están copiados, si no en toda su fuerza y precisión, á lo menos en su exacta significación y sentido. De lo que podemos dar al público un testimonio personal, es de la prolija laboriosidad y severa conciencia que han presidido desde un principio á este trabajo: por lo demás las repetidas pruebas que ha dado el señor García de Villalta de sus extensos conocimientos en la literatura y lengua inglesas, eran precedentes muy honrosos para su obra.

Además de las muchas dificultades de la versión de una obra maestra á una lengua que, derivada de distinto tronco, tiene poca analogía con las frases y modismos de la pri-

mitiva, el señor Villalta ha tenido que luchar con los inconvenientes de la metrificación. No es esto decir que en todas partes los haya vencido, porque hay varios trozos de versificación débil y poco armoniosa; pero hay otros muchos también en que campea facilidad, elegancia y número. Sirvan de ejemplo, además de los versos citados en el primer artículo, los siguientes de la escena del asesinato del rey.

MACBETH.

Yo pensé que oía fúnebres acentos
Diciendo: «¡despierta! ¡despierta! ¡traición!
Macbeth asesina al sueño inocente:
Al sueño que trenza con piadoso afán,
Las hebras confusas que en la humana mente
Cuidados y penas marañando van.
Asesina al sueño, muerte cotidiana;
Del trabajo duro baño calmador
Bálsamo que al alma contristada sana;
Del festín de vida sabroso licor.

LADY MACBETH.

¿Pero qué pretendes?

MACBETH.

Y luego decía
La voz con más fuerza, doblando el gemir,
»¡Despierta! el de Glamis mató al que dormía
Y el de Cawdor nunca podrá ya dormir.

Y más adelante:

MACBETH.

Así me place. Su rebelde mano
No alzará la traición, sino levanta
El bosque de Biernan del verde llano
La eternamente soterrada planta.

Si la traducción no es en todas partes igualmente armoniosa, está por lo menos escrita en un castellano correcto y purísimo, mérito no pequeño á nuestros ojos en cualquiera obra de esta clase.

Grande es el servicio que el señor Villalta ha prestado á la literatura nacional, dando á conocer á Shakspeare en su original belleza. El respeto que ha manifestado á las faltas mismas del grande hombre, sacrificándole á ciencia cierta probabilidades no mezquinas de buen éxito para con el público, hace mucho honor á su conciencia literaria. En realidad la pretensión de cercenar , corregir ó refundir aun los defectos del genio, es á nuestros ojos la más ridícula de las pretensiones. El señor Villalta ha abierto un nuevo mundo de poesía y de sensaciones dando á conocer en nuestro idioma el genio inglés en toda su pompa salvaje y espléndida; la imaginación de la juventud puede volverse á este nuevo horizonte del arte, sin perder por eso nada de su desarrollo espontáneo y nacional, y está en disposición de beber en tales fuentes ese carácter de profundidad y de filosofía que el siglo reclama para las obras de imaginación. Por el lugar bien que subalterno que nos cabe en esa juventud, que aquí y en todas partes forma el porvenir y la esperanza de los pueblos, y cumpliendo con el deber de escritores públicos, ofrecemos el sincero testimonio de nuestra gratitud al literato que ha trazado esta nueva senda para llegar á lo grande y á lo sublime, únicos placeres reales que puede el hombre gozar sobre la tierra, y que le recuerdan su noble y elevado destino.

POESÍAS DE D. JOSÉ ZORRILLA.

JUICIO DE ESTA OBRA (*).

La huella que las poesías del señor *Zorrilla* dejan en el campo de nuestra literatura, es harto profunda para merecer solo una mirada indiferente ó fugitiva; y si nuestros esfuerzos bastasen á mostrarlas tales como son y á juzgarlas con toda la imparcialidad que merece un talento esclarecido á los ojos de todos, grande había de ser por cierto nuestra satisfacción. De todos modos, si no acometemos la empresa con prendas tan seguras de buen éxito, no será el deseo de hacer justicia y el de acertar el que nos falte por lo menos.

Habiendo de proceder con algún método y concierto en el análisis de esta obra, parécenos lo más acertado examinar el orden de ideas que la sirven de fundamento, ó lo que es lo mismo, su *escuela*. Poco partidarios somos por nuestra parte de esa división de escuelas, que ha convertido durante algún tiempo en campo de Agramante el campo de la literatura; porque en nuestro entender solo hay *bueno* y *malo* en las bellas artes; y ni el desorden del vuelo poético bastará á escudarle contra el justo criterio de la lógica, ni la mezquina y fría imitación hará vibrar nunca las cuerdas del sentimiento. La inspiración más sublime y levantada del genio forzosamente ha de corresponder, para

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Setiembre del año 1839.

ser sentida y comprendida, al orden de nuestras ideas y sentimientos; y forzosamente también nuestro corazón y nuestra alma, educados y formados en creencias grandes y severas, habían de romper esas trabas ruines que aprisionaban el vuelo del espíritu y que, si para otras generaciones habían podido ser holgados y espléndidos ropajes, habíanse convertido para nosotros en estrechas é insoportables ligaduras. ¿Qué significa en efecto la Venus de Homero, delicia y fascinación de los sentidos, con su cintura encantada, delante de la Virgen del Apocalipsis, *vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas?* La melancólica y sentida aparición de Hector en la Eneida ¿podrá compararse con estas palabras del libro de Job?

«En el horror de una visión nocturna, cuando un profundo sueño suele ocupar los hombres, un espanto y un temblor se apoderó de mí, y todos mis huesos se estremecieron: y pasando por delante de mí un espíritu, erizáronse los pelos de mi carne. Paróseme delante uno cuyo rostro no conocía, una imagen delante de mis ojos, y oí una voz como de airecillo apacible.»

Cuando las creencias religiosas ó sociales se alteran es imposible que la expresión de estas creencias no mude al mismo tiempo de forma; es imposible que las nuevas ideas no revistan formas nuevas también. Y no se diga que lo que hacemos es consignar hechos nada más, porque estos hechos suceden necesariamente, tienen su explicación en las leyes de nuestra naturaleza y en las condiciones de nuestro modo de ser, y son, por último, irrefragable testimonio de la unidad de la especie humana que obedece siempre á un mismo impulso, cualquiera que sea la zona del globo en que se le imprima.

Así que, nosotros aceptamos del *clasicismo* el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época; sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del *romanticismo* aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. Aquel vuelo empe-

ro, ha de ser por el espacio infinito que el alma del hombre puede cruzar; y la llama y el calor de las pasiones han de ser reales y espontáneos, y no fosfórico resplandor, que luzca vistoso un instante para apagarse apenas le toquen.

Y si variamos de época, añadiremos que aceptamos el clasicismo por entero entre nosotros durante todo el siglo XVIII, como una idea poderosa de orden y de disciplina, única capaz de corregir la anarquía y confusión que se introdujo en la literatura hacia la postrera mitad del siglo XVII; y que aceptamos el romanticismo aun con sus extravíos á principios del siglo presente, como único medio de emancipar el genio de las injustas cadenas de los reglistas.

Por lo demás, la idea de que el talento, cualquiera que sea la bandera en que se aliste, tiene siempre una misión privilegiada y bienhechora en la marcha general de la humanidad, es harto más social y fecunda que esas mezquinas rencillas literarias, que bullen en un círculo más mezquino que ellas todavía. ¿Por qué no mirar como hermanos á Sófocles y Shakspeare, á Calderón y á Molière, á Byron y á Cervantes, cuando Dios puso en la frente de todos la estrella rutilante del genio? Preferir la discordia á la armonía, es idea digna tan solamente del Satanás de Milton en acecho de las delicias del Paraíso.

Sentada nuestra opinión sobre la filosofía de la literatura, nos ceñiremos ahora á las poesías del señor Zorrilla, y no saldremos ya de ellas.

Fácilmente podrán presumir nuestros lectores que un joven de una fantasía poderosa, rica y ardiente se inclinaría desde sus primeros pasos á la escuela que más campo ofreciese á su inspiración y más espacio á los vuelos de su alma; así es que el señor Zorrilla fué desde luego *romántico* para conformarnos con la denominación. Sus primeros versos hicieron alarde de esa brillantez y gala desconocida de Calderón acá, de esos vuelos fantásticos y caprichosos, de esa novedad y atrevimiento de imágenes, y de esa música exquisita de la versificación ora apagada, dulcísima y me-

lancólica; ora robusta, vigorosa y resonante según los objetos sentidos ó descritos, que tanta magia derraman en esta colección poética.

Sin embargo, como el autor apenas salía de la niñez cuando comenzó á caminar por la senda de la reputación y de la poesía, sus primeros pasos hubieron de resentirse precisamente de la incertidumbre, que acompaña á todos los viajeros al principio de un camino desconocido. Durante el primer tomo se trasluce, en efecto, ese trabajo ímprobo y puramente interior de un poeta, que busca terreno á propósito para construir el palacio donde han de morar sus ilusiones y su nombre, y que cargado con el peso de su inspiración, no encuentra un lugar de preferencia en que depositarla. Su poesía, que en todas partes se desliza sonora, fácil y abundante, campea con más vigor en unos trozos que en otros, y deja traslucir que el aliento de la inspiración no en todos es igual. Por ejemplo en la composición á *Toledo*, en *los Recuerdos de Toledo*, en una de las *Orientales*, en la *Noche de invierno*, brotan los versos espontáneos, sentidos y verdaderos siempre, al paso que en la composición *á una mujer*, en los fragmentos *á Catalina*, en *Ella y El*, se echa de ver una impresión menos profunda, reflejada de consiguiente con un tanto de palidez. La composición á la *Estatua de Cervantes* es severa, enérgica en su expresión, trascendental en su objeto y bellísimamente versificada; sin embargo, ni es la mejor del señor Zorrilla, ni la mejor del tomo. Esta clase de composiciones filosóficas, en su concepto, en su desarrollo y en su tendencia, reclaman un fondo de madurez y de reflexión, que rara vez ó nunca acierta á ser el patrimonio de los pocos años; y aunque el señor Zorrilla ha ofrecido en esto una prueba bien clara de la precocidad de sus disposiciones, el hecho es que su vuelo no ha sido en esta ocasión tan igual y sostenido como en otras.

En todo el tomo, según hemos indicado, se echa de ver cierta indecisión y falta de unidad en el conjunto; testimonio irrefragable de que el autor no había sondeado deteni-

damente su alma, ni enderezado un viaje á término fijo. El género descriptivo no obstante está manejado, si no con la perfección que en los demás tomos, con extraordinario vigor y lozanía, y parece prometer la justa predilección que el autor le ha concedido después, con tanta ventaja de su buena opinión. Fuera de esto hay varias composiciones, que en rigor no pueden llamarse cuadros por la falta de unidad en su plan, y que más bien se asemejan á una porción de lindísimos arabescos dibujados sobre un fondo brillante y de sumo efecto.

En el segundo tomo ya ha tomado tierra el poeta, y puede adivinarse que sus excursiones al país de la inspiración se harán con más conocimiento del terreno, y con la certidumbre de volver á lugar seguro. *El Día sin sol* es una composición llena de aliento y de calor; un tanto desigual, es verdad, pero rica de descripciones de inmensa gala y lozanía, y tocada en varios trozos con una delicadeza y gracia infinitas. Sin embargo, el cuento de *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*, *La sorpresa de Zahara* y *á Buen Juez mejor testigo*, son á nuestro entender los pasos más firmes y más fecundos en resultados que el señor Zorrilla ha dado en su carrera literaria. En todos ellos se ve el poeta nacional inspirado á la vista de los lugares, verdadero, rico como nuestro cielo, desenfadado y noble como nuestros caballeros, dramático en los diálogos, y lírico y opulento en las descripciones. Desde entonces ha tomado esta clase de poesía en su pluma el carácter local que reclamaba, y que tanto había de realzarla; el marco con que la ha ceñido el autor, le ha hecho ganar en precisión y en vigor, viniendo á ser de este modo tan clara y tan distinta la impresión, que deja á el alma completamente satisfecha.

El segundo tomo es el pedestal del poeta, pero en el tercero la estatua ocupa ya su pedestal. Abrese el volumen con una composición á Roma, en que se trasluce algo del nervio de Horacio y no poco de la severidad y filosofía de Tácito; composición en nuestro dictamen más completa ya

y más madura que la que antes citamos del tomo primero á la Estatua de Cervantes. Sin embargo, donde más alto aparece el vate, es sin duda en los versos *Al último rey Moro de Granada, Bobdil el Chico.*

Hasta aquí reconocía todo el mundo en el señor Zorrilla un admirable poeta descriptivo; pero nadie juzgaba tan poderoso su corazón como su fantasía; juicio fundado en verdad, pues que los cuadros que nos había trazado de los vaivenes y misterios del alma, más eran indicaciones y bosquejos, que no obras de filosófica y esmerada composición. Faltaba á sus poesías esa intimidad (permítasenos la expresión) que parte de un corazón para apoderarse de otro, faltábale esa simpatía inexplicable y profunda, que nos identifica con los ajenos males; pero en *El último rey Moro de Granada* el poeta es oriental y magnífico en la descripción de la *perla de Oriente;* es el poeta de la guerra en boca del caballeresco Muza; es, en fin, el poeta del infortunio, el intérprete de los dolores del destierro en aquellos desdichados moros, que iban á esperar en las africanas arenas la *vuelta de las golondrinas,* que tornaban de los campos de la patria. El poeta, por una dichosa combinación, ha sabido atesorar toda la esplendidez de la fantasía y todos los misterios de la desventura en estos versos, que durarán tanto como el gusto de lo bello y de lo verdadero. El mayor elogio que de ello podemos hacer, es insertar una muestra al fin de este artículo. (*)

La composición más notable que encierra el tomo tercero después de las ya mentadas, es la dirigida *A una Calavera.* Sin embargo de aceptar, como aceptamos, toda clase de inspiración, porque estamos íntimamente convencidos de que la poesía no es otra cosa que el reflejo del sentimiento, no excita nuestra simpatía este género desconsolado y amargo, que despoja al alma hasta del placer de la melancolía, y anubla á nuestros ojos el porvenir más

---

(*) Véase al final del mismo el *fragmento* á que se refiere.

dulce, el porvenir de la religión. Por lo demás, la composición nos parece tocada con franqueza y valentía y de sumo efecto.

El tomo cuarto nada añade á la fama del señor Zorrilla como poeta lírico, porque si bien *Las Hojas Secas* ostentan rasgos delicados y de exquisito gusto, se queda muy atrás de los versos al último rey de Granada. Como poeta dramático, no es este ya el lugar de juzgarle por el corto espacio que nos resta, y porque debiendo representarse en breve su comedia *Más vale llegar á tiempo que rondar un año*, nos reservamos para entonces su juicio. Del capricho dramático que está al fin del primer tomo, solo diremos que es un juguete, y que la crítica no debe ensañarse en él.

Hemos acabado el análisis de las obras del joven Zorrilla, tal como lo permitía la estrechez de este artículo; réstanos hablar de sus bellezas y defectos, y de su tendencia filosófica. De las primeras dejamos indicadas no pocas: brillantez de colorido y brillantez de imágenes, armonía exquisita en la versificación y verdad extraordinaria en las tintas locales; tales son las principales dotes que adornan esta colección.

En cuanto á defectos ha tenido nuestro joven autor algunos en el principio, que el tiempo y la reflexión han ido corrigiendo después. Echanse entonces de ver algunas veces imitaciones de Calderón, sin considerar que los *conceptos* pasaron con la época de sutileza teológica que los engendrara; y hay además ciertas pretensiones de metafísica, que no cuadran bien con el carácter desenvuelto y exterior de su poesía. Tiene también el señor Zorrilla el defecto de apenas corregir esos versos que brotan de su pluma con inagotable fecundidad, y que no siempre encierran ideas dignas de su armoniosa cadencia. La crítica juzga de las obras, no por su número, ni menos por el poco tiempo que en ellas se gasta, sino por las bellezas que contienen y por la significación que encierran. Otras veces le sucede á nuestro vate repetirse á menudo; consecuencia indispen-

sable de la desproporción que ha de existir entre sus pensamientos y numerosos escritos: desproporción irremediable, por otra parte, atendidos sus cortos años y sus larguísimos trabajos. Si la situación de los literatos no fuese excepcional de todo punto en nuestro país, le dirigiríamos un cargo por esa fecundidad excesiva de su musa; pero nos libraremos muy bien de echarle en cara una cosa que tal vez deplora él como nosotros.

La tendencia filosófica de estas poesías, incierta y vaga en un principio, ha venido á resumirse en el propósito de levantar y rejuvenecer nuestra nacionalidad poética, de sacar del polvo nuestras tradiciones, y de restituirnos en lo posible ese espíritu caballeresco y elevado, que hemos perdido con las glorias que nos le aseguraron; pero cuyo germen todavía descansa en nuestro corazón. En este sentido parécenos muy laudable y muy digna la tarea de nuestro trovador; pero tampoco quisiéramos que perdiese de vista el porvenir. El águila del genio debe remontarse al cielo, antes que despunte el día, para ver primero que el mundo asomarse el sol por entre las tinieblas de la noche; y uno de los más bellos privilegios de los grandes poetas ha sido en todas ocasiones, el de abrir y allanar el camino á épocas más cultas y más gloriosas.

Las poesías del señor Zorrilla andan en manos de infinitas gentes, y nosotros, sin embargo, quisiéramos verlas en manos de todos sin excepción, no solo para aumento de la merecida nombradía del autor, sino también para aumento de la gloria de nuestra triste nación, que en medio de sus amarguras no podrá encontrar más lecho de descanso que los laureles de sus hijos.

AL ULTIMO REY MORO DE GRANADA

BOABDIL EL CHICO.

(Fragmento á que se refiere el artículo anterior.)

Una ciudad riquísima, opulenta,
El orgullo y la prez del Mediodía,
Con regia pompa y majestad se asienta
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su luz el sol de España
En hebras de purísimos colores,
Y brotan al calor con que la baña
En vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,
Y la estremecen sobre cien jardines
Bandadas de dulcísimas palomas,
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas
En su verde llanura se derraman,
Y á su confín en playas españolas
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
Fatiga de los fastos sus memorias,
Su grandeza y tesoros son sin cuento,
Y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul, y trasparente,
Fresca la brisa, amiga la fortuna,
Fértil la tierra, y brilla eternamente
Sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras más remotas
Vénse allí como en otro paraíso
Los pomposos laureles del Eurotas
Y los húmedos tilos del Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,
De Cartago los frescos arrayanes,
Las cañas del Jordán en son incierto
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
Las vides de Falerno allí se orean,
Y los de Jericó mustios cipreses
Con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
Lúgubres sauces, altos mirabeles,
Y olivos, y granados, y morales,
Ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
Tal vez la alegre Italia envidiaría,
Y por sus anchas y fragantes rosas
Sus rosas le trocara Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales
Se ostentan en su espléndido recinto,
Y ansiarán sus recuerdos orientales
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en grandeza
La voluptuosa pompa del Oriente,
Que entre flores y lánguida pereza
Vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la robaron
Para asentar en ella su morada:
Los hombres á quien de ella despojaron
Lloraron siete siglos su *Granada*.

Y era un tiempo de guerras y de amores,
En que el compás de berberisca zambra
Y el son de los clarines y atambores
Estremecían á la par la *Alhambra*.

Y era un rey exquisito en sus placeres,
Y un pueblo en su molicie adormecido,
Que gozaba en su paz nuestras mujeres
Esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
Del brío y del poder de aquella gente,
Y al postrimero rey había tocado
El sitial de las razas del Oriente.

La hora fatal á la morisca luna
Los sabios en su horóscopo leyeron,
Y tal vez mereció mejor fortuna
De la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay Boabdil! Levántate y despierta,
Apresta tu bridón y tu cuchilla,
Porque mañana llamará á tu puerta
Con la voz de un ejército Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados
Te cercarán los tigres españoles,
Y echarán sobre ti desesperados
De siete siglos los sangrientos soles.

CUENTOS DE E. T. A. HOFFMANN,

VERTIDOS AL CASTELLANO POR DON CAYETANO CORTÉS. DOS TOMOS EN 8.º PROLONGADO. (*)

En una rigurosa noche de invierno del año de 1776, nació en una casa de Kœnisberg una escuálida y débil criatura, que al parecer no estaba destinada á la vida. Sin embargo el niño vivió: su imaginación poderosa y robusta enseñoreó su temperamento, y á pesar de su situación doméstica que, sin cesar, contrariaba las inclinaciones fogosas y en un todo artísticas de su alma; y á pesar igualmente de los largos y trabajosos estudios que demandaba la carrera del foro, á que hubo de dedicarse; este hombre sobresalió en la música, en el dibujo y en las bellas letras, á par que en la magistratura. Los desórdenes que acompañaron á las campañas de Napoleón en Alemania, trastornaron su existencia social hasta el punto de obligarle á ganar un mezquino y precario sustento con las artes que habían sido el amor de su juventud; y alguna vez sucedió que el magistrado sabio y distinguido, no pudiendo vivir con su plaza de director de orquesta en el teatro, tenía que *empeñar su levita vieja* para comer. Los mejores años de su vida se pasaron entre tales penurias y desdichas; y cuando la paz restituyó sus beneficios á la Alemania, cuando el gobierno atendió á su talento, cuando la fama hacía volar por todo el Norte su nombre y maravillosas obras, la muerte vino á

(*) Publicado en el *Correo nacional* de Abril de 1839.

sorprenderle en medio de este campo de prosperidad á los cuarenta y seis años de edad. Este hombre poeta, compositor, dibujante, filósofo y magistrado, se llamaba E. T. A. Hoffmann.

Poco conocidos entre nosotros el espíritu y formas de la poesía alemana en general, y particularmente las de los cuentos de Hoffmann, difícil ha de ser forzosamente la empresa que acometemos, al encargarnos del examen de sus obras: así que solicitamos la mayor indulgencia de parte de los que hayan de leer este artículo.

El ilustre Walter Scott nos ha precedido en este trabajo con el delicado gusto que caracteriza todas sus obras; pero sin embargo del acatamiento que su dictamen nos merece, nuestro parecer es distinto del suyo en varios puntos, y no solo por respeto á nuestra conciencia, sino también por el interés de la verdad, no dejaremos de arriesgar nuestro oscuro parecer delante de tan distinguida y calificada opinión.

Hoffmann, según el célebre novelista escocés, ha descrito en muchos de sus cuadros escenas bajas y prosaicas, hijas legítimas de la taberna alemana; y en lugar de ennoblecerlas y de levantarlas, ocasiones ha habido en que su pluma ha recargado su desagradable desnudez y verdad. Por otra parte, en ese afán de idealizar la materia, de prestar vida á todos los seres inanimados, y de buscar en la naturaleza invisibles y remotísimas consonancias, se nota casi siempre un desconcierto y una vaguedad, que ni en la naturaleza exterior se notan, ni menos puede hallarse en el orden y natural encadenamiento de nuestras ideas. Los objetos aparecen allí confusos y flotantes, sin colores y sin contorno: las aproximaciones y vínculos, con que reune y estrecha los acontecimientos físicos y morales, carecen muy á menudo de significación lógica, y las sensaciones que escitan, vagas y discordantes por lo mismo, no pueden enlazarse con ninguna idea general, que las armonice y ordene dándoles un impulso convergente y uniforme, que ayude al desarrollo moral é intelectual de la época. Así que, las fan-

tasías de Hoffmann, ajenas á las reglas del buen gusto, desnudas de verdad y perplejas y desatadas entre sí, solo pueden excitar la admiración que inspira el poderío de una imaginación privilegiada, aun en medio de sus errores y extravíos.

A esto suelen reducirse los principales defectos, que así Walter Scott como otros críticos han notado en las obras del admirable alemán.

Nosotros, que miramos la cuestión de distinto punto de vista, la juzgaremos de una manera distinta también.

Así como la literatura en general y en abstracto es la expresión de la sociedad y de la época, del mismo modo la poesía en especial y en concreto es el reflejo del sentimiento y de la imaginación del individuo: tal es por lo menos la única razón que alcanza á explicar la diversidad infinita que se nota en las formas y fisonomía de la poesía entre los diversos hombres y naciones. La base y fundamento de la crítica es, como todo el mundo sabe, la lógica; y la lógica en todas las obras de imaginación consiste, respecto del público, en la armonía de su propio sentimiento con el sentimiento y expresión del artista.

Las reglas no son otra cosa que los datos y condiciones más generales de aquella especie de simpatía que lo bello debe ejercer, así en su fondo como en sus formas. Con arreglo á esta suposición, que creemos innegable á los ojos de todo el mundo, vamos á juzgar los cuentos de Hoffmann.

Su imaginación, su organización física, su sensibilidad exquisita, su carácter irritable, sus creencias pueriles y supersticiosas, sus pensamientos ora risueños, ora sombríos; ya elevados y terribles, ya grotescos y ridículos le convertían en un ser excepcional, presa de mil contrarias sensaciones y vago é indeciso en sus ideas. El medio con que observaba y escudriñaba la naturaleza, era un prisma de un encanto particular, que hacía pasar por delante de sus ojos el mundo físico y moral como variedad infinita de fases y de colores, que todo lo confundía y mezclaba en su cabeza, agrupando los objetos en mil combinaciones capri-

chosas é inauditas. El espectáculo que presenciaba, era de una especie exótica y sin ejemplo, y sus sensaciones habían de resentirse forzosamente del aparente desorden con que se agolpaban á su imaginación. De aquí esas visiones apacibles, pálidas y medio borradas al lado de los grupos y conversaciones de la taberna; de aquí esos rasgos luminosos de amor, de sentimiento y de abandono á par de escenas atroces que erizan los cabellos; de aquí también el desorden y la disipación de la vida de artista junto al cuadro lleno de armonía, de suavidad y de dulzura de la vida doméstica; de aquí, por último, esa serie innumerable de contrastes siempre fáciles y sin artificio, rodeados donde quiera de una especie de vapor incierto é inexplicable como las dudas y vaguedad, que en la mente del autor sembraba la lucha continua de tan encontrados afectos y opiniones. ¿Por qué, pues, había de ajustarse Hoffmann en lo cómico al modelo de Molière, ó en lo trágico al tipo de Shakspeare? La sociedad que el primero pintaba uniforme, vigorosa y compacta, repartida en clases, diversas todas, así en su color como en su fisonomía, ¿presentaba por ventura los mismos ridículos que la actual sociedad, cuyo aspecto varía con los acontecimientos y las ideas á cada paso, y cuyas tintas y matices pugnan por confundirse y mezclarse en una tinta general? ¡Los últimos días de la barbarie que alcanzó Shakspeare, oscuros, sombríos y crueles; pero determinados y vigorosos, tienen algo que ver con esta época de revoluciones y de trastornos, que abriga el instinto de la prosperidad y de la fuerza, pero que no sabe cual será el término de su fatigoso viaje? Si Walter Scott pintara los tiempos actuales en su expresión del momento (y decimos en su expresión del momento, porque á nuestro entender sin duda los pinta en esas miradas que á lo pasado se dirigen, para buscar en él un elemento con que reconstruir lo presente y cimentar el porvenir) si Walter Scott, repetimos, fuera un exacto reflejo de la época actual, ¿brotarían de su pluma esas figuras vigorosas, llenas de resolución y de creencia y siempre consecuentes consigo propias? Hoff-

mann que al crepúsculo actual añadía las brumas del misticismo alemán y las nubes de su imaginación y de su temperamento irritable, tenía que aparecer forzosamente como un hombre fantástico y visionario. El camino que siguió es el único que su genio le abría; cualquier otro hubiera estado sembrado para él de dificultades; y tal era su conocimiento en esta parte, que á un amigo que le aconsejaba que dejase su género nebuloso, y al propio tiempo le inclinaba á la lectura del *Astrólogo* llamando su atención sobre las novelas de Walter Scott, que principiaban á publicarse en Alemania con gran voga, le respondió lo siguiente: «Ayer tarde ha venido á verme Koreff, y ha tenido la bondad de enviarme el *Astrólogo* que le pedí, y que leeré al instante, porque lo que hago ahora es devorarle. ¡Es un libro excelente, excelentísimo! ¡Qué sencillez! ¡Qué calma! ¡Qué verdad tan enérgica en la pintura de las costumbres y de la vida! Con todo, mucho disto yo de poseer semejantes dotes y haría muy mal en tratar de fingir esta paz intelectual que el cielo no me ha concedido. Lo que en este momento soy y lo que alcanzo á ser, yo lo pondré de manifiesto *pro primo* en el *Gato Murr*, y luego bajo otro punto de vista, Dios mediante, en *Jacobino Sschnellpfeff*, que regularmente no saldrá á luz hasta 1822.»

Queda, pues, probado, en nuestro entender, que en Hoffmann están de acuerdo el pensamiento y la expresión, y que sus cuentos y fantasías tienen por lo tanto la primera cualidad que de las obras de imaginación se exige, es decir, la verdad.—Réstanos averiguar ahora si la idea ó sentimiento que encierran y la forma en que lo desarrolla, están en armonía con el sentimiento de los lectores. La inmensa popularidad de que gozan estos cuentos en Alemania y la lisonjera acogida que donde quiera han encontrado, nos dispensaban al parecer de probar esta segunda parte de nuestro aserto: pero deseosos de aclarar la materia, cuanto esté en nuestra mano, nos detendremos en ella.

Todos convienen en la fecundidad y maravilloso arranque de la imaginación de Hoffmann y en el entretenimien-

to que de su lectura resulta; pero no falta tampoco quien reduzca su valor á tan mezquinos quilates, y le prive de toda ulterior intención y de todo pensamiento profundo encubierto bajo sus admirables ficciones. Parécenos esto un error que disipan á la vez la reflexión, los conocimienlos sólidos y profundos del escritor alemán y la celebridad que ha adquirido en el país de la meditación y de la sabiduría por excelencia.

Juzgamos superflua la demostración de los dos extremos últimos, y vamos á ceñirnos por lo tanto á la del primero.

El espíritu de análisis y de duda que en todo muestra la época actual y la condición que pone á toda obra de arte de instruir, además de deleitar hacen casi del todo imposible una reputación firme y sólida que únicamente se fundara en la habilidad de entretener y divertir. El siglo, según la triste expresión vulgar, es positivo y no se paga de ilusiones ni de fantasmas: de modo que si á esto solo se redujeran las obras de Hoffmann, en vez de aplauso universal, le hubiera acogido la universal rechifla. Maravillas y no pocas encierran los cuentos tártaros y las Mil y Una Noches, y sin embargo no hay quien gaste su tiempo en leerlas. ¿Quién no ve en la mayor parte de las fantasías de nuestro escritor una idea trascendental ó un misterio de nuestro ser disfrazado con los ropajes vaporosos de sus fábulas? El cuento del autómata que Walter Scott cita como el colmo del desvarío, ¿no es un ejemqlo de la locura humana que pretende dejar la tierra para subir á su verdadera patria, que quiere usurpar á la divinidad el fuego de la creación, y que adorna la materia con todas las perfecciones del espíritu? ¿No expresa también la pasión del artista que ama lo bello, no como existente en la naturaleza, sino como un tipo que guarda su imaginación cual si fuera un sello de la divinidad? Tal vez sea toda la ficción de este cuento creación *enferma de seso enfermo,* como dice Shakspeare; pero es preciso recordar el carácter de Nataliel, los delirios de su imaginación y tener presente además que

una exaltación artística semejante á la suya, raya fácilmente en la demencia. El cuento del Tiesto de oro tiene también un sentido claro y profundo; porque en nuestro dictamen la casa del archivero Lindhorst, no es otra cosa que el país de las ilusiones y de la felicidad, patrimonio exclusivo de la sencillez y de la fe.

No cabe género de duda en que los medios que emplea Hoffmann en sus ficciones están en una especie de aparente desorden, que apenas deja ver en ellos otra cosa que los caprichos de una brillante fantasía; pero examinándolos con los ojos de la reflexión, al punto se divisan y desenmarañan ese sin fin de hilos ocultos, que enlazan las diversas creaciones de su fantástico universo. ¿De qué serviría, si así no fuese, ese amor al arte, verdadero culto, verdadera idea fija del autor, que donde quiera pone en primer término un artista al cual se apega involuntariamente el interés del lector? El sol del sentimiento es el centro de atracción que Hoffmann ha puesto en el sistema moral de sus obras, y esto solo bastaría á demostrar la filosofía de un plan encaminado á realzar la parte noble de nuestro ser, única donde tienen su asiento los pensamientos generosos y las acciones magnánimas.

Si los límites de nuestro artículo lo permitieran, sería una tarea muy agradable para nosotros la de descubrir más y más el genio original y vigoroso de Hoffmann por medio de un cotejo con los autores más notables de su propio país y del nuestro; si bien de este último propósito nos retraería probablemente el ingenioso paralelo del escritor alemán con nuestro inmortal Calderón, que hemos visto en el folletín del *Piloto* del 17 de marzo debido á la elegante pluma del joven poeta Don Salvador Bermúdez de Castro. De todos modos ya que solo nos resta el espacio preciso para hablar de la traducción, nos limitaremos á los cuatro cuentos que comprende, á saber: Salvador Rosa, Las aventuras de la Noche de San Silvestre, Maese Martín y Marino Faliero.

Salvador Rosa es un cuento que pudiéramos llamar có-

mico. El célebre pintor que aparece además como actor y como poeta, las delicadas figuras de Mariana y de Antonio, el grotesco grupo de Pascual Capucci, de Splendiano Acoramboni y del enano Pitichinaccio y la rara habilidad y travesura con que esta manejaba toda la historia, forman una lectura de lo más sabroso y entretenido que puede concebirse. El ridículo animado y festivo que el autor derrama sobre Capucci, el doctor Pirámide (Accoramboni) y Piti Minaccio es de un efecto admirable.

Las aventuras de la noche de San Silvestre componen un cuento en sumo grado fantástico y vago. El desenlace es extraordinario, ó por mejor decir, no hay desenlace; y la historia de Erasmo que ha dejado su reflejo á la mujer que amaba, sirve de tupido y casi impenetrable velo á una idea profunda y misteriosa.

La imagen que ha enagenado Erasmo no es otra cosa en nuestro entender, que el alma, que una vez empeñada en un lugar, no puede volver á nosotros con la antigua paz y alegría, aunque la razón triunfe de los errores y de las pasiones. La mujer de Erasmo es la vida real, dulce y apacible, pero prosaica y positiva; al paso que Julieta se presenta como una visión de fuego que convierte en cenizas nuestra tranquilidad, y que solo nos deja recuerdos de amargura y de felicidad perdida.

El cuento de Maese Martín y sus oficiales, es una serie de cuadros serenos y risueños, y está bañado de calma y abandono doméstico. Rosa es, según la expresión del autor, una Virgen de Alberto Durero. El amor pasajero de un gran señor, el amor ardiente del artista, y el amor puro, constante y verdadero del corazón, están pasmosamente personificados en Courado, en Reinhold y en Federico, y el orgullo y la bondad de la clase del pueblo aparecen encarnados en Maese Martín el Tonelero. Todo el cuento está tocado con suma gracia y delicadeza, y el desenlace es de aquellos que consuelan y alivian el corazón.

Mariano Falieri es en nuestro entender una de las más débiles obras de Hoffmann, y fuera de la vaguedad y colo-

rido especial que la distingue, excita poco interés así por lo endeble de la acción, como por lo poco justificadas que están las situaciones. El Dux que tan interesante han sabido hacer Byron y Delavigne, aparece aquí como un hombre vulgar y común, y Anunciata es descolorida y pálida hasta lo sumo aun delante de la adúltera y arrepentida Elena. La Angiolina de Byron rehuye toda comparación, así con Anunciata como con Elena, porque es un ángel del cielo.

El señor don Cayetano Cortés ha hecho un servicio eminente á las letras en dar á conocer en nuestro idioma unas obras, que con grave mengua de nuestra cultura todavía no habían visto la luz en castellano. La traducción está hecha con un esmero y conciencia extremada; el lenguaje es correcto, fluido y castizo por extremo, y el conjunto en general, revela un conocimiento profundo del espíritu de Hoffmann. Semejantes trabajos honran á la vez al que los hace, al autor que con tanta fidelidad interpretan, y al país que en su seno los recibe. Por dichosos pudiéramos darnos, si ese torrente de traducciones que inunda nuestras librerías y gabinetes de lectura, mostrara el delicado criterio y perfecta ejecución que manifiestan los cuentos de Hoffmann.

GALERÍA DRAMÁTICA.

TEATRO ESCOGIDO DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO I.º (*)

Muchos años hace que los amantes de las glorias literarias de nuestro país claman con harta razón por una colección de las piezas más escogidas de nuestro antiguo teatro, monumento de grandeza eterna y de más eterna celebridad para España. Empresa es esta en diversas ocasiones y con variedad de esfuerzos acometida; pero unas veces por el escaso criterio de los que á su frente estaban, otras por circunstancias independientes de su talento y buen deseo, el resultado es que nunca se ha podido llevar á debido término y con las necesarias condiciones una obra, en que tan interesados estaban á la par el lustre de las letras y el honor nacional. Grave falta era esta por cierto y no pequeño desdoro para un pueblo que, tan grande como desgraciado en su carrera, debía por lo mismo desenterrar del polvo del olvido sus pasados laureles, y ceñir con ellos su cabeza en los aniversarios de su esplendor. La historia de nuestro país por otra parte mostrábase incompleta y cercenada, sin más luz que las hazañas de los héroes y el lustre de nuestra dominación, sola y silenciosa sin las ar-

(*) Publicado en el *Correo Nacional* el mes de Julio de 1839.

monías de la musa castellana, y desnuda por último y falta de adornos sin la galería de retratos de tantos ingenios esclarecidos, gloria del suelo donde vieron la luz y honra de la inteligencia humana.

Grande por lo tanto y muy digno de la nacional gratitud era el intento de resucitar debidamente las obras y memorias de nuestros célebres dramáticos, y muy sinceras son las gracias que por ello damos al editor del Teatro antiguo español y á los señores Hartzenbusch y Durán, directores de la empresa. Pocas personas, ó quizá ninguna, pudieran ofrecer en España mayores garantías de acierto, así por su erudición como por su laboriosidad y celo, según lo acreditan muy bien en el primero sus aventajados talentos dramáticos, y en el segundo la preciosa colección de romances con que ha enriquecido nuestro Parnaso, y el primer cuaderno de la *Talía española*, obra en que se cifraban esperanzas tan fundadas como lisonjeras, y que por desgracia se agostó en flor.

De todas maneras, si el público (según es de esperar) alienta con su buena acogida la publicación del Teatro antiguo español, poco ó nada habremos perdido, toda vez que de los combinados esfuerzos de dos tan recomendables literatos siempre es de esperar más colmada cosecha de felices resultados. Buena prueba de ello es el tomo que ha visto la luz pública y en que no sabemos cuál elogiar más, si el delicado gusto que ha presidido á la elección de las piezas, el exquisito criterio de que hace muestra el examen impreso á continuación de cada una de ellas; ó finalmente, la belleza, corrección y esmero tipográfico tan desconocido y descuidado por desgracia entre nosotros.

La *Talía española* comenzó por el teatro del célebre religioso mercenario fray Gabriel Téllez, conocido en nuestra escena por el maestro Tirso de Molina, y la parte de la Galería dramática que comprende el Teatro antiguo continúa esta publicación. Aprobámoslo y aplaudímoslo de todas veras, no solo por la razón que con tanta oportunidad alega el señor Hartzenbusch en su prólogo de ser rarísimas

y no encontrarse á ningún precio semejantes obras, sino también porque el teatro caballeresco, noble y galán de Lope de Vega halló numerosos continuadores y perfeccionadores, al paso que la vena libre, picante y maligna del buen maestro Tirso no volvió á parecer con toda su fecundidad, riqueza y malicia.

Cosa curiosa por extremo y digna de la atención de un erudito filósofo sería averiguar hasta qué punto el nacimiento, la educación, la vida y los estudios de fray Gabriel Téllez, pudieron influir en su carácter y sentimientos, para desviarle tanto en sus obras dramáticas del espíritu general de la época. Nada de esto por desgracia se sabe, sino que en el año de 1620 y á los cincuenta de su edad tomó el hábito de mercenario calzado en el convento de Madrid, y que después de haber desempeñado en su orden cargos de mucha gravedad y consideración, murió en 1648 en el convento de Soria, sobreviviendo solo trece años á su modelo, amigo y paisano fray Lope Félix de Vega Carpio.

Bajo este supuesto, solo podemos juzgar del carácter de fray Gabriel Téllez por sus escritos, y fácil será en tal caso convenir que había en el fondo de su alma algo de incredulidad y de amargura, poco pronunciado si se quiere (especialmente si se compara con lo que últimamente hemos visto), porque no era época aquella de análisis y de escepticismo como la presente, pero bastante notable y abultado para no llamar la atención del observador. Lope de Vega, caballero, soldado y galán, había bosquejado cabezas de mujeres puras, nobles, castas y decorosas, y figuras de hombres determinados, generosos y valientes. Los amores de sus héroes y heroinas vénse como al través de un velo de candor, y en todo se conoce que el alma del poeta conservaba un fondo de pudor y de delicadeza que dejaba misterios deliciosos que averiguar á la fantasía, y conservaba limpias, claras y corrientes las fuentes más escondidas y cristalinas del sentimiento. En general todas sus obras ostentan el honor triunfante del amor, el deber superior á la pasión y á los instintos del alma, árbitros y señores de los

impulsos de los sentidos. Todas las ideas abstractas en cierto modo y generosas, que por no caber en el mezquino círculo del interés personal lo rompen ó cuando menos lo ensanchan, encuentran en el teatro de Lope el lugar que de justicia les pertenece, y el acatamiento que su esclarecida procedencia reclama. Por otra parte, las relaciones naturales de subordinación y de armonía que forman la esencia misma de la sociedad, hállanse seguidas y observadas extrictamente en todas sus comedias, de modo que los hombres buscan en las mujeres consuelo y amor, al paso que las segundas demandan la protección y amparo que su debilidad ha menester. Finalmente, la ternura y desinterés de los afectos, la pureza del pensamiento y la generosidad de los procederes convierten las obras dramáticas de Lope de Vega en una de las páginas más bellas de la historia del corazón humano. Como modelo de todo esto, y por no amontonar citas, nos bastará traer á la memoria de nuestros lectores *la Estrella de Sevilla* refundida por su mal en Sancho Ortiz de las Roelas.

El maestro Tirso de Molina fué amigo del *Fénix de los ingenios;* vivió en una época animada del mismo espíritu, y sin embargo su filosofía es en general diametralmente opuesta. ¿En qué puede consistir tan extraño contraste? ¿Será que su educación y movimiento le inspiraran forzosamente sentimientos á veces bastardos, al paso que su genio salvaba las distancias para apropiarse las formas y lenguaje de las clases elevadas de la sociedad? No lo sabemos: pero las diferencias son tan claras y marcadas, que es imposible dejar de verlas. En sus comedias los afectos se ven casi siempre ajustados al lecho de Procusto del interés individual: el amor se presenta sin idealidad, sin misterio y sin poesía: las relaciones naturales se cambian y alteran: son las mujeres arrojadas, temerarias, vanas y determinadas, atropellando las más de las veces por los respetos de su sexo, al paso que los hombres se muestran débiles, indecisos, con sus puntas de tontos á veces; y de todas maneras inferiores en travesura y talento, y por último, los chistes

rayan no pocas veces en licenciosos, sin que sea tampoco el decoro la cualidad que más distingue á su diálogo.

Apesar de esto, el nombre del maestro Tirso de Molina es uno de los nombres más populares de nuestra escena, y nunca opinión tan general y extendida estriba en livianos cimientos. En efecto, rara vez se ha visto manejada la ironía con tanto chiste, originalidad y verdad; rara vez la humana malicia ha encontrado tan expresivo y cabal intérprete; y rara vez, por último, se ha desdoblado con un solo rasgo tan profunda y filosóficamente cualquier defecto, vicio ó cualidad recomendable oculta en el más hondo repliegue de nuestro corazón. Además de esto, el genio mismo de la lengua castellana parecía haberse aposentado en la cabeza de Fr. Gabriel Téllez; de manera que, según dice muy acertadamente el señor Durán en los *apuntes biográficos sobre el Maestro Tirso de Molina*, «no parece sino que es el dueño absoluto de la lengua, y que ésta pone á su disposición sin resistencia todos sus recursos y facultades, segura de que el poeta sabrá engalanarla y enriquecerla.»

Hemos procurado ofrecer en tan rápido bosquejo, más bien el espíritu que anima las producciones del célebre mercenario que no sus formas y proporciones exteriores: en suma le hemos juzgado como poeta, y no como poeta cómico. No que nos falte deseo de acometer tamaña empresa, sino que sería temeridad en nuestra inexperiencia y desaliño ofrecer nuestro dictamen sobre un punto analizado y examinado con criterio tan delicado como profundo en los citados apuntes biográficos. Los límites de este artículo además no lo permitirían.

Este tomo primero del teatro escogido del maestro Tirso de Molina contiene tres comedias, á saber: *La Villana de La Sagra*, *Marta la Piadosa* y *Amor y celos hacen discretos*. Tampoco nos detendremos á analizarlas por la razón que acabamos de exponer, teniendo cada una de ellas á su conclusión un examen siempre justo, razonado y elegante, al cual encaminamos á nuestros lectores. Sin embargo, es tal

la admiración que nos causa la facilidad extraordinaria de versificar en el autor de *Amor y celos hacen discretos*, que no podemos negarnos á copiar el pasaje de esta obra en que la duquesa Margarita se apodera de la carta y retrato de la dama de don Pedro de Castilla.

LA DUQUESA.

Celos, ya estáis declarados.
En vano son resistencias,
Donde sobran competencias
Y multiplican cuidados.
Propósitos mal logrados,
Si os engaña
Un nieto del rey de España,
¿Qué os lastima?
A su reina llama prima:
Contra celos,
Coronas, amor, desvelos,
¿Qué valor será de estima?
Remedia con su retrato
Ausencias doña Leonor:
Muerto su competidor,
No será don Pedro ingrato.
Si la industria y el recato
No procura
Alejar de su hermosura
Valedores,
Con tales despertadores,
¿De qué sueño
No resucitará el dueño
De su gusto y mis temores?
Si despierta ¿quién podrá
Contra memoria celosa
De española tan hermosa
Oponerse? Claro está
Que es locura. Si se va,

Su mudanza
Dará muerte á mi esperanza.
Resistirse,
Si se queda, es prevenirse
A tormentos:
¿Qué haremos, pues, pensamientos
Entre el quedar y el partirse?

Tenemos por excusado todo encarecimiento, pues semejante trozo por sí solo se abona y recomienda.

Debemos añadir, por conclusión, que esta publicación debe contar con el apoyo de todos los españoles que sientan latir en su corazón el amor de su país. Además de las seguridades que ofrecen los nombres de los dos literatos que están á la cabeza, la edición en su parte material es de un esmero y gusto tal, que á excepción de los adornos y brillantez de papel que suelen acompañar á las lindas ediciones extranjeras, no dudamos ponerla á su nivel. Cábenos además el gusto de decir á los que se gocen en los adelantos de la industria entre nosotros, que es española en todo y por todo. Finalmente, así su belleza como su moderado coste, la recomiendan á toda persona de gusto.

Hemos cumplido con un deber muy grato para nuestro corazón al hablar en los términos que lo hemos hecho de una obra que, con grave mengua de nuestra cultura y patriotismo, no había visto hasta el día la luz pública.

REVISTA TEATRAL.

I (*).

Pocas veces habrán visto nuestros lectores ocupadas las columnas del *Semanario* con artículos de crítica dramática, y aun no habrá faltado quizá quien atribuya semejante silencio á desvío ó indiferencia, cuando menos, hacia esta bella rama del árbol literario. Muy de ligero nos juzgaría quien de tal modo nos juzgase, porque mal se abrigarían en un mismo pecho el entusiasmo artístico de que creemos haber dado algunas pruebas, y la frialdad por el que, atendido el carácter de la moderna civilización, tiene más importancia, más porvenir y más influjo que otro alguno. La causa que nos ha quitado cien veces la pluma de la mano, es la amarga necesidad de aparecer severos, y de lamentarnos con los hombres sensatos de nuestro país del torcido giro y errada dirección, que en nuestros días hemos visto dar al teatro. La tarea de alabar es blanda y llevadera á todas luces, pero triste y desabrida á más no poder, la de menoscabar quizá reputaciones ya consolidadas, y disminuir el valor de esfuerzos muchas veces laudables y llenos de conciencia. Tal es la explicación de nuestra conducta, y de cierto erraría quien le buscase otra.

Por fortuna nuestra y de las letras españolas, ocasiones ha habido de algunos años á esta parte en que la musa

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Octubre del año 1839.

dramática castellana ha levantado su vuelo libre y audaz, y en que por lo mismo se ha llenado de esperanza el corazón de sus apasionados y admiradores. Parécenos que no estará demás hacer una breve reseña de la marcha del teatro entre nosotros durante este corto período, y de los motivos que han preparado y debido preparar las forzosas alteraciones que ha sufrido.

Si es cierto, como tantas veces se ha dicho, que las artes revelan el estado de la sociedad que les cría y alimenta en su seno, y que fieles barómetros de su poder y decadencia, cuantos sucesos alteran su fisonomía vienen á sentirse en ellas como un eco, no carecerá absolutamente de fundamento atribuir la muerte de nuestro maravilloso teatro antiguo, atacado ya de consunción en los aciagos días del reinado de Carlos II, á la subida de un nieto de San Luis al trono español, y á la influencia siempre creciente que con tanto menoscabo de nuestra nacionalidad comenzó á ejercer en nosotros la corte de Versalles. El gran siglo de Luis XIV derramaba á la sazón sus resplandores por la Europa entera, y no es mucho que su brillo eclipsase los moribundos destellos de la literatura española. La cuestión de las formas triunfó completamente de la nacionalidad, y por lo mismo de la filosofía de nuestro teatro, y todo lo que fué salirse de la imitación de las obras elegantes, puras y castigadas, pero no pocas veces amaneradas y frías de la escena francesa, hubo de pasar forzosamente por un retroceso á la barbarie. Lamentable extravío, que sin arraigar en nuestro plantel literario una planta exótica, ajena de su suelo y de nuestra simpatía, ponía nuestros ingenios al sueldo y merced de inspiraciones extrañas; apagaba la antorcha de nuestra historia con tanto fruto encendida por los padres de nuestro teatro, y reemplazaba los héroes que en Flandes, en Alemania, en Italia, en Africa y en América llevaban tendida al aire la triunfante bandera española, y que tan hermosos recuerdos habían dejado en nosotros, con los semidioses y personajes fabulosos de la antigüedad, incomprensibles para un

pueblo caballeresco y cristiano, cuando aparecían en su desnudez y bajo sus formas verdaderas; falsos y de poco efecto, cuando nos los mostraban adornados con los palaciegos atavíos y cortesano lenguaje de la corte del *gran rey*.

Y sin embargo, si hemos de ser justos, fuerza es decir que esta intolerancia y estrechez que se introdujeron por entonces en el dogma literario, reduciendo á más escasos límites la esfera de las inspiraciones, evitaron también de este modo la ocasión de los extravíos que después de Cañizares afearon nuestra escena, y que, asentando ciertas bases de exacta proporción y recto criterio, devolvieron á la razón su autoridad malamente perdida, é introdujeron, aunque en escala harto mezquina, las maravillas del orden y las bellezas de la armonía. De este modo, restituyendo los espíritus á senderos ya trillados pero llanos y agradables, y separándoles de la senda incierta y escabrosa en que tan sin cordura se habían empeñado, la escuela de la forma prestó un servicio eminente á las letras, porque introdujo en ellas las ventajas del método.

Desconocer semejantes beneficios no haría honor á nuestra imparcialidad y buena fe.

Como quiera, aquella sencillez griega que predicaba y ponía en práctica, no era alimento bastante á un pueblo de imaginación ardiente y desasosegada, regalado con las lozanas bellezas del caballeresco Calderón, con la facilidad, galas y ternura del delicado Lope, ó con las malicias atrevidas y picantes del epigramático Tirso de Molina. Así fué, que sin fuerza para plantear su sistema y consolidar el orden, única belleza que tenía en estima, vió invadido el teatro por las inepcias lloronas y sentimentales de Comella, Zabala y comparsa, que para volver á la nada, de donde nunca debieron haber salido, necesitaron nada menos que la ruda y merecida lección que Moratín les dió en su bellísima *Comedia nueva*.

Este ingenio, lleno de laboriosidad y de talento, gran creador de caracteres, consumado pintor de costumbres, y aun consumado hablista, llevó á su apogeo la escuela de

las formas entre nosotros, y le dió toda la popularidad de que en nuestro entender es susceptible; pero falto de travesura en sus intenciones, escaso de enredo dramático, y poco enérgico en la pintura de las pasiones y vaivenes del corazón, tampoco pudo volver al teatro español la influencia justa y merecida, que en España y fuera de ella alcanzó en tiempos más prósperos.

De todos modos, juzgamos que una vez conseguido el importante fin de atajar desmanes de tanto bulto como los que hallaron cabida antes de su dominación, la escuela de las formas, ó sea de la imitación de los antiguos, debió dar ensanche al símbolo de sus doctrinas, y hacer lugar á una época nueva, desnudándose de todo carácter exclusivo y reaccionario, y abriendo finalmente la puerta á una regeneración preparada bajo su influjo y disciplina, y por lo tanto mesurada, prudente y comedida. Porque en verdad, si hubiera podido prescindir de sus exigencias y pretensiones como partido, fácil le hubiera sido conocer que las bellezas del mundo moral, bien así como las del físico, no consisten únicamente en la regularidad y en el orden, que la imitación es de suyo estéril y angosta, y que las reglas que no tienen por base el orden eterno é incontrastable de las cosas, lejos de servir al genio de estímulo y ayuda, le traban y embarazan con notable perjuicio de los adelantos generales. Por fortuna son estas flacas ligaduras para el que siente en su corazón aquel destello de la divinidad; y pasado el momento del escándalo, la brillantez del resultado y la nueva luz que ilumina el campo de las ideas, califican el atrevimiento y canonizan el cisma. Tal debió de suceder con la escuela de las formas cuando su autoridad dejó de ser legítima, cuando reducidos ya los vuelos de la poesía á la esfera de la filosofía y de la razón, se vió que no alcanzaba á reflejar el estado moral de la sociedad, ni á ser el intérprete de la religión, preocupaciones y principios de los pueblos modernos. Consecuencia natural era esta de su origen y condiciones, porque realmente es imposible que dos sociedades separadas una de otra por el abismo de

los tiempos y por la contraria índole de sus religiones, encuentren una misma expresión, en que quepan sentimientos y creencias tan diversas. Sin duda que hay afectos y pasiones en el corazón del hombre, comunes á todas las sociedades cualquiera que sea el estado de sus progresos y mejoras; pero no es menos cierto que las edades y las revoluciones modifican de tal suerte este fondo común, que su fisonomía llega á cambiar enteramente, y es menester la vista de un filósofo para reconocer las facciones de la infancia en los rasgos desenvueltos y pronunciados de la edad viril.

La escuela de las formas pues (á quien llamaríamos *clásica* si no fuera de miedo de sacar á la luz una palabra que de puro usada ha venido á gastarse enteramente) estancada en su principio de imitación, y desdeñando como una rebelión toda espontaneidad, se quedó otrás en el movimiento maravilloso de las ideas de medio siglo á esta parte, dejó de ser la expresión moral de la sociedad, y perdió de consiguiente la preponderancia y valimiento que le habían adquirido la fuerza de los sucesos por una parte, y por otra las levantadas obras de distinguidos ingenios.

Este es el secreto de la revolución literaria que ha venido en pos de la política como un preciso y lógico corolario. Los vestidos del niño no venían bien al mancebo, y las nuevas emociones, los nuevos cuidados y las esperanzas nuevas también que brotaron en el seno de la removida humanidad, hubieron de buscar un medio de manifestarse.

Desgraciadamente roto el orden antiguo y sin bandera especial en que filiarse, porque ningún sistema había bastante robusto y acreditado para atraer á sí las voluntades, caminaron descarriados los ingenios, vivos en su memoria los abusos del poder caído, y aguijoneados los ánimos por el instinto de la curiosidad y por legítimas esperanzas de gloria y nombradía. De este modo el impulso dado á los espíritus, hubo de ser por fuerza reaccionario, y de pasar más allá del límite señalado, convirtiendo en licencia la racional libertad por tan legítimos medios conquistada.

Se notaron de consiguiente en esta reforma los inconvenientes que de ordinario suelen acompañar á todas, en especial, si no se preparan prudentemente, y los sucesos no las van trayendo como de la mano. La forma antigua se reconoció como insuficiente y pobre, y una sociedad pensativa y seria quiso hallar además en el fondo de tales obras, pensamientos y hechos morales dignos de su tendencia espiritualista y analítica. Así que, las dos cuestiones que componían el problema literario, la del fondo y la de la forma, la del pensamiento y de la ejecución, tuvieron que resolverse de nuevo, y como los términos de semejante problema son por su índole vagos é indeterminados, ha venido á resultar que durante un largo período los ingenios han caminado á tientas por la senda literaria, y que aun cuando en el día, depuesta toda tendencia reaccionaria, se van acercando á un término de limitado y razonable ensanche y de templada y consoladora filosofía, sin embargo, todavía se nota incertidumbre en su marcha, al paso que descuella en sus ideas ese espíritu de escepticismo y discusión que parece ser el carácter más marcado del siglo presente.

II.

Afortunadamente para nuestra España todos los cambios y vicisitudes literarias que tanto han agitado y agitan aún á la vecina Francia, se han sentido en nuestro país como un eco más ó menos lejano, más ó menos sonoro; pero no han brotado de nuestro suelo tan espontáneos y tan violentos como allí, y solo el espíritu fatal de imitación ha podido llevar á alguno de nuestros ingenios á extremos y exageraciones que debieran excusarse, y que no hallaban consonancia ni respuesta en el corazón de nuestro pueblo. No porque aquí como en otra parte no fuese menester una protesta franca y vigorosa en favor de la libertad del pensamiento; sino porque la supremacía de la escuela de las reglas, no resistida por el mundo erudito y crítico, habíalo

sido por el buen sentido del público, en cuyo corazón y memoria se conservaba vivo y poderoso el espíritu galante, noble y caballeresco de nuestro antiguo teatro. Así, pues, mal pudo echar hondas raíces en el favor de un pueblo entusiasta, religioso y apasionado, y por lo tanto no era menester para descuajarla, en cuanto dictase la razón y la cordura, los mismos esfuerzos y trabajos que se emplearon en otra parte con igual objeto. La acción si bien viva, perseverante y aun pudiéramos decir obstinada, había sido flaca en poder y pobre en resultados, y la reacción por lo tanto no necesitaba salir de los límites de la templanza, introduciendo innovaciones, que repugna la moralidad de nuestras costumbres dramáticas.

Otra ventaja militaba también á nuestro favor, y era que al romper un orden de ideas establecido, podían muy bien volver nuestros ingenios los ojos á otro orden más antiguo y respetado, fundado en un principio más fecundo y más análogo á la sensibilidad de nuestro pueblo. Hablamos del teatro antiguo español.

Sentado dejamos arriba que el principio de la imitación es por su naturaleza estéril y angosto, y de consiguiente no hay porqué creer que lo aconsejásemos á nuestros ingenios; pero entre nosotros, salvas las modificaciones que reclaman el trascurso de los tiempos y el estado de las luces, estaba ya resuelta una de las grandes cuestiones del problema literario; la cuestión de las formas. Ora se atienda á la pureza y movimiento del diálogo, ora á la música de la versificación y á la lozanía de la lengua, ora, por fin, al enredo y travesura del plan, á la feliz invención y hábil manejo de la fábula, lo cierto es que nuestros dramáticos antiguos nada tienen que envidiar á los más encumbrados ingenios extranjeros, cuya mayor parte se queda muy atrás. Los escritores que han roto en Francia el carcomido yugo de las reglas, han tenido que madurar el fondo de sus obras, é inventar ó ir á buscar fuera de su país las proporciones que habían de darles: de consiguiente su tarea era más ardua y más escasas sus probabilidades de acierto.

Nuestros modernos dramáticos, al contrario, no tenían otra cosa que hacer sino perfeccionar, si era dable, un instrumento maravilloso, é imaginar obras en que emplearlo dignamente; de modo que para sus creaciones no habían menester, más que el estudio profundo de la tendencia de la época así en los caracteres donde debe encarnarse el pensamiento cardinal, como en este mismo pensamiento. La marcha de las ideas es en el día sobrado universal y humanitaria para circunscribir el estudio del hombre á un solo país ó á determinadas costumbres, y no es esta la época en que estén reñidas (si en alguna pueden estarlo) la magnificencia y brillantez de Calderón con la profundidad vigorosa y apasionada de Shakspeare ó el escepticismo lúgubre y nebuloso de Goethe.

Esto supuesto, ha sido lamentable el desvío, y tibieza con que muchos de nuestros modernos ingenios han mirado el estudio detenido y grave del teatro antiguo, porque á ellos está reservado (y aun deben mirarlo como una obligación) el restituir á nuestra escena la nacionalidad que debe tener según las condiciones del estado actual de la civilización. No es menos de lastimar que la mayor parte de sus esfuerzos hayan ido encaminados á posesionar de nuestra escena á creaciones desnudas muchas veces de verdad, hijas legítimas del moderno teatro francés, y símbolo de un orden de cosas ó de ideas casi siempre incomprensibles para nuestro pueblo. Estudiar en los libros no es estudiar en la naturaleza, y las inspiraciones que no se beban en este gran manantial corren inminente peligro de salir á luz enfermizas y defectuosas.

Como quiera, obras hemos visto que si bien distintas en el fondo y no menos distintas en las apariencias, han sido parte á consolarnos de estos yerros que tanto nos apesadumbran. Entre ellas nos han parecido las más sobresalientes (dicho sea sin agravio de nadie) el DON ALVARO del señor *duque de Rivas*, DOÑA MENCÍA del señor *Hartzembusch* y la comedia del señor Zorrilla que acaba de ponerse en escena con el título de CADA CUAL CON SU RAZÓN.

El primero de estos dramas, primero también de la moderna escuela que arrostró victoriosamente en nuestras tablas el escándalo de un cisma literario y todas sus consecuencias, nos parece colosal en su pensamiento, atrevido en su plan, acertado en su manejo y de grandioso efecto en su conjunto y desenlace. Sin embargo, si hemos de decir lo que reclaman de nosotros la franqueza de nuestro carácter y el subido mérito del autor, confesaremos que el pensamiento, ramificación del mismo que ha dictado á *Nuestra Señora de París* (y cuenta que no intentamos rebajarle con esto) nos parece hijo de una filosofía desconsoladora y escéptica y de consiguiente poco social y progresiva; y que en los medios y en el desenlace se nos antoja un tanto sujeto á las exigencias de la escuela entonces dominante. Algo lo alejan estas cualidades del carácter general de nuestro teatro; pero en todo lo demás pertenece por entero á nuestra grandiosa escuela, y apenas puede darse cohesión más íntima que la que reina entre sus personajes y los personajes de la sociedad española. Desde la creación gigantesca y tal vez sobrado fantástica de don Alvaro, hasta las conversaciones de la cocina y de una posada andaluza, todo es verdadero, palpitante y rico de color y lozanía. Las formas elegantes, puras y castizas de la versificación, el dibujo correcto, severo y atrevido de los personajes, el colorido local, tan preciosamente entendido y manejado, la flexibilidad escogida del diálogo, su viveza, chiste y movimiento, todo revela en este drama el estudio profundo y lleno de conciencia del antiguo; no en el sentido que se da generalmente á esta palabra, sino del antiguo español con su filosofía, sus bellezas originales y ricos atavíos. Creemos que nadie mejor que Don Alvaro hubiera podido abrir la nueva era de libertad literaria.

No con tanta audacia y en escala más reducida se ha presentado al público el autor de *Doña Mencía*. Este drama del género doméstico, digámoslo así, no manifiesta cualidades tan brillantes como las del anteriormente citado; pero su estudio le sobrepuja quizá en corrección y es-

mero: los caracteres están acabados con una laboriosidad y conciencia extremadas, hay calor y arrebato en los afectos, su desenlace es imprevisto y valiente, y la versificación castiza, severa y armoniosa, lleva en pos de sí el oído y el corazón del público. Lo repetimos: *Doña Mencía* no ostenta quizá las mismas galas y los mismos rasgos de imaginación que *D. Alvaro,* pero le excede en profundidad, en verdad y en buen concierto. Ambos dramas se han acercado infinito á la resolución omnímoda y completa del gran problema literario, y en este sentido merecen á nuestro entender el lugar de más preeminencia entre las creaciones de la moderna escuela.

No le sucede otro tanto á la comedia de *Cada cual con su razón,* que con tanto éxito hemos visto representada no hace mucho; porque si bien es cierto que supera de un modo brillante y victorioso la dificultad de la expresión, también lo es que el resto de la cuestión de la forma, ó sea el desempeño del drama, no se halla á la misma altura. La trama es endeble en comparación de la lozanía de los versos y de los subidos quilates del diálogo, y en cuanto á pensamiento capital que forme su fondo y le dé la debida importancia, no tiene ninguno. Tal vez el autor se haya propuesto vencer todos los obstáculos de este género difícil en detalle y no en conjunto, y quizá en la publicación sucesiva de trabajos análogos y de mérito creciente dé muestras más aventajadas de su propósito: por ahora solo le diremos que si quiso hacer alarde de su facilidad prodigiosa de versificar y de su cabal conocimiento de la flexibilidad y riqueza de la lengua dramática en su bellísimo diálogo, ha logrado su objeto de una manera envidiable. Cuando tan felices disposiciones hay que admirar, no son de tanto valor las alabanzas como los estímulos, y aunque á la laboriosidad del señor *Zorrilla* pudiéramos ahorrárselos muy bien, no dejaremos de decirle que la patria espera mucho de él, y que haría muy mal en defraudarla de esperanzas tan legítimas.

De intento hemos dejado de hablar en este artículo de

los felices ensayos hechos también por nuestros autores contemporáneos en el drama histórico ó tragedia moderna, porque siendo tan diverso este género por su índole particular, parécenos conveniente dedicar á su examen un determinado discurso (*), con el cual habremos cumplido nuestro intento de trazar un rápido bosquejo del estado actual de nuestra literatura dramática.

(*) El autor no realizó el propósito que anuncia: los editores no han encontrado ningún artículo firmado por él sobre esta materia en los números posteriores del *Semanario Pintoresco*, correspondiente á los años de 1839 y 1840.

POESÍAS

DE

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

I (*).

Cualquiera que observe el desarrollo y crecimiento de las artes en España de pocos años á esta parte, no dejará de tenerlo por un fenómeno curioso, digno de atento examen. Música, escultura y arquitectura se han rebullido súbitamente comenzando á dar inesperadas muestras de vida: pintura y poesía se han remontado como de un salto á tal altura, que su repentino progreso tiene sus puntas de maravilloso. ¿Cuál es la mano que ha comunicado semejante impulso? ¿Qué causa ha podido producir tan extraña mudanza? En vano nos lo preguntaríamos, porque nada en lo exterior sería capaz de satisfacernos. Ni la nación ha subido al alto grado de esplendor en que un día la vió y envidió el mundo, y desde el cual reflejaba rayos de gloria sobre el genio de sus hijos: ni la sociedad ó el gobierno dan á los talentos aquella clase de fomento real y positivo, que tanto contribuye á fecundarlos y vivificarlos. Sonrojados y orgullosos ó un tiempo, podemos decir que las artes en España viven de sí propias y de sus recuerdos, y que de su seno han brotado esas chispas de luz que sin duda prenderán en muchos ingenios, y levantarán en lo futuro alta y

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Julio de 1840.

resplandeciente llama. Lo único que hasta el día las ha desarrollado y las mantiene, es el principio de vida que á tadas partes lleva consigo cualquier pensamiento generoso y fecundo, la marcha incontrastable de las ideas y la tendencia irresistible de la época.

Tendencia irresistible en verdad, y que por todas partes deja profundas señales y vestigios. ¡Raro suceso! Este siglo que ha recogido el legado de destrucción del anterior, que ha encontrado rota y destrozada por el suelo la fábrica de lo que se llamaban abusos, que ha debido alcanzar y disfrutar por entero lo que entonces se reputaba y tenía por felicidad, es decir, el desarrollo de los intereses y medios materiales; este siglo, decimos, se ha presentado animado de tendencias espiritualistas, ha dado en rostro á los llamados filósofos con la vanidad de su universal panacea, les ha pedido cuenta de las instituciones antiguas que destruyeron sin reformarlas, del porvenir que le ofrecieron y que no han sabido darle, y por último, de la paz y contento de presente, que se le ha huído de entre las manos. Del espíritu de indefinido análisis introducido en todas las cuestiones, del movimiento y complicación incesante de los intereses, de la pugna y colisión continua de las ideas, solo una certidumbre hemos venido á sacar hasta el día, á saber: que el corazón humano estaba necesitado de consuelos y de luz, que el alma tenía sed de creencias, y que todos los esfuerzos de la razón orgullosa y fría, no habían sido poderosos para descifrar la primera página del libro de la dicha. Entonces por una reacción natural nos hemos refugiado en los dogmas y rudimentos más sencillos de la conciencia, hemos buscado la fuente de la esperanza con el anhelo de los sedientos, y nos hemos sentado á la sombra del árbol del sentimiento, para pedir al murmullo de sus hojas inspiraciones con que llenar el vacío del corazón y templar la sequedad y aridez del espíritu. Sin embargo, como era dificultosa tarea la de reconstituir el santuario de nuestros afectos en un terreno de continuo removido y socabado por la discusión, estas circunstancias han dado

margen á infinitas dudas, desconfianzas y tristezas que han llegado á empañar el espejo del alma, produciendo al propio tiempo violentas luchas y vaivenes interiores. De aquí dimana el carácter vago, indeciso y hasta cierto punto contradictorio, que han tomado las artes de imaginación, según que esperaban en lo venidero, lamentaban lo pasado ó se quejaban y maldecían de lo presente; pero aun en este desdichado camino, faltos de guía y de luz, al querer llegar á los santos vuelos y religiosa tristeza de Milton y de León, hemos tropezado en el escepticismo desconsolado de Childe-Harold y en la exaltación insaciable y apasionada de René. Goethe, Byron, Chateaubriand, Manzoni, y hasta el mismo Beranger, poeta el más festivo y amable de nuestra época, han participado de esta tinta melancólica y opaca en que está empapada la fantasía de la edad presente, que forma por decirlo así, su tipo, y le presta su carácter especial y distintivo. Si la literatura ha de ser el reflejo y expresión de su siglo, para corresponder á su misión, forzoso es que la nuestra retrate las penas, los temores, las esperanzas y disgustos que sin cesar nos trabajan. De otro modo no la comprenderíamos.

No sin propósito hemos extendido semejantes preliminares, porque con arreglo á ellos, examinaremos el libro cuyo título va por cabeza de este juicio, ya que el nombre harto conocido del autor, y las cualidades que manifiesta, contribuyen á su crédito y realce, así por el fondo de sus creaciones, como por las formas con que las viste; no solo por su variedad, sino también por su unidad.

Abren esta colección diversos fragmentos de un poema épico titulado *Pelayo*, fruto de los primeros trabajos poéticos del autor, y parte más bien de su entusiasmo juvenil, que no de la madurez de su ingenio, pues los años en que le escribió por ser los de la adolescencia, antes descubren las flores de la poesía, que no sus frutos sazonados y maduros. En tal edad, más se presiente y adivina que en realidad se siente, y de aquí proviene el predominio de la imaginación sobre los movimientos más hondos y serios

del corazón. Falta la experiencia en las pasiones, y sobra la fuerza y pujanza en la fantasía, fuerza tanto mayor, cuanto que la lógica del sentimiento no viene á templarla ni á dirigirla. Estos fenómenos psycológicos, sobrado fáciles de demostrar, todavía se confirman con los fragmentos del *Pelayo*. Si se les piden pasiones enérgicas, individuales y profundas; si se buscan rasgos de aquellos que de una sola plumada dibujan un carácter, no acertaríamos tal vez á encontrarlos en ellos. Mas si lo que se desea son raptos de entusiasmo juvenil, ímpetus hidalgos y caballerescos, pasiones y caracteres ya que no lógicos y cabales, llenos de luz y de efusión; y finalmente, la riqueza, gala y armonía de una versificación al propio tiempo castigada y correcta, todo esto y aun más podemos señalar en este ensayo épico. Y hemos dicho que más que esto podíamos aún mostrar, porque el cuadro del hambre, el del sueño del rey, son trozos de una robustez y vigor poco comunes en verdad, dado que la imaginación abulte alguno de sus pormenores. Fuera de esto, la descripción del serrallo, la procesión, las quejas del anciano Teusis, y la salida nocturna de Sevilla, dejan poco que desear. En suma, la crítica severa y fría no dejará quizá de echar de menos en esta obra filosofía, madurez y profundidad; pero de seguro hará justicia, á las bellas y poéticas formas del decir, á la corrección y castidad que le sirven de basa, á los ricos destellos de imaginación que por donde quiera campean, y á la entonación para y bien sostenida que en toda ella se nota. De sentir es que con el principio que llevaba, ó con otro más digno de su autor y más adecuado á tamaña empresa, no haya llegado este poema á granazón y cumplido término, porque á nuestro modo de ver, no se encontrará en la moderna historia ningún asunto más digno de la trompa épica, que la invasión y conquista de España por los árabes; si ya no es que en el estado presente de las ideas y de la sociedad la epopeya es género de difícil cultivo y poco acomodado á la filosofía del sentimiento: opinión de que no distamos, pues que en nuestro entender la única epo-

peya compatible con el individualismo de las naciones modernas es la novela, tal como la han entendido Walter, Scott, Manzoni y algún otro.

Dejando, pues, el *Ensayo Epico*, y pasando á las *poesías líricas*, diremos que nos pesa de encontrar con el romance *A la noche*, porque á excepción de cierta tinta apagada y melancólica que resalta en todo él, lo encontramos escaso de estro, número y hasta de natural y vigoroso enlace, de modo que solo podemos aceptarlo como punto de partida para conocer el camino que ha andado después el autor, en cuyo caso no vacilamos en aprobar su inserción. Esta composición debe de ser uno de sus primeros pasos por el campo de la poesía, y las siguientes confirman esta opinión, pues nos recompensan con usura de la flojedad de la presente, y aunque desiguales en mérito, todas están á gran distancia de ella. Limpia, fácil, tierna y llena de gracia y de frescura nos ha parecido la *Serenata;* maliciosa, ligera y de buena tonada la trova del paje Jimeno que ya habíamos leído en el Castellano de Cuéllar, y apasionada y sombría, dado que no tan bien sostenida como las anteriores, la *canción de la Cautiva.*

En el bello poemita de *Oscar y Malvina* no solo imita el autor con feliz éxito el fondo de vaguedad melancólica y apasionada de Oscar, sino que también sus versos están en completa armonía con aquellas imágenes descoloridas y suaves como los rayos de la luna, y con aquellos acentos *lánguidos y dulces*

Como el recuerdo del amante triste
De su amada en la tumba.

Acaso no faltará quien tache de desaliñado y flojo alguno que otro verso de este trozo, pero en nuestro entender, por ventura, pasará plaza de bello lo que á otros parecerá incorrección y desmayo, porque si hemos de tener en algo la armonía imitativa, y si en poesía la gracia y la

hermosura resultan de la perfecta concordancia del pensamiento con la expresión, no será gran defecto una cadencia lenta y apagada, donde el sentimiento que revela, descubre á tiro de ballesta las mismas cualidades.

Tras de los sencillos y delicados tonos del bardo escocés, viene el *Himno al Sol*, cual si con su inspiración arrebatada y atrevido vuelo quisiera el autor contrastar las quejas sentidas de la musa de Morven, y mostrar de este modo la riqueza de su diapasón poético. Esta excursión por el terreno de Píndaro parécenos bien concebida, sus imágenes elevadas, su versificación tendida, robusta y armoniosa, la entonación grave y sostenida, y su conjunto proporcionado, regular y lleno de adornos. Sin embargo, no escogeríamos para modelo esta poesía entre las de nuestro joven, pues sin negar las prendas que la abonan, opinamos que bien pudiera haber dado al cuadro una ligera veladura de sentimiento que templase la viveza de los colores, y lo acercase más al mismo tiempo á aquella desnudez y candor de expresión, que en todos los grandes poetas acompaña las creaciones más altas y peregrinas. Asuntos de este género, y todavía más tremendos y magníficos, se encuentran en diversos lugares de la Biblia, y sobre todo en el Apocalipsis, sin que por cierto la sencillez y cándido aliño de la frase altere ni menoscabe su efecto; y el autor mismo en su comenzado poema titulado *El Diablo Mundo*, leído en el Liceo de Madrid, ofrece pasajes de imágenes más fuertes y de pensamintos harto más sombríos que los del Himno al Sol, tratados, sin embargo, de tal manera, que el corazón y la fantasía se interesan á la par. No debemos echar en olvido que la poesía toma de día en día un carácter más general y profundo, y que cuanto más se acerque en sus formas á la verdadera naturaleza del sentimiento, de suyo fácil y modesto en sus atavíos, tanto más derechamente se encamina al término de su viaje.

Al concluir el análisis de la primera subdivisión de las poesías líricas de este tomo, nos sentimos descargados del

peso más grave de la crítica, que sin duda lo es la necesidad de poner tachas y encontrar defectos; y esto lo decimos porque el crecimiento que desde aquí adelante se nota, á pocas enmiendas da lugar.

No son nuevas fuera de España las canciones populares, así como dentro de ella, los romances del mismo género forman una de las más ricas minas de su literatura. Sin embargo, nadie negará al poeta Bèranger la gloria de haber levantado y ennoblecido en la nación cercana este linaje de poesía, que gracias á su genio, vibra en el día con todos los tonos del sentimiento, y presenta sus más fugaces y delicados matices. La revolución que de este modo ha logrado introducir en el arte es inmensa á nuestro juicio, pues lo ha convertido en instrumento de cultura, de moralidad y de enseñanza. ¡Rara transformación! La poesía que en los últimos tiempos había llegado á ser el patrimonio de las clases instruídas y acomodadas, ha bajado con la musa de Bèranger, semejante á un nuevo evangelio, á la oscura vivienda del pobre, y ha tomado á su cargo con generoso empeño el enjugar lágrimas desconocidas, y curar llagas ocultas y acaso despreciadas. El día que tal hizo acertó á labrarse un porvenir de gloria, reconquistó sus perdidos fueros, y pudo con razón prometerse que cualesquiera que fuesen los yerros y trastornos de la humanidad, su influjo nunca dejaría de guiarla á manera de estrella benéfica.

Esta musa que se acercaba á la multitud desdichada y menesterosa ya para consolarla, ya para alegrarse, ya para quejarse con ella, hubo de crearse una lengua que sus protegidos entendiesen. Semejante necesidad trajo consigo indispensables mudanzas en cuanto al tono y expresión de la poesía, y su lenguaje se ha hecho sencillo, noble y severo, no bastardo, chocarrero, ni villanesco. De esta suerte ha ganado en gracia, naturalidad y vigor, al paso que su influencia y su carácter se han extendido y elevado.

A este género pertenecen las canciones del señor Espronceda, que tenemos por una preciosa adquisición para

nuestro Parnaso. El desenfado, fluidez, casta dicción y variada armonía del *Pirata,* junto con la filosofía y verdad de su fondo, la convierten en una lindísima tonada popular, bien acomodada al carácter ardiente y aventurero de nuestra nación. Gran conocimiento y maestría de la lengua suponen las extrañas rimas que usa, y que tan agradable movimiento imprimen al tono de la composición. Esta es una de las prendas más aventajadas de esta colección, porque la armonía imitativa y la lengua castellana han ganado mucho en elasticidad con las difíciles combinaciones métricas que el autor ha introducido, no solo en el Pirata, sino también y más particularmente en el *Verdugo* y en el *Estudiante de Salamanca,* sin tropezar siquiera en tan escabroso camino.

La canción del *Mendigo* se separa de todo punto de la de Bèranger, pues lejos de rebosar como ella encono y amargura, lejos de poner crudamente el dedo sobre esta hedionda llaga de nuestra sociedad, se reduce á bosquejar la mendiguez descuidada, holgazana, indiferente y en cierto modo satisfecha con su vagamunda libertad y sus poco envidiables goces. Por lo demás, aunque en nuestro entender, sus contornos no sean tan puros como los del Pirata, manifiestan la misma mano y origen. Las tres restantes encubren cierta intención profunda y un carácter social más evidente. El *Verdugo* y el *Reo de Muerte* pertenecen á la escuela amarga, sardónica y desconsolada de Biron, y son hijas de aquella escena doliente y solitaria, que menospreciaba los consuelos, y se cebaba en sus propios dolores. El mismo giro hostil y sombrío, la misma tendencia rencorosa y desengañada del poeta inglés resaltan en la tremenda poesía del verdugo. ¡Qué situación tan bien imaginada! ¡Qué fondo de hiel y de despecho! ¡Qué orden y enlace tan lógico de pensamientos! ¡Qué metro tan acerado y feroz! ¿Dónde encontraremos una invectiva más mordaz contra la pena de muerte, dónde descubriremos más á las claras esa disonancia tan de bulto que manifiestan nuestras leyes y nuestros sentimientos, nuestras costumbres y la civiliza-

ción de que hacemos alarde, como en estas palabras del Verdugo?

Al que á muerte condena le ensalzan!....
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Qué no es hombre ni siente el verdugo
Imaginan los hombres tal vez?
Y ellos no ven
Que yo soy de la imagen divina
Copia también!
Y cual dañina
Fiera á que arrojan un triste animal
Que ya entre sus dientes se siente crujir.
Así á mí, instrumento del genio del mal,
Me arrojan el hombre que traen á morir.
Y ellos son justos:
Yo soy maldito:
Yo sin delito
Soy criminal:
Ved al hombre
Que me paga una muerte! el dinero
Me echa al suelo con rostro altanero,
A mí, su igual!!

II.

¡Qué sentimiento y qué versos! ¿Para qué mayor anatema contra esa práctica que por más que con la necesidad se cohoneste y encubra, no por eso deja de ser un sarcasmo del progreso de las luces? ¿Qué podrá añadir á esto la poderosa razón y las sabias investigaciones de los filósofos? Poco en nuestro entender; poco cuando menos, que más arrastre, convenza y cautive. Y después de aquella emponzoñada y sangrienta diatriva de un hombre que arrojado de la comunión de los demás, ha podido muy bien perder los sentimientos de tal, ¿quién sino un verdadero poeta nos

le presentaría interesante, descubriéndole á nuestros ojos por el lado de la paternidad?

¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
Tú, hijo mío, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
Presta gracia á tu risa infantil!

A esto pudiéramos llamar jugar con el corazón de los lectores, porque tránsito tan repentino, y al mismo tiempo tan lógico de la desesperación á la ternura, y de una versificación nerviosa, constante y descarnada á otra llena de unción, de amor y de suavidad, no es fácil de concebirse, cuanto más de ejecutarse.

La canción del *Reo de Muerte* pudiera considerarse como un apéndice de la anterior, porque en realidad el drama no varía; dado que varíen los personajes. Como quiera que en el asunto algo se asemeje, el giro de los versos y la situación son bien distintos, y aunque no esté templada por un tono tan rudo, de todas maneras aparece sombría, variada y empapada en desventura. La última canción que nos queda por examinar es el *Canto del Cosaco*, canto lleno de nervio y de vigor salvaje, filosófico en sus pensamientos, profundo en sus tendencias, y valiente cuanto correcto en su versificación. Como la amarga censura de la política europea que envuelven los rudos acentos del Cosaco tal vez cuadraría mal en un periódico como el *Semanario*, por más poseído que se halle el que esto escribe de las mismas ideas, nos dispensaremos de presentarlo por este lado; pero no sin recomendar á nuestros lectores su atento examen. Del mismo asunto ha tratado Bèranger con igual objeto, carácter y tendencia, y para gloria de nuestro autor y nuestra, debemos decir que ha sobrepujado á tan insigne poeta, no solo en lo áspero y oscuro de las tintas, sino también en el estro y fuerza de verdad. Tal es por lo menos nuestra opinión, que gustosos sujetamos á la más aventajada de los hombres de letras.

Vienen detrás las poesías que el señor Espronceda ha llamado *históricas*, título que en nuestro entender algo mejor les cuadra que no el de *políticas*, porque si bien van todas enlazadas con nuestros sucesos y desdichas políticas, el autor ha tenido la suficiente discreción para ceñirse á la idea general y luminosa de la emancipación común, sin descender nunca á las miserias de los partidos y á la ruindad de los intereses individuales. Por esta conducta merece el parabién de cuantos tengan en algo la dignidad del arte, pues si como hombre puede seguir el camino que le plazca, como poeta pertenece á la humanidad y al porvenir. Por lo demás el sentimiento que respiran estas poesías es entero, alentado y robusto; la entonación igual y sostenida, y los versos de un temple recio, sonoro y acerado. El soneto á *Torrijos y compañeros*, la composición que tiene por título *Guerra* y la dedicada á la muerte de *Depablo* (a) *Chapalangarra* por todos sus pliegues y resquicios dejan asomar la llama del rencor y del ardimiento, que nuestras desastradas disensiones han encendido en tantos pechos. Dos exceptuaremos sin embargo entre ellas que se apartan de las demás: la *Despedida del Patriota Griego de la Hija del Apóstata* y la *Elegía de la Patria*. La primera nos parece inferior á las anteriores; mas no así la segunda, en que el autor con tanta delicadeza y maestría ha remedado los tonos del más triste de los profetas, engalanándolos con todos los atavíos de nuestra poética lengua. Júzguenlo nuestros lectores por la siguiente muestra.

¿Qué se hicieron tus muros torreados,
Oh mi patria querida?
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos, caídos tristemente,
El llanto está agolpado.

Y dígannos después de haberla leído si no se les ha figurado oir un suspiro del viento entre las arpas de Israel colgadas de los sauces de Babilonia. Toda la tristeza de la emigración, todo el amor y la hermosura de la patria ausente están pintadas en esta tierna elegía.

Entre las poesías que después vienen, llama muy particularmente nuestra atención el *soneto á la rosa*, porque no conocemos en la lengua castellana ninguno más terso, lleno, flúido y acabado. Nos persuadimos de que nuestro juicio en el particular será el del público, y de todas maneras lo emitimos francamente, deseosos de enmienda por si erramos. Creemos asimismo que nadie leerá los blandos y sentidos versos *á una estrella* sin ceder á aquel impulso de tristeza que siempre inspira el espectáculo de las creencias juveniles deshojadas y marchitas.

La composición *á Jarifa* será la última en que nos detengamos, con tanto mayor motivo cuanto que la tenemos por la expresión más cabal que se encuentra en este tomo, de esa poesía esceptica, tenebrosa, falta de fe, desnuda de esperanza y rica de desengaño y de dolores, que más bien desgarra el corazón que lo conmueve. Condición bien triste es la de una época que dicta tan desusados acentos, y condición por desgracia forzosa en la nuestra en que el hombre divisa el porvenir cubierto de nieblas, y solo ve lo pasado al través de la inquietud y desasosiego presente. Este disgusto y ansiedad de que si ya no siempre, en muchas ocasiones adolecen todas las almas vigorosas, es un hecho que mal pudiéramos negar, y la poesía que lo traslade de seguro estará llena de verdad y cautivará la simpatía de muchos. Necesario es pues aceptarla á despecho de su desabrimiento, y aun cuando se hayan abierto sendas más luminosas y enderezadas á mejor término en el campo de la literatura; mas no por eso dejaremos de decir, que cerrar al hombre las puertas de la esperanza, equivale á falsear su índole y contrariar sus más naturales impulsos. Semejante filosofía ni perfecciona, ni enseña á la humanidad: hija del orgullo y del desengaño, llega á formar de cada

hombre un ser aparte, y rota la asociación de los afectos más dulces del corazón, solo conduce al individualismo y á la anarquía en moral. Y cuenta con que no es esto lo que necesita un siglo de suyo egoista y frío: consuelos y no sarcasmos ha menester el corazón de los más; esperanzas y no desencantos es lo que nos deben ofrecer, porque la desesperación y la duda son impotentes para todo menos para el mal. Fuera de esto la poesía de Jarifa, de carácter elevado y ardiente, poblada de armonías muy bellas, está dotada de formas y proporciones regulares, y llena de gala y soltura en su dicción poética.

Llegamos por fin al *Estudiante de Salamanca*, corona de este tomo, y obra en que á nuestro sentir ha reconcentrado el autor todo el poder de su ingenio, de su corazón y fantasía. Su variedad extraordinaria, su raro y maravilloso asunto, su trabazón ordenada y lógica, su temeroso desenlace, la verdad y originalidad de sus caracteres, aquel baño de sencillez, de naturalidad y efusión que en todas partes lo realza, y por último, el sinnúmero de tonos porque está templado y de ricas armonías que desenvuelve, levantan este cuento á una altura tal, que sin duda tardará ningún otro en elevarse á ella. Las octavas de la primera parte en que el autor pinta y bosqueja á Elvira manifiestan gracia y dulzura inefables; en las quintillas de la segunda parte salta el estro y el sentimiento; melancolía, ternura y pureza angélica revela la carta de la infeliz, y finalmente pincel maestro, y figuras atrevidas y vigorosas se echan de ver en el cuadro dramático, que tan bella contraposición ofrece con la vaguedad fantástica y medrosa, y con el trágico remate de la parte última. No señalaremos pasajes de este poema, pues ni sabríamos por donde comenzar ni en donde dejarlo, pero los arriba indicados nos parecen bastantes para mostrar y convencer que la musa castellana puede envanecerse de tan cumplida obra.

La aparición de este libro es harto notable, y hará época en la historia literaria de nuestro país, porque sin apartar la poesía de la gloriosa senda por donde la llevaron los

Herreras y Leones, sin despojarla de sus elegantes giros, de su casta y numerosa dicción, de su música apacible, majestuosa y sonora, y sin desnaturalizar ni su origen ni su carácter, el señor *Espronceda* la ha subido á la altura de la época, ha logrado darle el colorido y trascendencia propia de las ideas, y la ha convertido en expresión fiel y genuína de nuestros sentimientos. De todo se encontrarán muestras en este volumen, porque todos los tonos del sentimiento están ensayados y recorridos en él, desde los raptos de la fantasía, hasta los acentos más hondos del corazón. Su autor de consiguiente ha merecido bien de las letras y del país donde ha nacido; pero la estimación que le profesamos y nuestra habitual franqueza, nos autorizan para decirle que más pudiera haber hecho por su nombradía, y por el lustre de su nación, que tiene puestas en él muchas y muy hermosas esperanzas. La reputación que antes había adquirido y que ahora confirman sus poesías, no debe servirle para dormir sobre su deliciosa almohada, sino para llevar adelante los nobles empeños que tiene contraídos con el porvenir todo hombre que posee sus privilegiadas disposiciones. Deseamos que estas palabras, que tantos motivos tiene para creer sinceras, le sirvan de estímulo para dar cima con brevedad á su poema *El Diablo-Mundo*, que en el sentir de muchos le afianzarán en lo venidero un nombre por más de una razón envidiable.

LUIS VIVES.

I (*).

Con razón nos echan en cara los extranjeros la indiferencia y descuido con que miramos nuestras glorias, y aun por ello mereceríamos inculpaciones más severas, si las poco favorables circunstancias en que se ha encontrado España á contar desde la mitad del siglo XVII, no nos sirviese en cierto modo de disculpa. En cierto modo decimos, sin embargo, porque si bien la decadencia de la nación, regida un tiempo por Carlos V y Felipe II es harto notoria, todavía nos debe causar rubor pensar que en tal cual pacífico y lucido intervalo, que desde entonces acá ha disfrutado el país, no solo haya quedado por soldar la cadena de la civilización con que en mejores días íbamos ciñendo la redondez de la tierra, sino también que hayamos dejado carcomerse de orín sus resplandecientes eslabones. ¡Lástima grande por cierto que las ideas más nobles y benéficas, que por su propia fecundidad y vigor parecían escudadas de los ataques del tiempo y del embate de las vicisitudes públicas, se amortigüen por circunstancias, cuyo alcance no debiera llegar á tan elevadas regiones! ¡Lástima en verdad que nombres por tantos títulos ilustres puestos por la mano de Dios como otras tantas piedras miliarias en el camino de las generaciones, vengan abajo con miserable estrago, arrastrando en su caída la influencia y hasta

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 1.ª entrega.

el recuerdo quizá de una época ennoblecida con grandes hechos y descubrimientos! La humanidad está destinada tal vez á perfeccionarse tanto por sus adelantos como por sus retrocesos, así por sus esperanzas como por sus desengaños, y en esto sin duda se cifra el secreto del silencio injusto á que se ven condenadas voces en otro tiempo poderosas, obras gigantescas que abarcaban el conjunto de su siglo y fijaban la época de una transición completa en las ideas, emancipándose de lo pasado, y lanzándose con ánimo resuelto á los caminos del porvenir.

Tales fueron las obras y trabajos de Luis Vives, hombre de raras cualidades , que por la extensión de sus estudios, por su infatigable constancia, por sus pensamientos atrevidos, por su sano y agudo criterio, por la pureza de sus costumbres y la elevación de su carácter, llegó á ser como el oráculo de sus contemporáneos y el archivo animado de los conocimientos de su siglo. Temple maravilloso se necesitaba para atropellar por tantos obstáculos como embarazaban los caminos del saber y de la razón, para removerlos sin más auxilio que el de una voluntad enérgica y firme, para convertirse en el intérprete de tantas esperanzas como abriga la humanidad en todas las épocas de transición, y conservar al mismo tiempo aquella prudencia y tino exquisito que templan la vehemencia de los deseos, organizan las tendencias, dirigen los esfuerzos hacia un término útil y noble á la vez, y caminan á la conquista de lo futuro sin romper con las tradiciones y con la historia, aprovechando cuantos elementos de progreso deja sembrados el trascurso de los tiempos.

Cuando Juan Luis Vives vino al mundo (1492), el principio de la civilización cristiana acababa de quedar triunfante en España con la toma de Granada; el poder real se consolidaba en las hábiles manos de los Reyes Católicos, y de su ministro el Cardenal Jiménez de Cisneros: la imprenta iluminaba el mundo con sus primeros resplandores: la caída del imperio griego y la pérdida de Constantinopla traían á Europa las teorías de los antiguos griegos;

sus obras originales despertaban en Italia el genio de las bellas artes; desenvolvíase prodigiosamente el comercio con la emancipación de sus ciudades, y al paso que el descubrimiento del Nuevo-Mundo extendía las ideas y comunicaba un vigoroso impulso á los espíritus, por donde quiera se traslucía la necesidad de las reformas filosóficas y aun religiosas. A vista de tan extraordinario concurso de circunstancias tan felices como inesperadas, parecía que la serpiente simbólica de los antiguos, que representaba el círculo eterno de las edades, se desnudaba de su piel áspera y oscura para trocarla por otra arrebolada de hermosos y apacibles colores.

Sin embargo, estos hechos eran demasiado recientes y carecían por lo mismo de aquella autoridad que les comunica á la vez el trascurso del tiempo, el ensayo de sus ventajas y la luz de la razón: semejantes al espíritu de Dios cuando era llevado sobre las aguas, solo muy poco á poco iban deshaciendo las nieblas que cubrían el campo de las ciencias. La filosofía escolástica, embestida ya por diversas partes, defendía á palmos su terreno, escudada con la larga costumbre de su predominio, apoyada en sus métodos *a priori*, que también se avenían con la unidad sintética y robusta del catolicismo, y fiada, por último, en el desbarajuste y confusión del lenguaje, y en el intrincado laberinto de sus distinciones sutiles y de su extraña terminología. Ni era solo moral la preponderancia que ejercían, pues no contenta con todas estas ventajas, estaba además apoderada de todas las escuelas y colegios, desde la primera enseñanza hasta la más adelantada y seria, de modo que si bien luchaba contra la corriente de la época, todavía presentaba una falanje numerosa y bien atrincherada.

Luis Vives asistió en Valencia al curso de latinidad de Jerónimo Amigueto y de Daniel Sisó, de cuyas explicaciones no es de esperar que sacase gran fruto, porque la lengua de Cicerón y de Virgilio andaba tan desconocida y por el suelo, que los Reyes Católicos tuvieron que ordenar expresamente su enseñanza á cuantos seguían la carrera

eclesiástica, y aun á las religiosas. El famoso Antonio de Nebrija había enriquecido la España por entonces con el inmenso caudal de su erudición, y procuraba resucitar en ella el estudio de los hermosos modelos de la antigüedad, y restituir á las ciencias el instrumento de un lenguaje culto y preciso. Habíale acogido con bondad suma y aun con sincera gratitud el Cardenal Jiménez de Cisneros, y los pocos sabios que entonces en España había, pero no en todas partes le miraban con los mismos ojos; de tal manera, que Jerónimo Amigueto alentó á nuestro Vives para que escribiese contra él una especie de invectiva, cosa á que no le repugnó prestarse, engañado por la natural efervescencia de los pocos años, y estimulado de las sugestiones de su maestro. ¡Triste principio de una carrera gloriosa el atacar de esta suerte la reputación de un hombre con cuyos esfuerzos y pensamientos había de estar más tarde en tan cabal armonía! Desagravióle entonces cumplidamente, pero este suceso que el erudito don Gregorio Mayans pone en duda, aunque nada tiene de extraño ni de perjudicial á la opinión de Luis Vives, es una prueba más de los tropiezos que encontraban entonces por el camino los que se dirigían al santuario de las ciencias. Es probable que además de la lengua latina se dedicó igualmente á la griega, que enseñaba entonces un Bernardo Navarro, y aun al estudio del derecho civil, bajo la dirección de su abuelo materno Enrique March, que explicaba las instituciones de Justiniano.

De todos modos, este alimento era sobrado escaso para un alma tan elevada y codiciosa de saber, y aunque París no presentaba mucho mejor aspecto, era, sin embargo, el centro de las luces de la época, y allí acudían de todas partes jóvenes estudiantes á cebarse en las interminables disputas de la escuela, y á sacar por único patrimonio del entendimiento la ciencia de las palabras y un buen repuesto de sutiles distinciones y de especies inaplicables al adelanto de las luces y á la ciencia de la vida. Luis Vives, siguiendo el ejemplo de sus contemporáneos, se dirigió á

París, donde le tocaron por maestros Gaspar Lax, natural de Sariñena, en Aragón, y Juan Dullard.

Era una especie de aforismo continuo en boca del último, esta máxima extraña: «Cuanto mejor gramático fueres, peor dialéctico serás:» sentimiento de que el vulgo científico de la época participaba en tal manera, que había llegado á ser una especie de axioma. Mirábanse como incompatibles las argumentaciones y disputas escolásticas con el habla castiza y depurada de griegos y latinos, como si las formas de que usaban en ellas hubiesen venido de otra parte que no fuese la Grecia ó Roma: fenómeno extraordinario, y que en nuestro entender requiere explicación.

Cuando los diversos sistemas filosóficos de Grecia trasladados á Roma, vinieron á perderse en un epicurismo grosero y bastardo durante la época de su decadencia, ya por la corrupción de las costumbres, ya por la incertidumbre y continuo recelo que á todos aquejaba con la presencia de las tempestades que se amontonaban en el porvenir; Alejandría fué el lugar donde se refugiaron los pocos pensamientos profundos y dignos de la razón humana que flotaban sobre el cenagal de Roma. Las teorías de Pitágoras, Platón, Aristóteles y Zenón, habían hallado ya de antemano benigna acogida bajo el reinado de los Tolomeos, y un lugar distinguido en su escogidísima biblioteca y entre los sabios reunidos y agasajados por la munificencia de estos príncipes ilustres. Era además Alejandría la plaza comercial de más importancia y escala universal de todas las comunicaciones con el Oriente, de modo que estas circunstancias reunidas á otras muchas de segundo orden, hicieron de ella una especie de centro adonde se encaminaban todas las tendencias filosóficas que sobrevivían á época tan desastrada. Mas el entusiasmo que habían excitado las antiguas doctrinas, amortiguado y tibio con la relajación de casi todos los resortes morales, había cedido el puesto á un eclectismo vago y exaltado, favorecido por la necesidad de creencia y de consuelo, entonces más sensible que nunca, y sobre todo desarrollado por el sentimiento nuevo y ar-

diente de la fe cristiana que mezclaba ya frutos sazonados á sus hermosas flores. La sociedad se renovaba entonces, y mal podían convenir á su infancia lecciones y sistemas hijos de una sociedad que había llegado al término de la madurez por el sendero de la experiencia; razón por la cual de todos los dogmas filosóficos, solo fueron apreciados y cultivados los que favorecían el instinto contemplativo y místico de aquella época. Pitágoras y Platón encontraron por donde quiera discípulos y comentadores: Aristóteles mismo, á pesar de su método analítico, halló gracia á sus ojos por la vaguedad de algunos trozos de su metafísica: pero todos ellos sufrieron mutilaciones y alteraciones de cuenta para haber de acomodarse á un orden de ideas tan distinto del suyo. De este modo, enturbiado su claro manantial, se abrió camino hasta llegar á la corte de los Califas, que por entonces regían un pueblo lleno de aliento y ansioso de toda suerte de glorias; pero allí les cupo la misma suerte que en Alejandría, pues precisados los filósofos árabes á conciliar sus doctrinas con el Alcorán, y seducidos además casi siempre por su imaginación exaltada, las adulteraron en tales términos, que los trabajos de Al-Kendi, Al-Farabi, Avicena, Abubeker y Averroes, bien que preciosos para la historia de la filosofía, no hicieron otra cosa que desviarlas más y más de su origen y natural destino.

Mientras esto sucedía en Oriente, los bárbaros habían acabado con la antigua civilización romana, y cuando el genio maravilloso de Carlo Magno quiso iluminar el imperio de Occidente con los resplandores de la sabiduría, durante una serie de tres ó cuatro siglos, apenas se advierten sino esfuerzos infructuosos, atajados por lo azaroso de las circunstancias y por la falta de guías competentes en la difícil carrera que emprendían los ingenios. Limitábase entonces la enseñanza á algunos libros de Aristóteles, y á tal cual fragmento de Platón, no solo incompletos y mancos de por sí, sino también desfigurados por infieles comentadores cuales eran Porfirio, Boecio, Dionisio Areopagita y San Agustín, marcados todos con el sello de la escuela de Alejandría.

A fines del siglo XI y principios del XII Rousselín y Abelardo intentaron sacudir el yugo del escolasticismo, suscitando la famosa cuestión de los *universales*, y abriendo una serie de ideas y pensamientos, que si bien por prematuros no produjeron los frutos que era de esperar, fueron de subido precio para la ciencia, así por la independencia preciosa que introdujeron en ella, como por los nuevos caminos que abrieron á las reformas posteriores.

En el siglo XIV empezó á ser conocido Aristóteles de una manera más completa, con la comunicación de los árabes de España, y Alberto llamado el Grande, se constituyó en intérprete suyo, cautivando para los dos la admiración y aplauso universal: pero por desgracia sus doctrinas, falseadas ya por los árabes, lo fueron más por traducciones defectuosas de un texto hebreo, y el filósofo griego tuvo que vestir por último el traje de la escuela, y acomodarse á nuestra teología, y aun á los usos de nuestros doctores.

Consecuencia natural de tan errado sistema era el apartarse más cada día de la verdadera filosofía, pero es preciso convenir en que los escolásticos procedían con lógica y concierto, ajustándose en un todo á las premisas que sentaban; y que aun extraviados por su falso criterio, hicieron descubrimientos de importancia.

Vino por fin el siglo XV, y los originales antiguos traídos por los griegos fugitivos de Constantinopla difundieron su luz por todas partes, y pusieron de manifiesto las capitales diferencias, que existían entre los peripatéticos de Aristóteles y los de la escuela. Por donde quiera comenzaron á cultivarse con ardor las lenguas sabias: á un mismo tiempo resucitaron todos los sistemas de la antigüedad, y el escolasticismo; embarazado con sus fórmulas y aprisionado en las cadenas de sus métodos, ni fué poderoso á contrarrestar la influencia de las nuevas doctrinas, ni á acallar el espíritu de duda y de examen que por natural reacción se despertaba en todas partes.

Esta revolución importantísima produjo en un principio, como era natural, más eruditos que filósofos, porque el

transcurso de los tiempos y la influencia de la costumbre habían robustecido de tal suerte las antiguas cadenas que no era fácil romperlas á la primera sacudida. La filosofía moderna había adolecido desde su nacimiento de un vicio radical que despojándola de todo carácter original y espontáneo, la despojaba al mismo tiempo de toda fecundidad. Consistía este vicio en haber encontrado el arte del raciocinio y la forma de las ciencias antes de formar su razón y de encarnar en la ciencia; hecho que de por sí solo trastorna todo el concierto y subordinación de las ideas. Los escolásticos pertrechados de toda clase de distinciones, nomenclaturas y argumentos, carecían de hechos positivos y de verdades adquiridas por medio de la observación, de modo que si bien manejaban algunos instrumentos, fabricaban en el aire, y ni aun á costa de los más ímprobos trabajos podían dar á los resultados un valor, que no estaba en los elementos. Lo único que podían alcanzar era multiplicar las combinaciones abstractas y las disputas de palabras, y disertar eternamente. Abelardo y los nominales subieron al origen de esta situación y procuraron cambiarla; pero no había llegado aun la época de las reformas, y era menester continuar por la huella de la antigüedad durante mucho tiempo.

La emigración de los griegos del bajo imperio y el recobro de sus antiguas hipótesis no fué bastante para acelerar esta transición, á pesar de su inmensa utilidad; porque el ansia misma y el entusiasmo con que las acogió la filosofía estenuada por sus propias sutilezas y falta de alimentos sólidos, alejaban todo espíritu de crítica, y solo daban lugar á la admiración, de suyo ciega y confiada. El único consejero de la prudencia y de la sabiduría era la erudición, con lo que de nuevo se volvió á trastornar el orden de las ideas, porque se tuvieron por resultados definitivos unos sistemas que no debían ser más que una serie de experiencias destinadas á dirigir el espíritu humano en su nuevo camino. Las teorías en que brillaba alguna originalidad é invención se quedaban muy atrás de las griegas, por ser

efecto de producciones sobrado espontáneas, que no estaban fundadas en la experiencia, antes bien estribaban principalmente en los instintos de la época.

Tal era la situación filosófica de la Europa cuando Luis Vives vino al mundo. Por un lado el escolasticismo atrincherado en las escuelas todavía, y apoderado de la enseñanza, sin querer cejar en su propósito: por otro los sabios de la época vueltos los ojos á lo pasado, ocupados en la restauración de sus sistemas, pero ajenos en sus tareas de todo plan y unidad, y acordes únicamente en hacer cruda guerra á los escolásticos. El juicio claro y recto de nuestro compatriota abarcó de una sola ojeada el estado de las cosas, y se trazó un camino que siguió después con infatigable constancia. Disgustado de los estudios de París y convencido de su inutilidad, se retiró á Brujas, cuyo buen gobierno, cultura y suaves costumbres se avenían perfectamente con su índole apacible y su carácter recogido. En la soledad de su retiro, entregado á serias meditaciones y penosos estudios, concibió la importante idea de manifestar los errores que abrigaban las ciencias y artes, así en su esencia como en sus fórmulas, tarea para la cual parecía nacido por el vigoroso temple de su criterio, prenda en que á todos sus contemporáneos adelantaba. Esta necesidad era la de más bulto en una época en que descubierta á los ojos de todos los hombres pensadores la impotencia de los métodos y la esterilidad de las ideas, solo por medio de un examen imparcial y severo, y con la ayuda de un juicio desapasionado y frío podía limpiarse el campo de la razón de las infinitas malezas que lo cubrían. Sin derrocar los sistemas escolásticos, era de todo punto imposible abrir las zanjas del edificio majestuoso, que todos los talentos privilegiados columbraban entre las nieblas del porvenir. Preciso era para esto restituir á la lengua latina su exactitud y pureza, trazar un cuadro histórico de la filosofía desde su origen hasta el estado en que entonces se hallaba, analizar sus tendencias durante estas diversas épocas, y deducir, finalmente, de esta comparación, los trastornos y modifica-

ciones que hubiese sufrido: plan verdaderamente gigantesco, para el cual se necesitaban no solo dotes extraordinarias, sino también la fe de aquellos tiempos, en que la ciencia era una verdadera religión para los que lograban penetrar sus arcanos.

Luis Vives ensayó sus fuerzas con el tratado titulado *De Initiis, Sectis et Laudibus Philosophorum* (Del Origen, Sectas y Alabanzas de la Filosofía), y con el libro *In Pseudo Dialecticos* (Contra los Malos Dialécticos), obras ambas que le granjearon universal aplauso, y que eran como el crepúsculo que prometía la brillante luz de los libros sobre la *Corrupción de las Artes*, sobre la *Enseñanza de las Ciencias* y los *Comentarios á la Ciudad de Dios, de San Agustín*. En la primera, con arreglo á su título, trazaba un cuadro reducido á la verdad, y no completo, del nacimiento y vicisitudes de la filosofía; pero lo que le faltaba en extensión lo suplían ventajosamente el método ordenado, la sana y atinada crítica y las tendencias generales y profundas que resaltaban en él. Era el primer trabajo de este género que se llevaba á cabo: el buen gusto en la ejecución realzaba la importancia intrínseca del pensamiento: la filosofía recobraba su carácter elevado, y en cierto modo se desquitaba de su frivolidad recordando sus tiempos gloriosos, ó esperando los no menos gloriosos que á más andar se acercaban.

El segundo libro (*In Pseudo Dialecticos*), sátira amarga, si bien merecida, del método que se seguía en las universidades, nutrida y bien fundada, armada de una ironía punzante y chistosa y ataviada además con las galas de una elocución suelta, elegante y castiza, se ajustaba mejor á las necesidades de la época, aportillaba impetuosamente la vieja muralla escolástica, y ponía de manifiesto la pobreza de sus recursos: así es que al paso que fué la piedra de escándalo en las escuelas, cautivó la simpatía y elogio de los verdaderos sabios.

Estas obras, que atendida la capacidad de su autor, no pasaban de meros ensayos, así por su fondo como por sus dimensiones, acrecentaron su reputación de tal modo, que

á los 27 años de su edad desempeñaba una cátedra en la universidad de Lovaina, y merecía la amistad de los hombres más instruídos de su tiempo, y en particular de Erasmo de Rotterdam y de Tomás Moro, célebre canciller de Inglaterra.

Ocupábase por entonces el primero de estos en restituir á la luz del día las obras de los santos padres purgadas y limpias del moho, no solo de los comentadores, sino también de los copiantes; y para ayudarle en esta importante tarea eligió á Luis Vives, que de muchos años atrás había empleado no poco trabajo en las obras de S. Agustín, y le encomendó los comentarios y enmiendas que fuesen necesarios en ellas. Trabajo era este en que la curiosidad competía con la importancia, porque se trataba de determinar una de las series filosóficas más notables de la antigüedad, y de averiguar la índole de la escuela de Alejandría, que había heredado toda la ciencia del moribundo imperio romano, y calentado al propio tiempo en su seno los instintos del cristianismo naciente. San Agustín, el más célebre de sus santos y doctores, se había alistado bajo las banderas de Platón, cuidando de acomodarle á los principios de la doctrina cristiana, cosa en verdad poco difícil á un talento como el suyo, pues le ayudaba en gran manera para ello el colorido de entusiasmo que se nota en todas las obras de aquel filósofo, y su apego exclusivo á los métodos *a priori*. Luis Vives acometió la empresa con crecido número de datos, con una vasta erudición é infatigable constancia, y la historia filosófica recibió un desarrollo y carácter, que aun en el día nos agrada y sorprende. En especial las vicisitudes de la filosofía de Aristóteles entre los latinos y los árabes aparecieron con toda distinción y claridad en estos comentarios, primera muestra de un análisis detenido y fundado, en los tiempos modernos. Nosotros, que abundamos en obras de la antigüedad perfectamente ordenadas, y que gozamos del beneficio de la imprenta hace cuatro siglos, no podemos calcular á primera vista el esfuerzo y penalidad que llevaban consigo unas tareas, en que era necesario mu-

chas veces restaurar el original antes de juzgarlo, y caminar á tientas en busca de su verdadero sentido.

Los comentarios á los libros de la *Ciudad de Dios* fueron recibidos con desiguales afectos, y más generalmente con desabrimiento marcado. Andaban los ánimos azorados é inquietos con los movimientos religiosos de Alemania, y no faltaba quien tildase á Erasmo de Rotterdam de parcial y amigo de las doctrinas luteranas. Esta fué la causa verdadera del desvío con que fué acogida esta obra, que no sus tendencias: punto que Luis Vives miró siempre con el mayor escrúpulo, como lo manifiesta, no solo su correspondencia con Erasmo, sino también la firme y decorosa conducta que observó más tarde en Inglaterra, cuando el célebre proceso de divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragón. Sin embargo de todo, la obra fué en algunas partes prohibida.

Como quiera, ni estas contrariedades, ni los sinsabores que acibararon su existencia en Inglaterra, fueron bastantes para apartar á nuestro Vives de sus propósitos científicos, antes bien parecía encontrar en ellos alivio eficaz contra sus pesadumbres y pobreza. De vuelta de aquel país se ocupó con su acostumbrada diligencia en dar la última mano á su obra. *De las Causas de la Corrupción de las Artes*, obra que miraba como la corona de sus trabajos y de su reputación. Ni era de extrañar que en tanto la tuviese, cuando en ella estaban representadas, no solo las necesidades de la época, sino también el fruto de una vida empleada en el estudio y en profundas meditaciones. Para analizarla como es debido, para comprender lo vasto de su plan, la solidez de su doctrina, la penetración de su análisis, y el prodigioso caudal de conocimientos que contiene, no bastan las páginas de un periódico como este: volúmenes se necesitarían si se hubiese de presentar bajo todos sus aspectos y relaciones.

La misión de Luis Vives era *crítica* en todo el rigor de la expresión, porque si algo podía aprovechar en medio del caos filosófico de aquel siglo, era la luz de la razón y del

examen; así es que en ninguna de sus obras aparece tan elevado y tan dueño de la situación como en esta. «No se propone en ella fundar un sistema, ni crear una nueva secta, sino pedir á las existentes los títulos de su legitimidad, abrir un sendero nuevo, pues la naturaleza que produjo aquellos hombres célebres, ni está agotada ni estancada; llevar en todo por guía á la experiencia, y así como esos mismos ingenios observaron, combatieron y enmendaron lo que disentía de sus principios, del mismo modo mostrar sus errores y enderezar su marcha sin desviarse de su ejemplo. Acaso si hay quien tome después á su cargo la corrección de sus yerros, se llegará á una serie nueva de conocimientos, que encierre á la vez principios fijos y métodos perfectos.» Estas son las principales razones de las varias, que en términos sencillos y nobles dirige á sus discípulos en el prólogo de su obra, y que desde luego revelan su objeto y fundamental idea.

Divídese en siete libros, puestos por el orden siguiente: 1.° *De las causas generales de la corrupción de las artes.* 2.° *De la corrupción de la Gramática.* 3.° *De la corrupción de la Dialéctica.* 4.° *De la corrupción de la Retórica.* 5.° *De la corrupción de la Filosofía natural, de las Matemáticas y Medicina.* 6.° *De la corrupción de la Filosofía moral.* 7.° *De la corrupción del Derecho civil.*

Por esta clasificación se vendrá fácilmente en conocimiento de que Luis Vives no solo abarcaba el conjunto de la ciencia en su tiempo, convirtiendo su obra en una verdadera enciclopedia, sino también de que la encadenación de sus ideas no podía ser más lógica y rigurosa. Asentando por fundamento de todo la gramática, como el único medio de dar al pensamiento aquella precisión y claridad en que se funda la comunicación de las nociones de todas clases, Luis Vives resucitaba á un mismo tiempo el buen gusto, y abría camino á una dialéctica cuerda y juiciosa, sobre la cual estribaban á su vez cuantas ciencias eran entonces el patrimonio del ingenio humano. El libro segundo contiene un análisis erudito por demás, y razonado de las diversas

causas que habían traído á tan lastimoso estado el habla latina, que entonces era la lengua general de los sabios; y después de probar cumplidamente el triste influjo que había ejercido esta corrupción en todos los ramos del saber humano, concluye con una severa censura de los libros de caballería, en que su espíritu razonador y positivo no veía más que fábulas insípidas, desnudas de todo fundamento y verdad, y propias solo para entretenimiento de gentes ignorantes y desocupadas. Vives combatía con la razón estas creaciones del entusiasmo y de la imaginación, que el ingenio de Cervantes iba á reducir á pavesas dentro de poco.

En el libro segundo penetra el autor en los senos de la antigüedad; desarrolla la doctrina de Aristóteles con exactitud pasmosa; pone en claro las alteraciones que sufrió con las traducciones á la lengua latina, incapaz de reflejar todos los matices y delicadezas de la griega por su genio austero y grave; señala enseguida con el dedo su degeneración cada vez mayor, y haciendo minuciosa anatomía de las formas silogísticas de la escuela, descubre su futilidad y ningún valor. En los siguientes libros manifiesta el mismo temple de criterio, y sobre todo en el tercero, donde patentiza los muchos errores de Averröes, tenido entonces en gran veneración.

Esta obra fijó las ideas y llamó la atención en tales términos, que todos los filósofos de nota que por entonces se sucedieron, fueron á beber en su fuente cristalina. Pedro la Ramée, que después atacó á Aristóteles con menos respeto y veneración de la que merecía tan ilustre maestro, fué acusado de plagiario por sus contemporáneos y no sin fundamento, porque en realidad sacaba del arsenal de Vives todas sus armas, si bien no imitaba ni su circunspección ni su cordura. Gasendi, que tanta gloria dió á la Francia, confiesa ingenuamente que las lecturas de Luis Vives y Charrón fueron las que más le alentaron á sacudir el yugo escolástico; y si preciso fuera amontonar citas y ejemplos de esta clase, nos sobrarían autoridades respetables de que echar mano.

Luis Vives, que parecía destinado exclusivamente á derribar el informe edificio de la falsa filosofía, pensó también en levantar uno nuevo; empresa que carecía de sazón y que de consiguiente no pudo llevar á cabo. Sus libros *Del método de la enseñanza* (De Tradendis Disciplinis) *de Instrumento Probabilitatis*, y *de Prima Philosophia, sive, De Intimo Naturæ Opificio*, aunque abundantes en ideas sanas y llenos de revelaciones importantes, carecen de aquella unidad y armonía que vivifican los sistemas y anuncian los grandes descubrimientos. Ni podía menos de ser así en una época en que la gran fermentación de los espíritus y la fluctuación de las opiniones solo daban lugar al combate y á las artes de la guerra, pero de ningún modo á las teorías que nacen en el seno de la paz, cuando abonanza el mar de las disputas y deja ver por entre sus olas sosegadas las riquezas que guarda en su fondo.

Otro hombre estaba destinado á recoger los frutos de los trabajos de Luis Vives y á oscurecer su brillo en tales términos, que apenas merece un lugar subalterno su memoria entre los historiadores de la filosofía así extranjeros como nacionales. Este hombre fué Bacón, luz y corona de Inglaterra, que dotado de un talento creador, supo reunir todos los elementos dispersos de la ciencia, organizarlos con raro acierto y componer un sistema general profundamente combinado, según el cual *las ciencias se asemejaban á otras tantas pirámides cuya base era la experiencia, y cuya cúspide ocupaban los axiomas*. Pensamiento atrevido que abría el paso á un orden nuevo de cosas en el imperio de la inteligencia, pero que hubiera sido imposible no ya de realizarse, mas ni siquiera de concebirse, á no haber encontrado desembarazado el camino y señalado el rumbo en las doctrinas de Luis Vives y de los filósofos contemporáneos. Sus esfuerzos dieron con la fábrica de los errores en el suelo, su perseverancia limpió y allanó el terreno, su diligencia allegó los materiales para el nuevo edificio, y aun dejó trazadas sus dimensiones: ¿qué faltaba ya sino que el arquitecto se mostrase y el templo de la ciencia se levan-

tase bello, majestuoso y bien proporcionado? Aun así la gloria de Bacón será eterna, y nosotros los primeros, la reconocemos y acatamos; pero á fuer de españoles y amigos de la justicia, nos hemos creído obligados á volver por la fama de un compatriota que con tan calificados títulos la alcanzó. En la carrera de la civilización no es menos útil el que acaba con los males que el que acierta á plantear los bienes, y el genio en cualquier tiempo y lugar es el delegado de Dios en la tierra.

II.

Como los trabajos é influencia de Luis Vives se emplearon con preferencia muy particular en restituir á la filosofía su verdadera índole y carácter, presentando la generación y formación de las ideas bajo un aspecto racional y analítico, por eso nos dedicamos en nuestro primer artículo á apuntar, más bien que á desenvolver sus miras y sistema. Dijimos entonces, y ahora lo repetimos, que algo más que un artículo de periódico era menester para trazar con el debido detenimiento un bosquejo fiel de tareas tan fecundas en resultados como llenas de importancia y valor intrínseco; pero aun cuando sea ligeramente y como de pasada, hablaremos de otras obras de Luis Vives, que mal pudieran dejarse en el olvido, habiendo de dar á conocer sus vastas miras y profundos pensamientos.

Sabido es cuánto se esforzó desde el principio de su vida en devolver á la lengua latina su antigua nitidez y elegancia, y en derrocar la armazón informe de la jerga que entonces se estilaba en las escuelas, órgano acomodado á la bastarda filosofía que á la sazón dominaba en ellas. Necesitaba semejante abuso un remedio pronto y eficaz, no solo porque al abrigo de semejante confusión se eternizaban las estériles disputas escolásticas que en ella encontraban salidas para toda clase de apuros; sino también porque bajo tan errada dirección se falseaba y viciaba la tierna in-

teligencia de la niñez, y en vez de adquirir instrucción y gusto sólido, solo encontraba estímulo para lanzarse desde luego en la vaguedad de las argumentaciones y en el mar revuelto de las disputas.

No podían ocultarse á la vista perspicaz de nuestro Vives inconvenientes de tanto bulto, pero como todas sus obras llevaban el sello de una utilidad tan palpable como eminente, lejos de contentarse con meras especulaciones filológicas, se propuso restaurar al mismo tiempo la lengua de Virgilio y sentar las ideas más sanas de educación y de moral en sus bellos diálogos que públicó con el modesto título de *Ejercicios de la lengua latina.*

Erasmo de Rotterdam, insigne amigo de nuestro autor, había resucitado con gran éxito este género de literatura, en que el genio de los antiguos había campeado con toda su gala y originalidad, y que habían inmortalizado por dos caminos bien distintos á la verdad, Platón y Luciano. Erasmo mojó su pluma en la punzante é ingeniosa ironía del segundo, y embistiendo con sus temibles armas al escolasticismo, le forzó á bajar de su cátedra orgullosa, haciéndole el objeto del ludibrio de todos. Conocedor profundo así de su época como del corazón humano, y bien convencido de que los tiros de una sátira fundada y justa son de reparo muy difícil, ridiculizó con agudeza sus desmedidas pretensiones y su escaso valer, y contribuyó á volcar el ídolo de un modo eficaz y poderoso; pero sus diálogos más eran para gustados y saboreados por entendimientos maduros, que no enseñanza de los pocos años. Luis Vives, siguiendo un rumbo opuesto, pero que conducía al mismo término, escribió todos los suyos para alimento de la niñez, y aunque sin aspirar á un sistema cabal y perfecto, dejó un tratado de educación en que la gracia del estilo, la pureza de la dicción y la sal ática del diálogo corren parejas con la sanidad de la lógica y la elevación de los principios morales. Ni los realzan y distinguen estas solas cualidades, pues la mayor parte de ellos tienen marcado carácter dramático, y son estudios de costumbres tan verdaderos y natura-

les, que parecen una representación viva, si no completa, de los incomparables cuadros de David Teniers. La frescura de las imágenes y la suavidad del colorido guardan tan arreglada proporción con la comprensión infantil, y tienen tal sabor de candidez y facilidad, que ellos solos bastarían á pintar como en un espejo el alma sencilla, benévola y pura de Luis Vives. En nuestro humilde entender esta clase de lectura es harto más adecuada á la enseñanza de los niños que las fábulas y apólogos con que se suele desenvolver su razón y ejercitar su memoria, porque á la ventaja de tratar de cosas más próximas á los sucesos ordinarios de la vida, reune la de carecer de aquellos velos, que muchas veces detienen la imaginación en las formas y exterioridades sin dejarle penetrar en el sentido de la lección. Más fácil nos parece por otra parte llegar á formar el corazón del hombre con la comunicación de sus semejantes y con la simpatía natural que excita el sentimiento, que no por medio de símbolos y representaciones, no siempre claras, ni siempre acertadas y juiciosas.

Los diálogos de Luis Vives no son, lo repetimos aquí, un tratado completo y cabal de educación; pero ¡cuánto no los elevan sobre otros muchos escritos con mayores pretensiones, la gracia, la facilidad y rectitud moral que en ellos se descubre! Si se descontasen al *Emilio* de Rousseau la originalidad de los pensamientos, la energía de la expresión, la vehemencia de la imaginación, y la fuerza pasmosa del colorido ¿podría sostener un paralelo con las enseñanzas de nuestro filósofo? ¿Podrían igualarse sus teorías, hijas de un alma herida y exaltada, descontenta de lo existente y codiciosa de novedades, con unas lecciones sabias, templadas y benignas, fruto á la vez de la creencia religiosa, de la convicción del entendimiento y de la experiencia de la vida? ¿Sobrepujarán nunca en aroma y en dulzura frutas maduradas en el invernáculo del cerebro á las que sazona y perfuma el sol del corazón y el rocío del amor y de la caridad? Creemos que no. Para nosotros cualesquiera que sean las modificaciones que sufran las ideas con las

fluctuaciones á revueltas de los tiempos, siempre merecerán más respeto los sentimientos que los sistemas, y siempre tendremos en más los principios y los vuelos del corazón que los intereses y los cálculos fríos del entendimiento. Tres siglos han pasado desde que Luis Vives daba á luz sus diálogos, y hoy es el día en que casi todas sus lecciones son aplicables y de fácil ejecución: nuestros padres han alcanzado á Juan Jacobo, y si se habla todavía de su libro es para alabar sus formas y estilo, tal cual destello de su alma apasionada y sublime, y aquel sello inmortal en fin que imprime el genio en todas sus creaciones; pero á nadie le viene á la imaginación poner en planta sus preceptos.

Semejante divergencia de opiniones entre dos tan distinguidos talentos era sin embargo necesaria, y efecto más bien de las diferentes épocas, que no de la diferencia de sus sentimientos. Luis Vives vivió en un tiempo, que si bien llevaba en su seno el germen de las mayores revoluciones y mudanzas, todavía conservaba ilesos todos los principios religiosos y sociales, y de consiguiente los afectos, deberes y convicciones que de ellos dimanan. El siglo de Rousseau por el contrario, mostraba minadas en sus cimientos las instituciones políticas y religiosas, las creencias y las costumbres; y alteradas por consiguiente todas las relaciones morales; forzoso era atender á las nuevas necesidades de algún modo, y ensayar nuevos caminos para llegar á la época de todos presentida, pero que nadie podía fijar. La sociedad de Luis Vives, morigerada y espiritualista, ni apagaba ni torcía los instintos generosos del alma; la de Rosseau corrompida y materialista, viciaba el entendimiento y corrompía el corazón. ¿Qué mucho, pues, que el uno dejase medrar en ella la planta de la juventud, ni que el otro la trasplantase inmediatamente á un desierto lejos de dañosas influencias? Y he aquí la razón del influjo extraordinario y en alto grado moral que ejerció, aunque momentáneamente, el *Emilio*, que en medio de sus combinaciones artificiales y facticias mostraba allá en su fondo un resplandor misterioso de virtud y desprendimien-

to, clara muestra de la distancia que mediaba entre los naturales sentimientos de su autor y las exageradas teorías á que le llevaban sus persecuciones y amarguras.

Como quiera, y volviendo á nuestro Vives, no fueron sus diálogos su obra de educación más importante, antes bien, al lado de los libros *De la Instrucción de la Mujer Cristiana y del Oficio del Marido*, aparece incompleta y manca.

Problema difícil ha sido en todos tiempos el del matrimonio desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, y aun deberemos decir que cada vez se ha complicado más, y que su solución es por extremo espinosa. Los antiguos, con esclavizar la mujer no desataban, sino cortaban la dificultad, porque solo ejercían un acto de fuerza, contra el cual la razón protestaba sin cesar tácitamente. El amor para ellos no solía traspasar los términos del apetito, y este afecto noble y puro que en las naciones modernas ha sido fuente de tantas acciones generosas, era de ellos más bien sentido que comprendido; en términos que si alguna vez lograba levantarse en alas de aquellos instintos inmortales que la humanidad siente en todos tiempos, bien pronto volvía al suelo vencido del peso de la sensualidad pagana. Cuando por fin Jesucristo trajo la libertad al mundo llamando á sí los débiles y desvalidos, y publicando la ley de caridad, la mujer recobró sus derechos á la voz del que perdonaba á la adúltera y á la ramera arrepentidas; pero como la misión de los apóstoles era predicar por el mundo la palabra divina y vencer la incredulidad de las gentes, no podían declarar los derechos de la mujer, ni zanjar estas cuestiones verdaderamente secundarias, y aun quizá imposibles, donde quiera que domine el espíritu evangélico.

Así es que en todas sus epístolas se recomienda á la mujer la obediencia pasiva como á vaso de fragilidad, y se la pone bajo la mano y gobierno del marido en un todo. Militaba además de tal suerte por esta práctica el imperio de la costumbre, que naturalmente se dejaban llevar de

ella los hombres, y solo por amor de la nueva creencia miraban á sus mujeres como compañeras y no como esclavas.

Vino después la irrupción de los bárbaros, y el cristianismo, posesionado de estos pueblos jóvenes y vigorosos, produjo el espíritu de caballería, institución sublime que, fundada en los afectos más puros y desinteresados, servía de valladar saludable á las invasiones y desafueros de la fuerza brutal. Las mujeres, sin embargo, adoradas y reverenciadas en público, premiadoras del valor y alentadoras del ánimo, estaban reducidas en el hogar, su verdadero trono, á una condición enteramente pasiva, y tal vez miraban como pura concesión lo que podían tener por indisputable derecho de su sexo y de su individualidad; achaque común á todas las épocas guerreras desconocer la fortaleza en la debilidad y regirlo todo por medios materiales.

Tal era el estado de las ideas, cuando Luis Vives dedicó su libro *De Institutione Feminæ Christianæ* á Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra y esposa de Enrique VIII, y fué á ensayar su virtud con la educación de la princesa María, hija y heredera de entrambos. Quizá se pudiera esperar del talento penetrante del filósofo valenciano alguna idea nueva y luminosa que diese margen á reformas y modificaciones en la vital cuestión del matrimonio, resuelta entonces por la sola fuerza de la autoridad; pero si se consideran la solidez y trabazón íntima de las formas sociales de aquel siglo, fácil será adivinar que toda tentativa se reduciría cuando más al amago, y se quedaría en los límites de una utopia imposible. Cuestiones de esta especie solo se agitan cuando el espíritu de discusión lo socava todo, y la duda y el análisis llevan á los hombres á reconocer los cimientos del edificio social, aun á riesgo de enflaquecerlos y dejarlos como en el aire. Luis Vives, por lo tanto, siguió las pisadas de la antigüedad, no solo cristiana, sino también pagana, y se acomodó en un todo al espíritu de su tiempo, ensanchando las prerrogativas casi omnímodas del marido, y limitando los derechos de la mujer á la obediencia y al silencio. A todo esto se junta un espíritu religioso austero

y ceñudo en demasía, y un estilo en general vehemente y apasionado, que sin duda empleaba con el objeto de imprimir más fuertemente sus máximas en el ánimo tierno de una virgen. Luis Vives desconfiaba con razón de la fragilidad femenil, pero llevaba sus recelos al extremo, y más parecía cuidar de las trabas y estorbos materiales, que no de la educación moral y de las naturales defensas de la virtud. De aquí nace el retraimiento absoluto á que sujeta, no solo á las doncellas sino á las casadas y viudas, y de aquí el desasosiego y vivos temores que le inspiran todos los impulsos de la naturaleza, movimientos en su entender de la carne corrompida, que no aspiraciones del alma inmortal á su patria verdadera.

Con tan errado sistema, Luis Vives desconocía á la par la naturaleza humana, cuyos instintos, como revelaciones que son de Dios, más tienen de malos por las circunstancias que suelen acompañar su desarrollo, que no por sí propios; y desconocía también la perfectibilidad de la especie fundada en la ley de Dios, rápida y visible entonces más que nunca. Las cartas y consejos de los apóstoles y santos padres, relativas al gobierno doméstico y á las relaciones de familia, estaban en perfecta concordancia con el estado de aquella sociedad apenas despertada por la voz del cristianismo del letargo de los vicios y de la sensualidad; y mostraban además tino y prudencia suma cuando ordenaban una obediencia ciega á mujeres criadas en medio de ejemplos perniciosos y faltas de todo desarrollo moral. ¿Cómo aplicar, pues, no ya su espíritu, sino también todas sus reglas y pormenores á una sociedad tan distinta de la suya y que había alcanzado tan eminente perfección relativa? Cuando Vives habla del amor, funda su juicio excesivamente severo y desabrido, en el dictamen de los filósofos gentiles, para quienes en general, como dejamos apuntado, nunca traspasaba los términos del apetito, y como si su opinión fuese para nosotros cosa puesta fuera de toda duda, lo desnaturaliza y califica de inclinación bastarda é incapaz de levantar el ánimo á cosas grandes. ¡Extraño

sentir por cierto en hombre tan eminente! ¿De bastarda y abatida calificaba él la pasión de Dante y Beatriz, de Romeo y Julieta? ¿De innoble tachaba el sentimiento que durante las tinieblas de la Edad Media esclareció la historia con las proezas de la caballería? Repetimos que nos maravilla semejante juicio y semejante filosofía, si filosofía puede llamarse la que de esta suerte desconoce los más evidentes fenómenos de nuestra naturaleza.

¡Cuánta distancia no separa tan adusta doctrina de la delicadeza y ternura de Fenelón, y de la filosofía profunda y consoladora de Aime Martín! Si el género humano está destinado á caminar á la perfección rompiendo poco á poco sus cadenas y abrazando la idea de una emancipación progresiva, fecunda y evangélica, como más de un intento lo ha acreditado en este siglo, fuerza será mirar á las mujeres desde el punto de vista de una igualdad casi perfecta, reconocer sus derechos y sustituir á las relaciones de fuerza y predominio las de armonía y protección. Y tan patente se muestra semejante tendencia y tan alteradas están las costumbres, que las formas de la educación que Luis Vives propone, son de todo punto inaplicables al presente orden de cosas; no porque el fondo de sus doctrinas desdiga un punto de una pureza y virtud sin igual, sino porque la austeridad severa y rígida de sus ideas concuerda mal con la suavidad y cultura de los tiempos actuales, que si bien no carecen de vicios y defectos gravísimos, todavía fecundan en su seno las semillas de una época más venturosa. Fuera de esto la cordura, candor y santidad que encierra su obra, merecen alabanza extraordinaria; sus miras y pensamientos son casi siempre profundos y verdaderos, y el estilo lleno de gracia y de sencillez en que refiere cosas pertenecientes á su familia, la vida ejemplar y virtuosa de su madre, el heroismo de su suegra, cautivan y dejan ver como por un resquicio la bondad de su carácter y la apacibilidad de sus sentimientos.

Aun su ascetismo y rigor para con las mujeres quedó en gran manera templado y dulcificado con su libro *De Ofi-*

cio Mariti, dedicado á Juan Borgia, duque de Gandía, en que campean las máximas más elevadas y benignas, y los preceptos más apostólicos y llenos de indulgencia, que imaginarse pueden. Este libro, que por un raro contraste aventaja al primero en unción y abandono, es una guía segura y fija para gobierno de los padres de familia, y un código de prudencia, caridad y virtud con que disciplinar desde luego á los hombres en el santuario del hogar doméstico. No se notan en él la prolijidad de pormenores ni la precisión del método que convierte el anterior en una obra regular y concluída, pero los consejos y pensamientos generales que comprende, son de la mayor utilidad y trascendencia.

Con trabajos y empresas de tamaña importancia, dejaba asegurada su fama Luis Vives, pero el mismo espíritu indagador y profundo que le llevaba á desenmarañar las más espinosas cuestiones sociales, le movió á acometer de frente y con su acostumbrado aplomo una de las más arduas de todas. Como quiera que la mendicidad sea una verdadera lepra de la sociedad, aun durante estos tiempos que han visto plantearse tantos establecimientos para su remedio, en los de nuestro autor era tanto más de lamentar, cuanto que el desarrollo industrial de las naciones estaba todavía en su infancia, y que una caridad indiscreta, si bien laudable en el fondo, alimentaba este manantial de corrupción é inmoralidad. Por otra parte, la miseria y sufrimientos de las clases menesterosas eran tales, que en el año de 1522 solo en Sevilla murieron de hambre 500 pobres. Tan encancerada llaga procuró cicatrizar nuestro Vives con su tratado *Del Socorro de los pobres* (De Subventione pauperum), que dividió en dos libros, dedicándolo á la municipalidad de Brujas, pueblo de su adopción, y que con razón podía contarle en el número de sus ciudadados. En el libro primero funda la obligación de la caridad y el alivio del prójimo, así en las creencias religiosas, como en los principios morales, que cada hombre tiene esculpidos en su corazón: pero en el segundo, presentando la cuestión

de la indigencia como un problema puramente social, y examinándola bajo todos sus aspectos, desenvuelve con claridad la teoría del trabajo, y sienta principios económicos de rara elevación en aquella época, que todavía alcanzaba en mantillas á esta ciencia. Sus ideas sobre la moralidad del trabajo, sobre su distribución, sobre el reparto de sus productos, sobre el adelanto y educación de los muchachos pobres, son superiores á todo elogio, porque lejos de ceñirse á una mera especulación industrial dirigida por el interés de la ganancia, todos sus conatos se encaminan á la perfección moral del individuo, y á restituir á la sociedad sanos y ágiles estos miembros enfermos y podridos que podían agangrenar su cuerpo. No es el suyo un cálculo frío y mezquino en el cual entre el avasallamiento del menesteroso: la caridad y el progreso de la especie humana animan como un soplo divino sus escritos, y el embrión de su sistema social y la benevolencia inteligente que en él descuella, nos obligan á mirarle como el Owen de su siglo.

La portentosa variedad de los escritos de Luis Vives, solo nos ha permitido dar á conocer (aunque con menos criterio y madurez de lo que merecían), los más trascendentales y graves, así por lo mucho que influyeron entonces en la marcha de las ideas, como por su intrínseco valor. Tampoco cuadraba á nuestro propósito un bosquejo de su vida trabajada de enfermedades, privaciones y amarguras de todas clases; pero justo será decir que todas ellas sirvieron de crisol á su conducta, y que nada en el mundo le hizo olvidarse un punto de lo que á su cuna y á su conciencia debía. Pobre, jamás se abatió á un término vergonzoso; caballero, fué idólatra de la lealtad, y en defensa de Catalina de Aragón, su bienhechora, arrostró la saña tremenda de Enrique VIII y sus prisiones: sabio, convirtió la ciencia en una religión, y á sí propio en sacerdote de ella; y ciudadano, en fin, y hombre privado, su proceder le granjeó el aprecio sincero de todas las almas elevadas de su siglo.

Tal fué Luis Vives. Si su apego por ventura excesivo

á las doctrinas y ejemplos de la antigüedad, ocultó alguna vez á sus ojos la tendencia de las sociedades modernas, y le forzó á prescindir de la historia, no es culpa suya, sino de la época en que vivió; época como todas las de transición, guiada más bien de los instintos que de la razón, y que cansada de lo pasado y ansiosa de lo futuro, alguna vez se apartaba de los términos de la justicia. Por lo demás, ¿quién puede presentar títulos más valederos que los suyos á la gratitud de sus compatriotas y del mundo entero? ¿Quién más fiel intérprete de aquel siglo extraordinario, siglo verdaderamente de gigantes, y que hubiera abrumado con su peso á cualquiera inteligencia que no estuviese sostenida por la mano de Dios? La losa del olvido nunca debió cubrir tan maravillosas obras, y en obsequio de nuestro país deseamos que fuerzas más poderosas que las nuestras se empleen en removerla, y que otras plumas más delgadas llenen los vacíos de esta clase que se notan en nuestra historia literaria (*).

(*) Entre las ediciones de Luis Vives, merecen particular atención la de Basílea, hecha por el distinguido impresor Episcopio, y sobre todo la de Valencia en 1782, ordenada por el erudito don Gregorio Mayáns, costeada por el señor Fabián y Fuero, arzobispo de esta ciudad, é impresa con suma corrección y buen gusto por Benito Monfort. Si en este artículo nos hemos abstenido de notas y citas de toda clase, es porque pensábamos remitir á ella al curioso lector, que nada tendrá que desear en punto á datos y noticias, por prolijos que los busque.

COLECCIÓN

DE LOS

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES DESDE FINES DEL SIGLO XV, CON VARIOS DOCUMENTOS INÉDITOS PERTENECIENTES Á LA HISTORIA DE LA MARINA CASTELLANA, Y DE LOS DESCUBRIMIENTOS ESPAÑOLES EN INDIAS, POR DON MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE.

I (*).

TOMOS I Y II.

Dijimos en el prospecto de *El Pensamiento* que una de nuestras principales tareas sería la de sacar á la luz pública el tesoro tan rico como poco estimado de nuestra literatura, y poner sus riquezas al alcance de todo el mundo, en cuanto pudiera nuestro buen deseo, ya que no nuestras fuerzas. Hoy cumplimos con tan grato empeño hablando de una obra, que sin duda nos honra en gran manera, pero que por una de aquellas raras y tristes contradicciones, demasiado frecuentes por desgracia en este país, más aplausos ha merecido á los extranjeros que á los naturales, y harto más y más rápidamente se ha difundido en el resto de la Europa, que en España, su patria y cuna. Apenas si en la

---

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 4.ª entrega.

biblioteca de un reducido número de personas instruídas y de gusto se encuentra la *Colección de Viajes* del señor Fernández de Navarrete; y al paso que en Inglaterra se multiplican sus ediciones, que en Francia se ve traducida con esmero, y que personas de tanta ciencia y autoridad como el célebre barón de Humboldt (*) se complacen en tributarle el homenaje de su respeto y alabanza: para nosotros está casi ciega esta fuente limpia y abundosa, este venero riquísimo é inagotable de nuestra historia en su período más alto y memorable. Tristes pensamientos y amargas reflexiones sugiere el ver que en una época que se dice destinada á abrirnos en el porvenir caminos tan anchos y gloriosos como los que en otros tiempos se ofrecían á nuestros pasos, anden tan olvidadas esta clase de obras que pueden servir á todos de ejemplo y de dechado, y calentar el corazón más frío con el fuego del amor de su país, resucitando y elevando al más subido punto los nobles impulsos del entusiasmo nacional, vida y alma de los pueblos. Nosotros que á los ojos de muchos, hemos venido á ser «la piedra reprobada por los edificadores»; que por tanto tiempo hemos servido de blanco á los tiros de una filosofía ciega y sistemática, extraña igualmente al conocimiento del espíritu de la historia que á la índole de la naturaleza humana; no debiéramos hallar expresiones bastante eficaces para manifestar nuestra gratitud á quien entregado después de tantos años á ímprobos trabajos é indagaciones, ha vuelto por la causa de nuestra nacionalidad armado de argumentos y pruebas invencibles, y ha restaurado su brillo y dignidad á los ojos de toda persona juiciosa y desapasionada. Por nuestra parte de tal modo reconocemos la deuda, que aunque sea en la mala moneda de nuestra ignorancia procuraremos pagarla. Tal vez de esta manera se excitará el celo de personas más competentes para tratar esta clase de materias, y si así es, nada importa que los trabajos de un

---

(*) Véanse los apéndices que van por separado al fin del artículo.

individuo aislado merezcan severa censura para ser olvidados en seguida.

La historia de nuestra navegación y comercio, los rápidos progresos de nuestra civilización, las expediciones y hechos de armas inauditos de los españoles en el siglo XV y XVI, aunque tratados por historiadores imparciales, graves y veraces, no lo habían sido todavía con aquel espíritu de análisis, de observación y de crítica que se ha desenvuelto en este siglo. Los documentos más importantes en que por su autenticidad debía encontrarse la solución más decisiva y terminante de todas las cuestiones históricas, andaban esparcidos y sin orden por los archivos públicos y privados, y de esta manera se ofrecían dificultades gravísimas para autorizar debidamente, en un tiempo de desconfianza y de duda, cualquiera clase de reflexiones y sucesos. Ni era sólo de ignorancia el daño que nos ocasionaba semejante estado de cosas, porque en medio de los disturbios que tanto nos han trabajado, corrían inminente peligro de perderse originales preciosos (*) que eran garantía fortísima de verdad y de ciencia. El señor Navarrete, á quien su honrosa carrera y educación predisponían de la manera más ventajosa para semejante empresa, la acometió en 1788, y hoy es el día en que á pesar de su celo y laboriosidad verdaderamente extraordinarios, no ha podido darle cima. Este es el mayor encarecimiento que encontramos para dar á conocer su importancia y dificultades.

No es de extrañar ciertamente que una obra imaginada con un plan tan vasto como bien concertado, y en que el autor no da un solo paso sin ayuda de una autoridad mayor, de toda excepción, y sin la antorcha de una crítica ilus-

---

(*) Dígalo el escandaloso saqueo que sufrió el archivo de Simancas, de donde el comisionado francés Mr. Guiter sacó multitud de papeles preciosos, y en especial la correspondencia diplomática de la corte de Francia, que á pesar de las muchas reclamaciones del Gobierno español, todavía está por allá.—Véase también la ilustración VII, pág 131, tom. 1.º de la *Colección de Viajes*, etc.

trada y juiciosa, reclame tan asidua perseverancia y esmero. La introducción que va á la cabeza del primer tomo basta por sí sola para ocupar buena porción de tiempo, aun sin contar los singulares méritos que el autor contrae por la claridad, orden y sencillez que resaltan en este cuadro, pequeño en realidad para tamaño asunto, pero en que su talento metódico ha sabido reunir cuantos datos y noticias son menester para llevar el hilo de los adelantos que en las ciencias de la navegación, geografía y comercio se hicieron desde tiempos muy remotos hasta llegar al siglo XVI. Sus ideas sobre los viajes de los antiguos, los adelantos hechos por los árabes en esta clase de conocimientos, el trabajo constante y celoso de nuestros reyes, sobre todo desde Fernando III, para aumentar la marina y adquirir las comodidades y ventajas que el comercio trae en pos de sí; las atrevidas expediciones de Paiva y Covillán, la embajada del rey Enrique III de Castilla al gran Tamorlán, los descubrimientos de la costa de Guinea por los portugueses y la gran empresa de Vasco de Gama están tocadas con un tino y precisión dignos de gran elogio; y el espíritu de análisis y de inducción que une y encadena todos estos sucesos, prueba un criterio excelente y una conciencia severa y escrupulosa. Ni se limitan á esto los trabajos del autor; porque, sin salirse un punto de los límites prefijados, apunta con oportunidad todos los inventos y progresos (*) con que los hombres célebres en que tanto abundaba entonces nuestro país, daban claro testimonio de su gran desarrollo y crecimiento. Una cosa echamos de menos, sin embargo, en esta introducción, y es la falta de pensamientos y consideraciones sobre el interesantísimo período de las cruzadas. No hacemos un cargo de ello al señor Fernández de Navarrete, siéndonos conocida su preciosa *Memoria histórica* (**) sobre este asunto; pero esto

(*) Veánse las preciosas noticias sobre el vapor y otros descubrimientos que contiene la ilustración VI, pág. CXXVI, tomo I.

(**) Memorias de la Academia de la Historia, tomo V.

mismo nos hace desear que sus eruditas indagaciones ocupasen el lugar que les corresponde en esta introducción, que sin duda recibiría con eso gran esclarecimiento, y pondría á la vista uno de los caracteres más marcados y fecundos de la civilización europea. Sabido es que las necesidades de los pueblos, los goces y riquezas hijos del comercio, la ambición ó la política de los gobiernos y el impulso constante que mueve á la humanidad en busca de una perfección indefinida, han fomentado el espíritu de comunicación, ya por medio de los viajes y empresas mercantiles, ya por el de las guerras y conquistas. Buena prueba de ello nos suministran el extenso tráfico marítimo de los fenicios, las atrevidas navegaciones de Hannón, las guerras y conquistas de los romanos y de Mitrídates y las emigraciones sucesivas de los pueblos del Norte. Estos son fenómenos propios de la naturaleza humana, que en todo tiempo y lugar encuentran fácil explicación. Sin embargo, el movimiento impreso á la Europa con las cruzadas es de un género tan distinto, que bien merece una atención más profunda y detenida.

En nuestra opinión para entender la historia forzoso es acudir á la idea de la Providencia, pues solo así acertamos á explicar los caminos extraños por donde aquellas expediciones tan grandes en sus intentos como en sus desastres, habían de venir á ser una de las crisis más notables en la historia de la humanidad, y á abrir las puertas á toda clase de desarrollo y de emancipación así material como moral. Voltaire que no sabía ó no quería elevarse al principio de una inteligencia suprema, y que para calificar las cruzadas contaba los hombres que en ella se perdían y los dineros que se gastaban, ni conoció su índole, ni pudo apreciar sus consecuencias. No hablaremos de los gérmenes de las ciencias que volvieron á Europa con los cruzados; no hablaremos del golpe mortal que sufrió el feudalismo, y con el cual cayó por el suelo la barrera que más fuertemente se oponía á la cultura y mejora de los pueblos: tampoco haremos mérito del ensanche y vigor que adquirió la potestad

real, tutelar entonces y benéfica, y nos contentaremos con advertir que al entusiasmo religioso que inspiró aquella época, ayudado por los adelantos de las ciencias y del comercio, se deben las tendencias más elevadas y grandes que han ennoblecido al género humano. De entonces data el desasosiego continuo y el deseo de extenderse hacia las ricas regiones del Oriente, que sin cesar ha agitado á la Europa (*); de entonces datan esos sueños de grandeza que han producido tan heróicas acciones; de entonces, en fin, data ese trabajo incesante de la civilización de Occidente que con la ayuda de toda clase de medios procura alcanzar con su influjo á los países más remotos; que no hace mucho dirigía las armas moscovitas hacia Khiva y que en el día desplega los pendones de la Gran Bretaña en los archipiélagos de la China. No parece sino que los descendientes de Godofredo y de Ricardo Corazón de León conservan el recuerdo de sus hazañas en demanda del sepulcro de Jesucristo, pues que desde aquel tiempo los ojos de Europa no se han apartado de las milagrosas riberas del Asia. Bien sabemos que no es tal en la actualidad el móvil de las naciones, ni de los gobiernos; pero fuerza es confesar que el impulso, por grandes que sean las modificaciones que ha sufrido, viene de aquellos tiempos gloriosos.

Solo el espiritualismo de la religión cristiana, y el sentimiento de lo infinito que tan poderosamente se desarrolla en las naciones y en los individuos, pueden estimular de una manera permanente á buscar una perfectibilidad cada vez mayor, y á mostrar nuevos campos en que ejercitarse á la necesidad de acción exterior que tan de bulto se manifiesta en el seno de las modernas sociedades. ¿Qué importa que los intereses se hayan adelantado á las ideas y que en el día la ilustración y la cultura marchen en los

---

(*) Este pensamiento que apenas indicamos aquí, ha sido tratado con tanta filosofía como elegancia por M. Chevalier. Nuestros lectores ganarán mucho con consultar el *Correo Nacional* del mes de Agosto de 1840, donde se tradujo con el título de *Europa y China*.

cargamentos de los barcos de vapor ó sobre las cureñas de los cañones? No por eso es menos cierto que sin el calor del entusiasmo religioso la geografía y la náutica hubieran caminado con imperfectible paso, y que entonces el floreciente estado de la Europa sería un sueño del deseo y nada más. Los viajes primeros que dieron á conocer las islas y continentes más remotos del Asia fueron los de dos religiosos italianos de San Francisco (*); uno de ellos llamado Juan de Plan Karpin, que fué el príncipe Batón Kan, residente en Kaptchak, en 1246; y el otro, conocido por Arcelino, que en 1254 tomó otro rumbo y atravesó el Asia hasta Caschgar. Por el mismo tiempo despachó San Luis al franciscano Guillermo Rubruquis, natural de Brabante, á visitar al Gran Kan Mangou. Al siguiente año Oderico Pordeno de la misma orden emprendió un viaje á Persia y á Ormuz, por Constantinopla: llegó hasta la India, donde se embarcó para la China, visitando las islas del Gran Archipiélago Indio, y pasó tres años en Pekín, corte á la sazón del Gran Kan. Los descubrimiento de la costa de Guinea, fomentados y proseguidos á tanta costa por el infante Don Enrique de Portugal, y las mismas expediciones de Colón estaban dictadas, no solo por el interés, no solo por el afán de grandes empresas que distinguía á la época, pero también por la gloria y aumento del nombre cristiano.

Este carácter religioso que acompañó nuestras conquistas en las Indias Occidentales (amen de los celos y rivalidad que naturalmente debía de causar á los extranjeros el acrecentamiento del poder español) es lo que nos ha valido tan destemplados como inmerecidos ataques de sus escritores, y sobre todo de los filósofos del siglo pasado, que con extraña satisfacción se han complacido en convertir nuestro imperio en una dominación sangrienta y feroz, sin más sistema que la devastación y el exterminio. Harto se

---

(*) Tomo I, introducción, pág. X.

sabe que no son la imparcialidad y el conocimiento de causa las prendas que han solido adornar á los extraños, cuando han tratado de nuestras cosas; pero en la historia de nuestras posesiones de Ultramar se han apartado en tales términos de toda verdad y justicia, guiados por el espíritu de secta ó de rivalidad, que cada día se hacía más urgente salir á la defensa de nuestra causa, fijando la cuestión, publicando los documentos auténticos más respetables, calificando las autoridades de donde los injuriadores de España tomaban sus armas, y poniendo al alcance de todo el mundo las piezas justificativas de este ruidoso proceso. Esto es lo que el señor Navarrete ha sabido hacer de una manera igualmente satisfactoria que honrosa para su país, juzgando con tanta mesura como acierto las obras y escritos del virtuoso, pero exagerado Fray Bartolomé de las Casas, que á un celo digno de los primeros apóstoles, reunía por desgracia una exaltación inoportuna y excesiva, y un sistema de gobierno de todo punto impracticable; pero que á pesar de todo ha servido á los extranjeros de texto para comentarlo con la lógica del espíritu de partido, y en daño y mengua de la España. Del mismo modo examina las relaciones é historias de Gonzalo de Oviedo, Pedro Mártir de Angleria, Don Fernando Colón y Bernáldez, fuentes únicas y puras de aquel período maravilloso. Pero lo que sobre todo sirve al señor Navarrete para demostrar el poco ó ningún fundamento de nuestros injuriadores, son las oportunas citas de las órdenes é instrucciones terminantes de nuestros monarcas, monumentos de gobierno suave y paternal, y testimonios elocuentes de sus sentimientos personales. *La Colección Diplomática*, que ocupa todo el tomo segundo, y contiene originales todos los documentos citados en la introducción y otros muchos, es un tesoro inapreciable, así por la gran luz que derrama sobre esta interesante época, como por el exquisito tino que se trasluce en la elección y buen orden de estos materiales. De este modo se llega al cabo de las cuestiones más revueltas y espinosas, y al paso que se da ejemplo de indaga-

ciones serias y graves, y de amor acendrado á la verdad, se allana el camino á los historiadores y literatos que, encontrando vencidas las dificultades gravísimas que de ordinario ofrecen, ora el desorden de los archivos públicos y privados, ora la escasa crítica de aquellos tiempos menos ilustrados, pueden desde luego entregarse á consideraciones de orden superior, y señalar con mayor seguridad y acierto los pasos que han dado los pueblos en su progreso intelectual. Ninguna especie aventurada se encuentra en esta introducción ni en el resto de la obra, ni menos se sienta un solo hecho, aunque sea de importancia secundaria, que no vaya comprobado de la manera más completa y formal.

Colocado en tan ventajoso terreno, fácil es al señor Navarrete reducir á sus quilates verdaderos las declamaciones desnudas en general de apoyo, con que los émulos de España han querido deslucir y menoscabar sus glorias. Delante de las declaraciones del mismo Colón, delante de los tratados con él ajustados, delante de las piadosas, nobles y discretas cartas de la Reina Católica, y delante, en fin, de la sabia y benéfica legislación de Indias, ¿qué consistencia pueden tener esas acusaciones destempladas, esas amargas invectivas con que se pinta la supuesta ingratitud del gobierno español y el egoismo pretendido y la feroz y sórdida avaricia de los primeros conquistadores? ¿Qué especie de filosofía es esta que de tal manera se desentiende de la historia, y que fijos únicamente sus ojos en las faltas de los individuos, prescinde igualmente de sus buenos procederes y de la grande obra de la civilización, tan rápida y maravillosamente conducida á un noble término? ¿Tantos son los ejemplos de mansedumbre y moderación que debe la humanidad á los demás pueblos europeos, cuando la suerte de las armas ponía á su merced naciones enteras de salvajes? ¿Eran por ventura ordinarias y fáciles de remediar de antemano las circunstancias en que se encontraban los españoles en el Nuevo Mundo, para pedirles con razón que no se apartasen un punto del carril

derecho y ajustado de la moral severa y de la caridad cristiana? Y si tan fieros y devastadores nos los pintan, ¿cómo es, según observa muy bien el señor Navarrete, que solo en nuestras colonias se conserva la raza indígena que ha desaparecido de las demás?

Afortunadamente la diatriba ha cedido el puesto al análisis desapasionado é imparcial de la filosofía moderna, y en la actualidad son menos necesarios estos descargos y justificaciones de una nación por tanto tiempo grande y temida. Ya Robertson, en ocasión menos favorable que la presente para la discusión razonada y fría, hizo ver que en la legislación castellana de Indias no se hallaban rastros de la dureza y crueldad con que se le daba en rostro: y el testimonio de Vancouver y del generoso cuanto desgraciado Laperouse, arrancado á vista de los saludables resultados de nuestras misiones en la California, acaban de convencer de la poca justicia con que se han recriminado en nuestros padres faltas y yerros que más bien que de su codicia y ferocidad, eran hijos de la fragilidad humana y de la época en que se cometieron.

Por este breve é incorrecto resumen, se podrá formar idea de la *Colección de Viajes*, del espíritu á la par científico y patriótico que la anima en todas sus partes, y de los preciosos materiales que suministra para la historia de la náutica y geografía, y de todas las ciencias, que influyen de una manera tan eficaz en la rápida comunicación de las ideas, y hacen que los pueblos, estrechando cada día los lazos que los unen, se acerquen más y más á una época de fraternidad y de concordia, que si en el día es el sueño de los corazones nobles, tal vez está menos lejos de lo que juzgan las almas egoistas y frías.

Para esto, sin duda, ha sido un feliz atisbo en el autor publicar originales las relaciones de los cuatro viajes del Almirante, ya porque de esta manera se acallaban toda clase de escrúpulos y desconfianzas, ya porque el candor, la sencillez y la gracia que sobrepujan en ellos á la rudeza y desaliño de que pudieran ofenderse oídos nimiamente

delicados, dan en nuestro entender más exacto y cabal conocimiento de aquellas empresas, que otras narraciones más ataviadas y pulidas, pero desnudas de fisonomía propia y faltas de colorido local. En mucho tenemos la obra del ilustre Washington Irving destinada á inmortalizar los hechos del Almirante y su vida gloriosa; pero por extraña que nuestra opinión parezca, deberemos decir que á pesar de las bellezas artísticas de su estilo, con harta mayor complacencia leemos el diario y las cartas del grande hombre y la ingenua relación de Diego de Méndez. La mezcla de esperanzas y temores, las fatigas del viaje, la descripción de *aquella mar llana como el río de Sevilla*, aquellos aires apacibles, los pájaros que venían á las naves como la paloma que volvía al arca de Noé, aquella candidez homérica junta con la fe ardiente del cristianismo que á veces se eleva al más alto tono bíblico, aquel entusiasmo grave, reflexivo, imperturbable, aquella constancia más que humana son un manantial de sensaciones dulcísimas ó profundas, y embargan la atención de una manera sorprendente. El señor Navarrete ha dicho que no se proponía escribir una historia de Cristóbal Colón, pero si no ha descendido á los pormenores del biógrafo, no por eso deja de bosquejar el carácter de este hombre memorable con tales rasgos y colores, citándonos sus escritos y los de sus contemporáneos, que á nadie es posible desconocerle.

Sabido es que Colón no se proponía en sus viajes otra cosa, sino buscar por la vía de Occidente un nuevo paso á la India Oriental; y de tal modo estaba persuadido de que el nuevo continente era una prolongación ó continuación del Asia, que á la misma isla de Cuba la tenía por parte del reino del Catay, perteneciente á los dominios del Gran Kan. ¿Quién sabe los proyectos que agolparía en su mente el fervor religioso que era la base principal de sus pensamientos y deseos, creyéndose en los ricos dominios de Oriente, donde estaba el paraíso y donde Dios derramó su sangre para la redención del mundo? Lo cierto es que hablando de los compañeros que la necesidad le obligaba á

dejar en tierra en su primer viaje (*), dice «que espera en Dios que á la vuelta que él entendía hacer de Castilla, había de hallar un tonel de oro que habrían rescatado los que había de dejar, y que habrían hallado la mina del oro y la especería, y aquello en tanta cantidad, que los reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir á conquistar la Casa Santa; «*que así*, dice él, *protesté á vuestras altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y vuestras altezas se rieron y dijeron que les placía y que sin esto tenían aquella gana.*»—Más adelante á la vuelta de su cuarto, último y penosísimo viaje, todavía hallaba consuelo su alma sublime en estas ideas, á despecho de la horrible situación á que se veía reducido en la Jamáica. «Hierusalen y el Monte Sión (**), escribía á los Reyes Católicos, han de ser reedificados por mano de cristianos: ¿quién ha de ser? Dios por boca del profeta en el décimocuarto salmo lo dice. El Abad Joaquín dijo que esto había de salir de España..... El Emperador del Catayo ha días que mandó venir sabios que le enseñen en la fe de Cristo. ¿Quién será el que se ofrezca á esto? Si nuestro Señor me lleva á España, yo me obligo á llevarle, con el nombre de Dios, á salvo.»—Estos rasgos revelan un carácter más que una disertación cualquiera, por larga y minuciosa que sea.

En la misma situación desesperada, cuando solo de Dios podía aguardar remedio, náufrago y miserable, decía á los reyes: «El mundo es poco.....» (***) y se entregaba á reflexiones científicas. ¿Qué diría el gran Colón si viera esos barcos de vapor que en el día cruzan aquellos mares con la velocidad de los pájaros marinos y que han llegado á trastornar las ideas de tiempo y de distancia, colocando

---

(*) Tomo I, página 117.—El diario de este viaje está extractado del de Colón por Fray Bartolomé de las Casas. El señor Navarrete lo encontró en el archivo del señor Duque del Infantado.

(**) Id. pág. 309.

(***) Tomo I. pág. 300.

ambos mundos uno á la puerta del otro? ¿Qué diría si presenciase el incesante y maravilloso movimiento comercial, que verdaderamente encuentra el mundo estrecho á su actividad y grandeza? Para manifestar finalmente, hasta qué punto son útiles y dignas de estimación estas relaciones originales que tan al descubierto muestran la índole de la época, como también la de los individuos, copiaremos el trozo de la carta ya citada del Almirante, cuando refiere los apuros y extremidades en que se vió puesto en el río de Veragua, donde dice: «Cansado me adormecí gimiendo, una »voz piadosa oí diciendo: *O estulto y tardo á creer á tu Dios, »Dios de todos! ¿Qué hizo él más por Moisés ó por David su »siervo? Desque naciste siempre él tuvo de tí muy grande cargo. »Cuando te vido en edad de que él fue contento, maravillosa»mente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias que son »parte del mundo tan ricas te las dió por tuyas: tú las reparlis»te á donde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamien»tos de la mar occeana que estaban cerrados con cadenas tan »fuertes, te dió las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de »los christianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo por el más »alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David »que de pastor hiyo rey en Judea? Tórnate á él y conoce ya tu »yerro: su misericordia es infinita: tu vejez no impedirá á toda »cosa grande: muchas heredades tiene él grandísimas. Abraham »pasaba de cien años cuando engendró á Isaac. Ni Sara era »moza: tu llamas por socorro incierto: responde ¿quién te ha afli»gido tanto y tantas veces, Dios ó el mundo? Los privilegios y »promesas que da Dios no las quebranta y dice despues de ha»ber recibido el servicio, que su intencion no era esta y que se »entienda de otra manera, ni da martirios por dar color á la »fuerza: él va al pie de la letra: todo lo que él promete lo cum»ple con acrescentamiento: ¿Esto es uso? Dicho tengo lo que tu »criador ha fecho por tí y hace con todos. Ahora medio muestra »el galardon de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo »á otros.* Yo así amortecido oí todo, mas no tuve yo res»puesta á palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. »Acabó él de fablar quien quiera que fuese, diciendo: *No te-*

»mas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra »marmol y no sin causa.»

No sabemos que impresión causará á los lectores esta y otras muestras del carácter de Colón: por lo que á nosotros hace, confesamos que nos han conmovido profundamente, dándonos al mismo tiempo una clara idea del espíritu de estos viajes y empresas. Por otra parte las descripciones que el Almirante y sus cronistas hacen de aquellas tierras y de sus habitantes, de las tormentas, privaciones y peligros que pasaron y sus observaciones científicas tan superiores á la época, son á nuestros ojos difíciles sino imposibles de reemplazar. Si á esto se añade el esmero con que el señor Navarrete rectifica toda clase de equivocaciones y apunta los atisbos felices de entonces; la exactitud de las cartas de marear, que marcan los derroteros de aquellas expediciones; la erudición sobria, oportuna y amenísima con que se ilustran todos los hechos; la delicadeza y acierto de la crítica, la regularidad de un plan tan complicado y vasto, la feliz elección de los documentos que forman el *Cuerpo Diplomático* contenido en el segundo tomo; y finalmente el buen gusto general, el habla castiza y pura y la severidad y conciencia de los estudios, veremos que no son sino muy merecidas las alabanzas con que la Europa culta ha acogido este monumento de una época grande y de una ilustre nación.

La aclaración de estos sucesos históricos y el exacto conocimiento que proporcionan de la política del gobierno español en aquellos tiempos, no podrá menos de influir eficazmente en nuestras relaciones con los españoles de Ultramar; no porque piense nadie en España que la publicación de estos documentos pueda anular ó servir de protesta siquiera á unos hechos consumados y que la razón y la política se han apresurado á sancionar; sino porque la identidad del origen y de los recuerdos y la mancomunidad de intereses estrecharán unos lazos que nunca debieron verse rotos. La verdad siempre santa y benéfica, lo es doblemente cuando contribuye á borrar odios y rencores y destruye las barreras que separan á los pueblos.

Antes de acabar este primer artículo en que hemos procurado llamar la atención sobre el tomo I y II de la *Colección de Viajes*, debemos manifestar un deseo en que nos acompañarán sin duda todos los amantes de las glorias nacionales. Esta obra merece la mayor publicidad posible, y tanto el gobierno como los particulares están obligados á dársela, ya sea haciendo ediciones más cómodas y baratas, ya rebajando el precio de la que por cuenta del Estado se ha hecho en la imprenta nacional. El país no puede desentenderse de semejantes deberes, cuando la solicitud y el agasajo de la Europa le están echando en cara su indiferencia para con un trabajo histórico tan importante. Por lo que á nosotros toca no queremos merecer semejante inculpación, ni dejar pasar sin aprovecharla esta ocasión de rendir al mérito y á la laboriosidad el homenaje de respeto y estimación que se le debe.

APÉNDICES AL ARTÍCULO ANTERIOR.

NÚMERO I.

«Antes de salir para la costa de Paria, primer punto del continente del Nuevo-Mundo descubierto por Colón, había tenido la fortuna de disfrutar en Madrid de los consejos del sabio historiógrafo Don Juan Bautista Muñoz, y de admirar los preciosos materiales que de orden del rey Carlos IV había reunido de los archivos de Simancas, Sevilla y Torre do Tombo. Estos documentos justificativos debían publicarse al fin de la *Historia del Nuevo-Mundo*, de la cual por desgracia solo ha salido á luz el primer tomo, que apenas da sino una muy imperfecta idea del vasto plan de esta empresa histórica. Como quiera, desde el año de 1825 el mundo sabio se ha visto

superabundantemente indemnizado de esta pérdida con la publicación de los tres primeros volúmenes de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Esta obra de Don Martín Fernández de Navarrete, imaginada en una vasta escala, y desempeñada en todas sus partes con un espíritu de crítica ilustrada, es uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos. Solamente el *Cuerpo Diplomático* contiene cerca de cuatrocientos documentos relativos al notable período de 1487 á 1515, algunos de los cuales ya estaban dados á conocer en el *Códice Columbo Americano* publicado en 1823 á expensas de los Decuriones de Génova. Comparados entre sí y con las primeras relaciones de los conquistadores, y estudiados por personas que tengan un conocimiento local de los parajes del Nuevo Mundo y estén penetradas del espíritu del siglo de Cristóbal Colón y León X, estos materiales históricos podrán guiar progresiva y largamente á resultados preciosos sobre la serie de los descubrimientos de América y sobre su estado primitivo.»

(Humbold.—Histoire de la Geographie du Nouveau Continent.)

NÚMERO II.

El título de socio correspondiente de la Academia de Geografía de París, la distinguidísima mención que en la traducción de los señores Chalumeau de Verneuil y la Roquette, se hace del señor Navarrete, las notas de Balbi, Cuvier, Walckenaer y de otros nombres no menos ilustres, prueban la honorífica acogida que ha merecido esta *Colección* en Francia. Puede verse todo más largamente en el prólogo de la citada traducción, tomo I.

NÚMERO III.

La sensación que ha causado en América esta obra, puede deducirse de lo que en 1827 escribía el *North Americam Review*, periódico de Bostón.

«Todo cuanto pueda tener relación con la historia de los primeros descubrimientos en el Nuevo-Mundo, debe ser cada

día más interesante, no solo para la Europa, sino para nosotros mismos. Ya hemos informado al público de América, de que hace unos cuantos meses empezó á publicarse en Madrid una colección de piezas y documentos que ilustran mucho la vida, aventuras y descubrimientos de Colón. Estos documentos se hallan contenidos en los volúmenes que tenemos á la vista, y nos parecen mucho más apreciables de lo que decíamos, pues ofrecen materiales auténticos para la historia. El señor Navarrete, autor de dicha colección, se propone publicar una obra extensa, compuesta principalmente de documentos inéditos, recogidos de los archivos antiguos y bibliotecas de España, que pueden ser útiles para escribir la historia de los descubrimientos hechos por los españoles en distintas partes del mundo, desde fines del siglo XV. Los dos tomos hasta ahora publicados, son los primeros de la obra, y tratan exclusivamente de Colón.»

Después de recapitular breve y juiciosamente el plan y contenido de estos volúmenes, añade.

«Baste por ahora á los nuestros lo que decimos sobre estos curiosos volúmenes; en adelante hablaremos de su contenido con mayor extensión. Es de esperar que los vea el público traducidos á nuestro idioma, pues es un tributo que todo americano (sea cual fuere la lengua que hable) debe al gran nombre de Colón, para contribuir al aumento de su gloria y de la gratitud y veneración que se le debe; que siempre será muy débil recompensa de la magnanimidad con que arrostró toda especie de peligros y obstáculos para fundar nuevos imperios. Si hemos de juzgar de lo grandioso de una empresa por sus consecuencias extraordinarias, y por los virtuosos medios empleados para obtenerla, siempre resonará el nombre de Colón sobre todos los que preconice la fama. No había más que un Nuevo-Mundo que descubrir, y su descubrimiento estaba reservado á Colón. Alejandro, César y Bonaparte parecerán tal vez pequeños, si se les compara á aquel héroe, atravesando un mar desconocido, en busca de un mundo, cuya existencia le presentaba su mente sublime y trascendental, después de haber superado las adversidades de la fortuna, los celos de rivales poderosos, y la indolencia de los gobiernos para acometer su prodigiosa empresa. Aun atendiendo á los resultados, ninguno de ninguna especie, por grande que parezca, po-

drá igualar á los que han producido y producirán en adelante los descubrimientos de Colón.

La traducción pues y publicación de esta obra en América será tan útil como conveniente. Se ha dicho que nuestro ilustre compatriota Wáshington Irving se hallaba en Madrid ocupado en esta tarea; pero estamos autorizados para desmentir esta voz, creyendo solo, que si tal intención fué uno de los motivos de su viaje á España, la abandonó después, por ser un trabajo poco compatible con sus estudios, y hallarse ocupado de un modo más conveniente á su ingenio y al lustre de su nombre. No faltarán personas que se dediquen á la traducción de la obra del señor Navarrete, más para continuar el *Sketch Book*, ¿á quién podríamos acudir sino á su mismo autor? Esperemos, pues, que se traduzcan en nuestra patria aquellos preciosos documentos, considerando que es empresa fácil para el gobierno y aun para cualquiera particular. Su asunto es tan interesante para nosotros, como para la España; y sin embargo se han impreso en Madrid, no solo con la aprobación del rey, sino en su imprenta real y á sus expensas. Mucho sentimos haber de decir sin rebozo alguno, que como nación, hacemos menos por la literatura y por nuestra propia historia que el gobierno español, cuya liberalidad y protección hacia las letras no tenemos costumbre de celebrar. No obstante en este caso obraríamos con prudencia y generosidad, siguiendo el ejemplo de Fernando.

II.

TOMOS III, IV Y V.

A la desconfianza que inspiró el primer viaje del Almirante coronado con tan prósperos y felices resultados, sucedió, por una natural reacción, una efervescencia y entusiasmo sin límites. Infinidad de gentes se aprestaban en el litoral del Mediodía de España á seguir el mismo glorioso camino, alentados por el gobierno, y aguijoneados además de la codicia que de día en día crecía á vista del rápido engrandecimiento que trajo á Portugal la expedición de Vasco Gama. Amortiguada no poco la tendencia guerrera

de la época con la pacificación completa de la Península, forzosamente se había de notar en los ánimos cierto desnivel y desasosiego, propios de la violenta y repentina transición que había experimentado el estado de la república. El descubrimiento del Nuevo-Mundo fué un suceso entonces tan oportuno y venturoso, como grande en sus consecuencias; pues en las infinitas esperanzas con que á todos halagaba, se empleaba dignamente aquel sobrante de actividad y de energía que dejaba tras de sí una época tan belicosa y emprendedora. Las noticias que de haberse hallado la tierra firme en la costa de Paria, llegaron en 1498, levantaron el entusiasmo y el ardimiento al más subido punto, y un sin número de navegantes se dispusieron por cuenta propia á surcar aquellos mares hasta entonces desconocidos, que ceñían regiones de tan encarecida hermosura y riqueza. Gran parte de estos navegantes habían acompañado á Colón en sus expediciones, y entre ellos los había pilotos entendidos, y hombres de mar duros y acostumbrados á toda clase de fatigas, que no encontraban obstáculo poderoso á detenerlos.

Ya en 1499, Alonso de Hojeda, salió con el diestro Juan de la Cosa en busca de las nuevas tierras, y á poco le siguieron Per Alonso Miño, Cristóbal Guerra, Vicente Yáñez Pinzón, Rodrigo de Bastidas, Juan de Agramonte, Esteban Gómez, Juan Díaz de Solís, y algunos otros que siguiendo rumbos distintos, bien pronto reconocieron las costas orientales del Nuevo-Mundo desde los Estados-Unidos hasta el río de la Plata. Sostenía á tan intrépidos aventureros en estas arriesgadas empresas la esperanza de hallar algún estrecho que guiase en derechura al comercio de la especería, con que entonces Portugal crecía y se encumbraba de un modo maravilloso; y en esta esperanza, sin duda, les confirmaba más y más la idea en que, según indicamos en el anterior artículo, vivió y murió el Almirante; de que la tierra descubierta era parte de la India Oriental. Con semejante propósito, se encaminaron al Sur y al Norte, y sus viajes ilustraron y ensancharon prodigiosamente la esfera de

la hidrografia y de la náutica. Sin embargo, á no ser por la diligencia del señor Fernández de Navarrete, hubieran tardado infinito en salir del olvido, y las ciencias de la navegación y de la historia carecerían de tan preciosos datos.

Como la mayor parte de estas expediciones las emprendieron y llevaron á cabo particulares, más ó menos ayudados del gobierno español, apenas se conservan sus diarios, y solamente reuniendo en los archivos toda clase de documentos, y confrontándolos prolijamente con las historias contemporáneas, se llega á tomar el hilo de tan importantes sucesos, y á llenar esta laguna que oscurecía un brillante período de nuestros fastos. Para esto era menester, no solo el esmero y laboriosidad , sino también el buen orden y excelente método con que el señor Navarrete ha sabido reunir y presentar en la sección primera del tomo III de su colección, los hechos, que con harta razón llama viajes menores, ya por hacerse de cuenta de particulares, ya porque dado que fuesen utilísimos y de saludables resultados, es indudable que no estaban dictados por el genio, como los de Colón ó Magallanes, ni subordinados á un pensamiento igualmente grande y civilizador. Sin embargo, á la simpatía que siempre inspira todo rasgo atrevido y valeroso, se une en el presente caso la animación y composición bien imaginada de este cuadro, donde tan al vivo se retrata el gran movimiento social que siguió á los primeros descubrimientos. Todos estos rasgos y esfuerzos individuales ayudan en gran manera á formar una cabal idea de la sociedad en que se presentaban, y de todos modos, la índole profunda y filosófica de la historia tiene mucho que ganar en trabajos animados por una crítica grave y detenida, descifrados con exquisitos conocimientos cronológicos, y calificados imparcialmente. Los documentos insertos manifiestan la misma acertada elección, que se nota en los tomos anteriores, y la excelente biografía de Alonso de Hojeda, junto con la ilustración erudita acerca de las supuestas expediciones de los vascongados á los mares de Terranova, derraman una luz clara y viva sobre esta serie, que

á no ser por los esfuerzos del señor Navarrete, estaría vedada á la mayor parte de los españoles. La reunión de tantos datos y antecedentes solo probaría laboriosidad y constancia; pero el buen plan y la limpia y agradable narración de estos hechos, revueltos hasta ahora y confusos en demasía para caber ordenadamente en tan estrecho marco, dan á conocer una facilidad y criterio poco comunes para los estudios históricos.

Otra ventaja no menor puede resultar de estos trabajos, cual es la de abrir fuentes cristalinas á nuestra literatura nacional; pues ningunas proezas halagan la imaginación , y la inflaman con tanta fuerza, como la de nuestros padres en el Nuevo-Mundo.

El señor Navarrete muestra temores, no infundados en verdad, de que la novela histórica desfigure, como ya lo ha hecho en otros países, la tendencia de las épocas, y el carácter de los sucesos; pero por nuestra parte creemos que á no desentenderse de la conciencia y severidad que reclama ese género de literatura, la historia recibe con él esplendor y relieve, sin decaer un punto de su dignidad y nobleza. Las creaciones de Walter Scott son buena prueba de esta opinión, y de que la imparcialidad, la buena fe y la elevación de los principios abonan y engrandecen las obras de imaginación tanto como el espíritu de sistema y la frivolidad las humillan y degradan.

La sección segunda del tomo 3.º contiene la cuestión á un tiempo histórica y crítica de más interés, que han suscitado los descubrimientos del Nuevo-Mundo. Sabidas son las pretensiones de Américo Vespucci al inmortal blasón de descubridor y civilizador del continente que contra toda razón y justicia, por un uso extraño, contra el cual el gobierno español ha protestado sin cesar, comenzó á tomar el nombre del afortunado Florentín, si fortuna puede llamarse la de ataviarse con galas usurpadas, de que puede des. pojar la mano de la verdad al menor esfuerzo de la razón. El odio á la España, y la rivalidad que le han suscitado de parte de la Europa su preponderancia y vigor pasados, han

armado la pluma de algunos escritores extranjeros, y sobre todo, de los italianos Canovai y Baudini, para despojar al gran Colón de sus laureles, y adornar con ellos á Vespucci. Fácil era de descubrir, á poca atención que en ello se pusiera, la inconsistencia de semejante propósito, considerando que ninguno de los imparcialísimos y graves historiadores de aquel tiempo, conceden á Vespucci una parte tan grande, como la que le atribuyen sus compatriotas, y teniendo asimismo en cuenta, que la relación de sus supuestos viajes comenzó á parecer oculta y subrrepticiamente en Europa, evitando siempre las miradas de españoles y portugueses, que á fuer de testigos de vista, pudieran deshacer con solo intentarlo, el tejido de sus inexactitudes y falsedades. Pero ellos, llevados de un patriotismo mal entendido, y pertrechados de razones especiosas y sutiles á más no poder, no titubearon en comprometer la dignidad del historiador, adhiriéndose sin examen á un relato sospechoso, y que desatado de toda autoridad y apoyo en los autores contemporáneos, presentaba ya una anomalía de harto bulto para ser adoptado con la fe que pudieran merecer una historia fortalecida con el apoyo de la razón y de la crítica. Como quiera que salten á los ojos estas razones, era urgente la rectificación de semejantes yerros, pues ni el culto debido á la verdad, ni el amor al país, consentían por más tiempo la propagación de tales inexactitudes, que recibidas sin reflexión, deslustraban y oscurecían uno de los acontecimientos más trascendentales que han presenciado los siglos. Además de sus exquisitas indagaciones bibliográficas, y del gran número de testimonios auténticos que ha acopiado, el señor Navarrete se dirigió al excelentísimo señor Vizconde de Santarem, archivero mayor del reino de Portugal, consultándole sus dudas, quien en una carta extensa, llena de erudición y bien fundada, le contestó satisfaciendo cuantas pudiera tener, y derramando una claridad grandísima sobre la influencia de Vespucci en los sucesos del siglo XV y XVI, y sobre sus pretendidas relaciones con el rey don Manuel de Portugal. A esto ha agregado

el autor una porción de noticias exactas de América, que fijan la cuestión en términos tan precisos y evidentes, que nada dejan que desear.

La sección 3.ª de este tomo contiene el establecimiento de los españoles en el Darien. Conforme se iban descubriendo las costas orientales del Nuevo-Mundo, procuraron los reyes de Castilla fundar colonias y poblaciones desde donde extender de día en día la esfera de su actividad y el influjo de su gobierno, protegiendo sus nuevos dominios y siguiendo la marcha de Colón y de Hojeda, que ya habían edificado sus poblaciones en Veragua y en el golfo de Urabá. Fuerza era defender de la codicia ó de la enemistad extranjera el litoral dominado, ya grande entonces, pero que el descubrimiento del mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa ensanchó más y más. Este fué el objeto de la expedición de Pedro Arias Dávila, y este también el tenor de las instrucciones que recibió de los Reyes Católicos que originales inserta el señor Navarrete, y son una prueba más de las miras altamente benéficas de aquellos ilustres soberanos sobre la cultura y gobierno de sus nuevos vasallos. Las cartas de Vasco Núñez de Balboa y la relación sencilla é imparcial que el licenciado Pascual de Andagoya hace de los establecimientos en el Darien y de varias conquistas sucesivas, son materiales de gran precio para la historia por la idea exacta, si no profunda, que dan de las acciones de los conquistadores, del estado del país, y en especial del floreciente imperio del Perú, verdaderamente maravilloso por el raro concierto de su administración y el adelanto de sus artes que como estrellas en la noche brillaban en medio de la ignorancia y rudeza común. Los apéndices que sirven al tomo de remate y en que el señor Navarrete continúa sus pesquisas acerca de Colón con su acostumbrada constancia y agudeza, extractando las probanzas que se hicieron en el pleito entre el fiscal del Rey y los hijos del Almirante, son también de un interés muy vivo por lo auténtico de las declaraciones y más que nada por las ocho observaciones críticas con que adelgaza hasta

un punto muy elevado cuestiones de gran utilidad, y fija hechos de importancia concernientes á las primeras navegaciones. En resumen este tomo es digna continuación de los primeros y acomodado exordio á la gran empresa que contienen los siguientes.

Según dejamos dicho en este artículo y en el anterior, el objeto de las expediciones de Colón fué encontrar por la vía de Occidente un camino por donde hacer el comercio de la especería, fuente abundante entonces de prosperidad y riquezas para Portugal. Descubierto ya el Nuevo-Mundo y reconocida gran porción de sus costas, los ánimos naturalmente se volvieron á la esperanza de encontrar un estrecho que les abriese paso á tráfico tan anhelado. Grandes esfuerzos se hicieron para dar con él en distintas direcciones. Juan de Agramonte y Esteban Gómez se encaminaron á buscarle por los mares del Norte: el gran Colón también le buscó sin fruto: Vicente Yáñez Pinzón atravesó la equinoccial en su busca, recorrió más de 600 leguas de la costa de Paria y descubrió el imperio del Brasil y el gran río Marañón; finalmente Juan Díaz de Solís, célebre piloto que sin duda seguía para encontrarle el rumbo más acertado, fué bárbaramente asesinado en el río de la Plata. El mal resultado de estas tentativas descorazonó á muchos, y aun llegó á persuadirles de que semejante comunicación no existía, pero como si la providencia se empeñase en abrir caminos á la prosperidad de España, su buena fortuna le deparó un extranjero tan ilustre como valeroso, que con un plan bien concertado y maduro le franqueó el paso á las regiones asiáticas ensanchando los términos del mundo, abriendo nuevos mares al comercio, nuevas sendas á la civilización y campos más vastos á la hidrografía. Este ilustre extranjero fué Fernando de Magallanes, portugués de nación, que después de haber servido con honra á su país en la India, agraviado de su rey, se desnaturalizó de Portugal por actos públicos y solemnes, y se pasó al servicio del emperador. A este hombre profundo en las ciencias de la navegación, dotado de un valor y energía extremados,

pundonoroso y sufrido como ninguno, estaba reservado descubrir el estrecho que con harta razón tomó su nombre y dar al plan de Colón su último complemento y desarrollo. La excelente biografía con que el señor Navarrete comienza la historia de su memorable expedición, da cuenta exacta y cabal de los embarazos y asechanzas infinitas con que tuvo que luchar hasta llevar á cabo su propósito gigantesco, pues la corte de Portugal temía igualmente su ciencia, su resentimiento y su valor; y posesionada ya de los mares de la India, con razón temblaba al amago del golpe que á su influencia en aquellas regiones pudieran dar las victoriosas armas de Castilla. Si de cierto no lo sabía, con razón se recelaba de que la línea tirada por el Papa Alejandro VI (*) no la había de amparar en la posesión de unas tierras que ya se imaginaba sujetas á su imperio, pero que sin duda pertenecían á la corona de España. Así que, los tropiezos y dificultades que suscitó al viaje de Magallanes fueron tantos y tan grandes, como profundo el rencor con que muchos de sus historiadores procuraron mancillar su memoria. Su memoria, sin embargo, como todas las de los hombres célebres, vivirá mientras dure en el mundo la afición y respeto á los caracteres elevados y á las inteligencías sublimes: y el haber abandonado el servicio y la bandera de un Rey que le miraba con rostro torcido en recompensa de sus grandes servicios, cuando públicamente se desnaturalizaba de su país, no será nunca banda de bastardía en el escudo de sus armas.

Su viaje al Maluco que el señor Navarrete ha extracta-

(*) Por no alargar demasiado este artículo, no insertamos íntegra la observación primera del señor Navarrete al viaje de Magallanes, en que da cuenta así de esta bula expedida en 4 de Mayo de 1493, como de los convenios posteriores entre los reyes de España y Portugal. Nuestros lectores ganarán mucho en consultarla así como la tercera, página 107, tomo IV. También les recomendamos la lectura del prólogo del mismo tomo, donde se encuentran noticias sumamente curiosas acerca de los proyectos de comunicación de ambos mares por el istmo del Panamá.

do de los documentos existentes en el archivo de Sevilla, además del orden y regularidad que en todas sus obras se advierte, tiene el sello de precisión y exactitud que las ciencias de la navegación han alcanzado en los últimos tiempos. Sus conocimientos en ellas han logrado digno empleo en la relación de estas empresas milagrosas, que aun ahora serían elocuente testimonio de la superioridad de la inteligencia humana; pero que entonces nos asombran por la grandeza de los sacrificios y por la resolución y arrojo extraordinarios que suponen.

Los viajes de Magallanes y Colón, sujetos á una gran idea, y dictados por un genio inventivo y profundo, llevan consigo un carácter de generalidad y trascendencia que parece ser el reflejo de la época y de la sociedad, en cuyo seno se engendraron y llegaron á término cumplido. Los intereses solos no imponen obligaciones tan estrechas y penosas, ni en tiempos puramente mercantiles y fríos se acometen con medios tan escasos aventuras tan llenas de peligros, ni menos el cebo de la ganancia puede inspirar aquellos sentimientos de dignidad personal que tanto ilustran estas expediciones. Por esto la constancia heróica y pundonoroso empeño de Magallanes, su rara energía, su muerte misma desdichada, y aun pudiéramos decir oscura, acaecida en una demanda de interés lejano y dudoso, nos sirven de asombro y nos interesan vivamente. ¿Pues qué diremos de los restantes sucesos de la expedición que con éxito tan feliz la coronaron; de la acertada conducta con que aquellos navegantes sabían proporcionarse en los soberanos de las Molucas protección con que ayudarse y socorrerse en su aislamiento, y finalmente, de la pasmosa jornada de 14.000 leguas que hizo la nao Victoria al mando del famoso Juan Sebastián de Elcano, al través de tantas penalidades, riesgos, enfermedades y escaseces? Para poner en su debido punto semejantes hazañas y proezas, es necesario tener en cuenta, como advierte muy bien el señor Navarrete, el estado de la ciencia y los escasísimos recursos con que contaban aquellos intrépidos navegantes.

«Prescindiendo, dice, de la construcción de los buques de »aquel tiempo, el conocimiento del punto del globo en que »se hallaba la nave, se deducía del rumbo que había segui»do, y de la latitud observada; pero el rumbo era de la »aguja, sin conocer la cantidad de su variación, pues aun»que el *Diario de Albo* dice en los días 4 y 25 de Marzo »de 1522 que la aguja no resteaba, y algunas veces conta»sen con la variación, como parece lo verificaron el 4, 5, 6, »25 y 31 de Marzo, el 12 y 14 de Abril, el 6, 13 y 23 de »Junio, el 25 y 28 de Agosto y el 1.º de Settembre de 1522, »su cantidad debía ser imaginaria, porque no expresa cómo »la averiguaban para emplearla en esos únicos trece días »de todo el viaje. La latitud se observaba con el astrolabio, »ó con un cuadrante de madera, resultando correspondiente »á los defectos de la construcción de estos instrumentos, »error de observación é inexactitud de las tablas de decli»naciones de aquella época. Aun así era el punto determi»nado con estos datos en la mar el más exacto, pues el que »se señalaba con rumbo y distancia, ó con distancia y lati»tud, quedaba más dudoso, porque la corredera no se usó »hasta el siglo siguiente, y el camino se estimaba á ojo. Se »puede juzgar de los demás elementos con que se maneja»ban aquellos navegantes, por haber corrido al Occidente »hasta volver al Meridiano de la salida, é ignorar que á »bordo debían contar un día menos que en aquel paraje. »¡Con tan escasas luces y recursos, y en aquel estado tene»broso de la hidrografía, se dió vuelta al globo por la pri»mera vez en la nao Victoria, arrostrando todos los traba»jos y peligros de tan dilatado viaje de descubrimientos, »practicado por extensas regiones ardientes y frías!» (*)

No es mucho, pues, que Juan Bautista Ramusio (**) encomie tanto semejante viaje, ni que nuestro Oviedo diga de Juan Sebastián de Elcano «que él y los que vi-

(*) Colec. de Viaj., tomo IV, pág. 97.
(**) Véase el prólogo del tomo IV.

»nieron con él le paresce que son de más eterna memoria »dignos que aquellos argonautas que con Jason navegaron »á la isla de Colcos en demanda del vellocino de oro; cosa, »añade, en verdad, que no se sabe, ni está escripta, ni vis»ta otra su semejante ni tan famosa en el mundo» (*).

Con la vuelta de este insigne marino y de sus escasos compañeros, se vió resuelto cumplidamente el problema que tanto preocupaba los espíritus, quedando desde entonces rotas las cadenas que en el sentir de muchos cerraban el camino á la especería por el rumbo de Occidente. El emperador recibió á Elcano y á los suyos con grandes muestras de honra y estimación, y mandó disponer inmediatamente la flota que con don Frey García Jofre de Loaisa, comendador del orden de San Juan, salio el día 24 de Julio de 1525, de la Coruña en demanda del Maluco, siguiendo la misma dirección del inmortal Magallanes. Este viaje tan desastrado como glorioso, y el que más tarde emprendió desde los puertos de Nueva-España Alvaro Saavedra por disposición de Hernán Cortes, forman el tomo V de la colección. Todo es grande y todo excede de los términos comunes en estas atrevidas navegaciones; pero las privaciones horribles del viaje de Loaisa, la subordinación, constancia y sufrimiento de los españoles, su lucha desigual y desesperada con los portugueses en las Molucas, su comportamiento heróico son tales, que no hay expresiones con que alabarlas dignamente. Baste decir que demás de 400 individuos que salieron de España con el comendador, no llegan á una docena los que volvieron, y que sin embargo, ni una sola humillación puso en duda por un momento el lustre y el valor de la nación española ni los derechos de su soberano.

Desgraciadamente estas mismas Molucas tan codiciadas, objeto de tantas fatigas y proezas, se perdieron para España en 1529, época en que el emperador las vendió al

(*) Véase el prólogo del tomo IV.

rey de Portugal; pues, como dice Sandoval, «los gastos que »el emperador había hecho en las guerras pasadas, y los »que eran necesarios y forzosos para las que se esperaban, »y su jornada imperial en Italia á la coronación eran tales, »y tan grandes, que las rentas reales y servicios que se le »habían hecho no bastaban y se hallaba muy alcanzado; y »así hubo de empeñar la especería de las Molucas por »350.000 ducados que le dio el rey de Portugal;» quieni añade el señor Navarrete, supo aprovechar bien la ocasión de ver á su rival en tal apuro, sin embargo de que, como dice muy bien Antonio de Herrera, «ni uno ni otro entendieron »lo que daban y tomaban (*).»

Estos tomos que por ahora cierran la colección de los viajes y descubrimientos de los españoles en el siglo XV y XVI, nos parecen completos bajo todos aspectos y relaciones, ya se considere su parte facultativa, ya su parte histórica. La diplomacia española debe tenerlos en tanta estima como la hidrografía y la náutica, pues si los tratados con Portugal y las contiendas sobre el Maluco ilustran en sumo grado los derechos históricos de nuestra nación, el diario de Albo, la relacion de Maximiliano Transilvano, y las juntas y debates de Badajoz son páginas de gran interés en la historia de la navegación y de las ciencias pertenecientes á ella. De más de trescientos documentos que contienen, no hay uno que no tenga un carácter profundamente marcado de utilidad é importancia. Arriba dejamos dicho que estos viajes están referidos con todo el rigor y precisión de la ciencia: ahora nos toca añadir que la ciencia ha ganado mucho con la amenidad, tersura y elegancia que le presta la pluma del señor Navarrete. En cuanto á método y coordinación nos excusamos con harto fundamento de decir nada, porque sería repetir lo que ya hemos apuntado y lo que todo el mundo sabe.

Al concluir la lectura de estos volúmenes por tantos tí-

(*) Véase el prólogo del tomo IV.

tulos preciosos, un pensamiento de amargura se mezcla involuntariamente á tan gloriosos recuerdos. ¿Qué hemos venido á ser después de tanto esplendor y poderío? «Sombras y lejos», para servirnos de la expresión de Calderón, es lo que queda de nuestra grandeza. ¿Qué se hizo la aureola resplandeciente que coronaba las torres de la opulenta Lisboa y de la imperial Toledo? ¿Qué se hizo de aquel imperio que el sol alumbraba con amor y con orgullo en toda la extensión de su inmortal carrera? ¿Qué se hicieron los días de San Quintín y de Pavía, el águila de Carlos V y la lanza de Hernán Cortés? Hace tiempo que la Península es el cedro del Líbano caído por el suelo, y según el lamento doloroso del poeta:

«En su rüina y tronco cuantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.»

No dudamos del porvenir, porque creemos en Dios; pero es cosa triste ver caído del cielo el astro hermoso de la España, y pensar que nuestros ojos se cerrarán probablemente sin verle brillar de nuevo en el horizonte.

ROMANCES HISTÓRICOS

POR

DON ÁNGEL SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS (*).

Aunque la mayor parte de los periódicos, así literarios como políticos, han tomado á su cargo la crítica de la nueva obra con que hace poco ha enriquecido la literatura española el señor Duque de Rivas, no creemos que esté de sobra nuestro humilde parecer acerca de los *Romances históricos*, siquiera no saquemos de ello más provecho que rendir público homenaje al talento, y contribuir al crédito de un libro que por muchas razones lo merece grande. Fuerza será decir también, en obsequio de la verdad, que las consideraciones á que ha dado lugar su publicación han sido más limitadas de lo que reclama el asunto, ya por falta de espacio, ya por ceñirse á una escala demasiadamente reducida. Deseosos nosotros de suplir esta falta, y cumpliendo con la obligación que tenemos contraída con el público, procuraremos dar á conocer si no con inteligencia, con lealtad por lo menos, los trabajos del señor Saavedra, y asegurarles el lugar á que hace tiempo los están llamando las prendas poco comunes que los adornan. No son de ahora sus méritos literarios y los eminentes servicios prestados á la causa de las letras en España: hace tiempo que su huella ha quedado profundamente grabada en el campo

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 3.ª entrega.

de nuestra regeneración poética, cuyo primer adalid es, y por esto tampoco es nuestro ánimo circunscribirnos á su última producción; antes bien queremos llamar la atención del público tanto sobre la primera muestra que dió de su ingenio al soltar los grillos y ataduras que tanto tiempo tuvieron comprimida su imaginación, como sobre la que por ahora cierra la serie de sus poesías.

Claro está que hablamos de *El Moro Expósito*, ó sea *Córdoba y Burgos en el siglo décimo*, impreso y publicado en París en 1834; pero aun para apreciar debidamente sus quilates se hace preciso que demos una idea del estado en que nuestra literatura se encontraba, cuando el autor comenzó á escribir este bello poema (1827). De esta manera pondremos más de bulto no solo su índole, sino también su influencia, y lograremos eslabonar dos épocas diversas, ayudando á su calificación; calificación que procuraremos cimentar no tanto en sus formas, como en sus tendencias, bien convencidos de que esta es la única fecunda.

Los críticos franceses del siglo XVII y XVIII aclimatados y puestos en boga entre nosotros por Luzán y sus secuaces, despojaron á nuestra literatura (fuerza es decirlo) de toda espontaneidad, y acabaron con su originalidad y carácter propio. A tal punto habían venido las musas castellanas en el desastroso reinado de Carlos II, que sin duda era preciso un remedio poderoso á regenerarlas y rejuvenecerlas; y aun para disciplinar las tendencias anárquicas de la época convendremos en que la restauración de los códigos del buen gusto *clásico* era medida de la mayor eficacia; pero lo que como contraveneno y socolor de medicina se introdujo, diéronlo aún después de combatida la enfermedad, por alimento de uso cotidiano, y esto bastó para alterar y viciar el temperamento poético (si es lícito decirlo así) de nuestra nación. Si la literatura es el reflejo de la sociedad, como lo demuestra la historia de todos los pueblos á quien desapasionadamente la recorra, sin duda se equivocaban los que sin tener en cuenta más que el espíritu de obediencia y de imitación, trasladaban á nuestro

país las formas del sentimiento de otro, en cuyas circunstancias se advertía escasa analogía con las nuestras. Persuasión y empeño tales tenían honda raíz en el ánimo de los innovadores, pues mirando á la literatura como un instrumento de recreación y agrado, y negándole todo carácter filosófico y social, fácilmente se convencían de que allí se aclimataría, donde ostentase regularidad de formas y proporciones concertadas y armoniosas; no de otra suerte que si nuestras facultades morales no recibiesen las modificaciones de tiempo y lugar, y los afectos del corazón y los vuelos de la fantasía se vaciaran en un molde idéntico en todas épocas. Ahora que un análisis profundo y detenido ha minado los ídolos de semejante creencia, fundando la teoría del sentimiento en los fenómenos psycológicos de la naturaleza humana, con razón nos maravilla una filosofía tan estrecha y estéril; pero cuando la fe suplía cuanto había que suplir en ella, sin que el espíritu de discusión la atajase en sus desmedidas pretensiones; no era mucho que estimulase á sus adeptos hasta hacerlos atropellar por toda clase de consideraciones. Por muchas atropellaban en efecto, y no era la menor de todas la nacionalidad que en nada ó en muy poco tenían, cual si el paladar del pueblo fuese harto grosero para saborear los frutos de la imaginación, ó cual si la luz divina de la poesía se desdeñase de alumbrar el corazón de todos los hombres, y de inflamar la fantasía de los humildes é ignorantes. Desentendiéndose de las tradiciones históricas, desechando los atavíos nacionales, persiguiendo no pocas veces con las armas del ridículo los objetos de la pública veneración y entusiasmo, mal podía semejante literatura conquistar la popularidad, fianza la más sólida de la verdadera belleza poética, talismán misterioso que abre el templo de la fama. Por una rara contradicción de aquellas en que tan frecuentemente incurre el espíritu humano los imitadores de Homero, de Sófocles, de Teócrito y de Anacreonte no comprendían que el secreto de su duración y de su hermosura consistía en su espontaneidad y verdad, y que la cualidad de indígenas que caracterizaba sus crea-

ciones, era la prenda más segura de fortaleza y de vigor. Los personajes, rudos tal vez, pero siempre poéticos, de nuestros romances, las damas y caballeros de nuestro antiguo teatro, espejo del pundonor y dechado de la galantería, vinieron á parar en las palomas y pastores poco significativos de Meléndez, y en las figuras magistralmente dibujadas y llenas de verdad, pero frías y prosáicas á veces, de Moratín. De esta manera empeñada la literatura en una senda convencional y que cada vez se desviaba más de la que antiguamente siguieron nuestros ingenios más esclarecidos, llegó á ser patrimonio de los sabios, y vino á renunciar por último su más noble y hermoso papel, el de representante de nuestra nacionalidad (*).

De este modo la musa castellana, desnuda de sus naturales galas y privada de su alimento acostumbrado, más que vivido ha sobrevivido á sí propia, oprimida bajo el yugo de reglas arbitrarias y enfrenada muchas veces por la mano torpe y grosera de la censura. Buena prueba de lo primero, si no de lo último, son las poesías del señor Saavedra publicadas en 1820, en que, si se exceptúa la pureza del habla y tal cual rotundidad y armonía en la versificación, apenas se descubre ninguna de las brillantes dotes que después han campeado en sus obras. La distancia que las separa del *Moro Expósito*, es inmensa; la que las separa de los *Romances Históricos*, mayor todavía.

Dos cosas contribuyeron á hacer notable el primero de estos dos poemas; su índole y carácter peculiar y las circunstancias de su aparición. La revolución literaria que, como todas, sorda y ocultamente fermentaba, se vió formulada y alzó la bandera con el *Moro Expósito*, y acaso más terminante y explícitamente con el elocuente y ma-

---

(*) No estará acaso demás advertir aquí que solo queremos indicar con estas observaciones la situación y tendencia general de la época, pues ni desconocemos ni negamos el merecido aprecio á los romances históricos y moriscos de Moratín el padre, á algunos del mismo Meléndez y á otras excepciones honrosas de esta triste regla.

duro prólogo que le precede. Tal sanidad en las doctrinas, tal agudeza en el criterio, tal templanza en las tendencias y tan profunda y trascendental filosofía puede decirse que era la vez primera que se veían empleadas en lengua castellana. El autor resuelve con tanta elevación como conocimiento de causa, las cuestiones literarias pendientes á la sazón, más que en Europa, entre nosotros; y distante igualmente de todos los sistemas exclusivos, partidario solo de la naturaleza y de la verdad, desenvuelve la teoría de una cuerda y razonable libertad literaria, hija de la marcha de las ideas y de las exigencias del siglo. Con copia de argumentos fortísimos vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, abre la senda que deben seguir los ingenios en la nueva regeneración, y explica cumplidamente la índole de la poesía histórica, dando á conocer el objeto de la obra á que sirve de introducción.

El asunto de este poema es la lastimosa tragedia de *Los Siete Infantes de Lara*, que tan bellos y expresivos romances inspiró á Sepúlveda, y que durante algunos siglos ha debido ser una de las tradiciones más populares de España. Razón tiene el autor para decir en el prólogo «que ha indicado una senda hasta el día no hollada por sus compatriotas»; pues no solo los asuntos de los siglos medios estaban abandonados con alguna pequeña excepción en el teatro, donde por cierto no aparecían con su natural fisonomía; sino que tampoco se había determinado nadie á componer un poema de índole y tendencia desconocidas hasta entonces, é imposible de alistar en ninguna de las clasificaciones que la crítica señalaba. Si algún modelo tuvo el autor delante, tal vez fué á buscarlo entre las preciosas obras que Walter Scott llama *novelas poéticas;* pues en la literatura patria, ninguno de los asuntos tratados en los romances presenta el conjunto y la intención que desde luego se echan de ver en el *Moro Expósito*. Sin embargo, forzoso es confesar que dista bastante de la regular estructura bellas proporciones y caracteres profundos y bien trazados que tanto resaltan en *Marmion, la Dama del Lago, Rokeby,*

y el Lord de las Islas. La acción en el poema del señor Saavedra peca de escasa y aparece un tanto desleída: las narraciones están empleadas con profusión y en cierto modo estorban y detienen su curso, y finalmente á un no sé qué de confuso más que de enredoso en el plan se añade cierta monotonía y falta de individualidad en los caracteres principales, que si se exceptúan Gustios de Lara y Rui Velázquez, se acercan más de lo que debieran á un perfil común. Tampoco el desenlace nos parece bien preparado y traído, ni cuadra con la entonación y colorido poético de toda la obra. De estas faltas que con franqueza acusamos, no tanto echamos la culpa al corazón ni al entendimiento del autor, cuanto á las impresiones que le dominaban cuando puso manos á la composición de esta obra, que tan honrosa senda debía abrirle en el campo de la literatura. Tal vez los grillos que con tanto valor se arrojaba á quebrantar le sujetaban más de lo que él mismo creía, y la costumbre y los recuerdos de tantos años influían poderosamente y sin saberlo él en su ánimo; pues á no ser así no acertamos á explicarnos por qué razon no dió más tiempo á la acción poniéndonos á la vista hechos que contados por vía de exposición se amortiguan y descoloran; ni menos como en el dibujo de las figuras y en la combinación del plan no mostró la misma libertad, destreza y valentía que tanto nos cautivan y agradan en el *Don Alvaro* y en casi todos los romances. El señor Saavedra daba entonces principio á la segunda época literaria de su vida, y sería injusto y poco cuerdo pedir al árbol nuevo la sombra y frutos que solo el tiempo alcanza á prestar y madurar.

En cambio de esto, cuando el autor despliega sin reparo las alas de su fantasía, ya en los trozos descriptivos, ya en el bosquejo de los incidentes y caracteres episódicos, difícil sería pedir más fuerza, más precisión y agudeza. Allí donde su originalidad campea, se pueden medir sus raras cualidades con compás cierto y seguro, y no es exagerado decir que ninguno de nuestros modernos escritores se le aventaja. El cuadro de la cocina del arcipreste de Sa-

las es de lo más vivo, cómico y animado que puede imaginarse, y las escenas todas del convento tienen tal verdad, tal aplomo y relieve, que no parece sino que en realidad pasan á nuestros ojos, y con nuestras propias manos las tocamos. Vasco Pérez, el abad, los otros monjes, Rodrigo, el Zurdo, son personajes copiados de un cuadro de Zurbarán ó de Velázquez; y el salón lúgubre y medroso de Rui Velázquez nos recuerda las sublimes composiciones de Rembrant.

Pues ¿qué diremos del admirable colorido local, de los bellos paisajes, del conocimiento de los trajes, usos y costumbres? Poco que sirva de encarecimiento después de haberlos saboreado. Tan cumplidamente está desenvuelto y demostrado el espíritu rudo y caballeresco de aquella edad que el *Moro Expósito* es, en verdad, una página histórica llena de elocuencia.

Lunares hay sin duda en esta bella obra, pero pertenecen casi exclusivamente al plan; pues considerados sus pormenores y partes diversas una por una, más dan lugar á la alabanza y al encomio que no á la disciplina de la crítica. No somos de los que se creen autorizados para pedir cuentas de los medios con tal que no desdigan de la naturaleza del asunto, y de consiguente, no nos atreveremos á censurar en el *Moro Expósito* el empleo de un metro que por más nacional que el autor nos le pinte á causa de su analogía con el romance octosilábico vulgar, le cede sin embargo mucho en rapidez, concisión y energía; pero no estará de sobra dejar apuntada aquí esta observación que tanto puede servir para formar juicio sobre la última publicación del señor Saavedra, objeto principal de este artículo. Excusado es decir que hablamos de los *Romances Históricos*.

Después del prólogo erudito cuanto razonado y enérgico que los precede, poco podemos añadir que no sea repetir las mismas razones con estilo menos elegante y vigoroso; sin embargo, preciso será en obsequio de aquellos de nuestros lectores que no los tengan á mano, dar alguna idea de las muy acertadas que el autor expone.

Sabido es que la cuna de nuestra verdadera poesía nacional son los romances, que por su giro sencillo, rudo y lleno de nervio también se acomodaban á la capacidad de un pueblo que entonces recorría el círculo de su juventud. La cultura creciente y el esplendor literario de España en los siglos XVI y XVII engalanaron y dieron extraordinario ensanche á este género de poesía, que sin embargo perdió en robustez y vigor, cuanto en lujo, adornos y soltura ganaba. El ingenio colosal de Quevedo que tan popular lo hizo, llegó á producir un inconveniente de gran monta, cual fué el dejarlo al alcance de los copleros y versificadores de oficio, que bien pronto lo degradaron y envilecieron. Resultado natural de esto fué el que la gente entendida comenzase á desdeñar el romance como propio del vulgo exclusivamente, sin tener en cuenta su noble origen ni el manantial de alta poesía histórica que encerraba en su seno. En vano Luzán y Meléndez en el siglo pasado demostraron, el uno con copia de razones y el otro con el ejemplo y la práctica, la bondad y aptitud del romance á todos los tonos de la poesía, porque la dirección errada de los espíritus no permitía su restauración.

En nuestros días y en una obra elemental que de real orden anda en manos de la juventud, *El Arte de hablar en prosa y verso*, del señor Gómez Hermosilla, se dice del romance que, *aunque venga á escribirlo el mismo Apolo, no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara.* Tan gratuíta suposición destruye el Duque de Rivas con citas oportunas y con argumentos de gran peso en su prólogo, que en verdad es un elocuentísimo alegato en favor de la principal rama del árbol de nuestra literatura, tratada con tanto menosprecio como injusticia por el crítico citado; pero la prueba más valedera de todas es la misma colección que forma el volumen de que tratamos.

«Volver el romance á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía y aprovechándose de todos

los atavíos con que nuestros buenos ingenios lo han engalanado,» es el deseo y el intento del autor. Veamos hasta qué punto lo ha logrado.

Ya era conocida del público ilustrado la maestría y facilidad con que sabía manejar este género de poesía, porque los romances de *La Vuelta Deseada, El Sombrero, El Conde de Villamediana, D. Alvaro de Luna*, y *El Alcázar de Sevilla*, que se imprimieron á continuación del *Moro Expósito*, junto con otras bellas poesías en que descuellan las que llevan por título *Al Faro de Malta* y *A mi Hijo Gonzalo*, manifiestan la profundidad y rectitud con que el autor sentía y comprendía la poesía histórica de su país. La precisión, la fuerza y la verdad que descuellan en los que comprenden las tragedias del maestro don Fadrique y del Conde de Villamediana, tan bien concertados en su plan y tan dramáticos en su estructura, probaban que el señor Saavedra alcanzaría distinguido renombre, tratando esta clase de asuntos á que desde *El Paso Honroso* parecía inclinarle una vocación irresistible. La colección que últimamente ha dado á luz ha demostrado cuan fundada era esta esperanza, y que en el momento en que sus obras fuesen hijas de su inspiración únicamente, llevarían tal sello de individualidad y de vigor, que se distinguirían de un modo innegable de todas las demás contemporáneas. Argumentos hábilmente conducidos, caracteres marcados, figuras animadas, vivas y ricas descripciones, afectos verdaderos y vehementes, rasgos atrevidos y grandes, entonación poética, locución castiza y exquisitos conocimientos históricos adornan y enriquecen estos romances. Hermanos carnales de los lienzos sublimes de Velázquez y Zurbarán, atentos á la impresión general antes que á detalles embarazosos, si no inútiles, los *Romances Históricos* no por eso dejan de recorrer los diversos tonos del sentimiento con pinceladas llenas de atrevimiento y con hermosos golpes de claro oscuro. Donde el asunto lo permite, se advierte al punto aquel relieve, vida y movimiento propios del drama, que encadenan los sucesos con gradación sintética y rigurosa, y mantienen

viva la atención y el interés, hasta llegar á un desenlace de sumo efecto. *El Solemne Desengaño, El Cuento de un Veterano, Amor, Honor y Valor,* son buena prueba de lo que acabamos de decir. Donde quiera que la acción, ó por general, ó por larga, ó por escasa, carece de las mismas proporciones, lo suple ventajosamente ya la regularidad del plan, ya la oportunidad de los incidentes episódicos, ó ya, en fin, la efusión de los afectos, y siempre la verdad del colorido, como lo manifiestan *La Victoria de Pavía, los Recuerdos de un Grande Hombre, La Vuelta Deseada.*

Hay en estos romances tantas cosas que lisonjean nuestro orgullo, que halagan nuestra memoria, y que despiertan nuestra nacionalidad, que su impresión no puede dejar de ser altamente noble y patriótica. La inspiración sola aun desnuda de los primores y atavíos del arte, debe encontrar un eco fuerte y sonoro en el corazón de los españoles: pero el arte mismo que la engalana, ni la rebaja, ni la afemina; antes la alienta y vivifica. Para corroboración de cuanto dejamos dicho, insertaremos, aun á riesgo de hacer más pesado este artículo, algunos trozos no precisamente escogidos, sino de los primeros que se nos ocurran.—Men Rodríguez de Sanabria va á avisar al Rey Don Pedro, encerrado en el castillo de Montiel, que Beltrán Claquín ha hecho la seña convenida. He aquí un cuadro y una escena dignos de Rembrant y de Shakspeare.

Del hogar la estancia toda,
Falsa luz recibe apenas
Por las azuladas llamas
De una lumbre casi muerta.

Y los altos pilarones,
Y las sombras que proyectan
En pavimento y paredes,
Y el humo leve que vuela

Por la bóveda, y los lazos
Y los mascarones de ella,
Y las armas y estandartes
Que pendientes la rodean,

Todo parece movible,
Todo de formas siniestras,
A los trémulos respiros
De la ahogada chimenea.

Men Rodríguez de Sanabria
Al entrar en tal escena,
Se siente desfallecido,
Y sus duros miembros tiemblan,

Advirtiendo que Don Pedro
No en su lecho, sino en tierra
Yace tendido y convulso,
Pues se mueve y se revuelca,

Con el estoque empuñado,
Medio de la vaina fuera,
Con las ropas desgarradas,
Y que solloza y se queja;

Quiere ir á darle socorro,
Mas ¡ay!..... ¡en vano lo intenta!
En un mármol convertido
Quédose clavado en tierra,

Oyendo al rey balbuciente
So la infernal influencia
De ahogadora pesadilla,
Prorrumpir de esta manera.

«Doña Leonor..... ¡¡¡vil madrastra!!!
Quita, quita..... que me aprietas
El corazón con tus manos
De hierro encendido..... espera.

»Don Fadrique, no me ahogues.....
No me mires que me quemas,
Tello!..... Coronel!..... Osorio!.....
¿Qué queréis?..... traidores, ea!

»Mil vidas os arrancara,
¿No tembláis?..... dejadme..... afuera:
¿También tú, Blanca? ¡Y aun tienes
Mi corona en tu cabeza!!.....

»¿Osas maldecirme? inicua!!!
Hasta Bermejo se acerca.....
¡Moro infame!..... temblad todos
Mas ¿qué turba me rodea?.....

»Zorzo, á ellos: sús, Juan Diente.
¿Aun todos viven?..... pues mueran.
Ved que soy el rey D. Pedro,
Dueño de vuestras cabezas.—

»¡Ay que estoy nadando en sangre!
¿Qué espadas, decid, son esas?.....
¿Qué dogales?..... ¿Qué venenos?.....
¿Qué huesos?..... ¿Qué calaveras?

»Roncas trompetas escucho.....
Un ejército me cerca,
¿Y yo á pie?..... Dénme un caballo
Y una lanza..... vengan, vengan.

»Un caballo y una lanza.
¿Qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doy mi vida,
Por un corcel mi diadema (*).

(*) Mi Kingdom for a horse.

Shakspeare.

»¿No hay quién á su rey socorra?»
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
Y exclama: «conmigo cuenta.»

. . . . . .

La descripción del Guadalquivir cuando el inmortal Hernán Cortés va á embarcarse en busca de la corona de Motezuma, servirá de muestra de la imaginación rica y ardiente del autor.

. . . . . .

El sol entre nubes de oro,
De un cadáver comitiva
A la tumba del ocaso
Con majestad descendía.

Cuando la pieza de leva
Dió el trueno de la partida,
Del Guadalquivir soberbio
Retumbando en las orillas.

¡Magnífica era la escena!
Soberbia la perspectiva,
Espectáculo grandioso
El que deslumbró su vista.

Cubierto el río de naves
De mil naciones amigas
Con flámulas, gallardetes,
Banderolas y divisas

Donde espléndidos colores
Con el sol poniente brillan,
Donde se mecen las auras,
Donde retozan las brisas.

Ambas márgenes cubiertas
De cuanto la Europa cría,
De cuanto el arte produce,
De cuanto ansía la codicia.

De armas, víveres, aprestos,
Fardos, cajones y pipas,
De extraordinarias riquezas,
De varias mercaderías.

Y en las naves y las barcas,
En los muelles y marismas,
Y en arenal, alameda,
Muro, almacenes, garitas,

Un enjambre de vivientes
De todos reinos y climas,
De todos sexos y clases,
De todas fisonomías.

Del grande español imperio
Hombres de todas provincias,
Y de todas las naciones
Que la Europa sabia habitan.

Moros, moriscos y griegos,
Egipcios, israelitas,
Negros, blancos, viejos, mozos,
Hablando lenguas distintas.

Mercaderes, marineros,
Soldados, guardias, espías,
Alguaciles, galeotes,
Canónigos y sopistas,

Caballeros, capitanes,
Frailes legos y de misa,
Charlatanes, valentones,
Rateros, mozas perdidas,

Mendigos, músicos, bravos,
Quincalleros y cambistas,
Galanes, ilustres damas,
Jitanas, rufianes, tías:

Todo bullicio tan grande,
Tan extraña algaravía,
Tal confusión de colores,
Tal movimiento y tal vida,

Ofreciendo bajo un cielo
Como el cielo de Sevilla,
Que era un pasmo de la mente,
Un cuadro de hechicería.

. . . . . .

Como trozo de melancólica poesía, llena de meditaciones vagas, dulces y descoloridas, poco tiene que envidiar el siguiente donde tan al vivo se pintan los desvaríos que con su desventurada pasión sufría el marqués de Lombay.

. . . . . .

¡Cuántas veces los jardines
Que riega el Tesín y el Mincio,
Los mismos nombres oyeron
Que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones
De Garcilaso, que hoy mismo
Nos admiran y enternecen
Vencedoras de tres siglos,

Tiernas lágrimas sacaron
De los ojos encendidos
Y del corazón doliente
Del marqués contemplativo:

En las selvas do arrancaron
No menos hondos suspiros,
De otros destrozados pechos
Los acentos de Virgilio!

¡Cuántas veces ¡ay! seguían
Del marqués los ojos fijos
De la plateada luna
El lento y mudo camino;

Y al verla hacia el occidente
Rodar con pausado giro,
Algún encargo le daba
Para el Tajo cristalino;

Con sus miradas queriendo
Como estampar en el disco
Caracteres, que otros ojos
Por un prodigioso instinto

Leyeran, cuando argentada
Derramara el claro brillo
Sobre el regio balconaje
De algún alcázar dormido!

. . . . . .

Concluiremos estas citas con los siguientes versos del romance titulado *Una Noche de Madrid en* 1578, dechado en nuestro entender de interés dramático, de franco y vigoroso estilo. Hablando de la bellísima princesa de Éboli dice lo siguiente:

. . . . . .

Tres distintos personajes
A diversas horas iban
A rendirle obsequio ó culto
A conquistar su sonrisa,

Ardiendo sus corazones,
Aunque en edades distintas,
En el delirante fuego,
Que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,
De edad cascada y marchita,
Macilento, enjuto, grave,
Rostro como de ictericia;

Ojos siniestros, que á veces
De una hiena parecían,
Otras vagos, indecisos,
Y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales
De meditación continua,
Huella de ardientes pasiones
Mostraba en frente y mejillas.

Y escaso y rojo cabello,
Y barba pobre y mezquina
Le daban á su semblante
Expresión rara y ambigua.

Era negro su vestido
De pulcritud hasta nimia,
Y en su pecho deslumbraban
Varias órdenes é insignias.

El otro era recio, bajo,
De edad mediana, teñían
Sus facciones de la audacia
Las desagradables tintas.

Moreno, vivaces ojos,
Negros bigote y perilla

Aladares y copete,
Boca grande, falsa risa:

Formando todo un conjunto
De inteligencia y malicia,
Con una expresión de aquellas,
Que inquietan y mortifican.

Lujoso era su atavío
Mas negligente, y tenían
No sé qué sus ademanes
De una finura postiza.

El último era el más jóven,
De noble fisonomía,
Pálido, azules los ojos
Con languidez expresiva;

Castaño claro el cabello,
Alto, delgado, muy finos
Modales, y petimetre
Sin dijes ni fruslerías.

Ser un caballero ilustre,
De educación escogida,
Cortés, moderado, afable,
Mostraba á primera vista.

. . . . . .

Y la gallarda princesa,
La discreta, noble y linda,
Por quién de ellos?..... Por ninguno,
Cual la estrella matutina

Era su alma pura, como
El sol su conciencia limpia.
..... Mas lo que pasa en el pecho
Solo Dios lo sabe y mira.

Cuando la princesa estaba
En la presencia aflictiva
Del primero, miedo helado
Por sus venas discurría.

En la del segundo, grave
Se mostraba y aun altiva,
Pero inquieta y recelosa
Midiendo sus frases mismas.

Y con el tercero estaba,
Aunque silenciosa, fina,
Y sin temor ni recelo,
Pero triste y discursiva.

El rey Felipe segundo,
A quien España se humilla,
Es el galán misterioso
De las nocturnas visitas.

El segundo Antonio Pérez,
Secretario que tenía
Del rey estrecha privanza,
Cual brazo de sus intrigas.

Juan de Escobedo el tercero,
Amigo en quién deposita
El insigne Don Juan de Austria
Sus secretos y su estima.

Semejantes revelaciones son punto menos que inútiles, y en especial la primera. El Felipe II que nos ha dejado el pasmoso pincel de Pantoja, parece que ha saltado del lienzo cobrando cuerpo y vida en todo este romance, y apareciendo con toda su lúgubre y temerosa grandeza tan parecida á las del príncipe de las tinieblas de Milton. El delicado rasgo con que el señor Duque fija la situación,

indicando apenas la misteriosa simpatía de la princesa, es uno de aquellos que solo es dado concebir al verdadero genio.

No todos los romances atesoran las mismas cualidades, ni se elevan á la misma altura, cierto es; pero ni todos los asuntos tienen el mismo corte y giro, ni es este género tan limitado y preciso que haya de ceñirse á límites determinados, antes bien, ninguno admite tanta latitud y libertad.

El señor Duque de Rivas ha coronado con un éxito feliz una de las más importantes empresas literarias que se han acometido en España de mucho tiempo á esta parte. Pocos escritores pueden gloriarse de haber proporcionado servicios tan eminentes á las letras españolas. Cuando rayó la aurora de nuestra regeneración poética, salió el *Moro Expósito* á servir de blanco á los tiros de la crítica; poco después *D. Alvaro* arrostró en el teatro los peligros de una innovación repentina y de una transición violenta, abriendo una senda más filosófica y fecunda, y con la publicación de los *Romances Históricos* ha anudado el hilo de oro de nuestra literatura nacional, desenmarañando no poco su revuelta madeja. Por nuestra parte creemos que sus trabajos merecen bien del país y de los amantes de las letras, y aprovechamos con gusto esta ocasión de consignar nuestro dictamen sincero si no autorizado.

EL MOVIMIENTO DE ESPAÑA

Ó SEA

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN CONOCIDA CON EL NOMBRE DE «LAS COMUNIDADES DE CASTILLA», ESCRITA EN LATÍN POR EL PRESBÍTERO DON JUAN MALDONADO, TRADUCIDA AL CASTELLANO É ILUSTRADA CON ALGUNAS NOTAS Y DOCUMENTOS POR DON JOSÉ QUEVEDO (*).

Si algún estudio anda en España abatido y menospreciado, es sin duda el de la historia patria, que por un raro contraste con los innumerables incentivos que ofrece su pasmosa variedad, sus extraños episodios y su índole en fin, tan diversa de la de las demás naciones europeas, solo de tarde en tarde muestra algún hombre capaz de cultivarla con fruto y de desenterrar sus tesoros. Mengua es por cierto semejante incuria, pero tantos y tan graves motivos han contribuído á ella, y tan estrecho ha sido su eslabonamiento, que no está en la mano de una ni aun de dos generaciones el acabar con ellos. Hasta hace poco tiempo un poder inquieto y receloso se ha opuesto al gran desarrollo que el espíritu de análisis y la libertad del pensamiento han dado en otras partes á los trabajos históricos; en nuestros días las frecuentes vicisitudes políticas y la instabilidad casi irremediable de la situación, han apartado los ánimos de esta clase de tareas, que por la mucha madurez y ahinco que requieren, necesitan cierto sosiego

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 8.ª entrega.

y reposo interior, incompatible con el asiento vacilante de los negocios públicos: ó bien premios y honores distinguidos que hasta ahora no han logrado entre nosotros. Lástima grande en verdad, y digna de ser remediada por cuantos se sientan con fuerzas para acometer empresa tan loable, pues si para ilustrar las cuestiones de gobierno y comprender las necesidades del país se han de tener en cuenta sus usos, leyes, inclinaciones y costumbres, pocas indagaciones estarán tan íntimamente ligadas con la prosperidad común, como las históricas. Si algún sentido hay en la palabra *nacionalidad*, si algo significa el imperio de los hechos, la sucesión de los tiempos y las lecciones de la experiencia, fuerza es confesar que un pueblo, en que el estudio de sus males no merece un lugar muy preferente, dista mucho del camino de la perfección, que en esto como en moral se cifra muy especialmente en el conocimiento de sí propio. Supuesto que de pueblo libre blasonamos, y que, á fuer de tales necesitamos un gobierno que marche á la cabeza de la ilustración y lleve la iniciativa social, atendiendo próvidamente á todas nuestras necesidades morales; no estará demás el que cultivemos este ramo de literatura y alentemos por todos los caminos sus progresos, honrándole como merece por su importancia y trascendencia.

Estas reflexiones nos ha sugerido la lectura de la *Historia de las Comunidades de Castilla*, escrita en latín por el presbítero Juan Maldonado, y traducida por don José Quevedo, que ilustra grandemente este interesante período del gran siglo XVI, teatro de tan maravillosos y extraordinarios sucesos, y testigo de una de las mayores crisis que ha experimentado la humanidad en su larga y trabajosa carrera. Extraños movimientos agitaron entonces la Europa. España trabajada por las comunidades y germanías, Alemania por la revolución religiosa, Francia por la liga, Inglaterra por los disturbios á un mismo tiempo religiosos y civiles, apenas dejaban entrever el gran movimiento intelectual y comercial de sus pueblos, el desarrollo mágico de las artes, la conquista del Nuevo-Mundo, la consolida-

ción del poder monárquico entonces tutelar, y tantas otras semillas finalmente de engrandecimiento y adelanto, que la Providencia sembraba con mano pródiga. ¡Siglo en verdad maravilloso, cuyo estandarte inmortal confió la Providencia á las robustas manos de España, cuando despedazada por sus luchas intestinas, parecía harto cuidadosa y ocupada por sus propios males para cumplir tan empeñado cargo!

Época tan ilustre y famosa, no ha sido conocida como debiera en nuestros días. El ardor de las reformas políticas y el espíritu de partido, han contribuído de un modo eficaz á desfigurarla y á vestirle ropas que por ningún título podían cuadrarle. Durante esta tercera era de nuestra regeneración, el nombre de Padilla ha sido invocado con menos frecuencia y repetido con harto menor entusiasmo, que en las otras dos precedentes. ¿Será que su carácter generoso y su muerte heróica hayan dejado de inflamar los corazones españoles? Creemos que no, pues cuantas almas hayan nacido templadas para sentir la elevación del ánimo y la grandeza de la abnegación propia, acatarán una memoria digna de estimación y profundo respeto: pero la tendencia investigadora y analítica de la época, ha puesto sin duda de manifiesto la distinta índole de los movimientos presentes y pasados, y lejos de tomar á estos por espejo y dechado, se limita á considerar su importancia puramente histórica, unica que en el día nos puede conducir á resultados dignos de atención.

La revolución de las Comunidades (si tal nombre merece un movimiento que solo afectaba las formas más exteriores del gobierno) fué como todas suelen serlo en su principio y espíritu, justa. Las disensiones y alteraciones de España, traían el rastro de las diferencias acaecidas entre el Rey Católico y su yerno con motivo de la sucesión á la corona de Castilla, pues muchos de los nobles y grandes, teniendo por no menos extranjero al aragonés Fernando que al austriaco Felipe, fácilmente volvieron las espaldas al sol que se ponía para mirar al que comenzaba á nacer. No falto sin embargo quien permaneciese al lado del an-

ciano monarca ó movido de gratitud y de hidalgos sentimientos, ó aguijado por rencores y motivos de disgustos en el opuesto bando. Atentos los primeros á sus particulares intereses, llevaban mal el ensanche del poder real, y alimentaban esperanzas vagas quizá, pero no por eso menores, de medrar con la inexperiencia de los nuevos monarcas y renovar en cuanto les fuese dado los turbulentos y aciagos días de Enrique IV, en los cuales se engrandecieron á costa de la corona. En los segundos la lealtad ó el sentimiento de otras altas consideraciones (*) sociales, obraban con harta mayor eficacia que los deseos de su crecimiento y bienestar.

Fácilmente preveían que el cuello de Castilla había de ser demasiadamente indócil para sufrir con paciencia el yugo extranjero, y que de su ingerimiento forzado en el tronco de la república, habían de venir al árbol grandes daños y quebrantos. Esto que de los buenos y cuerdos con razón era temido, no tardó mucho en suceder cuando el joven Carlos I vino á tomar posesión de la rica herencia de sus abuelos, entregada su voluntad y su afición en manos de los flamencos que le acompañaban, extraño á los negocios y desnudo totalmente de experiencia, como era natural en sus cortos años. Comenzaron entonces concusiones, sobornos y estafas de toda clase; añadíanse á esto violencias y desacatos cometidos en las personas, y toda la humillación y vejamen consiguientes á un sistema de explotación tan descaradamente manifiesto como el de Xevres y los suyos.

(*) Los partidarios de Fernando el Católico, á quienes no era sin duda desconocida la debilidad mental de la reina doña Juana, apoyaban sus intentos en esta cláusula del testamento de la Reina Católica. «Ordeno y man»do que cada y cuando que la dicha princesa mi hija no estuviere en estos »mis reinos, ó estando en ellos no quisiere ó no pudiere entender en la go»bernación de ellos, el Rey mi Señor los rija y administre y gobierne por la »susodicha mi hija, hasta tanto que el infante don Carlos mi nieto, fijo pri»mogénito, heredero de los dichos príncipes sea de edad legítima á lo menos »veinte años cumplidos, etc.» (Historia de Mariana, tomo IX, edición de Valencia, impresa por Monfort).

Vendíanse públicamente los oficios y cargos de mayor honra, y no había cosa que no sirviese de cebo á la codicia extranjera (*) ¿Para venir á tanta desdicha y vilipendio, habían los españoles arrojado de la Península á los moros, y comprado á costa de su sangre los inmarcesibles laureles de ambos mundos? ¿La altivez castellana había de doblegarse ante la vara de un miserable mercader extraño? En las naciones como en los individuos, hay un principio de dignidad y de honor que constituye su fuerza y que es indispensable conservar á toda costa, porque renunciar á él equivale á renunciar á la vida. Cerrados entonces los caminos del trono á las justas reclamaciones de los vasallos, y despojados estos de la justicia y amparo que estaban acostumbrados á encontrar en él, forzosamente hubieron de buscar por sí el remedio á tamaños males. De aquí nace el general aplauso y el ímpetu verdaderamente popular y casi unánime que acompañaron á los primeros movimientos de Toledo, Burgos y Segovia, y el eco estrepitoso que en todas partes encontraron (**). El viaje del rey á Alemania en demanda del imperio, el servicio concedido por las córtes de la Coruña diametralmente opuesto á las instrucciones que llevaban casi todos los procuradores de sus comitentes, el mal tratamiento de los comisionados de Toledo, y más que todo, las débiles manos en que quedó deposita-

---

(*) Tan barrido dejó el reino de moneda Xevres; que á vista de alguna moneda de oro se cantaba públicamente por las calles:

Doblón de á dos, norabuena estedes
Pues con vos no topó Xevres.

Sandoval habla largamente de estos desafueros y depredaciones en el libro V de su *Historia del Emperador*.

(**) Tan popular fué el levantamiento que en los púlpitos como en las plazas se predicaba y alababa. Es muy digna de leerse la carta anónima de un religioso que trae Sandoval en el citado libro, y el párrafo de las instrucciones del Emperador á sus virreyes, relativo á los predicadores que encendían los ánimos y alborotaban la plebe.

do el gobierno, agravaron la crisis tremenda en que se encontraba el estado, y una vez desprendida la piedra de la cumbre, no hubo fuerzas humanas que la impidiesen llegar al valle, hecha pedazos.

Tal era sin embargo el triste destino de estos intentos generosos. En el gobierno no había fuerzas para sujetar y comprimir tan revueltos elementos, ni menos, habilidad para dirigirlos. Notábase en la alta nobleza, por una parte, deseo de ver reducido al Cardenal Adriano y á los suyos, á extremos y apuros que hiciesen su ayuda indispensable; y por otra, temor y recelo del elemento democrático, que ya amenazaba desatarse en daño suyo, y dejar atrás los límites de su conveniencia y prerrogativas. Y en el pueblo, finalmente, que como era de esperar de sus violentas pasiones tiñó con sangre sus primeros pasos, y á cada punto amagaba con los desafueros de la fuerza brutal, no se advertía un hombre dotado de la capacidad y genio que se necesitan para dominar una situación tan difícil y subordinar tantos elementos heterogéneos á un fin común, creando un centro donde fuesen á parar todos los esfuerzos individuales.

Los principios que pregonaban los comuneros para el alzamiento, no eran tampoco de aquellos que lanzan á la sociedad en un campo de esperanzas y sueños dorados por su trascendencia, y que aspiran á un cambio completo que mejore la condición común y lleve consigo un germen más claro y fecundo de perfección indefinida. No se alteraba ningún dogma religioso ni moral; no se ponía en tela de juicio la legalidad de las autoridades de hecho existentes; no se proclamaban más principios de derecho que los derivados de las costumbres, leyes y fueros; y finalmente, ninguna reforma se intentaba que se encaminase á un fin social, político ó humanitario. Todos los capítulos de agravio estribaban únicamente en medidas administrativas, en quejas de servicios comunales, en la repartición y poca medida de los tributos, en la extracción de la moneda, en la investidura de los extranjeros para los cargos públicos.

y finalmente, en la salida del rey, que ellos calificaban de abandono.

Lo único en que se mostraban un tanto audaces, era en pedir que en los procesos y juicios de la inquisición se guardase cierto orden y trámites. Fuera de esto, todas eran protestas de mejor servir al rey y de adhesión á los derechos establecidos.

Este círculo en que los comuneros se encerraban, tenía sin duda mucho de legal, y no poco de extrictamente justo, pero era estrecho, como suele serlo el de los intereses materiales, y no se ensanchaba con ninguna teoría ni esperanza ulterior. Ni podía ser de otra manera, si se atiende á que en la organización social, compacta y vigorosa de España, no cabían tendencias excéntricas, ni mucho menos la indicación de un rumbo nuevo por donde las creencias pudiesen caminar. De esta manera, las ciudades disponían de sus fuerzas habituales y la nobleza de las suyas, quedando, por decirlo así, equilibradas las de ambas clases: pues si la una aventajaba á la otra en número y en ardimiento, sobrepujábala ésta en disciplina y concierto. El poder real era el único que hacía lamentable papel, confiado á la debilidad y escaso ingenio del cardenal Adriano, y á los coléricos arrebatos del arzobispo de Granada.

Pueblo y nobleza, sin embargo, no solo guardaban treguas, sino que también estaban ligados por ciertos lazos secretos, cuales eran los de la nacionalidad herida por la preponderancia de los extranjeros; pero el elemento democrático, que entonces crecía y se derramaba á manera de hinchado río, no tardó mucho en embestir las prerrogativas y derechos de la nobleza. Los populares de Burgos, cansados de los manejos equívocos del condestable D. Iñigo Velasco, lo arrojaron de su ciudad; y los de Nájera, acordándose de que en las revueltas del reinado de Enrique IV habían sido desmembrados violentamente de la corona á que pertenecían, se alzaron contra su Señor Don Antonio Manrique, y echaron fuera su guarnición. Ambas medidas eran justas, pero extemporáneas, porque desde aquel mo-

mento los nobles se agruparon en torno del trono, y se rompieron las hostilidades.

No se crea que bastó esto solo para causar la ruina del partido popular: sobrábanle fuerzas y recursos, y si hubiese encontrado jefes diestros para las primeras, como los encontró pundonorosos y valientes; y para los segundos, varones de gobierno y de experiencia, hubiera podido cuando menos capitular con honra, sin sujetarse á la dura ley de los vencidos. Pero la *santa junta* cometió la enorme falta de confiar á don Pedro Girón, hijo heredero del conde de Ureña, la dirección y mando de sus tropas, sin tener en cuenta que solo un resentimiento pasajero le traía á unas filas, de las cuales natural y constantemente debían alejarle su alcurnia, sus hábitos é intereses. Su fea traición (*), indigna del nombre que llevaba, abrió la primer brecha en la causa de las Comunidades, y la inacción de Padilla en Torrelobatón, cuando tan temible se presentó desde luego á sus contrarios, contribuyó á resfriar el ardor de los populares, que á toda costa debió haberse empleado prontamente en quitarle su vigor moral, y en engrosar el ejército contrario. Una vez equilibradas las fuerzas, claro es que todas las probabilidades de la victoria estaban de parte de la disciplina y del buen orden: sin embargo, la nobleza hubiera comprado algo más caro el triste laurel de Villalar, sin la traición que vino á dar el último golpe á la ya moribunda causa de las Comunidades.

La historia de esta lastimosa trajedia, que nos dejó escrita en latín Juan Maldonado, y que ha traducido don José Quevedo, bibliotecario del Escorial, es digna de atención por ser obra de un testigo ocular de la mayor parte de aquellos disturbios, y por el espíritu que encierra aunque de manera sumamente disimulada y aguda. Escribiendo bajo el peso de las persecuciones que siguieron al triunfo de los imperiales, mal podía dar suelta el autor á

(*) Veánse las notas 11 y 13 del señor Quevedo.

ciertos ímpetus que al cabo á fuer de español, no podía dejar de sentir, y mucho menos en un libro que dedicaba al príncipe de España, hijo del César; pero á falta de tan necesaria libertad, introduce una especie de diálogo semejante á los de Luis Vives (si bien menos ingenioso que los de este insigne escritor) entre un italiano, un francés, un alemán, un toledano y él, en que haciendo de narrador, deja emitir á los demás, juicios diversos de que, como es fácil conocer, es él responsable. Así, las respuestas de los interlocutores templan á veces el tono de severidad y acrimonia que dictaban las circunstancias al hablar de los comuneros. Cuando, por ejemplo, á propósito de don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, pondera su carácter inflexible y tenaz y sus virtudes bélicas, pone en boca del italiano estas palabras: «¡Buen Dios, qué obispo acabas de pintar! Convenía que un hombre de tanto valor hubiese nacido en Roma. Me parece ver copiada en él aquella heróica virtud de los antiguos romanos»..... Mas el toledano pronuncia una sangrienta diatriba contra la nobleza y personas que después de extraviar al pueblo y despeñarle por precipicios horrendos, lo dejaron en manos del verdugo; y en la tibieza con que el historiador satisface á este terrible cargo, se trasluce que participaba no poco de semejante opinión. La suya se encuentra quizá más bien en la de los otros, que en lo que da de sí su propio relato. Poco de nuevo añade á la relación del M. Sandoval, y está muy escaso además en punto á documentos y datos cronológicos, innecesarios entonces sin duda por tratarse de cosa reciente: pero en el día absolutamente precisos después de tantos años trascurridos. El señor Quevedo ha suplido con exquisito tino esta falta, y sus notas y apéndices completan la obra, que en su original aparece manca á nuestros ojos.

El estilo, como advierte muy bien el traductor en su prólogo, se resiente de un poco de pesadez, hija del gusto á la sazón dominante, y hasta en la misma versión se echa de ver un poco esta falta, si bien es cierto que proponién-

dose seguir al original tan de cerca, era inevitable incurrir en ella. Con todo, la traducción es trabajo muy maduro y correcto, y merece honrosa acogida, así por su fidelidad, como por el buen criterio que descubre.

Perseverantes en nuestro propósito de dar publicidad principalmente á las cosas pertenecientes á nuestra literatura nacional, recomendamos á la consideración del público esta obra que ilustra una época tan digna de ser estudiada como someramente conocida. En ella cayó por el suelo para no volver á levantarse la *libertad municipal* de Castilla, no la política, como muchos han creído. No es fácil señalar el rumbo que hubieran tomado los asuntos públicos si las Comunidades hubieran triunfado: pero habiendo llegado la hora en que la mayor parte de las naciones se iban convirtiendo en un cuerpo homogéneo y compacto bajo la mano de la autoridad monárquica, harto trabajoso les hubiera sido conservarse en la especie de independencia que hasta entonces habían disfrutado. Los reyes católicos habían cedido á su nieto un trono fuerte ya, y asentado en sólidos cimientos, y el alto genio militar y político del emperador hubiera acabado por subyugar más tarde ó más temprano estas individualidades, que no dejaban de embarazar la marcha de sus gigantescos planes. Por otra parte, si el rey hubiera cedido á uno de los más ardientes deseos de las ciudades y nobleza, cual era el que no se ausentase del reino ni aun con el poderoso motivo de alcanzar lo corona imperial, ¡cuán distinta no hubiera sido quizá la suerte de España, de aquella España que por toda la Europa llevó sus armas, su lengua, su cultura y sus costumbres; que por dos veces hizo frente á Solimán el Magnífico, y que en la conquista de Túnez, echaba los cimientos de la victoria de Lepanto!

Como quiera que el triunfo de los fueros de Castilla no estuviese escrito en el libro de la providencia, todavía hay en su mismo vencimiento tanto heroismo, abnegación y desinterés, que es imposible pensar en él, sin sentir emociones nobles y profundas. La sangre de los comuneros la-

vó las manchas que la fragilidad humana pudiera haber echado sobre aquel alzamiento tan generoso en su origen como desastroso en su fin; y la historia no presenta un monumento más alto de hidalguía y de virtud, que las dos cartas de Juan de Padilla. La religión del infortunio añade esplendor á su sacrificio, y las víctimas consiguen harto más respeto y veneración que sus verdugos. El emperador se olvidó entonces de que la clemencia es la primera de las virtudes reales, y de que la verdadera grandeza consiste en vencerse á sí propio y enfrenar los ímpetus de la ira. Prueba amarga, pero cierta, de que no siempre á la elevación del genio acompaña la bondad y la pureza del corazón (*).

Afortunadamente en la historia, tanto enseñan y amaestran los crímenes como las virtudes, y los pueblos deben y suelen olvidar muy tarde las lecciones que se escriben con su sangre.

(*) La amnistía que desde su venida á España promulgó el emperador, solo se empleó en los que era imposible castigar sin dejar convertida la nación en un cementerio. La lista de las personas exceptuadas, comprende cuanto hubo de ilustre y distinguido por su talento, valor y riqueza en las filas de las Comunidades. Los que no pagaron con su cabeza en el cadalso, murieron en el destierro. Imposible fué en todos tiempos alcanzar el perdón de la heróica Doña María Pacheco, viuda de Padilla. Al ver tales ejemplos, fuerza es convenir con Robertsón que en Carlos V hacía raro contraste la elevación del entendimiento con la frialdad del corazón.

TRABAJOS HISTÓRICOS

DE LA

SOCIEDAD DE ANTICUARIOS DEL NORTE EN COPENHAGUE (*).

Como el conocimiento que generalmente tenemos en España del movimiento literario de Europa, se reduce á las no muy abundantes noticias que nos llegan por medio de nuestros vecinos transpirenáicos, creemos hacer un servicio á nuestros lectores, dándoles cuenta de las tareas de los sabios dinamarqueses que componen la Sociedad de Anticuarios del Norte, objeto de la constante solicitud de aquel ilustrado monarca y foco de vivísimos resplandores en la esfera de las ciencias. Después de la irrupción de los septentrionales sobre el imperio romano, todos los pueblos que lo componían, por necesidad tuvieron de sufrir modificaciones de harto bulto, y hasta cambios radicales en las condiciones de su vida política y social imposibles de explicar y aun de concebir, á no remontarse al origen de estos fenómenos, estudiando la índole y costumbres de los conquistadores. Para levantar sobre una base segura el edificio de su historia, casi todas las naciones europeas tienen que subir á un manantial primitivo de donde naturalmente deriven cuantos cambios y diferencias se noten en la marcha progresiva de su civilización y cultura. Con razón dice el acta de la sesión celebrada por dicha Sociedad

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 11.ª entrega.

en 1838, «que el estudio completo de la historia de alguno de estos países necesita tanto beber en la fuente de los archivos del Norte, como necesitaba la historia de Roma recurrir á la Grecia y al Asia para conocer á fondo su origen.»

Afortunadamente, y gracias al celo del muy respetable presidente de nuestra Academia de la Historia, el señor Fernández Navarrete, tenemos á mano las actas de las sesiones correspondientes á los años de 1834, 35, 36, 37, 38 y 39, y podemos dar á nuestros lectores una idea aunque breve, segura de los principales adelantos que las ciencias de la historia deben á esta ilustre corporación. Esta clase de descubrimientos y trabajos, por otra parte no son de aquellos que por su carácter ligero y fugitivo no pueden tener más destino ni empleo que llenar las columnas no menos fugaces y pasajeras de un diario: el carácter de gravedad y solidez que los distinguen, son de aquellos que aseguran el respeto y la alabanza de todos los amigos del saber, y abren camino por la enmarañada selva de la historia antigua.

Durante los años de 1832 y 1833, la Sociedad publicó las obras siguientes:

Fornmanna Sogur, vol. I, VIII y XI.

Oldnordiske Sagaer, vol. I, VIII y XI.

Scripta histórica islandorum, vol. I, V,

ó sean sagas (*) históricas de los sucesos acaecidos fuera de Islandia, publicados en la lengua original con traducciones dinamarquesas y latinas. Estas obras comprenden el período que corre desde mediados del siglo X hasta principios del XIII, y contiene la historia de los reyes de Dinamarca y Noruega correspondientes á esta época.

Islendinga Sogur, vol. I, II,

ó sagas históricas de los sucesos de Islandia publicadas en

(*) Saga en su verdadero sentido es la musa histórica del Norte; pero se llaman también sagas todas las crónicas ó relaciones que comprenden una serie determinada de sucesos.

la lengua original, entre las cuales se encuentra *Landnamabok*, que trae la descripción de los primeros establecimientos en Islandia.

Færeyinga Saga,
ó historia de los habitantes de las islas Ferroe, publicada en idioma islandés, con una traducción en la lengua usada en las islas y otra en lengua dinamarquesa, acompañada del mapa de las islas.

Fornaldar Sogur Nordrlanda, vol I., III.

Nordiske Fortids Sagaer, vol. I, III,
ó sagas mitológicas, históricas ó novelescas de los acontecimientos del Norte antes de la ocupación de la Islandia en el siglo IX, principio de la Era propiamente histórica, publicadas en lengua islandesa, con una traducción dinamarquesa.

Krakas Maal, *Epicedium Ragnaris Lodbroci*, ó canto de las proezas y muerte heróica de Ragnar Lodbrok, rey de Dinamarca, que murió en Inglaterra. Este canto está publicado en cuatro lenguas, á saber: original, francesa, dinamarquesa y latina.

Nos ha parecido justo dar cuenta circunstanciada de estos monumentos literarios, cuya importancia histórica salta á los ojos; pero por no alargar este artículo demasiado, no nos detendremos á hablar de los notables descubrimientos arqueológicos hechos en Groelandia, tanto por los misioneros como por los empleados del gobierno, ni del viaje del capitán Graah, emprendido por orden del mismo con objeto de averiguar la situación de la antigua colonia europea, conocida con el nombre de *Eistribygd* y de la diócesis de *Gardar*, que durante muchos siglos permaneció en estado floreciente; ni de otras muchas investigaciones y trabajos á que por todas partes se daba principio. Sin embargo, nos parece justo hacer mención de la obra titulada Gronlands Historiske Mindesmærker (Monumentos históricos de Groelandia) que ya estaba en prensa en 1834, y que abría camino á la gran obra de la sociedad *Sobre el primer descubrimiento de América por los Escandinavos y de*

los viajes que con este objeto emprendieron desde el siglo X al XIV. ¡Con tanto pulso y detenimiento se iban abriendo las zanjas para el majestuoso edificio de las *Antigüedades Americanas!* Tampoco se debe dejar en olvido el periódico publicado por la Sociedad con el título de Tidsskrift, for Oldkyndighed (Colección de memorias sobre los objetos de antigüedades del Norte), del cual habían ya salido dos tomos llenos de interesantes y raros trabajos de todo género.

En el acta de la sesión anual de 1835 constan publicados durante el año anterior:

Fornmanna Sogur, vol. IX.

Oldnordiske Sagaer, vol. IX.

Obras que contienen en texto islandés y traducción dinamarquesa las sagas de los reyes de Noruega desde 1284 hasta 1340. Igualmente constan una porción considerable de resultados conseguidos en las excavaciones hechas en Groelandia. La impresión de la obra sobre los monumentos históricos de este país y sobre el descubrimiento de América por los antiguos Escandinavos, se continuaba con calor.

En la sesión anual de Enero de 1836, el presidente M. Schlegel da cuenta de haber salido á luz las siguientes obras:

Fornmanna Sogur, vol. X.

Oldnordiske Sagaer, vol. X.

Scripta histórica Islandorum, vol. VI.

Los dos primeros volúmenes contienen el período de 1240 á 1274, que termina la serie de las sagas de los reyes de Noruega comenzada en esta obra. El volumen tercero comprende las sagas de los mismos desde 1035 hasta 1093.

Entre las memorias y disertaciones con que la sociedad ha ilustrado el año de 1835 la antigua historia del Norte, ha llamado muy particularmente nuestra atención el *Tratado sobre las relaciones amistosas de los antiguos Escandinavos con la península Ibérica,* del señor E. C. Werlauff. Esto, según observa muy acertadamente el señor Navarrete en

el discurso pronunciado en la Academia de la Historia en Noviembre de 1840, «confirma la noticia de que posteriormente en el siglo XIV, según los documentos insertos en la *Historia de Rusia* de Karamsin, ya los atrevidos navegantes de Vizcaya y Guipúzcoa penetraban hasta los últimos senos del Mar Negro.» El abandono en que yacen entre nosotros los estudios históricos, cuando en toda la Europa se desentierran con ansia los escombros de la más remota antigüedad para reconstruir la verdadera historia, y deshacer las nieblas que cubren su infancia, es un cargo grave que se nos puede hacer no sin fundamento. Ningún esfuerzo que tienda á poner de manifiesto entre las naciones antiguos vínculos de amistad ó de común origen, debe tenerse por perdido en una época en que la natural dirección de las ideas acerca los pueblos unos á otros. Sería muy de alabar por lo mismo que nuestros eruditos, sobre todo, los de las provincias del Norte registrasen con diligencia los archivos públicos y particulares á fin de seguir el camino trazado por los ilustres miembros de la Sociedad de Anticuarios que guía á descubrimientos tan nobles como útiles.

El acta de la sesión anual de 1837 manifiesta haberse publicado:

Fornmanna Sogur, vol. XII.

Oldnordiske Sagaer, vol. XII.

Scripta histórica Islandorum, vol. VIII.

Con los dos primeros volúmenes concluye el texto islandés y la traducción dinamarquesa de la primera serie de las sagas históricas que contienen los sucesos ocurridos fuera de Islandia, con estudios cronológicos y geográficos, con un registro analítico, una redacción en prosa de los poemas ó cantos esparcidos por todas las sagas y un vocabulario de las palabras más desusadas. El último volumen contiene la historia de los reyes de Noruega en latín desde 1093 hasta 1184.

También da cuenta esta acta de la eficaz cooperación que ha prestado á los trabajos arqueológicos relativos á la

obra sobre el descubrimiento de América por los Escandinavos, la comisión nombrada por la Sociedad histórica de Rhode-Island en los Estados-Unidos, prueba incontestable cuanto consoladora de la fraternidad y franca correspondencia que existen entre las corporaciones literarias y científicas y que tan risueño porvenir asegura á la causa de la civilización y de las luces.

Ni merecen menos alabanza las pesquisas y diligencias arqueológicas que en el mismo año llevaron á cabo en Groelandia los misioneros y empleados del gobierno, y que la sociedad tenía en mucho para *los Monumentos históricos* de este país.

Por fin estas dos obras tan deseadas en el mundo literario, particularmente la primera, aparecieron en 1837, según lo atestigua el acta del siguiente año.

La primera titulada *Antiquitates Americanae sive Scriptores Septentrionales Rerum Ante Columbianarum in America*, que es una colección de antiguos manuscritos escandinavos que contienen la fuente de la historia de América antes de Colón, ha sido publicada por el caballero Rafn enriquecida con gran copia de introducciones, citas confrontadas, noticias críticas, filológicas é históricas y averiguaciones arqueológicas y geográficas. De sus trabajos y observaciones se deduce que Biarne Heriulfsón descubrió las playas americanas en 986, y que después á principios del siglo XI las visitaron en diversas ocasiones Leif y Thorvaldo, hijos de Erick el Rojo y Thorfinn Karlsefne y otros que probablemente fundaron establecimientos en ellas.

Como es muy posible que en toda España no se encuentre más ejemplar de esta obra que el que recientemente ha llegado á la Academia de la Historia, creemos conveniente insertar á continuación sus capítulos, porque de esta manera se vendrá en conocimiento de su plan y dimensiones.

I. Introducción con una disertación adjunta sobre la fecha y la autenticidad de los antiguos manuscritos que tratan de la historia de América anterior á Colón.

II. Saga de Erick el Rojo, ó relación histórica de Erick el Rojo y de los Groelandeses.

III. Saga de Thorfinn Karlsefne y de Snorre Thorbransón con algunas adiciones sacadas de la saga titulada Landnamabok, de las sagas de los reyes de Noruega, escritas por Snorre Sturlason y de las de Olao Triggvason y de Eyrbyggia.

IV. Del primer descubrimiento de Islandia y de los cenobitas llamados *Papais* que habían vivido en ella.

V. De los primeros establecimientos de Groelandia y de la ocupación anterior de este país por los Esquimales.

VI. De la navegación de Aro Marsón á Hvitramannaland ó á Irland it mikla y de su residencia en el país.

VII. De Biorn Asbrandson, llamado Breidoikingakappe.

VIII. De Gudleit Gudlaugson.

IX. Extractos de los anales islandeses, á saber: del viaje hecho á Vinland *(tierra de viñedo)* en el año de 1112 por Erick, obispo de Groelandia; del viaje de los hermanos Adalbrando y Thorvaldo hijos de Helge, y sacerdotes de Islandia el año de 1285, y de un viaje á Markland en 1347.

X. De la residencia de los Groelandeses en los países boreales, llamados Greipar y Kroksfiardarheidi.

XI. Extractos de las antiguas obras geográficas islandesas: *a*, compendio de la geografía del siglo XII y XIII en que están indicados los principales países de Asia, Africa, Europa y aun América con un facsímile completo: *b*, fragmentos de una geografía más circunstanciada: *c*, Gripla, colección geográfica: *d*, Chorografía antigua de Groelandia: *e*, descripción de Groelandia por Ivar Fardson.

XII. Un poema en lengua de las Islas de Ferroe en que se trata del Vinland.

XIII. Mención del Vinland hecha por Adán de Brema, escritor del siglo XI, documento copiado de un códice en pergamino, perteneciente á la biblioteca de la Corte de Viena.

XIV. Descripción de varios monumentos antiguos de Groelandia.

XV. Descripción de monumentos antiguos hallados en el Massachusetts y Rhode Island según los datos y relaciones suministrados por el doctor Webb en Providence con los diseños de mano del señor Jhon R. Barlett de New-York.

XVI. Indagaciones geográficas *a*, observaciones sobre la Islandia y Groelandia, sobre la costa oriental y occidental, y sobre los *Nordsetur* del último país: *b*, sobre los descubrimientos hechos en las regiones de América: *c*, sobre el descubrimiento del litoral oriental de América, señalado con los nombres de Helluland, de Markland y de Vinland: *d*, sobre el descubrimiento de los países meridionales: *e*, sobre la situación del país descubierto por Adalbrando y Thorvaldo: *f*, sobre las relaciones seguidas con los países americanos durante los siglos inmediatos al primer descubrimiento.

Concluye la obra con un resumen cronológico, un registro de nombres, otro geográfico, una lista de materias, y varios árboles genealógicos de los primeros descubridores de América.

Pasando ahora á su parte material, debemos decir que aun el más descontentadizo quedaría sin duda satisfecho á vista del hermoso papel, del claro carácter de letra, de los grabados, de un acabado precioso de los mapas, y por último, de los facsímiles en que se ve el polvo y el color de los manuscritos. *Los Monumentos Históricos de Groelandia* están redactados con la misma erudición, pero su interés no es de tanta trascendencia y generalidad como el de las Antigüedades Americanas.

Cuanto haya sido el entusiasmo que excitaron éstas en la Europa culta, y sobre todo en los Estados-Unidos nos lo da á entender el acta de la sesión anual de 1839. Por ella sabemos que en Massachusetts, en Providence y en New-York se habían formado cursos de esta obra, y que las alabanzas de la prensa periódica habían sido tan numerosas como unánimes. Además de esto, la disertación del caballero Rafn sobre el descubrimiento de América por los Escandinavos, se vió tarducida en muy corto espacio de

tiempo en inglés, francés, alemán, holandés y polaco; señal evidente del sumo aprecio con que los sabios de todos los países acogían esta clase de publicaciones.

En 1839 la Sociedad de Anticuarios continuaba sus interesantísimos trabajos con la gran serie de *Islendinga Sogur* ó sagas, que tratan especialmente de Islandia, y para ello había nombrado una *Comisión para la antigua geografía de Islandia*, compuesta de personas de conocido saber. Su conducta desinteresada y generosa; la viva solicitud con que por todas partes procura anudar vínculos de estrecha correspondencia con todos los cuerpos literarios y científicos extranjeros, y la protección especial de su soberano y de otros potentados del Norte la ponen en proporción de ensanchar cada día más los dominios de la historia y de la crítica. En medio de la política embozada y tortuosa de los gobiernos, sirve de consuelo no pequeño el ver la franca comunicación de las corporaciones sabias entre sí, que allanando el camino á la marcha de las ideas, preparan sin duda para el porvenir gérmenes desconocidos de paz y de ventura. Por nuestra parte nos complacemos en ver la buena armonía que la Academia de la Historia mantiene con los ilustres anticuarios del Norte, armonía de que son buena prueba las atentísimas cartas que su digno presidente ha tenido la bondad de enseñarnos.

Por no extender demasiado los límites de este artículo, no hemos dado cuenta de las importantes Memorias y disertaciones que la Sociedad ha publicado en sus anales y colecciones, y que abrazan infinitos puntos, así de arqueología como de historia, dignos de la atención de toda persona ilustrada; pero solo daríamos una idea muy imperfecta de la protección que merecen allí estos estudios, si no hablásemos del enriquecimiento progresivo del *Museo de Antigüedades del Norte*, y del aumento de fondos de la Sociedad. El primero ha adquirido desde 1831 hasta 1838, 2857 números ú objetos diferentes; y los segundos, de 12500 rudales que componen la cotización de 1833, habían subido en 1839 á 26000 risdales.

La protección especial que el rey de Dinamarca dispensa á esta corporación, hace infinito honor á su corazón y á su talento. Los viajes y expediciones que de su orden se emprenden, prueban á las claras el vivo interés que se toma en los adelantos é instrucción de su pueblo, y en el cultivo de la planta de su nacionalidad. ¡Quiera Dios que nuestro gobierno se vea pronto en el caso de atender á estas urgentes necesidades, y que entonces no se le entibie la voluntad! Pero ya que los apuros del erario le aten las manos para enviar al extranjero alguna persona de luces y aplicación que traiga á su país todas las ideas y descubrimientos útiles, por lo menos adquiera para la biblioteca nacional, para la desamparada y manca biblioteca nacional, las obras que como las Antigüedades Americanas en cuanto ven la luz absorben la atención de la Europa culta, y de las cuales, sin embargo, solo por casualidad ó de un modo harto indirecto, tenemos aquí noticia. Este es un gasto insignificante y mezquino, y de todas maneras inferior á las ventajas que proporciona, sin las cuales eternamente permaneceremos rezagados del movimiento intelectual del mundo.

DE LA LITERATURA

Y DE LOS LITERATOS DE LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA, POR EUGENIO A. VAIL (*).

Tal es el papel que en el teatro del mundo culto representan ya los Estados-Unidos de América, tal su importancia probable en la marcha futura de la civilización, tal la influencia que sus instituciones han ejercido en la revolución de nuestros antiguos dominios, y tantos y tan estrechos finalmente los vínculos que los unen con nuestras colonias, que no deberá tenerse por ajeno de nuestras tareas periodísticas el que procuremos dar idea al público de su literatura. Ciertamente es digno de fijar la atención de todo hombre reflexivo cuanto pertenezca á una nación, que no hace un siglo todavía peleaba por su independencia, y ya en el día se ha elevado en poder y riqueza al nivel de las antiguas naciones europeas, y con el desmesurado desarrollo de sus vastos recursos no está quizá muy lejos de conquistar una iniciativa industrial por lo menos, superior y no poco á la del mundo antiguo. Desde 1790 hasta 1826 (épocas cuyo cuadro comparativo trazado por mano del ilustre Chateaubriand tenemos á la vista) ha sido verdaderamente milagroso el engrandecimiento de esta naciente república. Caminos, canales, barcos de vapor, fábricas de todas clases ayudadas de este poderoso agente se han multiplicado como por encanto, y todos los primores

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 12.ª entrega.

del lujo, todos los goces de la más adelantada cultura, han venido en seguida del inmenso movimiento comercial agrícola y fabril que presentan todos los ámbitos de la nación. Territorios entonces salvajes y donde solo se podía llegar con seguridad acompañado de guías ó agregado á alguna tribu de indios, se hallan surcados en el día por infinitos y excelentes caminos, sus inmensos lagos y extensos canales cruzados en todas direcciones por barcos de todas clases y tamaños, y sus puertos concurridos y llenos de animación y vida. En 1790 solo había setenta y cinco estafetas en todos los Estados de la Unión: en 1826 llegaban á seis mil. En 1790 la población estaba reducida á 3.909,326 habitantes: en 1830 había ascendido á 12.000,000, doblándose cada veinticinco años. Y finalmente las rentas de la nación que durante la guerra de su independencia no pudo ofrecer al ilustre Lafayette un barco en que pasar los mares en su ayuda, se habían elevado en 1821 á 12.264,000 pesos, de los cuales deducidos gastos habían quedado á disposición del gobierno 3.334,826.—Cuánto haya sido su desarrollo desde esta última fecha hasta el día, mejor que nosotros lo dirán la infinidad de barcos de vapor que se cruzan entre América y Europa, y el incremento cada vez mayor de las gigantescas empresas comerciales, que sin cesar se organizan y activan en ambos mundos.

No sin objeto, ni separándonos de nuestro propósito, hemos presentado esta breve reseña que algunos calificarán de ociosa y ajena del asunto que nos ocupa. Por nuestra parte hemos querido dar una idea fundamental, si bien concisa, de una nación cuyas principales tendencias literarias hemos tomado á nuestro cargo señalar; porque según más de una vez hemos manifestado, juzgamos imposible elevarnos á un criterio filosófico y trascendental en literatura, sin conocer antes la sociedad y la época que en ella se pinta y retrata. Así que no sin motivo hemos descrito los resultados principales de los usos, costumbres y necesidades físicas y morales de este país, pues de ella se deducía un hecho luminoso capaz por sí solo de fijar la cues-

tión: á saber, que sus esfuerzos se encaminaban casi exclusivamente á la conquista del mundo material y al aumento indefinido de la producción.

Natural consecuencia es esta de su historia, de su situación geográfica, y de la índole de sus habitantes primitivos. Cuando huyendo de las persecuciones religiosas de Inglaterra, aportaron los primeros colonos (*) á las playas americanas, su primero y único cuidado hubo de ser el de su conservación y defensa; y sus fuerzas físicas y morales, ni tuvieron ni pudieron tener otro empleo que el desmontar bosques, levantar poblaciones y rechazar los ataques de las bestias feroces y de los no menos feroces indios. Por otra parte si aun en el día, según la bella expresión de Chateaubriand, «la América habita todavía la soledad», natural y aun preciso era que en su soledad inmensa y solemne los primeros pobladores buscasen todo el ensanche de comodidades y bienestar, que solo una laboriosidad infatigable podía proporcionarles. Y finalmente, el carácter adusto, triste y severo de aquellos puritanos que miraban como culpable frivolidad los placeres de la imaginación, forzosamente había de convertir á un centro común de utilidad inmediata todos los instintos de la época.

Causas tan arraigadas y que bajo ciertos aspectos todavía deben echar no menos hondas raíces en la situación presente de aquella sociedad, mal pueden desaparecer ó neutralizarse en el corto período de vida que hasta ahora cuenta. Pero ¿qué puede resultar para la literatura del juicio y criterio de un país en donde la conciencia pública condena como una perjudicial anomalía el ocio material indispensable para la vida contemplativa y para las especulaciones intelectuales, fuentes de los pensamientos más grandes y humanitarios, y de los sentimientos más hondos y generales que mueven el mundo. Resultará de seguro un cultivo cuidadoso y esmerado de las ciencias y estudios que

---

(*) 1622.

se encaminen á la razón fría y severa y lleven en sí gérmenes de utilidad palpable; como también de los conocimientos que comprenden las relaciones exteriores del mundo material y guían á su dominación y conquista. Esto vendrá á resultar en el orden de las ideas, porque si se atiende á las costumbres, la austera honradez y la acrisolada probidad no bastarán á prestar al pueblo aquel colorido poético y animado que no menos busca el filósofo que el entusiasta, y que tan eficazmente se une al instinto de la nacionalidad para asegurarlo y robustecerlo. En resumen, la literatura vulgarmente llamada amena, hija del sentimiento ó de la imaginación principalmente, se puede asegurar que en los Estados-Unidos es cuestión más de pasatiempo que de conciencia, y más de agrado que no de ocupación. Por el siguiente resumen de las obras publicadas en 1834, se verá cuán fundada va nuestra opinión. Están divididas y clasificadas de esta suerte,

Educación	73
Religión	37
Cuentos y novelas	19
Historia y Biografía	19
Jurisprudencia	20
Poesía	8
Bellas Artes	8
Asuntos diversos	49

Por manera que de 251 obras, 216 confirman la tendencia general de los espíritus hacia las cosas útiles y serias.

Otro hecho no menos notable queremos apuntar que es el periodismo. En 1700 solo se publicaban cuatro periódicos en todas las colonias; pero en el día han llegado á mil quinientos que sin cesar dan á luz cien millones de ejemplares. Este síntoma de ilustración y cultura que tanto honor hace á los anglo-americanos, descubre á las claras la preponderancia exclusiva del trabajo en sus opiniones y cos-

tumbres, pues no pudiendo dar empleo á la actividad de su espíritu en obras latas y profundas, tienen que acudir á esta especie de cifra y abreviatura más ó menos cabal y exacta del movimiento social. Semejante inundación de escritos no solo sirve de órgano á los intereses comerciales y políticos, sino también á los estudios y trabajos de todos géneros, que sin cesar le prestan grande y sustancioso alimento. Pero esto que proporciona la inapreciable ventaja de ofrecer á toda clase de tareas pronta y fácil salida, no por eso deja de tener sus inconvenientes en el orden trascendental de las ideas, pues demasiado se sabe que la prensa periódica suele llevar en su mayor parte la bandera de la especulación mercantil, y que en general desecha todos aquellos trabajos que no están en armonía con el espíritu de los lectores por frívolo ó mezquino que sea. Cuanto daña semejante espíritu á las obras de verdadera inspiración y conciencia, ello mismo lo está diciendo, pues sujetar el genio á una determinada medida y acompasado movimiento, es lo mismo que señalar al Occéano los días de tempestad y de calma. En las grandes cuestiones literarias y científicas la prensa periódica en general, y sobre todo la diaria nos parece muy semejante á la litografía en las artes del dibujo, pues si una y otra contribuyen á vulgarizar y difundir las creaciones que honran á su época, ambas les desquitan en verdad y fondo lo que les dan á ganar en generalidad y superficie.

Examinemos ahora la cuestión por otro lado. ¿Es posible una literatura común, nacional é indígena en un pueblo en que la más absoluta independencia individual precedió ya á la época de su existencia política; en que la población se deriva de diferentes orígenes y abriga distintas creencias religiosas; en que los diversos intereses mercantiles están ya en una inmensa complicación; y que finalmente ni tiene pasado, ni las tradicciones que de él fluyen y manan? ¿Será posible, decimos, á la América del Norte producir ni ahora, ni en mucho tiempo una obra que sea la expresión concreta y cabal de sus deseos, tendencias, esperanzas y

temores; una obra semejante á la *Divina Comedia*, á nuestro teatro antiguo ó al teatro de Shakspeare, al *Quijote* de Cervantes ó á las tareas de Voltaire? Creemos que no. Para esto era preciso que su organización fuese más compacta y homogénea y que la clave de su asociación no estribase principalmente en la severidad de las costumbres y en la comunión de los intereses, sino en la identidad de creencias, en la mancomunidad de sentimientos y en la analogía de origen. Era preciso que el espíritu guiase á la materia y no que la materia sujetase al espíritu; era preciso que los ecos de lo pasado se uniesen á los presentimientos de lo venidero, y finalmente era preciso que los Estados-Unidos no pudiesen compararse con razón á la estatua convertida en mujer á ruegos del artista (*), que sin reminiscencias de la infancia y de las dulzuras del hogar doméstico, se parecía á un fruto madurado en estufa, pálido en sus matices y poco sabroso al paladar.

Si todas estas deducciones no fuesen lógicas y naturales la obra de Eugenio A. Vail que dejamos mencionada, las confirmaría y daría el vigor que les faltase, pues en ella vienen confesados todos los cargos que se le hacen, si cargos pueden llamarse los que no son sino necesarias consecuencias de tiempo y de lugar; circunstancia de que la crítica no puede desentenderse sin faltar á su índole y destino. El libro en cuestión no nos parece por cierto una obra maestra de madurez y detenido examen, ni en él encontramos aquel espíritu investigador y profundo, propio de este siglo analítico; pero encierra con buen plan y acertadas proporciones una noticia amena de todas las publicaciones más notables que han visto la luz en los Estados-Unidos, á contar desde sus primeros pobladores hasta nuestros días, con un breve resumen de sus principales dotes, y muestras además de su estilo. Si no se le puede calificar de estudio severo de crítica, es por lo menos una excelente re-

---

(*) Véase *El Ultimo Banquete de los Girondinos* de Carlos Nodier.

vista bibliográfica; y de todas maneras arroja bastante luz sobre el carácter general de la literatura americana.

Dejamos dicho que las obras que se encaminaban á ilustrar y robustecer la razón, eran las que mayor prosperidad y cultivo debían alcanzar en un país donde se procura reducir á la práctica cuanto comprenden los límites de la teórica. Por eso los estudios históricos que tantas lecciones útiles encierran, y que con acciones y ejemplos vivos influyen sobre lo presente y preparan lo venidero, merecen en la América del Norte tan distinguido lugar. Pocos pueblos podrán presentar en tan corto espacio una lista tan larga de historiadores llenos de mérito: ninguno quizá ha manifestado desde el principio en sus trabajos tan laudable elevación moral, tanta imparcialidad y justicia. Libres de los odios que han dividido á las naciones europeas, ajenos á los intereses y rivalidades que tanto han envenenado sus antipatías, los historiadores anglo-americanos, no solo han recorrido con fruto el terreno de la historia patria, sino que han pasado también á la historia extranjera con grandes frutos y esperanzas de otros más abundantes y maduros. Al lado de Jefferson, John, Adams, Sparks, Pitkin, Cooper y otros varios, que por su espíritu liberal cuanto grave y trascendente han sabido ilustrar los anales de su país, se encuentran Prescott y Wáshington Irving, historiador el primero tan exacto y desapasionado de los Reyes Católicos, como hábil colorista el segundo (*) de la gran empresa de Colón. El espíritu de discusión y libre examen que reina en los Estados-Unidos, favorece en gran manera este linaje de estudios, cuyo elemento es la verdad en su mayor pureza; y como por otra parte no les alcanzan los motivos de disensión de las naciones extrañas, ni en el curso de su vida propia tienen injusticias que ocultar, en

(*) La expresión de *colorista* está empleada aquí de intento, pues cualquiera que lea la *Colección de Viajes* del señor Fernández de Navarrete, se convencerá de que en la relación de Wáshington Irving nada hay que le pertenezca sino el colorido de su bello estilo.

ninguna parte debe resplandecer más la verdad histórica que entre ellos.

Sin embargo, mucho distan todavía en nuestro entender de los historiadores europeos. ¿Dónde esta la pasmosa erudición de los alemanes, la profundidad de los ingleses, la brillantez de los franceses y la sagacidad de los italianos? ¿Qué hombres pueden poner al nivel de Nieburh, de Gibbón, de Voltaire, Thiers, Guizot y Maquiavelo?

Pues si de las regiones de la historia pasamos á las de la política y ciencia gubernativa, ciencia que entre ellos absorbe la primera y principal atención, hallaremos no menos notables diferencias. Verdad es que los complicados resortes de su gobierno tienen su más segura fianza y salvaguardia en la severidad y pureza de costumbres, que suplen la innecesaria insuficiencia de las leyes en determinados casos. Es cosa cierta también que acordes en cuanto á la esencia de su principio político y social, y partidarios á todo trance de la regularidad y del orden, todas sus tareas y proyectos descubren juicio sólido y prudencia consumada: pero en cambio no lo es menos que sus teorías de gobierno giran en una órbita muy reducida, y que su tendencia estéril en cuanto á las futuras vicisitudes de la humanidad, llegaría á ser perjudicial, si no tuviera por escudo la moral pública. Tampoco cabe duda en que la extraordinaria colisión de principios y sistemas que trabajan á la Europa, en medio de la zozobra y dudas que amontona sobre lo presente, abre camino para lo porvenir, y que nunca es perdido cualquier esfuerzo que se dirija á acercarnos á aquellos sentimientos y verdades eternas, únicos que pueden guiar al hombre y hacerle mejor y más perfecto en todas las fases de su vida. Los trabajos de Jefferson, de Morris, de John Quincy Adams, y los demás que cita Vail en su obra, no admiten sino un desventajoso paralelo con las teorías constitucionales de Benjamín Constant, de Rossi, del malogrado Carrel, de Bonald y otros muchos; y en cuanto á tendencias más trascendentales y humanitarias, cuando en Europa han aparecido casi simultáneamente

San Simón, Carlos Fourrier y Roberto Owen, ni una chispa que sepamos ha prendido en América de estos nobles y ardientes principios. Bien al contrario el establecimiento de New-Harmony, que el último de estos filósofos fundó en ella, excitó en el país más curiosidad que entusiasmo.

Cuanto dejamos dicho acerca de la política, pudiéramos decir igualmente de la economía política, porque una ley análoga parece regular sus movimientos. Si hemos de juzgar por la incompleta noticia que nos da Vail de la obra de Tomás Cooper sobre esta ciencia que apareció en 1826, eran desconocidos, y cuando no, menos estimados de lo justo los luminosos descubrimientos hechos en estas materias por las escuelas socialistas acerca del espíritu de asociación aplicado al trabajo y á todos los medios de la producción. Adelantos hay sin duda en la obra de Cooper sobre las teorías de Adam Smith, de Say y de los enciclopedistas, como no puede menos de haberlos cuando el vapor va trastornando casi todas las antiguas relaciones físicas: pero todavía se nos figura muy distante de los admirables sistemas de Fourrier y de Owen.

Un cuadro comparativo de la literatura americana con la europea, no puede entrar en los límites de nuestro artículo. Si nos hemos extendido un poco al hablar de la historia y de la política, hemos llevado por objeto corroborar la aserción arriba sentada de que los estudios serios tenían allí una marcada preponderancia. Fuera de esto, ni la ciencia del derecho con su complicadísima legislación, ni las ciencias naturales, ni la religión, pueden caminar al mismo paso que los adelantos europeos. Nada diremos de la filosofía especulativa y trascendente, porque su inferioridad es harto palpable en este punto.

Un ramo hay, sin embargo, que solo entre esta clase de conocimientos se puede poner, y que nos parece superiormente entendido y manejado, cual es el género elemental. Las obras de educación han merecido en los Estados-Unidos una predilección tan particular, que el solo hecho de su exportación á Inglaterra bastaría para demostrar

su importancia y valor real. Las buenas costumbres naturalmente tienen que cimentarse en la solidez de la primera enseñanza, y por una feliz coincidencia la delicadeza femenil ha derramado sobre esta parte de la vida flores que no se debían esperar de la sequedad de su política y movimiento mercantil. Los escritos de Mrs. Sigourney y Miss Hannah Adams, tienen un blando perfume de benevolencia y de dulzura, que no puede menos de embalsamar el corazón de la niñez con sentimientos puros y apacibles. En este importantísimo punto creemos que los anglo-americanos están cuando menos al nivel de las más ilustradas naciones de Europa.

Pasemos ya á lo que generalmente se conoce con el nombre de amena literatura, por serio y profundo que á veces sea su carácter. La de los Estados-Unidos hasta ahora no puede tener más sello que el individualismo, pues ni hay ni puede haber un símbolo común de sentimiento, que represente todas sus simpatías y creencias; pero dejando aparte esta grave falta que en la actualidad alcanza á la mayor parte de las literaturas, preciso es confesar que ya en el día cuentan algunas joyas de precio, y que su porvenir las promete más brillantes todavía. No hablaremos de su teatro, que descolorido en su fisonomía é incierto hasta ahora en su marcha, parece que no ha acertado aún con su verdadero camino. El género descriptivo que tan en armonía está con las grandes escenas de la naturaleza en aquellos países y con las navegaciones, viajes y género de vida de sus habitantes, es el que aparece dotado de más energía y vitalidad. Realzado por el sentimiento moral y por la dirección que la religión cristiana imprime á los espíritus hacia lo infinito, en todas las novelas, relaciones de viajes, impresiones y bosquejos de cualquier género encuentra la imaginación campos en que espaciarse. Wáshington Irving es bastante conocido para que hablemos de él despacio; pero las escenas y aventuras de la vida marítima han recibido de la pluma de Fenimore Cooper tan vario y extremado color y tan original fisonomía que con ra-

zón se le puede tener por el inventor y padre de este género literario. El *Pirata*, el *Corsario Encarnado*, el *Piloto* y la mayor parte de sus obras, son un título de gloria y orgullo para su país, y por su verdad, sencillez y buen gusto se citarán siempre como modelos de buena narración y vivo interés. En los términos del Océano no encontramos ningún escritor que le iguale. No menos talento y galas descriptivas ha desplegado en las escenas de sus *Plantadores*, donde tan al vivo pinta los bosques del Nuevo-Mundo, sus habitantes indígenas, y el sublime espectáculo de su solitaria y agreste naturaleza. Nada tiene de extraño esta fácil transición, porque la fuente del sentimiento es una, y cualquiera que sea la tierra que riegue, la llenará de flores.

Los nombres de Brown, Bird, Fay, de Miss Francis, Miss Sedgewick, y Mrs. Harrison Smith, han ilustrado la novela americana. No es este el lugar propio para el análisis de sus obras, pero no queremos pasar adelante sin llamar la atención del público sobre el carácter que distingue las creaciones de las escritoras de los Estados-Unidos. En todas partes es don de la mujer una sensibilidad más delicada y una exquisita ternura; pero en este país, donde son las únicas depositarias de los suaves afectos del hogar doméstico, estas disposiciones parecen crecer y aumentarse en proporción del fondo adusto y severo de las costumbres exteriores. El cuadro que M. Vail copia en su libro de una de las novelas de Miss Francis sobre la muerte de una desdichada joven, herida en lo más profundo de sus afectos, tiene un colorido tal de melancolía y de pasión, que es imposible cerrar el corazón á las tristísimas emociones que despierta. Seguramente las mujeres están destinadas á influir poderosamente en los destinos futuros de América, pues la educación ya ha recibido de ellas considerables mejoras, y el sentimiento que tan propio es de su organización y afectos, irá ganando terreno á medida que los intereses materiales vayan reduciéndose á sus justos y naturales límites.

Cuanto dejamos apuntado acerca de la índole filosófica

de la novela, puede igualmente aplicarse á su poesía, que también descuella por el lado descriptivo. Sin embargo, nos abstendremos de emitir sobre ella ningún juicio razonado, porque no podemos analizar debidamente su forma (*).

Las cualidades que más distinguen todas estas obras de imaginación, son un estilo severo y correcto en general, una dicción clásica y pura, y gran elevación en los principios morales. Con todo, riquezas son estas escasas, si se han de comparar con los tesoros, que en este género han legado los siglos á la Europa, y que en nuestros días se han renovado y crecido. Como novelistas solo Cooper es el que puede admitir paralelo con Walter Scott en su género respectivo; como pintor de sentimiento ninguno llega á las brillantes dotes de Chateaubriand, y como poetas, Byron y Tomás Moore, Beranger y Manzoni eclipsarían á todos los vates americanos.

En resumen, el árbol de la literatura no se ha aclimatado aún lo bastante en los países americanos para vivir con vida propia y brindar dulces y sazonados frutos. Por ahora ningún literato ni filósofo puede ser su representante: su representante verdadero es Fultón, que encontró el modo de aplicar el vapor á la navegación, y fué el primero que dió impulso á la extraordinaria revolución comercial que agita casi todas las naciones del mundo. La iniciativa que sin contrariar la índole de sus costumbres y la pronunciada dirección de los espíritus debe procurarse por ahora, no es la intelectual, sino la industrial y mercantil. La América se compone de naciones nuevas que de consiguiente pertenecen por entero á lo futuro: imposible es saber la misión que les reserva la Providencia, pero á juzgar por la sucesión constante de las leyes que rigen la humanidad, su obra debe ser de libertad y de justicia. En tan

---

(*) Los poetas dramáticos que gozan de más nombradía son: Willis, Barker, Hillouse y Bird. Los líricos mucho más numerosos son Smith, Susana Rojers, Briant, Halleck, Percival, Lidia Sigourney, Legget y otros varios.

grande empresa los Estados-Unidos sin duda están destinados á enarbolar la bandera, y en esta noble esperanza, en este generoso presentimiento deberán encontrar compensación abundante á las ventajas que en otros ramos del genio les llevan naciones más antiguas que ellos en la carrera de la vida, pero que tal vez no tienen derecho á esperar su brillante porvenir.

BOSQUEJOS DE ESPAÑA

(SKETCHES IN SPAIN)

POR EL CAPITÁN S. E. COOK DE LA MARINA REAL INGLESA.

I (*).

Aunque la importancia de los viajes está fuera de toda duda, pues sabido es que pocas cosas, tal vez ninguna, maduran más el entendimiento y fortifican el juicio, para nadie deben tener más precio que para los países mismos, que son objeto de esta clase de investigaciones. Las preocupaciones de la educación, el ascendiente irresistible de la costumbre, los recuerdos más dulces de la vida, y por último, el amor á la patria, que suele ser, si no la más ardiente, por lo menos la más duradera de las pasiones, contribuyen á cegar nuestros ojos y forman en derredor de nosotros una atmósfera moral, si así puede llamarse, que no por invisible deja de influir poderosamente en nuestras ideas. Por eso es tan instructiva la comparación entre nuestras impresiones y las de otras personas cuyo criterio no ha sufrido las mismas modificaciones desde luego: por eso semejantes análisis y observaciones suelen ser camino derecho de la verdad y fianza segura de progreso, y por eso, finalmente, una de las esperanzas más firmes que puede abrigar nuestro corazón, es la de que la comunicación continua entre

---

(*) Publicado en *El Laberinto* en Marzo de 1844.

las diversas familias del linaje humano acabará por establecer, si no las relaciones de amor del Evangelio, por lo menos aquella tolerancia y benevolencia que tanto adelantan la causa de la civilización universal.

Era máxima del célebre Bacon de Verulamio, que el saber somero solía ser causa de irreligión, mientras el profundo nos llevaba á Dios, su manantial inagotable y puro. Una cosa bastante parecida se puede decir de los viajes. El que visita un país con un sistema de antemano formado, en posta ó por las huellas de otros viajeros no menos presurosos y superficiales, sobre todo cuando este país está marcado con el sello de una individualidad profunda y coloreado con un sin fin de matices; ese no solo contribuirá poco á rectificar sus ideas y dar solidez á su juicio, sino que sus observaciones serán un funesto presente á quien las leyere y causa suficiente de conservar vivas y chorreando sangre las antipatías y pretensiones, no siempre fundadas, de las naciones entre sí.

Por el contrario, el viajero que al recorrer una comarca hace abstracción de sus recuerdos y discursos anteriores, que juzga las cosas en su valor intrínseco desnudas de las convenciones sociales, y sin referirlas sino á aquellas ideas eternas, fijas é invariables en que se funda la esencia de lo bueno, lo verdadero y lo bello; el que lleve, en suma por guía en sus indagaciones la imparcialidad del filósofo y la benevolencia que por lo común suele servir de fondo á la verdadera ilustración, ese será eficacísimo obrero en la tarea de la reconciliación universal; y campeón esforzado en la gran batalla del error y la verdad.

Por desgracia de nuestra hermosa España (y no es por cierto la menor de las suyas) rarísima vez la acontece abrigar en su seno á quien no se complazca en abrir en él heridas más ó menos profundas, y no se empeñe en hacerle expiar, ya con el aguijón del sarcasmo, ya con las venenosas armas de la calumnia, lo poco que le queda de su grandeza pasada. Tarea tan triste como indigna, y á la cual para desdicha nuestra y mengua y baldón del siglo en que

vivimos han contribuído nombres de los más ilustres. El coronel Napier y los lores Londonderry y Aberdeen se han empeñado en deslucir nuestra gloriosa guerra de la Independencia, no de otra suerte que si la ignominia de la nación española fuese digno pedestal á la grandeza del duque de Wellington, su ídolo y patrono. Chateaubriand, como para descontar superabundantemente los interesados elogios que en el *Ultimo Abencerraje* hacía del carácter español con una intención puramente política, y mientras duraban los heróicos esfuerzos contra Napoleón, ha acumulado los errores más torpes y groseros sobre nuestra índole y costumbres en el *Congreso de Verona*. Jorge Sand ha dicho del pueblo Balear, que serían capaces de comerse unos á otros, y por último, Teophile Gautier ha venido el postrero á regalar á la prensa francesa y á la Europa culta esa sarta de disparates y sandeces, que tantas veces han hecho asomar la sonrisa de la compasión y del desprecio á los labios de las pocas personas que del lado de acá de los Pirineos se han tomado el trabajo de leerlos.

De los más tenemos razón para quejarnos, pero nuestros vecinos traspirenáicos de tal manera han traspasado más de una vez la raya de la racionalidad y verosimilitud, que sus mismas exageraciones han servido de correctivo y contraveneno á la desventajosa opinión que de nosotros pudiera formarse, si la gente pensadora de otros países hubiera de atenerse á sus peregrinas invenciones. Conocida es la conciencia de sus opiniones, la modestia de su carácter, la sencillez de su estilo, las penalidades á que se sujetan solo por amor á la verdad, y por último, su indiferencia hacia el efecto que puedan producir, para que sus aseveraciones tengan siquiera el peso de la probidad. Con sentimiento lo decimos, pero hasta ahora no ha llegado á nuestras manos obra alguna francesa, sobre todo de los últimos tiempos, en que no se rinda un homenaje de ruin lisonja á las preocupaciones, que aquel pueblo ilustrado y culto, por una extraña contradicción abriga contra nosotros.

Por desgracia, las observaciones de los demás viajeros europeos, que más de una vez nos hacen justicia, rara vez llegan á indemnizarnos de las imputaciones y desvaríos de los franceses, pues sabido es qué lastimosa ignorancia reina generalmente entre nosotros sobre las demás lenguas. Estrella nuestra debe de ser sin duda que la relación y estrecha alianza con Francia, reclamada por la buena política, haya de fallarnos más de una vez, y que su literatura, sus artes, y aun su moral, distantes como el cielo de la tierra de nuestro carácter, de nuestros hábitos, de nuestros antecedentes, de rondón se nos entren por las puertas. Con cualquier otro de los pueblos europeos nos unen simpatías y concordancias más marcadas: Walter Scott y Manzoni se asemejan infinitamente más en la novela á Cervantes, que Victor Hugo, Dumas, Soulié y demás escritores franceses de este género: nuestro teatro indígena se parece harto más al de Shakspeare que al clásico de Luis XV y al desbarajustado de nuestros días; nuestro Espronceda tenía más analogías con Lord Byrón y Tomás Moore, que con ninguno de los poetas vecinos, y en prueba de lo bien que nos comprenden, los alemanes traducen palabra á palabra y verso á verso las obras de nuestro Calderón, y su entusiasmo aventaja al nuestro propio.

¿Por qué fatalidad, pues, ya que el árbol de nuestra grandeza literaria y artística ha perdido gran parte de aquella savia que antes le hacía lozano y frondoso entre todos, nos empeñamos en ingertarle con un vástago tan exótico, y desdeñamos los retoños de la misma familia?

La lectura de los *Bosquejos de España*, del capitán Cook; *la Biblia en España*, de Berow, y las *Escenas de la vida Méjico*, de la señora de Calderón de la Barca, obras todas inglesas, nos han sugerido estas reflexiones y consolidado una opinión que comenzó á formarse en nuestro entendimiento, no bien saltó los límites de la literatura francesa, presente por desgracia á sus ojos antes que las demás de Europa, y aun que la patria misma. Supuesto la mayor analogía de carácter entre la gravedad española, la serie-

dad inglesa, y la meditabunda tendencia del pueblo alemán, bien podía deducirse que sus monumentos literarios y artísticos, genuína expresión de su sentimiento íntimo, habían de estar ligados con los españoles por vínculos de parentesco próximo; pero como suele suceder con las teorías que la razón calienta en su seno, la práctica y el detallado cotejo no han hecho más sino poner á nuestros ojos de manifiesto la exactitud de la presente.

Buena prueba de ello es el libro de que nos hemos propuesto hablar en este artículo, recomendable no ya por la solidez de juicio que descubre, no ya por su estilo modesto y desnudo de pretensiones, sino por la benevolencia y nobleza que en cada página transpira, y que tan vivo contraste forma con el espíritu acre y ciegamente mordaz, alma de una gran porción de escritos de este género.

La prodigiosa cantidad de noticias que contiene, y que apenas podía figurarse nadie que cupiesen en tan breve espacio, prueban además la diligencia suma del autor, y la manera con que aprovechó su residencia de cerca de tres años en España. Largo es el camino que hemos andado desde 1829, 30 y 31, época á que se refieren las observaciones del capitán Cook; numerosas las trasformaciones políticas y sociales desde entonces experimentadas: graves, sin duda alguna, las alteraciones en las costumbres, y sin embargo, nadie dejará de conocer en estos apuntes, no solo la España que pasó, sino la España misma de nuestros días, por trocada que aparezca. Sus principales rasgos están señalados tan profunda y hábilmente, que no pueden ocultarse á nuestros ojos, y son buena muestra de la sagacidad y detenido examen del autor.

«En este libro, dice en el prólogo, se hallará un análisis de la manera de gobernar muy poco conocida fuera de España, y de la rara amalgama de los diversos brazos del gobierno: de las ramas militares y civiles de la administración: del clero, los monjes y los establecimientos eclesiásticos y sus rentas: de los usos y modales del pueblo: de los ladrones y el sistema adoptado por esta ralea de gentes: del

comercio y las rentas, con una relación de algunos curiosos modos de cobrar las contribuciones sumamente parecidos á los usados en el Oriente. También se hallará una noticia de los mármoles, vinos, caballos y minas considerados desde el punto de vista económico. Se encuentra además un bosquejo descriptivo del nacimiento, progresos, decadencia y restauración de la arquitectura con noticias de los mejores arquitectos. La escultura está también ordenada, y se da otra noticia histórica de sus progresos desde su época más temprana hasta la presente, con relación de los sitios donde se encuentran las obras más eminentes de cada autor. Iguales datos y con el mismo plan se proporcionan acerca de los pintores con un bosquejo completo de todas las escuelas en ambos ramos, en que apenas se echa de menos un miembro precioso.»

La última división de la obra trata de historia natural. «En ella se encontrará relación de los bosques de España, incluso los Pirineos, y una noticia de la natural vegetación del arbolado por todo el país, con sus zonas ó grados de elevación, y algunas especies nuevas ó poco conocidas.

»Va asimismo un breve sumario de la ornithología, y una noticia de las especies que pudo observar el autor y que no son conocidas. La conclusión contiene una idea general de la estructura geológica de la mayor parte de España, gran porción de la cual es nueva ó se conoce imperfectamente. Los capítulos sobre bosques y geología tienen planos aclaratorios para facilitar su explicación.»

Ni es esto solo lo que el autor abraza, pues en el capítulo de las relaciones con Francia, último del tomo primero, anda muy político y atinado, si bien no acierta á desprenderse enteramente en ocasiones de su tendencia puramente inglesa. Todos estos puntos están tocados con raro juicio, generalmente hablando, en dos solos volúmenes de regular extensión; cosa que parecería increíble á no advertirnos el autor «que empleó el más exquisito cuidado en condensar y concentrar; pues de lo contrario, claro está que la obra se hubiera extendido mucho, cosa que procuró evitar.»

Tan al pie de la letra se encuentra cumplida esta promesa, que habiendo de acompañarle nosotros en ocasiones, preferiremos extractarle, bien convencidos de que nuestro resumen nunca acertaría á ser tan compendioso y nutrido como el suyo. De esta suerte lograremos dar á conocer al mismo tiempo el estilo y razonamientos del capitán Cook á los lectores, que de otra suerte se verían privados de ellos, ó por no comprender el original ó por no poseerlo; y con tanta mayor razón nos determinamos á este partido, cuanto que el candor y buena fe que revelan los siguientes párrafos, y no se desmiente en toda la obra, da lugar á poquísimas rectificaciones por nuestra parte, y de esas ninguna fundamental.

El autor se ha guiado en sus averiguaciones solo por autoridades nativas ya en documentos escritos, ya en informes de viva voz, que en grande abundancia están al alcance de quien se tome tiempo para vivir con el pueblo y adquirir su lenguaje, pues es el más tratable y despejado del mundo cuando llega á entendérsele, y el más dispuesto á secundar las miras de los que procuren enterarse é instruirse entre todas las naciones de Europa que ha observado el autor sucesivamente.

«Los favores recibidos sobre este particular y durante un trato de la mayor afabilidad con que el pueblo más humano y culto puede recompensar á un extranjero, sin más mérito á sus ojos que el de juzgar imparcialmente acerca de los asuntos pertenecientes al país, son más de lo que él por su parte puede pagar, y reclamarán siempre su más vivo agradecimiento.

»Excusado es advertir que las inexactitudes de las especies que circulan sobre este país son muy grandes. Los libros más entretenidos y mejor escritos publicados últimamente pululan en errores en cuanto á los *hechos*, por más agradable que sea su estilo. Los franceses y nosotros somos igualmente dignos de censura en el particular, cosa tanto más lastimosa, cuanto que entrambas naciones han tenido extenso trato con España.

»Al examinar los pormenores de la sociedad y del gobierno, debe tener presente el lector que hay gran número de contradicciones, de anomalías y paradojas; mezcla de inteligencia por parte del pueblo, y de estupidez por la de los gobernantes: de libertad y esclavitud; de rudeza que casi toca en la vida salvaje y de la más alta civilización. El discordante resultado de semejantes causas y combinaciones, da á este país aquel interés que sienten la mayor parte de las gentes, pero que nadie puede apreciar con exactitud á menos de haberlo presenciado.

»La inestimable ventaja de las variadas tareas que sirven de contorno á estos apuntes, fué la de descubrir al pueblo como no se hubiera presentado en distintas circunstancias; desde lo encumbrado hasta lo humilde, y pasando por medio de todos los rangos y categorías de la sociedad. Es inútil notar la ventaja de variar de estudios en un país como este donde cada parte tiene la suya de interés, y en que hasta las comarcas más salvajes y terribles proporcionan su cuota de instrucción ó de entretenimiento.»

Las correrías del autor arrancan casi todas de Madrid, y á todas partes alcanzan, si se exceptúa Galicia y la parte más occidental de Castilla la Vieja. Lástima es esta excepción sin duda, pues en aquellos distritos hubiera encontrado abundantemente con que satisfacer su afición á las ciencias naturales, y en especial á la geología y mineralogía, y nosotros datos curiosos, y que en vano buscaríamos en los pocos escritores que cuenta nuestro país en la materia.

Como quiera no nos es posible seguirle en todas sus excursiones, á menos de copiar su obra por entero, pero le acompañaremos en algunas ocasiones. Su primer viaje desde la capital, fué, según puede presumirse, á Andalucía, Córdoba, Granada y Málaga. Veamos la impresión que hizo en su ánimo la segunda de estas ciudades.

«Atravesamos á Santa Fe donde el ejército de los reyes católicos (nombre que se da á Isabel y Fernando) asentó sus reales durante el asedio. Ahora es un pueblo miserable

con una suntuosa iglesia moderna.—La vista de Granada por el lado de la vega, que es por donde yo me acercaba, es la mejor en conjunto, pues abarca todo el espacio de un lugar que en punto á magnificencia exterior no burlará seguramente las más alegres esperanzas. La extensión de la ciudad con sus numerosas torres y cúpulas desde el arrabal del otro lado de la puerta de Elvira al naciente, hasta la margen del Genil que la circunda por el poniente, coronada con las torres encarnadas de la Alhambra, con los numerosos jardines y viñas sembradas por en medio, la empinada y áspera cordillera que guía la vista á la perenne nieve del mediodía, forman un conjunto *(ensemble)*, que apenas necesita para realce la ayuda de lo novelesco que acompaña su historia. Hacia el lado del poniente desemboca el Genil de una hermosa hondonada que puede seguirse con la vista durante un rato por entre viñedos, olivares y morales.

»El Monachil, arroyo de caudal casi igual, que da su nombre á una aldea situada en un lugar ameno y apartado rara vez visitado aun por los naturales de la ciudad, ó lo recibe de ella, mezcla sus aguas á las del Genil más arriba de los paseos que son uno de los hechizos de Granada. Encima de Monachil está el camino más corto para Sierra-Nevada, y una silvestre y pelada montaña separa su corriente de la del Genil en su origen, hasta que se juntan en la llanura de abajo. Después de salir de la garganta que ocupa la aldea, el Monachil toma una vuelta por un llano en frente de la aldea de Azubia, la más hermosa de las que rodean la capital. Está situada en una colina que se extiende hermosamente á la manera de Frascati con jardines y casas de campo, nobles cipreses y otros árboles, y es retiro favorito de los granadinos. Parte de los trabajos del sitio, fueron dirigidos desde allí. Mas allá hacia el poniente, todo es un páramo árido y terrible.»

En su siguiente viaje el autor visitó la costa de Murcia y particularmente Torre Vieja, poco después del terrible terremoto de 1829.

«Torre vieja está, ó más bien, estaba asentada en un banco bajo de roca *(á lovv table of rock)* entre el mar y una gran laguna salada. Entonces era un montón de ruinas, pues no quedaban en pie más edificios que los molinos de viento de las afueras, que por su figura redonda y poca elevación resistieron los destructores sacudimientos con que vinieron abajo todos los demás edificios. Ricos y pobres, grandes y pequeños cayeron envueltos en la común ruina y hubo gran dificultad en salir de las calles, que eran anchas y regulares. El temblor sobrevino á la oración sin el menor anuncio ó alteración atmosférica con un movimiento oscilatorio desde poniente á oriente y todo el estrago fué obra de pocos minutos. Cerca de treinta personas perecieron, en especial de los que pasaban por las calles, con la caída de las casas de los lados. El cura, su anciana madre y una criada, fueron de este número al salir de la suya. La población era de cosa de 2.500 almas: el lugar limpio y bien construido: los habitantes ahora estaban alojados al rededor en habitaciones provisionales. Me salió al encuentro un hombre muy respetable, que se ofreció á acompañarme al rededor del pueblo y me señalaba las localidades. Entre las demás me mostró las ruinas de su propia casa sin quejarse ni hacer alusión alguna á su desgracia. Cuando acabó me llevó á su habitación que era una cabaña compuesta principalmente de ramas de palma y tan pequeña que no había que pensar en entrar en ella, pero me la ofreció junto con aguardiente y todo lo demás que tenía, con aquel noble, sencillo é inimitable desembarazo, peculiar á este pueblo. Las mujeres de mejor clase, algunas de ellas de mucho atractivo, estaban trabajando sin descanso en su bordado y en otras labores domésticas propias de la España mora, asomando sus cabezas por las estrechas ventanas, hasta que la ausencia de los últimos rayos de luz las obligaba á dejarlo.

»Yo dormí en una cabaña en el sitio que representaba la posada, donde me pusieron una cama limpia tendida en el suelo. Las delgadas vigas estaban amarradas con cuer-

das á las paredes para evitar accidentes, y la gente cuyo cariño y atención nada podía sobrepujar, me aseguró que nada tenía que temer si algún sacudimiento ocurría durante la noche. Cuando me levanté al rayar el día, las mujeres estaban ejecutando con característica jovialidad los oficios que sus criados hubiesen hecho en su lugar en tiempos más felices, barriendo sus humildes *verandas* (*) y las delanteras de sus casas, de trapillo *(in loose attire)* como se habían levantado de sus camas, con su largo cabello (que si es la gloria de las mujeres, mucho más lo es de las españolas) suelto al viento y cayendo hasta más abajo de la cintura. Todo el paraje era una pintura de ingenua y alegre resignación. No se veía un mendigo, ni se oía entre ellos una queja, ni un murmullo.»

También las pinturas del capitán Cook abundan como ven nuestros lectores en *ingenuidad* y gracia, y prueban la índole flexible y noble de su talento, pero hay otros pasajes en que con pocas pinceladas sabe trazar un paisaje vigorosamente y con soltura á modo de los de Velázquez y Salvator Rosa. He aquí el cuadro de Lanjarón.

«Desde aquí (campo de Orgiva) una cuesta de una legua me condujo á una cumbre desde la cual se descubre la primera vista de Lanjarón, larga y desparramada aldea situada en una pendiente rápida que sube á Sierra-Nevada, cuya eterna nieve se divisa á lo lejos por los descubiertos. La base, en que descansa la aldea, está cubierta de la vegetación más lozana y cercada de moreras, castaños, robles, olivos, limoneros, palmas y naranjos. Las vides se enlazan con los árboles como en Italia. La cuesta termina repentinamente por la parte de abajo en un profundo barranco cuyo lado opuesto se alza como una colosal muralla, y un pico que sobresale está coronado con un arruinado castillo. En el fondo del valle hay molinos semejantes á los de Italia.

(*) Esta palabra que en letra cursiva y como española encontramos en el libro, no sabemos si es provincial ó está equivocada, pues no la trae el Diccionario de la lengua.

Bastante lejos al Mediodía, desde una cordillera llamada por excelencia la Sierra de los Moros, se ve el Mediterráneo. Al occidente caen empinadas montañas, que forman paisajes de forma la más clásica. Tal es la situación de este hermoso paraje, gloria de la Sierra-Nevada, que puede competir en belleza pintoresca con otro cualquiera de Europa. En verano está muy concurrido á causa de las fuentes minerales, una de las cuales es un aperitivo salino muy fuerte y está reputada por de eficacia grandísima para debilidad é indigestiones. Con el abrigo de la montaña de la espalda, el clima es tan benigno, que á pesar de su elevación los árboles salieron sin daño del tremendo invierno de 1829-30. Al siguiente día partí para Granada, y cruzando una cordillera entré en el desfiladero abierto, que separa la masa de Sierra-Nevada de las tierras altas de Alhama y Sierra de Tejada, y forma la comunicación de la morisca capital con la costa. Imposible es aventajarle en galanura, porque es una alameda de olivos con palmas, naranjos y limoneros, jardines, frutales y edificios como los de los Poussins. Los trozos abiertos de este escenario muestran las magníficas lontananzas de las opuestas montañas y pertenecen al verdadero género de los grandes paisajes. Durcal, llamado Urcal por estos semi-árabes, porque nunca pronuncian la D, tiene abundantes manantiales de agua delicada que brotan de las rocas, y para variar estas interesantes perspectivas hay profundos barrancos. Este panorama termina en Padul que era un llano pantanoso y ha sido saneado. Más arriba de él comienza el triste y descolorido páramo, desde cuya más alta eminencia lanzó Boabdil su último suspiro á las blancas y resplandecientes murallas de Granada.»

De intento hemos extractado este trozo, aunque largo, no solo por su vivo colorido y grandes rasgos, sino por el contraste que forma con la opinión de una autoridad grande entre los ingleses el célebre pintor David Wilkies, que nada halló de recomendable en este género en la variada y novelesca España, ni más ni menos que si el cruzarla en

diligencia desde el Pirineo al Mediterráneo atravesando los yermos de las dos Castillas, fuese bastante para juzgar atinadamente del asunto (*).

II.

A nuestro buen capitán no le faltaron pruebas y molestias en sus correrías, si bien todas las sufrió con la igualdad de ánimo propia de un marino y de un hombre de mundo, á juzgar por el tono en que están contadas. El deseo de conocer los montes de la sierra de Segura, de que hace excelente y exacta descripción, le puso en manos de un guía ignorante.

«El tiempo, que había estado bueno, comenzó á revolverse, y levantándose un viento recio del Sur, las nubes principiaron á amontonarse, dando claras muestras de alteración. En lo alto del puerto encontramos un pastor á quien el guía habló aparte, pues no quiso darme nunca á entender que su conocimiento del país no pasaba de allí. Cruzamos una loma y comenzamos á bajar. Se formó una espesa niebla y empezó á cerrar la noche, pero todavía seguíamos la rodada hasta que ví harto claramente que íbamos mal. Sin embargo, el hombre, con una perra terquedad, se empeñó en que iba acertado, hasta que al anochecer vinimos á parar á un aguadero ó abrevadero para el ganado, en donde se acababa la huella. Todavía insistió en que íbamos bien, y esperanzado de encontrar el camino seguí su sugestión. Poco tardamos en vernos enmarañados entre rocas y precipicios, y arreciando la niebla y llovizna, no hubo más remedio que pararnos. Por desgracia nos encontrábamos á barlovento de la sierra, que por aquel lado estaba casi pelada.

»Como quiera, yo escogí el mejor árbol y nos prepara-

(*) V. la vida de este pintor por Allan Cunhingram.

mos á acampar, encendiendo fuego con las ramas secas. En cuanto prendió, el guía, cuya ignorancia y testarudez tenían la culpa de vernos en semejante situación, se tendió á la larga, y en un minuto se quedó dormido, contentándose con decir al otro que lo sentía por el caballero. Para ellos era cosa de todo punto indiferente, y se consolaron con la observación de que en una noche como aquella era imposible ver el camino ni aun en la carretera. Arrendamos los caballos cerca de la hoguera y aprestamos las armas, porque no dejaba yo de recelarme de los lobos que por allí abundan mucho, y pudieran embestirnos. Teníamos copiosas provisiones, pero mi guía se había descuidado en llenar la bota en Pozo de Alcón, como le estaba prevenido, circunstancia de poca monta en esta gente, aunque su apetito es voraz. Después de una noche molesta despuntó la mañana, y al rayar del alba nos movimos y ganamos de nuevo el camino que habíamos dejado, pero al punto nos convencimos de que era meramente vereda para unos panes, y que íbamos metiéndonos por las gargantas más hondas del bosque. Entonces oimos la voz de un pastor, y llegándonos á él averiguamos que estábamos enteramente extraviados, y nos habíamos apartado dos leguas del camino. Yo le reduje á que nos acompañara, y deshicimos esta distancia viniendo al punto en donde torciendo el camino el hombre había dicho al guía que tomase á la derecha, en vez de lo cual habíamos echado á la izquierda.»

Las dificultades de policía para la refrendación del pasaporte, obligaron á nuestro capitán á recurrir á las autoridades del gobierno en aquella sierra, de donde se acostumbraban á sacar maderas para la construcción naval.

«Había entre ellos dos oficiales de marina y caballeros, como lo eran todos los oficiales españoles de la armada, que encontré. Sus modales ofrecían un curioso contraste con los de la grosera gente que tenían alrededor. El más joven era hombre de inclinaciones literarias y grandes conocimientos. Había estado en Trafalgar, del cual hablaba con aquel sencillo y noble candor característico y proba-

blemente peculiar á esta gente, sin ocultar su admiración hacia el talento y valor que puso fin á aquel combate: y con una sensación de orgullo bastante común entre ellos, de haber presenciado aquella terrible escena, después que las ideas de la derrota y desastre se habían desvanecido, y las pasiones del tiempo habían cedido el puesto á otros pensamientos.»

La escena que el autor describe de la posada de Priego merece transcribirse aquí como una muestra más de la naturalidad y corrección de su dibujo, y de la sencillez y gracia de su colorido.

«Al anochecer vino el Alcalde de recrearse en la sierra con un enorme gato montés, que sus perros habían muerto con gran honra suya, porque era un animal formidable. En cuanto lo trajeron á la posada, todo el lugar vino á mirarlo; yo deseaba la piel, pero como no podía pedirla, dí órdenes secretas á mi mozo para que la comprase á cualquier precio, si podia ser. Por desgracia, algunos de la concurrencia lo vieron con otros ojos; sus estómagos comenzaron á afligirse, y se suscitó la cuestión de si podría ó no podría comerse. La mayor parte opinaron por la afirmativa: algunos se callaron: solo el alcalde y yo convinimos en que no llegaríamos á él. Por último, un sujeto bien vestido se presentó con cierto aire de autoridad, y lo examinó en medio de un general silencio, después de lo cual dió decididamente su voto de que guisado con arroz estaría excelente. Varios españoles á quienes he contado este lance pronunciaron inmediatamente que era valenciano por su afición á semejante clase de aderezo. Con esto no se habló más: su decisión fué recibida con grandes aclamaciones, y al punto comenzaron á prepararlo para la operación. Todas mis esperanzas de conseguir el pellejo en estado de conservarlo, se desvanecieron. En corto tiempo lo hicieron pedazos, y pasándolo de mano en mano se preguntó á los disputadores si había algo que decir, y si en la traza y el olor no parecía exactamente conejo, su bocado favorito. Ciertamente que lo parecía, y así se dispuso al instante la

cena. El alcalde, á fuer de español legítimo, cedió el derecho que pudiera tener sobre él, salvo algún pedazo para memoria de su presa. El refrigerio se efectuó en medio de la animación que distingue al pueblo en semejantes ocasiones, y que tanto se diferencia de sus asentados modales ordinarios. El banquete se redujo á unos pocos escogidos, porque excluyeron á todos los que con mahullidos y otros aspavientos se burlaron de la determinación. Después de hacerle durar mucho tiempo y de beber copiosos tragos de vino, salieron á concluir en la *aguardientería*. Allí fué tanto lo que alborotaron, que el alcalde, cuya liberalidad personal era causa de este tumulto, tuvo que tomar la mano de oficio, y mandó llevar toda la cuadrilla á la cárcel, donde todavía quedaban cuando salí del pueblo. Durante la gresca de esta escena, que es exactamente de aquellas que se presentan en las tablas y forman sus inimitables sainetes, no sucedió la menor falta de compostura ni de respeto á ellos mismos ó á los demás; cosa bastante diferente de la costumbre de las clases semejantes en la mayor parte de Europa. El posadero, debajo de cuyo techo pasaba esto, era un patán; su mujer, cabalmente el reverso de la medalla. Era una moza de diez y ocho años, que se había casado muy temprano y tenía dos niños. Había en su forma tanta esbelteza y elegancia, que en cualquiera parte hubiera llamado la atención. Su cutis, excepto las manos, era blanco como la nieve; sus ojos y pelo negros; su boca hermosa y pequeña, y sus facciones semejantes al modelo griego, como se ven generalmente. Vestida con la mayor sencillez, presidía esta extraña escena, respondiendo á las voces de los huéspedes, atendiendo á los quehaceres de la cocina, amedrentando al chico que traía en brazos para sujetarle, que por cierto era de muy mal genio, y alimentándole después en medio de las más tiernas caricias con su propia boca como los pájaros, y encontrando de cuándo en cuándo ocasión para un poco de conversación, cosa que hacía con la desembarazada é inimitable gracia del país. Era natural de un pueblo inmediato. No pude averiguar su

origen; pero su traza era valenciana, y en todo diferente de las rústicas hermosuras del lugar de su residencia. Como su marido era de los delincuentes, estuvo levantada hasta muy tarde, esperando su vuelta con mucho desasosiego, sentada á un rincón de la lumbre, de espaldas á la pared, con los dos niños agrupados en sus brazos, como una imagen de la Caridad. Al otro día muy temprano ya andaba dando vueltas para aviarnos en nuestra salida.»

Por este estilo están delineados y representados el país y sus habitantes. A veces, sin embargo, toma nuestro viajero un tono más alto y propio de la historia. Después de hablar de Toledo y de sus preciosidades artísticas y naturales, viene el hermoso siguiente párrafo.

«En tiempos modernos se ha puesto una inscripción en el sitio de la casa de Padilla que fué demolida, como para perpetuar el nombre del Sidney español, mientras los necios inventores imaginaban que lo entregaban á la infamia. Bien pudiera añadirse: «*¡Si monumentum quæris, circunspice!*» Las caducas ruinas de este antiguo emporio de la industria, sus artes manufactureras y comercio apagados; las aldeas y villas, de las cuales se dice haber desaparecido cuarenta en épocas recientes, y convertídose su territorio en despoblados, son testigos silenciosos de la verdadera índole del triunfo sobre las libertades de Castilla.»

La naturaleza de las provincias del Norte, tan diferente en su aspecto de las del Mediodía de España, hizo una impresión favorable en el capitán: pero, sin embargo, sus correrías, sobre todo por Asturias, parecen haber sido algo más presurosas. En cuanto á este país no lo extrañamos, porque realmente los caminos son muy malos, y las comodidades del viajero escasísimas, si se exceptúan algunos pueblos de la costa. Así y todo no deja de hacer mención de lo más notable de aquella tierra, que compara al Devonshire; y en especial de las famosas minas de carbón de piedra de Langreo. Todavía más escaso anda en noticias acerca de León y distritos occidentales de Castilla la Vieja, y aun las que da no son muy exactas, como tendremos

ocasión de ver. En cuanto á Galicia, ya dejamos indicado el completo vacío que se encuentra en la obra. Como quiera, de buena gana le seguiríamos aun por aquí, pues su narrativa es siempre agradable, y sin cesar descubre un espíritu grande de bondad, pero se hace imposible compendiar un libro que ya de por sí es un compendio bastante diminuto, ni igualar un estilo en que descuellan la concisión y el vigor como primeras cualidades. Así, pues, nos ceñiremos á apuntar brevemente algunos pormenores de la obra.

Madrid encontró acogida poco agradable en el ánimo del autor.

«Si el objeto hubiera sido una posición céntrica, Toledo, Talavera y aun Guadalajara lo eran tanto, y reunían ventajas de que carece absolutamente Madrid, cuya localidad es diametralmente opuesta á lo que debería de ser. Apenas tiene buena agua: navegación ninguna; clima malísimo, y un árido desierto al rededor. Tal es el sitio elegido para capital de este magnífico país, que abunda en parajes hermosísimos, con espléndidas ciudades ya existentes, cuando se concibió el proyecto de convertir un monte de oso y puerco en metrópoli, cuya ejecución puede reputarse el triunfo de un poder despótico.»

No son estos solos los inconvenientes que se han seguido al país de haber fijado la corte en Madrid, pues el lastimoso golpe que llevó la Monarquía de Felipe II con la pérdida de Portugal, con razón puede achacarse en gran parte á esta desacertadísima medida, merced á la cual se entorpeció increíblemente la acción del gobierno español, y vino por último á quedar descubierto un flanco que, mientras no se cubra, será un germen de debilidad en nuestro país por la ley inexorable de la política y de la geografía. El aspecto moral de Madrid no cautivó las simpatías del capitán mucho más que el físico. Las clases elevadas le merecieron buen concepto, á pesar de los defectos que reconoce y atribuye en gran parte á la falsa política española, pero de las demás no formó la misma opinión.

«Muchas causas se combinan al parecer para formar el

peculiar carácter atribuído al pueblo de Madrid. La vida poltrona (*casaniere*) que hacen en una población donde apenas hay diversión ni distracción sino de la clase más ordinaria, y la ninguna mezcla de recreos campestres y otros, de que disfrutan la mayor parte de las capitales de Europa: la falta de ocupación literaria y científica ó de recursos de otra clase, á no ser en la frivolidad de la vida común desnuda de estos adornos: la absoluta nulidad de carácter, impuesta por el gobierno para secundar sus planes, que requerían el abatirlo todo hasta ponerlo á un mismo nivel, en que no hubieran ni un solo punto descollante: el curso habitual de la intriga y caza de empleos, que es la ocupación de una gran parte de las gentes: todos estos motivos, decimos, tienen que producir su natural efecto, y pueden explicar la poca afición que frecuentemente muestran á los madrileños los otros españoles. Este es el centro de la corrupción de todas especies. Todos los abusos de la monarquía se juntan allí. No hay causa ni delito, por malos é indisculpables que sean, que no encuentren alguno que tome á su cargo la defensa en esta confusión de caracteres, donde las mañas de la intriga, de la suplantación y la cábala, se mezclan en las relaciones sociales. De aquí la falta de sinceridad donde continuamente están hablando á uno de franqueza: de aquí las vanas protestas, cuya solidez se descubre en cuanto se las pone á prueba, y de aquí la poca simpatía con lo demás de la nación, de la cual están separados, viviendo como los habitantes de un oasis africano, sin cuidarse de los torbellinos que hunden y destrozan á sus puertas caravanas enteras.»

Nuestra edad no nos permite juzgar por testimonio propio de la exactitud de este cuadro de Madrid en 1828 y 30, pero lo que hemos oído, y algún imperfecto y aislado recuerdo que guardamos de 1833, en que se conservaba con pocas alteraciones este orden de cosas, nos hacen creer que si el fondo es un poco negro, la copia no deja de ser natural. No faltan en el día espectáculos repugnantes á la moralidad y sentimientos nobles, pero los males que nos

aquejan, no son por lo menos de aquellos que ahogan el desarrollo de los caracteres, matan el germen de la inteligencia, y esterilizan el campo del porvenir. El capitán Cook, que con tanta razón lamentaba la decadencia de los diversos ramos del saber, encontraría ahora de vuelta del destierro á sus más ilustres campeones, y á su lado gran parte de la nueva generación, que ha entrado con paso seguro en la arena de las artes, de las ciencias y la política. Por dolorosamente que trabaje nuestro ánimo la incertidumbre, y por mucho que entristezca nuestro corazón el desasosiego en que se han pasado los últimos años, fuerza es convenir en que del presente estado de cosas puede seguirse la esperanza y el progreso, y del otro solo el desaliento y la muerte.

A vuelta de estas severas censuras se encuentran también justas alabanzas. Después de hablar de los diversos establecimientos de Madrid, el autor añade:

»La liberalidad con que todos ellos se abren á los extranjeros es sumamente laudable, y cualquiera que tenga ocasión de entenderse con las personas que los dirigen, encontrará cortesía y facilidad tan grandes como en cualquier parte de Europa. Cierto establecimiento (el de minas) como no estaba de manifiesto al público, juzgué necesario dar pasos en particular para alcanzar medios de visitarle. Habíame dirigido á varias personas, y recibido las protestas que son allí moneda corriente; pero no veía que resultase nada con qué hacerlas buenas. Por último, cansado de las mismas repeticiones, me fuí sin papeleta ni cartas de recomendación alguna, y al punto conseguí cuantas noticias deseaba.»

El autor consagra un capítulo especial á los toros; y á falta de otras pruebas, esta lo sería muy robusta de la exactitud de sus observaciones y del buen juicio que le distingue. No anda menos acertado en el que trata del gobierno, de los tribunales y de los caminos, á propósito de los cuales y de los medios de viajar señala algunas cosas que no deben pasarse en silencio.

»El sistema adoptado en estas diligencias es diametralmente opuesto al de Francia. En este país, como ha observado hace mucho tiempo uno de sus mismos escritores, el viajero es un fardo de géneros, y la administración no se cuida más de él que de recibir su dinero y asegurarse de toda reclamación en cuanto á la pérdida del equipaje. Estas molestias, en vez de disminuirse, van en aumento todos los años, y las comunicaciones en los caminos transversales y aun en casi todos los otros son la mengua de un país civilizado. En España la primer atención es procurar cuantas comodidades da de sí el país, antes de invitar á nadie á viajar en sus transportes: se atiende á todas las minuciosidades, y el resultado es un adelanto de todo punto increíble en poco tiempo, que está influyendo en todo el sistema de comunicaciones exteriores. (Aquí describe las comidas y descansos de las diligencias.) Donde quiera que para el coche, el *mayoral* abre la portezuela y pregunta si alguno quiere apearse. En estos transportes todo está arreglado al mismo sistema uniforme de atención cortés y respetuosa á la reunión y á cada uno. A los que han viajado en las diligencias francesas no necesito advertirles el contraste en general, y en especial en el mediodía. En uno de los últimos viajes que yo hice, el conductor de una diligencia de Burdeos, impidió de hecho el desayuno de los viajeros, asegurándose su egoista comida con parar el carruaje en el camino contra lo mandado.»

El juicio que hace del clero secular y regular es por punto general tan favorable al primero como gravoso al último. Acabada ya esta institución, por tanto tiempo respetable, y cuyos miembros lo son todavía más ahora por su desgracia, no es menester que copiemos las palabras severas del capitán Cook, si bien no podemos ocultar que nos parecen justas. La opinión que forma del culto es lisonjera para nosotros: y en cuanto á lo demás, nos parece mejor escucharle á él mismo.

»En las majestuosas catedrales de España cada cosa se conserva con el mayor cuidado. La liberalidad con que se

enseña todo no es fácil de sobrepujar. Si un curioso manifiesta interés por las obras de arte, desde el deán hasta el último individuo trabajarán á porfía en facilitar sus deseos. Yo he hallado la mayor dificultad en conseguir que recibiesen el menor agasajo algunos dependientes que no se habían ahorrado tiempo ni molestia. El contraste es muy chocante en Londres. A mi vuelta de España fuí á asistir al servicio divino en Westminster-Abbey, edificio con el cual nada puede competir en grandeza histórica y nacional en España ó fuera de ella. Apuradamente se podía entrar; pero el corto espacio concedido al público y el modo miserable con que cada paso estaba cerrado y guardado por una cuadrilla de gentuza y celadores, claramente daba á entender que, si pudiera ser, se cerraría. Este estado de cosas, que á los ojos de cualquier observador imparcial trae descrédito á la Iglesia y al país de que son pertenencia tales edificios, es de esperar que se remedie prontamente (como tendrá que suceder al cabo), y que estas magníficas fábricas se restituyan al público, á quien corresponden.»

En el capítulo que trata del ejército y fuerza armada se descubre el mismo criterio recto y desapasionado, y se encuentra una mención honorífica de las armas facultativas, en especial de la artillería. Los realistas, como era de esperar de un hombre perteneciente á una nación adelantada y liberal, no son de su devoción. En lo relativo al cargo de capitán general está escrita la lamentable tragedia y alevosa muerte del caballeroso general Torrijos con rasgos tan sencillos como patéticos, lo mismo que la conducta generosa del malogrado Quesada cuando los sucesos de la isla en 1831.

Del capítulo que dedica el autor á nuestro trato y modales, quisiéramos dar razón circunstanciada, porque es el verdadero campo de nuestro desagravio, pero tan fácil parece escoger entre sus preciosos materiales, y tan largo va ya este trabajo, que nos habremos de contentar con citar casi á la ventura. Hablando de la acogida que suele hacerse en las casas españolas á los extranjeros, dice:

»Es tal el atractivo del modo con que se cumple este deber de la hospitalidad, que muchas veces he aceptado invitaciones para visitar casas en que no había nada de curioso, solo por ver la inimitable gracia con que los huéspedes reciben sus visitas, aunque sean pasajeras. Los modales españoles más finos reunen aquella mezcla de franqueza y reserva, de sinceridad y cautela, de seriedad y gravedad, junto con buen humor, que cuando estriban en la filantropía más perfecta y en el respeto á los demás como á sí propio, constituyen probablemente la perfección de los humanos modales.

»A los hombres de ciencia siempre los encontré en las ocasiones que tuve que tratarlos, que fueron muchas y en todos los casos que llegaron á mi noticia, dotados del mismo carácter, á saber: la sencillez más extremada, nada de presunción ni charlatanería: la mejor disposición á comunicar los conocimientos que poseían sin hacer misterio jamás ni encubrir nada, y sin embrollar en manera alguna su propio entendimiento ni el de los demás con teorías ó sistemas extraviados.—En los modales franceses é italianos se nota, aunque en grado muy inferior, la diferencia entre la atención y cortesía puramente mecánicas, y la que se funda en la verdadera galantería y respeto, universal en España. Las historias que se cuentan de las reliquias de un sentimiento caballeresco hacia el bello sexo, son de todo punto ciertas.

»Los restos de las costumbres de aquella edad, de que moros y cristianos participaban igualmente, están fuertemente mezclados con los usos de todo el país. Nada se ve en Europa comparable al garbo de la manera con que los majos de Andalucía cortejan y enamoran á sus novias en sus fiestas. Las gentes de Italia y del mediodía de Francia que practican las mismas cosas son payasos y patanes cotejados con ellos.—Encuéntranse á veces entre las clases elevadas, mujeres cuyo porte es cabalmente lo que nos figuramos de las damas de alta prez de la caballería, que si alguna vez existieron en otra parte, han desaparecido ya.

Raras son aun en España, pero pueden hallarse en el mediodía. Está por demás decir que las mujeres que tienen semejantes derechos á la admiración, deben de ser virtuosas.»

El capitán como todos los extranjeros que poseen algún instinto artístico, se declara ardiente partidario del traje nacional en las mujeres, y sobre todo de la mantilla. La censura que hace de la manía de introducir modas extranjeras escogidas sin criterio ni analogía á nuestros gustos y carácter, y que privan á nuestras damas de su gracia proverbial y genial atractivo, no puede ser más justa, y nosotros le prestamos todo nuestro humilde apoyo.

«En disposición y agudeza para la conversación, añade un poco más adelante, así como en inclinación á ella ningún pueblo aventaja á los españoles. Mad. Stael decía: *Conversation comme talent, n'existe qu'en France.* No hubiera usado semejante expresión, si hubiese tenido ocasión de estudiar los españoles que poseen el verdadero talento en grado mucho más eminente que los descendientes de los galos ú otros cualquiera de Europa. En cuanto á talento para los salones sin duda que son acreedores los franceses á la reputación de que gozan: pero como don concedido á todas las clases, los españoles exceden á cualquiera nación moderna.»

Alguna especie habrá tal vez que rectificar entre las lisonjeras que llevamos apuntadas, pero sin temor de que nos desmientan podemos asegurar que la mayor parte de estas desfavorables alteraciones no vienen de nuestras costumbres, y sí de elementos exóticos malamente introducidos en ellas. Por fortuna no han filtrado todavía hasta la masa general del pueblo, y con respecto á él son exactas y de cabal aplicación las observaciones del capitán Cook.

El capítulo último del tomo primero versa sobre nuestras relaciones con Francia, y da curiosos pormenores acerca de la invasión del año 1823. Como buen inglés no deja de aprovecharse nuestro viajero de las graves faltas políticas de una nación que debiendo ser nuestra más firme

y natural aliada por la comunidad de intereses y por su posición geográfica, dos veces nos ha embestido en el presente siglo como arrebatada de un vértigo fatal: una para despojarnos de nuestra independencia y otra para arrancarnos nuestra libertad. Iniquidades grandes, en expiación de las cuales murió Napoleón en una roca del Océano, y Carlos X acabó sus días en el campo del destierro. Afortunadamente semejantes tiempos y peligros han pasado para no volver probablemente en muchos años, y el capitán Cook con su acostumbrada imparcialidad y buena fe es el primero en reconocer la distancia que separa entrambas situaciones. En otro artículo daremos cuenta del segundo tomo de la obra.

III.

A medida que se adelanta en la obra del capitán Cook se comprende más claramente la dificultad de extractarla sin copiarla casi por entero: tan condensados están los materiales, y tan aprovechado el terreno. El segundo tomo trata en sus diversos capítulos de los ladrones, del comercio y las rentas de la hacienda, de los mármoles y vinos, de los caballos, de las minas, de la pintura, escultura y arquitectura, de varios ramos de historia natural y por último de la geología. Y no se crea por eso que es una mera tabla razonada de semejantes materias, pues solo en pintores y escultores hace mención de 127, con noticias artísticas de todos ellos y juicios sólidos y detenidos de los principales. Las razones que nos asistían en el anterior artículo para preferir las palabras del capitán á las nuestras, tienen ahora mayor peso, pues las cualidades distintivas de su estilo son de más bulto en el segundo tomo. Por lo tanto le seguiremos principalmente en aquellos trozos de camino en que su compañía es más agradable.

Las noticias que da de los ladrones en el primer capítulo, prueban bien lo minucioso de sus indagaciones y lo claro de su juicio.

«Los bandoleros de caminos en España, dice, pueden dividirse en tres clases. La primera *rateros ó raterillos,* (*) término específico derivado de un sustantivo que significa robo pequeño y ruin. Suelen frecuentar varios distritos, especialmente en la Andalucía alta, donde rondan por las cercanías de las ciudades y pueblos para asaltar de noche al descuidado viajero, generalmente con gran superioridad numérica. Muchas veces son gitanos y otros vagabundos de la misma calaña, y sus villanas mañas nos excusan de describirlos más minuciosamente.

»La segunda clase se compone de gavillas montadas á veces, pero más frecuentemente de á pié, á las cuales puede dárseles el nombre de *salteadores.* Unas veces andan de continuo en despoblado y otras salen de los pueblos á empresas combinadas de antemano, después de lo cual vuelven á sus acostumbradas ocupaciones.

»Los de la tercera clase, son la casta noble ó real que están equipados con regularidad y siempre en campaña, á caballo, bajo el mando de jefes conocidos, y en guerra abierta con las autoridades. Solo se encuentran ahora en la Andalucía baja.

. . . . . .

. . . . . .

»Las cuadrillas bien ordenadas toman á veces á su cargo la reparación de los agravios é injusticias. Hace algunos años, y á lo que creo en la Mancha, existía una gavilla á cuyo capitán se vió entrar algunas veces de día en los pueblos avisando á las autoridades; y mandar abrir los almacenes para distribuir alimentos á los pobres. Acontece á menudo que semejantes gentes después de errar durante algún tiempo por los confines de la sociedad, unas veces por indulto ó perdón expreso, otras por connivencia de los tribunales comprada á costa de una parte de sus ganancias,

(*) Todas las palabras españolas subrrayadas en el texto, están escritas del mismo modo.

vuelven á entrar en la vida arreglada y llegan á ser pacíficos y honrados vecinos. En dos pueblos de Castilla la Vieja me aposenté yo en las dos principales posadas cuyos dueños eran ladrones retirados. Entrambos eran hombres superiores en estilo y en modales: el uno me acompañó fuera del pueblo en calidad de guía y su casa estaba manejada con mucho arreglo y tino.

. . . . . .

. . . . . .

»En 1830 se anunció oficialmente en la Gaceta que las desparramadas cuadrillas de Sierra-Morena, después de haber estado quietas durante algún tiempo, habían juntado sus reliquias bastante numerosas sin embargo, y atacado en Despeña-Perros (paso famoso en el camino de Andalucía) una cuerda de presidiarios que iban á uno de los presidios del mediodía. La escolta que los conducía, sin embargo, tuvo mejor suerte que sus predecesores en su encuentro con don Quijote en los mismos parajes, y rechazó á sus enemigos. Semejante expedición que requería vastas inteligencias y eficaz cooperación entre gentes diseminadas por un extenso territorio, y tenía por único y desinteresado objeto el librar de trabajos á algunos miserables compañeros, solo puede verse en España. Aunque en el objeto no cabe defensa, la determinación de unas gentes tan fieles y leales á una mala causa, les hace mucho honor, y se diferencia no poco de las que mueven en otros países á semejantes bandas.

. . . . . .

. . . . . .

»Los ladrones de Andalucía se diferencian de los demás por sus modales y garbo, cosa muy común, especialmente con las mujeres, aunque no faltan excepciones. Una señora que yo conozco se libró de ser robada por su presencia de espíritu y tocando á esta gente singular en su punto de honor. Iba de viaje y se había parado á almorzar en un desfiladero, donde se abrigaba una cuadrilla que tardó poco en parecer. Con admirable serenidad los convidó á que

la acompañaran con la franca manera que se estila en el país, cosa que ellos aceptaron y la dejaron en paz. Esto solo en Andalucía podía acontecer. Más de un ejemplar sucedió, estando yo en España, de devolver las alhajas de las damas mientras se llevaban todo lo demás, pero no siempre se ve esta novelesca generosidad.»

El resto del capítulo trae noticias no menos características y curiosas sobre la inexorable persecución de los ladrones de Andalucía por Castro, que pudiera dar asunto á un drama; y sobre José María, el hombre más notable entre ellos. Por lo copiado en nuestro artículo anterior y por esto, pueden venir nuestros lectores en conocimiento de que los estudios de nuestro apreciable viajero acerca de la sociedad española son completos.

Los capítulos que tratan de las contribuciones y rentas de la hacienda pública, de los mármoles, vinos y caballos, habremos de dejarlos en claro, porque en una reseña por necesidad rápida, no cabrían ciertas observaciones que los primeros nos sugieren; y en cuanto á los segundos, aunque los tengamos por de importancia grande, forzosamente habremos de trocarlos por otros de más valor sin duda en libros de esta clase.

Con esto queremos indicar los trabajos que el autor destina á la crítica y examen de las nobles artes en España, en los cuales descuella como en otras partes y aun algo más, aquella modestia, templanza y bondad, que tan agradable hacen la lectura de su obra. Después de dar una noticia de los principales edificios de España, antes de entrar á juzgar las obras de escultura, dice.

«En las observaciones acerca de estos estilos y maneras, las comparaciones se refieren á modelos reconocidos que han sido el texto de diversas edades, y no hay pretensiones de ciencia, ni maestría. Para estar en disposición de juzgar acerca de estos asuntos, así como de cualquier otro ramo de ciencia, se necesita práctica y costumbre, y para nada es menester aquí, ni se usará nunca el misterio ó la charlatanería. La obra que sirve de guía en cuanto á fe-

chas y lugares es la de Cean Bermúdez, que puede reputarse la mejor compilación moderna ó catálogo razonado.»

No necesitaba por cierto semejantes excusas y aclaraciones quien sabe profundizar ciertas cuestiones del arte y encadenar sus causas para presentar en su verdadero punto de vista la diferencia de sus efectos, como se ve por el siguiente párrafo.

«El paisaje ha sido estudiado por todas las escuelas (españolas) con el más satisfactorio resultado, y de ellos los hay que no ha aventajado ninguno. El estilo se diferencia del de Italia á no ser donde se ha imitado expresamente. El clima no es favorable á aquellos grandes efectos atmosféricos, que son el alma del paisaje italiano y pueden trazarse desde la «alpina cresta del azul Friuli» de donde los padres del arte (*) sacaron sus inimitables vistas al través de los Apeninos centrales, donde se formaron los Carracci aplicando una observación más profunda sobre los efectos del aire, que trasladaron luego de las peculiaridades locales á la pintura histórica, y de país por medio de distinciones más útiles que las anteriormente observadas. En la *capagna* de Roma y en los distritos montañosos confinantes, en Olevano y en Palestrina puede seguirse á Claudio y á los Pousins dentro de sus talleres y verse su maquinaria en medio de sus magníficos efectos de sol, ó de sus cielos oscuros y tempestuosos. Las playas de Salerno y de Amalfi suministraron otras vistas á Salvator Rosa, el cual comenzó allí aquellos estudios que se acabaron en los desiertos de Volterra y de la Toscana inferior. Estas espléndidas escenas de una naturaleza siempre varia no fueron concedidas á los pintores españoles. A mi juicio, con la claridad, sequedad y rareza del aire se echan menos en la Península aquellos mágicos efectos que despertaban los talentos de los grandes italianos, y el modo de ver la naturaleza es proporcionalmente distinto. El cielo de invierno es de un

---

(*) Giorgione y Ticiano.

azul particularmente frío, claro y trasparente, mientras una atmósfera resplandeciente, brillante y sin nubes, poco acomodada por su misma excelencia á los usos del pintor, es la que se ve la mayor parte del año. Las tintas atmosféricas por todo el país son de un gris plateado perfectamente estudiado en todas las escuelas, y que las caracteriza donde no han imitado y aun copiado, como varias veces sucede, la escuela veneciana y otras de Italia. Por desgracia nadie ha registrado la España en toda su extensión. Las costas de Valencia tienen peñascos parecidos á los de Amalfi y un cielo en cuyo cotejo el de Campania es oscuro y nebuloso, y Claudio hubiera encontrado tintas más blandas y claras, si la fortuna le hubiese llevado á estas resplandecientes playas. Las ásperas costas de Asturias y Galicia con su frondosísima vegetación ofrecen escenas que compiten con las mejores de Italia, y Sierra-Nevada hubiera podido rivalizar con la península oriental si hubiera sido estudiada. La cordillera central de Guadarrama proporcionó á Rubens algunos de los magníficos asuntos, que han sido preservados por Bolswert.»

Quien de tal manera discurre, ya conocerán nuestros lectores cuán poco ha menester la indulgencia del público, y cuán perdonables serían en él aun los fueros de hombre de voto. Los juicios que forma de varios pintores de las diversas escuelas españolas, y en especial de Zurbarán y de Murillo, dejan en buen lugar su criterio; pero del de Velázquez no podemos menos de transcribir algunos renglones.

«Velázques es menos conocido como pintor de país, aunque en sus mejores obras ha igualado á los más eminentes que han podido existir. En este punto es más variado que en ningún otro. Estudió detenidamente en Venecia, y yo he visto pinturas pequeñas copiadas de los dibujos ó cuadros originales del Ticiano, de los cuales apenas se distinguían. El introdujo el paisaje en sus retratos, del mismo modo exactamente que aquel insigne maestro, acomodándolo al asunto y al tono de color del primer térmi-

no. En el Felipe III, un azul subido del fondo está contrastado con las suaves tintas del ginete y del caballo, y lo mismo sucede en otros varios. Algunos, que no requerían el color fuerte empleado en esta pintura, tienen los tonos fríos y plateados que se ven en los días de otoño y de invierno, desde el palacio de Madrid al ponerse el sol detrás de la apartada cadena de montañas de Guadarrama, que para estos pintores era lo que el Friuli para los venecianos. Muchos de sus países más pequeños son estudios familiares de las tierras de Aranjuez y otros sitios reales, con templos y ruinas. Casi todos los de esta clase se encuentran en Madrid, donde no hay ni siquiera uno de sus verdaderos paisajes. Dos muestras existen en mi poder de paisaje arquitectónico, compuestas al parecer como reminiscencias de Venecia, pero muy superiores á la realidad. Estos son muy raros, pero él pintó en casi todos los estilos. Otras dos imitaciones de Claudio tengo yo, una de las cuales apenas podría distinguirse á primera vista de aquel maestro; pero la ejecución es diferente, pues un solo brochazo ha producido los mismos efectos que los prolijos toques del delineador de Italia. Algunas veces se encuentran muestras extraordinarias de su ingenio en este ramo. Una de estas representa un *puerto* ó el paso de una montaña que domina un país distante iluminado por un poniente de sol brillante. La luz viene en disminución hasta el primer término, y está trabajada á la manera de la escuela veneciana, viniendo á perderse en medio de rocas y precipicios sumergidos en la oscuridad más profunda. Este cuadro, que en la actualidad para en Inglaterra, bien puede ponerse á la cabeza del arte de pintar países. Otro, que también está en Inglaterra, ha sido ejecutado en imitación de Salvator Rosa, á cuyas más excelentes obras en su particular y más grande estilo, iguala, si no excede. Pudiera suponerse que se había pintado en Amalfi, aunque el autor nunca estuvo allí, según lo bien que había comprendido el color y carácter del lugar. Hay muchas pruebas de la buena correspondencia artística y amigable rivalidad que existía entre él y

Rubens, á quien se parecía en algunas cosas, siendo los dos no solo artistas de la más elevada esfera, sino cumplidos caballeros y hombres de sociedad. Con la misma verdad pintaba *bodegones* ó asuntos comunes de la escuela holandesa. En realidad cualquiera cosa, desde la región más encumbrada de la historia hasta las más comunes y triviales, eran lo mismo para él. Yo he visto un corral de una granja donde se distinguen aves en todas sus ocupaciones habituales, que no le aventajaría ningún maestro holandés, y el bosquejo de un gran mastín royendo una cabeza de ternera, que difícilmente igualaría el mismo Snyders. A él, como á otros, se le ha puesto la tacha de que sus figuras son comunes y ordinario su modo de ver la naturaleza; pero como no sabemos de qué originales se servía, tenemos por excusado sostener ninguna cuestión. Las cabezas de la familia de Austria, nada tienen de semejante á los modelos de Giorgione y de Ticiano, y no es él el responsable de la falta de carácter que en ellas se advierte. Muchos de sus mejores retratos están desfigurados con el arrebol, detestable moda que entonces se usaba, pero que nunca se ha extendido por España. Debemos convenir en que sus obras son más exóticas y tienen menos carácter español que las de Murillo y algunos otros. Entre aquellas y las de nuestro último presidente (*) se puede señalar una viva semejanza en el modo de ver los asuntos y de manejarlos. No se puede formar juicio de su talento, mucho menos que del de Murillo, por lo que se ve fuera de España. Si se exceptúan unas pocas obras que ahora están en Inglaterra, apenas es genuína ninguna cosa de las que se encuentran allende el Pirineo. Después de examinar una gran porción de las pinturas de Europa, vine á deducir que hasta mi llegada á Madrid nunca había visto una pintura realmente suya.»

Hemos transcrito este largo trozo, porque, como indi-

(*) El famoso pintor inglés Reynhold. (*N. del T.*)

ca con mucha exactitud el capitán Cook, fuera de España no se comprende en toda su extensión el genio del príncipe de nuestros pintores, y entre los ingleses en especial no deja de ser común esta opinión.

De los trabajos de historia natural con que el autor cierra su obra, está excluída la botánica por motivos tan honrosos para nosotros, como los siguientes.

«Otra razón es que la obra ha sido hecha ya por los naturales en gran parte de la península, y que el gobierno posee los materiales de una Flora Española casi completa y hombres capaces de ordenarlos, lo cual es muy de desear que se ponga en planta antes que perezcan aquellos y tengan estos cerrada la puerta para sus trabajos, estando ya en el último tercio de la vida. Canavilles en su magnífica obra ha dado á conocer una gran porción de la botánica de Valencia. Rojas Clemente empleó muchos años en ardientes y activas investigaciones sobre la vegetación de la importante cordillera de Sierra-Nevada, donde en pocas horas se pasa de una región tropical á la de Siberia ó Nueva Zembla; y particularmente en señalar límites ó zonas de vegetación. El importante distrito de Murcia y en especial la costa en la región de la Salsola ó país de la Barrilla ha sido examinada por el director de las alumbreras de Almazarrón que ocupa su centro, el cual ha recogido un copioso herbario. Los oficiales de marina de Orcera en la sierra de Segura me informaron de que en un lugar siete leguas distante, de cuyo nombre me olvidé, pero que está en los bosques, había un buen botánico en un rincón sumamente interesante y del todo desconocido. El botánico más hábil y experimentado que ha estudiado en tiempo alguno los Pirineos es, según opinión general, el doctor Bolos, que reside en Olot (Cataluña la alta) y ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de la ciencia en un paraje muy á propósito para la investigación de la vertiente meridional de aquella cadena, de la cual se conoce muy poco comparativamente. Su herbario, según él dice, contiene nueve mil especies. La región central es muy conocida á Lagas-

ca, el eminente profesor de Madrid, que habiéndose engolfado ardientemente por desgracia en el sistema constitucional y abandonado sus ocupaciones botánicas, es ahora del número de los desterrados.

»Los distritos meridionales, y del medio, añade poco después, encierran la botánica más interesante de este vasto país, y realizan el dicho de un elocuente escritor moderno sobre la Italia, que le es muy inferior; «que su esterilidad es más que la fertilidad de otros países.» Esto es literalmente cierto en España, donde en los sitios más incultos y silvestres se embalsama el aire con fragancias deliciosas: los hornos se encienden y los minerales se funden con plantas las más aromáticas, y en caso de epidemia podrían enviar en muchos sitios á las sierras por matorrales para quemar en las calles, seguros de que el aroma apartaría ó desvanecería la pestilencia.»

El capítulo que dedica al importante ramo de bosques es sumamente interesante y merece muy especial atención, y no son menos dignos de elogio sus apuntes sobre ornithologia y sobre cuadrúpedos y reptiles de España. Las observaciones generales sobre la abandonada geología de este país con que el autor cierra su obra, nos moverían á dar cuenta de ellas, si no fuera por miedo de alargar aun mucho más este artículo.

Tales son los *Sketches in Spain* del capitán Cook. Nótase en ellos de cuándo en cuándo alguna inexactitud y cortedad excesiva de noticias. Por ejemplo de León solo apunta algo (y por cierto no de todo punto exacto) acerca de la catedral, y omite por entero los notables edificios de San Marcos y San Isidro. En lo perteneciente á historia natural dice que es muy dudoso que se encuentren osos en alguna parte más que en el Pirineo, y que en Asturias le aseguraron las gentes que no se veían; cuando así en las montañas de este país como en las de León y Galicia son muy abundantes.

Como quiera estos son tan pequeños lunares que á poca distancia ya no se advierten en la hermosa fisonomía de

la obra. Si de los escritos puede deducirse no solo el talento del autor sino también su carácter, fuerza es convenir en que el de nuestro viajero tiene mucho de estimable y bondadoso, y que apenas hay página donde no se trasluzca una imparcialidad benévola y suave que cautiva al lector sin que de ello se aperciba. Por las muestras que hemos insertado se ve que sus estudios son severos y sus ideas exactas, pero aunque de semejantes dotes careciera, el espíritu que ella transpira, le haría acreedor á la gratitud sincera del pueblo español. Por nuestra parte nos tenemos por dichosos en ser los primeros en manifestar unos sentimientos, que no dudamos en atribuir á todos nuestros compatriotas. Si el capitán Cook contrajo en este país alguna deuda de gratitud, la ha pagado tan noble y caballerosamente que cuantos hayan tenido ocasión de complacerle se envanecerán de ello, y no desearán sino proporciones para obligarle de nuevo.

ARTÍCULOS

DE

COSTUMBRES Y DE VIAJES.

EL ANOCHECER

EN

SAN ANTONIO DE LA FLORIDA (*)

I (**).

A la caída de una serena tarde del mes de Agosto, un joven como de 22 años, que había salido por la puerta de Segovia, enderezaba sus pasos lentamente por la hermosa y despejada calle de árboles que guía á la puerta de Hierro, orillas del mermado Manzanares. A juzgar por su fisonomía, cualquiera le hubiera imaginado nativo de otros climas menos cariñosos que el apacible y templado de España: sin embargo, había nacido en un confín de Castilla á las orillas de un río que lleva arenas de oro, y que llevó con ellas su niñez y los primeros años de su juventud. Su vestido era sencillo, rubia su cabellera, azules sus apagados ojos, y en su despejada frente se notaba una ligera tinta de melancolía al parecer habitual. Este joven se llamaba Ricardo T.....

El sol ocultaba su disco bajo un resplandeciente velo de púrpura, orlado de franjas de oro: las lavanderas recogían su ajuar, levantando extraño murmullo á la margen del río: varios ginetes caballeros en soberbios palafrenes

---

(*) Estos artículos interesantes por más de un concepto, lo son principalmente porque compendian con fidelidad una parte de la vida del autor. *(N. de los EE.)*

(**) Publicado en el *Correo Nacional* en Noviembre de 1838.

volvían grupa hacia la capital; los pobres paisanos del mercado se retiraban con carros y cabalgaduras, y aquella escena bulliciosa y animada tenía indefinibles encantos, perdiéndose poco á poco en la soledad y en el silencio del crepúsculo.

Como quiera, nuestro joven más parecía divertido en sus tristezas y pensamientos que cuidadoso de los últimos suspiros del día y de la poética y apacible despedida del sol. La brisa de la tarde que soplaba fresca y voluptuosa después de un día de fuego, despertando vagos rumores entre los árboles y meciendo sus desmaltados ramos, fué poderosa por fin á sacarle de su cavilación. Levantó la inclinada cabeza á su balsámico aliento; sus amortiguados ojos lanzaron un relámpago; sus labios se entreabrieron con ansia para respirarla; su frente se despejó del todo, y no parecía sino que un tropel de nacaradas visiones desfilaba de repente por delante de él según se mostraba fascinado y gozoso. Aquella brisa se desprendía de las cumbres de Guadarrama, y tal vez se había levantado entre las olorosas praderas de su país: aquella brisa le traía las caricias de su madre, las puras alegrías del hogar doméstico, los primeros suspiros del amor, los paseos á la luna con su mejor amigo; todo un mundo finalmente de recuerdos suaves y dorados, y que aparecían más dorados y más suaves mirados al través de la neblina de lo pasado desde el arenal de las tristezas presentes.

El aura recogió sus alas por un breve espacio, y las visiones del mancebo recogieron sus alas á la par. No parecía sino que la súbita caída de un telón le quitaba de delante un teatro lleno de luz y de alegría. Sus ojos lanzaron todavía una llamarada, pero lúgubre y siniestra como una luz de desencanto, que solo sirve para alumbrar el desierto que cruzamos: quedó su frente más anublada que antes y sus miradas se estinguieron como los fuegos fatuos del estío.

Aquel mancebo había nacido con un alma cándida y sencilla, con un corazón amante y crédulo, y la pacífica vi-

da de sus primeros años junto con la ternura de su madre, habían desenvuelto hasta el más subido punto estas disposiciones. Cuando cumplió los quince años eran las mujeres á sus ojos otros tantos ángeles de amor y de paz, ó unos espíritus de protección y de ternura como su madre: miraba á los hombres como á los compañeros de un alegre y ameno viaje, y la vida se le aparecía por el prisma de sus creencias como un río anchuroso, azul y sereno por donde bogaban bajeles de nácar, llenos de perfumes y de músicas y en cuyas orillas se desarrollaban en panorama vistoso, campos de rosas y de trigo, pintorescas cabañas y castillos feudales empavesados de banderas y resplandecientes de armaduras. El sentimiento de lo grande y de lo bello era un instinto poderoso en él: su corazón latía con acelerado compás al leer en la historia de la Grecia el paso de las Termópilas, y muchas veces soñaba con la caballería y con los torneos de los siglos medios. La libertad, la religión, el amor, todo lo que los hombres sienten como desinteresado y sublime se anidaba en su alma, como pudiera en una flor solitaria y virgen nacida en los vergeles del paraíso; y los vuelos de su corazón y de su fantasía iban á perderse en los nebulosos confines de la tierra, y á descansar entre los bosquecillos de la fraternidad y de la virtud.

Su amor hasta entonces era como el vapor de la mañana, una pasión errante y apacible que flotaba en los rayos de la luna, se embarcaba en las espumas de los ríos ó se desvanecía entre los aromas de las flores silvestres. Algunas veces su alma se empañaba y entristecía en la soledad, y se gozaba en los roncos mugidos del torrente; pero muy pronto la fada de sus aguas se le aparecía coronada de espumas y de tornasolado rocío, y en un espejo encantado le mostraba una creación blanca y divina, alumbrada por un astro desconocido de esperanza, que le llamaba y corría á aguardarle entre las sombras de un pensil de arrayan y de azucenas. Y la vida tornaba al alma del mancebo, y tenía fe en *mañana* y era feliz.

La Virgen prometida se le apareció finalmente. Era

una doncella de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical: su alma era pura como los pliegues de su velo blanco, y su corazón apasionado y crédulo como el de nuestro joven. Los dos corazones volaron al encuentro; se convirtieron en una sustancia aérea y luminosa, confundiendo sus recíprocos fulgores, y las flores de alrededor bajaron sus corolas hacia el suelo estremecidas de placer. De entonces más los dos amantes se amaron, como se ama la primera vez en la vida, y el porvenir sonaba en sus oídos como una promesa inefable de unión sin fin y de amor eterno.

Sin embargo, la imaginación de Ricardo por sobra de candor había cometido un yerro; vivía entre los hombres, y se figuró vivir entre los ángeles, y esperó de aquellos lo que de estos pudiera esperar. Hombres hubo que hirieron con su anatema la frente de su padre y la paz de su hogar y el porvenir del amor, y los propósitos para el porvenir, todo fué á perderse entre las formas de la desconfianza y de la desesperación. Y sin embargo la frente de su padre era respetable y sin mancilla, la paz de su hogar se derramaba como una luz de consuelo entre los infelices, era su amor una fuente de nobleza, de entusiasmo y de virtud y su porvenir un ensueño de beneficencia universal. Aquellos hombres soplaron sobre este reposado y verde paisaje, y lo trocaron en una arena movediza que el viento de la amargura arremolinaba á cada soplo para esparcirla en seguida por los últimos confines del horizonte.

El pobre mancebo tuvo que abandonar todo lo que le quedaba en el mundo, el tierno cariño del hogar y las llorosas miradas de su ángel. La noche en que por última vez la vió hubo misterios extraños: sus ojos se abrieron á la orilla de una sima sin fondo, por lo cual pasaba una agua invisible; pero cuyo delicioso murmullo llegaba hasta ellos. Los amantes víctimas de un amargo delirio tenían sed, una sed inmensa y abrasadora, y pasaban increíbles tormentos al borde de aquella corriente, que tan dulcemente sonaba, pero que huía de sus labios. Un rayo de la luna

rasgó el manto de los nublados y la visión pasó. «Adios, dijo la virgen, con inefable y melancólica sonrisa; nuestro amor pasará como las aguas de esa corriente subterránea; pero esas aguas paran en el mar y nosotros con nuestra pasión descansaremos un día en el mar de la muerte.» El joven la dijo entonces unos versos muy melancólicos que había hecho, besó con adoración la punta de su velo y partió con lentos pasos.

Al otro día un solo amigo le acompañó en su amargo viaje, y al apretarle contra su corazón le dijo: ¡Adios, y quizá para siempre!..... ¿Quién sabe si este abrazo te envenena? Mi presencia daba antes la dicha y la alegría..... pero hoy solo la muerte puede dar. El amigo se alejó con los ojos anublados. ¡La predicción se ha cumplido! ¡Aquel amigo duerme hace un año entre los muertos!

La vida de Ricardo en la corte se había pasado olvidada y solitaria, perdida entre los sucesos y los hombres. No había alcanzado á volver la paz al que le había dado la vida; su orgullo de hombre se había visto lastimado y herido, la pobreza le había rodeado con su manto de abandono y de privaciones; y desamparado de los hombres, habíase visto obligado á conversar, como Lord Byron con el espíritu de la naturaleza. Entonces una musa *dulce y triste como el recuerdo de las alegrías pasadas*, había venido á sentarse á su ignorada cabecera, le había hecho el presente de una lira de ébano y dictado himnos de dolor y de reminiscencias perdidas: le mostró lo pasado por impenetrables rejas que le vedaban el paso para tornar á él, y tendió sobre lo futuro una cortina de sutil crespón negro que le permitía ver sus paisajes, pero todos anublados y cenicientos. Solo de cuándo en cuándo, y como por singular merced, descorría la musa una punta del velo, y le dejaba ver en el cielo del porvenir el sol rutilante de la libertad alumbrando á pueblos colosos, que llevaban arrastrando en pos de sí las cadenas y los cetros de los déspotas. Y entonces un rayo de aquel sol inflamaba el corazón del poeta, doraba la lira de ébano que aparecía de oro resplandeciente y purísi-

mo, templaba sus cuerdas, le inspiraba canciones de juventud y de esperanza: cantaba los pueblos nobles y caídos por villanas apostasías, y los ángeles del destierro venían á escucharle y á batir sus blancas alas en torno de la cabeza de los proscritos. ¡Pobre poeta! entonces su misión le parecía grande; y aun cuando el velo dejase caer sus enlutadas puntas, conservaba dulcísimas memorias que iban á juntarse en su mente con los demás recuerdos, único patrimonio que le dejara la musa.

Y he aquí la razón porque muchas veces su alma se complacía en el camino de los campos donde naciera, y en respirar sus auras balsámicas. El día en que le hemos visto, su corazón estaba más tenebroso que de costumbre: su anciano padre descansaba al lado del amigo de su niñez en las tinieblas de la muerte: su madre no le abrazaba más de dos años hacía; y en fuerza de mirar su amor como un ensueño demasiado hermoso para verlo cumplido, la esperanza se había ido agostando en su pecho, y la tristeza quedaba únicamente por señora de él.

II.

Todas estas circunstancias de su vida, que expuestas dejamos, todas estas memorias de dicha se desplomaban sobre el corazón de Ricardo como un peñasco que se precipita sobre una aldea del valle: sintió que su alma se cansaba de la vida, y una nube de suicidio empañó por un instante su frente. Aquella idea maléfica fascinaba cada vez más sus sentidos, y sentía doblegarse bajo su peso todas las fuerzas de su ser, cuando la voz de una campana pausada y misteriosa vino á libertarle de ella. Miró en derredor como quien despierta de una pesadilla, y se encontró á la mano derecha con la ermita de San Antonio de la Florida, graciosa y linda capilla, asentada á un lado del camino, como un asilo religioso para los pensamientos del cansado viajero. Algunas veces había pasado Ricardo por delante de su

puerta, pero nunca se había resuelto á orar en ella, porque su amargura destilaba gota á gota en su corazóu la duda y la ironía, y no osaba cruzar los umbrales de la casa del Señor, sin llevarle por ofrenda una fe sencilla y pura como la de sus primeras oraciones. Pero aquella tarde abrumaba el pesar su pobre espíritu: faltábale el corazón de un amigo con quien partir su desconsuelo, y le pareció que el Señor le perdonaría sus dudas por lo mucho que padecía. Entró, pues, en el recinto de la oración: la capilla estaba silenciosa, sola: los postreros reflejos del sol la iluminaban con una luz vacilante y dudosa: todo era grave, solemne y recogido allí, y hasta los rumores de afuera se desvanecían á sus puertas. Ricardo sintió la religión de sus primeros años: se arrodilló desolado en las aras del altar: dejó correr las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, y oró con abandono, con confianza y con fe. Rezó las oraciones de la Virgen, que le había enseñado su madre, con el mismo candor que entonces; conoció que un bálsamo desconocido se derramaba por las llagas de su pecho: hasta se le figuró que la madre de los desventurados le sonreía con amor, y cuando alzó sus rodillas del suelo y fué á sentarse, divertido en blandas imaginaciones, en uno de los bancos de la capilla, comprendió que la esperanza es una luz del cielo, que brilla en las más espesas tinieblas de la desventura.

Alzó sus ojos á la bóveda del santuario como para dar gracias á la Virgen de su alivio, y un espectáculo de todo punto nuevo se ofreció á su vista. La nube de púrpura, que velaba las últimas miradas del sol, las derramaba sobre la tierra lánguidas y teñidas con los matices más delicados de la rosa, bien así como una reina llena de dulzura, que realza con sus cariñosas palabras la afable despedida de su real esposo. Aquellos mágicos resplandores penetraban por las altas vidrieras de la capilla, y derramaban sus apacibles tintas por las pintadas bóvedas.

Un pincel gigante (*) de nuestros días, había dejado

(*) Goya.

allí una magnífica huella, porque el Señor había rasgado delante de él las bóvedas del firmamento, y la gloria le había mostrado sus inefables galas y alegrías. El soplo de Dios hinchó de inspiración el genio de aquel hombre: los querubines prepararon en su paleta los cambiantes más suaves de la mañana, las pompas más sublimes de la tarde, y las undulaciones más vagas de los inciensos: y mientras su mano, guiada por el frenesí divino que encendía su cabeza, copiaba las glorias del Altísimo, unos ángeles-mujeres, parecidos á los que brotaban de su pincel, refrescaban su frente con el apacible batir de sus alas. Estos ángeles-mujeres eran hermosos y aéreos; pero reinaba en su semblante un apagado viso de pesadumbre, como el sonido lejano de un arpa, que se ha amortiguado entre las alas de los céfiros. Ricardo, el poeta de las memorias, comprendió la expresión de pesar que empañaba apenas su frente, y divisó al través de ella las mártires del amor puro, las vírgenes que habían muerto con su primer pasión como una aureola de virtud, y que volando por espacios sin fin al compás de las arpas de los serafines, volvían de cuándo en cuándo á la tierra compasivas miradas, y vertían una lágrima sobre el hombre, que un tiempo miraron como el compañero de su vida. Por entre ellas y en celajes de color más encendido flotaban los ángeles niños, que habían caído en la huesa desde el pecho de sus madres, alegres, bulliciosos, abandonados, sin más pensamiento que el de su eterna alegría y el de las alabanzas del Señor. Perdíanse á veces en los más remotos términos del espacio, y aparecían allí radiantes aún, pero confusos como las formas de los ensueños; ó se mostraban en las nubes más cercanas á la tierra, formando delicados y cariñosos grupos, y expiando con una sonrisa de esperanza, la triste peregrinación de sus madres por el suelo. Aquel espectáculo sojuzgó el alma de Ricardo, y el entusiasmo, que era la principal cualidad de su índole generosa, y que solo yacía adormecido en su alma por las penas, se despertó de repente en su corazón; lanzaron sus ojos extraños resplandores, y una especie de

éxtasis artístico y religioso se apoderó de todas las facultades de su ser. Su pecho había palpitado con las vagas melancolías de Osian; las sublimes visiones del Dante, las apariciones espléndidas del Apocalipsis habían embargado su imaginación, y sus ojos se habían detenido fascinados delante de los lienzos de Murillo y de Rafael: pero jamás inspiración tan poderosa le había cautivado, jamás habían pasado por su mente tan profundas emociones. Quedó el joven embebecido en pensamientos de religión y de arte: doblóse involuntariamente su cabeza, y ni él mismo supo lo que por él pasaba.

III.

La luz se apagaba de todo punto en la capilla: el sol se había escondido completamente, y solo la encendida nube enviaba un reflejo cada vez más pálido, que atravesaba sin fuerza las vidrieras y se perdía entre los celajes de la bóveda. Un extraño rumor, un rumor como lejano y delicioso, sacó de su distracción á nuestro poeta. Alzó los ojos y al punto volvió á cerrarlos como si un vértigo le acometiera, porque su imaginación se había desarreglado con el tropel de sensaciones de aquella tarde memorable, ó los ángeles se habían animado y dejando las bóvedas cruzaban el aire lo alumbraban con el fulgor cambiante de sus alas y lo poblaban de inefables melodías. Durante un rato que estuvo nuestro poeta con los ojos cerrados, su razón luchaba á brazo partido con su fantasía procurando sojuzgarla; pero su corazón á pesar suyo abrigaba una sensación dulcísima, un presentimiento de ventura, y su leal corazón jamás le había engañado. Abrió, pues, de nuevo los ojos y ya no le fué lícito dudar. Los ángeles niños flotaban entre nubes de magníficos arreboles: sus bocas puras como un capullo de entreabierta rosa, entonaban los cantares de la ciudad mística; sus alas esplendentes y ligeras se revolvían lanzando suaves reflejos y todo en derredor suyo respiraba el per-

fume y el abandono de la infancia. Y los ángeles vírgenes pulsaban las arpas de oro, cruzaban por el viento con reposado compás, con frente melancólica pero radiante, y envueltos en nacaradas nubes parecidas al humo de los inciensos. Rosas blancas y marchitas coronaban sus arpas, y de cuándo en cuándo caían algunas á los pies del absorto poeta; y el poeta las cogía y las aspiraba con fe y encontraba perfumes purísimos bajo aquel velo de muerte. La luz del Señor se había derramado en el místico recinto; la luz de la mañana, la luz de los presentimientos dichosos inundaba el alma de Ricardo, y le parecía encontrarse delante de una de aquellas auroras de su primera juventud, en que el inmenso cielo estaba azul por todas partes, y el horizonte teñido de rosa, de jazmín y de gualda. ¡Pobre poeta! ¡Cuánto tiempo hacía que su corazón no palpitaba con tanta dulzura! Desde las noches en que su amor se adormecía bajo los pabellones de la esperanza, nunca se había sentido tan venturoso.

Súbito una figura blanca y vaporosa se desprendió del coro de las vírgenes, cruzó el aire con sereno vuelo y quedó en pie delante del poeta. Un velo ligero y trasparente ondeaba en torno de sus sienes; su vestido era blanco como el armiño y solo una cinta negra estaba atada á su cuello con descuidado lazo. Cuando el poeta la vió se empañaron sus ojos, y su corazón se paró como si fuese á morir bajo el peso de la memoria, que despertaba en él la pura aparición de su ángel *de ojos negros, de frente melancólica y de sonrisa angelical.*

Hubo un largo silencio durante el cual callaron las arpas y los himnos; uno de aquellos silencios inexplicables en que hay tanta alegría como amargura. Por fin la virgen tomó la mano del poeta, le miró de hito en hito y le dijo con dulce voz los versos que Ricardo había compuesto para la noche de su despedida.

¡Pobre Ricardo! el ángel de la vida
¿Por qué extendió sus alas sobre ti?

¿Por qué tiñó tu juventud perdida
Con el suave color del alelí?
Tu amor como la espuma de los mares
Frágil entre amarguras pasará,
Y al eco de tus lúgubres cantares
Nadie sobre la tierra llorará.
La virgen de tus sueños de pureza
Flor solitaria de un abismo fué,
Que alzó á mirarte la gentil cabeza
Exhalando el aroma de su fe.
Pero nunca tus labios á besarla
En su pasión pudieron ¡ay! llegar,
Y solo te fué dado contemplarla
Por el oscuro prisma del pesar.
La flor irá perdiendo sus perfumes
Y apagarán sus hojas su color.....
¡Mísero corazón! ¿Por qué consumes
Sin porvenir el fuego de tu amor?

. . . . . .

Triste es decir adios á la esperanza
Junto á la puerta do asomó el placer.....
Mas pasaron las auras de bonanza
Y sopla el huracán..... ¡adios, mujer!
¡Pobre Ricardo! el ángel de la vida
Al extender sus alas sobre ti,
Cegó tus ojos con su luz mentida.....
¡Sombras eternas morarán allí!

. . . . . .

Hubo después de estos versos otro intervalo de silencio.

—Pobre Ricardo! dijo la virgen con un suspiro doloroso.

—¡Oh! sí, ¡pobre Ricardo! contestó el poeta: mi vida se ha pasado sola como un sepulcro en medio de los campos, y tu memoria era la única que la acompañaba. Oyeme, Angélica; yo no sé si eres tú ó es tu sombra la que me habla. ¡Ay! en mi corazón todas son sombras, y tú eras la más pura y más querida de ellas! ¡Angel mío! dime: ¿has visto tú

mi abandono, mi soledad y mi pobreza? ¿Has visto tú mis humillaciones en medio de esta sociedad que ha consentido mi perdición cuando tenía diez y seis años, y mi corazón no pensaba más que en amarte? ¡Oh! dime como antes: ¡Ricardo mío! y yo seré feliz: Y si no eres más que una ilusión de mi fantasía, déjame morir con mi ilusión.

—Es verdad, contestó la virgen, algunos hombres han robado su manto á la justicia y nos han perdido: ¿Qué les habíamos hecho nosotros, pobres pájaros que solo les pedíamos la luz del sol, los cristales de las fuentes y un rosal donde cantar nuestros amores? ¡Ricardo, Ricardo mío! yo he llorado mucho, porque lloraba por ti, y mi corazón te seguía por do quiera, y sangraba con las espinas de tu senda de amargura. Mi corazón se volvió á Dios y le mostró sus heridas, y le pidió bálsamo para curarlas, y Dios se apiadó de sus pesares, y mandó al ángel de la muerte que sacudiese sobre mí sus alas negras como las del cuervo, y el ángel las sacudió, y mi alma flotó por los espacios, y el Señor me colocó en el coro de mis hermanas las doncellas de los amores perdidos. Mis ojos entonces se volvieron hacia la tierra, y te vieron allí solitario y desamparado: tu corazón apagaba poco á poco su fuego, y solo por mí exhalaba alguna vez una llamarada. Yo sentí que el mío se partía, y me postré llorosa ante el trono del Eterno.

—¡Señor! le dije, perdón para el hombre que amé en el suelo: su alma está triste hasta la muerte, y su fe vacila.

—El hombre que tú amas, respondió el Señor, ha dudado, y su alma estará triste hasta morir. Pero baja á la tierra y consuélale, y díctale cantares que alivien su tristeza: no te mostrarás á sus ojos como la virgen de sus primeros amores, porque solo te ha de ver cuando su alma llore al pie de los altares.

Y yo bajé á la tierra y me fuí á sentar á tu cabecera bajo el semblante de una musa tierna y melancólica, y te dí el laud de ébano que has pulsado en la soledad. Yo te mostré tu pasado, porque tu pasado era puro y virtuoso; y te oscurecí el porvenir porque era nublado en tu imagina-

ción, donde imperaban los recuerdos como señores despóticos. Yo alcanzaba permiso del Señor para alzar de tarde en tarde una punta de tu velo, y por allí veías el porvenir del mundo libre, resplandeciente y feliz: yo he velado sobre ti siempre, porque te había coronado con las primeras flores de mi esperanza: yo te he querido, porque te quise con mi primer amor, y este amor es como las lámparas del cielo que nunca se apagan.

Hoy has orado, y el Señor te ha permitido que me vieras entre la pompa de los ángeles y te ha recompensado de tu fe presentándome á tus ojos.

Las arpas de oro volvieron á sonar entonces, pero sus ecos dulcísimos y apagados se perdían por entre las bóvedas y apenas llegaban á morir en los oídos del poeta.

—¡Ricardo mío! dijo el ángel, ¿amas mucho la gloria?

—¡Oh! respondió el poeta contristado; mi gloria eres tú: pero los lauros del amor no han crecido para mi frente, y yo quisiera laureles para ofrecértelos algún día en el paraíso.

Un ángel niño batió entonces sus alas de mariposa, trajo un laurel de oro, y el ángel mujer lo puso sobre la cabeza del poeta.

—¡Toma, le dijo, solitario poeta! tus lágrimas y las mías han secado las guirnaldas del amor; toma este laurel de oro y ojalá que tu fama vuele por los últimos ámbitos del mundo. Pero habrá quien te adore como te adoro yo?

¡Oh! no pierdas tu amor, porque es un perfume quemado en un altar y entre sus nubes alzarás tu vuelo hasta el trono del Señor. Tu Angélica ha cruzado ya las tinieblas de la huesa para llegar á los campos de la luz y tú las cruzarás también, porque tu Angélica te aguarda y las esperanzas del cielo nunca se agostan en flor.

Calló la virgen y el poeta sintió el blando contacto de sus cabellos en su semblante: sus labios estamparon en la frente de Ricardo un beso de castidad y de pureza: sus alas se agitaron con un blando estremecimiento, y cuando el arrobado joven abrió los ojos, ya la visión se había desvanecido.

Enseñoreaban las sombras la capilla: la música de las arpas de oro se había perdido en el silencio de las tinieblas y solo á lo lejos se percibía un rumor débil y apagado como el de una bandada de palomas que surcan el viento. El poeta paseó por la oscuridad sus desolados ojos, rodeó con ellos la capilla y solo encontró por todas partes la noche y el silencio. Por una de aquellas ilusiones de óptica que tan fáciles son en las horas del crepúsculo, la ermita se ensanchó de un modo increíble á su vista: su bóveda le pareció más alta que la de las góticas catedrales, y allá en lo más encumbrado de la cúpula fingían sus ojos dulces reverberaciones, más pálidas que las que despedían las alas de los ángeles, pero tan apacibles y serenas como aquellas. Sin duda la tribu luminosa se había parado allí un instante para darle el último adios.

Entonces el tañido de una campana se derramó solemne y religioso por aquellas soledades, vibró con particular acento en todos los ángulos de la capilla, y el poeta cayó de hinojos delante del altar borrado por las sombras. Aquella campana que sonaba en el crepúsculo, como para recordar la incertidumbre de la vida, llamaba á los fieles á orar sobre los muertos; y Ricardo que había perdido su padre, el amigo de su niñez y el amor de su juventud, oró sobre las cenizas de los tres, y el eco santo de los altares repitió su oración como en prueba de que el cielo le había escuchado.

Cuando se acabó su plegaria, sus ojos se alzaron á la cúpula de la ermita esperando encontrar en ella el velo flotante de las vírgenes; pero todo había desaparecido, y la noche envolvía la tierra entre su oscuridad. Los ángeles habían aguardado allí la oración del poeta suspendidos entre la tierra y el cielo, y la habían llevado palpitante y fervorosa á los pies del Altísimo.

IV.

Desde aquella tarde memorable las tristezas de Ricardo tuvieron una tinta más plácida, y bien que los recuerdos de sus pasadas venturas anublasen su espíritu, la reminiscencia de la gloriosa aparición era una especie de luna que todo lo plateaba en su memoria. Muchas veces iba á esperar el crepúsculo vespertino en el paseo de San Antonio de la Florida, y el paso por delante de sus puertas le era dulce como una cita de amores. Aquellas noches era tranquilo su sueño, y poblado además de ensueños de esperanzas, de amor y de justicia.

EL PASTOR TRASHUMANTE.

Ninguna reliquia más venerable queda en nuestra España de la vida nómade, que la trashumación periódica de los rebaños merinos. Facción es esta que no se distingue en el semblante de ninguna nación europea con tanto vigor como aquí, y por lo mismo el *Pastor Trashumante* es uno de los destellos más vivos de originalidad que brotan de este suelo poético y pintoresco. Su apartamiento habitual de poblado, sus ocupaciones uniformes y sencillas, su vida trabajosa por el rigor de las estaciones que está condenado á sufrir, le convierten en un ser aparte dotado de aquella buena fe y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye á la gente campesina, y al mismo tiempo de aquella fuerza de acción y movible energía que caracteriza á las tribus nómades. Hijo de las montañas de León, Segovia ó Soria, trasladado desde allí á los campos abundosos y feraces de Extremadura, donde la vida pastoril y agrícola derrama el más rico caudal de sus gracias, sin más cuidados que los de su dócil rebaño, y al mismo tiempo robusto y vigoroso, apenas encuentra á quien parecerse, aun en la misma nación española, tan cercana á la naturaleza en muchas de sus partes.

Entre las lanas finas de España la más estimada es la llamada *babiana,* que toma su nombre del distrito de las montañas de León que apellidan *Babia*. Este país celebrado entre todos los pastores por sus pastos delicados y sabrosos, no tiene más riqueza que sus hierbas, y de consiguiente, todos sus habitantes son pastores. Ahora que las grandes cabañas trashumantes han venido á menos con la

mejora de las lanas extranjeras, y los tiempos corren menos bonancibles que antes para los ganaderos de merinas, se encuentran algunos babianos que permanecen en su país, ó buscan su vida fuera de él por otros caminos; pero gentes no muy entradas en años, recuerdan la época en que á la salida de los rebaños trashumantes solo quedaban en sus pueblos las mujeres, los ancianos y los niños. Aun los que no componían parte de la cabaña, solían acompañarla con el nombre de *escoteros* para procurarse en las provincias del mediodía una subsistencia que á duras penas concede el riguroso y pobre invierno de sus nativos montes. Por esta razón al pensar en dar una patria al *Pastor trashumante*, hemos elegido las sierras de León, y de ellas haremos su principal y verdadero teatro.

Así lo exigiría la verdad histórica; porque en las fértiles orillas del Guadiana y en los hermosos llanos de Cáceres, á despecho de lo templado del clima y de la cordial acogida que encuentra en los habitantes acostumbrados á esperarlo como un huésped necesario y siempre bien venido, al cabo el pastor trashumante vive lejos de su país y en medio de un pueblo que si algo se le asemeja en sus ocupaciones, harto más se desvía de su índole y carácter especial. Una vez levantado su chozo, y aderezadas sus camas de pieles, y preparados los utensilios de su frugal mantenimiento, su tarea está reducida á apacentar sus ovejas por el día; encerrarlas por la noche dentro de la red, que al rededor de ellas atan á unas estacas clavadas en tierra, hacer de cuándo en cuándo su ronda para guardarse de los lobos, guarecerse de la intemperie dentro de otro chozo más pequeño que se dispone para este servicio nocturno, y volver con el alba á las mismas tranquilas ocupaciones. Claro está que en semejantes vigilias por lo duras y penosas alternan todos los pastores de condición subalterna: los demás pasan las noches abrigados en sus chozos al amor de la lumbre, cenando sus migas canas, y de cuándo en cuándo por extraordinario tal cual *frito* ó *caldereta*; rezando el rosario si el mayoral es viejo y devoto, y durmiendo como

unos cachorros hasta que los cencerros de los mansos, los ladridos de los perros ó la luz del alba los despierta.

Sin embargo, si queremos conservar la nota de historiadores verídicos, fuerza nos será confesar que por los meses de Diciembre y Enero semejante calma y asiento se truecan por una penosísima faena con la paridera de las ovejas que tiene lugar por entonces. Acontece que los mansos corderillos vienen al mundo en las noches más bravas y tempestuosas del invierno, y el pastor en medio de la ventisca y aguacero tiene que asistir á las paridas y atender á que todo vaya en orden. Acontece asimismo que las madres en años miserables desechan la cría, porque apenas la pueden alimentar, y entonces el comadrón solo á fuerza de maña y aun de fuerzas puede obligarles á aceptar los deberes de la maternidad. Ordinariamente se *dobla*, es decir, se deja un solo borrego para que lo críen dos ovejas, pero para que lo admita la que no es su verdadera madre, es preciso cubrirle con la piel del hijo muerto. Figúrese el lector todas estas menudencias en una noche de invierno, en que el vendabal arranca á veces los chozos, y verá cómo semejante cargo se le hace imposible cumplir; pero el pastor que conoce á sus reses por la cara, como los demás conocemos á las personas de nuestro trato íntimo, sabe muy bien á quién corresponde el recién nacido, y distingue á tiro de arcabuz la oveja que se ha quedado sin cría, para acercarle el intruso disfrazado con la piel del muerto. Todo esto, por decontado, no se hace sin un granizo de conjuros, reniegos, juramentos y maldiciones, que en medio de la oscuridad forman con los balidos del ganado y el silbido de los vientos un maravilloso coro, excelente para algún aquelarre.

Fácil es de conocer que á pesar de la consumada ciencia pastoril, semejantes operaciones necesitan una dirección cuerda y atinada, y aquí es de advertir la distribución de las cabañas, su jerarquía y subdivisiones, porque muy pronto va á llegar la importante ocasión de ver á nuestros pastores en su peregrinación anual.

En todas estas grandes ganaderías hay un *mayoral*, especie de general en jefe, á cuyo cuidado están los arriendos de las yerbas, los salarios de los pastores, el fijar las épocas de marcha y todas las demás atenciones generales. El es quien inmediatamente se entiende con el amo y recibe sus órdenes en derechura. Síguele el *sota-mayoral*, cuyas atribuciones son también generales, aunque su grado, como el nombre lo dice, es inferior. Estos son los jefes de la cabaña, que como pueden imaginarse nuestros lectores, se reparte luego en varios rebaños, cada uno compuesto de *rabadán*, que es el jefe, *compañero* del rabadán, que le reemplaza en todos los casos de ausencia, *ayudante*, *persona* y *zagal*, que por sus años verdes, y á guisa de aprendizaje, suele sufrir la mayor parte de las cargas con mucho menos provecho. Hay además una especie de hacienda militar en este inocente ejército con el nombre de *ropería*, y no es sino la panadería donde se elabora el pan para pastores y perros, y consiste en un *ropero mayor*, ó jefe, de cuya cuenta corre la compra de los granos y la distribución del pan, y en otros mozos que dicen roperos á secas, y son los que amasan y hacen todos los oficios mecánicos.

Aquí tienen nuestros lectores explicado el manejo y gobierno interior de las cabañas trashumantes; pero por si de ellos los hay curiosos, como suele suceder (porque desde muy antiguo viene la curiosidad como por herencia á todos los lectores), y quieren saber los salarios y beneficios de estos hombres, procuraremos satisfacerle. Obligación del amo, ó para hablar con más propiedad, *principal*, es dar al mayoral la mula en que va caballero, y de 200 á 300 ducados. El sota-mayoral gana de 600 á 1000 reales: el rabadán de 260 á 300 rs., y el compañero ayudante y persona bajan en proporción hasta llegar al zagal, cuyo sueldo ni pasa de 100 reales ni baja de 80.

Seguramente se admirarán los que lean esto por la primera vez, de que por tan escaso dinero se preste un servicio tan duro y trabajoso, que obliga á sufrir la intemperie la mayor parte de las veces, y á dos viajes en el año de más

de setenta leguas cada uno. Sin embargo, lo que no va en lágrimas va en suspiros, según el dicho vulgar; y lo que el amo no da lo saca el pastor por su parte al cabo de la cuenta, porque además del sustento que recibe, tiene el beneficio de la *escusa*. Escusa llaman al número de ovejas y aun de cabras, que á cada pastor se le permite tener agregadas á las de la cabaña, sin pagar poco ni mucho por su apacentamiento, y que con sus crías y rendimientos le pertenecen en propiedad absoluta (*). Parte de la escusa suelen ser también las yeguas, que gozan de los mismos fueros é inmunidades: por todo lo cual, si nos tomamos el trabajo de agregar á la suma en dinero que recibe, la probable que estas adherencias dejan en sus manos, vendremos en conocimiento de que la condición del pastor trashumante todavía es tolerable, si no mejor que la de la mayor parte de las clases del pueblo.

El arriendo de los pastos de invierno concluye el 25 de Abril, día que los pastores ven amanecer con más regocijo que la mayor festividad del año, porque como es natural, ninguna festividad puede compararse, sobre todo en las gentes sencillas, á la vuelta al país donde han nacido y tienen lo que en el mundo quieren, donde con verdadera ansia se les aguarda y con cordialísima efusión se les recibe. Si el pirata Lambro (**) sentía á la vista de su isla y del humo de su hogar una emoción de que no sabía darse cuenta, no es maravilla que nuestros montañeses, cuyas piraterías se reducen á dejar escurrirse alguna res hacia el

---

(*) En todas las ganaderías estantes, y en muchas de las trashumantes, la escusa es según la definimos, pero en otras el amo del rebaño se queda con el esquilmo y deja al pastor la cría. Esto es lo que llaman *lana por costo*. Al mayoral se le consiente de escusa 150 á 200 cabezas; 10 á 12 yeguas y algunas cabras, que suelen no estar sujetas á número fijo. La escusa del sota solo llega á una cuarta parte; la del rabadán á 50 ó 60 cabezas; dos ó tres yeguas y algunas cabras, y los demás en proporción hasta el zagal, que solo puede tener seis ú ocho ovejas, algunas cabras, y por bondad del amo alguna yegua.

(**) Byron. *Don Juan*. Canto III.

campo del prójimo, á cortar un poco más de leña de la necesaria, y hacer de manera que sus ovejas, la mayor parte de las veces, conserven salud, aun en medio de la epidemia de las del amo, y paran siempre hembras que es lo más beneficioso; no es extraño decimos que se dé tal cual refregón de manos, avíe su ato cantando, silbe y grite con más garbo á sus ovejas y perros, acuda con cara de pascua á recibir su haber y su *cundido* (*), pase en revista los reales en su bolsa de cuero, y con una gallardía digna de la airosa gente de su tierra, se ponga en camino con su cayado debajo del brazo, su manta al hombro, su sombrero calañés encasquetado y sus abarcas de cuero.

Cruzan el Tajo la mayor parte de las cabañas por Almaraz ó por Alconeta, pero como en ninguno de los dos puntos hay puente servible, y las barcas sobre pequeñas para tal multitud de cabezas, serían tardas y costosas, suelen fabricar un puente de barcas que apellidan en Extremadura la *Luria* y proporciona paso á los ganados. El tal paso sin embargo, siempre es difícil, porque si una oveja llega á saltar al agua, por pronto que se acuda, siempre la sigue una gran porción, y por eso se necesita gran cuidado y diligencia. Verdad es que algunas veces la res que el amo ó mayoral se figura en el fondo del río, aparece en el fondo de la caldereta; pero estas son pequeñas travesuras del oficio, y además es de creer que muy insubordinada debe de haber estado la culpable durante la paridera, cuando tal castigo ha merecido.

Hay varias *cañadas* ó *cordeles* señalados para los rebaños trashumantes y que no son más que otros tantos caminos destinados exclusivamente á este objeto. Cualquiera de ellos ofrece por los meses de Abril y Mayo escenas muy animadas y movimiento continuo. Una nube de polvo y el son de los cencerros que desde muy lejos comienza á oirse, anuncian la llegada de las merinas, y á poco rato suele

(*) Cundido ó cundio llaman los pastores á la grasa, sal y pimiento que les dan para aderezar sus comidas.

presentarse el rabadán de los *moruecos* ó carneros padres al frente de su rebaño, rodeado de sus mansos que con el cebo del pan que de sus manos reciben, apenas se apartan de él; y enseguida desfila todo el rebaño con dos pastores á retaguardia acompañados de los perros. Pasan después y siempre con el mismo orden los rebaños de ovejas, y por último, las yeguas *faleras* ó *hateras*, llamadas así por llevar los hatos y los utensilios de cocina, con sus potros que corretean á la orilla del camino, algún pastorcillo demasiado tierno para la fatiga del viaje sentado entre la carga y alguna res por haberse desgraciado en la marcha colgada. Aquellos hombres que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia á otra, recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas ó las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura.

Las paradas que por el camino se hacen, sirven á un tiempo para descansar y comer, y es de ver la prontitud con que aderezan sus rústicos platos que de viaje suelen consistir en sopas por la mañana y migas canas por la noche. Durante él, además suele pasarse una ración de vino, con la cual se sobrellevan sus fatigas con algo más de conformidad. Aunque no pocas cabañas hacen el esquileo en Extremadura, otras varias ejecutan en el camino esta importante operación, en que, si los pastores no toman más parte que la de apartar las reses y presentarlas atadas al maleante esquilador, no por eso deja de alcanzarles una y no pequeña en las alegres y bulliciosas escenas que suelen acompañar á esta tarea. Con semejantes estímulos, y sobre todo, con el poderoso de llegar pronto á sus queridas montañas, se atraviesan con buen ánimo las áridas llanuras de la Mancha, donde ya sabe todo pastor que tiene que comprar las cintas de estambre fino para agasajar á su mujer, novia, hija ó hermana, sopena de pasar por un ruin sujeto; y los no menos desabridos páramos de Campos. Aquí sufre otra sangría la bolsa del montañés, pues la compra de los pañuelos, las agujas y cordones, ó como dicen las babianas *gordones*, para atacar los justillos es tan de ley al pasar por

Rioseco de Medina, con la de las ligas en la Mancha. En Rueda además suelen proveerse de una gran bota, que como más adelante veremos no deja de hacer importante papel. Lástima es por cierto que las ovejas se desmanden de cuándo en cuándo y los guardas del campo anden tan listos en advertirles su mala crianza y tirar de los cordones de su bolsa, que á no ser por esto, pocos malos ratos aguarían el contento de la peregrinación.

Por fin, después de cuarenta y cinco días gastados en esquilar y caminar, cruza la cabaña los frescos contornos de León, y á muy poco henos á nuestro pastor enfrente del campanario de su lugar. La Babia es un país triste y riguroso por invierno, porque ocupa la mesa de las montañas y las nieves y ventarrones duran allí mucho tiempo: pero á la época en que llegan los pastores, la escena ha cambiado enteramente, pues aunque la desnudez de sus colinas siempre lo entristece un poco, las praderas que verdeguean, por sus llanuras, sus abundantes aguas, la alineación casi simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza, y los vapores que de sus húmedos campos levanta el sol del verano, le dan un aspecto suave y vago semejante al que distingue algunos paisajes del norte. Estos atractivos son reales y verdaderos: pero aunque de ellos careciese, el pastor siempre la amaría, porque la patria nunca deja de ser hermosa.

El mayoral, que por su oficio está obligado á adelantarse, sale al encuentro de la cabaña para señalarle los puertos (*), arrendarlos, y después de repartido el ganado y fabricado el chozo (si ya no vuelven á los mismos pastos), cada pastor tiene licencia por turno para pasar un par de días en su casa. Estos cuadros de interior son tan fáciles de comprender como difíciles de pintar: por eso, y por ahorrar paciencia á nuestros lectores, nos contentaremos con decir que después de los abrazos, apretones,

(*) Puertos llaman en Babia á las cumbres y laderas donde se apacienta el ganado.

preguntas y respuestas de costumbre, el marido sale enseguida á hacer la visita de ordenanza al señor cura, y la mujer á convidar á los parientes, deudos y amigos á *la bota del pastor*.

Esta bota es la misma que vimos llenar no hace mucho en Rueda, de exquisito vino rancio, y que, en compañía de buenas magras, ricos chorizos y excelentes morcillas, procedentes de Extremadura, sirve para una cena opípara, en que á fuerza de festejar la llegada del amo de casa, y brindar por su bien venida, suelen salir los convidados viendo más estrellas de las que hay en el firmamento. Esto sucede con los pastores padres de familia, que pasados estos días de júbilo y ensanche, vuelven á su vida ordinaria, como vuelven á su cauce los ríos salidos de madre. Por lo que hace á los *mozos* ó solteros, esto, según suele decirse, ya es harina de otro costal, porque si no tienen festines y banquetes, para eso están las romerías que por entonces menudean, y los galanteos y escapadas nocturnas, de resultas de las cuales la yegua del padre ó del rabadán no suele engordar por mucho que pazca. Porque es de saber, que no hay pastor que no se enamore, si no á la manera lamentable y quejumbrosa de los Salicios y Nemorosos, por lo menos para tener una mujer con quien vivir pacíficamente y criar hijos para el cielo, según dice el Catecismo. En suma, para solteros y casados la época de paz, de diversión y de holganza, es la del fresco verano de aquellas sierras, porque como los lobos no andan tan hambrientos, se puede aflojar algo en la solicitud de la guarda del rebaño, y por otro lado, cualquiera desavenencia que á propósito de pastos pueda suscitarse, fácil y amigablemente se compone entre gentes unidas por un origen común, y ligadas en gran parte por lazos de amistad y parentesco.

Pero al cabo estos días buenos se acaban pronto, porque, como dice un poeta contemporáneo:

Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan,

y con las primeras nubes del otoño comienzan á moverse los pastores para volver á sus invernaderos. La reunión del ganado y los preparativos de marcha se hacen con la misma actividad y concierto, pero con harto menos alegría de la que presencian en ocasión análoga los campos de Guadiana. La noche antes de la marcha es forzoso hacer á los viajantes el obsequio del *geiso* (queso) para el camino, que consiste en juntarse en su casa las mozas y los mozos solteros, y bailar en guisa de despedida las sueltas y graciosas danzas del país, en recompensa de lo cual reciben las montañesas las *ahuchas* (agujas), que vimos comprar en Rioseco. Por rara que parezca esta ceremonia, y por mal que se avenga en la apariencia con ánimos realmente apesadumbrados, no por eso deja de observarse religiosamente. Para el siguiente día ya está dispuesta la fiambrera del pastor, que consiste en una gran provisión de cecina y jamón, cosa en que tienen tanto puntillo las babianas, que muchas de ellas consienten en pasar no pocas privaciones en el invierno, á trueque de que sus maridos lleven la correspondiente merienda. Por fin amanece, y los pastores se ponen en camino, acompañados de sus mujeres, que por una de aquellas extrañas contradicciones del pobre corazón humano, van ahora á despedirlos hasta una legua de distancia, cuando para recibirlos apenas salen de las cercas del pueblo; y lloran y se afligen, sin medida ni proporción con la alegría que á su vista recibieron. Por fin, los últimos adioses, abrazos y encargos de mirar por la salud, se truecan entre muchos ahogos y suspiros; las mujeres se vuelven hechas unas Magdalenas, y los hombres, un poco más durillos de condición, aunque al cabo del mismo barro, después de un poco de camino andado á las calladas, comienzan por fin á entablar cualquier conversación, y llegan últimamente á entrar en aquel bienaventurado temple de espíritu que tan poco desgasta el cuerpo y tantas primaveras le deja ver. Sin embargo, este viaje es la mayor de las fatigas de la vida trashumante, porque siempre sobrevienen lluvias y mal tiempo: á veces salen de madre los arroyos,

y el ganado, espantado y temeroso, llega á ser más difícil de manejar. Así y todo, alguna pequeña regalía disfrutan en Castilla con los amos de las tierras en que *echan la noche* con sus rebaños, y que por el beneficio que les reporta, suelen darles buena cena.

Una vez en Extremadura, tienen andado ya todo su círculo y de nuevo pueden dedicarse á sus ocupaciones un poco más sosegados y aumentar el caudal de conocimientos que poseen acerca de las enfermedades del ganado, de la calidad de las hierbas y de la prosperidad del ramo de riqueza que manejan. En esto son tan diestros y experimentados, que cualquiera de ellos entretiene á una persona instruída, hablándole de la fisonomía de las reses, que á sus ojos no es menos distinta que las de las personas, como vimos en la paridera; de la influencia que la atmósfera ejerce en la cría y en la calidad de la lana, y de todo lo que atañe á su oficio. No menos notables son bajo su aspecto moral, tanto por la buena hermandad que entre sí guardan, cuanto por la subordinación y obediencia que observan con sus superiores y la regularidad y economía con que salvo algún pecadillo venial, administran por su parte los intereses del amo. Este por la suya suele desempeñar más de una vez con ellos los oficios de padre, y las relaciones que entre ambos median están basadas en el respeto y benevolencia mutua. Finalmente, el Pastor Trashumante por su conformación física, por su vestido, por sus costumbres, por sus modales es un tipo de los más antiguos que puede ofrecer la península, y aun quizá la Europa, porque su vida y ocupaciones se ligan con las primeras edades del mundo.

Y sin embargo, no es imposible que nuestros nietos vean extinguirse esta reliquia de las edades pasadas, porque si se ha de continuar en las herencias el sistema de subdivisión indefinida que en el día rige, á cada paso se diseminarán las cabañas, y ni aun pastos acomodados se encontrarán entre caudales, que por un orden natural llegarán á desmigajarse completamente. No sabemos hasta qué

punto traigan utilidad á la causa del país semejantes doctrinas que por nuestra parte nunca miraremos como sociales, cuando en último resultado las vemos tender al individualismo y al aislamiento; pero de todas maneras nos alegramos de haber bosquejado (dado que nombre de bosquejo merezcan estos borrones), una figura que si á toda España pertenece, con más derecho reclama por suya el país donde nacimos.

LOS MONTAÑESES DE LEÓN (*).

Palacios del Sil 8 de agosto de 1837.

Aquí me tienes, mi querido A..... perdido en un delicioso país; y digo perdido, porque quizá seré el único de mis amigos que haya pisado este suelo de muchos años á esta parte. Sin embargo, tan lejos estoy de arrepentirme de mi resolución, que si otra vez vuelve á acometerme la fiebre de los viajes, casi estoy por jurar que marcharé en esta parte por mis antiguas huellas.

Desde León te escribí que pensaba dirigirme al Bierzo pasando por Astorga, y visitar sus antigüedades romanas y góticas. Con efecto, he visto las asombrosas minas de las *Médulas*, restos magníficos y sólidos todavía del pueblo del rey; el sitio de una antigua ciudad suya, llamada *Belgidum*, deliciosamente situada: el monasterio que fué de monjes bernardos de *Carracedo*, en cuya fábrica está todavía incorporado un resto del antiguo palacio de recreo que allí tuvieron los reyes de León; y varios castillos feudales desmoronados en parte y entre los cuales descuella el de *Ponferrada*, donde todavía se distinguen las armas y los símbolos de los caballeros templarios, sus pasados señores. Este país posee muchos recuerdos, y si no fuera por no aumentar una carta que sobrado larga será ella de suyo, te daría noticias más circunstanciadas; pero me voy olvidando de

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Abril de 1839.

las *Montañas de León*, y si por algo te escribo es justamente por hablarte de ellas.

Ya sabes que mi pensamiento no era otro que el de recorrerlas, cruzar después el principado de Asturias, embarcarme en Gijón para la Coruña, y visitar el litoral de Galicia, sin pasar por los quebrantos que trae á todos los viajeros la guerra civil que devora la península.

Con tal intento y siguiendo río arriba el curso del *Sil*, célebre por el purísimo oro que en sus arenas arrastra, salí del *Bierzo*, atravesé los valles que toman el nombre del río, crucé en seguida la *Ceana* y la *Omaña*, y me detuve en los últimos términos de *Babia*. Ya sabes que mi viaje es más poético que científico, y por lo tanto solo esperarás noticias generales en cuanto á sus producciones, etc.; sin embargo no dejaré de decirte que los recursos agrícolas de estos pueblos se reducen á una escasa cosecha de maíz, de patatas, de centeno y de lino, insuficiente, como puedes conocer, á sus necesidades, por lo cual libran su subsistencia casi exclusivamente en la ganadería. Este país es esencialmente pastoral, y no sabes cuánta gracia y cuánto hechizo se encuentra en la sencillez de sus costumbres, después de salir de entre los bruscos moradores de esa triste y desnuda Castilla.

Aunque te dejo dicho que todo el país es esencialmente pastoral, ningún pueblo es tan pastor en todo el rigor de la expresión como *la Babia*. Como su principal riqueza consiste en rebaños de las ovejas de riquísima lana llamadas *merinas*, y la débil complexión de estos ganados es incapaz de sufrir el invierno riguroso de este país, toda la parte viril de la población tiene que trashumar con ellos en busca de los pastos de Extremadura. Cuando los calores de mayo comienzan á sentirse en esta tierra y agostan las vegas de este país, tornan las merinas á las montañas hasta que viene el otoño, en cuya época se restituyen á Extremadura.

Cuando yo llegué á Babia era justamente la época en que las merinas venían á veranear, y difícilmente podrás

imaginar escena de más interés y animación. Las mujeres, los niños y los viejos salían á recibir á los ausentes; los perros acariciaban á sus amas, balaban las ovejas al mirar los sabrosos pastos de los montes, relinchaban las yeguas al reconocer sus praderas nativas, y los abrazos y las preguntas que por todas partes se cruzaban, y el abandono y la efusión de todo este cuadro tenían para mí un indecible atractivo. Me figuraba yo las tribus árabes de vuelta al pie del Atlas con sus camellos y caballos, é involuntariamente se me venían á la memoria las dichosos tiempos de Jacob y de Labán.

La noche de la llegada de los pastores hay siempre baile, cena opípara y toda clase de regocijos, en que las mujeres lucen las galas y presentes que les han traído sus maridos ó amantes.

La Babia es un país triste, desnudo y riguroso por invierno, pues ocupa la mesa de las montañas y no cesan en él por entonces las nieves y las tormentas. Sin embargo las praderas de esmeralda que verdeguean por las llanuras; sus abundantes aguas, la alineación simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza y los leves vapores que levanta el sol del verano de sus húmedas praderías, contribuyen á darle por entonces un aspecto vago, suave y melancólico que solo se encuentra en algunos paisajes del norte. Hacia las lindes de este país y junto á un pueblo llamado *Barrios de Luna*, se ven las paredes aportilladas por todas partes del *Castillo de Luna* donde el rey don Alfonso el Casto encerró al *Conde de Saldaña*, padre del paladín *Bernardo* del Carpio que derrotó en Roncesvalles el ejército de Carlo-Magno, y al decir de las leyendas españolas, mató de su propia mano *á Roldán* el sin par de los *doce pares*.

Hasta aquí las circunstancias particulares de la Babia. Los demás concejos, á saber, la *Omaña*, la *Ceana* y el *Sil* se parecen mucho entre sí, si bien el último se diferencia algo más por la mucha frondosidad que viste sus riquísimos montes y por ser algo más estrecho y reducido.

Voy á darte ahora una sucinta idea de las costumbres generales comunes á todo el país sin excepción y que provienen de su espíritu social.

La hospitalidad es una especie de religión entre estos montañeses, y no hay puerta por pobre que sea, que no se abra de par en par á la llegada del forastero. Por la noche se reunen indispensablemente en su casa los mozos y mozas del lugar á darle lo que se llama en la lengua del país el *beiche* (la pronunciación es de todo punto inglesa), y que no es otra cosa que el suelto y lindísimo baile del país al son de panderos, de castañuelas y de cantares tan numerosos y variados como sus fuentes y arboledas. Es costumbre que el forastero tome parte en la danza, sépala ó no, sopena de someterse á los *cacharrones*, especie de solfeo no muy agradable encomendado á las robustas manos de las montañesas. Si el huésped es conocido de la casa donde para, además del obsequio ya sabido del *beiche*, suelen llevarle de regalo *feisuelos*, especie de frito del país, y las natas. La noche antes de su marcha acuden también á despedirle con el mismo festejo, que en esta ocasión se llama dar el *gueiso* para el camino.

En esta temporada de verano suben las montañesas con sus ganados á aprovechar los pastos de las cumbres de los montes y habitan en una especie de casetas, llamadas *brañas*, hasta que los primeros fríos del otoño les obligan á bajar á los valles. En esta ocasión ponen el mayor cuidado en la limpieza y adorno de sus brañas, las cuelgan de ramos y tienen siempre repuesto de feisuelos y de natas con que obsequiar á los que las visitan y que sirven con cubiertos primorosamente trabajados en boj por sus esposos ó novios. El agasajo, la alegría y bailes son extremados en estas cabañas que dominan desde su elevación paisajes deliciosos, más estrechos que los buenos de Suiza, pero no menos pintorescos. Respírase allí templado y fresco ambiente; el aire limpio y sereno deja ver los objetos en toda la pureza de sus contornos y colores, y el silencio de los bosques, el leve rumor de las arboledas y de las cascadas y

la calma y la paz que allí se disfrutan, inclinan el alma á esas meditaciones vagas y sin objeto en que el hombre se olvida de sí propio para abandonarse enteramente á las sensaciones del instante.

Ya que te estoy hablando de las costumbres de la buena estación, concluiré con las *romerías*, que solo en este tiempo se celebran, y que tienen una fisonomía tan viva y animada que un viajero concienzudo como yo no puede echarlas en olvido. Figúrate un extenso campo concejil sembrado de tabernas, de baratijas de buhoneros y de puestos de frutas al cual van llegando sinnúmero de gentes ataviadas galanamente: los curas entre los feligreses, los pastores caballeros en sus yeguas nómadas con sus queridas á las ancas, y *caballeros* y *peones* todos en la más cordial armonía, y te irás acercando á la verdad. En la pradera se bailan los bailes del país, y más allá los mozos más robustos de los concejos se ejercitan en la carrera y en la barra, distribuyéndose al cabo los premios, que suelen consistir en bollos ó en frutas, entre vencedores y vencidos con la más completa amistad. Concluídos estos juegos, todas las diversiones se refunden en el baile hasta la caída de la tarde en que todo el mundo se retira. Supongo que ya adivinarás que en un país religioso como es este, la primera obligación de los romeros es ir á rezar al santo.

Las costumbres de invierno son enteramente diversas como puedes suponer. La Babia se queda sin más hombres que los niños y los viejos; y en la Omaña, la Ceana y el Sil las diversiones públicas del invierno se reducen á monterías y partidas de caza durante las nieves, expediciones todas que se hacen con el mayor orden y valentía, y para cuya dirección se nombra todos los años en concejo un funcionario con el título de *Juez de Caza*. Pero no por eso creas que el frío convierte á estos montañeses en hurones; antes bien durante él se reunen todas las noches en la casa más espaciosa del lugar, las mujeres á hilar (de lo cual viene á estas tertulias el nombre de *filandón)*, y los hombres que vienen más tarde á divertir con un poco de baile la úl-

tima hora de la reunión. Excusado será el decirte que en estos filandones nunca faltan historias y cuentos maravillosos narrados por las viejas al amor de la lumbre; pero lo que no te se ocurrirá de seguro es que he oído contar á un alcalde muy respetable todas las proezas de los doce pares y de su emperador Carlo Magno. Figúrate ahora qué relación para un aldeano.

La danza del país es un baile, como te dejo indicado, animadísimo y expresivo; pero no deja de chocar ver las mujeres y los hombres repartidos en dos hileras al principio, si bien luego se mezclan y confunden al estrepitoso redoble de las castañuelas, en cuyo manejo no ceden á los mismos boleros de los teatros. Con respecto á sus cantares solo te diré que en ninguna parte los he oído tan lindos, tan sencillos y tan melancólicos. Ya sabes cuán apasionado soy de la música popular de Andalucía tan llena de sentimiento y de calor; pero en las tiernas canciones montañesas he encontrado un tono de vaguedad, de misterio y de tristeza que ha conmovido mi alma de un modo inesperado. Solo en Alemania, y en Irlanda más especialmente, se puede oir una música popular con igual sello de abandono y de dulzura; porque los antiguos romances y baladas francesas son descoloridos y monótonos al lado de estas armonías montañesas. Y no creas que solo la música es en ellas notable; que también las coplas son delicadas y graciosas por extremo. De ambas cosas he formado colección y no será difícil que las publique algún día. Por ahora conténtate con algunas que te envío (*).

(*) *Cantares escogidos de las mozas señoritas de la Montaña.*

Eres como el ave Fénix
Que cuando muere renace,
Fuego de amor en tu pecho
Preside sin apagarse.

Corazón que sufre y calla
No se encuentra donde quiera,

Voy á describirte el traje del país y lo dejaré pronto, porque sobrada condescendencia es ya leer lo que va escrito. Las mujeres traen á la cabeza un pañuelo atado por debajo de la barba; un *dengue* cogido por detrás con broches de plata de elegantísimo corte; justillo de terciopelo labrado ó de seda, atacado por delante; camisa con botón de plata al cuello, *rodado* de paño del país ó de Segovia con enormes lazos de vistosa cinta atrás; escarpita de blanqueta con abarca por el invierno y zapato con calceta por el verano. Además suelen añadir por el mal tiempo á este equipaje una especie de jubón ó chaqueta corta desabrochada y una clase de manteleta en la cabeza, llamada, si no me equivoco, *rebociño*.

Los hombres con sus continuos viajes al mediodía han alterado un poco su traje, pero el verdadero consiste en un sombrero chambergo ó calañés, chaqueta corta de paño del país, chaleco de pana ó piel de becerro curtida que llaman *destazado*, calzones de lo mismo ó de paño, faja ó cinto de

---

No hay corazón como el mío
Que sufre y calla su pena.

Tus cejas son medias lunas,
Tus ojos son dos luceros,
Que alumbran de noche y dia,
Lo que no hacen las del cielo.

El que estrellas estudia
Ve su destino,
Y yo estudio tus ojos
Por ver el mío.

Qué son celos pregunta
Un hombre sabio,
Y un rústico le dice,
Ama, y sabráslo.

Es la esperanza un árbol
El más frondoso,
Que de sus bellas ramas
Dependen todos.

cuero, botín de idem ó de paño para los días de fiesta, y polainas con abarca á diario. La manta y el calzón bombacho, que algunos gastan, son más bien del mediodía que no del país.

La raza de esta comarca es una raza verdaderamente privilegiada de toda la robustez del Norte y de no poca elegancia y garbo de las provincias meridionales. La frecuente comunicación de ambos países, es causa sin duda, de dicha fusión, que no se advierte ya en las próximas montañas de Asturias; y esta media tinta suave de Andalucía y Extremadura, contribuye á dar un realce particular á este país. Yo no he visto en ninguna parte tanto rigor y delicadeza á un tiempo, ni en mujeres pastoras y del campo tal trasparencia de tez, ni tan exquisitas proporciones. Los hombres en general, y en especial casi todos los babianos, serían excelentes modelos de Academia.

El país es rico en general por los muchos beneficios de la ganadería; las casas aunque pobres, no dejan de ser aseadas; las comidas no son tampoco malas, y en general se echa de ver poca indigencia. Las costumbres son apacibles y suaves, y las gentes muestran una agudeza y natural despejo verdaderamente extraordinarios. Finalmente, te aseguro que es país que ha grabado hondas impresiones en mi imaginación, y cuya memoria se me presentará siempre llena de los encantos de su suelo y de la hospitalidad de sus habitantes

---

LOS ASTURIANOS (*).

Cangas de Onís, 8 de Noviembre de 1838.

Conforme, mi querido amigo, al plan de viaje que me había propuesto cuando te escribí desde Palacios del Sil, he recorrido todo este país, y si contento estuve en las montañas de León, á fe de hombre de bien que no lo estoy menos de mi correría por esta antigua y nombrada tierra.

Supongo que no aguardarás noticias tan menudas y circunstanciadas acerca de este país, como las que te dí sobre las Babias y concejos circunvecinos, porque ya deberás conocer que el presente cuadro excede las dimensiones de una carta, y mal puede contenerse en tan estrechos límites. Hay además notables diferencias entre las naturales divisiones de terrenos, en que está repartido este glorioso rincón de España, para sujetar sus usos y costumbres á una pauta inflexible y general. Así que, cuanto te dijere de él, antes lo has de juzgar propio del distrito desde donde te escribo, que rigurosamente aplicable al resto del principado.

Este país está principalmente dividido en montaña, llanura y marina. Las costumbres, industria, recursos naturales y aun trajes del primer terreno tienen mucho de común con los del Sil, para que me detenga en trazártelos con prolijidad y detenimiento: pero no vayas á figurarte por eso que son absolutamente iguales, porque en realidad no son pocas las diferencias que los separan.

En la llanura ya se notan algunas diversidades que han

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Mayo de 1839.

producido la naturaleza del terreno y la mayor proximidad al litoral. Las cosechas son más abundantes y el clima más suave y benigno. Redúcense las primeras á maíz, trigo aunque en corta porción, escanda, frutas delicadas de mil clases, avellanas, nueces y castañas. La manzana es tan abundante que no solo se consume y extrae mucha, sino que también de su jugo se hace la sidra, producto de suma consideración en el país.

La marina que también disfruta de los regalos de la llanura, amén de otras que su templado clima le proporciona, cuales son naranjas y limones, es un país delicioso y pintoresco en sumo grado, sembrado de bonitas y bien situadas poblaciones y más rico y comerciante que lo demás del principado.

Difícilmente hallarás en ninguna geografía la división que te acabo de hacer de esta tierra; pero como cumple á mi propósito, y no escribo un artículo geográfico y estadístico, sino una carta de amigo, no me he parado en pequeñeces. Y digo que cumple á mí propósito, porque en las montañas se conserva mucho de la antigua sencillez, y aun pudiéramos añadir rudeza, al paso que su declive y el litoral entero ofrecen ya algunas de las variaciones y mudanzas que, gracias á la mayor facilidad de comunicaciones, ha ido introduciendo el impulso de la civilización cada día más poderoso.

Por lo demás las costumbres del país son sencillas, apacibles y risueñas como las de todas las tierras montuosas en que la vida pastoril ha dominado largos años, y en que ha dejado un cierto sabor de patriarcalismo y de inocencia. Yo por mi parte no tengo sino muchos motivos de agradecimiento, porque donde quiera he sido acogido y hospedado con muy buena voluntad y esmerado obsequio. Ya sabes cuán apasionado soy de nuestro deslumbrante y magnífico mediodía con sus mujeres morenas, sus bosques de naranjos, sus ruinas árabes y su tersa y cristalina mar. Pero te confieso que en estos retirados climas he hallado sensaciones si no tan turbulentas y tan vivas, por lo menos

más gratas y apacibles. Fuerza es confesar que aquel es el país del entusiasmo y de la imaginación; pero en este el corazón se espacia y desenvuelve con más vigor, y á falta de maravillas y pompas vienen á asediarle un tropel de afectos vagos, dulces y melancólicos, que llenan de sentimientos hasta entonces ignorados sus más íntimos repliegues. Pero dejando á un lado semejantes metafísicas, porqué recuerdo que no les eras demasiado aficionado, procuraré darte una idea de las cosas de más bulto que he echado de ver en mi viaje.

No te hablaré de las brañas donde suben á veranear los pastores con su ganado en los meses de calor, porque en poquísimo ó en nada se apartan de las de las montañas de León que ya conoces: pero no fuera justo pasar en silencio una costumbre propia y peculiar de este país, y que descubre bien á las claras el fondo de apacibilidad y de dulzura que se observa todavía en la vida de los campos.

Cuando llega la recolección del maíz en lugar de arreglar cada labrador su cosecha como mejor pudiere, convida á todos sus vecinos y amigos á la *esfoyaza*, operación que se reduce á despojar las mazorcas de maíz de parte de sus hojas (tarea confiada á las mujeres) y á trenzarlas en seguida y hacer manojos de ellas (cuidado destinado á los hombres) para ponerlas donde se puedan secar y molerlas en seguida. Bien podrás conocer que en semejante reunión entra por más el regocijo y la holganza que la labor de que es objeto: así es que el remate de la fiesta es un estrepitoso baile, acompañado de una especie de colación llamada *garulla*, compuesta de avellanas tostadas, nueces, castañas asadas, sidra y toda clase de frutas; aunque en otros sitios se reparten además pedazos de pan. Mejor que yo te lo explicarán estos versos *bables*, así llamados por estar escritos en el dialecto del país:

«Era d' Octubre la noche postrera
Y acabóse temprano la esfoyaza:
Había de hablanes una gocha entera,

Peres del fornu, y gachos de foyaza:
Y atizaban el fuego con tarucos
Fartos de rebrincar los rapazucos.

Como son poco difíciles no me tomo el trabajo de traducírtelos; pero el cuadro de esta doméstica función está trazado en ellos de una manera tan sencilla como completa, y por eso te los he copiado.

Uno de los espectáculos más característicos del país, y que más á las claras descubren su fisonomía, son las infinitas romerías que por todas partes se celebran, á las cuales acuden gentes de muchos concejos de alrededor y que suelen ofrecer un cuadro lleno de vida y de movimiento. Las más célebres y concurridas son las de la *virgen de Covadonga* á dos leguas de esta villa, la de Nuestra Señora *de la Cueva* en la inmediación de la villa del Infiesto, los mártires de *Valdecuna* en el concejo de Lera, y más que todas las de Nuestra Señora *del Remedio*, concejo de Nava.

La primera es de tanta devoción en el país, como de nombradía y fama es en nuestra historia el suceso que allí se celebra y solemniza. En aquel sitio agreste y enriscado, ofreció el valeroso don Pelayo batalla á los sarracenos, y después de pelear denodadamente, los desbarató con la ayuda de la Virgen santa, que hacía volver contra sus enemigos las propias flechas y que desplomó sobre ellos además la mitad de un monte. La colegiata que en memoria de aquel milagro se fundó, está al pie de una escarpada y altísima montaña, y en su vecindad se celebra la romería.

El santuario de Nuestra Señora de la Cueva es vistoso y rústico por extremo, porque debajo de una roca enorme, presenta el espectáculo de tres capillas, dos de ellas con sus respectivas sacristías, dos ermitas para vivienda de ermitaños, una casa de bastante altura con corredor y dos establos para ganado, todo lo cual da á una plazuela bastante espaciosa. Por encima de la peña tiende su gayo tapiz una fértil pradera, por la cual he visto triscar blancos

corderillos que con sus balidos á veces acompañaban los sagrados cánticos que resonaban debajo de sus pies.

La festividad de los Mártires de Valdecuna no ofrece particularidades de ningún género para que me detenga á decírtelas; pero en ella como en todas las demás, tiene mucho en que fijar la vista cualquier viajero. Los diversos trajes, edades y aposturas de los romeros, la devoción y recogimiento que se observa dentro de la iglesia, la algazara y el bullicio que por de fuera resuena y los numerosos linajes de solaz y diversión que por todas partes se echan de ver, concurren á formar un cuadro confuso á veces, pero siempre variado y risueño.

Lo que exclusivamente fija la atención de los forasteros es el baile nacional del país conocido por el nombre de *danza prima*, y que en rigor de verdad no debiera apellidarse danza, porque se reduce á grandes corros de hombres y mujeres, que, separadamente, andan alrededor con suma pausa y lentitud asidos de las manos, columpiando el cuerpo hacia atrás y adelante al son de una canción uniforme y monótona en demasía, que suele ser un romance muy conocido en el país que comienza:

«Válgame la Magdalena,
Nuestra Señora me valga....»

A los ojos de un observador frívolo y ligero poca ó ninguna gracia puede haber en un espectáculo tan igual y poco variado; pero un hombre reflexivo y pensador descubrirá en él á primera vista el sello de sencillez y de rudeza, si se quiere, que tan honradamente impreso aparece en todos los pueblos primitivos. Y á la verdad poca diferencia pudieran hallar en mi entender los críticos más escrupulosos entre la danza prima y las danzas circulares que nos describe Homero, traslados ambos de edades turbulentas y guerreras, más propias para aguijar y robustecer los ánimos caídos, que para afeminar los brazos y embotar el coraje.

En Asturias, por lo menos, fácilmente se trasluce el fondo alentado y belicoso de su danza, no solo por el vigor de la música y alternativa respuesta de los coros, sino también porque al fin de la fiesta suelen encenderse las rivalidades de los concejos en términos de no haber apenas función que no se acabe con palos y camorras. Sin embargo, á despecho del poco duelo con que se sacuden, suele haber pocas desgracias, porque la justicia y las personas de algún valer se ponen de por medio y restablecen el orden. Otra circunstancia hay también que notar, y que á falta de otras pruebas seríalo suficiente de lo que dejo dicho, á saber; que los hombres y las mujeres danzan siempre en corros separados, lo cual manifiesta que semejante desahogo antes era un marcial ejercicio que no mero pasatiempo y deleite. Además de la danza prima, que tengo por el rasgo más característico de este país, se baila también fandango aunque menos generalmente.

Las demás diversiones de las romerías se reducen al tiro de barra y juego de bolos: yo por lo menos en ninguna parte he visto las carreras á pie que tanto amenizan semejantes funciones en las Montañas de León.

Algo me he detenido en bosquejarte tales escenas porque son tan frescas, tan originales y sencillas que si no te entretienen no es culpa de ellas, sino de mi tosca pluma. Procuraré concluir dándote una idea de las demás costumbres de este país y sobre todo de las de invierno.

Durante esta rigurosa estación, lo mismo que en el Sil, los hombres pasan el tiempo en cacerías ó en alguna industria de menor cuantía, como es la fabricación de madreñas, de que surten las ferias de los países vecinos; y las mujeres pasan la noche del mismo modo que allí, hilando reunidas en la casa más holgada del lugar y entretenidas con cuentos y consejas propias de su extremada credulidad y llenas por lo tanto de portentos y maravillas. Dos cosas solo te apuntaré en que creen ciegamente estas buenas gentes, y con las cuales desde luego calcularás el sinnúme-

ro de historias que se pueden hilvanar. Una de ellas es lo que llaman las *Huestes* y la otra las *Janas*.

Es opinión muy válida entre la gente del campo, que por las noches suelen recorrer los despoblados extraña muchedumbre de luces ordenadas en simétrica y misteriosa alineación, que caminan callada y lentamente y que amenazan con próxima muerte en el lugar á que se dirigen. A estas apariciones llaman *Huestes*, y con lances que sobre su pretendida aparición se cuentan, se avivan en alto grado la curiosidad y el terror de los aldeanos.

La otra creación de su fantasía, aunque más limpia y risueña al parecer, no por eso les infunde menos interés y pavor. Dicen que hay una especie de lindas mujercitas de plata que salen por el agujero de las fuentes, que hacen coladas más blancas que la nieve y secan sus delicadas ropas á la luna, retirándose con ellas apenas se acerca algún importuno que las estorba en tan inocentes ocupaciones. A estas mujercitas de un codo de estatura, misteriosas y llenas de poder en la mente de estos montañeses señalaban con el nombre de *Janas*. La preocupación de las brujas, duendes y encantamientos no deja de ser común en España; pero estas dos creaciones fantásticas, que en ninguna parte sino en Asturias he hallado, parécenme de un origen remotísimo, y que con facilidad puede encontrarse entre las eternas noches de la Escandinavia.

Después de tantas menudencias como te llevo contadas, aun tendrás la indulgencia de oirme lo que te diga acerca de los trajes de esta provincia, que aunque varían en algunos concejos, en general se reducen á lo siguiente.

Gastan las mujeres pañuelo á la cabeza con que se ciñen la cara y que atan por encima á la *candasina*, como ellas dicen; *corros* de corales al cuello: cotilla de una tela graciosa atacada por delante con un cordón de seda: almilla ó jubón de paño negro suelto: saya de estameña: medias azules con bordado blanco ó encarnado, y zapato con hebilla. A los hombros y por encima de todo traen un gracioso den-

gue negro orlado de una cinta de terciopelo labrado, negra también.

El equipo de un hombre, más sencillo por supuesto, se compone de montera, chaqueta y pantalón de paño pardo y de chaleco de pana negro, ni más ni menos que los que usan los honrados aguadores de Madrid, que abonan su país con su leal conducta en la capital de la monarquía.

Mucho más te dijera acerca del carácter laborioso y á veces emprendedor de esta gente, causa común de frecuentes emigraciones útiles en general y de lucrativo resultado: pero ya te tengo lástima y te dejo, si bien con la pesadumbre de guardar, amén de lo dicho, otras cosas de antigüedades, de artes y de poesía, que Dios querrá tal vez que salgan con el tiempo.

En resumen yo estoy contento y satisfecho de mi viaje, así por lo bello del país, como por las muchas curiosidades que he encontrado. Sus moradores son apacibles, hospitalarios, fáciles en su trato, sencillos en sus costumbres, agudos en sus conversaciones, de ingenio presto y vivo, con sus puntas de malicioso y satírico.

Por lo demás ¿qué quieres que te diga? En esta remota provincia he encontrado sensaciones nuevas y agradables que no esperaba por cierto, y mi antiguo mal humor me ha dado tales treguas que no pienso que me mate Dios sin dar antes una vuelta por acá. Si dentro de poco nos vemos, como espero, te hablaré más largo: por hoy basta, y aun creo que sobra.

LOS PASIEGOS (*).

La Vega, 11 de Junio, de 183...

Destinado estoy sin duda, mi querido amigo, á cebar mi curiosidad de viajero en pueblos de montañas, porque bien sabe Dios, y tú también lo sabes, que no era mi pensamiento ni por asomos verme rodando ahora por esta tierra; pero la suerte se ha empeñado por lo visto en hacerme el Julio César de los galos de nuestro país, y aunque ya conoces que no tengo semejantes pretensiones, le he llegado á coger miedo y no me atrevo á disgustarla.

Salí, como te decía de Gijón con dirección á la Coruña, pero tan mala cara nos puso el mar, que después de varios percances hubimos de meternos en Santander dándonos por muy dichosos en ello. Nuestro buque había sufrido averías de consideración, y como no salía por entonces ningún otro para la Coruña, cansado de Santander, me entró la fiebre del Judío Errante, y héme aquí en la capital del *valle de Pas*.

Alguna vez me he puesto á pensar con formalidad en mi carácter, y me parece que me voy haciendo optimista á toda prisa. Si tal sucede, Dios sea bendito, que tiempo era ya; pero lo cierto es que cuando tan á mal traer nos traía el señor Neptuno (como le llamaban antes,) bien distante estaba yo de creer que en los pliegues más escondidos de estos riscos había de encontrar tanta originalidad

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Junio de 1839.

en las gentes y las costumbres, y tan extendido campo para mi antigua manía de observador. Porque has de saberte mi querido A..... que los *Pasiegos* son gente que á ti mismo pudieran sacarte de quicio, cuanto más á un hombre de mi temple.

¿Concebirías tú un pueblo esencialmente pastor, y que así por el carácter de sus costumbres, como por las circunstancias de su suelo no puede abandonarle ni aun temporalmente; concebirías tú, digo, un pueblo pastoril y al mismo tiempo aventurero, arriscado y hasta temerario? Pues esto ni más ni menos es lo que por aquí sucede. Figúrate, pues, cuán nueva y extraña será la fisonomía de este país, y qué de lances y episodios diversos no tendrá su vida.

La tierra es áspera y quebrada por el lado de la montaña. El país montuoso por la parte despejada y abierta hacia esta villa y las de San Roque de Riomiera y San Pedro del Romeral; pero por todas partes dividido en frondosas praderías y bosques, sembrado de habitaciones rústicas, y poblado de ganados, solo ofrece imágenes de vida sencilla y campestre. Y cuando más distraído te hallas en semejantes imaginaciones una cuadrilla de contrabandistas armados de sus enormes palos con que cruzan los barrancos, ríos y despeñaderos, ni más ni menos que pudieran hacerlo los corzos, te da á entender de una manera bastante eficaz, que no todo es paz y sencillez. Llama á cualquiera de aquellas pobres puertas y verás cómo de par en par se te abren, y con que cordial voluntad te obsequian y agasajan, ofreciéndote cuanto tienen; pero suelta como al descuido alguna expresión que pueda llamarles la atención ó hazles cualquiera pregunta capaz de despertar su desconfianza, y repara con cuánto cuidado miden sus palabras, cuán evasivas son sus respuestas, y con qué expresión tan marcada de suspicacia y de recelo escudriñan tu porte y examinan todos tus movimientos.

Por una parte todo el abandono de la vida de los campos, por otra toda la vigilancia y astucia de las ciudades;

el fardo de mercancías prohibidas y las armas del contrabandista junto al dornajo de leche y el haz de heno, he aquí en dos palabras la vida y el carácter de los montañeses de Pas.

Figúrate, pues, si estaré entretenido y satisfecho de mi correría. Por otra parte el país es tan pintoresco, tan variado y tan frondoso que los puntos de vista innumerables, rústicos todos, es verdad, y sin decoraciones de ruinas y de recuerdos, pero risueños y frescos en sumo grado, ó imponentes de todas veras y sombríos, serían capaces de contentar el alma apacible de Pousin ó el carácter agreste y enérgico de Salvator Rosa.

Como la principal riqueza del país consiste en los ganados, especialmente en vacuno, los pasiegos pastores cuidando de su beneficio y crecimiento, varían de vivienda con las estaciones, y así es que todo el país está sembrado de cabañas y casas rústicas, circunstancia que le hace aparecer lleno de animación y movimiento.

La vida doméstica de estas gentes es de lo más arreglado y sencillo que te puedes figurar, así en sus alimentos reducidos á leche y maíz, como en su régimen ordinario de trabajos y distribución de tiempo. Las mujeres son muy aseadas y laboriosas, y sin cesar andan comerciando con los escasos artículos de su cosecha en los mercados y pueblos circunvecinos. No es esto decir que sus funciones se limiten al hogar doméstico, porque también ellas hacen sus expediciones al contrabando, y por cierto que no ceden en robustez, aguante y sufrimiento á los hombres más recios y determinados del país. Es una bendición de Dios, como suele decirse, verlas tan blancas, tan coloradas y tan alegres con su cuévano acuestas por montes y hondonadas, siempre cruzando sendas desconocidas y asperísimas y riéndose en su interior de los pobres empleados militares de la hacienda, que así están á punto de dar con ellas, como si jugaran á la gallina ciega. Y no solo acontece esto aquí, donde á fuer de dueñas de la casa conocen todos sus rincones, sino también en lo más llano y abierto de Casti-

lla y de la Mancha, donde rara vez las cogen in fraganti. Una cosa quiero confesarte por más que la califiques de flaqueza, y es que si algún día me toca ser ministro, diputado ó cosa que lo valga, y me nombran para alguna comisión de código penal, tengo de proponer una excepción á favor de las pasiegas en los delitos de contrabando, porque son agudas como el pensamiento y frescas como una flor del campo. Ya ves tú si son pequeñas razones para mirarlas con buenos ojos.

Contarte los lances de la aventurera vida contrabandista sería cosa de nunca acabar; pero cualquiera que no sean ellos se estremece de pensar en sus marchas nocturnas por riscos innaccesibles y espesísimos bosques, cargados con un enorme fardo de mercancías y expuestos á peligros sin número. El modo de servirse de su palo es cosa de todo punto inconcebible para nosotros, porque á veces equilibrando el cuerpo sobre él y sin poner los pies en el suelo atraviesan cornisas, digámoslo así, de peñascos que parecen impracticables para los mismos gamos, y todo esto con una prontitud, sangre fría y destreza que erizan los cabellos. Otras veces se les vé salvar los riachuelos despeñados y en ocasiones crecidos del país, afianzando la punta del palo hacia la mitad de la corriente, librando su cuerpo sobre él con poderoso impulso y cayendo en la opuesta orilla con un ángulo y un efecto enteramente igual al de una bomba. Estas y otras diabluras enseña semejante clase de vida agitada y sin sosiego; pero yo por mi parte todavía no he alcanzado á explicarme cómo pueden llegar á tal grado de elasticidad y de fuerza los músculos del cuerpo humano. No hace mucho tiempo servíales además su enorme palo para defensa y ofensa, pero en el día todos los contrabandistas van armados de armas blancas y de fuego. Entre ellos los hay bastante desalmados, y no es extraño á la verdad, porque la vida tampoco da de sí otra cosa.

Las romerías en que estos pueblos se reunen no dejan de ser animadas; pero sus danzas y diversiones no ofrecen rasgo alguno característico. Los hombres y las mujeres

bailan juntos; pero los primeros coronan la fiesta bebiendo, enborrachándose y apaleándose sin compasión. El vino vale caro, muy caro en este país, y á los buenos de los pasiegos se les sube á la cabeza con facilidad y les da un impulso guerrero que pasma. Una cosa ví que me llamó la atención, y es que en cuanto ven una persona forastera ó del país que se les antoja rica, se dan de ojo mozos y mozas, y tomando los pañuelos por las puntas, se encaminan corriendo hacia ella á guisa de red barredera, y cogiéndole en medio le sacan una propina para beber. A mi no me dispensaron del obsequio y aunque sacando á relucir mis fueros de poeta, les ofrecía sonetos y quintillas en compensación de lo que me pedían, dijéronme que no entendían de latines, y tuve que hablarles en romance de bolsillo.

Las costumbres del país son bastante puras y sencillas, sin que te sirva de regla el sin fin de *nodrizas* que hay en Madrid con el nombre de *pasiegas*; porque las verdaderamente tales son pocas y casadas en general, y las demás son de las tierras circunvecinas, que se apellidan pasiegas para mayor abono de su salubridad y robustez. Por lo demás las mujeres de aquí son una especie de Lucrecias de navaja al cinto que no hay medio de avenirse con ellas.

Excusado será decirte que así hombres como mujeres son de una soberbia raza, y que en ninguna parte se ve tanto vigor, soltura, frescura y robustez. El traje por otra parte no deja de ser airoso particularmente en las mujeres. Llevan estas pañuelo á la cabeza: pelo trenzado á lo largo de la espalda; *arracadas* ó pendientes de plata dorada: multitud de corales al cuello; camisa con cabezón; *pechero*, especie de peto con que cubren el pecho además de la camisa; corpiño atacado por delante, saya, medias de lana del país, chapines ó escarpines y abarcas de cuero. En invierno añaden á esto una especie de manto blanquecino que llaman capa: chaqueta, *jostras ó pellicas*, pieles con que abrigan las piernas y defienden los chapines, y por último, *barajones*, especie de tabla triangular sujeta á la planta del pie con correas y que les sirve para sostenerse en la nieve.

¿Qué te parece que diría Hoffmann si en una noche de invierno viera deslizarse cuatro ó cinco de estas montañesas, á la orilla de un derrumbadero con sus capas blancas, silenciosas y ligeras como las fadas? ¿No es verdad que esto tiene su poco de fantástico particularmente á la luz de la luna y encima de la nieve?

Los hombres gastan montera, chaqueta, dos chalecos, el de arriba de pana negra con botones de plata, y el de debajo blanco, *ceñidor* ó faja, calzón corto ó *bragas*, y el calzado lo mismo que las mujeres.

Supongo que no olvidarás el célebre palo una cuarta más alto que el dueño, que tantos prodigios obra, ni las *carcetas* ó melenas largas por detrás que no dejan de adornarlos.

No se me ocurre más que decirte acerca de las costumbres de este pueblo, y me alegro en el alma, porque ya me iba poniendo de mal humor de tanto menear la pluma.

Mañana salgo para Santander, y si Dios quiere que llegue á la Coruña, desde allí te escribiré.

LOS MARAGATOS. (*)

Si para fortuna nuestra y entretenimiento de nuestros curiosos lectores hubiéramos podido dar con la obra que bajo el título de *Orígenes de la Maragatería* parece dejó escrita el erudito y laborioso benedictino Sarmiento, grandes fueran los comentarios que pudiéramos hacer sobre la genealogía, usos y costumbres de aquel maravilloso país, cuyos habitantes son tan conocidos en la España entera, como ignorada su peculiar fisonomía. Problema difícil en verdad de resolver es el de un pueblo, que situado en los últimos llanos de Castilla, á la margen de dos caminos, real el uno, y bastante frecuentado el otro; y manteniendo animado y constante tráfico con diversas provincias de la península, ha podido sustraerse absolutamente al movienta de la civilización, y conservar íntegro el legado de los hábitos, creencias y organización social de sus abuelos.

Como en una obra de la clase del *Semanario,* nadie esperará probablemente un artículo prolijo de estadística, nos contentaremos con decir que la *Maragatería* enclavada en el obispado de Astorga, provincia de León, confina por el oriente con la Balduerna; por el mediodía con la empinada sierra de Teleno, y por el occidente con la cordillera de Fuencebadón. Sus pueblos principales son Santiago-Millas, Santa Colomba, Rabanal del Camino, Santa Catalina y el Val de San Lorenzo, sin contar otros muchos de

---

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en 24 de Febrero de 1839.

menor cuantía. El país es árido y triste en general, y sus cosechas se reducen á una escasa de lino, de trigo y de centeno.

Los hombres buscan en la arriería lo que su ingrato suelo les rehusa; y durante su ausencia las mujeres corren con las faenas de la labranza. En cuanto al nombre de *maragato* inciertos andan los juicios, y divididas las opiniones respecto de su origen. Quién lo atribuye á *Mauregato*, menguado usurpador de la corona de León, y quién al revés hace á este mismo Mauregato oriundo de Maragatería: opinión que, sea dicho de paso, nos parece la más probable, siquiera por no desairar la tradición que se conserva en Astorga de los juicios que pronunciaba Santo Toribio, anterior, si no nos engañamos, al citado usurpador, en las querellas de los maragatos.

Hasta aquí nos es lícito contentar la curiosidad de los anticuarios, sin poner de nuestro bolsillo otras mil conjeturas, que el talento más pobre puede formar acerca de un país, sobre cuya cuna hay ancho campo para mentir, sin riesgo de quedar desairados.

Y ahora que hemos fijado ya el lugar de la escena y deslindado en lo posible la alcurnia de nuestros maragatos, bueno será que para darlos á conocer más á fondo, retratemos lo mejor que se nos alcance el más notable de los actos de su vida, queremos decir, sus *bodas*.

En un país en que el espíritu patriarcal se echa de ver á cada paso, fácilmente supondrán nuestros lectores que la voluntad de los hijos es de todo punto insignificante, y que los padres disponen su porvenir con arreglo á sus intereses y edad. Rara vez se oye decir en tierra de maragatos, que una doncella ha ido á arrodillarse delante del altar con su prometido, sin llevar como por escudo la bendición paternal. Este rigor de la disciplina doméstica y esta inexorable clasificación de las personas por los capitales, harían infeliz un sinnúmero de gente en una sociedad más adelantada y culta; pero como las circunstancias son aquí diametralmente opuestas, todos se conforman con la prác-

tica, y nadie lamenta una felicidad que no ha soñado. Pasemos ya á la descripción de la ceremonia.

Cuando llega la época en que los respectivos padres determinan casar á los mozos, el padre del prometido y este se encaminan á casa de la futura esposa, delante de cuyo padre se hace la demanda con toda formalidad, sin que ninguno de los dos jóvenes tome parte en la conversación. Como tales asuntos son cosa decidida y acordada de antemano entre las dos familias, redúcese este paso á una mera fórmula, y en seguida por ambas partes se procede á la compra de los respectivos presentes, cuya enumeración ofrecemos aquí por su estrañeza y novedad.

El novio regala á la novia el manto de paño negro para ir á misa, de forma rara y poco airosa, pues se conservan al paño sus esquinas, y solo hay unos escasos pliegues sobre la frente; *las donas*, multitud enorme de collares con rosarios y medallas; los anillos que han de servir para el desposorio; el *sayuelo*, ó justillo atacado por delante con un cordón de seda, que nombran *agolletas; vincos* ó arracadas para las orejas, *fajero* ó faja de estambre, y *mangas;* una especie de ellas, sueltas y sujetas únicamente á la muñeca. La madrina asimismo le ofrece un pañuelo de seda de Toledo para la cabeza. Los regalos de la novia á su futuro consisten en una capa de paño negro, *almilla* ó sayo de idem con cordón de seda; chaleco de grana con bordados también de seda á la portezuela; *bragas*, ó calzones anchos, calzones negros (*botines*), *cintas*, (*ligas*) de estambre fino con letrero; camisa de buen lienzo común, y calzoncillos con cordón de seda.

Llega por fin la víspera de la boda, y en su tarde se examinan de doctrina cristiana y confiesan los novios, permaneciendo encerrados en sus respectivas casas, sin concurrir á la cena que tienen los padrinos aquella noche. Al otro día no bien despunta el alba, ya la gaita discurre por el lugar tocando la alborada y reuniendo á almorzar á los convidados á la boda. Acabado el almuerzo tocan á misa y entonces el padrino, el padre de la novia y demás convi-

dados varones se dirigen á la casa del novio, precedidos de la gaita y de los amigos solteros del novio llamados en tal ocasión *mozos del caldo*, que van haciendo salvas con sus carabinas. Luego que entran en la casa, el novio se arrodilla, recibe con manifiesta emoción la bendición de su padre, y en seguida, recogido y silencioso, en medio del concurso y al lado del padrino, se encamina á la habitación de su futura. Las solteras amigas de esta están ya cantándole á la puerta canciones alusivas, algunas de las cuales tienen gracia por su sencillez; y cuando llega el momento de partir para la iglesia, la joven, deshecha en llanto, recibe á su vez la bendición paternal. Toma entonces el novio con su comitiva el camino de la iglesia como unos sesenta pasos delante de su prometida, y ésta camina del todo cubierta con su manto en medio de su acompañamiento femenino, que no cesa en sus cantares hasta la iglesia. El cura está ya aguardando en el vestíbulo, y allí es donde se verifica la ceremonia, ajustándose los dos esposos un anillo á sus respectivos dedos, y ofreciendo las acostumbradas arras. Concluída la misa, sale la gente con el mismo orden que trajo, con la diferencia de que el novio y comitiva se quedan á la puerta corriendo el *bollo del padrino*, á saber: una especie de justa en la cual el que más corre á pie se lleva la cabeza del bollo, repartiéndose lo demás entre los circunstantes en menudísimas porciones. Dirígense en seguida los corredores á la casa de la boda y encuentran á la desposada sentada á la puerta en una silla ataviada con todo el lujo posible en el país, y muchos dulces, con la madrina al lado y cubierto el rostro: el marido se acomoda al otro lado en una segunda silla, y de esta suerte presencian las danzas con que los festejan sus amigos, hasta que acabadas estas entra todo el mundo á comer, dejando á la puerta la anterior solemnidad y compostura, y tomando la alegría que tan bien cuadra á la ocasión. Después de la comida *se ofrece*, es decir, saca el padrino un platillo de plata pone en él por oferta una cantidad de dinero, y va dando vuelta á la mesa sin que nadie le desaire. En seguida la

moza del caldo, es decir, la amiga del alma de la novia, que la acompaña y sirve durante todo aquel día, pide para los utensilios de su amiga como rueca, huso, etc.; y los mozos del caldo hacen lo mismo para el novio.

Alzanse después, no los manteles, porque la mesa sigue puesta todo el día, sino los convidados, y ya la novia baila con su marido, mientras los mozos del caldo se echan por el lugar á recoger gallinas en casa de los convidados para obsequio de los recién casados, y si buenamente no se las dan tienen derecho para tomarlas. Llega por fin la hora en que los novios, aunque no sin trabajos, se encierran en la cámara nupcial; y á eso de las dos de la mañana los mozos del caldo van á servirles la gallina, ó por mejor decir, las gallinas que han recogido y los dejan reposar hasta la madrugada.

Amanece el día de la tornaboda, y los novios, después de almorzar juntos, se encaminan sin embargo á la iglesia con los mismos trámites que el día anterior; oyen su misa, y vuelven á casa festejados por una comparsa de *Zamarrones*, especie de mogiganga que nunca falta en semejantes casos, y que los aguarda á la puerta de la iglesia. Al llegar al pueblo se corre *el bollo de la boda*, que la madrina tiene asido en medio del baile y que los mozos de la boda defienden cuidadosamente de las acometidas de los extraños. Se come, se baila, se cena y se acaba la boda.—Cuando el novio es forastero se lleva su consorte á su lugar desde la iglesia el día de la tornaboda en medio de todos los convidados, que los acompañan en vistosa cabalgata (mular por supuesto).

Como semejantes pormenores son los que más clara idea pueden dar de la fisonomía original, y pudiéramos decir primitiva de este pueblo, nos hemos extendido más de lo que deseábamos. Concluiremos con la descripción de los trajes y unas breves consideraciones generales.

Llevan las maragatas á la cabeza un pañuelo; sartas ó collar y un rosario un poco largo al cuello: sayuelo ó justillo con camisa bordada por el pecho; faja, *rodado*, especie

de brial de un paño tosco y blanquecino, principal industria del país; dos delantales uno delante que se llama *mandil* y otro detrás que se llama *facha*. También llevan unas mangas de punto de colores ceñidas al brazo, por debajo de la camisa, cuyo nombre no damos aquí por no ser ya recibido. Las casadas van á misa con su manto, y las solteras con su *dengue* ó *frisa* de paño común con franja encarnada.

El traje del maragato se compone de sombrero de ala ancha con copa chata y cordón de seda al rededor, coleto de piel, almilla, chaleco, camisa con cuello bordado, cinto con canana, bragas, calzones (botines), y zapato con botón.

La danza del país es un compuesto de la *danza prima* asturiana, fiel traslado de las danzas circulares que nos describe Homero, y de otro baile más animado ejecutado por una ó dos parejas dentro del círculo ó corro. Esta segunda parte altera en cierto modo el carácter de antigüedad de la danza circular, y apenas descubre significación alguna.

Del rápido bosquejo que hemos trazado, fácil será deducir la regularidad y pureza de costumbres, el buen gobierno y armonía de las familias, el respeto sumo á las canas, y otros mil elementos de tranquilidad y sosiego interior. Sin embargo, este pueblo que en mil cosas trae á la imaginación del poeta la tienda de los patriarcas ó la cabaña del salvaje americano, á los ojos del viajero imparcial nunca aparecerá con tan deliciosas tintas. Su fisonomía peca de áspera y desabrida; las comodidades de la vida son escasísimas y están en notable desproporción con los considerables capitales que sus hijos á fuerza de laboriosidad han logrado adquirir. Las casas del pueblo son bajas, oscuras y mezquinas: las de los ricos, al contrario, son altas y espaciosas pero sin gusto en los muebles, y sin regularidad en la distribución. Una sola cosa tienen de común; la suciedad y el desaliño.

Por lo demás nosotros aquí, como en casi todo, preferimos el prisma del poeta al microscopio del filósofo, y so-

mos de opinión que se perdonen á los maragatos estas veniales culpas, en gracia de su proverbial honradez, de la lealtad y nunca desmentida franqueza de sus tratos, y de la austeridad de sus costumbres; último resto de su espíritu social compacto y uniforme, que debió de unir un día casi todos los pueblos europeos.

EL CASTILLO DE SIMANCAS

Y DESCRIPCIÓN DEL ARCHIVO GENERAL DEL REINO (*).

A dos leguas de la ciudad de Valladolid, y á la margen del río Pisuerga, está asentada la villa de Simancas, muy antigua y conocida en nuestra historia. Nebrija encuentra en ella á Senteica población de los Celtíberos, llamada después por los romanos Intercacia, cabeza de los pueblos intercacienses y término de las provincias Tarraconense y Lusitania.

Como quiera, poco nos detendríamos en estos pormenores, si el suceso que le dió el nombre que ahora tiene, no fuese de aquellos que llaman la atención. Durante el oprobioso reinado de Mauregato en León siete doncellas de las ciento que este menguado daba á los moros en tributo, encerradas en el castillo de la villa, se mutilaron, cortándose la mano izquierda para mejor defender su honestidad; singular determinación que según parece las libró de los desmanes de los bárbaros. Desde entonces comenzó á llamarse Siete-mancas y hoy corrompido el vocablo se dice Simancas, y en latín *Septimancæ*.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que las armas de la villa parecen confirmar este suceso, porque se componen de un castillo de plata en campo azul con su torre en medio, fundado sobre un peñasco cercado de agua, teniendo dicho escudo por orla siete manos en campo de sangre y una estrella dorada sobre la cima de la torre ó castillo.

(*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Setiembre de 1839.

Más adelante el rey don Ramiro II la esclareció con los laureles ganados á los sarracenos en la célebre batalla que les dió el 6 de Agosto de 934 en que fué grandísima la mortandad y carnicería hecha en los infieles.

Durante las turbulencias del reinado de don Enrique IV y en las guerras de las comunidades permaneció siempre fiel á la corona, y pagó con grandes quebrantos y vejámenes su fidelidad.

Lo único notable que en el día ofrece es su castillo de piedra con foso, contrafoso, muralla, contramuralla y dos puentes levadizos mirando el uno á Oriente y el otro á Occidente, y adornado de trecho en trecho con almenas que no dejan de darle gracia y realce.

Pertenecía esta fortaleza durante el siglo décimoquinto á los Almirantes de Castilla, cuyas armas todavía se conservan en las bóvedas de la capilla; pero por este tiempo los Reyes Católicos la incorporaron á la corona, dando á sus dueños en remuneración cierta cantidad de maravedises de juro.

Hasta los tiempos de su heróico nieto Carlos V, permaneció como prisión de Estado, pero este mandó habilitar en él el Archivo General de la Corona de España, depositando allí los papeles antiguos de Gobierno, que andaban diseminados por Segovia, Medina del Campo, Valladolid, Salamanca y otros puntos de la monarquía. Fué nombrado archivero el Licenciado Catalán, relator del Consejo Real, por despacho datado en Mastrich el año de 1541.

El rey don Felipe II, émulo de las glorias y altos pensamientos de su padre, ensanchó el archivo por las trazas del célebre arquitecto Juan de Herrera, encargando la ejecución á un tal Salamanca y á sus discípulos Mora y Maznecos. En tiempo de Felipe III continuaron las obras, y un tal Praves era el arquitecto que entendía en ellas; pero aunque más tarde se volvieron á emprender y se llevaron algunas á cabo, no se saben las épocas. La planta ó diseño del mismo Herrera pereció durante la invasión francesa en la guerra de la independencia con otros papeles de algún

interés; lástima grande por cierto, porque merced á la habilidad arquitectónica de tales maestros, se pudo dar una figura noble y bastante regular al castillo, aprovechando gran parte de la fábrica primitiva.

El servicio de la oficina ha estado desde su origen á cargo de un secretario archivero, cuatro oficiales y un portero, todos con reales despachos y plazas juramentadas. Dedícanse bajo la dirección del primero al despacho de los negocios de oficio y parte que ocurren; pero cuando no hay ocupaciones de esta naturaleza, empléanse en la formación de los índices de aquellos negociados, cuya conclusión se mira como obra de romanos por su extensión dilatadísima. Solo con permiso superior pueden darse certificaciones á los particulares que las necesiten, según sus reglamentos: y de ningún modo es permitido el extraer los originales, á no ser que los pida el gobierno; pero se facilitan á las academias, literatos y otras personas las noticias que apetecen, sin que sea lícito á nadie el manejo de los documentos á no mediar real orden al efecto. Como la oficina se abre indispensablemente todos los días del año, á excepción de los festivos y vacaciones, el portero está encargado de enseñar lo material del edificio, previa la licencia del jefe, á las personas que van á Simancas con este objeto.

Pasando el puente y puerta principal que da entrada al archivo por la parte del Poniente, se encuentra una pequeña galería ó soportal armado sobre cuatro arcos de piedra con sus columnas cuadradas, elegantemente construídos, los que forman una ligera fachadita de tres balcones de antepecho: pensamiento sin duda del mismo Herrera así por su belleza como por la feliz idea de unir la obra nueva con la antigua en términos que en nada la desfigura. De aquí por unas fuertes y toscas rejas de hierro, malísimamente ejecutadas y que podrán ser muy bien las primitivas del castillo, se pasa á un zaguán ó poterna antiguo, por el cual, después de dejar unas puertas de madera también antiguas, que indican haber estado forradas de cuero, se entra por un pasillo al patio principal que es grande y casi

cuadrado: pero antes de salir á este se halla otra galería mucho mayor que la primera, si bien no de tan perfecto gusto, sostenida por arcos y columnas de piedra cuadradas. Desde este mismo patio por una puerta pequeña que está á la izquierda se sale atravesando la ronda á otra principal con su puente que conduce á la fuente llamada del rey, traída á aquel sitio por Felipe II, para que pudiera servir en tiempo de obras y de algún incendio imprevisto.

A la derecha de la puerta anterior están las salas 1.ª, 2.ª y 3.ª de estado que contienen los papeles de la misma secretaría y los de las denominadas Provinciales de Nápoles, Sicilia, Milán, Flandes, Portugal, etc., del tiempo en que pertenecieron á la corona española. Las indicadas tres piezas, destinadas en la actualidad para el despacho de la oficina, están construídas con todo gusto; tienen la estantería fabricada en el macizo de la pared; las bóvedas y cornisas son del mejor orden arquitectónico, y todo ello forma un conjunto armonioso que gusta más cuanto más se examina. El suelo es entarimado para evitar la humedad de que en general adolecen las habitaciones de los entresuelos, y de este modo puede estarse con alguna comodidad en ellas, especialmente en el invierno en que están prohibidos los braseros por los estatutos.

Saliendo de estas piezas se pasa en seguida á la que fué en lo antiguo escritorio (hoy entrada al Registro General del Sello), porque en ella estuvo en efecto antes el despacho. Su figura es cuadrada, y en los costados de la pared hay tres nichos como para estatuas, saliéndose de allí por una puerta de hierro y otra de madera muy bien hechas á la ronda de la muralla que cae á la parte del mediodía. En ella está armado un gracioso corredor de madera con alacenas que contienen los papeles de las visitas de los tribunales de Nápoles, Sicilia, Milán y otras.

La sala 1.ª del Registro General es cuadrada con armazón de madera alto y bajo bien entallado como lo anterior, y en sus alacenas están colocados los papeles de esta clase, desde el año de 1571 al de 1605 que los franceses ti-

raron por el suelo, dislocándolos y mezclándolos unos con otros, como sucedió con todos los demás del archivo. El techo es de bovedillas, y solo dan luz á la pieza dos ventanas con excelentes rejas.

La siguiente también de Registro General á la que se entra dejando un pasillo con cielo de bovedillas, en cuyas maderas se ven puestos algunos clavos romanos antiguos ó sea del tiempo de la reforma del Archivo, es grande y armada por el estilo que la anterior con bastantes luces, si bien las estorba algo la muralla un poco inmediata. Sus papeles empiezan en 1475 y llegan hasta 1570.

A la salida de esta pieza por el pasillo indicado se entra en un cubo de los cuatro que tiene el edificio llamado de Libros Generales de Relación, etc.; cuyos negocios corrían en lo antiguo por la Secretaría de Cámara. Su figura es redonda con andenes para los libros; la pared muy gruesa, la bóveda antigua, el suelo de yeso, y da entrada á la escasa luz que tiene una reja pequeña y de mal gusto: así es que más que otra cosa parece este recinto una de las prisiones destinadas para reos de estado de los que en algunas ocasiones fueron conducidos á la fortaleza.

Después del cubo referido se halla á la izquierda una escalera interior de piedra, construída con el mayor acierto por la que, después de haber subido dos cómodos ramales, se encuentra otro pasillo igual en un todo al primero, que da entrada por uno y otro lado á los corredores de las salas del Registro General y del de las visitas de los estados de Italia ya dichos, cuyos papeles alcanzan hasta el año de 1689.

A muy pocos escalones que es preciso subir desde el pasillo de los corredores, se encuentra el Rotundin, llamado Patronato Real antiguo, pieza preciosísima por su bella construcción y antigüedad y por haberse depositado en ella con el mayor esmero y custodia en tiempo del rey don Felipe II los papeles de más remota fecha y pertenecientes á los derechos de la corona y aun á muchos particulares. Estaban allí en arcas y cajones curiosísimos de ricas maderas

y primoroso herraje las leyes y pragmáticas, cortes, pleitos-homenajes y juramentos de fidelidad; el becerro de las Behetrias, muchas mercedes antiguas, testamentos de reyes, capitulaciones matrimoniales, derechos á Nápoles y otras coronas, transacciones y ajustes con moros y caballeros de Castilla, y las relaciones diplomáticas más antiguas con las potencias extranjeras; varias fundaciones, entre ellas la de San Lorenzo el Real, y muchos papeles pertenecientes al Patrimonio Real Eclesiástico, á concilios y otros materias canónicas á los maestrazgos de las órdenes militares, bulas de cruzada, subsidio y en fin otros documentos ricos y de mucha consideración é importancia. Todos ellos fueron extraidos del archivo por M. Guiter y conducidos á París en sus arcas por orden del emperador. Lo mismo aquí que en otras salas todo se violentó y atropelló; desquiciáronse puertas, rompiéronse alacenas y allanáronse en tales términos este y algún otro aposento, que solo las garduñas y lechuzas le escogieron para guarida durante algún tiempo.

De aquí subiendo algunos tramos por la misma escalera, se halla otro pasillo, por cuya derecha se entra en una sala grande, llamada Secretaría de Hacienda, con alacenas bajas y corredor, todo construído por el mismo orden que las del registro. Los papeles de las alacenas bajas pertenecen á la ya dicha secretaría de hacienda, á la de millones y media anata, los del corredor á la contaduría del sueldo más antigua. El techo es de bovedillas y el pavimento de ladrillo con luces más claras que las de las piezas precedentes.

Pásase en seguida á la Escribanía Mayor de Rentas, que sirvió mucho tiempo de cuerpo de guardia á los franceses, y de donde el mencionado M. Guiter sacó los libros de mercedes antiguas para conducirlos á París con la correspondencia diplomática. La armadura está hecha por el mismo orden y estilo que las anteriores, y los papeles de su corredor pertenecen á Contadores Antiguos. El techo es de bovedillas y el pavimento de baldosa pequeña raspa-

da para darle asiento, y unión que no puede mejorarse. A la parte del mediodía tiene un pequeño balcón voladizo, al que se sale por una puerta de hierro de sencilla pero excelente construcción, siendo de admirar el lienzo de esta parte por la unión de la obra vieja con la nueva.

Continuando la escalera interior se sube por ella al tercero y último piso, y al finalizarla á su derecha, se encuentra el cubo de Obras y Bosques que fué la pieza primitiva donde se pusieron los papeles que pudieron recogerse. Toda está armada con alacenas altas y bajas, y su excelente bóveda tiene en el centro las armas de la casa de Austria. Se percibe aún una cornisita ó friso al remate de las alacenas del corredor que parece indudablemente de Berruguete.

A la derecha se encuentra la Cámara de Castilla donde se custodian los papeles tocantes á las dos secretarías de este consejo y tribunal supremo desde el tiempo de los señores Reyes Católicos. De aquí se extrajeron para Francia varios legajos de hidalguías. La pieza es larga y clara con andenes de yeso, piso y techo de lo mismo, y á su entrada hay un balcón que domina bastante al Oriente.

Hállase en seguida otra pieza con los andenes, suelo y techo como la anterior; donde estuvieron colocados los papeles de las secretarías de Indias trasladados á la Casa de la Contratación de Sevilla para formar el archivo llamado de Indias. Posteriormente se han colocado en ella varios legajos de pleitos finalizados en el consejo real y otros libros de la contaduría del sueldo.

A continuación está la sala que se llama Barras de Hierro por ciertos barrones que parecen puestos para ligar y sujetar la pared y bóveda. Hoy se titula de Pesquisas y Averiguaciones, y contiene muchos documentos importantes de hacienda.—Los andenes y el suelo son iguales á los de las piezas anteriores.

Al remate hay otra sala ovalada llamada el Cubo de los Balcones, con los papeles del Patronato Eclesiástico. La figura es un octágono con andenes de yeso y suelo igual,

Tiene en el centro tres hermosísimos balcones voladizos, cuya vista es sin duda sorprendente, porque se percibe sin dificultad desde ellos toda la amena campiña de Valladolid poblada desde la salida del puente de la villa de arbolado, viñedo y graciosas casas de campo. Divísanse también desde allí las sierras de Segovia, Guadarrama y las de Avila á pesar de la gran distancia á que están, y por último también desde aquí se nota el punto de confluencia de los ríos Duero y Pisuerga que mezclan sus masas cristalinas á la inmediación de la Cartuja de Aniago, sitio deleitoso en primavera. Sin embargo aconsejamos al que tan delicioso paisaje haya de disfrutar que no vuelva su vista á la triste población de la villa, porque no puede darse desencanto mayor, y por fuerza hay que separar de allí los ojos en busca de las bellezas del cielo y de los campos.

Después se pasa á las salas 7.ª y 8.ª de hacienda que están al mismo piso. En la mayor de ellas, que es la octava, prendieron fuego al tejado los soldados franceses de la guarnición, y á pesar de la prontitud con que se acudió á cortarlo no dejaron de perecer muchos papeles, y estropearse otros, como es consiguiente en lances de esta naturaleza. Los estantes, suelo y techo todo es de yeso.

En seguida bajando por otra escalera interior de piedra no menos bien entendida y ejecutada que la anterior, desde el segundo ramal por dos ó tres escalones que hay á la derecha se desciende á un cuarto oscuro ó sea pasadizo; de este se pasa á otra sala bastante larga; á continuación y á la izquierda se halla otro cuarto bastante capaz, aunque escaso de luz, y á su salida y á la misma mano subiendo dos escalones se encuentra otra pieza grande dividida por medio. Esta y las anteriores están armadas con andenes de yeso, y componen entre todas las salas 5.ª y 6.ª de hacienda. Los suelos son de yeso y el techo de bovedillas.

Mas adentro de la última de las salas precedentes está el cubo de la corona de Aragón, de bastante local, con una bóveda de gran solidez, estantes de yeso, y suelo de ladrillo, donde hay papeles pertenecientes al título de su deno-

minación y de las secretarías de Aragón, Valencia, Cataluña, Mallorca, Menorca, Ibiza y Cerdeña, que también fueron conducidos á Francia en su mayor parte.

Retrocediendo de las piezas indicadas, después de subir los mismos escalones, á su frente hay otro cubo cuadrado por dentro, donde antiguamente estuvo la oficina de la pagaduría de obras y dependientes del archivo. En la actualidad tiene estantería de yeso y suelo de lo mismo, y está ocupado con papeles de la contaduría mayor.

Partiendo de este tránsito, al finalizar la escalera se pasa á una pieza grande, sin andenes de estantería con excelente bóveda, cornisa y suelo de jaspe, que da entrada á otra de igual extensión por medio de una portadita trazada con todo gusto, sobre la cual está el escudo grande de las armas reales abierto en piedra berroqueña con prolijo esmero.

Esta sala, que es la 4.ª de Estado, es propiamente regia por su construcción en las bóvedas, cornisas y pavimento de jaspe de colores. Dos grandes ventanas con rejas bien hechas, que miran al mediodía, la bañan de luz y de sol, y los estantes fabricados en el macizo de la pared en nada la desfiguran.

Pásase á continuación á la sala 5.ª de Estado, que es un cubo ochavado construído por el mismo orden y estilo que la pieza anterior, y en ambas se conserva la correspondencia diplomática con las cortes extranjeras, conducida á París al principio de la guerra de la independencia y devuelta después con las que contienen la 2.ª y 3.ª sala de este título. Los de la 1.ª no pudieron ser llevados, porque se trasladaron desde Madrid al archivo en 1816. Alcanzan hasta la muerte de Carlos III.

De todos los papeles conducidos á París fueron devueltos la mayor parte en 1816, excepto la correspondencia diplomática íntegra con aquella corte y otros interesantes instrumentos extraídos de diferentes negociados, cuya remisión no ha conseguido el gobierno á pesar de las reiteradas instancias hechas al intento en diversas ocasiones.

Desde las salas de estado altas y su recibimiento se pasa por la derecha á la escalera principal del edificio, toda de piedra perfectamente labrada, y obra maestra en el arte arquitectónico. Toda ella es espaciosa y clara, y está dividida en tres cómodos ramales.

A la izquierda de la galería del patio hay otra escalera principal toda de piedra también y excelentemente trabajada trazada en tramos bastante cómodos, concluída la cual se presenta otro tránsito como el primero pero sin arcos, si bien con grandes ventanas de antepecho. A la derecha está la capilla que sirvió á la fortaleza, bastante antigua, porque los adornos de las bóvedas son del estilo arabesco y entre las fajas ó cintas del techo se divisan algunas letras. El retablo que representa la Adoración del Señor es de mano regular.

Saliendo de la capilla, á la izquierda de la escalera hay una puerta grande de dos hojas que da entrada á la vivienda que tuvieron los secretarios del archivo en algún tiempo; pero escaseando el local por las últimas remesas de papeles, en 1826 fué preciso habilitarla dividiéndola en ocho salas bastante capaces. En las primeras seis se colocaron los papeles de la secretaría de Guerra y en las dos restantes los de Gracia y Justicia. La estantería, suelos, puertas, ventanas y vidrieras todo es nuevo.

Es ya muy escaso el local que falta habilitarse en el edificio para llenarlo todo de papeles, pues verificada la obra del último presupuesto hecho en el año de 1830, no podrán colocarse otros que los que hay aún en Madrid en las oficinas dependientes del gobierno hasta acabar el siglo anterior. El ampliar el archivo, como estaba premeditado en tiempo del señor don Carlos III, con otro nuevo edificio, á cuyo objeto se mandaron ir juntando algunos materiales en aquella época, es ya dificultosísimo, y por lo mismo tendrá el gobierno que pensar en ello con alguna anticipación.

Otras razones hay más poderosas si cabe en el orden moral para el mantenimiento y conservación de este depó-

sito venerando de nuestras glorias y grandezas, pues, aunque reducidas á tan breve espacio y compendio, sobrado alta y clara es la voz en que hablan á cualquier corazón generoso y verdaderamente español. Su importancia histórica por otra parte es grande á todas luces por las escenas diversas que han pasado en el recinto de sus murallas; y la prisión de los comuneros vencidos en Villalar, y el tormento y muerte del obispo Acuña á manos del feroz alcalde Ronquillo, componen un drama de extensas dimensiones y de vivísimo interés. Nunca estará de sobra en verdad el cuidado y la diligencia, cuando se trata de conservar estos monumentos famosos, páginas las más elocuentes de la historia de los pueblos.

Los trabajos, erudición y método del archivero don Tomás González que en 1815 vino á reparar todos los desórdenes y trastornos causados por la guerra, tuvieron el resultado aventajado y meritorio que era de esperar de sus luces y laboriosidad. El servicio que entonces prestó á su país fué grande de todas veras, y nos alegramos por nuestra parte de poder ofrecerle en esta ocasión nuestra buena memoria y sincero agradecimiento.

Por vía de apéndice insertamos á continuación las inscripciones y leyendas que hay en diversas partes del archivo.

APÉNDICE.

INSCRIPCIONES Y LEYENDAS QUE CON REAL ORDEN SE HAN PUESTO EN EL REAL ARCHIVO DE SIMANCAS.

Sobre la puerta de la entrada principal del archivo que está en el patio, en un elegante cuerpo de arquitectura fingido se ve escrito en letras de oro.

1.ª *Ferdinandus. VII. P. F. P. P. magnum.*
Castellae. Chartophilacium. injuria. temporum.
Saevaque. in. Gallos. belli. clade.
Pene. evulsum. in. novum. traxit. nitorem.
Sumptu. regio. anno. MDCCCXV.

Encima de las puertas de bronce que hizo Berruguete para el archivo de los testamentos de los reyes en el Rotundin, llamado Patronato Real Antiguo en una lápida de buen gusto se escribió en letras de oro.

2.ª *Vetustisimi. codices. Regii. Patronatus. hic. a Caroli. V. temporibus. custoditi. Gallorum. irruptione. Lutetiam. deportati. fuerunt. anno. MDCCCXI. Ferdinandus. VII. paterna. sollicitudine restituit. anno. MDCCCXVI.*

A la subida de la escalera principal en una tarjeta de elegante composición y adornos se lee la siguiente inscripción:

3.ª *Ferdinando. VII. Felici. Augusto.*
Una. Cum. Egregia. Conyuge. Josepha. Amalia.
Regium. Tabularium. Invisenti.
X. Kalendas. Augusti, Anno. MDCCCXXVIII.

En la mampara de la sala 4.ª de estado se lee:

4.ª *Sacramentum Regis abscondere bonum est.*

UNA VISITA AL ESCORIAL (*).

Mucho tiempo hace que ardía en deseos de visitar el Escorial, sin que las circunstancias particulares de mi vida me hubiesen permitido contentar esta natural curiosidad, que todos mis pensamientos y estudios contribuían á avivar y encender. No era una vana recreación de los sentidos, ni el ansia de respirar aires más frescos y benéficos que los abrasados de la capital, la que sin cesar me hacía volver la vista á las faldas del vecino Guadarrama; el pasto de la imaginación y del entendimiento, junto con los ecos del corazón, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos elocuentes, aunque mudos, y en el día desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo.

En aquel emporio del arte esperaba encontrar la expresión viva y animada de nuestra nacionalidad á fines del siglo XVI, y algún reflejo del sol de la monarquía que entonces brillaba en mitad de los cielos y que tan rápidamente se avecinaba al ocaso.

Ocupado en estos pensamientos me encaminaba este año al Escorial, y no acertaré á decir si fué más de alegría que de tristeza la impresión que recibí, cuando desde las

(*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 10.ª entrega.

áridas cuestas de Galapagar ví dibujarse sobre el fondo pelado y pardusco de las montañas las torres

Y el ventanaje del soberbio lienzo
Del templo augusto que ofreció famoso
Filipo en San Quintín á San Lorenzo.

Verdad es que se me cumplía uno de mis votos más ardientes; pero ¿en qué estado iba á encontar esta que si no puede llamarse la octava maravilla, con razón se cuenta entre las maravillas del mundo y puede apellidarse uno de los milagros del ingenio humano? No hace muchos años que un poeta ilustre decía de ella:

Que en destinos contrarios
Es palacio magnífico á los reyes,
Y albergue penitente á solitarios;

pero los solitarios ya no lo habitan y hace tiempo que la planta de los reyes no atraviesa sus umbrales.

Desde luego cautivó mi atención la perfecta armonía que guardaba la casa de los cenobitas con los lugares en que tenía su asiento y con el objeto de su instituto. Situada á media altura de la desnuda y difícil montaña, y dominando como señora los frescos verjeles de la Herrería y de la Fresneda, estaba en la actitud de un hombre que decidido á levantar su espíritu á las regiones de la meditación y del sentimiento, se despide de los huertos deliciosos de la llanura, y á la mitad de su penoso camino se para á cobrar aliento para mejor trepar á la montaña áspera de la abnegación propia. Ya sabía yo que la elección de sitio había sido objeto de la más viva solicitud del fundador, y que solo después de muy maduras deliberaciones habían merecido su aprobación las colinas que dominaban la entonces miserable aldea del Escorial; pero tan acertado acuerdo comenzaba á poner de bulto ante mis ojos su alto espíritu y rara capacidad.

Mi primer cuidado al apearme fué lanzarme en busca de la entrada y fachada principal del monasterio. Deseaba juzgar por mi mismo, en cuanto mis escasos conocimientos alcazasen, si eran fundados los cargos que había oído hacerle sobre la mezquindad que resulta de las medias cañas ó columnas empotradas, del numeroso ventanaje y de la desnudez general y excesiva. Ajeno casi por entero á los conocimientos profundos que sirven de base al arte difícil de la arquitectura poco peso debe tener mi opinión en tan arduas materias; pero los que de esta sencillez y severidad levantan un cargo al edificio, me parece que se olvidan de la significación y filosofía del arte. Si la conformidad con el objeto es la primera ley de todo el edificio, fuerza les será convenir que el aire grave y modesto del conjunto era lo único que podía decir bien con la austeridad y recogimiento monacal y con el carácter del fundador. En vez del palacio de los poderosos reyes de España vean el monasterio de San Jerónimo, y seguro es que su opinión se modificará.

De todos modos, y cualquiera que sea la impresión que resulte de la fachada, el soberbio Patio de los Reyes es digno preliminar de la suntuosidad de la iglesia y de las demás riquezas arquitectónicas y de todas clases de la fábrica. La trabazón, ajuste y buena correspondencia de que resulta gran hermosura, á pesar de que ningún mérito especial tiene la arquitectura que forma los lienzos del Norte, Poniente y Mediodía; las seis magníficas estatuas colosales de otros tantos reyes del Antiguo Testamento, y las dos gallardas y elegantes torres, forman un conjunto de todas veras sorprendente.

La Iglesia era el principal objeto de la obra de Felipe II, así porque con ella cumplía el voto ó promesa hecha á San Lorenzo el día de la victoria de San Quintín, como porque pensaba que sirviese de panteón regio estrenándola con el entierro y traslación del cuerpo de su augusto padre, que en su testamento le había dejado encomendada la elección del lugar de su eterno descanso. Así es que co-

mo advierte muy bien el P. Sigüenza (*) á ella van á parar como á un centro común, y están subordinadas todas las líneas y partes del inmenso edificio con tan exquisita armonía y tan completa unidad, que desde luego se conoce el particular amor y esmero del fundador y de los arquitectos. No ha sido ni es mi ánimo detenerme en la relación de sus partes y adornos de todos géneros, porque esto además de prolijo y poco necesario, habiendo tantas relaciones precedentes, extendería demasiadamente los límites de este artículo; pero me parece digno de advertirse que en este templo que anonada con su grandeza y debajo de su soberbia cúpula, es donde se concibe la inmensidad de la obra que emprendió y prosiguió con ejemplar constancia por espacio de treinta y ocho años uno de nuestros mayores monarcas.

Animado debía de ser el cuadro que presentaban no ya las cercanías del Escorial únicamente, donde tantos millares de hombres y de bestias sin cesar iban y venían con tan maravilloso orden y concierto como pudieran las abejas en una colmena, sino también otros puntos más distantes en que nacionales y extranjeros trabajaban de consuno para dar cumplido remate á tan atrevida empresa. En las canteras de jaspe, vecinas al Burgo de Osma, andaban sacando y labrando españoles é italianos los jaspes pertenecientes á la fábrica. En Madrid se hacía la obra de la custodia, el relicario y parte del retablo grande, y en Zaragoza se fundían y labraban las rejas principales de bronce de la iglesia y los antepechos que corren por lo alto de ella. En las Sierras de Filabres se sacaba mármol blanco, y en las de las Navas, y en Estremoz, y en las orillas del Genil junto á Granada, y en las sierras de Aracena y otras partes mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos y de cien hermosos colores y diferencias. En Florencia y en Milán se fundían grandes figuras de bronce para

(*) Historia de la orden de San Jerónimo, libro 4.º discurso XII.

el retablo y entierros. En Toledo se hacían lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. Al mismo tiempo se pintaban multitud de cuadros y de historias, los frescos de Peregrín de Peregrini, y de Lugueto; los admirables cuadros al óleo de nuestro insigne Juan Fernández de Navarrete, el *Mudo*, las no menos pasmosas iluminaciones de los legos Fr. Julián y Fr. Andrés de León; venían de Flandes otras innumerables pinturas de paisaje: cincelaba Juan Bautista Monegro sus hermosas estampas y se acopiaban libros riquísimos para llenar la magnífica biblioteca. No hablo aquí de las demás obras rurales ó pertenecientes á este género que en la Huerta, en la Fresneda y en el Quejigar se continuaban con singular empeño, ni menos de las fuentes, conductos, arcas de agua, fundiciones de todas clases, ornatos preciosísimos de Iglesia; solamente he querido presentar un breve resumen del aliento y calor que entonces recibían del rey, inmediato inspector de todo, las artes más nobles y más dignas de levantar el ingenio del hombre á pensamientos sublimes.

Era Felipe II asentado y grave en demasía en todos sus planes y propósitos para pagarse de relumbrones pasajeros y ceder á la necia vanidad de ostentar lujo y esplendor. La solidez, la claridad y el buen concierto y correspondencia de las partes forman la base de este edificio, en que sin embargo el pormenor más insignificante y abandonado al parecer descubre de muy lejos la magnificencia del fundador. Los anchurosos y bien trazados escalones de la escalera principal, las jambas y dinteles de las enormes puertas, las columnas de la bella galería llamada *de los convalecientes*, están labrados de una sola pieza, ofreciendo así líneas harto más puras y severas que si fuesen de materias más preciosas y careciesen de tan noble cualidad. En toda la obra se divisa la influencia de una inteligencia elevada y robusta, que con toda distinción abrazaba y clasificaba la portentosa unidad del conjunto y la no menos portentosa variedad de los detalles.

Cualquiera que fuese sin embargo la sencillez y llaneza

del fundador en todo lo perteneciente á los usos de la vida y á las exigencias de la vanidad, donde quiera que se trataba de dar realce y desarrollo á una idea general, todo venía estrecho á su grande ánimo. Buenos testigos de ello son las innumerables riquezas con que supo adornar la iglesia y todo lo adyacente, el lujo de los ternos y ornamentos, las estatuas de bronce de Pompeyo Leoni, la custodia de Jacobo Trezzo, los frescos de Lucas Cambiaso, los cuadros al óleo de Peregrín, del famoso Fernández de Navarrete, de Alonso Sánchez Coello, el Ticiano Portugués, y de Federico Zucaro; la exquisita labor, excelente diseño y riquísimas maderas de la sillería del coro, su librería numerosa y escogida, y por último, el maravilloso crucifijo de Benvenuto Cellini que está en el trascoro y sirve de digno remate á todas estas grandezas. El claustro principal que por andar á su alrededor las procesiones forma también parte de la Iglesia, contrasta con la extraordinaria desnudez de los laterales por los frescos atrevidos y vigorosos de Peregrini, que á tiro de arcabuz descubren la gran escuela de su famoso maestro Miguel Angel; por las estaciones ó retablos cerrados y pintados por dentro y fuera, obra del mismo, de Rómulo Cincinato y de los españoles Luis de Carvajal y Miguel Barroso, por los lienzos del *Mudo* que adornan el claustro alto, y por el bello templete de los evangelistas que está en el medio con sus fuentes y estatuas de Juan Bautista Monegro. Tal y tan grande era la afición de este monarca á las pompas del culto católico, cuya unidad simbólica representaba á sus ojos una idea luminosa de gobierno y de fortaleza, única que en el siglo XVI podía comprender su vasta y enérgica capacidad.

Sin embargo si á solo esto se redujese su magnificencia, á los ojos de aquellos para quienes el arte no levanta su voz mágica, pudieran pasar estos esfuerzos por hijos legítimos de un fanatismo poco ilustrado; pero el templo que levantó al saber en la suntuosa biblioteca, prueba que su alma estaba templada para comprender á su gran siglo.

Sabido es que uno de los objetos de su predilección fué fundar á la par del monasterio un establecimiento completo de educación, planteando y dotando competentemente un seminario destinado á la primera enseñanza, y un colegio destinado á la segunda, que han durado hasta nuestros días. Harto conocía que las luces y la verdadera religión se hermanan por una lógica y natural conformidad, y así es que no solo allegó para este gran depósito los libros propios de las ciencias eclesiásticas, sino que procuró convertirle en un centro común de cuantos conocimientos formaban entonces el patrimonio del entendimiento humano. Juntóse grandísima copia de manuscritos de la mayor antigüedad y respeto, griegos, hebreos, árabes, caldeos, latinos, y los pertenecientes á las lenguas modernas; aquí vino á parar la famosa colección del célebre historiador y diplomático don Diego de Mendoza; aquí se reunieron en crecido número devocionarios riquísimos y volúmenes de grabados y dibujos excelentes para entonces, que podían servir de guía y de ejemplo á los que hubiesen de abrazar tan difícil carrera; aquí vinieron á parar también el códice aúreo, joya inapreciable, no solo para la bibliografía, sino también para marcar los pasos del arte del diseño; el apocalipsi del apóstol San Juan con iluminaciones y figuras de gran precio para la historia del arte; y finalmente infinito número de globos, esferas, astrolabios, mapas, instrumentos astronómicos y geográficos de todas clases, y hasta modelos de embarcaciones. Por duro y pesado que se hiciese el yugo de este rey en los puntos de fe y de creencias, fuerza es confesar que no era uno de esos tiranos vulgares que se convierten en centro de todas las combinaciones, y para manejar y dominar mejor la situación tienden á igualar con su pequeñez el movimiento de los pueblos que rigen. Felipe II no ahogaba sino que procuraba encaminar á un determinado fin los elementos de progreso intelectual y moral que tanto bullían en España, y más bien acaudillaba que embarazaba la marcha general de las ideas. No debemos olvidarnos de que en su tiempo con instrucciones

en gran parte redactadas por él y escritas de su propio puño, acometió el ilustre Arias Montano la gigantesca tarea de su biblia políglota, monumento, único en su tiempo, de saber y de grandeza, así en el pensamiento como en la ejecución. A sus expensas también, y por encargo especial suyo, emprendió el Dr. Francisco Hernández, natural de Toledo, su viaje á las Indias Orientales, de donde volvió al cabo de cuatro años con quince tomos en folio, en donde traía pintados con sus propios colores y proporciones las plantas, animales y trajes de aquellas remotas regiones, y explicadas con gran orden y concierto sus virtudes, usos y condiciones (*). El rey acudió con larga mano á los gastos de esta importante obra, y la hizo encuadernar con el esmero y decoro que merecía. Y por último, para prueba de la tolerancia de este rey en todo lo que inmediatamente no se rozaba con las cuestiones de gobierno y con el orden establecido, baste advertir que Juan de Mariana escribió y publicó en su tiempo su libro *De Rege et regis institutione*, que poco después fué quemado en París por mano del verdugo, y que en determinados casos abogaba por el regicidio; sin que á su autor le viniesen por eso disgustos ni persecuciones de ninguna clase.

Excusado parece añadir que quien tanto honraba la sabiduría y los sabios procuraría aposentar sus obras de una manera digna de su poder y de sus altos pensamientos. Efectivamente la biblioteca del Escorial, al decir de nacionales y extranjeros, es uno de los monumentos más notables que se han levantado á la gloria de las artes y las letras. Muchos de los segundos han atribuído á Miguel Angel los admirables frescos de la bóveda; tan valiente y atrevida manera desplegó Peregrín en ellos. Aunque de género distinto no menos agradables parecen las compo-

---

(*) En el año de 1790 se reimprimieron las obras del Dr. Hernández en la imprenta de Ibarra, bajo la dirección del distinguido botánico don Casimiro Ortega.

siciones de Bartolomé Carducci que corren á lo largo de las paredes por encima de la estantería, alusivas á la clasificación de las ciencias representadas por otras tantas matronas en la clave de la bóveda, comenzando por la filosofía y acabando por la teología, dechado entonces de perfección y término de todo esfuerzo y estudios. Con estos bellos adornos cuadra la estantería de orden corintio tan bien concebida como labrada, y donde se emplearon las maderas más ricas y costosas que entonces se conocían como ácana, cedro, caoba, naranjo y otras varias que forman excelente concordancia con el pavimento y zócalo de mármol y jaspe, y con las mesas y demás adornos.

De esta hermosa colección, que aunque no tuviera otro mérito que el haber sido ordenada por el ilustre Arias Montano debería tener subido precio á los ojos de todos, consumió gran parte el desastroso incendio acaecido en tiempo de Carlos II. Allí perecieron la mayor parte de los manuscritos árabes juntamente con el estandarte del profeta que tomó en Lepanto don Juan de Austria; y á duras penas se pudo cerrar á las llamas el paso á la pieza principal donde están las pinturas de Peregrín y Carducci. Perdiéronse aquí grandes riquezas y originales que ha sido imposible reemplazar, y junto con ellos gran porción de instrumentos físicos y matemáticos.

Como según ya dejo indicado no es mi propósito dar menuda cuenta de las bellezas artísticas del edificio y prefiero hablar de aquellas cosas que más dan á conocer su índole y carácter, justo será decir algo del aposento del fundador. Si fuese necesario probar que su alma vivía en la región de las ideas y grandes hechos, bastaría la presencia de esta celda desnuda y pobre como la del último fraile para ponerlo de manifiesto. Hay un secreto impulso que hiela y comprime á vista de aquellas paredes blancas, de aquel friso de azulejos, de aquellas mezquinas alhacenas metidas en la pared, de aquella silla de simple terciopelo verde con la banqueta para extender la pierna mortificada de la gota, y finalmente, del aposentillo lúgubre y oscuro

que da vista al altar mayor, y donde sufrió su última y horrible enfermedad, cuya narración eriza los cabellos, con la constancia de un estóico y la resignación de un cristiano. Los padecimientos de Job en realidad no parecen sino símbolo y parábola incompleta de los de este monarca, que ni se quejaba ni disputaba sobre su inocencia, viendo su cuerpo consumido de podre, y que ni podían llegar á él, ni refrescarle, ni aliviarle en manera alguna. Ordenó que su hijo se hallase presente al darle la Extrema-Unción, y le dijo: «He querido que os halléis presente á este acto para que veáis en qué para el mundo y las monarquías.» Encargóle mucho mirase por la religión cristiana y defensa de la santa fe, y por la guarda de la justicia, y procurase gobernar y vivir de manera que cuando llegase á aquel punto se hallase con seguridad de conciencia: mandóse descubrir las llagas grandes que tenía, y le dijo: «Ved, hijo, cómo trata el mundo y el tiempo á los reyes, y la igualdad con que padecen todas las miserias á que está sujeto todo hombre, y considerad que aunque yo he vivido con el cuidado que me ha sido posible de cumplir con mis obligaciones, aquí me ha castigado Dios hartas faltas que debo haber hecho, con lo que ha sido servido que padezca, y allá no sé como será; mirad qué hará á quien se derramare más;» y mostrándole tras esto un crucifijo y una disciplina llena de sangre, le dijo: «Con este crucifijo murió, hijo, vuestro abuelo el emperador, mi señor, tan católico como yo, y con su ayuda acabó; haced vos lo mismo reverenciando esta santa imagen de Dios como lo debéis é hicimos su majestad y yo, y mereceréis las mercedes que puede haceros; y esta sangre de esta disciplina no es mía sino del emperador, mi señor, y yo ejercite mal este bien, pero hela guardado porque además que es nuestra, aprovecha para que nos acordemos de que nosotros, mejor que nadie, tenemos necesidad de derramarla en esta forma; tomad y guardad estas reliquias teniéndolas en mucho, y quedad con Dios, bendecido de El como de mí:» y bendiciéndole como pudo le dejó y no le vió más.

He copiado este cuadro tan sencillo como enérgico del libro de Baltasar Porreño, titulado: *Dichos* y *hechos de Felipe II*, persuadido de que darían harto mayor idea sus palabras que no las mías de este extraño carácter que con la muerte cobraba, si cabe, mayor realce, como con un cristal de aumento. Carácter que con un sello indeleble está grabado en todas y en cada una de las partes del edificio, página en mi entender tan viva y elocuente de su historia y de la historia de la nación, que tengo por incompleto cualquier estudio que se haga sin tenerla á la vista. Ni concluye en su reinado, pues sucesivamente la piedad de los reyes fué adornando y embelleciendo este monasterio con los lienzos admirables de Velázquez, Zurbarán, Carreño, Pantoja y Coello, y con los frescos de Jordán; que si bien incorrectos en su dibujo, con razón asombran por su imaginación riquísima, composición clara y atrevida, variedad infinita de escorzos y posturas, valentía en los términos, y sobre todo, por su fecundidad y lozanía inagotable. De manera que allí patente se ve el vigor y decadencia en el arte, compañero del vigor y decadencia en la monarquía, pues para que ni aun contrastes falten á esta obra, al lado de la severidad magnífica y solemne del rey que solo gastaba en su casa cien mil ducados, se ven los púlpitos chillones y de perverso gusto y mezquino primor, mal pegados á la iglesia en tiempo del último monarca, que por su parte distaba tanto del fundador como su obra de los entierros reales y del retablo principal.

Si esta obra pasa con razón por una de las más nacionales, por la más nacional quizá de España, pues ninguna mejor ni más completamente que ella refleja la fisonomía de aquel tiempo en que puesta debajo de la mano de Felipe II figuraba un cuerpo compacto y bien ligado; claro está que es deber muy estrecho de los que rigen sus destinos conservarla á toda costa. Mala cuenta darían de su encargo los que se olvidasen de que las naciones viven en su parte moral que no se despierta sino á vista de los grandes pensamientos y de las acciones elevadas. Si prescinden de

las necesidades intelectuales de sus pueblos, otro tanto valdría que gobernasen un rebaño de animales. Abandonar el Escorial á la mala suerte que ha comenzado á caberle con tanta injusticia como responsabilidad de los que pudiendo remediarlo no lo han hecho, equivaldría á proscribir tácitamente en España todos los impulsos nobles del corazón y del entendimiento; equivaldría á ajar el resto de dignidad y noble orgullo, que heredado circula en nuestras venas á despecho de la suerte: equivaldría finalmente á cegar una fuente de riqueza material privando á los extranjeros de este estímulo para visitar nuestro país, dejando en él su dinero y cobrando estimación á un pueblo que si ha caído de la rueda instable de la fortuna, todavía no ha abdicado por entero su antiguo carácter. Harto importante papel se han arrogado los intereses para que el culto de los sentimientos y de las ideas ande tan tibio y abatido y desamparado de los pocos hombres capaces de apreciarlo.

El gobierno debe pensar en resolver con acierto el problema de la conservación de este joyel inestimable, cifra de nuestra pasada grandeza. En mi opinión no hay más que un medio, que es establecer en el edificio una corporación que con espíritu de tal lo cuide y mantenga, cualquiera que su nombre sea, que en punto á nombres no es regular pararse ni asustarse, tratándose de un asunto de tanto interés: de lo contrario la degradación sucesiva del edificio es inevitable. Ni en la diligencia del administrador del real sitio, ni en el estrecho círculo de sus escatimadas atribuciones cabe el atender á tan vasto cargo, ni reparar todos los quebrantos. Gotera que se remediaba con cortísimo desembolso, mientras va el parte, viene la orden, se forma el presupuesto y se apuran los trámites oficinescos, levanta ya considerable costo, si no ha hecho daños irremediables. Unas cuantas han acabado con el techo de la galería de batallas pintado de bellísimos grotescos por los hermanos Bergamascos, Fabricio y Granelo, y si en la bóveda de la escalera principal se abriesen algunas (cosa muy natural atendido el ventarrón casi contínuo) á poco que se descui-

dasen darían en el suelo con los celebrados frescos de Jordán. Ya en el día, en un abandono deplorable se empolva, reseca y descascara la famosa cena del Ticiano que está en el refectorio, y hace años que la torre del ángulo de mediodía y poniente rajada y ladeada amenaza mayores daños. Yo he sido testigo más de una vez del celo del actual administrador; pero además de tener las manos atadas, raya en imposible que la diligencia de un solo hombre pueda vencer tantas dificultades. En una palabra, creo dificilísimo que el Escorial se conserve sin una corporación que lo cuide y habite.

Al hablar de este viaje que ha dejado en mi alma impresiones hondas y duraderas, me he creído obligado á dar mi pobre opinión y desinteresado consejo al gobierno, opinión y consejo de que participan cuantos hombres celosos del nombre español he oído hablar de este asunto. Con él está ligada más íntimamente de lo que muchos creen la honra de la nación, pues cuando blasonamos de amigos de las luces y de la regeneración de nuestro país, sería ponernos en notable desacuerdo con nuestros propios principios, dejar venirse al suelo este monumento depositario de tantos nombres ilustres, muestra del gran ingenio de Juan Bautista de Toledo y de Herrera, y de la capacidad y poderío de Felipe II (*). Estas páginas de la historia del mundo, escritas no con sangre sino con los caractéres luminosos de las artes, encierran más elementos de civilización y de

---

(*) «Fué (Felipe II) diestrísimo en la geometría y arquitectura, y tenía tanta destreza en disponer las trazas de palacios, castillos, jardines y otras cosas, que cuando Francisco de Mora, mi tío, trazador mayor suyo, y Juan de Herrera, su antecesor, le traían la primera planta, así mandaba quitar ó poner ó mudar, como si fuera un Vitrubio ó Sebastiano Serlio: alcanzó tanto en esta facultad que excedió á los más peritos de ella; y por ser tanta su destreza y afición, tenía mi tío todos los días una hora determinada para acudir á la consulta de las trazas con su majestad, que fué inclinadísimo á edificar como lo manifiestan las innumerables obras que hizo.»—Porreño.—*Dichos y hechos de Felipe II*, cap. IX.

adelanto que otras muchas teorías y sistemas, cuyo único mérito consiste principalmente en no haberse ensayado en el teatro de la experiencia. Creaciones que con tanta claridad interpretan y desenvuelven los axiomas del sentimiento, son de todos tiempos y lugares y tienen hecha la prueba de su nobleza y aun de su utilidad. El Escorial por ambos conceptos merece la afición de todos los españoles; tanto valdría arrancar de la historia y de la memoria de los hombres las jornadas de Lepanto y de Pavía, como dejar apagarse esta antorcha resplandeciente del gran siglo XVI.

BOSQUEJO DE UN VIAJE

A UNA PROVINCIA DEL INTERIOR (*).

I.

Muchas son las plagas y desdichas que aquejan á España; pero una de las mayores consiste en los extraños juicios que fuera de sus confines se forman siempre que se trata de sus usos y costumbres, de su cultura y sus artes, y sobre todo de la índole de sus habitantes. Extranjeros que, sin fijar apenas su atención y como de pasada, visitan las costas y países del Mediodía, se empeñan en no ver en los españoles sino árabes, un si es no es amansados y dulcificados por el cristianismo, pero árabes en fin bravíos todavía y feroces, que no viven en tiendas por la sencilla razón de parecerles más cómodas las casas, ni beben la leche de sus camellas por la no menos sencilla de no haberlas. Algunos otros (si bien muy contados) que cruzan las provincias Vascongadas y observan la noble altivez de los caracteres, la patriarcal sencillez de las costumbres, la limpieza, comodidad y alegría de las viviendas, y su estraño cuanto sabio régimen interior, regalan á la nación entera estos preciosos dones, y á sus ojos la España es la patria y natural asiento de las libertades municipales, de las más respetables tradiciones históricas y de los usos más apacibles y benignos que imaginarse pueden. Por este raro mecanis-

(*) Publicado en *El Sol* en Febrero de 1843.

mo viene á resultar en último caso, que á no ser por una de sus muchas anomalías andaría la Península aderezada con su turbante, que no habría más que pedir; ó cuando no, se sentaría debajo de los árboles á elegir un gobierno y á danzar como los hijos de Guillermo Tell. Esto es España en la boca y obras de los concienzudos viajeros modernos. ¿Qué hacen de todas las provincias del interior y de su parte más occidental? ¿O no son para ellos España Castilla la Vieja, Extremadura, el reino de León y el de Galicia? ¡Raro suceso y ligereza inconcebible! ¡Olvidarse al tratar de una nación de los países que han sido cuna de su libertad y de su monarquía, y hablar de su espíritu, costumbres y creencias sin tener en cuenta la patria de Pelayo, de Jovellanos y de Feijóo. *¡C'est ainsi qu' on ecrit l' histoire!*

Por lastimosa cuanto perjudicial que sea para nosotros tan errónea opinión harto arraigada en Europa para nuestro mal, fuerza es confesar que sus autores merecen alguna disculpa. Hasta el día han sido tan escasos los medios de transporte y tan pocas las comodidades, que sin duda se necesitaba superior estímulo para arrostrar tamaños inconvenientes, y todo el mundo sabe que encaminándose generalmente los viajes más á la diversión que á la enseñanza, son muy contados los que se avienen con privaciones y estrecheces, propias más bien de peregrinos devotos que no de profanos y curiosos observadores. Por otra parte, acostumbrados al espectáculo de naciones ordenadas y compactas, ya por haber pasado encima de ellas el nivel revolucionario, ya por la energía y ciencia del gobierno que extendiendo su acción con igualdad y prontitud sabe asimilarse aun sus más discordes elementos, poco tiene de estraño que clasifiquen y juzguen por inducción al pueblo español, sin comprender los vivos y fuertes matices en que se reparte y *degrada* su nacionalidad.

De las grandes comunidades europeas tal vez la nuestra es la única que presenta el ejemplo de un conjunto formado sin la fusión de las revoluciones ó de las conquistas,

pues harto sabido es que los reinos en que antiguamente se dividía la Península ibérica han venido á reunirse bajo la mano y gobierno de un solo monarca, más por enlaces y alianzas que no por guerras y sumisiones forzadas. En esto consiste la poca eficacia de los vínculos que atan los miembros de este cuerpo; en esto las notables y profundas diferencias de sus provincias que tan curiosas y dignas de observación las hacen á los ojos del filósofo y del artista; pero que tan doloroso síntoma de indisciplina é individualismo ofrecen en una época de concentración moral y material; y por último, esta es la explicación de los yerros que cometen la mayor parte de los escritores estraños, siempre que para castigo de nuestros pecados nos toman por su cuenta.

Esta es su excusa; pero ¿cuál será la nuestra cuando con tanta incuria y abandono tratamos los legados de nuestra historia y las tradiciones de nuestros padres? ¿Con qué específico podremos paliar este síntoma aflictivo, este cáncer tremendo, pudiéramos añadir con más exactitud aún, que así ataca y corroe las entrañas mismas de nuestra nacionalidad? No somos de los que llevan al campo de los hechos y de las cuestiones prácticas las ilusiones del deseo ó los colores de la imaginación, ni pedimos á un pueblo que todavía lucha con los dolores de su parto político, los grandes esfuerzos y duraderos monumentos que solo nacen de la paz y de la fuerza para crecer en el regazo de la verdadera y sólida cultura; pero entre tantas publicaciones como ven la luz del día, sin que sus ojos sean por cierto muy dignos de nuestro noble sol, ¿no se podían tener en cuenta nuestros recuerdos y las condiciones de nuestra índole individual? Esta infinidad de periódicos *artísticos y literarios* que sin más norte que una ganancia inmediata y ruin se han ocupado en traducir á roso y belloso, ¿no podían adoptar siquiera una base nacional é indígena y cultivar nuestros gérmenes naturales sin empeñarse en aclimatar plantas que constantemente rechazará nuestro suelo? ¿Tan poco digna de respeto es la bandera especial del

pueblo español, tan menguado su sentimiento íntimo, que así se deja arrinconada aquella entre las inútiles antiguallas y así se tuerce y desnaturaliza este, como si fuese menester buscarle fuera pujanza y vida con que existir y desarrollarse? La mayor parte de las publicaciones españolas, con leves y muy honrosas excepciones, prescinden de nuestra historia y de los monumentos de nuestras artes: de real orden se ha demolido y demuele, y cuando no, se deja caer lo que en pie queda después de tantas guerras y trastornos: lo pasado va hundiéndose en las tinieblas eternas del olvido: lo presente nos aflige y desconsuela: el porvenir está preñado de incertidumbres y temores, y sin un esfuerzo de las inteligencias elevadas y de los corazones generosos pronto nos veremos como un bajel que encalla en una playa inhospitalaria y desierta.

Un viaje emprendido en este año desde la capital solo por motivos de salud y esparcimiento del ánimo, nos ha inspirado todos estos pensamientos. De paso por Palencia, León y Astorga, hemos procurado observar lo que quedaba de su antigua grandeza, y al llegar á las risueñas montañas del Bierzo, término de nuestra peregrinación, debemos decir en obsequio de la verdad que más acopio habíamos hecho de tristes ideas que no de sensaciones halagüeñas. ¿Quién habla en el día de la catedral de León y de los conventos de San Isidro y San Marcos? ¿Quién después de Ponz ha vuelto á mentar la iglesia de Astorga con el asombroso retablo mayor, obra de Gaspar Becerra? ¿Quién antes ni después se ha acordado de este rincón maravilloso del Bierzo, de las raras propiedades y milagrosas riquezas de su suelo, de sus agraciados paisajes y variadas perspectivas, de sus interesantes monumentos y del sin fin de recuerdos que encierra? El padre Flórez en su *España Sagrada*, ha recogido datos y noticias preciosas, pero que al cabo apenas tienen relación sino con la historia y arqueología; y desde entonces todo ha quedado en silencio. Lástima grande por cierto, pues las artes y las ciencias á la par podrían sin duda ensanchar su esfera registrando este país

hasta el día olvidado si no ya desconocido. Tal vez la estraña formación de los montes y la disposición poco común de los terrenos harían dar un paso más á la geología en su nueva y gloriosa carrera. Tal vez la mineralogía ganaría algo en sus relaciones con lo presente y lo pasado, reconociendo el depósito inmenso de metales que encierran estas montañas y observando los gigantescos trabajos con que los romanos supieron beneficiar las ricas minas de las Médulas, abandonadas en el día, aunque probablemente no agotadas. Acaso en la cumbre de estos cerros y en sus valles escondidos, un nuevo Lagasca encontraría medio de abrir á la España otro manantial de riqueza. Pero aun cuando por semejante camino nada llegase á adelantar el entendimiento humano, de seguro podría enriquecer su herencia en otros puntos no menos capitales. De seguro la arqueología encontraría ocasión de emplearse con provecho en el examen de los diversos objetos hallados en las ruinas de las poblaciones romanas. De seguro daría por bien empleado su tiempo y su trabajo el arquitecto que estudiase los restos que del género lombardo nos quedan todavía, y sobre todo la curiosísima iglesia de Peñalva. Y por último, el pintor que dibujase las vistas de las Médulas, del apacible y hermoso lago de Carucedo, de la cuenca deliciosa de Vilela y del campestre anfiteatro de Corullón, de la frondosa ribera de Bembibre y de las fértiles orillas del Sil, si á esto añadía la perspectiva de sus castillos y conventos colgados unos sobre el abismo, señoreando otros lindas colinas, y otros por fin asentados en verdes y risueñas llanuras, conocería que dentro de nuestro país hay sustancioso y delicado alimento para la imaginación, y que en emanciparle de los eternos lagos de Suiza y de los no menos eternos monumentos de Italia, se le haría un servicio no pequeño.

De lo que no ha muchos años permanecía en pie, ha desaparecido ya gran parte; otra no menor de lo que resta está para seguirlo muy en breve. En cuanto á nosotros, que hemos nacido en el regazo feliz de esta tierra, y pasa-

do en ella los alegres días de la infancia, y los no tan alegres de la primera juventud, hemos creído justo dedicarle este leve testimonio de nuestro amor y recuerdos. Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará á una playa extranjera dentro de poco (*); tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin que para ellos haya primavera vivificadora: ¡extraña manía la del pobre entendimiento humano que á toda costa quiere dejar estampada su huella en la arena movediza de su camino!!!

De los pueblos que hasta ahora han aparecido en el Bierzo para eclipsarse en seguida, el romano es el que ha dejado vestigios más indelebles por la extraordinaria energía de que estaba dotado y los grandes pensamientos que abrigaba. Como frontera de los indomables Astures, como punto de comunicación con Galicia; y en fin como emporio de la mayor riqueza mineral que en aquellos tiempos se conocía, conservaba esta tierra con el esmero que dan á entender los trozos de sus vías sembrados aun por varias llanuras, la línea eminentemente militar de fuertes que se extendía hacia Asturias y la cuidadosa elección de sitios para edificar sus poblaciones, que todas podían rápidamente comunicarse por medio de humaredas y lumbradas, telégrafos eternos, hijos de la naturaleza y propios de todas las edades.

A la izquierda del pueblo de Pieros, caminando á Galicia, se encuentra una espaciosa colina que desde luego cautiva la atención del viajero, porque todas las de los alrededores tienen la figura cónica más ó menos pronunciada, al paso que esta aparece truncada y con una bellísima esplanada en su cima. Crece la curiosidad y el interés al verla

---

(*) Demasiado pronto se realizó este melancólico presentimiento. El autor salió á los dos años de España con una honrosa comisión del gobierno, y á los tres murió en el extranjero víctima de su aplicación, sin volver á pisar el país que le vió nacer.

rodeada de algunos fragmentos de muralla vestidos de yedra, vides y zarzas, que parecen empeñados en contener el sucesivo y forzoso desmoronamiento. Son sus laderas fértiles viñedos que crecen en una tierra rojiza de muy buen tono y efecto, y descienden á las riberas del Cua y del Burbia por ambos lados en plácido y manso declive. En esta eminencia estaba situada la ciudad de *Belgidum*, capital de todo el distrito que de ella tomó su nombre y que Antonino menciona en su Itinerario, señalando la ruta desde Braga á Astorga. La distancia á que pone esta ciudad del pueblo en cuestión, los pedazos de muro que se ven en su circunferencia y las medallas, monedas, lámparas, instrumentos de labranza, lápidas y armas que en él se han encontrado, manifiestan claramente su estirpe romana.

Aunque desde cualquiera parte de su falda que se mire esta extraña colina al punto se conoce su hermosa situación, pues en el corazón de un país rico y variado se dibuja sola y orgullosa sobre el fondo del cielo, todavía se experimentan al llegar á su cresta sensaciones tan nuevas como deliciosas. Era una tarde de Julio, cuando en compañía de dos amigos de aquellos que sin duda por su precio concede tan escasamente el cielo, subimos á ella. Un viento fresco del poniente movía las vides sobre los escombros del templo de Baco; el cielo estaba claro y diáfano; solo unas nubes de color de plomo con vivas franjas de púrpura servían de lecho al sol que se ponía. A nuestros pies teníamos la villa de Cacabelos; el Cua que corría por entre sotos y arboledas fresquísimas, y la grande y blanca mole del monasterio de Carracedo. Un poco más adelante Ponferrada cubierta en gran parte con su magnífico castillo de Templarios se extendía por un hermoso altozano, y muy cerca de ella se alzaban iguales como dos gemelos los Castros de Columbrianos y San Andrés, antiguos campos atrincherados de los mismos cuyo polvo removíamos á la sazón con nuestras plantas. A la derecha se desplegaban la cordillera altísima de la Aguiana; el Sil centellante como una serpiente de escamas de oro á los últimos resplandores del

sol se deslizaba besando su falda, y al paso en su orilla derecha llana y sosegada se esparcían las praderas de Villaverde y Dehesas. En la izquierda ya más quebrada y pintoresca veíase desembocar el río Oza por la vega de Toral de Merayo. Rimor enclavado en un angosto valle, Priaranza vistosamente asentado en la cuesta; el castillo de Cornatel semejante á un nido de águilas colgado sobre un horroroso precipicio, y por último término las tajadas cárcabas y caprichosos picachos encendidos de las Médulas que á lo lejos parecen vivas llamas sin cesar alimentadas por una mano invisible. A nuestra espalda, aunque más reducido, no era menos agradable el paisaje. La cuenca deleitosa de Vilela dilataba á orillas del Burbia sus huertas y prados, sus campos de trigo y sus castañales, y á su frente en un recogido seno de los montes subía en lucida y desordenada gradería con sus higuerales y vergeles el pueblo de Corullón coronado por un antiguo y alto castillo. Describir ahora todos los accidentes, la diversidad de tonos y la variedad de contrastes de este riquísimo paisaje excedería los límites de un bosquejo: baste decir que el paisista más exigente no tendría motivo para quedar descontento.—La plataforma tendrá como 2000 varas de circunferencia. Su figura es ovalada más que redonda, y desde ella se registra y domina todo el país.

Cuando bajamos de este maravilloso mirador donde nuestro silencio habló más que nuestras palabras, versó naturalmente la conversación sobre aquel pueblo de reyes que Dios mostró sobre la haz de la tierra para que la domeñase y juntase bajo su mando y disciplina, y de esta suerte preparada, recibiese mejor y más prontamente la divina luz del Evangelio. La sola elección del terreno en que fundaron á Belgidum, prueba muy bien la audacia de sus pensamientos y el poder de sus medios; porque la montaña debió de ser rebajada en su mitad para dejar su espaciosa mesa en el estado en que hoy se ve. Como centro administrativo y militar, nada deja que echar de menos al deseo; como punto á la vez saludable y pintoresco, apenas la

imaginación acierta á trazárselo mejor, y no titubeamos en decir que si del lado del norte en vez de los montes monótonos y cerrados que en el día se levantan, encontrase la vista la inmensidad del mar, sería sin duda uno de los más hermosos puntos del globo.

Belgidum resistió á las invasiones de los pueblos del norte y sin duda pereció en la irrupción de los árabes. Según el padre Flórez duraba todavía en tiempo del rey suevo Teodomiro, y una rarísima medalla que inserta del rey Sisebuto, manifiesta que aún existía en el siglo VII. Cuando después de la restauración de la monarquía, se vuelve á mencionar este pueblo, ya se trata de su reedificación. Vivos los recuerdos y tradiciones de su grandeza, y prendados los reyes de su bella situación, intentaron varias veces restaurarlo, pero los monjes Bernardos de Carracedo se opusieron vigorosamente y compraron del rey Fernando II y de su hijo don Alfonso IX la seguridad de que jamás se reedificaría. Don José Fernández Carús, abogado de Ponferrada, sujeto de instrucción y talento nada comunes, conserva en su poder una copia de estos documentos que no dejan de ser curiosos. Nada tenía de extraño en verdad que los religiosos con tal viveza solicitasen la perpetua desolación de aquel lugar, porque además de pertenecerles su terreno, facil era de columbrar que el nuevo pueblo crecería como la espuma y bien pronto menguaría su autoridad y poder.

Villafranca á despecho de una situación infelicísima se había ido formando poco á poco al calor que le daba el tránsito extraordinario de peregrinos extranjeros que por el camino francés iban á adorar las reliquias del apóstol Santiago, y es seguro que el *Castro de la Ventosa* (nombre con que olvidado entre el vulgo el Romano, había comenzado á designarse el collado de *Belgidum*) hubiera caminado con rápidos pasos por la senda de las mejoras y del engrandecimiento.

En este sitio se escribió durante la guerra gloriosa de la independencia una sangrienta si no principal página de

su historia. El general inglés Moore, acosado en su retirada más que por las fuerzas del mariscal Soult por la indisciplina de su propio ejército, paró en Pieros el 3 de enero de 1809, resuelto al parecer á hacer rostro al enemigo. Envió más allá de Cacabelos cuatrocientos tiradores y otros tantos ginetes; ocupó el Castro de la Ventosa, asentó una batería en la cuesta del camino real que media entre aquel pueblo y Villafranca, y en esta actitud aguardó á los franceses.

Al frente de su vanguardia venían unos cuantos escuadrones mandados por el hermoso y gallardo general Colbert. Receloso algún tanto del número del enemigo y de su ventajosa posición, mandó á pedir refuerzo al mariscal; pero este le contestó secamente que avanzase sin aguardar á más. Herido en lo vivo con semejante respuesta, arremetió Colbert con furioso arranque, atropelló y volcó cuanto encontró al paso y desembocó como un torbellino por el puente del Cua. Los ingleses que en esta embestida no cayeron prisioneros, se reunieron al punto á los que la previsión de su general había apostado en los viñedos que ciñen por ambos lados el camino, y rompieron un vivo fuego á quema ropa. La artillería comenzó á jugar por su parte, y los aldeanos que con sus párrocos se habían encaramado á las alturas vecinas y que desde la guerra de sucesión tal vez no habían oído disparar un fusil, aguardaban con la consternación pintada en el semblante el desenlace de aquel sangriento drama. Con el repentino y mortífero fuego que sufrían por el frente y los costados desconcertáronse y arremolináronse un poco los franceses. Colbert caracoleando en su caballo, expuesto á las balas, á cuerpo descubierto y con el semblante colorado por la ira y el despecho, comunicaba las órdenes oportunas, exhortaba á todos con la voz y con el ejemplo, y para aparentar la calma y sangre fría que distaban de su agitado corazón, acariciaba una perra de aguas que no se apartaba de su lado. Algunos de los asustados espectadores de esta escena que con la ayuda de los anteojos podían observarla minuciosamente, convienen en que la briosa aptitud, denuedo y distinguida be-

lleza del oficial francés merecían un pincel inspirado. Ordenados los suyos por fin, volvió á la carga con temerario arrojo y se encaminó en derechura á la batería; pero al llegar á la cuesta cayó muerto. Sobrevino á poco la división de infantería del general Merle, pero la batería que sin cesar jugaba y la noche que se venía encima á más andar, le estorbaron pasar adelante. Recogió, pues, el cuerpo de su malogrado y gentil compañero, y acampó á la falda de aquellas eminencias.

Moore en cuanto entró la noche reconcentró sus fuerzas en la esplanada del Castro de la Ventosa, armó porción de tiendas, encendió sus fuegos, y pareció dispuesto á mantener sus posiciones en el siguiente día. Los nietos de César pudieron oir entonces desde sus sepulcros el relincho de los caballos britanos, y los acentos de la lengua del norte resonaron en los mismos sitios que habían escuchado los versos de Virgilio y las cláusulas de Cicerón. A las pocas horas el general inglés mandó cebar de nuevo las hogueras, y sin alzar las tiendas emprendió con tanto sigilo su retirada, que las rondas del ejército francés solo al amanecer la conocieron, cuando ya les llevaban considerable delantera. Trece días más tarde exhalaba sir John Moore su último aliento en la Coruña, después de haber peleado noblemente y salvado los indisciplinados restos del ejército que su país le confiara.

Este es el último suceso notable de que ha sido teatro el antiguo *Belgidum*. En el día ya son muy contados los trozos que quedan en pie de la muralla que ceñía la plataforma. De los edificios nada absolutamente se conserva, ya por haberse empleado el terreno en viñas, y ya más especialmente por el abuso de autoridad de los monjes de Carracedo, que, según informes de personas respetables, demolieron á fines del siglo pasado lo poco que todavía restaba, para utilizar la piedra. De sus reliquias se guarda aún en uno de los patios del monasterio un magnífico pilón de piedra berroqueña de una pieza, con un genio sobre su pedestal que tiene asidos dos cántaros. El color de la pie-

dra y la corrección del dibujo claramente dan á conocer su origen. El tazón tendrá como seis varas de circunferencia.

Del camino que conducía desde Belgidum á *Interannium Flavium* y Astorga, y al mismo tiempo lo ligaba con los fuertes ó campos atrincherados que estaban sobre Columbrianos, San Andrés de Montejos y Finolledo, perseveran todavía trozos muy lucidos en el campo de San Bartolo, junto á Cacabelos, á la vera de la dehesa de Fuentes-Nuevas, y entre los pueblos de Cortiguera y Cubillos. Estos fuertes conservan todavía con poca alteración el nombre latino, pues á todos los llaman *Castros*. Perfectamente enlazados y en situación eminentemente militar, sin duda estaban destinados á celar y guardar la frontera de los belicosos Astures, y á mantener el país en obediencia. Aun desde lejos se nota una especie de corona alrededor de su cumbre, formada por sus fosos y trincheras que en lugares altos, poco frecuentados y menos expuestos á la acción de los raudales llovedizos de invierno, han podido mantenerse sin graves alteraciones. En alguno de estos picos se distingue claramente todavía un recinto cuádruplo de cavas y paredes.

La construcción parece ruda y puramente bélica. El terreno está por nivelar, y las piedras medio enterradas que guardan la forma de muro, no tienen liga ni argamasa de ninguna especie. La vista que desde estas alturas se descubre, se acomoda á la naturaleza del sitio: pues si bien de la parte de la llanura presenta una prespectiva risueña y agradable, del lado de los montes solo ofrece un paisaje silvestre, solitario y oscuro.

Por lo que hace al pueblo de *Interannium Flavium* que el Itinerario de Antonino sitúa en el Bierzo, solo por conjeturas se puede venir en conocimiento de él. Vadeando el Boeza frente á la ermita de San Blas, y caminando á Molina Seca, se encuentra á la izquierda un sitio llamado vulgarmente el Castro, plantado en el día de viñedo, pero que pudo muy bien ser en otro tiempo la Interannium de que nos habla el itinerario. El cultivo de las viñas que en todo el país es esmeradísimo, ha alterado algún tanto la forma

rigurosa de cono truncado en cuya planicie debió de estar la población; pero todavía se conoce claramente. Desde Belgidum se divisa también este sitio, y los que hayan observado el cuidado con que buscaban los romanos esta circunstancia que tanto favorecía su sistema de comunicaciones rápidas y seguras, no dejarán de dar importancia á este dato. Por otra parte la cualidad de *interanniense* ó entre ríos, cuadra perfectamente á este terreno por hallarse situado entre el Boeza y Valtejada. Y últimamente, la distancia á que el itinerario lo coloca de Astorga, puede ser muy bien la que conviene á nuestro propósito, pues si es cierto que por el camino actual median entre ambos puntos algo más de ocho leguas, no lo es menos según todas las probabilidades, que la antigua vía romana no seguía la misma dirección sino la de Parada-Solana, que á la ventaja de mayor suavidad y abrigo reunía la de ahorrar distancia; en cuyo caso parece natural que fuera esta la que señala el emperador de treinta millas ó siete leguas y media. Sentimos que semejantes conjeturas, en nuestro entender no desprovistas absolutamente de fundamento, no encuentren más sólida confirmación en algún monumento arqueológico que las diese mayor grado de consistencia; pero de todas maneras el objeto de este trabajo se lograría por entero, si la curiosidad de los inteligentes se despertase y se corrigiesen en provecho de la ilustración general los yerros que en él se hayan cometido (*).

(*) Noticias posteriores y una inspección más detenida del terreno, nos han dado una certidumbre moral de que el pueblo en cuestión no podía ocupar otro sitio. Por una coincidencia singular ningún cerro del Bierzo se apellida Castro sino los que tuvieron población romana, y esto confirma nuestra conjetura, amén de la raíz latina del nombre. Además de Belgidum descúbrese desde allí el Castro de Columbrianos por encima del Monte de Arenas con cuya circunstancia se añadía un eslabón más á la cadena de comunicaciones. Y por último, una porción de personas respetables nos han asegurado haber visto varias medallas romanas encontradas en aquella eminencia y por nuestros mismos ojos hemos examinado piedras y sillares que aunque mutilados por el tiempo todavía hablaban de los edificios á que habían pertenecido,

Y ciertamente no sería su menor premio llamar la atención de la Academia de la historia y de su digno presidente sobre un país donde el general olvido y abandono le habrá impedido tal vez extender su correspondencia. Si así fuere, urgente es remediar la falta, y por nuestra parte estamos seguros de que encontrará personas que secunden sus miras con calor. Bien conocida nos es la escasez de medios á que está reducida esta corporación respetable: pero cuando no alcanzase más que atajar con su influencia el espíritu de vandalismo que puede desatarse aquí, como se ha desatado ya en otros puntos de la provincia, debemos creer que lo miraría como galardón cumplido de sus afanes. De ello avisamos aquí á sus individuos, como en lugar más oportuno daremos cuenta á los redactores y colaboradores de la *España monumental y artística* de otras cosas que sin duda cumplen á su noble propósito.

En un próximo artículo hablaremos de otras antigüedades romanas enteramente distintas que contiene el Bierzo, en más abundancia quizá que ningún otro distrito de España.

Ponferrada y Agosto de 1842.

II.

Prometimos hablar en el anterior artículo de un género nuevo de antigüedades romanas que abundan infinito en el Bierzo. Estas antigüedades son los restos que nos quedan de los trabajos empleados en beneficiar las minas de las Médulas, que bien claro dicen la importancia que sus dueños sabían darles, y el gran provecho que de ellas sacaban. Hablando Plinio de las riquezas que producía la España, dice lo siguiente: «De esta manera dijeron algunos que daban las Asturias, Galicia y Portugal, veinte mil libras de oro: pero que las Asturias producen la mayor parte. Y en ninguna parte del mundo por tantos siglos ha habido esta

fertilidad de oro (*). *Aurífera* llama también Floro la naturaleza de estas regiones, y es cualidad que hasta el día no ha dejado de poseer.

Aunque según la opinión más acreditada los límites de la provincia *Astúrica*, á quien Plinio atribuye tanta abundancia del precioso metal, no llegasen sino hasta la vertiente oriental de la cordillera de Fuencebadón, no estamos distantes de creer que para su aserción incluyó en sus términos las Médulas, por más que entonces perteneciesen á Galicia. No hemos recorrido los montes de Asturias, ni sabemos los vestigios que en ellos ha dejado la civilización romana, si alguna vez sus águilas volaron por sus más ásperas y enriscadas cimas, pero no hemos leído ni menos oído, que ofrezan un espectáculo semejante al de las montañas que por el lado del mediodía parten términos entre el Bierzo y Cabrera. Sin querer dar á nuestra ignorancia sobre el particular un peso que no tiene, porque sobrado se nos alcanza que en último lugar no pasaría de una prueba negativa; debemos creer de todos modos que una no pequeña parte de las veinte mil libras de oro que menciona Plinio salía de nuestras montañas.

El viajero que se dirija á Orense por la orilla izquierda del Sil, después de atravesar los fértiles pueblos de Toral, Villalibre, Priaranza, Santalla y Borrenes, se encuentra con un lugar de pobre y mezquina apariencia, situado en una especie de llano sembrado de innumerables montones de canto rodado negruzco y musgoso, y á la raíz de una montaña de la más caprichosa forma que imaginarse puede. Cortada en general como á pico, revestida en su mayor parte de robles y castaños silvestres, surcada de profundísimos barrancos, descubiertos á veces sus costados de un encarnado vivo y crudo, y coronada por picachos y torreo-

---

(*) *Vicena milia pondo ad hunc modum annis singulis Asturiam atque Gallæciam et Lusitaniam præstare quidam prodiderunt ita ut plurimum Asturia gignat: neque in alia parte te rarum tota sæculis hoc fertilitas.* (Plin., Hist. Nat,, lib. XXIII, cap. III).

nes del mismo color, que ofrecen á la vista tantas figuras y accidentes como la fantasía puede forjarse, nada tiene de común con los montes circunvecinos: y se asemeja á un monumento levantado por la mano de una raza de gigantes, que solo ha podido conservar algunos restos dignos de su grandeza en su lucha desesperada con la naturaleza y el tiempo. La miserable aldea es la que tiene el nombre de *Las Médulas*, y la montaña es probablemente el *Monte Medúleo*, uno de los más ricos almacenes de oro que la naturaleza abrió á los romanos en este suelo, testigo de su grandeza y de sus crímenes.

En pocas partes ha dejado el pueblo rey un testimonio más vivo y elocuente del atrevido espíritu, en cuyas alas volaba su pensamiento. Fecundas eran sin duda las entrañas de aquellos cerros, purísimo el oro que les brindaban, sano y templado el país que los cercaba, y sereno el cielo que los cubría; pero la naturaleza se había empeñado en poner á su codicia un valladar insuperable, si alguno hubiera para ella. En el estado de las ciencias naturales, en aquel entonces, la mineralogía era tal vez la que más se resentía del común atraso. Plinio nos describe prolijamente en el lugar ya citado el método de que en su tiempo se usaba para obtener el oro; método verdaderamente primitivo, pues tenía por base y principio el mismo lavado, que si no en la forma, por lo menos en la esencia, emplean aún en el día las muchas mujeres que en el valle de Valdeorras ganan su vida sacando oro de las arenas del Sil.

Pero ¿dónde buscar las corrientes de agua necesarias para semejante procedimiento en un paraje alto y sin más raudales que los diminutos de las fuentes de los valles? ¿Aprovecharían los caudales del Sil que corre á bastante distancia separado por alturas y hondonadas y á una profundidad extraordinaria? Esta era empresa superior á las fuerzas mismas de los romanos. ¿Pondrían los ojos y la atención en el Oza que riega el hondísimo Valdueza, ó en el río de Cabrera que poco más abajo desemboca en el Sil, ambos divididos por escabrosas cordilleras y á un espanto-

so desnivel del lugar en cuestión? Pero este parecería un loco intento al que apenas podría dar cima el poder humano. Sin duda los romanos no hubieron de calcular de la misma manera, antes remontando el curso de estos ríos, registrando las curvas y proyecciones del terreno y midiendo exactamente las alturas, hallaron que sus aguas podían venir á pulimentar y laborar cuanto mineral sacasen del seno de las Médulas. Entonces contaron sin duda los rebaños de sus esclavos y la población que por fuerza habrían de diezmar los espantosos trabajos que iban á emprender, y tomaron el camino de las montañas de Cabrera y de la Aguiana.

Si alguno de los lectores ha cruzado estas cordilleras y visto su naturaleza peñascosa y ruda, las tajadas quiebras y profundos valles que las surcan, conocerá la penalidad infinita con que debieron abrirse los canales que colgados en escarpadísimas pendientes, todavía hoy nos suspenden y hielan de pasmo. Sujetos á seguir en su dirección todas las inflexiones y desigualdades de los cerros, sus rodeos son mayores de lo que á primera vista parece y una distancia que por el aire apenas llegaría á dos leguas, tal vez pase de ocho ó diez en la forma actual. ¡Dichosos los trabajadores cuando en aquellas agrestes y empinadas cuestas tropezaban con una veta de tierra por donde no se extendían los enormes bancos de piedra viva que las pueblan! Donde quiera que estos se presentaban despedazábalos el pico lentamente hasta abrir paso al cauce por sus entrañas, y en muchas partes se encuentran tan enteras las señales de estos trabajos, como si del día antes estuvieran concluídos.

Dividíanse ambas líneas en varios ramales, sin duda con el objeto de aprovechar cuantos manantiales encontrasen en su tránsito. Cuéntanse en Cabrera, según nos han informado, hasta siete cauces escalonados en la vertiente de las montañas que mira al norte, y desde un punto que domina el pueblo de Orellán se divisan algunos todavía. La otra línea repartida en menos conductos por lle-

var también algo menor cantidad de aguas, arrancaba de las alturas que dan cima al Oza, pasaba por encima del monasterio de San Pedro de Montes, torcía más adelante el paso por el valle de Villanueva y después de seguir todavía algunos recodos, iba á desembocar en los lavaderos de las minas. Agradable debía ser la vista de todos estos raudales que como otras tantas cintas de plata culebreaban perdiéndose y volviendo á aparecer en los senos de aquellas montañas tan ásperas, solemnes y silenciosas. Desde las negruzcas y peladas rocas de Ferradillo que enseñorean á la vez el apacible lago de Carucedo, las montañas y llanura de las minas y los sitios por donde venían aquellos milagrosos canales, debería aparecer este espectáculo en toda la deformidad y grandeza que imprimían á sus escenas y á sus obras las naciones antiguas que abrigaban la esclavitud como un síntoma necesario de vitalidad.

Semejantes empresas una vez llevadas á cabo debían agotar al parecer el ánimo y las fuerzas de los mismos señores del mundo; pero la naturaleza les disputaba sus dones con tal tesón que hubieron de continuar su esfuerzo todavía. El reducido llano que se extiende al pie de los montes y donde hoy está asentado el pueblo de las Médulas, es una especie de cuenca circunvalada de montañas y que no ofrecía salida á las aguas que servían para el lavado del mineral. Forzoso fué por lo tanto abrírsela y la profunda y terrible garganta de Balouta cortada á pico, como todavía lo publican sus paredes llenas de recortes y esquinas vivas y salientes, vino á coronar sus inmensas obras preparatorias.

Entonces fué sin duda cuando desembarazados de todos los cuidados preliminares, volvieron sus ojos al objeto de tantos desvelos y emprendieron la explotación de las minas en su acostumbrada escala. Los infelices que al morir extenuados de cansancio podían respirar el aire fresco de las cañadas y mirar por última vez el claro sol de España, sin duda encontraron más triste y estrecho sepulcro en las entrañas de los montes.

Gran parte de las galerías que los taladraban se han hundido, pero todavía quedan enteras y prolongadas infinidad de ellas marcadas con el mismo sello. La tierra parece de vermellón puro, según lo encendido del color, y todas las señales son de un criadero abundantísimo de oro.

La última vez que visitamos estos lugares fué en el Otoño de 1840. El guía que debía conducirnos por los enmarañados laberintos subterráneos, era un hombre no menos extraño por su traza que por sus discursos. Pasaba ya de los sesenta, era seco, andaba un poco encorvado y en su semblante se traslucía aquella malicia y sutileza que viene á ser la cualidad dominante de los aldeanos de este país. Todo su atavío consistía en unos pantalones de lienzo blanco, una chaqueta que llevaba echada por encima de los hombros y un pañuelo rodeado á la cabeza. Iba descalzo, y aunque cuando le mirábamos se apoyaba con más fuerza en su palo y deslizaba alguna indirecta sobre el estado de sus pies, el hecho es que con ellos desnudos caminaba sobre los erizos de las castañas y los garranchos de las malezas, como si pisara una mullida alfombra turca. El equipaje de su entendimiento no tenía menos de extraño que el de su persona, porque era hombre que sin duda con alguna expresión que había atrapado al vuelo á las pocas gentes instruídas que han ido á examinar estos parajes, y con los consejos y cuentos de las viejas había llegado á formar el más descomunal maridaje que imaginarse puede.

Hablaba del emperador Plinio que había tenido su corte en aquellos cotarros, y barajaba moros y romanos en la más chistosa confusión del mundo. Díjonos su nombre de bautismo que á causa de las hazañas y diabluras de su juventud, un digno tío suyo, su protector y maestro, había trocado en el de Ferragús, que él por su parte con su acostumbrado respeto á la exactitud histórica había convertido en el de *Ferrascús*, más sonoro y significativo en su entender. Por muy dado que fuese á los estudios de la historia, según se dejaba traslucir, algo más aficionado se mostraba

á la metalurgia, y sobre hallazgos preciosos, y sobre ocasiones de hacerse rico tontamente desaprovechadas, nos ensartaba á cada parada sendas y curiosas mentiras.

En compañía de este digno personaje y de algunos amigos y bien provistos de luces y cordeles por si fallaba la ciencia topográfica del valeroso Ferrascús, comenzamos á trepar la montaña en una hermosa y clara mañana. Poco tardamos en vernos encerrados entre barrancos profundísimos, flanqueados de altas y tajadas murallas de barro colorado, coronadas con remates de caprichosas formas. Aquí se levantaba un castillete de la estrellada figura moderna; allí una atrevida pirámide redonda, elevada y aguda; acullá un torreón arruinado de un alcázar de la edad media, y algo más lejos grietas y aberturas puntiagudas que se asemejaban á las afiligranadas ventanas de una catedral gótica. La tierra parecía profundamente atormentada: crecían los castaños silvestres en aquellas laderas inaccesibles, y apenas se conocía más huella que la de los jabalíes que venían á roer su fruto. Preguntamos á nuestro guía la causa de este fenómeno, y nos lo explicó tanto más lisa y sencillamente cuanto que no tuvo que implorar la ayuda del *emperador Plinio*. Las galerías que se han ido hundiendo, han ofrecido á los torrentes de invierno un cauce tan estrecho que, aprisionados en él, han doblado su fuerza y cavado al fin unas carcavas de extraordinaria profundidad; pero como las cepas de las bóvedas subterráneas quedaban en pie, ha resultado que ganaban en elevación lo que los barrancos en hondura, y que modificados sus restos por los diversos accidentes del hundimiento y luego por el sol, el viento y la lluvia, han llegado á presentar el fantástico aspecto que hoy las distingue.

Reconocido de esta suerte el terreno, entramos en las galerías que aun se conservan y las examinamos atentamente. Son la mayor parte de gran altura, y algunas tienen una forma puntiaguda que les da cierto aire de semejanza con las naves de las catedrales góticas. La montaña está surcada y abierta en mil direcciones distintas y estos

trabajos guardan cabal consonancia de atrevimiento y de grandeza con los que ya conocen los lectores. Cansados por fin de vagar por aquellos oscuros callejones, dirigímonos á una claridad que se advertía en el fondo de uno. Era una abertura de forma irregular con una mata de roble en su orilla por donde entraba el sol del Otoño. El que iba delante se asomó á la rústica ventana; pero retrocedió sin color y turbado, no sin razón á la verdad porque había visto á sus plantas el abismo. Era un despeñadero de más de doscientos pies perpendicularmente cortado, y los castaños del valle parecían albahacas, cabras los bueyes y muchachos los hombres que se ocupaban en recoger la castaña. El costado del derrumbadero que teníamos en frente y á pocas varas de distancia, se asemejaba al nuestro: pero las lluvias le habían adornado con labores confusas de barro, que parecían unas plantas exóticas incrustadas en él. En el marco de aquel extraordinario mirador estaban grabados varios nombres, de sujetos conocidos del país y algún otro extranjero, pero casi todos borrados ya. A instancias de Ferrascús pusimos también los nuestros que las lluvias del invierno siguiente no dejarían de lavar, privándonos así del consuelo de que algún pastor los rayase con su cayado, después de deletrearlos torpemente.

Frustrado así nuestro propósito de encontrar salida por esta parte, tuvimos que deshacer lo andado y buscarla por algunos agujeros prolongados, estrechos y en cuesta que un amigo nuestro llama con cabal exactitud *Buzones*. Arrastrando como culebras salimos uno por uno á ver la luz, pero esta natural satisfacción se enturbió no poco á vista de un sendero de dos pies escasos de anchura, flanqueado de dos precipicios semejantes al de la ventana que era preciso atravesar. Atravesámoslo por fin no sin temor de que algún perdiguero de los que llevábamos nos hiciese dar un esguince que pudiera conducirnos al fondo en no muy grandes pedazos, y nos sentamos en un ribazo á descansar y disfrutar del magnífico panorama que delante de nosotros se desplegaba.

Teníamos á nuestra derecha la risueña llanura del Bierzo que cubierta por una ligera neblina y terminada por una cadena de azuladas montañas, parecía al primer aspecto el mar con un horizonte de nubes. Observando un poco más, se divisaban sus pueblos y sus ríos, sus praderas y viñedos, sus llanos y colinas, la esplanada del antiguo Belgidum y los conventos de Carracedo y de Cabeza de Alba con sus contornos y perspectiva general extraordinariamente suavizados por aquel trasparente vapor que los envolvía. Casi á nuestros pies el tranquilo lago de Carucedo parecía un verdadero espejo, pues en sus aguas se pintaban las blandas colinas y encinas viejísimas que lo cercan, con sus naturales formas y colores, sin que el soplo más fugaz viniese á alterar su esmaltada y reluciente superficie. Y luego en frente y como para contrastar con estas escenas tan sosegadas y llenas de quietud, veíamos de perfil y como en esqueleto las despeñadas cárcavas de las minas, sus tonos crudos y ensangrentados, sus senos cuarteados y rotos y las naturales fortificaciones de sus picos, que todavía parecen sobrevivir á la ruina universal para abrigo y morada de los espíritus errantes de sus antiguos amos, verdadera raza de Nemrod que desafiaban al tiempo con sus obras y al cielo con sus delitos. Los destrozos causados por la mano de los siglos realzan la escena, y la miseria, soledad y abandono presentes corresponden á la pasada opulencia, animación y vida. Aquel Mario tan grande entre los últimos romanos, sentado en las ruinas de Cartago, se nos vino á la imaginación, y el tropel de reflexiones amargas, que siempre inspiran las severas lecciones de la Providencia y del tiempo, nos atajó por muchos minutos el uso de la palabra.

Todavía teníamos que ver la mina llamada de Orellán por estar abierta en una montaña que domina este pueblo. Echamos á andar por un canal seco que venía por el costado de la cordillera y que todavía está á trozos tan entero como el del Manzanares. Más de medio cuarto de legua caminamos por él no sin admirarnos de su solidez, é inter-

nándonos en un país enteramente áspero y montaraz, llegamos por fin á la boca de la mina. Desde ella se alcanzaban á ver todavía otros dos ó tres cauces de los que traían las aguas de Cabrera, llamados impropiamente carriles por los naturales, abiertos á diversas alturas y que se perdían en uno de los muchos recodos de aquellos cerros. Como la entrada de la mina estaba casi del todo obstruída, tuvimos que emplear para introducirnos el mismo medio que habíamos usado para salir de la anterior: es decir, el de arrastrarnos. Encendimos las luces y procedimos á un registro.

De las galerías que se conservan esta es con razón la más famosa por su extraordinaria extensión y anchura. La bóveda es perfectamente semicircular, y el piso está formado de una arcilla ligeramente humedecida que proporciona un pavimento cómodo y mullido. Las infinitas gotas de agua filtrada que pendían de la bóveda ó asomaban á las paredes, heridas por las luces asemejaban una inmensa pedrería compuesta de diamantes, esmeraldas, záfiros y rubíes, y la oscilación de las velas y nuestros continuos movimientos les prestaban unos cambiantes y colores que robaban la vista. El aire era grueso y húmedo, la oscuridad semejante á la que nos pinta Lord Byron en su poema de las *Tinieblas*, y el buen Ferrascús que con su escaso traje blanco y su cuerpo compuesto al parecer de raíces, según era de flaco, iba delante á cierta distancia con una vela encendida en la mano, y envuelto en su moribundo resplandor, parecía el alma en pena de algún hambriento esclavo que andaba en busca de las sobras del festín de sus señores. El buen hombre que hasta entonces había tenido la prudencia de no mentar fantasmas ni apariciones, hablaba entonces de ellas con frecuencia, y en el estudiado desprecio con que las trataba y en las bravatas que vertía, mostraba bien á las claras y con gran diversión nuestra que no las llevaba todas consigo. Por nuestra parte aunque de cierto hubieran salido, acostumbrados á la facha grotesca de nuestro guía, ninguna impresión nos hubieran hecho.

Durante un largo trecho la galería no tiene más que un

ramal, pero al fin de este se encuentra una plazoleta, desde la cual arrancan varios, que luego se subdividen por su parte. Aquí atamos nuestro cordel á un canto grande con suma desaprobación de Ferrascús que llevaba muy á mal la poca fe que poníamos en sus protestas y experiencia; pero había entre nosotros quien se acordaba de una aventura sucedida á ciertas personas conocidas del país, que después de andar todo un día perdidas por aquellos laberintos con su guía, solo debieron su restitución al mundo de los vivos, á un pastor que acertó á pasar por un despeñadero al cual daba una abertura de la mina, y que según sus instrucciones, trajo todo un lugar en su auxilio. La escena nos parecía mejor para contada que no para pasada, y por eso fiábamos más del expediente de Ariadna, que no de nuestro hombre. Echamos por el rancal de la derecha, y después de recorrer muchos subalternos, llegamos por fin al que tuerce en dirección á Orellán, y que está enteramente inundado. No pudimos calcular su extensión, pero nos aseguró nuestro *cicerone* que se oía desde él el canto de los gallos del pueblo, en cuyo caso deberá ser muy largo. Atajados así en nuestras investigaciones, hubimos de volvernos por los pasos que habíamos traído, y ya á la boca de la mina se nos ocurrió experimentar la elasticidad del aire con nuestras escopetas. Disparamos, en efecto, varias veces, y cada explosión parecía la de una pieza de artillería, que perdiéndose y quebrándose á lo lejos por aquellas concavidades, figuraba un sordo temblor de tierra. Salimos enseguida á la luz, que ya teníamos ganas de ver, y después de haber comido con apetito, bajamos por una senda de cabras que era una zigzag, continuando á la aldea de las Médulas, que cruzamos de largo en busca de otra mina llamada la Palomera, cercana á Salas de la Ribera.

Está abierta en peña viva, y ha sido bautizada con el nombre que tiene, á causa de la infinidad de palomas que en ella se albergan. Dícese en el país que era de plata, pero como el agua que la encharca llega hasta la entrada misma, nuestras observaciones no fueron de provecho al-

guno. Solo vimos y tomamos un poco de ocre finísimo del que había bastante abundancia á orilla del agua. Cerca de la Palomera y en el terrible desfiladero de Balouta, hay una gruta llena de bellísimas estalactitas que figuran gran porción de musgos y otras plantas petrificadas, teñidas todas de frescos y vivos matices.

Aquí tuvimos el disgusto de separarnos de nuestro buen Ferrascús que nos hacía muchas protestas de agradecimiento por haber provisto á la desnudez de sus pies, aunque no faltaba entre nosotros algún descreído que afirmaba que la perspectiva de la taberna era la que así le desataba la lengua y alegraba el corazón.

Los restos de la población romana han desaparecido enteramente, y ni aun por tradición se sabe exactamente su sitio; pero además de las obras ya mencionadas, hay vestigios que no se borrarán tan pronto. Los inmensos montones de canto rodado que cubren la corta llanura de las Médulas, atestiguan el ahinco y constancia de aquellos trabajos, y no menos lo prueban los amontonamientos de tierra hechos cerca de la orilla meridional del lago Carucedo. A poca atención que se ponga, fácilmente se conoce que aquella especie de collados no son de formación geológica, sino artificial, porque como las capas no tienen entre sí cohesión natural alguna, las aguas invernizas las han minado fácilmente, separándolos por zanjas profundas que en ninguna de las colinas cercanas se observan.

Con estas señales dejó marcado su tránsito por esta tierra el pueblo rey. El tiempo ha revestido sus ruinas de su severa y tremenda majestad, y en el día tan curioso estudio ofrecen al mineralogista y al geólogo, como desconocidas y sublimes escenas al dibujante. La vista de las minas por detrás tendrá poco semejante en el mundo entero, porque no es fácil reunir todos los accidentes naturales y artificiales que han concurrido á darle su raro aspecto. Por nuestra parte no hemos leído ni oído cosa igual.

Y ya que la ocasión se brinda tan oportunamente, llamaremos sobre este país la atención de las infinitas gentes

que van á buscar en las entrañas de la tierra el aumento de su fortuna y el ventajoso empleo de sus capitales. Sepan (porque muchos habrá que lo ignoren), que en este país son infinitos los manantiales de aguas minerales; que solo de las arenas auríferas que el Sil arrastra, se alimentan muchísimas personas, y que las minas de las Médulas, de la Chana y la Palomera, abundantísimas en sus respectivos metales, están dentro de un radio de una legua. El sol no sale en Cartagena para ponerse detrás de Sierra Almagrera; desde los romanos acá nadie ha escarvado siquiera la superficie de esta tierra: á poco tiempo se encontrarían obreros en abundancia y jornales baratos, y en nuestro entender no tendrían motivos para arrepentirse. Piénsenlo bien, y vengan á cerciorarse por sus ojos de que cuanto llevamos dicho no es más que una parte de lo que hay, y tal vez no la mayor. El distrito se lo agradecería muchísimo, pues solo á la sombra de grandes empresas puede remediarse el grave síntoma de postración que le aqueja; la dispersión y subdivisión infinita de los capitales. De esta suerte podrían abrirse los caminos y comunicaciones, de que tanta necesidad tiene un país á quien su misma fertilidad ahoga y empobrece, y la provincia entera ocuparía el lugar á que la llama su situación, las propiedades de su suelo y el natural despejo de sus habitantes.

NOTA. Recientemente se ha formado en el Bierzo una sociedad minera á la cual sin excepción todos han prestado su apoyo. La idea no ha podido ser más popular; ¡ojalá que los resultados correspondan á esta idea tan noble como beneficiosa para el país!

III.

Las memorias que los bárbaros sucesores de los romanos dejaron en el Bierzo son también numerosas, si bien en su mayor parte se ligan al orden religioso. El monasterio de Compludo, el primitivo de San Pedro de Montes y

el de San Félix Visuniense fueron fundados por San Fructuoso, vástago de la estirpe real de los godos; y de otra porción de monumentos de esta clase, y de santos que los poblaron é ilustraron con sus virtudes, se conservan recuerdos bastante claros. Pero las devastaciones consiguientes á la irrupción de los moros, la ausencia de los sacerdotes y la fuga y espanto de los fieles fueron causa de que viniesen al suelo todas las obras levantadas por la piedad de los príncipes y señores godos. Nada de este período se conserva que pudiera suministrarnos alguna luz sobre sus artes y cultura, y á no ser por los instrumentos que en los archivos de la Catedral de Astorga y de los monasterios restaurados se guardan, ni sospecharíamos quizá su existencia.

Cuando los españoles arrinconados en las montañas del norte volvieron en sí, y despertado el innato valor fueron reconquistando con el acero la herencia de sus padres, todo el territorio actualmente comprendido en la provincia de León fué el primero tal vez que se arrancó de las manos de los infieles; pero en tan azarosa época era muy común ganar y perder sucesivamente varias veces una plaza en un breve espacio de tiempo. En cada una de estas vicisitudes la población, ó perecía bajo la cuchilla del vencedor, ó solía en gran parte emigrar cuando las capitulaciones se ajustaban sobre bases más humanas; pero de todos modos, alternativas tan dolorosas y frecuentes hacían mediar generalmente mucho tiempo entre la reconquista de un territorio y su repoblación. Por todas estas razones el Bierzo debió de estar mucho tiempo en manos de la soledad y del abandono, bastantes de por sí para dar al traste con obras en que probablemente la rudeza de la edificación no había asegurado duración dilatada. Aun recobrada esta tierra y asentado en ella con alguna solidez el poder de los cristianos, ocupados los ánimos exclusivamente por las artes de la guerra, mal podían emplearse en las que son hijas de la paz y del orden; de manera que hasta el siglo IX y X la arquitectura no comenzó á dar señales de vida.

Nadie duda en el día, que sin la providencial organización del catolicismo, el caos de la Edad Media se hubiera prolongado indefinidamente, y que en el altar se encendían las luces que iban guiando al mundo por la obstruída senda del progreso. Nadie duda que la unidad teocrática, única posible en aquel revuelto orden de cosas, fué el estandarte y la lumbrera del mundo; pero si alguno hubiera que vacilase todavía en adoptar semejante opinión (dado que nombre de tal merezca un axioma histórico) fácilmente disiparía toda clase de incertidumbre á vista de este país. Los monasterios fueron los centros de su resurrección moral y material; á su sombra se alzaron los pueblos; á su impulso se desmontaron los bosques; se abrieron caminos; se cruzaron ríos y se animaron los desiertos. Ponferrada se formó en un principio al rededor de un puente fabricado por el obispo Osmundo sobre el Sil en el siglo X, y luego llegó á ser población y fortaleza de importancia bajo los templarios. Villafranca nació de una ermita levantada por unos sacerdotes de Cluni que administraban los sacramentos á los infinitos peregrinos que iban á Santiago. Carracedo, Vega de Espinareda, San Pedro de Montes, Peñalva y otros pueblos han crecido á la raíz de sus monasterios como otros tantos retoños; y si montañas inaccesibles y valles desiertos abrieron su seno á la cultura; si las artes y el saber han derramado sus resplandores divinos aun en medio de sus oscuras soledades, es porque las órdenes religiosas desenvolvían ya entonces, aunque imperfectamente y atendiendo principalmente al orden moral, las milagrosas fuerzas hijas del espíritu de asociación.

Del siglo IX hasta el XII datan los monumentos más notables de este país. San Genadio, obispo de Astorga, reedificó á San Pedro de Montes en 895. Salomón, su sucesor levantó la Iglesia de Peñalva por los años de 933. La bailia de los templarios de Ponferrada llegó en el siglo XII á un esplendor extraordinario, y en el mismo siglo el rey Alfonso VII y su hermana la infanta doña Sancha fundaron de nuevo y ensancharon el monasterio de Carracedo con

su bella iglesia. Las de igual género que se ven en Corullón, Villafranca y Otero de Ponferrada tienen todas sin duda la misma fecha. Hablaremos de estos monumentos, aunque brevemente, según su orden cronológico.

El camino que conduce desde Ponferrada á San Pedro de Montes está adornado de todas las bellezas y accidentes graves, terribles y risueños propios de un país montañoso. El Valdueza ó valle de Oza, por cuyo fondo corre este río, presenta desde San Esteban una faja de frondosidad y frescura infinita, pero sumamente estrecha, flanqueada en ambas orillas por dos cordilleras que le aprisionan hasta su fin. Las huertas y prados, los frutales y árboles silvestres, los emparrados que á veces extienden sobre el camino su rústico dosel y los pueblecitos que á cada paso se encuentran á la margen de aquel río tan cristalino, donde se ven las truchas deslizarse sobre las guijas y ocultarse en las raices de los árboles, entretienen agradablemente al viajero: pero si por casualidad alza la vista, la estrechura del paisaje le acongoja y conoce que aunque embalsamado, respira al cabo el aire de una prisión. Afortunadamente semejante reflexión rara vez ocurre al que cruza de paso estas honduras, porque son tantas sus gracias y variedad que la vista se da por satisfecha con tan lindos cuadros.

En el último tercio del valle el camino se aparta de él y sube á la montaña. Allí comienza la soledad con sus peculiares escenas y sensaciones. Los ruidos del valle se apagan, desaparecen los pájaros de sus jardines, el silencio es el único señor de aquellos ásperos collados, y solamente se percibe confuso y quebrado por los ecos el rumor sordo y monótono del Oza que corre por aquella angostísima garganta á una profundidad tremenda. Crecen los matorrales con pujanza, y el camino que en las revueltas de los cerros y bajo sus sombras se oculta, da al país el aspecto ciego y enmarañado de aquella *selva selvaggia ed aspra é forte* que Dante encontró en la mitad del camino de su vida. El valle del *Silencio* que á la izquierda se extiende es el único paisaje por donde puede espaciarse la vista del

viajero, pero al punto desaparece, y los mismos empinados montes y el mismo río con su voz lejana y doliente vuelven á derramar en su alma la anterior impresión de melancolía.

Por este desierto á la sazón horrible dirigió sus pasos en el siglo VII un godo de sangre real en busca de aquella quietud interior que aun en el monasterio de Compludo, fundación suya reciente, huía de su ánimo. Cerca de las fuentes del Oza, en el seno más apartado de aquellas asperezas, en un precipicio colgado sobre el río y debajo de un fuerte ó castillo romano destinado á proteger las líneas de canales que ya dimos á conocer en el artículo anterior, encontró por fin San Fructuoso un paraje acomodado á su intento, y allí fundó el monasterio de *San Pedro de Montes*. Con la irrupción mahometana abandonado de los fieles se vino á tierra, y cuando tres siglos después quiso volverlo á su antigua fama y santidad San Genadio, obispo de Astorga, solo encontró un montón de escombros, zarzas y malezas en el antiguo jardín de la esposa del Señor. Reedificó el convento y la iglesia (*); «más con el sudor propio y de sus compañeros que con la opresión del pobre,» y no contento con esto, levantó más tarde otro mejor y más digno templo.

La elección del sitio no podía ser en verdad más acertada para los pensamientos severos de aquellos anacoretas y la sensación que produjo en nosotros el monasterio con su aldea en una tarde nublada y lluviosa es de aquellas que tarda mucho en borrar la mano del tiempo. A vista de aquellas montañas enriscadas, en aquella soledad triste y oscura donde al rasgarse las nubes del invierno tal vez se mostraron los cielos á los contemplativos monjes en todo su esplendor y majestad, sobran en verdad los devaneos mundanos y las frágiles esperanzas terrenas.

Aprovechamos lo que nos quedaba de tarde en examinar las cercanías del monasterio y su huerta; que es una

---

(*) Testamento de San Genadio.

verdadera escalera cultivada, y por último bajamos á la iglesia edificada por San Genadio y bendecida en 919. Es de tres naves y bastante alta y espaciosa, pero tan ruda y tosca en su fábrica, que bien se descubre el atraso del arte Las naves están compartidas por una especie de pilares gruesísimos de los cuales arrancan unos arcos tan tenues y delgados, que más que otra cosa parecen unos puentecillos de madera con dos enormes peñascos por estribos. Ninguna especie de labores adornan sus ventanas y puertas y toda ella es un embrión arquitectónico confuso en que ningún estilo se presenta claro y determinado.

Entre los retablos hay uno pintado con unas tablas pertenecientes sin duda á la escuela alemana, en que resaltan todas las bellezas y defectos propios de sus autores: gran corrección en el dibujo, vivo sentimiento en las cabezas y extraordinaria prolijidad y esmero en los pormenores junto con un colorido desmayado y lánguido, una composición poco hábil, unas formas prolongadas y flacas y un plegar duro y esquinado. El resto de los altares no solo es inferior, sino de un gusto detestable y churrigueresco. El convento asimismo no ofrece nada notable, porque el de San Genadio hace tiempo que había venido á tan ruinoso estado que hubieron de levantar los monjes el nuevo.

Bajo su techo hospitalario pasamos la noche, y muy de madrugada emprendimos nuestra caminata á la ermita de *Nuestra Señora de la Aguiana*, que si bien muy inmediata á nosotros, apenas habíamos visto despojada de su ropaje de nubes el día anterior á causa de su extraordinaria altura. La atmósfera se había ido despejando después de la tormenta de la noche, y un viento del norte iba barriendo rápidamente sus vapores hacia el mediodía. El olor de las jaras y tomillos humedecidos por la lluvia embalsamaba el aire, y sus infinitas gotas pendientes de los brezos y relucientes á los primeros rayos del sol fingían por donde quiera aderezos de diamantes y pedrería de formas caprichosas.

Cuanto tiene de vestido y frondoso el paisaje hasta lle-

gar al convento, otro tanto tiene de desnudo y estéril hasta el pico de la Aguiana. Las plantas más crecidas que se encuentran son brezos y una especie de retamas espinosas; pero en cambio aquellas laderas son abundantísimas en yerbas medicinales. La subida es tan penosa que cerca de su mitad hubimos de detenernos á tomar aliento al pie de unas altísimas peñas de líneas muy hermosas y agradables tonos. Brotan á su raíz unas fuentes con cuyo jugo se alimenta una pradera en donde paraba un rato la procesión y descansaba la Virgen cuando peregrinaba del monasterio á su santuario. Allí nos sentamos cuando una perdiguera nueva que llevábamos asombradiza á fuer de tal, ladró espantada probablemente de tanto silencio y al punto salió de las rocas otro ladrido distinto, luego otro más apagado, otro más débil después, y por último uno casi imperceptible. El animal encolerizado y asustado á un tiempo repitió los ladridos, y eran tantos los que devolvían los peñascos que parecían contestación de una numerosa trahilla.

Sorprendidos con este fenómeno, acallamos nuestro animal como pudimos, y empezamos á gritar palabras de tres ó cuatro sílabas, que el eco repetía fielmente. Disparamos por último un escopetazo, y la explosión, perdiéndose en aquellas quiebras innumerables y sonoras, parecía una descarga hecha por una extensa línea de infantería detrás del monte. Al estrépito salieron de ellas las águilas y aves de rapiña que las habitan, y poblaron el aire con sus ásperos y desacordes chillidos (*).

Sin ver huella humana, ni oir más voz que la de estos pájaros carniceros, continuamos nuestro camino. A medida que subíamos, el aire se iba haciendo más frío y agudo, de manera que á dos tercios de la altura tuvimos que en-

---

(*) Junto á Montes nos enseñaron una roca aislada é inaccesible á donde una águila arrebató un niño á vista de su madre, y lo devoró con todo desahogo. Todavía hay testigos oculares de este suceso espantoso, y la peña se llama desde entonces la *Peña del Aguila*.

volvernos en nuestras capas, sin embargo de ser aquel día el 3 de Agosto. Seguía el viento impeliendo las nubes, y la ermita, tan pronto cubierta con ellas como descubierta, parecía una nave combatida de la tempestad. Llegamos por fin á la cumbre, y las postreras se estrellaron á nuestros pies, envolviéndonos por unos instantes en su manto húmedo. Solo una que parecía la reina de todas por su majestuoso contorno y su masa blanquecina y densa, venía flotando lentamente hacia nosotros, semejante al casco desarbolado de un navío de nácar. Pasó por fin á nuestro lado con extraño ruido, y entonces todo quedó sosegado y sereno, presentándose á nuestra vista un espectáculo maravilloso. Al principio estuvimos un buen rato como mareados y desorientados de todo punto; pero pasada esta primera impresión de aquel aire sutilísimo, y ordenadas algún tanto nuestras ideas, pudimos disfrutar de las escenas que nos rodeaban.

A nuestros pies teníamos el monasterio que acabábamos de dejar, y el Oza con su despeñado curso, que á un tiempo veíamos nacer y morir en la hermosa vega de Toral de Merayo, por donde va á perderse en el Sil. A nuestra derecha descollaban los picos blancos y altísimos de Peñalva, y más allá se extendía un horizonte extensísimo, en donde se descubre hasta la Bañeza. A la izquierda da toda la parte de Valdeorres hasta el valle de Monterrey, por espacio de muchas leguas. A nuestra espalda la Cabrera agreste, altísima y erizada de montañas. Y á nuestro frente el Bierzo en toda su extensión, desde Villafranca hasta Manzanal, desde nuestro sitio hasta las montañas de Ancares, con su variada y vistosísima escala, con las cordilleras que lo surcan, los ríos que lo bañan, los castillos que lo decoran, los monasterios é iglesias que lo santifican, las poblaciones que lo adornan, las arboledas que lo refrescan, y los campos, praderas y viñedos que derraman en él sus raudales de abundancia. La ribera de Bembibre se presentaba risueña con su fértil llano de linares y trigo, las graciosas ondulaciones de sus laderas, y el convento de

la Peña que la enseñorea como una atalaya desde su escarpada altura. Ponferrada, aunque casi la mirábamos á vista de pájaro, ofrecía en un bellísimo escorzo su orgulloso alcázar templario, y el alegre mosáico de sus tejados encarnados y azules. Cacabelos y Carracedo aparecían rodeados de verdes parques á la margen del Cua, y el collado de Bélgidum, semejante á un estrecho terrado, apenas se distinguía. Las orillas de los ríos parecían otras tantas alamedas y frondosos paseos, según las masas de verdura que las sombreaban, y las montañas lejanas las últimas gradas de aquel soberbio anfiteatro natural. Por desgracia el lago de Carucedo y los montes y barrancos de las Médulas se escondían detrás de las oscuras rocas de Ferradillo; pero aun á pesar de esta sensible falta, estamos seguros de que será una de las vistas mejores de la Península.

Desde aquella altura se distingue claramente la estraña figura geológica del Bierzo, pues se ven los tres grandes estanques que en otro tiempo la dividieron, y las estrechas gargantas que fueron dando paso á las aguas. Desde allí se divisa también la excelente línea militar con que los romanos ponían á cubierto este rico distrito de las invasiones de los astures, y algunos restos de sus trabajos mineros. Desde allí se descubren, por último, los sitios ilustrados por los godos y por los templarios, y en medio de este círculo de recuerdos, en el centro de todas estas grandes ruinas, el hombre reconoce por su padre al barro, y por su única fortaleza y esperanza al Dios que le animó con su soplo divino. ¡Dichoso aquel que lleva limpias y sin amargos borrones las páginas del libro de la memoria á semejantes sitios! ¡Dichoso aquel para quien el porvenir es el crepúsculo de la mañana! ¡Venturoso mil veces porque la voz de las muertas alegrías no le murmurará al oído aquellos dolorosísimos versos de un amigo cuya imagen querida jamás se apartará de nuestro corazón.

¡Ay de aquel que vive solo en lo pasado!
¡Ay del que su alma nutre en su pesar!

¡Las horas que huyeron llamará angustiado!
¡Las horas que huyeron jamás tornarán (*)!
.....
.....
.....

Nos habíamos propuesto dirigirnos á Peñalva, siguiendo la ceja de las montañas; pero hubimos de desistir de semejante propósito, no solo por el frío penetrante que sentíamos á tamaña elevación, sino porque hubiéramos tenido que emplear cinco horas de camino, que sobre las dos gastadas ya en subir, hubieran acabado con nuestras fuerzas. Recogímos, pues, nuestro anteojo y bajamos de aquella eminencia, cuya altura no pudimos calcular por no llevar barómetro ni instrumento alguno. Deshicimos lo andado hasta Montes, y cruzando el Oza nos internamos en el valle del Silencio, estrecho y escarpado no menos que el que dejábamos, aunque más solitario y silvestre todavía. A su cabecera hay un pequeño altozano con su linda planicie, que saliendo de tan lóbregas angosturas parece muy iluminado y alegre. Tres montañas paralelas, blancas y desnudas, se levantan junto á él y abren paso á otros dos reducidos pero graciosos valles. En vano el corzo buscaría la sombra de los arbustos en sus descarnadas laderas: ni plantas ni yerbas crecen entre sus grietas blanquecinas, y solo en uno de ellos vimos tal cual pie de encina menguado, raquítico y medio seco. Una maldición misteriosa pesa al parecer sobre estos picos, calcinados y trastornados quizá por algún antiquísimo volcán, y condenados á perpetua esterilidad en medio de una naturaleza pomposa y llena de lozanía.

En el seno de estas rocas hay varias cuevas donde San Genadio y sus monjes se retiraban por la cuaresma y adviento á hacer rígida y severa penitencia. Los senderos

(*) Espronceda.—*El Estudiante de Salamanca.*

que á ellas conducían se han borrado, y apenas las cabras mismas pueden frecuentarlos; pero la del santo conserva su camino que la devoción persevera en trillar. Es bastante espaciosa, aunque no ofrece cosa notable de cristalizaciones y estalácticas. En el medio hay una cruz de madera que todavía vimos coronada con una guirnalda de azucenas puesta por mano de los romeros en el día de San Juan. Era como dejamos dicho el 3 de agosto, y sin embargo las flores conservaban algo de su cándida hermosura, debido sin duda á la frescura y retiro del sitio.

El paisaje es tan grave y ascético, que el espíritu religioso de aquellos tiempos no podía menos de elegirle para teatro de sus contemplaciones, si alguna vez acertaba á verlo. San Genadio, que vivió á últimos del siglo IX y principios del X lo amó con particular afición, y fundó la iglesia de San Andrés, el monasterio de Santiago de Peñalva otro monasterio llamado solamente de Peñalva, y un oratorio además á Santo Thomé en el sitio dicho *Silencio*, como el mismo santo refiere. Probablemente semejantes fábricas no tenían toda la solidez que era de desear, pues en el día nada queda de ellas, si se exceptúan las cuevas que la naturaleza labró por su mano, el nombre del *Silencio* dado al río, más por las calladas y solemnes escenas que presenciaba en su origen que no por su retorcido y despeñado curso, y por último la iglesia levantada por el obispo de Astorga Salomón, segundo sucesor de San Genadio, y su discípulo.

Ocupa esta con el actual pueblo la linda rinconada que hace el valle en su principio. Por fuera nada la recomienda, pues su pórtico está compuesto de una tosca galería cubierta que la ciñe y que desde muchos siglos acá sirve de cementerio. Pero ¿cuál no debió ser nuestro asombro cuando al abrir las puertas nos encontramos con una entrada de dos arcos de herraduras, con una columna enteramente árabe de mármol en el centro y otras dos de igual clase y materia empotradas en la pared? El corte y los dibujos todo revelaba la mano del artífice infiel. Pasamos adelante,

y esta idea se arraigó más en nuestro entendimiento. La planta de la iglesia no era cruz griega ni latina: su forma enteramente oval presentaba por ambos extremos una identidad absoluta. Elevábase en el centro una cúpula redonda altísima: todas las aberturas y proyecciones tenían por tipo el arco de herradura; no había capillas ni natural proporción para los altares, que de consiguiente parecían miembros mal pegados, si se exceptúan el mayor y el del fondo en que descansan las cenizas de San Genadio, que tienen sus apartamentos respectivos de forma semicircular; y por último, la luz del templo debía introducirse por alguna lucerna de la cúpula en el día tapiada, pues las ventanas que ahora se la suministran, son unos feos agujeros cuadrados abiertos de cualquier modo á trueque de no dejarlo enteramente á oscuras. Todas estas circunstancias podían cuadrar muy bien á una mezquita mahometana, pero de ningún modo á una iglesia de Jesucristo.

Esta fábrica estaba ya concluída en el año de 937, reinando en León Ramiro II; pero del nombre del artífice no ha quedado memoria alguna. De todas maneras semejante monumento, bello, airoso y construído de materias preciosas, enclavado en las montañas tal vez más salvajes y rudas, pero de seguro las menos frecuentadas de España, es un peregrino hallazgo, una verdadera sorpresa para el viajero. No es este el lugar propio de las muchas reflexiones á que da margen, pero nos contentaremos por ahora con decir que si la historia de los monumentos de un país es la historia de su civilización, su historia, en fin, escrita en las más bellas páginas posibles, muy amargo y desconsolado es ver que se van borrando los más elocuentes sin que haya una mano benéfica que se ocupe en sacarlas á la luz pública.

Sabemos que existe una honrosa excepción de esta regla; y no queremos dejar pasar esta ocasión sin que nuestra pluma le haga aquí la misma justicia que nuestra memoria le hizo en las soledades de Peñalva. Hablamos de la *España Monumental y Artística*, á cuyos redactores y cola-

boradores prometimos un aviso que de seguro convendría á su honra, y tal vez no estaría reñido con sus intereses. Este aviso va ya envuelto en el presente artículo, y en los sucesivos se pondrá más de manifiesto. Los recuerdos artísticos que quedan de los siglos medios en toda la provincia de León, y muy particularmente en el distrito del Bierzo, merecen la atención de cuantos se interesen en las glorias españolas. Si su publicación, según parece, aspira á ser eminentemente nacional, cometería una gran falta de lógica en prescindir de los monumentos de un país, que abrigó en su infancia á la nacionalidad española muerta en el Guadelete, y resucitada en las montañas de Asturias y León. Alguno de los colaboradores de esta interesante obra que personalmente nos conoce debe saber que nuestro amor al arte no se mide por la pobreza de nuestros conocimientos, y que si escasos como son pueden contribuir al brillo del país en algún modo, siempre los tendrán á su servicio. Volvamos ya á nuestro viaje.

El vicario de Peñalva nos enseñó entre varias reliquias de San Genadio una especie de bolos con que el santo se entretenía en sus horas de recreo, la reja de hierro en que dormía en su cueva y una argolla del mismo metal que sin cesar traía rodeada al cuerpo; pero lo que más nos llamó la atención fué un cáliz de aquel tiempo de estraña y tosca figura con la patena exactamente ajustada á la boca, y que al rededor tiene el nombre del donador.

Como la tarde iba entrando, y sobre las tres leguas de perverso camino que traíamos andadas á pie todavía teníamos que andar otras tantas del mismo modo para llegar á Ponferrada, nos despedimos del buen vicario, dándole gracias por su cordial acogida, y bajamos al Valdueza por una senda mala aun para los jabalíes y corzos. La vista de este valle que habíamos cruzado el día antes en una lluviosa y oscura mañana, y que ahora desplegaba todas sus galas y pomposa vegetación á la dorada luz de una tarde clara y serena, nos hizo dar por bien empleadas todas nuestras fatigas. Las casas que entre los árboles se veían, parecían

otros tantos nidos; el río tenía un murmullo más bullicioso y alegre que nunca, y los pájaros se despedían de la luz con armoniosos cantares. Por fin, un poco molidos y un mucho satisfechos de nuestra expedición, llegamos á Ponferrada, donde pudimos descansar á nuestro sabor.

IV.

Hasta ahora solo hemos hablado de las iglesias de San Pedro de Montes y Peñalva, que más estrechamente que ningún otro monumento de este país se ligan á la restauración de la monarquía, si bien la segunda, como dejamos dicho, apenas puede contarse entre los destellos del arte cristiano. Los monumentos que van á ocupar ahora nuestra atención, pertenecen á una época en que la arquitectura gozó de robustísima vida y pobló el mundo de obras marcadas con el sello de una maravillosa y fuerte unidad.

Sabido es que en el siglo X la Lombardía se elevó á un grado de ilustración y poder que con justicia le ha grangeado la admiración de los hombres y el aplauso de la historia. La arquitectura que sucedió inmediatamente á la bizantina, y se esparció por la Europa con prodigiosa rapidez, llevaba su nombre, y sin duda forma el más ilustre cuartel de su escudo de armas. La rara asociación de los *francmacons* ó albañiles libres, su espíritu sacerdotal, sus numerosas afiliaciones en todos los países, su ciencia y habilidad en la edificación, no podían menos de lograr preponderancia, riqueza y extraordinario influjo en aquella época ignorante y dislocada, que no presentó por cierto corporación más compacta y rigurosamente subordinada, y que por lo mismo estuviese con mejor título en posesión de los recursos y medios que ofrece y desenvuelve el espíritu de asociación. Apoyados por un lado en la Iglesia, y particularmente en las órdenes religiosas, en cuyo seno contaban nu-

merosos afiliados, y por otro en los reyes, que á porfía les otorgaban privilegios y franquicias, por todas partes extendieron su poderío, y en todas dejaron huellas de su ciencia y portentosa organización.

Mal podía librarse de tan universal influencia un país como el Bierzo, asiento de reyes ó de personas de la real estirpe, teatro de glorias para el cristianismo por los muchos santos que ilustraban sus valles y montes, tránsito forzoso para Santiago de Galicia, tan frecuentado entonces de toda la Europa, y más en especial de sus potentados, y depósito por fin de los vivos recuerdos que no dejan de acompañar á un país donde el culto de los mayores se ha restablecido en campos bañados de sangre enemiga. En el amenísimo pueblo de Corullón se conservan en muy buen estado dos iglesias con la advocación de San Esteban y San Miguel, que tal vez serán las primeras del género lombardo de las que aun quedan en pie. No hemos tenido el necesario espacio para averiguar exactamente su fecha; pero del género ninguna duda nos cabe, así porque reune todos los caracteres distintivos, como porque la ejecución da á entender claramente que el arte distaba todavía de aquella perfección de detalles, que en alguna de las iglesias que á poco debieron de seguirlas, se advierte. La de San Esteban aventaja á la compañera en regularidad y esmero en los pormenores, y tiene un sello todavía más pronunciado del carácter y espíritu de las artes en aquella época. Dos estatuas vimos en su pórtico que revelan suma antigüedad, y si no fuera por el místico espiritualismo de su expresión, fácil sería tenerlas por dos figuras egipcias: tan flacas y prolongadas son sus formas, tan atormentada su actitud, tan rígido y estirado el dibujo. Quizá más notables son todavía los modillones que sostienen el tejado, extraordinaria serie de figuras, extravagantes y caprichosas las más, y no muy decente alguna de ellas: muestras claras de aquel eterno simbolismo que en casi todas las iglesias lombardas se nota, y que sin duda venía á ser el signo y cifra más concreta del espíritu del arte.

Ya hemos dicho que la villa actual de Villafranca se formó poco á poco á la sombra de una iglesia levantada por unos monjes de Cluni que administraban los Sacramentos á los franceses pobladores del tiempo del rey don Alonso VI y á los peregrinos de Santiago. El monasterio de Nuestra Señora de *Cluniaco*, que vulgarmente vino á llamarse *Cruniego*, ha desaparecido enteramente, aunque se conserva memoria suya del año 1247 en Astorga: pero ha quedado de aquellos tiempos la iglesia de Santiago, monumento, si reducido, no por eso menos esmerado del arte lombardo. Cerca de ella, según tradición recibida, había un pequeño hospital, donde se asistía y cuidaba á los peregrinos enfermos, y de donde una vez restablecidos y curados salían á recibir el pan eucarístico en el cercano templo, entrando por una puerta llamada sin duda por esto el *Arco del perdón*. Mucho tiene de notable este arco, porque si alguno puede marcar el tránsito del género lombardo al gótico, apuntado ú ojival, como fuera de España se denomina, éste parece ser el destinado. La iglesia es perfectamente lombarda en su conjunto tanto como en sus pormenores, si se exceptúa la torre, pegote moderno de muy mal gusto y piedra de diverso color; pero el arco de la portada, que por su arranque parece encaminarse al semicírculo, remata al cabo en una punta poco airosa, bien distante por cierto de la esbelteza y gallardía de las ventanas, que vienen calando casi hasta el suelo los muros laterales de la catedral de León. No es imposible que esta puerta sea obra posterior, comenzada y acabada en los primeros albores del gótico, y añadida al edificio para solemnizar más el uso á que se la destinaba, pues realmente los dibujos y labores son de un gusto tan prolijo y aun acabado, si se atiende á la época, que apenas dejan que desear. Lástima será en verdad que la degradación y deterioro que comienzan á sufrir pasen adelante, sin que el lápiz y el cincel les aseguren vida más duradera. Las demás iglesias de Villafranca, inclusa la Colegiata, son de fecha reciente, y no ofrecen en nuestro entender nada de notable.

En la margen izquierda del río Cua, poco más abajo de Cacabelos y en un sitio fértil, risueño y deleitoso tal vez en demasía para la austeridad y recogimiento de la vida monástica, está asentado el monasterio de Carracedo, el más sobresaliente del Bierzo, y que antes de la caída de las órdenes religiosas gozaba en la de San Bernardo de una consideración y riqueza de primer rango. Cércanle por todas partes praderas y huertas fertilísimas, frondosos arbolados y campos de pan de maíz y de lino, surcados por arroyos puros y cristalinos que mantienen en ellos una perpetua verdura. Es allí el cielo tan sereno y claro, tan benigno y templado el aire, tan fecunda la tierra y tan variada la armonía de los infinitos pájaros que cantan en sus sotos, que el buen rey don Bermudo II el Gotoso que le fundó en 990, no pudo buscar marco menos apropósito para un cuadro grave y religioso.

Lo que en un principio fuese este monasterio no es fácil averiguarlo, aunque si se atiende á los tiempos azarosísimos que alcanzó aquel monarca, fácil es conocer que no pasaría de una muy alta esfera. Por entonces el terrible Almanzor igualó con el suelo la ciudad de León después de una heróica resistencia, extendió su devastación á Astorga y sembró el terror por todas partes. Epoca miserable y desdichada fué aquella entre las más desdichadas que pudo contar la cruz en su lucha con la media luna. Esto nos hace creer que el nuevo monasterio crecería poco, combatido de tantos males y desasosiego, y por otra parte la circunstancia de no haberse enterrado en él don Bermudo á pesar de haberle fundado para su sepultura, nos confirma en nuestra opinión. Murió el Gotoso monarca en el Bierzo y descansó una porción de años en Villabuena, residencia en otro tiempo de los merinos de este país, aldea miserable en el día, hasta que más adelante fué trasladado al panteón real de San Isidro de León.

Dos siglos más tarde, acabadas las guerras y turbulencias del reinado de doña Urraca, y empuñado el cetro de León por su hijo don Alfonso VII, llamado el Emperador,

creció este monasterio en riquezas y consideración. La Infanta doña Sancha, que con su talento, dulzura y piedad contribuyó tanto al brillo de este glorioso reinado, gobernaba el Bierzo por este tiempo, como lo acreditan numerosas escrituras. Era aquella la época en que San Bernardo, por sus luces, virtudes y elevado carácter, venía á ser el objeto de la veneración de la Europa; y como la Borgoña, su patria, éralo asimismo de Ramón de Borgoña, primer marido de doña Urraca y padre del rey, mostrábale este afición y respeto particulares, y deseaba honrarle propagando por sus Estados la orden del Císter, de que era el santo principal fundador. Ayudábale en estos designios su piadosa hermana doña Sancha, y nuestro Mariana cita una carta del ilustre abad de Claravalle á esta señora. Volvió, pues, los ojos al monasterio de Carracedo, y con intento de ensancharle, de acuerdo con el emperador su hermano, trasladó á él el convento de Santa Marina de Valverde, junto á Corullón, y allí, mudado el hábito negro en blanco, quedaron todos monjes cirtercienses.

Al entrar en el monasterio actual, confuso amontonamiento de claustros y paredes blancas sin orden ni unidad alguna, se encuentra á la mano izquierda una torre redonda en su principio y cuadrada en su remate, que por el color de la piedra parece muy antigua y que flanquea un resto de muro del mismo color y calidad con un rosetón bellamente labrado á los dos tercios de su altura. No se sabe qué quiere decir, porque la iglesia, cuya continuación parece ser tiene forma greco-romana y muy reciente; pero dentro se aclara el misterio tan pronta como desagradablemente. Un monje que vivía en el convento como particular después de su extinción, y que tuvo la bondad de acompañarnos por aquellos claustros, sólidos sin duda, pero en que las artes apenas han derramado uno de sus reflejos divinos, condescendiendo con nuestras instancias, nos llevó á ver la iglesia de doña Sancha. ¿Quiere saber el lector lo que queda de ella? Pues es ni más ni menos que la torre, muro y rosetón que se encuentran al entrar, y un poco de

las paredes laterales con dos de sus semicirculares ventanas. Mas allá se extiende la iglesia nueva, fábrica como dejamos dicho greco-romana, con sus arcos y pilastras estriados, su cenefa alegrita de plantas, y lazos por debajo de la cornisa, y por carácter general una insignificación exquisita si se compara con el aspecto severo que ofrecen los mutilados restos de la iglesia antigua. Es de advertir que la moderna no está más que cubierta y en esqueleto. Así es que no ha recibido consagración. Entonces no pudimos menos de preguntar al anciano religioso si algún terremoto había echado por tierra el templo de aquella ilustre princesa. «No, señor: respondió: la iglesia estaba como hecha de ayer; pero los monjes la tiraron á fines del siglo pasado.—¿Quién dice Vd., los monjes?—Los monjes, sí, señor, contestó él, porque como el presbiterio era muy reducido, no se podía celebrar bien de pontifical, y así hubo que tirarla y hacer en su lugar esta otra, que es más bonita, y sobre todo moderna.

A tan victoriosa respuesta, ¿qué se había de hacer? Callar, morderse los labios y guardarse las reflexiones para mejor ocasión. Así pues, solo para tener un presbiterio más ancho, se derriba un monumento lombardo que la severidad de las líneas, en lo poco que nos queda y la delicada crestería del rosetón y ventanas, dan á conocer como bellísimos. Triste es el vandalismo de las guerras y revoluciones; pero el que se oculta detrás de las corbatas y hopalandas, es cien veces más odioso y repugnante (*). La pérdida de este templo es tanto más sensible en nuestro en-

---

(*) No se puede negar que tiene razón el autor en una parte de lo que dice aquí acalorado por la ofensa inferida al arte, que tan vivamente hiere en su alma el sentimiento del amor á lo bello: pero en nuestro sentir es mucho más temible el vandalismo hijo de las guerras y revoluciones que el producido por la ignorancia y falta de gusto; este obra excepcionalmente, y aquel obedece á un espíritu devastador por sistema, y de ello se pueden por desgracia citar tristes y numerosos ejemplos en nuestra patria.

tender, cuanto que sin salir en el fondo de la índole y carácter de la arquitectura á la sazón dominante, ofrecía en los detalles un no sé qué de lujo arabesco que debía ser una media tinta de particular efecto.

Preguntamos á nuestro buen *cicerone* por los restos del antiguo convento, y supimos que habían corrido la misma fortuna que la iglesia. Por fin, temblando de miedo le hablamos de la habitación de la infanta gobernadora, pero tuvimos el gusto de saber que todavía se conservaba parte de ella, y bajamos á un patio desde el cual se veía una fachadita muy graciosa. Una escalera sin barandilla y llena de zarzas, pero de muy suave acceso, guiaba á una especie de galería reducida, pero de labores muy lindas, que servía de vestíbulo á la habitación de la infanta. Los arcos y columnas que la sostienen, participan tanto de lo gótico como de lo árabe, y la puerta está flanqueada de una ventana estrecha y alta, dividida por una columna redonda y de un rosetón pequeño primorosamente trabajado. La habitación es un salón cuadrado bastante espacioso, muy alto y sostenido por columnas muy delgadas, de donde arrancan arcos apuntados de tan grande sutileza, que sobre cada columna vienen á descansar cuatro. A la derecha de la entrada hay una chimenea enorme; enfrente otro lindo rosetón, en el día ciego, y á la izquierda una puertecilla que da á una escalera secreta. El techo es de madera, y aunque desecho ya en gran parte, todavía da á entender el esmero y coste del artesonado, sobre todo en una especie de cúpula que se eleva en el centro y en que todavía parecen notarse algunos preciosos embutidos. El conjunto es tan proporcionado y regular, los arcos y columnas tan esbeltos y airosos, los techos tan bien labrados, las ventanas y puertas de un acabado tan completo, y todo ello tan delicado y gallardo, que involuntariamente trae á la imaginación los buenos restos arquitectónicos de los cultos árabes andaluces. Y si con el pensamiento ataviamos este aposento de todas las galas y esplendor que durante el ilustre reinado del emperador hicieron declarar al rey Luis de

Francia (*), que ni en Europa ni en Asia había visto corte tan lucida como la de León, naturalmente corre la idea de que la habitación de una princesa tan esclarecida debiera merecer el particular respeto y cuidado de los monjes sus favorecidos. Pues estos desdichados, no contentos con empotrar en el convento moderno esta hermosa reliquia, privándola así de una gran parte de sus luces, fueron á destinarla ¿á qué dirá el lector piadoso? ¡ni más ni menos que á panera! He aquí dónde habían venido á parar las tradiciones piadosas y el recuerdo de una señora que fué el adorno de sus tiempos. He aquí en lo que habían venido á parar el gusto de lo bello y el amor al arte. Porque hay que añadir que sin darse por satisfechos con esta profanación, á la vez histórica y artística, hicieron una escalera que bajaba desde el claustro, de mano de albañil por supuesto, y además entre las elegantes columnas pusieron alguna división de tabique que mutila horrorosamente el salón. Nos contentamos con exponer el hecho, dejando al lector el cuidado de calificarle y de sacar las consecuencias.

Fundó también doña Sancha en la feraz ribera de Bembibre al pie del Monte de Arenas el monasterio de monjas Bernardas llamado de San Miguel de las Dueñas. La situación también es amenísima; pero la vecindad del monte contribuye á darle un aspecto más austero y monacal. La actual fábrica es reciente, pues como en 1550 las inundaciones del Ciza obligasen á las monjas de San Guillermo de Villabuena á abandonar su monasterio, refundióse éste en el de San Miguel. Entonces con la necesidad de ensancharle vino sin duda al suelo la fábrica antigua, que sin aten-

---

(*) El rey Luis, considerado el arreo, atuendo y atavío, así de los grandes como del pueblo, que acudió en tan gran número cuanto en la ciudad real se vió antes..... dijo no haber en Europa ni en Asia visto corte más lucida, ni arreada: en las cuales provincias se hallara en el tiempo que fué á la guerra de la Tierra Santa. Mariana, *Hist. de Esp.*, lib. XI, cap. III.

demos á la muestra de Carracedo, debería tener no poco que la recomendase como parto que era de un espíritu naturalmente elevado.

Algún otro resto queda todavía en el Bierzo del estilo lombardo: pero los que llevamos mencionados encierran lo único notable que ofrece. Con él murió la arquitectura en este país, pues el género llamado gótico no tiene en él un solo monumento que lo represente, y lo perteneciente al estilo greco-romano que se inauguró en la época llamada del renacimiento, no merece elogios ni mención aparte. Trasladada definitivamente á León ó Castilla la residencia de las personas reales, y extinguidos por otra parte los caballeros templarios, faltóle al arte la vitalidad y energía que encontraba en estos manantiales de ilustración y riqueza, y pereció de consunción. Los monumentos posteriores, sin embargo, si no se recomiendan por su mérito arquitectónico, no por eso están perdidos para las artes, pues la mayor parte reunen accidentes de que un pintor de país pudiera sacar sin duda gran partido.

V.

No menos notables que las iglesias y monasterios, son los restos militares de la Edad Media que se conservan en el Bierzo. En Ponferrada, en Corullón, en Bembibre, en el Valcárcel, y sobre el pueblo de Río Ferreiros, existen en el día otros tantos castillos que si bien desiguales en posición é importancia, no dejan de llamar sin embargo la atención del curioso viajero. En todos ellos la parte interior destinada á vivienda está completamente desmoronada, y aun en alguno, como el de Bembibre, tienen las murallas brechas y portillos muy grandes, pero en los demás el esqueleto y las obras puramente militares se mantienen en pie.

Si por una de aquellas desgracias que inevitablemente acompañan á la guerra, no se hubiesen quemado por entero los archivos de Carracedo y del marqués de Villafranca,

todavía podrían reunirse datos muy estimables para ilustrar la historia de la época en que los señores de estas fuerzas desempeñaban importantes papeles en el drama político de la nación, pero en el día es cosa ciertamente difícil rastrear noticias relativas á estos tiempos. Los archivos particulares contienen mucho menos que aquellos grandes depósitos, y los de los ayuntamientos no están mucho mejor surtidos y ordenados: de manera que por ahora más partido pueden sacar de estas reliquias los estudios artísticos que no los históricos.

Es tradición valida en el país, que los caballeros templarios levantaron todos los castillos que vemos en el día, y á juzgar por la exterioridad no va enteramente descarriada esta opinión, pues todos guardan cierta analogía arquitectónica con el de Ponferrada, que indudablemente perteneció á aquella noble orden tan valerosa como desdichada, Ya quedan señaladas en uno de los anteriores artículos algunas de las huellas que dejaron en este país vivo testimonio de su piedad, grandeza y poderío: justo será que hablemos ahora de los restos de sus pompas mundanas y de sus alcázares orgullosos. Las artes y la historia descansan con gusto al pie de las ruinas, porque en ellas brota la fuente de una inspiración solemne y triste, y en su breve compendio se amontonan lecciones severas y útiles enseñanzas.

Para que todo lleve el sello de la variedad en este país pintoresco y rico, hasta las ruinas tienen por su situación y accidentes un carácter marcado de diversidad. El castillo de Bembibre, por ejemplo, que domina la pequeña villa de este nombre en una colina de suave acceso y pequeña altura, y situado á la cabecera de una cuenca amenísima que lleva su nombre, más que otra cosa parece un puesto elegido para descanso de las marciales fatigas. Por la espalda y á su izquierda le cercan las cordilleras del puerto de Manzanal y las montañas donde tiene su nacimiento el Boeza. En frente y á su derecha se extienden los linares y praderas del pueblo, limitados por el río, y por las vistosas emi-

nencias desde donde se divisa Calamocos y otros pueblos de hermosos términos y suave degradación, y los campos fértiles y laderas plantadas de viñedo de Almázcara y San Miguel de las Dueñas, que ofrece la masa de su monasterio, en el fondo del valle como un candado de esta deliciosa cadena. El aire militar de esta fortaleza guarda perfecta consonancia con el país que la rodea, y nada tiene de imponente ni de terrible, pero sin embargo, según hemos oído á una persona bien informada, presenció en el siglo XV escenas trágicas y lastimosas en que figuraron como víctimas dos jóvenes ilustres de la comarca. Actualmente solo conserva algo de sus murallas y los encantos de una situación llena de perspectivas halagüeñas.

El castillo de Cornatel ó Cornatelo parece imaginado para contrastar vivamente con el que acabamos de mencionar. Siguiendo la orilla izquierda del Sil, y atravesando los pueblos de Toral de Merayo, Villalibre, Priaranza y Santalla, el camino tuerce á la izquierda al llegar á este, y el viajero se despide de las frondosas riberas del río para entrar en una garganta angosta á cuya mitad se encuentra una miserable aldea llamada Río Ferreiros. Murmura un riachuelo en el fondo de estos barrancos, y por encima de las casas y como corona de una altura peñascosa, inaccesible y tajada, asoma sobre el fondo del cielo un lienzo de muralla con almenas que por de pronto suspende y embaraza el ánimo. Desde semejantes honduras no puede gozar la vista el espectáculo de aquel fuerte encubierto por los peñascos, pero á medida que se trepa por la agria cuesta en donde serpea el camino, va cobrando formas regulares, y por último presenta en los dos lienzos de mediodía y occidente dos líneas rectas, franqueada la más larga por un torreón cuadrado que ocupa su centro. El que desde abajo veía en él un nido de aves de rapiña y no la morada de guerreros, califica su juicio de temerario, y hasta penetrar en su recinto no se convence de que el primer pensamiento era el acertado.

Háse borrado todo camino, y solo escalando rocas y

abriéndose paso por medio de matorrales puede tomarse la vuelta del castillo hasta dar con la entrada que está á la parte del norte. Aquí todo muda de aspecto como se cambia á la señal convenida una decoración teatral. Precipicios espantosos erizados de peñas negruzcas y de horrorosa profundidad defienden este costado y el de oriente, rematado por una aguda punta, y tal es la escarpa del terreno, que la fortificación pierde toda forma regular y se reduce á seguir las curvas y sinuosidades de aquellos derrumbaderos. Aun en varios parajes no hay más defensa que la natural, y el único trabajo del ingeniero se redujo á establecer una línea de continuidad rellenando de muralla tal cual portillo que ofrecían las rocas y aislaba algunas partes del fuerte. Lo interior corresponde exactamente á este carácter salvaje y bravío, y es de lo más rústico y tosco que puede figurarse nadie. Los torreones que deberían servir de vivienda á la guarnición, no manifiestan en su construcción primor alguno y aun carecen relativamente de solidez: la plaza de armas ni está nivelada ni nunca lo estuvo según las enormes peñas que asoman la cabeza; y finalmente, las escaleras que conducen á la muralla no son sino unas grandes piedras empotradas en ella, y que colocadas en plano inclinado y sin ninguna trabazón entre sí, presentan una subida tan incómoda como difícil.

El castillo estuvo en otro tiempo reducido á la parte oriental y esta fábrica revela antigüedad notable por su color, y sobre todo, por sus torreones redondos. Posteriormente se le añadió todo el cuerpo occidental, y esta sin duda debe ser obra de los caballeros templarios, porque materiales, forma cuadrada y género de construcción son en todo iguales á los de la fortaleza de Ponferrada.

La posición eminentemente militar para la época en que solo con flechas se podía ofender de lejos, es insostenible enteramente en el día y aun debió de serlo desde el momento en que comenzaron á usarse los cañones, porque de ambas partes le enseñorean alturas cercanas. Por lo demás, lo grueso de las murallas por una parte y por lo in-

naccesible del terreno por otra, convertían este alcázar en un punto importante para asegurar las comunicaciones con Galicia y poner una gran parte del Bierzo á cubierto de cualquier repentina embestida.

La última visita que hicimos á estos parajes fué en el verano de este año. Comenzamos á recorrer la muralla y á disfrutar aquel espectáculo que tan extrañas sensaciones produce bajo el sol ardoroso de Julio. A nuestros pies teníamos el miserable lugar de Valdeviejas, empozado en un hoyo reducido, y el riachuelo que dejamos ya mencionado, cuyos ecos repetidos por las innumerables quiebras de los riscos formaban un clamor sordo monótono y lamentatable que llenaba el silencio de aquellas soledades. Quisimos asomarnos á la punta oriental del castillo, pero era imposible sostener la vista de aquel abismo que causaba un vértigo tremendo, y solo arrastrando pudimos sacar la cabeza y medir la extensión de aquel despeñadero fatal que erizado de puntas y matas de encina bajaba hasta la orilla del arroyo. A la izquierda y por la garganta que dejábamos recorrida, se divisaba un trozo pintoresco de las riberas del Sil, la mayor parte de las del Cua, las dehesas de Fuentes Nuevas y Campo Maraya, los viñedos de Sorribas, el convento de Carracedo, y por último término las montañas del Burbia medio borradas por la canícula. A nuestra espalda los pueblos de Lago y Carucedo, vislumbraban con sus tejados azules á las márgenes de aquel lago sosegado, trasparente y dormido, por cuyas aguas no se deslizaba ningún barquichuelo, ni discurría la más ligera brisa que empañase aquel espejo en que los cielos serenos y diáfanos se miraban. ¡Contraste peregrino y que más de una vez debió elevar las almas de los soldados del Temple, que, semejantes á las águilas, se anidaban en aquellas alturas, como ahora elevaba las nuestras! ¡Escenas elocuentes adornadas de una tristeza santa y augusta en que la aridez de lo presente se reverdece con las aguas de la esperanza, á la manera que los lagos, ríos y praderas del Bierzo, vistos en lontananza delicio-

sa, templaban las agrestes y sombrías escabrosidades de Cornatel.

Antes de dejarlo, llamó poderosamente nuestra atención un accidente revestido de un misterio vago y terrorífico. En donde más pendiente está el precipicio, se desprende de la muralla una especie de aposento cuadrado sin pavimento alguno, y cuyo techo descendía en un plano rapidísimamente inclinado. Una ventana que da al abismo lo alumbra, y por mucho que fué el cuidado que pusimos, no pudimos descubrir restos de goznes para las maderas, ni menos agujeros donde encajasen los hierros de alguna reja. El destino más natural de este extraño apartamento, parece ser el de prisión: pero, ¿qué significa en tal caso aquella ventana fatal sin defensa ni resguardo alguno? ¿Era para proporcionar á la desesperación del preso los medios de intentar una fuga, en cuyo término estaba de seguro la muerte, ó desde allí se ejecutaban sentencias semejantes á las de la roca Tarpeya y la peña de Martos? No es fácil saberlo; pero la tradición del país confirma estas tristes ideas, y no hay aldeano que no atribuya tan terrible servicio á la misteriosa ventana.

Al salir buscamos con especial cuidado sobre la puerta el escudo de armas; pero la piedra que debía contenerlo ha sido arrancada sin duda por alguno que pensó encontrar detrás un montón de doblas de oro. Como quiera, su tamaño nos confirmó en la idea de que los templarios debieron ser los fundadores de esta fuerza, porque lo más que podía caber en tan reducido espacio, era su cruz de ocho puntas tan profusamente sembrada en las paredes de la Bailia de Ponferrada.

El castillo, que dominaba el estrecho valle de Valcárcel, tiene toda la aspereza y ninguno de los accidentes pintorescos que hermosean el de Cornatel, pero el de Corullón posee tantos atractivos, ya mirado desde lejos, ya cuando desde él se extiende la vista por los vecinos campos, que verdaderamente es de lamentar que nuestros paisistas no hayan sacado partido de su ventajosa situación.

Corullón y su término pasan con razón por el terreno más pingüe y feraz del Bierzo, pero el anfiteatro por donde están derramadas sus casas en agraciado desorden, que empieza en las orillas del Burbia y acaba en el castillo de que hablamos, es de lo más variado, frondoso y risueño que la imaginación puede concebir. Figúrese, pues, el lector cuál será la situación de este alcázar, que no solo domina la fértil y amena pendiente, sino también los prados y sotos de Vilela, los viñedos de Valtiolle y Villafranca, el collado del antiguo Bélgidum, y á lo lejos la villa y fortaleza de Ponferrada y los últimos lindes del país. No hay aquí como en Cornatel precipicios horribles, riscos escarpados, ni arbustos silvestres: colinas de declive manso y suave, huertas de esmerado cultivo, praderías de verdor eterno, sotos de castaños y frutales, las higueras de Canaán, los olivos de Atenas y las vides de Chío, forman el marco de este hermoso castillo que solo á su espalda tiene una cordillera de silvestre aspecto, y que en lugar de afear hermosea con su contraposición tan halagüeño paisaje.

Las murallas se conservan en muy buen estado, y su semejanza arquitectónica con las de Ponferrada descubren su origen templario. En una de sus paredes interiores vimos unas armas que no eran las de esta milicia ilustre, pero la yedra, que por varias partes lo envuelve, como una mortaja, cubrirá sin duda la cruz del Temple, que no dejaría probablemente de asegurar por este medio su preponderancia militar en el Bierzo con el establecimiento de un puesto importante que en cierto modo cerraba la entrada de Galicia y dominaba un país rico y abundante.

Ya solo nos queda por describir la fortaleza de Ponferrada, emporio de su grandeza en este país, monumento que aun ahora nos habla con su silencio elocuente de las glorias que pasaron, y que no ha podido deslucir la mano del tiempo. Está asentado el castillo en una colina situada en la confluencia de los ríos Sil y Boeza, y domina todo el Bierzo bajo, dando á la villa que se extiende por el Oriente, un aspecto de majestad antigua que en gran manera la

realza. El primero de aquellos ríos lame la falda de la eminencia: enfrente de su puente levadizo se levanta el monte del Pajariel, y más allá las sierras de la Aguiana; por el lado de Oriente termina el horizonte el monte de Arenas; un poco hacia el Norte el Castro de Columbrianos, y por la parte del Poniente los llanos, y á lo lejos el arco de las montañas del Burbia y la Somoza. El castillo en un principio se reducía á los dos torreones que dan á la plaza del pueblo, de forma redonda y descomunal altura; pero cuando pasaron á manos del Temple, creció sobremanera y adquirió las colosales dimensiones que aún conserva. Entonces edificaron aquellas elegantes agujas coronadas de vistosos chapiteles que sostenían las plataformas, desde donde se defendía la entrada y se echaba el puente levadizo: entonces se labraron las afiligranadas ventanas de lo interior; se esculpieron los escudos de armas, cruces y misteriosos signos que adornan las paredes, y se pintaron de encarnado y oro los aposentos de tan ilustres huéspedes.

El único blasón que adorna la puerta principal, es la cruz de ocho puntas, símbolo de la orden; pero la segunda entrada que cerraba el rastrillo muestra el escudo de armas, abierto por desgracia en una piedra deleznable, y borrado todo él de consiguiente. De suponer es, sin embargo, que consistiese en los dos caballeros montados en un mismo caballo, emblema significativo de la primitiva humildad y pobreza de esta milicia, que más tarde debía comprar los reinos á dinero contante y morir víctima de su opulencia antes que de sus crímenes. Como quiera, todavía se distingue en el cuartel interior central la indispensable cruz, y en la orla superior las primeras palabras de aquel versículo de los salmos, que dice: *Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat, qui custodit eam:* lema piadoso que revela el espíritu religioso que presidió la formación de esta falange heróica, terror del islamismo y brazo derecho de la cristiandad.

En la gran plaza de armas, en medio de las dos venta-

nas primorosas que debían pertenecer á las mejores piezas del castillo, hay otra lápida aislada con los siguientes versículos: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt qui edificant eam. Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos* Nada de singular ofrece esto que tan estrechamente ligado está con el carácter de la asociación, pero en el patio de las principales habitaciones hay una puerta principal coronada por un signo extraño. Redúcese á dos cuadrados perfectos que se intersecan en ángulos completamente iguales, y que de un lado flanquea un sol y del otro una estrella. Si algo representa la igualdad, esta figura debe ser mejor que ninguna otra su emblema; pero ¿cuál podía ser la igualdad de los caballeros templarios, si no significaba la consagración absoluta á favorecer el crecimiento y gloria de su orden y el sacrificio de todo impulso individual en provecho suyo? ¿Daban á entender por ventura el sol y la estrella que de día y de noche, en sus pensamientos ó en sus sueños, estaban obligados á velar por su templo místico y á no dejar apagar su lámpara sagrada? No lo sabemos los profanos que hemos perdido la clave de su liturgia oscura y el sentido de sus tremendas ceremonias Amargas en estremo son las reflexiones que asaltan al ánimo en este lugar de desolación, entre estas ruinas, albergue otro tiempo de la religión y del valor, morada ahora de la soledad y del silencio. ¿Cuáles debieron de ser las de los templarios cuando para no volver atrás besaron estos umbrales. Jerusalén y el Asia toda perdida para siempre: sus hermanos abandonados en Francia por un papa sin fe, á merced de un verdugo coronado, sediento de sus riquezas, y quemados en las plazas públicas: la Europa concitada en contra suya y ellos mismos emplazados como reos de nefandos crímenes ante un tribunal eclesiástico. ¿En esto habían venido á parar dos siglos de combates y tanta sangre vertida en la Palestina y en España? Sin duda con el corazón oprimido volvieron los ojos á su escudo glorioso, y con un ahogado suspiro exclamaron en voz baja: *¡Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda!*

Y el santo de Israel abrío su mano,
Y los dejó y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero.

¡Triste destino por cierto el de las cosas humanas sujetas á la ley inexorable de la decadencia cuando su objeto se ha cumplido! El templo era el símbolo vivo, ardiente y eterno de la cruzada: para sus guerreros, ni la gloria mundana del soldado, ni el sosiego del monje, sino el sacrificio más absoluto. La Europa entera se había afanado por premiarlos, y en 180 años de existencia habían llegado á ser la congregación más rica, temida y poderosa del mundo; pero cuando las voces de Pedro el Ermitaño y de San Bernardo enmudecieron y se acabaron las cruzadas y tornaron los santos lugares á poder de infieles, los templarios burlados en su fe, engañados en su esperanza, despojados de la que miraban como su segunda patria, irritados, opulentos y soberbios, ya nada representaban, y la supresión de su orden en la Europa fué una medida sumamente política y cuerda. España era la que más se hubiera resentido de ella en su cruzada de siete siglos, si en Castilla no tuviese por compañera esta ilustre orden las de la Caballería nacional, Calatrava, Santiago y Alcántara, y si en Aragón y Portugal no se hubiesen creado para sucederlas las de Montesa y Jesucristo.

Por lo demás, sabido es que en España los templarios alcanzaron en todas partes absolución completa, y que no fué posible probarles ninguno de los crímenes imputados, que tal vez mancharían á algunos individuos, pero que por respeto á la naturaleza debemos creer distantes de la orden.

Extinguida esta, el castillo de Ponferrada, que Mariana y Salazar (*) mencionan, pasó á poder de don Pedro Fer-

---

(*) Salazar, Reparos hist., núm. 252.—Mariana, Historia de España, lib. XV, cap. X.

nández de Castro, conde de Lemus, por merced que en 1340 le hizo el rey don Alonso, y lo conservó esta casa hasta 1492 en que de nuevo tornó á la jurisdicción real por excesos y tropelías del conde, que sin duda debieron de ser bien grandes, cuando una real cédula de 1510 manda «que los concertadores y escribanos mayores de las confirmaciones, confirmen los privilegios y mercedes de esta villa, sin embargo de los bullicios y escándalos acaecidos en ella por el conde de Lemus.»

De este alcázar tan rico en recuerdos ya solo se conservan las murallas y obras sólidas, pero aun en una de las paredes se ven los restos de un mosqueado de encarnado y oro que ni el sol ni la lluvia han podido borrar del todo. Aun así su extensión colosal, su situación aventajada, el Sil que rueda por su pie con sus arenas de oro, el dilatado país que desde sus torreones se enseñorea y que despliega las galas del más extremado y vario panorama, y aquella impresión vaga de respeto que causan siempre las grandes ruinas, le comunican un encanto irresistible y misterioso.

Hemos concluído un desaliñado bosquejo de un país de casi todos desconocido á pesar de sus bellezas, al cual están ligados los recuerdos de nuestra infancia, las puras alegrías del hogar doméstico, las ilusiones generosas de la primera juventud, á vueltas de memorias de pesar y de pérdidas dolorosas harto mayores en número. A medida que los pensiles del alma van perdiendo sus hojas y sus flores, sus valles se revisten á nuestros ojos de formas de una hermosura casi mística, y los murmullos de sus aguas y arboledas despiertan los ecos adormecidos del corazón con música inefable y melancólica. Acepte pues el espíritu de estas soledades, acepten los amigos de nuestra infancia este homenaje de afecto desinteresado y puro como la edad en que nació y como las escenas que le han alimentado.

En otro artículo hablaremos de los monumentos notables del resto de la provincia.

VI.

La cordillera de montañas que separa el Bierzo de Astorga, es árida por demás, ya se tome la vía de Fuencebadón, ya la de Manzanal; pero este puerto, por donde atraviesa la carretera de la Coruña, gracias á motivos tan indecorosos como perjudiciales, es el más triste y monótono camino. Siquiera el ramal de Fuencebadón presenta accidentes más pintorescos y variados, y el valle, risueño aunque angosto y empozado de las Tejedas, que se dejan á la izquierda, y el pueblo de Compludo, no menos hondo, que se encuentra á la derecha, compensan, el uno con su frescura y frondosidad, y con sus recuerdos el otro (*), el miserable aspecto de los lugares del tránsito. La vertiente oriental de las montañas, forma contraste por su desnudez con los campos y colinas del Bierzo; pero desde la Cruz de Fierro, punto culminante de aquellas alturas, se disfruta de una vista agradable y de un horizonte muy extenso. El monte Teyeno se encuentra á la derecha como antemural de la Cabrera: á los dos lados se dibujan valles y laderas de líneas extrañas y vegetación áspera y silvestre, y enfrente se dilatan las espaciosas llanuras de Castilla, donde, como en el mar, el cielo parece juntarse con la tierra. El país que entonces se cruza es el de los maragatos, cuyos usos, costumbres y traje llenarían un artículo más largo que el presente, y del cual es cabeza la ciudad de Astorga, magnífica y suntuosa en otro tiempo, lección amarga en nuestros días de la inconstancia humana.

El terreno que le sirve de asiento es una especie de altozano situado al último declive de la sierra, que por el la-

---

(*) El lugar de Compludo es notable, no solo por el monasterio que fundó en él San Fructuoso á mediados del siglo VII, sino también por el concilio que el rey don Ramiro II tuvo en sus cercanías en el año de 946.

do de Mediodía termina un riachuelo llamado Gerga, y por el Oriente otro llamado el río Tuerto, un poco más caudaloso. La situación es despejada y sana; pero los contornos desapacibles y áridos.

Plinio llama magnífica á la ciudad de Astorga, cabeza entonces de convento jurídico y capital de la provincia denominada *Astúrica*. No podía ser más justa, en efecto, semejante calificación, si se atiende á su importancia militar y á los gérmenes de riqueza que debía abrigar entonces. El itinerario romano la hace centro de tres caminos militares mediterráneos, y de otro por la costa, que venían de Braga (Bracara). De ella, á su vez, arrancaban otros itinerarios, dos á Zaragoza y uno á Burdeos. Después de la división de España hecha por Constantino, Astorga tuvo su gobernador distinto del tarraconense, barón consular; y un sin fin de inscripciones descubiertas hace tiempo, y las nuevas que á cada paso se descubren (*) dan á conocer que bien merecía el epíteto con que Plinio acompaña su mención,

Durante la irrupción de los bárbaros sufrió Astorga todas las funestas consecuencias de aquellas guerras de esterminio; pero en el año de 456 recibió un golpe del cual sin duda jamás volvió á reponerse completamente. El rey godo Teodorico, que vino con orden y beneplácito del emperador Avito á hacer la guerra al suevo Raciario, quedó vencedor en la sangrienta batalla que á orillas del río Orbigo tuvo lugar el día 5 de octubre de 456.

Talada Galicia y parte de Lusitania, y de vuelta ya para Francia en el año siguiente, se apoderó con fraude de la ciudad de Astorga, y después de pasar á cuchillo la mayor parte de los habitantes, y de saquear los templos, se llevó en esclavitud á los que perdonó la espada, y entre ellos dos obispos, y cual si no bastase tan tremenda catástrofe, entregó la ciudad á las llamas.

(*) Hace tres ó cuatro años se han desenterrado una porción de lápidas perfectamente conservadas, que se han puesto en la pared del lindo paseo recientemente hecho en la muralla.

La invasión sarracénica la encontró ya en pie, si no restituída á su esplendor antiguo, pues según el Tudense las murallas de Toledo, León y Astorga, fueron las únicas que se libertaron de la demolición ordenada por Witiza. De presumir es que sellase este privilegio con su sangre en su resistencia; pero como quiera, su cautiverio debió de durar muy poco, cuando ya en el siglo VIII la vemos rescatada de manos de los moros y en poder de don Alonso el Católico. Almanzor extendió también hasta ella su terrible expedición; pero sabido es que los árabes no conservaron ninguno de los puntos de que se apoderaron entonces en el reino de León.

La antigüedad de la iglesia de Astorga se confunde con la de la religión cristiana, pues según todos los autores, el catálogo de sus obispos asciende á tiempos muy remotos: pero ni de la diligencia del P. Flórez, ni de ninguna otra obra de las que hemos podido haber á las manos, se deduce la fecha de su catedral (*), único monumento que en el día la realza y distingue. En una especie de lápida que se encuentra en la parte exterior de uno de los brazos del crucero, á la derecha de su puerta lateral se lee la cifra del siglo XVI, pero si se puede admitir que á esta época pertenezcan las pesadas y poco airosas torres, no sucede lo mismo ni con los arcos y ventanas apuntadas del interior, ni con las esculturas del coro, ni sobre todo con la pintura histórico-sagrada de sus vidrieras. Todo esto pertenece á la arquitectura denominada gótica, si bien nos la presenta en un estado tal de rudeza y atraso, que difícilmente puede pasar por hija del mismo arte que produjo los milagros de León y Sevilla. Los pilares son gruesos, los arcos carecen

---

(*) Este es un punto embrolladísimo como puede ver cualquiera que se tome el trabajo de recorrer el tomo 16.° de la *España sagrada*. Lo más cierto parece ser que una porción de obispos la han remendado á su manera hasta darla el raro y heterogéneo carácter que en el día la distingue. Las infelices esculturas de las puertas principales parecen manifestar que la depravación ha llegado hasta muy cerca de nosotros.

de gallardía, la proporción de las naves laterales no realza la elevación y esbelteza de la principal, ni en el conjunto se advierte aquel carácter de sublimidad religiosa y melancólica que cautiva el alma y embarga los sentidos en las obras maestras del mismo género.

No por eso faltan, sin embargo, primores y grandezas artísticas en este templo; pues si su mérito arquitectónico no sufre difíciles parangones, en escultura se aventaja tal vez á todos los de esta parte de España. No hablaremos de las prolijas labores de la sillería del coro, ni de los extraños contrastes que ofrecen las extravagancias y caprichos del asidero de sus asientos con las figuras graves y aun adustas de los apóstoles y santos que llenan sus compartimentos. Por preciosos que sean estos trabajos para la historia del arte, por mucha que sea la luz que sobre su carácter derramen, en otra parte encontramos la escultura elevada al más alto grado de perfección que acaso gozó nunca en España.

D. Antonio Palomino, en su obra sobre los pintores y escultores españoles, menciona este retablo y el de las Descalzas de la corte como prueba de la gran perfección que en escultura y arquitectura alcanzaba Gaspar Becerra, su esclarecido autor. Sabido es que este gran artista inflamado en una noble emulación al ver las obras de Alonso de Berruguete, partió á Italia deseoso de templar su genio en la misma fragua que él, la escuela del inmortal Miguel Angel. Discípulo no sólo de este maestro, sino también del divino Rafael, cuando volvió á España, tal gracia en el dibujo, tan delicado gusto en los contornos, y tan sencilla grandeza mostraban sus figuras, que al decir de un artista de entonces «quitó á Berruguete gran parte de su gloria y le imitaron y siguieron su camino los mejores escultores y pintores de España» (1).

Tal vez el arquitecto encontraría algo estrecha y apre-

---

(1) Francisco Pacheco. *Arte de la pintura*, lib. 2, cap. 5.

tada la disposición de los tres cuerpos en que está repartido este retablo, adornados de columnas dóricas, corintias y compuestas, porque en realidad falta la claridad y espacio necesario; pero el escultor y el pintor poco podrían echar de menos. Invención, dibujo, color, composición, paños, anatomía, todo se encuentra á la vez en este hermoso monumento. Si se exceptúan algunas figuras que ocupan los intercolumnios, las demás por lo general son de relieve, pero todas manifiestan un vigor y expresión admirables. Difícil es imaginar un dolor más vivo y augusto á un tiempo que el de la Virgen en el descendimiento, ni grupos más hábilmente combinados, ó cabezas mejor modeladas que las de los apóstoles en la ascensión. En el basamento hay cuatro figuras que representan las virtudes teologales, y otra que puede muy bien ser el símbolo de la religión cuyo aspecto exalta el ánimo más frío: tal espiritualidad resalta en su expresión, y tan apacible y suaves son su actitud y sus contornos. La caridad en especial acariciada por unos hermosos niños, á uno de los cuales ofrece el pecho, tiene un baño inexplicable de ternura y afectuosidad. No menos notable es la custodia por sus armoniosas proporciones y por sus medallones esmerados.

Así en las ropas como en los grupos y en el dibujo, ofrece este retablo visible semejanza con los frescos que en los claustros y biblioteca del Escorial nos dejó otro discípulo del Bonarrota, Peregrín de Peregrini. Esto, que á falta de otras pruebas más auténticas daría á conocer la clara fuente en que bebió nuestro Becerra sus nobles inspiraciones, debiera excitar mayor atención y diligencia en nuestros artistas para sacar del olvido una obra que á lo que sepamos no ha merecido más mención que la superficial é incompleta hecha por Ponz en el tomo XI de su viaje.

No sabemos el tiempo que gastaría Becerra en esta obra; pero es indudable que en 1569 estaba ya concluída, porque entonces se trató y ajustó el dorado y estofado con Jerónimo de Hoyos y Gaspar de Palencia con asistencia

del mismo Becerra. El coste total de la obra fué enorme para aquellos tiempos, pues ascendió á treinta mil ducados. A Becerra le hicieron un presente de tres mil y de un oficio de escribano además beneficiable por ocho mil.

En el resto de la iglesia no se encuentra cosa que merezca notarse después de una obra como esta. Hay, sin embargo, algunos retablos que llaman la atención por ser obra de un canónigo, y que sin duda gustarían algo más á no ser por el paralelo que forzosamente sufren.

Hay también en Astorga un seminario conciliar que, si no merece grandes elogios por su suntuosidad arquitectónica, es de alabar por lo menos por su buena situación, su espaciosidad y despejo. No cuenta un siglo de existencia, y es obra del obispo Vigil. A nuestros ojos tiene el encanto de los recuerdos de tiempos mejores que pasaron ya, porque en sus claustros paseábamos á guisa de peripatéticos argumentando á voz en cuello sobre las proposiciones del *Guevara*, y en su refectorio pasábamos los ayunos consiguientes así á la mala calidad de las comidas como á la mejor de las travesuras propias de aquellos años dichosos en que los castigos y encierros estaban compensados con tantas y tan alegres escenas.

Frescos están todavía los laureles que Astorga ganó en la guerra de la independencia durante sus gloriosos sitios. Fresca también en la memoria de muchos de sus habitantes la bizarría de los jefes y de una porción de hombres oscuros que por puro entusiasmo acudieron á la defensa, y en cuya constancia se estrellaron las soberbias huestes del gran capitán del siglo. Aportillada la muralla por el lado de la catedral, único donde faltaba el terraplén, se sucedieron los asaltos con extremada rapidez y furia; pero la brecha defendida principalmente á bayonetazos, permaneció inaccesible á los franceses, que sufrieron enormes pérdidas. Por último; una muy honrosa capitulación puso la ciudad en sus manos; pero poco tardaron en arrancarla de ellas los mismos que tan á duras penas la habían dejado. Las murallas están llenas todavía de balas, y tan

quebrantadas y ruinosas quedaron por todas partes, que ya no son más que el esqueleto de una fortificación. ¡Mutilaciones honrosas que ensalzan á los pueblos harto más que privilegios y escudos blasonados, que brillan en la noche de los tiempos como otras tantas ráfagas de gloria y nombradía!

El camino que desde Astorga conduce á León sigue la dirección de la antigua calzada romana que iba á dar á Burdeos, y en los siglos medios se conoció principalmente con el nombre de *camino francés*, por ser el que traían los peregrinos que del resto de Europa venían á visitar el sepulcro del apóstol Santiago. A las dos ó tres leguas se encuentra el río Orbigo, famoso en la historia por más de una batalla, y en cuyo puente tuvo lugar el célebre paso honroso de D. Suero de Quiñones. Bien merece por cierto su ribera que por su posesión se guerrease denodadamente, y no es mucho que el caballeresco Quiñones la eligiese para teatro de sus galantes hazañas, porque difícil será encontrar en el resto de la Península país más ameno y frondoso. Esto se entiende por supuesto de la orilla derecha, pues la izquierda, harto más alta, y conocida con el nombre de *Páramo*, aplicado en todo rigor de justicia á su esterilidad y aridez, dista infinito del país de enfrente denominado la *Ribera de Orbigo*. El contraste de ambas márgenes contribuye á embellecer la favorecida, pues realmente es deleitable vista la que ofrece aquella interminable faja de praderías y arboledas, que siguiendo las curvas de la corriente, forma una vistosísima ondulación y alegra el ánimo con los infinitos matices de su verdura, y con los no menos variados términos y masas de claro oscuro que ofrecen los sotos y vegas que á lo lejos se dilatan. El curso sosegado y majestuoso del río, y su caudal ya respetable, acaban de hermosear aquel paisaje, de suyo risueño y pintoresco, á que como otras tantas venas comunican fertilidad y vida las innumerables acequias que surten sus aguas. Este país es rico en frutas, maderas, verduras, linos y pastos, y por lo mismo resalta en él un no sé qué de desahogo y abundancia desconocido á otros distritos de la provincia.

Más arriba del puente de Orbigo se encuentra el monasterio de Carrizo, situado á la margen derecha en un terreno que participa de los mismos adornos y regalos que el resto de la ribera. Este monasterio es notable por su iglesia del estilo lombardo, edificada en 1176, y compañera de San Isidro de León y de otras que en el Bierzo dejamos mencionadas. La poca luz y menos espacio que para examinarla tuvimos, nos impidió más detenida averiguación; pero la damos lugar en estos apuntes para que otros puedan suplir nuestra falta. Otra cosa observamos digna de atención en la miserable taberna ó posada bajo cuyo cobertizo pasamos la noche, y fué una baldosa de fino mosáico, que servía de cubierta á un poyo. Preguntamos el nombre del lugar en que la habían encontrado: pero no lo hemos podido conservar en la memoria, cosa sensible en verdad, pues por semejante hilo tal vez podría guiarse algún curioso para descubrir algunas ruinas romanas importantes.

Pasado el puente despliega el Páramo sus extensas, peladas y monótonas llanuras, tanto más desagradables al viajero, cuanto más halagüeñas eran las imágenes y sensaciones que á su espalda quedan. Sin embargo, por poco anticuario que sea, no dejarán de cautivar su atención los vestigios del pueblo-rey que por el camino encuentra, pues se conservan leguas enteras de la admirable calzada romana, tan sólidas y duraderas, que más parecen obra de ayer que no de edades tan remotas. Lo llano del terreno, su elevación sobre el nivel de los ríos, y la poca acción consiguiente de las aguas, han mantenido estas reliquias en tan buen estado, que carros y caballerías caminan por ella con gran descanso y comodidad en invierno, pues se mantienen perfectamente secas en medio de un terreno gredoso que, con las lluvias, forman incómodos y profundos atolladeros. Estos hermosos trozos facilitarán los trabajos de la carretera que debe enlazar á León con Astorga, pues componen cuando menos una tercera parte.

El término de estos áridos campos es el santuario de

Nuestra Señora del Camino, de infinita devoción en el país, pero que si á los ojos de la fe posee incomparable mérito, ninguno tiene que le abone en el tribunal del arte. La romería que allí se celebra en lo más ardiente del verano, es concurridísima y vistosa en sumo grado por el sin fin de trajes y aposturas, pues los maragatos, riberiegos, parameses y montañeses, gastan distintos cabos y tienen danzas asimismo diferentes. Sin embargo, mucho debe menguar el regocijo un paraje donde no hay un árbol á cuya sombra guarecerse de los abrasadores rayos del sol, y en que el agua escasea de todo punto.

Al vencer el repecho en que está situada la ermita, se presenta como en un panorama la ciudad de León en medio de sus verdegueantes parques y praderas, y ceñida de sus dos ríos que orgullosos la abrazan, y en medio de los cuales descuellan las torres altísimas de la catedral y las masas de San Isidro y San Marcos. De Norte á Oriente corre una hermosa y azulada línea de montañas que termina el horizonte, y por los demás puntos se extienden fértiles llanuras y frescos y espesos arbolados. La vista, finalmente, es tan varia y despejada, que el ánimo y los ojos descansan apaciblemente en ella, fatigados de los estériles campos del Páramo.

VII.

Un dicho vulgar hay, que debió (de) ser popular en extremo, y que sirve de título á una comedia de nuestro teatro antiguo, á saber:

A España dieron blasón
Las Asturias y León.

No es lisonja por cierto á ninguno de los dos pueblos esta especie de proverbio, pues harto se sabe que su nobleza data de muy antiguo.

León es una ciudad no menos ilustre por sus recuerdos

que favorecida por su situación; y aunque sus glorias han menguado, y su poder está desvanecido, no por eso es menos distinguido el lugar que ocupa en la historia, ni menos bellos los adornos con que la naturaleza ha engalanado sus alrededores. Su posición comercial y geográfica tiene mucho de aventajada también, y los edificios que la ennoblecen son buenas muestras de su pasada grandeza.

La legión llamada *VII, Gemina Pia Felix* fundó á León como lo prueban su nombre latino, que es el mismo de la legión, y las muchas y claras inscripciones que después se han descubierto. Eligieron para ella los romanos la especie de península, que forman los ríos Torio y Vernesga, nueve millas distante de la famosa *Lancia*, última conquista de los romanos por aquellas partes. El terreno estaba elegido con su tino acostumbrado, y la ciudad se edificó con aquel espíritu de grandeza severa y augusta que sellaba todas sus obras. Las riberas de ambos ríos son un continuado vergel, y el golpe de vista, que presenta el pueblo, ora se le mire desde la Virgen del Camino, ora desde las alturas que dominan el puente del Castro, no puede ser más pintoresco. Hay en las líneas del terreno una suavidad extraordinaria y el verde perpetuo de sus prados, la bella distribución de sus masas de arbolado, y la abundancia de arroyos, que como otras tantas cintas de plata parecen servir de franjas á aquella inmensa alfombra, esparcen en la imaginación una especie de contento plácido y sosegado. Por lo demás, una ciudad destinada á plaza de armas contra los belicosos é indomables astures, y que venía á ser la llave de su país claro está que debía servir de modelo de fortaleza. Sus murallas eran altísimas, y tenían un espesor de veinte pies: las torres gruesas también en proporción, y su alcázar fuerte en extremo. Dividían el pueblo dos calles terminadas por cuatro puertas de mármoles, que correspondían á los cuatro puntos cardinales, y tenían grabados en lápidas los nombres de los principales fundadores. Esta fortaleza de murallas libró á León de los desafueros de los bárbaros hasta el año de 585, en que postrado el poder de los sue-

vos por Leovigildo, se halló este rey godo en disposición de sujetarla con su espada victoriosa. En la invasión árabe cayó en poder de los moros á pesar de haber conservado sus muros, pero vendió cara su libertad. De todas maneras el esfuerzo de los restauradores quebrantó bien pronto sus hierros, pues don Alonso I la arrancó del poder de los infieles, y poco después vino á ser corte del nuevo reino, que llevó su nombre.

No poco enturbió su alegría, y empañó su lustre la invasión del gran Almanzor en el año de 995, en que á orillas del Ezla cayó debajo de su cimitarra el ejército de don Bermudo II. La ciudad quedó entonces sin más defensa que el valor de sus habitantes y la solidez de sus murallas; pero aun así resistió un año entero al poderío del imperio cordobés, y al genio del hombre que le había comunicado su espíritu. Entonces se igualaron con el suelo en su mayor parte las famosas murallas, y quedó tal León, que según la expresión de Ambrosio de Morales «no parecía ciudad viva, sino cuerpo muerto de ciudad antigua.» Por mucho que tenga de exagerado semejante aserto, según con datos irrecusables prueba el P. Risco en su *Historia de León*, no es menos cierto que el golpe fué acerbo, y que se necesitó la nueva era de prosperidades, que comenzó en el reinado de don Alonso V, para que se levantase al estado de grandeza que después alcanzó. Entonces cual si despertase á nueva y robusta vida del letargo de sus tribulaciones, resplandecieron en ella nombres que la historia recordará siempre con orgullo. Sampiro, Obispo de Astorga; don Lucas de Tuy, canónigo de San Isidro, la ilustraron con las letras. En ella se crió el rey santo, conquistador de Sevilla, y ella también sirvió de cuna á Guzmán el Bueno, á cuyo lado se eclipsan los nombres más famosos de los tiempos antiguos y modernos.

Desde el tiempo de su incorporación á la corona de Castilla perdió León su influjo, y preponderancia en los asuntos de España, aunque conservó todos sus privilegios; y en el día lo único que la recomienda son las reliquias de su gran-

deza pasada. Entre ellas descuellan San Isidro, la catedral y San Marcos, de que hablaremos por separado.

Cosa rara es en verdad que cada uno de estos edificios conserve un carácter especial, y corresponda á un orden distinto de arquitectura. San Isidro pertenece al género lombardo, la catedral al gótico, y San Marcos al llamado plateresco, de manera que sin salir de un pueblo se puede seguir al arte en sus fases diversas por espacio de cuatro ó cinco siglos.

San Isidro es templo ya celebrado en el romancero del Cid:

Salió á Misa de parida
En San Isidro de León
La noble Jimena Gómez,
Mujer del Cid Campeador.

Y aunque bien puede decirse que era de los que lo estrenaban, sin embargo no hay anacronismo, pues su fecha es de 1060. Don Fernando I había entrado á reinar en León por su matrimonio con doña Sancha, hermana de don Bermudo III, y por instancia de esta señora se trasladó desde Sevilla el cuerpo de San Isidoro, y fué depositado en la iglesia de San Juan; pero como esta iglesia era de barro, y fábrica tan tosca como pobre, mandaron los reyes labrar una nueva, en que pudiesen acomodar más dignamente las reliquias del santo doctor, y esta es la que conocemos con el nombre de San Isidro.

Reinaba en aquel tiempo en toda Europa el estilo lombardo, y esta iglesia es un ejemplar muy puro y acabado, pues, aunque la parte correspondiente á la capilla mayor desdice extraordinariamente del resto, debe saberse que es obra muy posterior hecha durante el siglo XVI en reemplazo de la primitiva derribada con este objeto. El arquitecto se llamaba Pedro de Dios, varón piadoso y amado de todos, cuyo sepulcro se ve en la misma iglesia. Encima de su portada está el santo caballero en su caballo, blancos entrambos como una paloma, merced á las varias capas de

yeso de distinta fecha, que lo embadurnan; pero las artes pierden poco, porque ginete y bruto son de bien escaso mérito. Debajo de ellos, y ya más cerca del arco, hay unos relieves extraños, cuyo sentido no acertamos á descifrar; son unos hombres montados en unos animales, cuya especie no deja conocer bien la suma incorrección y tosquedad del dibujo, y que flechan sus arcos hacia el aire. Los capiteles de las columnas, que sostienen el arco de la puerta, muestran también otras figuras igualmente simbólicas, pero dibujadas y labradas con mucho mayor esmero y prolijidad. A un lado hay un grupo que debe de representar los pecados capitales, entre los cuales figura la lujuria con una fealdad, que hace perder el mérito de huirla, y del otro se ven plantas y frutos hechos con grande delicadeza.

El interior de la iglesia, como el de la mayor parte de las de este género, es sencillo, adusto y severo. Los capiteles de sus pilares tienen también figuras de hombres y animales, y el arco que separa el crucero de la iglesia, es dentado. El templo está compartido en tres naves, y aunque los colores de que lo han pintado, que son encarnado y blanco, disminuyen extraordinariamente su recogimiento y religiosidad, todavía produce una impresión seria y grave. En los altares hay poco de notable; pero algunos cuadros de mérito adornan las paredes de la sacristía, entre los cuales los hay que pasan por de Guido Reni; pero la mala luz á que los vimos nos impidió averiguar más detenidamente su estilo.

A los pies de la iglesia está el famoso y antiguo panteón de los reyes de León, que durante la guerra de la independencia sufrió un destrozo grande de parte de los franceses. Restituída la paz á España, los canónigos regulares de esta iglesia recogieron los cuerpos y ordenaron algún tanto las urnas, que andaban por el suelo privadas de la veneración debida á tan ilustres cenizas. El panteón es una capilla destinada á Santa Catalina, donde están enterradas la mayor parte de las personas reales de León hasta que se

unió á la corona de Castilla. Allí yacen doña Urraca y su hijo el emperador don Fernando I, y su cuñado Bermudo III, que murió á manos de las gentes de aquél en la batalla de Tamarón. Entre los epitafios hay algunos que llaman la atención. He aquí el de la infanta doña Elvira, hija del rey Fernando.

Vas fidei, decus Hesperiæ templum pietatis,
Virtus justitiæ sidus honor patriæ
. . . . . .
. . . . . .
te tua mors rapuit, spes misseros latuit.

No sabemos qué suerte habrá cabido en las vicisitudes de que el país ha sido teatro desde principios del siglo á los preciosos índices góticos que existían en la biblioteca de este monasterio, si bien es de presumir que el celo de su venerable comunidad los haya puesto al abrigo de todo trastorno. Entre ellos existía una historia antiquísima del Cid, con este título; *Incipiunt gesta Roderici Campi docti.* El P. Risco da una ligera idea en el tomo I de su *Historia de León* al hablar del rey don Alonso VI, y en el tomo II revela el propósito que había formado de publicarla en el año de 1792. Al cabo no llegó á ponerlo por obra, pues de otro modo no hubieran dejado de decirlo los laboriosos traductores del Boultervek en la erudita noticia que acerca de este códice insertan en el tomo I. De todas maneras debemos recomendar mucho este libro á la Academia de la Historia, porque, según su fecha, anterior á la conquista de Valencia por don Jaime, de esperar es que ayude infinito á la sana crítica en la tarea de desembrollar aquellos hechos tan oscuros como poéticos.

Una regalía posee este convento que le da extraordinaria alegría y desahogo; y es, el paseo que proporciona el lienzo de la muralla que corre detrás del edificio, y cerrado por ambas partes, solo á los canónigos está abierto. El paisaje que allí se descubre es amenísimo y agraciado en extre-

mo. El Vernesesca se desliza al pie del pueblo de Trobajo, y algún otro que descuella sobre los interminables linares, prados y sotos de la ribera. A la derecha el convento de San Marcos, asentado á la orilla opuesta del río, enseñorea su puente y se levanta con la labrada columnata de su primorosa fachada, como un pórtico magnífico, por donde se entra á aquella ciudad tan nombrada en nuestra historia. Por detrás de su mole asoman las primeras cordilleras de Asturias sus peladas crestas, y en el resto del país por donde la vista se extiende, se encuentra una naturaleza fresca y lozana, y un cielo despejado y espacioso.

Pero las bellezas y primores que realzan este edificio, son apenas sombra y reflejo apagado de las grandezas de la catedral, verdadera joya de la ciudad y de toda la provincia. La memoria de este templo asciende á los primeros tiempos de la restauración de la monarquía goda, pues sabido es que á mediados del siglo X dedicó don Ordoño II á Santa María de Regla un edificio antiguo, que los romanos habían destinado á Thermas, y que de suyo, compartido en tres divisiones ó naves, se acomodaba muy bien á los usos del culto cristiano. Esta iglesia perseveró aun después de la invasión de Almanzor, pues en ella se coronó el rey don Alonso V á los pocos años, y aun los menoscabos y deterioros que sufrió á causa de lo azaroso de los tiempos, encontraron un celoso reparador en el obispo don Pelayo, que ocupaba la sede episcopal en 1073. Así es que, hablando este prelado en su testamento de la catedral, la llama maravillosa; y como no parecía probable que un edificio tan bien conservado se demoliese, de aquí dedujeron varios que el actual era el mismo que don Ordoño dedicó á esta señora.

El poco cimiento de semejante opinión se da a conocer con el expreso testimonio del Tudense, que atribuye á don Manrique, obispo de León, á últimos del siglo XII, la fundación de esta catedral, y además con otra porción de documentos históricos que, con su laudable puntualidad y diligencia, cita el P. Risco, de los cuales se deduce que

todavía duraba su fábrica á principios del siglo XIV. De todas maneras, semejantes discusiones sólo prueban una muy triste cosa, á saber: que los conocimientos artísticos distaban infinito, aun de los hombres más instruídos y laboriosos; pues es cosa, en verdad maravillosa, que ni aun al historiador de León, que escribía á últimos del siglo pasado, se le ocurriese un simple cotejo arquitectónico de la catedral, no ya como lo poco que pudiera quedar de los rudos edificios del siglo X, sino con los mismos primores del arte lombardo. Este era sin duda el argumento más poderoso que podía usarse en semejante discusión, pues bastaba para fijar los hechos de un modo incontrastable.

Cuando se echaron los cimientos del nuevo edificio levantado en el mismo lugar que ocupaba el antiguo, amanecía para España aquel largo día de prosperidades y gloria que anunciaba el matrimonio de doña Berenguela con el rey don Alonso, el prelado de León, vástago de la esclarecida casa de los Laras, era de aquellos hombres que miran como vinculados á un apellido ilustre la necesidad de acometer grandes empresas: el arte gótico que entonces florecía en todo su espledor encontró en León vivo y despierto el entusiasmo religioso: ¡qué mucho, pues, que de tan venturoso concurso de circunstancias naciese una obra que ha maravillado las pasadas generaciones, que sorprende á la presente y pasmará á las venideras!

La fachada oriental de este templo, que compone su abside, debe de ser la primera que se levantó, no sólo porque tal solía ser la costumbre, sino porque su visible unidad y armonía da bien á conocer que un sólo pensamiento presidió á su edificación. Difícil es imaginarse líneas más puras, mayor esbelteza, distribución más acertada, ni mejor efecto. La labor de las barandillas y de los capiteles y estribos es de un gusto estremado, así por el dibujo, como por la ejecución y consonancia perfecta que guarda con las demás partes. Finalmente, por este lado es por donde más hermosa se encuentra la catedral.

La fachada principal es imponente con sus dos altísi-

mas y elegantes torres; pero ya se encuentran diferentes estilos y capas arquitectónicas; si así puede decirse, pues si bien los magníficos arcos apuntados de la portada y la torre de la izquierda pertenecen á un gótico sin mezcla, la parte superior del cuerpo, que media entre las dos torres, y la de la derecha pertenecen á otra época más turbia y alterada. Ésta, sin embargo, es calada en su último cuerpo, y sus labores manifiestan tanta delicadeza como atrevimiento. Referir ahora la infinidad de relieves y entabladuras de los arcos que sirven de portada, sería cosa que alargaría este artículo más de lo que nos hemos propuesto, y más tal vez de lo que consentiría la paciencia de nuestros lectores. No podemos dejar de decir con todo, que en medio de la dureza del dibujo, la flaqueza y sequedad de las formas, la angulosidad del plegar y el desbarajuste de la composición, resulta una espiritualidad tan desnuda y enérgica, y produce una impresión tan religiosa y austera, que involuntariamente se presentan á la imaginación las terribles creaciones de Dante. Los pasajes representados pertenecen, como es de suponer, á la historia sagrada: hay ángeles de luz y de tinieblas, predestinados y condenados, los tormentos del infierno y los deleites inefables del paraíso. Varias visiones del Apocalipsis están copiadas con poca gracia y belleza ciertamente, pero con un sentimiento íntimo y profundo del asunto, y con rasgos de verdadera grandeza. Esta es una página de muy subido precio en la historia del arte.

La fachada del Mediodía, aunque en su parte más elevada se inclina al género plateresco, es, sin embargo, muy agraciada así en sus pormenores como en su conjunto; pero la del Norte, junto con el claustro á que corresponde, es de un gusto depravado. Tanto la especie de triángulo que cierra el brazo del crucero que da á aquella parte, como los obeliscos y capiteles en forma de tiestos que desfiguran los botareles, son hermanos de los bastardos arcos apuntados del claustro, y como ellos pertenecientes á época muy cercana. Probable es que al construirse éste se

añadieron al noble edificio semejantes adornos, que así le sientan como otras tantas berrugas en el semblante de una mujer hermosa.

Por donde quiera que se entre en el templo hay que bajar algunos escalones. Entonces se ofrece á los ojos y al espíritu una escena de tan misteriosa índole, que difícilmente se podrá explicar nunca cumplidamente. Aquellos delgados manojos de columnas que suben á perderse en las altísimas bóvedas y forman aquellas naves tan graves y silenciosas, aquellas rasgadas, airosas y frágiles vidrieras pintadas de colores más vivos que los que ostenta el más rico jardín en las templadas mañanas de Mayo, las santas historias que representan, la quebrada y vaga luz que envían y el recogimiento solemne y profundo que reina al rededor, borran los contornos de los intereses é imágenes mundanas, despiertan la parte más noble de nuestro ser, la desprenden del barro que la aprisiona y cercan el alma de una tristeza piadosa y santa, y de un sentimiento de resignación apacible y melancólica. El hombre se siente débil y desamparado en aquella mansión del espíritu divino, y sus pensamientos se elevan espontáneamente y sin esfuerzo alguno á un mundo mejor, donde lejos del egoismo y de la vanidad, el desinterés encontrará su galardón, y el amor su premio. Místico concierto de voces espirituales que debajo de aquellas bóvedas augustas se elevan como los trinos de los pájaros, cuando saludan la vanidad de la primavera ó cantan las últimas hojas que vuelan con las brisas del otoño.

No se crea que los hombres de temple poético y de imaginación viva son los únicos que sienten despertarse semejantes emociones en el fondo de su corazón, porque es una especie de fascinación de que solo se libertan las organizaciones incompletas y mancas, y nadie hay que no sienta siquiera en embrión confuso estos raros y encontrados afectos. Aun disipado este primer celaje, y cuando la reflexión y el examen recobran el triste imperio que sobre nosotros ejercen; las impresiones producidas ganan en fondo

lo que pierden en superficie, porque la estructura del templo, su perfecta consonancia con su objeto, la armonía de los pormenores con el conjunto son tales, que así sufren el análisis, como despiertan el entusiasmo. Las naves laterales están ideadas con tan buena traza, que su pequeña y con todo proporcionada elevación realza la atrevida y gallarda de la mayor, y corriendo al rededor del templo ciñen y aislan el coro y el retablo mayor. Por esta especie de ronda guarnecida de capillas, que no ofrecen nada de curioso á los ojos del artista, discurren con gran lucimiento las procesiones interiores, y en las grandes solemnidades, cuando se abren las puertas del trascoro, la nave mayor ofrece desde la entrada de la iglesia una magnífica galería, que comienza en la portada exterior y atravesando el coro remata en el presbiterio. Estas puertas del trascoro tienen unos relieves de época moderna, en que (con perdón sea dicho de Ponz) aplaudimos la composición y las ropas, pero no el dibujo musculoso y atlético de aquellas mujeres, que por sus miembros más parecen gañanes. Con el coro sucedió lo contrario, pues no le cayó en gracia al ilustre académico, y á nosotros nos parece admirable. Probable es que si este señor no hubiese visto León con tanta prisa y precipitación que el título que mejor convenía á su carta era *León al vuelo*, hubiese hablado con más asiento y despacio de este pueblo, y sobre todo de su catedral. Verdad es que el que buscase en los relieves, que adornan la sillería del coro, un conocimiento profundo de anatomía y el plegar de las estatuas griegas no podía encontrarlo: pero á falta de hermosura encontraría gran verdad relativa, y ya que no gracia y suavidad, podría notar severidad y fuerza. Exigir la corrección y belleza de la antigüedad clásica á las artes de estos tiempos equivaldría á tachar de ignorantes á los geógrafos, que dos ó tres siglos antes que Colón no contaban con las Indias. Por lo demás, este coro además de estar labrado con una prolijidad y paciencia incansables, revela el doble carácter y espíritu de libertad que en aquel tiempo dominaba en el arte, porque cuanto tienen

de graves y adustos los santos que adornan la parte superior de las sillas, otro tanto tienen de risibles, extravagantes y satíricos los grupos y figuras que sirven de asidero á los asientos. En uno una monja con un jarro en la mano apura una escudilla con tal ansia y vicio que provoca á risa. Un poco más allá un fraile de carota abultada y necia se golpea la cabeza con otra escudilla vacía con chistosa expresión de despecho. En otro asiento un cerdo muy grave y aseñorado está tocando la gaita; y no muy lejos un pobre gato espeluznado, y todo aturdido forcejea por arrancarse un puchero, en cuya boca harto estrecha metió sin reparar el goloso hocico. Toda la sillería está por este estilo adornada, y sería nunca acabar apuntar uno por uno sus caprichos.

El crucero está desfigurado no solo por la desigualdad de los rosetones que terminan sus brazos, sino por la cúpula pobrísima y ridícula que le corona, totalmente ajena ó por mejor decir contraria al plan del edificio. Desde las torres se ven los arranques ó estribos sobre que debía descansar esta parte, y que prometían un remate esbelto y ligerísimo, y desde allí se ve también que el arquitecto *de buen gusto* que ideó la moderna cúpula solo alcanzó á hacer la cubierta de una empanada.

El zócalo del altar mayor no está mal ideado, y es además de aquel mármol rico y vistoso, que en tanta abundancia dan las sierras cercanas; pero en el resto manifiesta un gusto churrigueresco tan exquisito, y aun exagerado, que cuanto dice Ponz lo merece y aun algún ribete más, si se exceptúa aquello de la cena, que no es sino la Asunción. La sacristía es indigna ciertamente de esta suntuosa iglesia; pues más que otra cosa parece un aposento subalterno dedicado á un uso menos santo: pero en sus paredes hay dos cuadros, que llaman la atención. Uno de ellos, atribuído al Corregio, es un retrato lleno de fuerza y energía, y tan acabado en el dibujo, que seguramente no parece indigno de tan gran maestro. El otro que representa la comida en el castillo de Emaús, donde los discípulos recono-

cieron al Salvador en el partir del pan; es notable no solo por la buena composición, sino por el colorido, y más especialmente aun por el raro efecto y atrevimiento de su claro oscuro. No acertamos á quién pudiera pertenecer, aunque nos inclinamos á tenerle por de origen flamenco. Fuera de ellos nada hay que notar, pues las dos copias que cita Ponz, del Juicio final una, y otra de la Virgen del Pez, son desapiadadas caricaturas de estos dos famosísimos modelos.

Del claustro ya dejamos dicho cuán desgraciada es su parte moderna, pero el lienzo interior, que corresponde á la época de lo mejor de la catedral, está lleno de sepulcros y pequeños retablos hechos con gran sentimiento, y muy hermosos y puros en sus líneas. También en él se ven infinitos caprichos semejantes á los del coro.

Tiene la catedral diversos pasadizos y corredores interiores, que en algunas partes dan á lo interior del templo, cuyo aspecto varía extraordinariamente mirado desde lo alto. Las torres son desiguales en su estrechura, aunque ambas de extraordinaria elevación, y la traza exterior de la gran mole registrada desde allí tiene cierta semejanza con el esqueleto de un animal inmenso, cuyo espinazo y costillas forman el cuerpo de la Iglesia y los botareles ó estribos. Entonces se concibe cómo pueden combinarse aquella delgadez de paredes tan extraordinaria, que con mayor exactitud pudieran llamarse tabiques de piedra, con la pasmosa solidez que las mantiene en pie hace más de cuatro siglos, y cuya duración no es fácil prever á poco cuidado que en su conservación se ponga. El mecanismo de la presión lateral; que forma el alma de la arquitectura gótica y explica su grandeza y audacia, resalta de tal modo en esta iglesia, que aun los ojos menos perspicaces lo comprenden. Solo de esta manera se comprende cómo sobre pie y medio de grueso en el arranque pueda levantarse un muro hasta la altura de 125, y rematar en uno solo de espesor.

La elevación de las torres es tal, que solo los muy acostumbrados dejan de experimentar algún vértigo al

acercarse á la barandilla; pero como desde allí se dominan á un tiempo la ciudad y sus alrededores, se disfruta un espectáculo muy vistoso. El pueblo aparece en un escorzo raro que lo achica y merma; pero la campiña gana infinito registrada desde aquella altura. Los ríos extienden por ambos lados de la ciudad sus amenísimas riberas, pobladas de huertas, prados y sotos, y relucen como una lámina de plata en su sosegado y apacible curso, que se pierde entre Poniente y Mediodía. Un ramal de las riberas asturianas limita el paisaje por el lado de Oriente; y muy á lo lejos la cordillera de Fuencebadón, que corre por la parte del Norte hacia el Ocaso, y el monte Teleno se confunden entre las brumas del horizonte. El paisaje es de extraordinaria severidad, alegría y despejo, y sus términos y accidentes cuadran muy bien á su extensión y figura general.

VIII.

Entre las noticias de León que trae Ponz en su viaje, la más completa, puntual y exacta, es la del convento de San Marcos, si bien toda ella se debe á un erudito caballero, y al viajador artístico no le cupo más trabajo que el de insertarla en su colección. Como quiera que sea, los amantes de las artes encontrarán en ella datos muy estimables, y los que deseen mayor loor podrán acudir á un artículo que se publicó en el *Semanario Pintoresco* de 1839, página 177 (*).

(*) El artículo citado por el autor es también suyo, y no hemos creído conveniente reproducirlo en esta sección, porque nada interesante se dice en él por lo que toca á San Marcos de León como monumento artístico que no se encuentra en éste ya en el cuerpo, ya en las notas: por lo que atañe á su historia, bastante conocida, pues está en parte relacionada con la de la Orden de Santiago, el autor añade, calificándola de digresión, una reseña de lo que era un Capítulo de Caballeros de esa misma Orden, cuando quedó establecida definitivamente su cabeza para el reino de León en aquel famoso convento.

Cuando se fundó la orden de Santiago por los años de 1168, era San Marcos un hospital destinado al amparo de los peregrinos que iban á adorar el cuerpo del apóstol en Galicia. Deseoso el obispo don Juan Albertino, de condecorar la ciudad de León con la nueva milicia, lo ofreció á don Suero Rodríguez, uno de los primeros caballeros, para que se estableciese en él aquella ilustre caballería. Administrólo don Suero hasta que fué elegido prior el insigne don Pedro Fernández de Fuenteencalada, primer maestre de la orden, y desde entonces creció en riqueza, esplendor y preponderancia, en términos de ser cabeza de la orden, por lo menos en el reino de León.

Este edificio, sin embargo, estaba tan ruinoso y maltratado á principios del siglo XVI, que el rey don Fernando el Católico mandó reedificarlo en cédula de 1514. Dominaba entonces el género plateresco, y el arquitecto que desde luego dirigió la obra, fué, según parece probable, el famoso Juan de Badajoz, autor del precioso claustro del monasterio benedictino de San Zoil de Carrión, tan alabado de todo el mundo. Era el tal, arquitecto de la iglesia de León en 1537, época en que se acabó este claustro, y asimismo la mayor parte de la fachada principal de San Marcos, según consta de las memorias de esta casa, que la dan por concluída en tiempo de don Hernando Villares, prior en el citado año. Existe además una prueba incontestable en el letrero que está sobre la puerta de la sacristía en la parte interior, y dice:

Perfectum hoc opus est Domino Bernardino priore ac Joanne Badajoz artifice, 1549.

Casa destinada á principal asiento de una orden tan noble y poderosa, y ejecutada bajo la dirección de semejante artista, claro está que había de ser un modelo de primor y de elegancia. Es difícil imaginar en verdad adornos más exquisitos que los de la fachada principal en la parte que corre desde la puerta hasta la iglesia: tanto los medallones del zócalo, que representan los maestres y principales caballeros de la orden, como los grotescos de

las pilastras que comparten el cuerpo superior, manifiestan un gusto tan escogido, tan correcto dibujo y una gracia é invención tales, que bien dan á conocer cuán enriquecida salía la maquinación de los artistas de la espléndida era gótica. Verdaderamente pasma tal prodigalidad de labores, delineadas y agrupadas con tanta habilidad, que no cansan la vista, sino que detenidamente examinadas, producen una sensación muy agradable.

La iglesia es en su mayor parte gótica, y como tal, de religioso y serio aspecto; pero sin embargo, por varias de sus partes asoma la nueva faz del arte. La sillería del coro, obra de un tal Guillermo Doncel, bajo la prelacía del ya mencionado don Hernando de Villares (1542), es tan digna de consideración y alabanza, como lo es de desprecio su continuación desdichada, que tuvo fin en el año de 1723. A entrambos lados de la portada de la iglesia hay dos relieves de un tal Orozco, que representan la crucifixión y el descendimiento, que nosotros hemos visto todavía poco deteriorados, y de los cuales apenas quedan ya algunos pedazos. Suerte mejor merecían, sin duda, porque eran de las esculturas cuya expresión, composición y dibujo han producido en nuestro ánimo una impresión profunda. El descendimiento, en particular, era un modelo de agrupación y sentimiento. De presumir es que este escultor trabajase en la parte primitiva de la fachada, pues seguramente no desdicen de tan diestra mano los medallones y grotescos que la adornan.

Por lo demás, este edificio tuvo sus vicisitudes, pues imposibilitados los canónigos y caballeros de darle cima bajo el magnífico plan con que se había emprendido, y viviendo con demasiada estrechez é incomodidad, hubieron de trasladarse á la villa de Calera en Extremadura, y desde allí á Mérida, donde Felipe II les concedió la fortaleza que tenía dentro de sus muros. Desde 1566 hasta 1602 duró este abandono de San Marcos; pero entonces volvieron á la obra sus hijos con nuevos bríos, y en 1615 se empezó la escalera principal; en 1679 se acabó el hermoso

claustro con sus capillas que había ya comenzado Villares, y por conclusión en el primer tercio del siglo pasado se labró la parte de la fachada, que llega hasta el río. Sin embargo, como estos trabajos, y sobre todo el último, alcanzaban una época de decadencia marcada, solo en el diseño general aparecen hermanos de los que producía otro tiempo más dichoso.

La sensación que produce este monumento en el día es triste por demás, y aun amarga, porque nadie puede mirar con indiferencia y sosiego la ruina de las artes que poco á poco va consumándose. Tristeza, y no pequeña, causa el deterioro de un edificio, de donde salieron tantos nombres que como estrellas gloriosas resplandecen en las páginas de nuestra historia, donde los Badajoz y Orozcos han dejado estampada su huella, donde Arias Montano (1) mamó las primeras dulzuras de la ciencia, y donde Quevedo (2) fué á expiar más que sus faltas la soberanía del genio. Amargura y no poca destila en cualquiera pecho la tendencia de una época que osada y vanagloriosamente se apellida *la de las luces*, y que cuando no las apaga con el soplo helado de la demolición, las deja por lo menos extinguirse en las tinieblas del tiempo y de la destrucción que siempre camina en pos de él; León es un triste teatro de este espíritu vandálico. Los relieves de Orozco que dejamos mencionados han desaparecido en muy poco tiempo casi del todo. Para levantar una flaca pared que se hubiera venido abajo

---

(1) Arias Montano fué canónigo de esta casa, y en su biblioteca existía un ejemplar de la *Biblia Regia*, regalado por él y dedicado á la comunidad. La dedicatoria es breve, pero de una letra muy elegante. Esta *Biblia* existe actualmente en una especie de museo provincial, donde se han reunido algunos cuadros y objetos de artes de los conventos extinguidos.

(2) Quevedo sufrió los apremios de una prisión rigorosísima en San Marcos, aunque el cariño y respeto de sus hermanos endulzaron bastante sus amarguras. En su carta á su amigo Adán de la Parra, inserta en el tomo 1.º del *Semanario Erudito de Valladolid*, se ve una relación notable de su vida y padecimientos. En León se conservan muchas tradiciones del ilustre poeta.

á una descarga de fusilería, se ha demolido durante la guerra el convento de Santo Domingo y los sepulcros de dos Guzmanes (1) que eran el asombro del arte, y de uno de los cuales se conserva una estatua colosal á todas luces admirable. Por nuestros propios ojos hemos visto embutidas en la llamada muralla piedras labradas con figuras de buen dibujo y ejecución, y otras de ellas abandonadas en el rincón de una plazuela. Esto es vandalismo puro, y manifiesto retroceso á la barbarie, porque, seguramente tenía menos de extraño que los turcos mutilasen las estatuas de la Grecia para cargar con sus restos los cañones de los Dardanelos, que el que una nación por tanto tiempo la primera del mundo reniegue así de su origen y estirpe. En la catedral, el vandalismo científico y presuntuoso ha desfigurado su claustro y su crucero: en San Marcos, el descuido permite feas mutilaciones, y en Santo Domingo el vandalismo demoledor armado de su piqueta viola la religión de los sepulcros, reduce á polvo los destellos diversos del arte. En vano la naturaleza ha derramado sus gracias por los campos donde la mano de los hombres ha dejado escritos sus pensamientos con tan nobles caracteres, si los encargados del orden social no atajan este torrente devastador. A pocos años que domine tan fatal espíritu, el Vernesga arrastrará en su curso los escombros de San Marcos, y la yedra cubrirá los desnudos paredones de donde salían los conquistadores de Granada y de Sevilla.

Sálese de León por una hermosa calle de árboles á cuyo término se encuentra el puente del Castro, que cruza el Torío, compuesto todo él de muy bellos mármoles oscuros. Mas allá se levantan las cuestas de Arcabueja, desde cuya cima se pierden de vista la ciudad y sus alrededores. Por

---

(3) Uno de estos señores fué D. Juan Quiñones y Guzmán, obispo de Calahorra, que firmó las actas del concilio de Trento, y murió en 1575. Su estatua es la que se conserva. El otro era D. Martín de Guzmán, de cuyo sepulcro nada queda. Ambos monumentos eran notables por su tamaño y excelente ejecución.

nuestra parte nunca las hemos atravesado sin volvernos á saludar de despedida aquella ciudad tan noble y aquellos sotos y prados tan amenos. El camino que va á Sahagún es delicioso hasta Mansilla, pues se encuentran las riberas del Villarente y el Esla, muy semejantes á los contornos de León. Enfrente de esta villa, sobre la orilla derecha del río, está un cerro llamado vulgarmente *Solanzo*, y que según las señas no es otro que la famosa Lancia, postrera conquista de los romanos por esta parte, y á donde se replegaron los astures después de la sangrienta batalla en que fueron vencidos por Carisio. La posición es militar, y además se han encontrado medallas y monedas romanas en su circuíto. Mansilla conserva casi enteras sus murallas, cuyo pie besa el Esla, bastante caudaloso ya, pero limpio aún y cristalino como un espejo, y por fuera tiene una apariencia majestuosa y severa. Desde allí adelante hasta llegar á Sahagún se acaba por entero la frondosidad y la frescura, y se extienden los áridos llanos de Campos, en cuya extensión se conservan trozos muy lucidos de la antigua vía romana que en los siglos medios tomó el nombre de camino francés.

La villa y monasterio de Sahagún están ocultos á la falda de las montañas de Cervera, en la orilla izquierda del Cea, en un sitio muy ameno que contrasta agradablemente con las desnudas llanuras que tiene á su frente pasadas las tierras y dehesa de Mahudes que componían el priorato de Valdelaguna. La ribera del Cea es pintoresca y fértil en frutas y arbolados, y aunque lleva poca ó ninguna ventaja á las cercanías de León, su situación á la orilla de los páramos de Castilla la reviste de nuevas galas y adornos. Poco de notable ofrece la villa; pero el monasterio es de los más antiguos, famosos y venerados de España.

En el paraje que le sirve de asiento sufrieron martirio por la fe los santos Facundo y Primitivo bajo los emperadores Marco Aurelio, Antonino y Lucio Vero: y cuando en tiempo de Constantino se permitió á los fieles el ejercicio

de su culto, los de este país levantaron una capilla en honor de los mártires. Al rededor de ella se formó prontamente un pueblo; pero no contento con esto el rey don Alonso el Grande, aprovechó la buena ocasión que le ofrecía la fuga de muchos monjes que habitaban la Andalucía y la desampararon, evitando la cruel persecución de Mahomad, y fundó el monasterio que conocemos con el nombre de los Santos Mártires. Poco duró, sin embargo, esta obra de su piedad, pues habiéndose erigido por los años de 874, desapareció en el de 883 en la invasión de Albohalid, gobernador del rey de Córdoba. Levantólo de nuevo don Alonso con mayor magnificencia, pero un siglo más tarde volvió á desaparecer en la tremenda irrupción de Almanzor.

Era, sin embargo, tan viva la devoción de los fieles con las reliquias de los mártires, que poco tardó en reedificarse de nuevo, y en el siglo XI llegó á un grado extraordinario de esplendor por su riqueza y por los ilustres varones que salieron de su seno. En las guerras posteriores sufrió también muchos daños y reveses; pero en la de la independencia se quemó su mayor parte, y por último lo que se había logrado reponer ó quedaba en pié ha sido consumido por entero en un incendio sucedido en 1836.

Con este último desastre nada han perdido ciertamente las artes, porque si se exceptúan los restos de la antigua iglesia, no hay cosa que merezca fijar la atención del viajero en todo aquel vasto y confuso edificio, á que ya no presidía ningún género de unidad, y que tampoco mostraba ningún destello de genio en medio de su discordancia. La iglesia era del orden lombardo, y pertenecía á la misma época que San Isidro de León; pero sus labores y accidentes tal vez muestran mayor pureza y prolijidad. Los animales, plantas y frutos que adornan los chapitales de sus columnas en los arcos de las naves y de las ventanas son de un efecto muy gracioso, y los demás adornos y la distribución general se encaminaban á un conjunto muy bien dispuesto y armonioso.

Sin embargo, estos bellos restos no pueden mirarse sin ira, porque en ellos se nota el mismo repugnante espectáculo que en León dejamos censurado. Aquí el vandalismo se presenta bajo sus dos aspectos, el de los remiendos y el de la destrucción. En los años de 27 y 28 un monje de la casa, arquitecto, ó por lo menos titulado y examinado de tal, se propuso levantar una iglesia moderna, pero aprovechando los restos de la antigua. ¡Figúrese el lector qué buen maridaje haría la fábrica nueva de ladrillo con rayos de greco-romana con la antigua de piedra, oscurecida por el trascurso del tiempo, con sus arcos y ábside lombarda! Afortunadamente la obra, ajustada por empresa y ejecutada con el mismo espíritu albañilesco que la había ideado, falló antes de llegar á la mitad, y quedó sin consumar este sacrilegio artístico. Pero como si no bastasen semejantes violaciones, he aquí que el vandalismo demoledor se encarga de lo poco que de ella ha quedado, y que sus piedras se van vendiendo una por una, ya para levantar las tapias de algún corral, ya para formar las aceras de alguna calle de casas de tierra. «Porque, como generalmente se dice, ¿para qué sirven semejantes paramentos?» Y lo peor es que no es fácil contestar á semejante argumento y explicarles la influencia de la civilización en las artes, y la necesidad, sobre todo, de conservar las reliquias arquitectónicas que por su índole son imposible de resucitar una vez que desaparecen.

Sahagún es el término de la provincia de León que nos hemos propuesto dar á conocer con estos rudos y desaliñados bosquejos, para llamar, sobre sus ignorados paisajes y monumentos, la atención de los artistas y los sabios. Con ellos hemos pagado en la manera posible una deuda grata á nuestro corazón, y esperamos que si su ejecución no merece alabanza, por lo menos todo el mundo hará justicia al impulso que los ha dictado.

ROUEN (*).

Desde que comencé á pisar el suelo de Francia, pensé en hacer un viaje á Rouen, aunque ningún negocio de interés me llamaba á este pueblo. Movíame á ello por un lado el deseo de recorrer la línea más larga de camino de hierro que hasta ahora existe en este país, lo delicioso de las orillas del Sena, que había oído ponderar mucho, por otro, y por último, la rara fisonomía de la antigua capital normanda. En lo primero no cabía engaño, en las otras dos cosas mis esperanzas se han realizado completamente. Difícil es, en verdad, imaginar una serie de puntos de vista más agradables que los que ofrecen las orillas del Sena, ya por sus pastos y praderías, ya por sus bosques y arbolados, ya por sus quintas y palacios de recreo, y más que todo quizá por el curso apacible y serpenteante del río, que no parece sino que lucha contra el destino que le arrastra al mar, según las numerosas vueltas y rodeos con que se desliza por aquellos campos. Sin contar los paisajes que ofrecen los alrededores de París, y que se disfrutan igualmente desde los caminos del Saint-Germain en Laye, y de Versailles, apenas dejan de verse puntos agradables, empezando por el bosque del primero de estos pueblos, y acabando por Rouen. La mayor parte de las posadas (stations), están agradablemente situadas no menos que los pueblos que se atraviesan ó divisan. Los muchos recodos del Sena han hecho necesarios cuatro puentes, desde los

(*) Publicado en el *Laberinto* en setiembre de 1844.

cuales se domina muy bien aquella hermosa tabla de agua, que por otra parte rara vez se pierde de vista, y cuyas islas prolongadas, verdes y frondosas, parecen otras tantas selvas plantadas en mitad de la corriente por una mano misteriosa. Los *tunnels* ó trozos subterráneos del ferrocarril, en número de cinco, en los cuales se pasa repentinamente de la claridad del sol á las tinieblas de la noche y viceversa, contribuyen extraordinariamente á la variedad, sobre todo el de Rolleboise, cuya travesía dura mas de cinco minutos, á pesar de la velocidad extrema del tren. Los infinitos ganados en que tanto abundan las llanuras de la Normandía, famosas por sus pastos, y de los cuales algunas reses atravesaban la corriente en toscas barcas conducidas por algún labrador para apacentarse en las islas, acababan de dar la última pincelada á los cuadros que iban desfilando á nuestra vista como en alas de un viento desatado. No cabe duda que los caminos de hierro apenas dejan disfrutar las diversas perspectivas que presentan; pero la misma vaguedad de las impresiones, y sobre todo el movimiento de que parecen animar á la naturaleza adormecida, excitan paderosamente la imaginación, como si el hombre se gozase en su orgullo de variar sus leyes.

Por fin después de disfrutar de corrida este panorama durante cuatro horas y media de caminar, que se me hicieron un minuto, paró el tren en el desembarcadero de Rouen. El día, que á la madrugada se presentaba claro y despejado, se había ido entoldando poco á poco, y en aquel momento comenzaba á caer una lluvia finísima. Las infinitas chimeneas de vapor de aquella ciudad industriosa contribuían á oscurecer más y más la atmósfera con su espesa humareda, de modo que el primer aspecto del pueblo apiñado y negruzco, sobre el cual descollaban las torres labradas y la flecha altísima de hierro de la catedral hacia la izquierda, la torre delicadísima de Saint-Ouen, á la derecha, y un poco más lejos y por fondo las verdes colinas, á cuya falda está edificada la ciudad, no podía ser más triste. Delante de mí tenía el puente nuevo con la hermosa

estatua colosal en bronce de Pedro Corneille, el río entristecido por el color de la atmósfera, y los hermosos muelles plantados de árboles, por encima de los cuales se elevaban los mástiles de los infinitos barcos amarrados á la orilla, y entre cuyas ramas se perdía en vagos festones el humo de algunos vapores prontos á salir para el Havre ó para Elbeuf. Los marineros y gentes, que hormigueaban por las orillas, parecían más taciturnos que de costumbre, como disgustados de aquel mal tiempo en el mes de Julio, y algunos grumetes trepaban por las cuerdas ágilmente para coger las ropas tendidas al aire.

Después de echar una ojeada á aquel hermoso panorama, me encaminé á la abadía de Saint-Ouen, cuya primorosa y elegante torre cautivaba mi atención. Ella y la catedral eran el principal objeto de mi viaje á Ouen, pues deseaba vivamente compararlas con los monumentos religiosos de España que hasta aquel momento había encontrado notoriamente superiores á cuantos había visto en este país. En la antigua capital de Normandía debía cambiar de opinión, ó por mejor decir, hallar una excepción á mi regla, porque, en efecto, la iglesia de Saint-Ouen es lo más puro, aéreo y delicado que han visto mis ojos en el género gótico. La delgadez de las paredes, la gallardía de los estribos, lo rasgado de las vidrieras, y más que todo quizá la incomparable torre que se levanta sobre el crucero de la iglesia, y tiene por remate una corona ducal, contribuyen á formar un conjunto tan rico y tan armonioso al mismo tiempo, que no sabe la vista apartarse de él. El aspecto, sobre todo, que presenta desde el lindo jardín que á la espalda tiene, y ofrece la abside preciosa del templo, la famosa torre y el resto del edificio en un escorzo peregrino, produce una impresión difícil de explicar. La luz penetra el edificio por todas partes, y á poco que la imaginación se embebezca, parece flotar en un flúido luminoso y vago. En aquel momento los accidentes de la atmósfera favorecían poco esta ilusión óptica, pero después he visto descollar el templo sobre un cielo azul y diáfano, y bañado por los rayos del

sol, que le envolvían en una red brillante, parecía desprenderse de la tierra, como se desprenden los pensamientos que inspira. Mil veces he recorrido la catedral de León, una de las más ricas y atrevidas que posee nuestra España, si no la más, y sin embargo con la sinceridad que debe caracterizar á un viajero, confieso que no llega á la unidad, concierto y reposo que como un aliento vital parece animar á Saint-Ouen.

El interior del templo corresponde exactamente á su exterior. Tal vez lo darán á conocer mejor que nuestras palabras las siguientes líneas de un viajero inglés. «Quizá ningún edificio, dice el conde Beugnot, hiere la vista y asombra el pensamiento con la grandeza del solo Dios del universo, mejor que la iglesia de Saint-Ouen. La armonía cabal de las proporciones conserva esta idea que desde luego se apodera del ánimo. El espíritu se alimenta allí de las impresiones profundas de la grandeza, de la inmensidad y de la eternidad y la claridad misteriosa que penetra blandamente á través de los vidrios de colores diversos, prolonga esta especie de arrobo, que sin duda sería completo si un solo sonido muy suave del órgano viniese á perderse entre aquellas bóvedas, á manera de una voz celeste.

»Desde el gran pórtico occidental se divisa el coro en todo su conjunto y hermosura. Es un círculo, ó por mejor decir un óvalo rodeado de altos pilares compuestos de columnas reunidas en forma de haces y desnudo de todo linaje de pared que pudiera impedir su vista. Imposible se hace de imaginar en este punto cosa más aérea y seductora, pues la prolijidad y delicadeza de estos planos es de todas veras famosa. En general la ausencia de todo adorno extraño es la que presta al interior del monumento aquel aire esbelto y gallardo, con un no sé qué de hechicería propio de él solamente, y que produce una sensación que yo no experimenté jamás en ningún otro edificio de esta especie.»

Semejante elogio, por encarecidos que parezcan sus términos, nada tiene de exagerado ciertamente. Cuando yo

lo ví por primera vez «ningún acento suave del órgano venía á perderse entre aquellas bóvedas»; la oscuridad del cielo apagaba los colores de las vidrieras, el coro colgado todavía de negro por unas exequias que se acababan de celebrar no presentaba su preciosa estructura: el templo estaba desierto, y la lluvia que en aquel momento comenzaba á desatarse reciamente parecía envolver el alma en aquella nube de tristeza desalentada y abatida que rara vez deja de apoderarse de la imaginación de los hijos del mediodía en las regiones del Norte; tal espectáculo sin embargo purificaba los sentimientos y elevaba las ideas, como si difundiese un perfume suavísimo por aquel vacío del corazón que sienten en todas las grandes ocasiones las almas bien templadas que los desengaños del mundo y el desvanecimiento de los sueños generosos ensanchan sin medida, y que con tanta violencia impele el alma hacia las fuentes de la religión y de un consuelo que rara vez acierta á dar la tierra.

Saint-Ouen posee algunos cuadros notables como son el *Milagro de los panes* de Daniel Hallé y una *Visitación* por Deshalles de Rouen en la capilla de la Virgen, junto con algunos otros de mérito inferior en mi corto entender pero ni la sillería del coro, ni las vidrieras, ni los monumentos funerarios, ni los accidentes del culto, en fin, sufren comparación con los de muchas de las iglesias de España y sobre todo con las de Burgos, León y Sevilla. Entre los sepulcros ví uno que me recordó un episodio de los más hermosos de Shakspeare en su drama de Enrique VI; el del joven Talbot cuya muerte digna de su gran nombre está pintada allí con tan nobles y angustiosos colores. El epitafio es sencillo como el heroismo de aquellos tiempos. Antes de salir de la iglesia uno de los numerosos *cicerones* que por aquí se encuentran y que por la traza no parecía á la verdad hijo mimado de la naturaleza ni de la fortuna, me dijo en inglés que mirase una pila de mármol oscuro que está á la derecha de la entrada. Hícelo así, y ví un efecto de óptica de los más curiosos que pueden imaginarse, porque

la iglesia entera se reflejaba en aquel cóncavo y reducido espejo, y la ilusión del agua que prolongaba sus columnas y las esmaltaba como si fueran de mármol bruñido, la revestía de una apariencia fantástica.

La fachada principal está por acabar y no ofrece nada notable, pero la portada llamada vulgarmente *de Marmouzets* que cae al mediodía, es delicadísima y presenta uno de los más puros ejemplares del género gótico. Hace poco tiempo que ha sido restaurada con un gusto y talento admirables.

La abadía de Saint-Ouen es antiquísima, pues su fundación data de Clovis que la edificó en 553, pero en las guerras atroces de los normandos desapareció como era natural. Rollón, capitán de esta gente y primer duque de Normandía, la reedificó, sus hijos la aumentaron, pero un Abad la demolió para edificarla de nuevo. Dos incendios la consumieron más tarde por otras tantas veces, hasta que por último en 1318 el famoso abad Roussel Marc d'argent echó los fundamentos del templo actual que sin embargo no se acabó hasta principios del siglo XVI.

De Saint-Ouen me encaminé á la catedral en medio de una lluvia espesa que hacía más tristes las calles de la ciudad. A excepción de los diques, Rouen tiene sin duda la misma fisonomía que en tiempo de sus duques, pues las calles son torcidas y estrechas, y las casas de madera y de construcción tan tosca que á tiro de ballesta descubren la infancia de la arquitectura civil. Añádese á esto que los trabesaños de los tabiques que asoman están pintados de negro, y fácil será venir en conocimiento del aspecto del extraño, desigual y poco agradable del pueblo. Por fin después de un rato de caminar llegué á la catedral que en el gusto, prolijidad y abundancia de sus labores y arabescos, así como en la gran escala de sus proporciones, poco puede dejar que desear aun al más descontentadizo: pero si la unidad, la trabazón y la armonía son las verdaderas fuentes de la belleza arquitectónica, fuerza es confesar que Saint-Ouen se lleva la palma y que un gran número de

nuestras catedrales la aventajan á las claras. Así y todo tal número de encajes de piedra, de rosetones, de galerías abiertas al aire, y en fin de esculturas y adornos de todas clases es cosa hermosísima y prueba una riqueza y fecundidad de imaginación, correcta, sin embargo, y bien encaminada, que da envidia. Todos estos primores como quiera no están igualmente derramados por todo el edificio, pues los relieves de las portadas, que como es natural representan historias religiosas, son áridos y desnudos de accidentes. La parte superior es la enriquecida á manos llenas. Hasta el día no he encontrado en lo que llevo corrido de Francia portadas iguales á las de la catedral de León que no parecen sino otras tantas páginas del Apocalipsis y del Dante.

Las torres son notables por su elevación y estructura, pero más notable todavía es la flecha que se levanta sobre el crucero como la torre de Saint-Ouen. Antiguamente era de madera, pero por su altura extraordinaria estaba expuesta á grandes riesgos en las tempestades, hasta que en una de ellas un rayo la consumió enteramente con gran estrago de todo el edificio. Este accidente sugirió la idea de hacerle de hierro fundido, y en el día está muy cerca de su remate. El enorme peso del hierro, por desgracia, ha obligado á darle una delgadez y fragilidad aparente, tan extremadas, que en manera alguna se ligan con el resto del edificio, y dan á aquella construcción atrevida, sin duda, el aspecto de una armazón de mimbres.

Si las diversas épocas en que se ha construído la iglesia han dejado su sello en lo exterior, por dentro no están menos de manifiesto con grave detrimento de su unidad. No faltan tampoco sus ejemplares de vandalismo de buen gusto; en prueba de lo cual citaremos las columnas griegas coronadas de una cornisa por donde se entra al coro, entrada al coro que sustituyeron en 1777 á una hermosa valla del género gótico y que así dicen al resto del templo como diría una cruz á la estatua de Venus. La catedral contenía también en otro tiempo cuatro antigüedades pre-

ciosas: el sepulcro de Ricardo Corazón de León; el de Enrique el joven, su hermano; el de Guillermo Plantagenet, su tío, y el de Juan, duque de Bedford, regente de Francia en tiempo de Enrique V. Además de ellos se veía en medio del coro el del rey Carlos V. Los calvinistas mutilaron estos sepulcros en 1562, pero los canónigos que había en 1736, sin duda para dejarlos en buen lugar, los hicieron desaperecer por entero. Los que lean esto se preguntarán tal vez qué pudo dar margen á tan extraña determinación, pero la respuesta que les podemos dar tiene tanto de peregrino que si no les convence, por lo menos les sorprenderá sin duda. El poderoso motivo de semejante hazaña fué el antojo de hacer un altar mayor nuevo, y alzar el coro un poco más. Ni paró en esto su apatía y abandono, pues de tal manera desaparecieron estas reliquias, que hasta 1838 no se ha desenterrado la estatua de Ricardo Corazón de León. Ahora mismo, con poco crédito por cierto de la cultura francesa, esta estatua yace por el suelo en la capilla de la Virgen, sin honores de ningún género. Por aquí puede venirse en conocimiento de que á todos nos alcanza la fragilidad del barro, y que estas buenas gentes que tiran tantas piedras á nuestro tejado podían mirar que el suyo no es de bronce. Como quiera, confieso que semejantes aberraciones apenas me dejan moderación alguna, pues si de las guerras y revoluciones, ciegas de suyo y enviadas por Dios como un azote, nada se puede extrañar, nunca acierta uno á explicarse cómo una corporación en quien se supone instrucción y cordura, se permite semejantes demasías.

Dejando á un lado estas reflexiones, á que por desgracia apenas hay país que no dé lugar, diré que la catedral me pareció magnífica sin duda. Entre las vidrieras pintadas, como en lo demás, se ve la huella de diversas manos y tiempos que señalan la marcha del arte. Las hay del siglo XIII, y de la época del renacimiento con sendas historias sagradas. Como quiera, lo más notable que se ve es la capilla de la Virgen, no sólo por el hermoso cuadro de

Felipe de Champagne que representa la adoración de los pastores, sino por los tres magníficos sepulcros que encierra. Es el primero de Pedro de Brezé, conde de Maulevrier, señor normando muy nombrado en su tiempo, que murió en la batalla de Montlherg de 1465; monumento notable por sus proporciones graciosas y la elegancia y delicadeza de su arquitectura. El segundo es el de Luis de Brezé, nieto del anterior y marido de la famosa Diana de Poitiers. Ella fué la que le hizo elevar este monumento, y allí está de rodillas al lado del muerto, enfrente de otra figura de mujer que suponen ser la Virgen. La estatua del difunto es de una verdad horrible, y hasta cierto punto repugnante, porque representa la muerte física en su triste desnudez, pero su verdad raya tan alto, que ha sido causa de que se haya atribuído al célebre Juan Goujón. El cenotafio contiene dos inscripciones francesas, una en verso y otra en prosa; pero la más curiosa es una en versos latinos, dedicada por la viuda y en que, después de hablar de su pesadumbre, le dice á su esposo que así como le fué fiel en el tálamo, así se lo será en el sepulcro. Esta declaración en boca de una mujer nombrada por sus amores con dos reyes, ha hecho decir á espíritus malignos que la duquesa de Valentinois no se apartaba un punto de la verdad, y, que tan fiel había sido en un caso como en el otro. ¡Pobre naturaleza humana que lleva hasta el silencio mismo de los muertos sus aparatos de vanidad y de mentira!—Este mausoleo es una de las producciones más notables del arte en tiempos de Francisco I, y se ha atribuído por unos á Juan Cousín y por otros á un artista no menos célebre, Juan Goujón.

El tercero, que es el de los cardenales d'Amboise, no muestra tanta pureza en cuanto al estilo, pero sí más prolijidad y brillantez; y las dos estatuas de los cardenales junto con las otras más pequeñas que se ven en la parte inferior, son admirables. La expresión de la oración y de la piedad en los dos personajes no deja nada que desear.

Estos tres mausoleos no se recomiendan sólo por el lujo

y esplendor con que los adornan y por los recuerdos históricos que ofrecen, sino porque pueden servir á la historia del arte. El primero indica el estilo llamado gótico; el tercero la época en que el estilo gótico iba á ceder el puesto á las graciosas producciones del renacimiento; y el segundo es uno de los ejemplares más puros de éste.

No faltan otros primores que observar con gusto en este edificio, tales como la entrada en la sacristía y la escalera que conduce á la biblioteca del cabildo, obras ambas de suma delicadeza y exquisito gusto. Existen, además, los sepulcros del famoso Rollón, primer duque de Normandía, azote primero y terror de este país su padre y bienhechor; en seguida, el de Guillermo Longue-Epée, su hijo, y otros varios.

Después de la catedral visité la iglesia de Saint-Maclón de un gótico muy puro y notable, principalmente por sus puertas, cuyas delicadas esculturas son obra de Juan Goujón. Representan algunos pasajes de la Sagrada Escritura, tales como la *muerte de la Virgen*, el *bautismo de Jesucristo* y otros varios, acompañados de curiosos arabescos: son dignos, sin duda, del gran nombre de este artista.

Dejando la iglesia de San Patricio para el siguiente día, pues el turbio color de la atmósfera hubiera privado á sus famosos vidrios de su principal atractivo, me encaminé al *Palacio de Justicia*, ponderado por todos los viajeros. En realidad es difícil imaginarse más número de labores en tan reducido espacio, ni mejor gusto en la elección y distribución. Describirlo por menor sería tarea muy prolija y cansaría de seguro á los lectores; baste decir que aunque en el estilo se advierte cierta mezcla del renacimiento, todo ello es de una belleza acabada. Por dentro no es menos notable la inmensa sala llamada de Procuradores, y muy alabada de los arquitectos por la audacia de su construcción, que la antigua cámara en que actualmente celebra sus sesiones el tribunal de Assises, una de las más bellas de Francia, según dicen. El artesonado, dividido en compartimentos no muy grandes y decorado de florones y

adornos de bronce dorado, ha cobrado con el tiempo el color y esmalte del ébano, á pesar de ser de roble. No faltan particularidades que por menudas omito, pero que figurarían bien en una relación más circunstanciada.

La tarde que comenzaba á decaer, y el mucho cansancio que sentía, me obligaban á limitar mi curiosidad por aquel día al célebre Hotel de Bourgtheroulde, que tan vivamente excita la curiosidad de los arqueólogos ingleses y franceses y aun la de cualquier otro medianamente versado en la historia moderna. Un sin número de anticuarios de entrambos países, á cuya cabeza figura el sabio benedictino Dom Montfaucón, han ilustrado no sólo con descripciones sino con grabados, litografías y hasta con vaciados, los famosos relieves de este palacio que contienen diversas escenas de la célebre entrevista del campo *du Drap d'or* entre Francisco I y Enrique VIII; entrevista en que la nobleza de Francia y de Inglaterra se arruinaron en competencia honrosa de galas y bizarría. A esto hace alusión Shakspeare en el principio de su comedia de Enrique VIII. Los relieves, en efecto, son preciosos, no sólo por su parte histórica sino por su ejecución, y pocas cosas ha dejado el renacimiento de más subido valor. Hay además otros relieves que representan asuntos pastorales, sobre todo en la parte exterior de una torrecilla que contiene un gabinete notable por las esmeradas labores de su maderaje y artesonado. Este edificio se comenzó á últimos del siglo XV y se acabó á principios del XVI.

Si tantas circunstancias no concurriesen á hacerle célebre, aún había una que añadiría algo á su fama, y es la de estar situado en la misma plaza en que la doncella de Orleáns, la inmortal Juana d'Arc pagó con la vida su heroismo, «en atención, dice el rey de Inglaterra en una carta á su *muy querido y amado tío;* en atención á los grandes perjuicios é inconvenientes, á los horribles homicidios y detestables crueldades y otros males sin cuento que había cometido, respecto nuestra señoría y leal pueblo obediente.» Tal fué el fin desastroso de aquella mujer extraordinaria

que Shakspeare, á fuer de inglés, ha revestido de un prestigio infernal que el noble Schiller ha convertido en un ángel ligado á la tierra solo por su desventurado amor, y que por una contradicción extraña cuanto lamentable, solo un gran genio compatriota suyo ha querido exponer á la burla y escarnio del mundo.

Mi tarea estaba concluída por aquel día, y para descansar juzgué que no podía elegir mejor medio que entrar en una barca de las infinitas que surcaban el río, y recorrer sus orillas. La lluvia había cesado por entonces, y aunque el cielo estaba encapotado todavía, los nublados se habían remontado. Del lado del Poniente venía una claridad pálida y extraña que revestía todos los objetos de una tinta indefinible. Los árboles goteaban mucho: el heno de las extensas praderas de la orilla izquierda yacía abatido por el peso de la lluvia; los marineros descogían sus velas para sacarlas, aprovechando una brisa que venía del mar: el silencio era sumo en ambas riberas, y solo algunas barquillas que se deslizaban como otros tantos ánades silvestres, y dos bergantines que subían muy lentamente del Havre con las velas extendidas y tirados por pesados caballos normandos, turbaban el espejo de las aguas. Era una escena como hay pocas, ó por lo menos de las que no había presenciado todavía. Después de cruzar diversas veces las verdes islas del río, hice que me dejasen en tierra más arriba del puente de piedra, casi enfrente del camino de hierro. A pocos minutos un tren que salía para París arrancó con su acostumbrada velocidad, pero con un estrépito infinitamente mayor á causa de la pesadez del aire y del silencio de la noche, y sembrando el camino de chispas brillantes que caían de la máquina, y relumbrando con los faroles encendidos de sus carruajes en medio de la oscuridad, desapareció con la rapidez de un meteoro, dejando detrás de sí un surco luminoso que las tinieblas se tragaron al instante. Imagen más fiel del destino del hombre en la tierra, apenas puede ofrecerse á la imaginación de nadie. La disposición del terreno me impedía ver la hilera

brillante de faroles de gas que iluminaban el muelle; pero en cambio, por debajo de los arcos del puente, veía el reflejo que formaban en el agua vislumbrar vagamente, cortado por los mástiles y cordajes de los infinitos barcos amarrados á la orilla. Aquel río sosegado y silencioso, se asemejaba al río mismo del Olvido, y la estatua de Corneille, que descollaba sobre el fondo oscuro del cielo, y que por la oscuridad se presentaba mayor todavía, parecía el emblema material del genio, que sobrenada en el mar de los tiempos. La soledad no podía ser mayor; cuanto me rodeaba me era extraño absolutamente, ni un acento de mi lengua natal, ni siquiera una voz amiga venían á herir mis oídos: y esta situación en que por primera vez me veía, era sin duda á propósito para despertar un millón de recuerdos y emociones. Por fin me retiré á mi posada, y el cansancio material pudo más que las excitaciones de la fantasía, conciliándome un sueño profundo pero no muy largo, pues al día siguiente muy temprano ya estaba en pie.

La vara de un mágico no hubiera causado transformación más rápida y completa. El cielo estaba revestido de un azul semejante al de España, y solo del lado del Havre flotaban unas nubecillas, que por su forma y color parecían otras tantas bandas de raso blanco. Infinitas gentes vestidas con grande aseo cruzaban por los muelles alegremente, conversando con animación: innumerables barquillas surcaban el río en distintas direcciones, en los mástiles de los barcos flotaban banderas de varias naciones: las praderas habían sacudido su humedad y mecían al viento su verde cabellera; algunos vapores, cuyas chimeneas despedían un humo denso, se disponían á partir, y cuanto había en el cuadro del día anterior de triste y amortecido, tenía el presente de vivo, espléndido y animado. Sin perder tiempo me dirigí, como tenía proyectado, á la montaña de Santa Catalina para gozar por entero de aquel extenso y nuevo panorama. Con suma diligencia trepé á lo más alto, y situándome sobre las ruinas del fuerte del mismo nombre, pude satisfacer la curiosidad que me aguijoneaba: á mis pies

corría el Sena, pero con movimiento tan suave, que parecía un prolongado estanque; sus islas, de forma prolongada y estrecha, figuraban con sus olmos y chopos otras tantas naves revestidas de ramaje y plantas ligeras para celebrar una fiesta campestre: en su orilla izquierda comenzaban las dilatadas y feraces llanuras de la Normandía, cuya inmensa alfombra de verdura iba á perderse en el horizonte. A mi derecha tenía la ciudad envuelta en vapores ligeros y trasparentes, sobre las cuales descollaban las torres de sus numerosas iglesias, y sobre todo las de Saint-Ouen y la catedral. Extendíase suavemente desde la orilla del río por la falda de una agradable colina vestida de árboles, y los numerosos contrastes que ofrecían sus casas feas, desiguales y negruzcas, con los bellos edificios religiosos y civiles que posee, y con los paseos y manzanas regulares del muelle, contribuían agradablemente á la variedad del espectáculo. Las antiguas murallas que tanta celebridad le dieron en las guerras y disensiones de Francia, son otros tantos paseos de frondosos olmos, que forman un recinto, si no tan terrible, sin duda mucho más pacífico y vistoso. Por detrás de mí se extendía un vallecillo lleno de fábricas, que venía á morir en la ciudad, cuyos tejados azules de pizarra vislumbraban á los rayos del sol, y me recordaban los de las aldeas de mi país, que tantas veces he visto desde la cumbre de los montes. Finalmente, la vista era tan deliciosa de por sí, que á cualquiera hubiera embebecido; pero la animación y tráfago de la población, los repiques alegres de las iglesias, y la multitud de aldeanos que de los pueblos vecinos se dirigían á la ciudad, eran como otros tantos toques agradables del cuadro. Desde aquella altura se oían las campanas de los vapores que llamaban á las gentes á bordo, y poco después se les veía salir, alejándose rápidamente como favorecidos de la corriente, los que se encaminaban al Havre, y acercándose más lentamente los que se dirigían á Elbæuf, y que por lo mismo tenían que pasar al pie de la montaña de Santa Catalina. Los diversos trajes y aposturas de las personas que se apiñaban en

la cubierta, junto con la variedad caprichosa de colores, desapareciendo entre las islas y volviendo á aparecer á lo lejos ya más confusos y borrados, era cosa que llevaba los ojos. Como quiera, la sensación más extraña que allí experimenté, fué la de un convoy larguísimo que vi salir para París, y que arrastrándose con celeridad increíble por medio de casas, árboles y sembrados, parecía desde aquella altura una inmensa serpiente que se deslizaba por entre matorrales y peñascos.

Después de apacentar la vista más de dos horas con tan delicioso espectáculo, bajé de mi altura con deseo de visitar de nuevo las iglesias del día anterior, y recorrer las que me faltaban todavía, entre las cuales merece el primer lugar San Patricio por sus magníficas vidrieras. Son todas del siglo XVI, época la más aventajada de esta clase de pintura en Francia, y entre ellas hay una alegoría que representa *El triunfo de la verdad*, hecha según se cree por los dibujos de Juan Cousin, y cuya composición é iluminación corren parejas. Rouen no ofrece nada mejor ni aun tan bueno en este ramo del arte.

En esta tarea se pasó el resto de la mañana y una parte de la tarde, de manera que ya el tiempo que después de comer me quedó, fué apenas bastante para alargar mi paseo por la orilla del río algo más que el día anterior. La caída de la tarde tuvo una pompa tan magnífica y sosegada, y los accidentes y celajes del ocaso fueron tales, que de seguro no serán espectáculo muy frecuente en los alrededores de aquella ciudad, á quien dan algunas gentes el nombre de *medias negras de la Normandía*, por lo nebuloso de su cielo. El número de barcos pequeños y grandes que subían, bajaban y cruzaban el Sena para dejar ó recoger gente en las islas era grandísimo, y ni Lyón, á pesar de sus dos ríos, ni París con su inmensa población, me habían ofrecido nada semejante. La marcha de los de vela sobre todo cuando se encaminaban al Havre, dejándose llevar por la corriente, era tan pausada que no alteraba la tersa superficie de las aguas. Yo no sé qué se me figuraba al ver

pasar sus velas iluminadas á un tiempo por la luna y por los últimos reflejos del ocaso por detrás de los árboles y arbustos de las islas que me ocultaban el casco. Por su majestad y silencio me recordaban aquella sucesión de reyes y príncipes, cuyas sombras desfilaban ante los ojos de Macbeth en la cueva de la bruja. En cambio de todo este sosiego, de cuándo en cuándo acertaba á pasar algún vapor, y entonces el agua alterada por sus ruedas, azotaba por algún tiempo las orillas semejante á la del mar, como irritada de ver turbada aquella calma de que gozaba. Como la mayor parte de las gentes de Rouen se restituían á sus hogares de las giras y fiestas campestres á que se habían entregado durante el día, traían músicas, que á pesar del ruido de la máquina no dejaban de oirse y de producir un efecto muy agradable. Una porción de mujeres, vestidas de blanco ó de colores alegres, que ocupaban la cubierta para gozar de la noche, completaban la ilusión, sobre todo cuando con alguna ráfaga de viento ondeaban sus chales y los largos y flotantes velos de sus sombrerillos.

Para que todo cuanto encontraba en Rouen tuviese á mis ojos un carácter de novedad, de vuelta ya, y poco antes de entrar en mi posada, acerté á ver en una esquina un anuncio de teatro que decía: *La Main Sanglante* ou *Le Medecin de son honneur:* si alguna duda me podía quedar, las siguientes palabras me la hubieran disipado, pues decían terminantemente que era una traducción de *El Médico de su honra*, de nuestro don Pedro Calderón. Aunque el cansancio no podía ser mayor, me pareció que sería tibieza en el amor del país dejar de ver la función, y así me encaminé al teatro en derechura, donde me encontré la comedia muy al principio por haber echado antes otra pieza. La representación me gustó muy poco, como ya me lo figuraba; la traducción me pareció hecha con esmero, pero las alteraciones que advertí prueban que nuestro gran dramático ha sido tratado *trop cavalierement*, como por aquí dicen ó según por ahí decimos, sin asomos de cortedad. El personaje de doña Leonor está totalmente suprimido: al ciru-

jano le han dado una importancia que no tiene, y el desenlace mismo es muy diferente. En general puede asegurarse que la elección de esta gran obra es desacertada, pues la pasión de los celos se siente en ambos países de manera harto diversa para que la conducta del hidalgo español no parezca feroz en demasía al público francés. Los accidentes del *Pintor de su deshonra* están mucho mejor combinados para producir el mismo efecto, sin necesidad de acudir á enmiendas ni zurcidos, imposibles en las obras del genio.

Para mucho más daba lugar esta excursión, que tardará sin duda en borrarse de mi memoria, pero tal vez los demás detalles son de interés puramente local, y no excitarían la curiosidad de los lectores. Baste decir que de los españoles que vengan á París, ninguno, por lo menos durante el buen tiempo, debe dejar de hacer este viaje, que á lo rápido, cómodo y barato junta lo entretenido y aun instructivo, pues tanto los amantes de las nobles artes como los aficionados á las útiles, encontrarán en los monumentos y fábricas de Rouen cosas dignas de observarse. Un consejo me queda por decirles, y es que si el tiempo se lo permite, no dejen por nada del mundo de llegar al Havre, pues así como el sol se reviste muchas veces para ponerse de más luces y esplendor, del mismo modo el Sena, á medida que se acerca á su término multiplica su majestad y sus bellezas. Yo por mi parte no pudiendo detenerme más largo espacio después de haber registrado de nuevo los alrededores y cosas curiosas de la ciudad, dí la vuelta á París con tiempo mucho mejor que me permitió disfrutar más cumplidamente de todas las perspectivas del ferro carril. Habiéndolas visto poco antes, suscitaban en mi ánimo la misma impresión que una música deliciosa oída por segunda vez. Por fin en las mismas horas llegué á París muy satisfecho de mi viaje, aunque mucho más lo estaría si supiera que sus desaliñados bosquejos habían de entretener á mis compatriotas, y ayudarles á pasar algún rato de ocio.

DIARIO DE VIAJE.

DIARIO DE VIAJE.

Agosto de 1844.

Mientras ha durado mi residencia en París, he encontrado tantos paisanos y amigos, que por medio de la conversación he tenido ocasión de fijar mis ideas y de consolidarlas con su juicio. París es en el día una especie de patria común, y hasta que ha llegado el momento de salir de sus muros no he creído dejar mi querida España. En la embajada de mi país he recibido muestras de estimación y hasta de cordialidad, que agradezco mucho, sobre todo cuando mi repentina entrada en la carrera diplomática, y la posición que en ella me han dado, podía hacerme esperar aquel género de frialdad que excita por lo común una persona, en cuyo obsequio se quebrantan las reglas generales. Algo de esto pudo haber en un principio, pero si no me engaño, el trato lo ha disipado. Del ministro de las ciudades Anseáticas, Mr. Rumpff, y del de Holanda, general Fagel, también salgo satisfecho. Ambos me han dado cartas y me han hecho buena acogida. La familia Gasc, con quien he vivido un mes, me deja un recuerdo agradable.

10.—*Lille.*

Salí ayer de París en la *malle-poste* á las seis de la tarde, y hasta las ocho y media de hoy no he cesado un punto de rodar por esos caminos. He pasado muy mal la noche, como de costumbre en estos carruajes, vomitando

amenudo, y muy desasosegado. Afortunadamente el país que atravesamos es lo más feo y monótono que he visto hasta ahora en Francia, y poco he perdido con no poder observarlo muy despacio. Muy de madrugada pasé por Arrás, que exterior é interiormente tiene un aspecto muy curioso. La torre es extraña por su remate en forma de corona. Las cercanías de Lille son un verdadero bosque de molinos de viento destinados á la elaboración del aceite de granas. Tantas aspas al aire volteando sin cesar, producen una singular sensación. La ciudad es muy fuerte, y sus calles me parecieron muy bien. Tenía necesidad suma de reposo, y voy á acostarme las pocas horas que me deje libre mi viaje á Bruselas, que continuaré á las tres de la tarde por el camino de hierro francés hasta Mucroix, y desde allí por el belga hasta su capital.

Bruselas á las diez de la noche.

Hace una hora que he llegado bastante rendido, porque desde las tres hemos caminado sin interrupción y en Lille no pude descansar. Sin embargo, el camino me ha parecido muy agradable por lo verde y frondoso del país, y por lo rápido y cómodo del movimiento. Estos campos son más llanos aún que los de Castilla, pero los árbolados dan á su superficie una especie de undulación que templa su monotonía. Estas masas, que en gradación desigual y caprichosa se dibujan sobre el horizonte, son de un efecto muy agradable, y los infinitos prados y huertas que se encuentran ofrecen una alfombra de esmeralda en que la vista se reposa con placer. Las casas de campo son infinitas, y los caseríos de labradores están tan apiñados, que el camino parece la calle de una aldea. Muchas tierras estaban de rastrojos, con lo cual se alteraba el hermoso tono de color del paisaje; pero la gran cantidad de cauces y canales que encontramos, y los sotos y praderas sin número, borraban al momento esta impresión de sequedad, que tanto des-

alienta al viajero en nuestras dos Castillas después de la siega. A cada paso encontrábamos paisajes de todo punto iguales á los de los grandes pintores flamencos, cuyo nombre cobra mayor esplendor cuando se los estudia en estos lugares. Cielo y suelo están maravillosamente retratados. El camino da un rodeo grandísimo, pues desde Lille hay que venir por Gante y Malinas, pero no es gran molestia, por el terreno que se cruza.

Idem II.

He salido muy de madrugada y he recorrido la ciudad, que es linda: el parque delicioso y los *hoteles* excelentes; pero hasta ahora lo que más excita mi curiosidad es la diferencia extraordinaria de tipos que en la población encuentro, pues desde el flamenco puro hasta el de nuestras provincias meridionales, que se halla en todo su vigor y expresión, los matices son tan varios y vistosos, que no se cansa uno de observarlos. En general la raza me parece superior á la francesa, principalmente las mujeres, entre las cuales las he visto muy lindas, y sobre todo bien formadas. Entre las del pueblo he encontrado algunas que llevaban un chal de seda negro en forma de mantilla sin velo, cosa que me ha alegrado, pues es la primera semejanza que veo de nuestro gracioso tocado nacional. Otras vestían una especie de manto largo con capucha, algo parecido á las almalafas moriscas, pero que por lo largo recordaba los mantos de nuestras tapadas, y que sin duda deriva de nosotros. Las señoras visten enteramente á la francesa.

Como día de fiesta, el parque estaba lleno de gentes, y la calle del buen tono en especial muy animada con lo más escogido de la población. Hombres y mujeres vestidos con gusto y aliño, y en ambos sexos figuras agradables. Es pasmoso el número de gentes morenas con ojos negros. Variedad tan grande no la he visto hasta ahora si no es en

algún puerto concurrido como Marsella, con la diferencia de que allí todo es pasajero y aquí permanente.

Por la noche he ido al teatro llamado de *Nouveautés*, recién estrenado. Por fuera aún no está concluído. Es muy bello, y está iluminado en trasparente por el techo, lo cual produce un efecto muy vistoso. La representación me ha gustado en general, aunque viniendo de París es uno exigente sin saberlo: tal es la perfección á que está llevado el arte dramático, por lo menos la comedia, en aquella ciudad. La concurrencia lucida: la mayor parte de las mujeres bien prendidas.

Idem 12.

Hoy he dedicado el día á la visita especial de monumentos. El primero y más notable sin duda de Bruselas es el *Hôtel de Ville*, soberbio edificio gótico con una torre hermosísima y situado en una plana, cuya estructura y casas se ligan perfectamente con él. Es un verdadero palacio y digna habitación en fin del consejo y magistrados de esta ciudad, cuyos vecinos por su opulencia eran otros tantos potentados. Este linaje de poder era tal en estos países, que los *hôtels de Ville* en ninguna otra parte de Europa se acercan á esta grandeza. En este, la perfección de los detalles iguala la grandiosidad del plan, aunque por una rara anomalía la torre no ocupa el verdadero centro del edificio, sin embargo de estar en el medio. Hay una historia vulgar que dice, que cuando el arquitecto lo vió, de pesadumbre se quitó la vida. Lo probable es que la torre estuviese en una esquina, y que añadiendo después el edificio por cualquiera otra razón, ó por descuido, no se guardó la proporción debida. Este edificio tiene para nosotros un gran valor histórico, pues en él se verificó la abdicación de Carlos V; acto poco común en la historia, de que tan hermoso cuadro ha sabido hacer Robertson con su noble y reposado estilo. La ceremonia está representada en

una tapicería muy buena. En la misma sala se pronunció la sentencia de los condes de Egmont y de Horn, decapitados en la plaza de delante, por orden de aquel duque de Alba cuya crueldad ha pasado en proverbio entre estas gentes, pero que reunía al talento de un gran capitán una fidelidad que nada podía alterar y un corazón en que no cabía linaje alguno de flaqueza. Dicen que desde una ventana miraba la ejecución de su rigurosa sentencia. En toda esta tierra es imposible dar un paso sin tropezar con las reliquias de nuestra pasada grandeza, cosa triste y que más de una vez me ha oprimido el corazón.

La catedral es un templo muy hermoso, gótico en su mayor parte, aunque los pilares de la nave principal son bizantinos. Tiene algunos vidrios de gran valor: las estatuas de los apóstoles en la nave principal, son también muy hermosas, y sobre todo el púlpito, que es de madera labrada en su color natural, y representa á Adán y Eva echados del paraíso. Difícilmente se puede imaginar cosa de ejecución más perfecta, follaje más delicado, animales mejor hechos y figuras de más verdad. En una capilla está el sepulcro del conde de Merode, uno de los mártires de la revolución de 1830, representado con el mismo traje y accidentes en que recibió la herida, una pistola en la mano, y una blusa. Después de recorrer la catedral, subí á la torre. La ciudad no ofrece ninguna facción notable, si no es su magnífico *Hôtel de Ville* y el parque, bella mata de verdura que la hermosea infinito. La vista se extiende por una gran llanura adornada de árboles y praderas, en la cual se distinguen el palacio de Laken, residencia habitual del rey, y allá á lo lejos los famosos campos de Waterloo. Como quiera, semejante panorama nada tiene de común con el que ofrecen las torres de la catedral de León, y mucho menos con el que se desarrolla á los ojos asombrados del viajero desde el miquelete de Valencia, en que á un tiempo se ven el mar, la albufera, las montañas del Maestrazgo y de Almansa, y aquella huerta, verdadero jardín, ó por mejor decir, edén de España. La belleza de esta tierra es

como la de las mujeres que nos pinta Rubéns, hermosas sin duda, pero sin gracia *y no sé qué*.

Los museos de historia natural y de pintura son muy buenos, especialmente el primero, que reune una colección preciosa de animales de las antiguas colonias holandesas en Asia y Africa. En cuanto á los cuadros, hay muchos buenos, excelentes; pero el número de los malos sobrepuja. En lo que es rico el museo, es en cuadros antiguos concernientes á la historia del arte.

Idem 13.

Hoy he pasado la mañana escribiendo comunicaciones para el Ministerio de Estado, y aunque no eran sino dos, me han ocupado largo tiempo, porque tenía que romper lo que escribía; tan lleno de mentiras iba ello. El oficio de copiante es á mis ojos de los peores del mundo. Por la tarde he dado la vuelta á la ciudad, y examinado sus alrededores, que desde la torre de la catedral no se divisan bien. Los arrabales están muy aseados, y las frecuentes balsas de agua coronadas de sauces y otros árboles que se encuentran, ofrecen paisajes reducidos, pero de mucha gracia. El canal que va á Amberes ayuda también mucho á la perspectiva. Al fin de mi paseo me encontré con la *Porte de Hal*, especie de construcción informe, pero muy fuerte, que servía de ciudadela al duque de Alba durante su dominación tremenda. Ahora he visto que la adornan un poco y abren ventanas.

Idem 14.

Hoy he llegado á medio día á Vetheren, donde me esperaba el hijo de Mr. Gasc, y he pasado el resto del día con la familia del notario L. Esta gente ejerce la hospitalidad del mismo modo que en España, y son de una cor-

dialidad muy grande. Las horas de comer son las mismas que en las provincias de España, y las instancias y agasajos de la misma especie. Aquí he vuelto á encontrar *la familia* tal como en España la concebimos, y cuyo rastro había perdido en Francia, donde poco se ve desnudo de fórmulas y estudio. La gente que he encontrado en los carruajes es lisa y amable, y en las pocas horas que he corrido por estos caminos, puedo decir que he hablado más que en los varios días que han durado mis viajes por el vecino reino. No parece sino que del trato y correspondencia antigua han quedado ciertos ecos que se despiertan al menor sonido.

Vetheren es una población muy linda, sobre un collado que domina el Escalda, y ofrece un paisaje de los más agradables que pueden disfrutarse en este país. La casa de Mr. L. está llena de comodidades, y participa de lo bueno del campo y de la ciudad.

Idem 15.

A las diez de la mañana estaba en Gante, y hasta las dos no he cesado de correr calles, plazas é iglesias. La fisonomia de este pueblo es interesantísima, y en mi juicio lleva muchas ventajas á Bruselas. Hay casas de un primor y gallardía increíbles. Las mejores se atribuyen á los españoles; pero por la fecha no pueden pertenecerles. El Hotel de Ville en su parte antigua es de lo más esbelto y delicado que he visto en este país tan abundante en monumentos civiles. Por desgracia el ensanche que le dieron en el siglo XV es de estilo greco-romano, y aunque en sí no malo, parece de una pesadez imponderable al lado de lo primero. Las iglesias están llenas de cuadros de esta fecunda y excelente escuela, y el culto sostenido con un esplendor muy grande. Como día de fiesta, en todas se celebraba el oficio divino con músicas excelentes y coros muy acordes.

La sala de conciertos y bailes y el teatro, son de tal

magnificencia, que figurarían muy bien en una de las más grandes capitales de Europa. La universidad es de un gusto puro y sencillo, y está distribuída é imaginada con gran acierto para su objeto. El palacio de justicia ó audiencia, aunque moderno como ella, es también magnífico y de mucha corrección; pero lo que en el día llama la atención, es la exposición de pinturas. Algunas hay francesas, pero la mayor parte son de este país, donde sin duda se conservan las buenas tradiciones de sus gloriosos días. He perdido el catálogo que compré, y se me han olvidado los nombres, á excepcion del de Robbers, cuyos animales en nada ceden á los del mismo Paul Potter; pero no así los cuadros, entre los cuales hay cosas admirables. Una *limosna* vi de una artista con dos cabezas de niños pobres que nada dejan que desear. De retratos, los hay de una individualidad y carácter que asombra; y no faltan cuadros de historia, entre los cuales me llamó la atención uno que representa la salida de Santiago Van Artevelde á la cabeza de sus cinco mil ganteses. El estilo en general es franco y gallardo, los efectos de luz, y de atmósfera sobre todo, perfectamente combinados y estudiados, y los paños fáciles y graciosos: los cuadros de interior no escasean, y entre ellos los hay de mucha sal en el estilo de Teniers. Para quien sale de los lamidos y prolijos cuadros de la moderna escuela francesa, equivale esto á verse en el aire libre del campo después de haber estado encerrado en un *boudoir* muy lindo y bien adornado, pero estrecho y sofocante. Dejo la famosa catedral de St. Bavon, la torre de rebato (beffroi) y la *Maison de force* ó presidio para mañana, y á las dos salgo para Brujas y Ostende.

A las once de la noche.—Ostende.

En el camino de Brujas he encontrado á un diplomático de este país, persona amable que conoce muchos españoles de la *cofradía*, y cuya conversación tiene bastante atracti-

vo. No me ha dicho su nombre, que hubiera deseado conocer. Los carruajes de este país se parecen algo á las diligencias del nuestro, por la facilidad con que se entabla y sostiene la conversación. Brujas es una ciudad lindísima y llena todavía de restos de aquella colosal grandeza que la hacía brillar sin rival en los siglos medios. Hay unos versos muy delicados de Southey, el poeta inglés, cuyo sentido viene á ser, que si alguna vez imaginase una ciudad con torneos, danzas y resplandores de la edad de la caballería, Brujas sería la que se ofreciese á su memoria. Realmente su fisonomía despierta naturalmente estas ideas. Sus templos, su Hotel de Ville, sus casas, sus canales, y toda ella en fin, son agradable espectáculo, aunque triste al mismo tiempo. Aunque bien puede decirse con el poeta:

The season of her splendour es gone by,

todavía el extranjero puede visitarla con tanto fruto como placer.

La catedral de San Salvador es un edificio por de fuera de ladrillo, y feo; pero por dentro, el templo gótico más hermoso de Brujas. Entre las pinturas hay una de Hans Hemlinck, que representa el martirio de San Hipólito, de una prolijidad grandísima. Otra pintura hay excelente de Pedro Porbo, que representa la Cena. La catedral de Nuestra Señora contiene obras de arte que la hacen más notable que su arquitectura, y entre ellas una Virgen de mármol blanco, atribuída á Miguel Angel. El famoso pintor inglés Reynholds dice, que sin duda es de su escuela. Yo no puedo formar buen juicio, porque sólo conozco dibujos y grabados del gran Bonarrota, pero sí diré, que la encuentro admirable. En Brujas hay una tradición, que dice haberse perdido en la costa el barco que la llevaba á Inglaterra. El sepulcro de María de Borgoña, abuela de Carlos V, y el de su padre Carlos el Temerario, en bronce, y de precioso trabajo, son también otro de los adornos de la catedral. La cariñosa memoria de la joven é ilustre María, que tan trágicamente

acabó sus días, cayendo de un caballo, incitó á sus súbditos á levantar el primero. El segundo se debe á la munificencia de Felipe II, que pagó por él quince mil florines. El Hotel de Ville es un edificio de un gusto muy exquisito, gótico, por supuesto, y bien conservado. No es tan suntuoso como el de Bruselas, ni tan gallardo y lujoso en detalles como el de Gante en su parte antigua, pero sí más agraciado que el primero, y más completo que el segundo. En la plaza se conserva la casa en que habitó Carlos II de Inglaterra, que vino á trocar en Brujas su corona de las tres islas por la de rey de los ballesteros. Todavía se conserva esta Sociedad, en la cual se inscribió la reina Victoria cuando estuvo últimamente en Bélgica. Por lo demás, en este país, como en todos, las *secciones de la miseria humana* no escasean. En Brujas, la casa de Carlos II; en Gante, la que habitó Luis XVIII durante los cien días. Por fin, ambos murieron con la corona en la cabeza. ¡Ay del que no cupo en el mundo de sus días, y, sin embargo, los acabó en un peñasco, como una ave marina cansada de volar!

Volviendo á mi asunto, diré, que todo esto no causa tal vez tanta impresión como el oratorio del hospital de San Juan, donde Hemlinck, herido en la batalla de Navey halló asistencia y asilo. Su agradecimiento le puso el pincel en las manos y le dictó unos cuadros que han recompensado con usura al establecimiento los gastos que hizo. No los enumero aquí, porque el tiempo me faltaría; baste decir, que una urna bastante grande de reliquias, en cuyo exterior está pintada de su mano la historia de las once mil Vírgenes de Colonia, pudiera haberla trocado el hospital por otra igual de plata maciza. Realmente, atendida la época, son obras milagrosas, y lo acabado y prolijo de los detalles, supone paciencia mayor que la de Job. Por último, he ido á ver un gabinete de cuadros, perteneciente á un eclesiástico, que ha cedido su exposición á una casa de beneficencia dirigida por hermanas de la caridad. Una de ellas me ha enseñado todo, y en su conversación y moda-

les he encontrado aquel santo candor é igualdad de espíritu que tantas veces me ha cautivado en España en estas sublimes mujeres. Su sacrificio no puede ser más grande: su obra es oscura, pero como son oscuras las perlas en el fondo del agua. Cuando salen á luz, todos los ojos las codician y admiran. Delante de estas criaturas siempre me he avergonzado de mí mismo, pensando en la fortaleza de un ser tan débil naturalmente. Todo el día de hoy ha estado lleno de sensaciones vivas para mí. En las iglesias de Gante se celebraban oficios con excelentes músicas: en las de Brujas me he encontrado la celebración de vísperas con gran pompa, y un gentío extraordinario. Si la religión no fuese santa por sí, nuestra razón debiera divinizarla. Heme aquí en un país extranjero absolutamente sólo, y, sin embargo, á millares encuentro hermanos que vuelven los ojos al mismo Padre: estas son las mismas escenas á que mi madre piadosa me llevaba de muy niño, y con un *no sé qué* de la verdadera patria, que está en las alturas, me traían un recuerdo de la patria de aquí abajo, de mi familia y de aquellas fiestas religiosas que tanto me alegraban en mi infancia y primera juventud. Y, sin embargo, todas estas luces no llegan sino por medio de una espesa niebla hasta mis ojos: yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo: de las creencias que nunca debiéramos, no ya perder, sino ni aun arriesgar, me queda lo que de salud resta á los enfermos; lo bastante para ambicionar y echar de menos cosas que difícilmente volverán. En Brujas vivió nuestro Luis Vives.

El campo desde Brujas aquí, es más monótono aún que lo demás de la Bélgica que he corrido; y el mal tiempo, constante desde que he puesto el pie en este país, me lo ha hecho más desagradable. Ostende es fortísimo por sus fosos y murallas, pero mucho más por las terribles esclusas con que puede inundar los campos vecinos. El pueblo ofrece poco en sí. En realidad el deseo de ver el mar del Norte es el que me ha traído. Ya de noche he estado en la playa: la calma de la atmósfera corría parejas

con su humedad y pesadez, y las olas apenas movían el más leve rumor. El horizonte era muy reducido, y el espectáculo poco agradable.

15.

Me he levantado muy de madrugada, y me he encaminado á la playa. La mañana estaba muy fría, y corría un viento muy fuerte acompañado de aguaceros. Soberbio espectáculo el de aquella inmensa llanura alborotada como una muchedumbre amotinada, y cuyas olas se estrellaban contra las murallas, desparramándose por el aire en menudas gotas. No he visto un barco en aquella inmensa extensión, y el color ceniciento que le daban los nublados, entristecía extraordinariamente el espíritu. El tiempo es tal, que todos se quejan como de cosa inaudita. No lo es poco, que desde que salí de Madrid no he visto en mi viaje sino dos ó tres días buenos. Otros nublados hay peores y más difíciles de disipar.

Idem Gante á las dos de la tarde.

He visto San Bavón, que es la catedral, y me he quedado sorprendido de ver los cuadros que contiene. Es un verdadero museo, pero escogidísimo. Sobre todo, los cuadros de los hermanos Van-Eyck y de Rubéns. De los primeros hay una visión del Apocalipsis, que en cuanto á lo prolijo de la ejecución, á la composición y al sentimiento de las cabezas deja poco que desear, teniendo en cuenta que es de 1432. Las formas, á pesar de su flacura no carecen de nobleza. Me ha *hecho* gran sensación. El de Rubéns representa un pasaje de la vida del Santo. Los no inteligentes prácticamente, no podemos admirar las cualidades de su colorido, pero su efecto es extraordinario. La composición nada deja que desear, sobre todo un grupo de pobres. Gran escuela es la flamenca, pero aquí es donde hay

que estudiarla, porque todo ayuda y facilita su inteligencia.

He subido á la torre *du beffroi*, y aunque el día seguía lluvioso y pesado, he gozado de una vista deliciosa, mucho más interesante que la de la torre de Bruselas. La ciudad tiene una fisonomía tan suya, que, para el que la vea con un poco de despacio, equivaldrá á la de una persona conocida. Todavía ofrece mayor animación que otras ciudades de Bélgica. Después he visitado la *Maison de force*, prisión notable por la fecha, y que ha servido de modelo á la mayor parte de las notables de Europa, y aun de América. La limpieza de todo este país es extremada, y agrada extraordinariamente.

Como quiera, me ha alegrado más que nada, haber venido á Gante durante la exposición de bellas artes, sobre todo de pintura. No deseara más para nosotros, que de nuestro antigua escuela se conservase lo que estas gentes conservan de la suya. De escultura, como en todas partes sucede, hay poco, pero algunos mármoles son muy lindos, especialmente el de un niño que llora por haber roto el tambor en que tocaba. Si estuviera más tiempo, de buena gana enviaría una relación á España, que por una desgracia verdadera no está viendo sino por los anteojos de Francia, anteojos que le acortan espantosamente la vista, como imaginados que están para otros ojos. Siento infinito no poder disponer de más días para disfrutar de esta que Mr. Trollope llama con mucha oportunidad *una constelación de ciudades*; pero si alguna vez tengo un verano á mi disposición, y medios bastantes, aquí me vendré á pasarlo. Esta noche vuelvo á Vetheren, y mañana estaré de vuelta en Bruselas, después de haber visto á Malinas.

16 *idem.*

Malinas es otra muy linda ciudad por su pintoresca arquitectura y anchas calles, pero no tan rica en artes como las demás ciudades que hasta ahora llevo andadas. Sin embargo, tiene una obra de Van-Dyck que por sí sola merece un viaje, no de camino de hierro, sino á pie. Es una crucifixión que sir Josué Reynholds pone entre los primeros cuadros del mundo. El colorido no corre parejas con el de su gran maestro, pero en la expresión, y aun en el dibujo, lo prefiero á cuanto hasta ahora he visto suyo. Los ladrones, que forcejean por desasirse de la cruz, son figuras angustiosas de veras, y están en una actitud dificilísima, que fácilmente pudiera degenerar en ridícula. La cabeza de la Virgen reune cuanto el pesar y la resignación pueden tener de más angustioso y bello. El cuadro, en suma, no tiene más lunar, que la debilidad de la figura de San Juan: el Descendimiento y el Prendimiento que hay en el museo de Madrid, se quedan muy atrás. Es una página de sublime poesía. Este cuadro está en la catedral. De Rubéns hay cuadros en la iglesia de San Juan y Ntra. Señora, pero no de los más eminentes. En el camino de Malinas me he encontrado con un Mr. Teichman, actual director de caminos de este país, persona de trato agradable y abierto, como la mayor parte de los que he visto en él, donde cada día encuentro más analogía con el nuestro. Ha sido ministro, y conserva de su posición, no aquella presunción ridícula que tan común se va haciendo en Francia, y desgraciadamente aun entre nosotros, sino el gusto de la conversación y la oportunidad que se adquieren en elevados sitios.

Mañana iré á ver á Mr. Rochussen, embajador de Holanda, para quien su compañero de París me ha dado una carta. Goza de opinión inmensa en materias de comercio, y quiero hablar con él acerca de la cuestión aduanera de Alemania.

18 *idem.*

He llegado á Amberes con un día muy bueno, y aunque á esta hora, que es la de la noche, ya llueve, sin embargo, el día ha estado excelente, y los efectos del sol sobre el verde de las praderas y entre las masas de arbolado eran hermosos. He llegado en el día de la *hermesse* ó fiesta patronal, y el espectáculo que ofrecían las afueras de la ciudad no podía ser más animado. Al retirarme cerca de anochecer, he estado escuchando un rato una canción, para beber sin duda, en que uno solo llevaba la voz y los demás formaban coro para responder. El primero tenía un metal de voz de una calidad excelente y muy pastoso. Cantaban con bastante afinación, y aunque la canción distaba mucho de las populares nuestras en el sentimiento, tenía dulzura y melodía, cosa que puede pasar por un hallazgo viniendo de Francia. Lo que he visto de estas cercanías es muy frondoso, y los fosos y fortificaciones formidables. En frente del hotel en que me he apeado, tengo la estatua de Rubéns, levantada en el año de 1840, y muy cerca la catedral. Traigo una visita que espero me será útil y me librará de los *commisionners*, raza insoportable de todas veras que no viven sino de saquear al extranjero, y que dicen cada desatino que canta el misterio, sin contar con los rodeos que obligan á dar muchas veces para emplear más tiempo y sacar mejor partido.

19 *idem.*

Bien había hecho en dejar para lo último esta linda ciudad, pues así llevaré de este país una idea más agradable. Como la entrada del camino de hierro está opuesta al Escalda, no había podido ver las orillas de este río. La visita que he traído para Mr. Jacques Virbiest me es de mucha utilidad, y encuentro en él un joven excelente que me

agasaja con el calor que en España solemos emplear con los forasteros. Esta mañana ha venido á buscarme temprano, y me ha llevado al muelle y á los *bassins* famosos que Napoleón había hecho construir en esta ciudad, objeto de su más viva predilección. La vista del río, sobre todo en la marea alta, es muy hermosa, tanto por la soberbia tabla de agua que presenta, cuanto por los muchísimos barcos que, ora á la vela, ora surtos, la pueblan y animan. En un vapor destinado á la travesía de una orilla á otra únicamente cruzamos el río, y fuimos á ver los *polders*, término con que en los Países Bajos se designa las tierras rescatadas del poder de las aguas. Como estos campos están más bajos que el río, los holandeses rompieron los diques en 1831, y los inundaron de manera que sus lanchas cañoneras vogaban por encima. La ciudad se ve desde allí en su mayor extensión, y la torre de la catedral, que de puro labrada y primorosa hacía decir al emperador Carlos V que merecía tener una caja, señorea todo aquel conjunto de casas de forma verdaderamente gótica que se apiñan en derredor suyo. Aunque el terreno es bajo no por eso deja de disfrutarse bien esta perspectiva. Un poco más abajo de donde nosotros estábamos, echó el duque de Parma su famoso puente, que tanto contribuyó á la rendición de la plaza, á pesar de su hábil y obstinada defensa. Por todas partes recuerdos gloriosos y resplandecientes como el sol, pero que como él, nos hacen encontrar lo presente oscuro y triste cuando de ellos apartamos los ojos. Después de un rato pasamos el río de nuevo, y nos dirigimos á la catedral, pues de cuanto me llama á Amberes, nada excita más vivamente mi curiosidad que los famosos cuadros de Rubéns que la adornan. Realmente, para estudiar á este pintor inmortal, es forzoso venir á Amberes, pues aun la opinión de los que le dicen mal dibujante, tiene que desaparecer aquí. Muchas son las litografías y grabados que he visto del Descendimiento, y su composición me era perfectamente conocida, pero así y todo me ha sorprendido como si lo viera por primera vez, porque no es fácil figurarse

aquel efecto de color, ni aquella pasmosa armonía. La muerte está figurada en el Salvador con una verdad que espanta, pero que nada tiene de repugnante, y la variedad exquisita de actitudes y expresiones solo cabe en un genio tan poderoso. Sin gran temeridad puede decirse que esta es una de las obras de Rubéns hecha con verdadero amor, pues el dibujo deja poquísimo que desear, por lo menos á mis ojos profanos. Las puertas de este cuadro, y sobre todo la hoja que representa la Presentación, son de un gran esmero, y están muy acabadas. En el lado opuesto hay otro cuadro en su verdadero estilo, que representa la crucifixión, pintado con singular audacia y de una composición tal que por sí sola bastaría á calificar su invención y grandes cualidades. Las posturas de los sayones que levantan la cruz, desplegan tanta variedad como valentía, y los grupos que de las hojas del cuadro miran la escena, se ligan estrechamente á ella. Para que todo sea completo, hasta un perro y un caballo que allí se ven, ofrecen una belleza y verdad singulares. Después de estos dos cuadros, el del altar mayor, que representa la Asunción, aparece turbio y opaco. Sir Josué Reynolds en su crítica de estos cuadros, atribuye esto al fondo enteramente azul del presente, y esta explicación me satisface. Así, y tan solo á Rubéns, le era dado caracterizar sus figuras valientemente con semejante circunstancia, en que otro pintor cualquiera se hubiera estrellado. En la catedral, además de esto, hay que observar la nueva sillería del coro, que así en el plan como en la ejecución, puede competir con los mejores restos góticos de este género. En cuanto al dibujo y trabajo de las figuras, como es de presumir, lleva ventaja á todo lo antiguo, de modo que forma uno de los más bellos adornos de la catedral. El nombre del artista autor de esta obra, es Geerts de Lovaina. El templo es magnífico, pero como en la mayor parte de los de Bélgica, el afán de enriquecerlo con mármoles en tiempos posteriores, le ha proporcionado muy buenos remiendos greco-romanos, cosa que, como se podrá concebir, no redunda en beneficio suyo. El mal tiem-

po, que por desgracia continúa todavía, ha hecho diferir las funciones de la Virgen de Agosto, que se celebran con gran pompa y una música escogida. Las iglesias, á cuyos oficios he asistido en Bélgica, todas están bien dotadas respecto á este punto, y las composiciones son de maestros célebres. No subimos hoy á la torre, porque los nublados están tan bajos, que no hubiéramos visto el paisaje. En cambio hemos recorrido los alrededores, que son, como es en general todo el país, un verdadero jardín.

20 *idem.*

Hoy hemos recorrido las iglesias más notables. Difícil es dar cuenta circunstanciada en este diario de cuanto veo, cuando las impresiones se amontonan y confunden. Como quiera, aunque rápida, alguna mención merecen templos como el de Santiago, lleno de mármoles, decoraciones y sepulcros, y magnífico verdaderamente por dentro. El monumento más curioso es el sepulcro de Rubéns, cuya lápida ocupa todo el pavimento de una capilla. Su altar es un cuadro de la familia del pintor, en que bajo el disfraz de la alegoría introdujo á toda su familia, y á sí mismo en figura de San Jorge. En cuanto al colorido, á ninguno de los mejores de Rubéns cede. Realmente no parece sino que un rayo de sol lo ilumina. La iglesia de los dominicos contiene una flagelación de Rubéns, también admirable de veras, pero las espaldas ensangrentadas del Salvador están representadas con sobra de verdad. También hay una crucifixión de Jordaens, y un Cristo con la cruz acuestas, de Van-Dyck. La iglesia de San Andrés tiene un púlpito de los más preciosamente entallados de Flandes, que representa la vocación de San Andrés y San Pedro. La figura del Salvador está llena de gracia y majestad. La de San Agustín encierra el altar mayor de Rubéns, que representa el matrimonio de Santa Catalina. El poder de este cuadro es fascinador de todas veras, y mientras se le mira *no hay*

modo de igualar ningún otro pintor con Rubéns (Sir J. R.). El éxtasis de San Agustín, de Van-Dyck, también goza de grande y merecida reputación. La iglesia de San Carlos Borromeo, cuya fachada diseñó Rubéns, y que por dentro estaba enriquecida con sus obras, no tiene en el día más que una pintura moderna de Wapers, si no me engaño, muy bien hecha, sobre todo en su parte inferior. La Virgen que ocupa la superior, y los ángeles, no son tan buenos, ni la gloria que los rodea tiene resplandor ni trasparencia.

21 *idem.*

Hoy hemos destinado el día al museo, que es riquísimo, y á la torre de la catedral. Ni aun de paso puedo dar razón alguna del primero, pues no me llegaría el tiempo. Baste decir que allí se vuelve á encontrar Rubéns y Van-Dyck hermosísimos. Del primero hay catorce cuadros, y del segundo seis, todos excelentes. La crucifixión y el Cristo muerto de aquel, ocupan tal vez el primer lugar. De Van-Dyck he visto en grande el hermoso descendimiento que hay en pequeño en el museo de Madrid, y delante del cual me he parado tantas veces. En cuanto á la historia del arte, se encuentran allí páginas preciosas en la galería de pinturas flamencas, italianas y alemanas antiguas que regaló á la ciudad el burgomaestre Van-Ertborn. La torre de la catedral ofrece un horizonte verdaderamente marino, por su extensión é igualdad, con la diferencia que este océano es de verdura y arbolado. A lo lejos, pero muy lejos, se ven las torres de Malinas, de Gante y de Brujas; pero la vista quizá más interesante es la de la ciudad, cuyas casas, á excepción de unas cuantas modernas, son todas de forma gótica. Es una de las fisonomías más individuales que pueden encontrarse en ciudad alguna. El Escalda es cosa de gran belleza, y aun majestad, y los barcos que entraban, aprovechando la marea alta entonces, animaban el cuadro infinito. La ciudadela es una de las cosas más prominentes

que desde allí se divisan, y que más excitan la atención por los recuerdos del sitio de 1832. En cuanto á la torre, en sí misma es de un trabajo exquisito y prolijo, pero de estilo no muy puro en su parte superior, que parece ya del renacimiento. Ahora están restaurando sus barandillas superiores y algunos remates salientes. Se conoce que esta gente sabe dar precio á sus riquezas artísticas, pues las sumas que en semejantes restauraciones se gastan son enormes. ¡Qué diferencia con nuestra cuitada España, donde tan bárbara devastación se ha hecho ó consentido en estas obras!

22 *idem.*

Hoy he visitado la ciudadela, cuyo conserje me ha explicado minuciosamente las operaciones del sitio. Es un hombre muy original, más bajo que alto, colorado, de mirada alegre, con la nariz vinosa y un olor bastante pronunciado de aguardiente. Los detalles que da son curiosos, y aun á profanos como yo dan á conocer la buena disposición del sitio y la noble defensa de los holandeses. La ciudadela es muy fuerte, y sus fosos son anchísimos. Por mi parte, el recuerdo más vivo que en mí despertaron estos sitios, fué el de nuestro malogrado cuanto heróico conde de Campo Alange, que vino á recibir en estos parajes el bautismo de la sangre, como decía en unos fragmentos muy bien sentidos que se publicaron en el *Artista* en 1834. Por la tarde, este buen Mr. Verbiest me ha llevado á una sociedad filarmónica que tiene en un jardín muy lindo de las afueras, y donde he oído tocar piezas escogidas de los mejores autores, y sobre todo trozos de Lucía de Lamermoor, ópera que nunca me ha cansado. Esta sociedad es seriamente del comercio, pero lo bien montada que está, y los vestidos y modales de la concurrencia, especialmente femenina, prueban una cultura que en España no adorna por desgracia á esta clase. Visto ya lo más notable que esto ofrece, mañana salgo para Rotterdam en el vapor *Escalda*, contento de

este país ameno, bien cultivado y fértil en general: aun más contento de sus habitantes, que en lo que he visto me parecen francos y sinceros, pero muy poco satisfecho de su cielo, que solo para despedirme se ha desencapotado un poco.

23 *idem.—Rotterdam.*

He traído un día magnífico, y esto, junto con el movimiento agradable del vapor, ha contribuído á hacerme deliciosa esta jornada de once horas. Creía haberme formado una idea de la Holanda, pero he visto cuán equivocado estaba, pues las perspectivas que ofrecen las islas de Zelanda, formadas por el mar á un tiempo y por los brazos del Escalda, del Mosa y del Rhin, son de todo punto extraordinarias. Las tierras están tan bajas, que los arbolados plantados en los diques, en lugar de terminar la perspectiva, como descuellan sobre el fondo del cielo, la aumentan en una proporción increíble. A la legua se conoce que todo este país y esta gente existe de prestado, y de una manera puramente artificial; y esta sensación, nueva para nosotros, introduce en el ánimo un no sé qué de desasosiego, como cuando nos hallamos en un sitio escarpado y expuestos á un viento muy recio. Por lo demás, los panoramas que he visto desarrollarse sucesivamente, han tenido para mí un particular encanto. Todos los términos de tierra que veíamos, no parecían sino expresamente dispuestos para alargar el paisaje, y las vueltas y revueltas del río y las interminables ramificaciones de aquellas aguas con las islas unas veces arenosas y otras verdes y pobladas de ganado vacuno, contribuían á la variedad. Como el cielo estaba despejado, toda el agua estaba también azul, y los tejados de los pueblos por donde íbamos pasando, tenían un encarnado muy vivo, que decía muy bien con la tinta azul del cielo y el verde de los campos. Encontrábamos numerosos barcos, de comercio unos, y pescadores otros, con hombres, mujeres y niños, casas ambulantes en

fin, amén de otras barquillas y botes en que unos se paseaban y otros cruzaban aceleradamente el río. Las arboledas alineadas de los muelles, vistas de lejos, recordaban aquellas columnatas que quedan aún en pie en las antiguas ciudades desiertas en medio de sus ruinas. También encontrábamos muchos vapores, que pasaban velozmente, dejando en el aire un rastro muy largo de humo. Así desfilamos por delante de la muy fuerte plaza de Bergen op Zoom, y más abajo dejamos á la izquierda la linda población de Tholen, y á la derecha Schouwen y su puerto Zierikzée, famoso para siempre, y sobre todo á nuestros ojos, por la marcha de los españoles bajo el mando de Requesens en 1575, cuando vadearon el canal de Keeten por un vado de seis millas de largo, con el agua por el cuello y expuestos al fuego de una flota de lanchas zelandesas que los aniquilaban, y de hecho les cortaron la retaguardia. Todo esto no impidió, sin embargo, que tomasen posesión de la isla, y después de Zierikzée. Por todas partes el eco de nuestras glorias, pero ¡cuán semejantes á los que despierta la planta del caminante en las ruinas de los antiguos palacios y castillos! Poco después pasamos por delante de Dort, y por fin llegamos á Rotterdam, que no ofrece cosa particular, exceptuando su fisonomía, verdaderamente holandesa, sus infinitos canales, sus innumerables barcos, su gran comercio y su prolijo aseo. De esto debe exceptuarse, sin embargo, la estatua de Erasmo, gran amigo y compañero de Luis Vives, los monumentos de los almirantes de Wit y Cortenaer, y el vicealmirante van Brakel, que están en la catedral, su famoso órgano y algunos preciosos detalles arquitectónicos, en fin, de la catedral misma.

24.—*El Haya.*

He venido por la diligencia, rodando por caminos de ladrillo y por praderas verdes como una esmeralda, y con canales siempre á la vista. Si el tiempo hubiera estado

claro nada faltaba al agrado de esta correría; pero desde ayer noche se ha vuelto á encapotar, y amenaza con la interminable lluvia que tanto me ha mortificado en mi viaje. A medida que nos acercábamos al Haya, encontrábamos á derecha é izquierda casas de campo muy lindas, con muchas flores y jardines bien cuidados. Los prados estaban llenos de ganado blanco y negro de piel, lo cual formaba agradable vista, y por los canales subían y bajaban muchas barcas, gran parte de ellas cargadas de heno. El día está muy malo, pero comeremos juntos en una fonda donde se reunen todos los diplomáticos solteros, y luego iremos al teatro. El hotel en que he parado está situado perfectamente cerca del parque, con vistas muy buenas por delante y detrás. El Haya, hasta ahora, me parece ciudad muy linda.

25 *idem.*

Hoy he estado á ver el bosque ó parque, que es magnífico, y su palacio de recreo, que reune una colección de tapicería chinesca y biombos de madera del mismo género muy buenos, pero que sobresale por un salón donde se ven cuadros de los mejores maestros holandeses y flamencos perfectamente dispuestos para el adorno y visualidad, y en sí de un mérito infinito. De Rubéns Jordaens y Van-Dyck hay cosas que encantan. Es joya de gran precio. La vida en el Haya debe ser triste, ó por lo menos igual, pero el cuerpo diplomático está muy unido y su sociedad es muy agradable. Los dos días que he estado aquí he comido con ellos, y ayer después de comer fuímos á Scheveningen, á la orilla del mar, donde está el hotel de los baños. En el salón había música y gente, como domingo que era, y en la concurrencia se notaba grande variedad. Por mi parte, la mayor diversión fué ver el mar, que venía á estrellarse con bastante violencia en las dunas ó montañas de arenas cubiertas de unas yerbas y matorrales lacios y descoloridos como propios de ellas. La playa presentaba á lo lejos el

mismo desolado y estéril aspecto que pocos días antes había observado en Ostende, aunque el oscurecer de este día, algo más sereno y sosegado que el resto, nada tenía que ver con la turbia y lluviosa mañana, y con las verdosas y embravecidas olas que azotaban aquellas murallas. Cada día me inspira más amor este elemento, y si viviera en puerto, su orilla sería mi paseo favorito.

26 *idem.*

Hoy he recorrido lo más notable que ofrece la ciudad, y entre lo cual descuellan el museo y la galería real de pinturas. En el primero hay cuadros de gran mérito, y la colección histórica, muy completa sin duda y de gran valor, y la colección china y japonesa, no menos interesante, con detalles los más minuciosos de la vida pública y privada de aquellos pueblos. Entre los cuadros hay gran riqueza, pero lo que llama la atención más que todo quizá, son el novillo famoso de Paul Poter, cosa la mejor que hasta ahora he visto, y una disección de Rembrand, en que todas las figuras están tan llenas de vida, que hacen olvidar lo desagradable del asunto, atenuado en verdad por otra parte. Como quiera, la galería del Rey es bastante mejor y más completa sobre todo, quizá por la curiosa colección de dibujos originales de los primeros pintores italianos, y que pertenecieron al célebre pintor inglés Lawrence. De Rafael, Vinci, Ticiano, Salvator Rosa y otros muchos, hay obras de gran precio, y hasta de nuestra escuela tiene dos excelentes de Velázquez, una Concepción de Murillo, y un apostolado del Españoleto, que por cierto desempeñan lucidamente su papel. De la escuela nacional, excusado es decir que hay muchas y buenas obras. Como el difunto rey era tan apasionado á las artes, de los pintores modernos se encuentran también muestras muy preciosas, en muchas de las cuales he distinguido el sello de otros cuadros también preciosos, que vi en la exposición de Am-

beres. Este gabinete hace mucho honor á su dueño. Acabada ya mi visita, salgo mañana para Amsterdam, por el camino de hierro, muy satisfecho de los agasajos del Ministro de España, Bazo, y del secretario Lozano, que no me han dejado comer en mi casa ningún día de los que aquí me he detenido, y me han tratado en todo como cumplidos caballeros y compañeros excelentes.

27 *idem.—Amsterdam.*

El camino de hierro del Haya aquí es muy bueno, y se anda mucho, pero el paisaje poco más ó menos es el mismo que en el resto de la Holanda meridional; praderas extensas, multiplicados canales, grandes masas de arbolado, y de cuándo en cuándo casas de campo muy lindas, con tal cual campanario, única cosa que altera la monotonía de aquel verde horizonte. No me detuve en Leiden, porque cerrada la universidad le falta su mayor atractivo, pero sí en Haarlem, donde vi interminables jardines con flores hermosísimas. Haarlem es la patria por excelencia de los tulipanes, que sacan de juicio á estos sesudos holandeses, pero en el día se ha calmado la furia, y ya no es tan fácil encontrar quien dé mil florines por una cebolla. Las iglesias no ofrecen nada notable, como no sea su famoso órgano, cuyas armonías no es posible oir sin pagar algunos duros por hora, cosa buena para oídos de ingleses ricos. Las cercanías son muy lindas, y el palacio que fué de Luis Bonaparte, y no pude ver por lo temprano de la hora, me pareció notable, aunque no sea más que por el parque poblado de gamos que tiene delante. Una colección de cuadros particular, que ponderan mucho, tampoco pude ver por esta razón. El camino de hierro hasta este punto tiene á un lado el Y ó Ey y al otro el lago de Haarlem, de extraordinaria extensión entrambos, de manera que el carruaje más parece navegar que andar. En realidad es muy dudoso si la Holanda pertenece al agua

ó á la tierra. La prueba más evidente de ello es este pueblo, que por sus puentes y canales ha merecido el dictado de Venecia del Norte, aunque sin duda su construcción debe suponer más atrevimiento, porque la ciudad entera está fundada sobre pies derechos, y rodeada de tal suerte de agua y defendida tan artificialmente que el inundarla sería cosa de pocos minutos. Ha estado amenazada no hace veinte años de grandes riesgos, y esto ha obligado á nuevas obras, cuyos gastos asustan, pero en cambio el laberinto de sus canales, los raros paisajes y avenidas que ofrecen, la infinidad de barcos que descargan sus géneros, la multitud de gentes que hierven por las calles y el tráfago de tan grande población, alegran el ánimo, sobre todo si el tiempo está claro, como por fin se presenta. He visto la catedral protestante, que nada absolutamente contiene de particular, sino los monumentos de varios almirantes y personajes de Holanda, y un púlpito preciosamente labrado. Mal podríamos avenirnos en España con semejante desnudez y pobreza. El antiguo *Hôtel de Ville*, palacio del rey ahora, es otra cosa bien diferente. Todo en él es noble y severo: los relieves, de alusiones vivas á su antiguo destino de hôtel de ville y tribunal de comercio, muy bien entendidos, y varias de sus pinturas exquisitas. Como quiera, lo que hay seguramente de más notable, es el gran salón de respeto, destinado ahora á los bailes de la corte, y en otro tiempo sin duda á las solemnidades municipales y fiestas republicanas de este país. Es mayor y más severo que el de Embajadores de Madrid, y la descomunal altura de su techo le da la apariencia de una verdadera iglesia. Las paredes son de mármol hasta cierta altura, y nada se escaseó, por lo visto, para tan soberbio monumento. Dicen que la mayor parte se hizo con el dinero de unos galeones nuestros apresados cuando volvían de América, pero después del tiempo que ha pasado, bien puede decirse que algún buen genio lo destinó á esta obra en lugar de llevarlo al triste sumidero de la corte de Felipe IV. El gran reloj, y el carillón ú órgano de campanas, está en una especie de

campanario que corona una de las fachadas del edificio, y la vista que desde allí se disfruta de un gran número de poblaciones distantes, y sobre todo de aquella soberbia ciudad, que bulle debajo con sus infinitos barcos, carruajes y gentes, alterando unos el espejo de las aguas é hirviendo otros por las calles, no puede ser más sorprendente. A cada instante me va gustando más, y siento mucho que la prisa de mi viaje sea tan grande. Por la tarde el encargado del consulado de España, Van-Osteerzee, ha venido á buscarme, y hemos dado un paseo muy agradable por diques y arbolados. El día ha estado claro, y el viento más frío que otra cosa. Yo voy vestido de paño, y sin embargo hube de acudir al gabán.

28 *idem.*

He pasado la mañana en ver el famoso astillero, que tanto nombre tiene, sobre todo en la historia, y que me ha parecido montado en un excelente pie, aunque de esta materia ni poco ni mucho se me alcanza. He visto el casco todavía no concluído de un navío de noventa cañones, hermosa mole. El estar poco menos que en esqueleto le daba un aspecto nuevo á mis ojos. Los talleres son muy desahogados y abrigados, como requiere este clima rigoroso. De allí me fuí al museo, que merece de seguro todas las ponderaciones que de él hacen, porque aunque está ceñido casi exclusivamente á la escuela del país, contiene joyas de inestimable valor. Sobre todo, la *Ronda de Noche*, impropiamente llamada, de Rembrandt, y un comité de los empleados de la ciudad en celebración de la paz de Westfalia, junto con una caza de osos de Paul Potter, son cosas que los ojos no se cansan de ver. Paisajes y marinas hay también en gran número y excelentes. Entre las pocas pinturas extranjeras, hay una Anunciación de Murillo, repetición de una pequeña que existe en el museo de Madrid, con todo el sello de aquel hombre divino. Si es copia, lo que no creo, está hecha de mano maestra. Por la tarde he

visitado el *jardín zoológico*, hecho y sostenido, según creo, por una sociedad, y que en proporción excede al *jardín de plantas* de París en el número de animales, ya que no en la buena distribución y alojamiento. Es cierto que muchos animales son comunes, pero hay otros que no; sobre todo en aves de los trópicos, están muy ricos. Tigres hay varios, y el león que tiene, excede en hermosura á cuantos he visto. Todos están muy domesticados, y el elefante no puede ser más manso y cariñoso para con su guarda. Entre los pájaros raros que vi, fué un pelícano, el primero que encuentro vivo. Finalizada mi visita, mañana me iré á Utrecht por el camino de hierro, para seguir mi viaje á Dusseldorf, no por el Rhin, que hasta Colonia nada vale, según testimonio común, sino por tierra, para poder ver la Gueldre ó el jardín de Holanda, como la llaman por aquí.

29.—*Utrecht.*

Este pueblo no tiene nada que ver, si no es unos sepulcros de emperadores y obispos que hay en su catedral, desmantelada terriblemente por los iconoclastas, y el panorama que se disfruta desde su torre, más extenso quizá que ninguno otro de los de Holanda. Tiene 600 escalones. En esta ciudad nació el papa Adriano VI, que fué maestro de Carlos V, y en verdad que no anduvo muy acertado en el negocio de las comunidades de Castilla. Su casa se conserva con su retrato é inscripción en la fachada, más dichosa en esto que la otra donde se firmó aquel tratado en que lo perdido de hecho por nuestras faltas quedó perdido de derecho por firme convenio. El sitio de la casa lo ocupa ahora un cuartel. Los paseos son muy agradables, y el que he dado esta tarde por la orilla de uno de los canales absolutamente solo, me ha complacido sobre manera. Nunca he visto cuadros de tanta calma y sosiego, porque el viento se había echado enteramente, los árboles no se movían ni poco ni mucho, el canal estaba como de una pieza. Hasta

de los ganados que pacían por las praderas, la mayor parte rumiaban echados, de modo que todo ello se ligaba muy bien con lo llano del terreno y lo uniforme del horizonte, solo modificado por las arboledas más ó menos distantes, y por la torre de la catedral, que como emblema de su objeto se elevaba atrevidamente hacia el cielo. En todas partes hacen gran papel las torres de las iglesias, pero en este país el alma las necesita absolutamente, no habiendo montañas solitarias en que posar sus vuelos. La armonía de su órgano de campanas tenía un atractivo particular en medio de aquellos campos silenciosos que comenzaban á desaparecer bajo los velos del crepúsculo. Al volver á mi posada me perdí, y preguntándole las señas á un holandés del pueblo, que no sabía francés pero conocía el hotel cuyo nombre me oía, he encontrado un hombre de tan buena voluntad, que ha deshecho una gran parte de su camino hasta ponerme á la puerta misma. Entonces, no sabiendo qué decirme, me ha cogido cordialmente la mano con la suya robusta y callosa, y me ha dado un buen apretón, á que yo no he dejado de responder muy agradecido á su sencilla bondad. Mañana salgo para Arnheim, y si se me compone llegaré á Dusseldorf.

30.—*Emmerich.*

No se me ha arreglado el llegar á Dusseldorf; pero no me pesa del giro que ha tomado el viaje. He recorrido la distancia de Utrech á Arnheim parte en camino de hierro y parte en diligencia; pero como dentro había estrechuras, preferí venir con el conductor en el pescante, con lo cual he disfrutado á mi gusto del paisaje que para el que sale de Holanda se presenta poco menos que un paraíso. No se sabe el precio que tiene la undulación del terreno, los pinos y robles y abetos, y en particular la corriente de los arroyos y fuentes, para quien no ha visto en muchos días, sino la alineación de los caminos y canales, con sus

simétricas arboledas de chopos y fresnos, y sobre todo aquellas aguas estancadas como si el hielo las hubiese atado. Hermosa y verde es la Holanda, sin duda, pero al cabo el hombre la ha hecho, y claro está que sus obras no pueden ostentar la variedad de la naturaleza. Como quiera, no es solo el contraste lo que favorece á la Gueldre, y sobre todo á Arnheim su capital, con sus cercanías, porque el paisaje, con una cadena de bosques vestidos de pinares á la izquierda, y á la derecha los mismos prados verdes de Holanda con el Rhin por el medio, tiene mucho atractivo y novedad. En realidad el Rhin es un río tan noble y lleno de poesía, que por sí solo embellece la tierra por donde pasa. Arnheim, cabeza de esta provincia, no tiene de particular sino los sepulcros de los duques de Gueldre, enterrados en su catedral, y sobre todo sus cercanías, que estos buenos holandeses ponderan mucho de magníficas y soberbias, aunque no son sino agradables por sus suaves laderas llenas de arbolado y sembradas de casas de campo muy bonitamente situadas. De los antiguos fosos y murallas han hecho paseos muy frondosos y alegres. Llegué antes de las doce de la noche, y á las cuatro me embarqué en uno de los muchos vapores que surcan estas aguas sagradas. A las ocho hemos llegado á este pueblo primero de la Prusia. El Rhin pertenece á Holanda por entero hasta aquí, según lo poco pintoresco de sus orillas, no pocas veces casi encubiertas por los diques, que solo dejan asomar las copas de los árboles, los tejados encarnados de las casas, y las torres de las iglesias. Lo más poético que hemos visto son las agujas y torres de Clèves, que descollaban en la orilla izquierda no muy lejos, con todos sus recuerdos de historia y de caballería. Sin embargo, el viaje es agradable, porque la vasta tabla de agua por donde el barco se desliza, dejando un larguísimo surco, los efectos de la luz en su superficie, los árboles y verdura frondosísima de las orillas, los muchos barcos ya de vapor, ya de vela, que se encuentran, y por último, la comodidad suma de este medio de locomoción, todas son circunstancias de peso para

un español. El día ha estado hermosísimo, y esto ha contribuído infinito á la alegría del pasaje.

31.—*Dusseldorf.*

La aduana de Emmerich ha sido muy cortés y atenta, pues se ha contentado con las declaraciones de los viajeros y con visitar algunos cofres por encima, de modo que muy temprano estábamos despachados; pero había una niebla tan densa, que nos tuvimos que detener dos horas, temeroso el capitán de varar á lo mejor ó de embestir con algún otro barco. Sin embargo, como la niebla duraba, fué forzoso levar el ancla, y salir, aunque con menos velocidad y tocando la campana para avisar. Por fin el sol ha quedado dueño del campo á cosa de las nueve y media, y un viento fresco ha barrido los vapores y descubierto otra vez las orillas un poco más variadas que ayer, aunque monótonas todavía. Hemos pasado por frente de Wesel, una de las plazas más fuertes de Prusia, aunque por el lado del río no lo parece. A la derecha dejamos á Xanten, famosa por sus recuerdos, que suben á la dominación romana, y cuyas torres hacían muy buena figura á lo lejos: y por último, hemos llegado á las siete de la tarde á esta ciudad, que se presenta repentinamente con su puente de barcas de una de las revueltas del río, y sorprende muy agradablemente. A lo que he podido observar, el comercio en estas orillas es muy activo, porque el barco ha sido cargado y descargado varias veces en las diversas paradas. Como el viaje ha durado más, he podido ver los muchos compañeros, que frecuentemente se relevan, y sobre todo las gentes del pueblo, que ocupan la cubierta hacia la proa. Han entrado y salido varias familias con niños muy pequeños; sin embargo, había poco estrépito. Las madres, y aun los padres, atendían con mucha ternura y esmero á sus pequeñuelos, y en el semblante de todas estas gentes se pintaba una paz profunda. Los hombres fuman terriblemente y con un deleite extraño.

Los trajes desairados en hombres y mujeres pero aseados en general, y sobre todo en las segundas. El día se me ha pasado muy agradablemente. Solo un deseo se me ha ocurrido, el mismo que á *Childe Harold*, «que las aguas de este río fuesen las del Leteo» y lavasen mi memoria de ciertos sedimentos acres y amargos. Mañana me detendré hasta por la tarde y seguiré mi viaje á Colonia.

1.º *de setiembre.*

Dusseldorf es una ciudad muy bonita, por lo menos en su parte nueva, y su jardín, llamado Hofgarten, uno de los más hermosos que he visto, y según dicen, de los mejores también de Alemania. Tiene arbolados frondosos, praderas y estanques, y más variedad de terreno que parece consentir lo llano del país. Una especie de terrado se encuentra con vista sobre el Rhin, que me gustó mucho, y en general se conoce el sumo esmero con que está cuidado. Esto y las obras de su escuela de pintura, aunque muy escasas en número, fueron los mayores atractivos que encontré en mi corta estancia. La exposición, si no estaba ya acabada, como me imagino, ha sido pobrísima este año: pero los tres ó cuatro cuadros que vi, me parecieron muy bien, sobre todo uno histórico, cuyo asunto no pude entender del conserje, buen alemán, que no sabía de francés más que *tableau boan* y otras cosas que corrían parejas con el alemán que conozco. Esta escuela lo pinta todo, hasta las hierbas; pero, sin embargo, atiende más á la unidad y al conjunto que la escuela francesa; y las distancias y ambiente están mejor entendidos. Entre los cuadros había uno de asunto español y reciente; la conducción de un espía cristino al suplicio por una partida de carlistas, cuadro de poca viveza, pero que hace sin duda honor á su autor, por la atención y estudio que descubre, pues el paisaje de arquitectura solamente, los trajes, las fisonomías y todo, son verdaderamente españoles. Solo le falta el soplo de la vida

y de la creación. Lo que me sorprendió, sin embargo, de todas veras, fué el cuadro llamado *Las dos Leonoras de Carl Sohn*, pues difícilmente se puede imaginar cosa más perfecta. Representa al Taso, sentado al pie de una fuente, meditando en su poema, y con la pluma en la mano, y la princesa Leonora con otra joven, observándolo. La fisonomía del poeta es hermosa, su ropaje airosamente dibujado, y su actitud tan noble como natural; pero las dos mujeres lo eclipsan en cierto modo. La primera es de una fisonomía meridional de un moreno claro, rostro ovalado, ojos rasgados, pelo negro y ligeramente rizado, y forma esbelta. En la expresión con que contempla al poeta, hay una mezcla inefable de dolor y de ternura. La otra joven es un tipo del Norte, semblante un poco redondo, ojos azules, color blanco y suavísimas tintas, junto con un pelo rubio muy hermoso. Su expresión es infinitamente más tranquila, aunque levemente conmovida, y como en actitud de llamar la atención de la princesa sobre su situación. A pesar de no haber más que estas tres figuras, el cuadro ofrece un interés vivísimo: ¡tan sabiamente ha combinado el autor su composición, y tanto campo abre á la imaginación la situación de estos tres personajes! En cuanto á lo acabado es tal, que si de repente las tres figuras se volviesen de mármol de Carrara, el mismo Canova no tendría, en mi entender, falta que ponerles. En el paisaje se nota la misma escrupulosidad, y las hojas pudieran contarse una por una: sin embargo, la fantasía no se siente atajada en su vuelo, efecto natural de la soberbia concepción del pintor que, dotando á sus creaciones de tan cumplida belleza, no la hace parecer, sin embargo, sino como un reflejo de otra de un origen más espiritual y noble. No sé si habrá algo de ilusión en esta impresión que me causó, pero en verdad que en lo moderno no he encontrado pintada tan sentida y admirable página de poesía, pero de aquel género de poesía que descuella en el pasaje de Francesca de Rimini. Tanto tiempo gasté en mirarlo y remirarlo, que el buen conserje, á pesar de su pasta alema-

na, me pareció que comenzaba á impacientarse. La colección soberbia en otro tiempo está reducida en el día á muy poco bueno, y del palacio del elector Juan Guillermo, después del bombardeo de los franceses en 1794, no queda más que un ala. No deja de ser extraño, sin embargo, que esta escuela de pintura de que con justicia puede envanecerse la Alemania, haya nacido y crecido justamente después que la antigua galería fué trasladada á Munich. En la iglesia de San Andrés hay otras tres ó cuatro pinturas de artistas de Dusseldorf, del mismo estilo acabado y severo; pero es todo cuanto á los ojos del viajero puede presentarse en esta ciudad, á no observarla en su aspecto comercial, que sin duda es rico y floreciente por su situación á la orilla del Rhin y en su camino de hierro á la industriosa y rica Elberfeld, que le envía sus productos, y facilita la exportación de todos los distritos del ducado de Berg, cuya cabeza es. Con estar unas cuantas horas en el muelle, y ver el cargo y descargo de los infinitos vapores y barcos de vela, se conoce fácilmente.

2 *idem.—Aquisgran* (*Aix-la-Chapelle*)

He recorrido algo de la ciudad, y visto su catedral, que es interesantísima desde el punto de vista de su antigüedad, aunque compuesta de dos partes muy diferentes y mal trabadas entre sí. Hizo la más antigua Carlo Magno, y en ella se enterró su cuerpo. Tenía el mismo plan que el santo sepulcro de Jerusalén, y á su consagración concurrió el Papa León III con 365 arzobispos y obispos; pero los normandos la destruyeron, hasta que en 983 la restauró el emperador Othón, conformándose en parte sin duda con el antiguo plan, y aprovechando quizá los mismos materiales. La moderna, donde está el coro, es de 1353 á 1415. En la primera se ve una gran baldosa de mármol con la simple inscripción «Carolo Magno», por donde se entra al sepulcro de este emperador, ó por mejor decir, donde es-

tuvo enterrado este emperador, pues las vestiduras é insignias que le adornaban están ahora en Viena, y sus restos andan distribuídos en reliquias. Mañana iré á ver estas y lo demás. He visitado el exterior de la *fuente de Elisa*, uno de los baños, que es muy lindo por su columnata. Los otros baños no dejan de excitar mi curiosidad, y sobre todo la fisonomía de la ciudad en esta temporada con sus casas de juego y extraña vida.

3 *idem.*

Esta mañana he visto las reliquias y joyería, que es cosa preciosa sin duda, sobre todo los camafeos, entre los cuales hay algunos antiquísimos y de gran valor. La parte de orfebrería, como de diferentes tiempos, puede servir eficazmente para la historia de este ramo del arte. Entre las liberalidades de varios príncipes, hay dos de Carlos V y Felipe II, correspondientes sin duda á la clase de los donatarios. La mayor parte de estas reliquias pueden ser auténticas, pues su antigüedad es remotísima, y Haarón, rey de Persia y el patriarca de Jerusalén hicieron presente de ellas á Carlo Magno, que hasta la hora de su muerte trajo algunas encima. Como quiera, el trono ó sillón de este emperador, algunos huesos suyos que se conservan, su cuerno de caza formado de un colmillo de elefante, y sobre todo su cráneo, son objetos que excitan vivamente la curiosidad. Yo he tocado con gusto aquella calavera dentro de la cual tanta grandeza y genio se albergaron. También he visto la silla en que le encontró sentado el emperador Othón, cuando bajó á su sepulcro en 997. Es un asiento de mármol blanco, muy semejante á otros de madera que he visto en algunos conventos antiguos de España. Durante su coronación, estuvo cubierta la lámina de oro, que todavía se conserva entre las reliquias. Las 32 columnas de porfido y piedra berroqueña que Carlo Magno trajo del palacio del Exarcado de Rávena y aun de Oriente, están colocadas de nuevo en sus pedestales, después de haberlas

llevado los franceses á París en las guerras de la revolución. De la catedral me fuí á una altura que llaman Lousberg, desde donde se domina todo el panorama de Aquisgran y sus alrededores. La ciudad está situada en una cuenca llena de verdura y arbolado, como también de accidentes graciosísimos, entre los cuales figuran infinitas casas de campo y fábricas de los alrededores. La eminencia en sí misma es un paseo muy lindo lleno de árboles silvestres, y si hubiese un río, aunque fuese pequeño, que corriera por el fondo de aquel *bassin*, poco dejaría que desear. No es paisaje imponente, pero sí de los que se pegan al alma por lo suave y perfectamente graduado. La concurrencia es grande en todas las horas del día, y lucida en general. En suma, es un sitio de grandísimo recreo, y que nadie que pase por aquella ciudad debe dejar de ver. Por la tarde, el Coronel Shepler, antiguo ministro prusiano en España, á quien he venido recomendado, y sujeto apreciable en verdad, ha venido á buscarme, y hemos visto juntos el baño del emperador, encerrado otro tiempo en el inmenso palacio de Carlo Magno, y tan grande entonces, que el emperador y muchos señores de su corte nadaban en él. El agua es de una temperatura altísima, y con un olor de azufre muy pronunciado. Los establecimientos de esta clase, como todos los públicos en este país, están perfectamente montados. El Hôtel de Ville y las demás iglesias, tienen poco que notar, si se exceptúan en el primero algunas pinturas modernas recomendables, principalmente de la escuela de Dusseldorf, su antigüedad picaramente disfrazada, y los recuerdos que despiertan los congresos habidos en él en 1668, 1748 y 1818: y en las segundas tres cuadros de la crucifixión que se encuentran en San Nicolás, y un buen descendimiento de G. Honthorst en la de San Miguel. Por la noche tuvo este buen señor la complacencia de llevarme á ver el Reducto ó casa de juego. Son piezas muy buenas, y el gran salón merecía por cierto mejor objeto. La concurrencia muy lucida; muchas damas y algunas jóvenes lindas; se atravesaban

cortas cantidades, y desde el punto de vista filosófico no dejaba de dar margen á reflexiones semejante espectáculo en la antigua ciudad de Carlo Magno. Visto todo esto, y cumplido el objeto particular que aquí me traía, mañana me volveré á Colonia, muy agradecido á las bondades de este Sr. Shepler, y á las de su señora, que es española y como tal me ha recibido.

Colonia 4.

El camino de hierro de Aix es el más extraño y pintoresco en su género que hasta ahora he visto, pues aunque no ofrece puntos de vista tan soberbios como el de París á Rouen; sin embargo, como una gran parte discurre por entre bosques y pinares con un sello de antigüedad muy grande, la soledad y agreste carácter del paisaje son muy agradables. Por el camino se encuentran á derecha é izquierda aldeas y castillos, entre las cuales se ve aquel en que murió Fastrada la mujer de Carlo Magno, que de pesadumbre abandonó entonces los negocios del estado, y solo pensaba en llorarla, hasta que según la leyenda, el arzobispo Turpín, aprovechando una buena ocasión, arrancó el anillo nupcial, que estaba encantado, del dedo de la difunta reina, y arrojándolo en un lago que rodeaba el castillo, se deshizo el maleficio. Otros castillos se encuentran también ligados á épocas notables en la historia, y aun al que no goce mucho con estas cosas y con las escenas agradables de la naturaleza, no le faltarán impresiones de su gusto con las muchas chimeneas de vapor que verá á derecha é izquierda, testimonio del gran desarrollo comercial de este país. La vista de Colonia desde la estación de Mungersdorf, que por la curva del camino se disfruta, es muy buena con tantas torres como se ven descollar, pero prefiero la del Rhin. Después de llegar, como era natural, mi primera diligencia fué ir á ver la catedral, que salvo algún impensado accidente, no desespero de ver acabada en mis días, y

que por sí sola merecerá un viaje. Lo único que hay concluído es el abside, pero basta para formar idea del conjunto, si idea exacta puede formarse de un monumento que tantas sensaciones despierta, y que en cierto modo confunde la imaginación. Riqueza y sencillez, fragilidad y firmeza, gallardía y solidez, armonía y variedad, audacia y reposo, todo lo he encontrado justo en las imponderables líneas y proporciones de esta estructura, aunque tenía que construirla en mi imaginación, cosa no fácil á quien no comprende este noble arte sino en sus ideas de concierto y belleza estética. La obra va conducida con una perfección y esmero que asombra, y en nada desdice ni se aparta de su primitivo plan. La he visto por dentro y por fuera, y no me canso de mirarla. Celebraban la misa mayor, y las voces del coro y los acentos del órgano sobre todo vibraban de una manera particular, no solo en los oídos, sino en el corazón. El abside con sus hermosas vidrieras rasgadas numerosas y de colores vivísimos, inundada en una luz á un tiempo rojiza y dorada. y por mejor decir, teñida de mil matices, era una verdadera ilusión de gloria. Los capiteles de las columnas góticas ceñidos de hojas de oro sobre fondo encarnado, las estatuas coloreadas de los apóstoles y de la Virgen con Jesucristo que adornan la nave principal, algunos frescos de muy enérgico colorido, y el fondo también encendido de la tapicería principal del coro contribuían poderosamente á la ilusión, no menos que los muchos sepulcros de mármol blanco de los obispos, símbolos elocuentes de la muerte por su palidez en medio de tan espléndidos matices. Por fuera no hay medio apenas de mirar esta parte sin que la extraña combinación de los estribos no ofrezca alguna nueva perspectiva y peregrino escorzo, y sin ver al través el fondo del cielo que, cuando como hoy está puro y trasparente, realza el carácter verdaderamente aéreo de la arquitectura. Hasta en el tráfago y martilleo de los obreros y en el murmullo y en el ir y venir de tantos forasteros, la imaginación, poseída únicamente de aquel objeto, no veía sino concordancia con él. En esto puede

haber mucho de ilusión, pero no es menos cierto. Cuando esté concluída esta catedral, desearé infinito compararla con San Pedro de Roma.

Desde allí me fuí á ver el Museo, que vale poco en general, si se exceptúan ciertos cuadros antiguos, entre los cuales se notan el Juicio Final, de Maese Guillermo de Colonia, y de tiempos más remotos un San Francisco, en el acto de recibir las llagas, pintado por Rubéns, con su maestría y vigor acostumbrados. La luz que rodea al Salvador, y la expresión del Santo son admirables. Entre lo contemporáneo ví los Judíos en Babilonia de Bendemann, de la escuela de Dusseldorf, cosa de aventajado mérito, y que ha contribuído á fortificar el sumo aprecio en que voy teniendo esta escuela. El cuadro se compone de cuatro figuras solamente, sentadas al pie de un árbol, y á la orilla de un río. En el centro está un viejo con cadenas en las manos y un arpa asída, pero reposando en el suelo. Una niña como de catorce á quince años oculta el rostro, ó por mejor decir, inclina la cabeza sobre las rodillas del anciano. A su derecha una mujer con un niño en su regazo, vuelve los ojos llenos de lágrimas á la patria, mientras el niño dobla también melancólicamente la cabeza, y á su izquierda una doncella muy hermosa llora también la patria ausente. El fondo es la ciudad de Babilonia sobre un cielo azul y puro, pero, sin embargo, sin luz ni esmalte. El salmo mismo, que más de mil veces he leído, no me ha enternecido más que esta melancólica y bellísima pintura. Al verla se me vinieron involuntariamente á los labios aquellos versos de la parafrasis de Fray Luis de León:

Cuando presos pasamos
Los ríos de Babilonia suspirando,
Un rato nos sentamos
A descansar llorando,
De ti, dulce Sión, nos acordando.

Este es el cuadro: la misma sencillez y la misma profundidad. Otro cuadro de la misma escuela que repre-

senta una ventisca de nieve, es también muy bueno. En el Museo hay entre muchas antigüedades romanas muy curiosas, que se han encontrado aquí, una cabeza de Medusa, griega sin duda, y de gran precio. Para mañana he dejado la visita de las otras iglesias, y esta tarde la he empleado en correr los alrededores y aun la ciudad. Los primeros están ceñidos de árboles alrededor de los fosos, pero no tienen más de particular que algunos fuertes destacados y pintorescos, y los antiguos que se ven en las murallas, mezclados con obras modernas no menos pintorescas. Por la noche ha habido gran concurrencia, músicas, fuegos y cantos en el arrabal de Deutz, al otro lado del río, en celebración del aniversario de la primera piedra puesta por el rey en la nueva obra de la catedral. El edificio pintado estaba iluminado en trasparente, y como todo pasaba á la orilla misma del Rhin, y los fuegos se repetían en sus aguas, era un espectáculo vistoso. El puente de barcas estaba atestado de gente, y los barcos de vapor, que subían y bajaban, contribuían al agrado de la escena. Todo esto, por supuesto, pasaba con el mayor sosiego: solo en los salones de cenar había algo de estrépito, de buena fe é inofensivo se entiende, efecto de las muchas botellas de vino y cerveza que se vaciaban en memoria del fausto suceso.

5 *idem.*

Las demás iglesias de Colonia he visitado hoy; pero no he encontrado cosa muy notable para mí, que con afición marcada á las antigüedades y á la arquitectura (no poseo, sin embargo, una ni otra). Verdad es que después de ver la catedral, poco hay que pueda atraer la atención; ¡tanto se posesiona de la imaginación esta visión espléndida! Sin embargo, en San Pedro algo más hay que arquitectura en su carácter histórico, pues el cuadro del martirio de San Pedro de Rubens, merece mención particular. Este gran genio se había bautizado en aquella iglesia, y

poco antes de morir le dedicó este cuadro, que algunos dudan si está todo él acabado de su mano; duda fundada, según mi humilde entender, no en la falta de dibujo, ó por lo menos de buen gusto en él, que la fogosa imaginación de Rubens más de una vez atropelló por los severos preceptos del arte, sino en que las figuras carecen de aquel vigor y expresión que rara vez dejaban de engalanar sus creaciones. Así y todo, la composición es de tan gran maestro sin duda, por la armonía y perfección de los grupos. De todas maneras este cuadro no realza el nombre de su autor. El Hôtel de Ville es curioso por su gusto italiano en la fachada, aunque el primer piso y la torre de los archivos son de época anterior. Hay muchos recuerdos históricos que se ligan á él, y aunque no fueran sino las diversas juntas de la liga anseática en él celebradas, bastarían para hacerle interesante. En esto participa del carácter general de la población: más bella, sin duda, por su pasado que por su presente, aunque el comercio, que revive extraordinariamente, podría restituirla parte de lo que en otro tiempo le dió.

Bonn á las diez de la noche.

El camino de hierro me ha conducido aquí en cuarenta minutos. Lo he preferido al río, cuyas orillas hasta este punto parecen holandesas por su monotonía, y no me pesa, porque así he podido aprovechar un resto de luz para disfrutar el panorama de las siete montañas (Siebengebirge), primera decoración que el variado teatro del Rhin ofrece á los ojos del viajero. La primera impresión no correspondió á mi idea en cuanta á la escala del panorama, que me imaginaba mayor; pero poco á poco vine á participar de la admiración de cuantos ven aquel paisaje mágico con su hermosa gradación de términos, sus castillos arruinados, sus declives de viñedos y sobre todo la soberbia masa del río con vida extraordinaria. Los castillos más visibles eran

el de Drachenfeld y el de Godesberg; pero además se veían otros restos y santuarios en algunas crestas ó valles, amén de varios pueblos. Mañana visitaré lo poco que hay en Bonn, é iré á pasar dos ó tres días á Godesberg, punto más céntrico, y al mismo tiempo más campestre para alguna escursión por las siete montañas. En el camino, pero sobre todo en la perspectiva de las siete montañas he encontrado grandes semejanzas con otras escenas iguales de España, sobre todo en León.

6 *idem.*

Con unos ingleses, que conocí ayer en el camino de hierro, y que me parecen buenas gentes, he visitado la iglesia llamada Minster, muy antigua, de género lombardo, muy aproximado á él, pero ya con algo de la gallardía del gótico, y de todas maneras de unas líneas muy puras y agradables. Su fundación viene de Helena, madre de Constantino, pero sus obras principales parecen del siglo doce y trece. Se ve con gusto, porque su interior ofrece una singular perspectiva. La estatua de la fundadora en bronce es de la época, ó por lo menos del estilo de Luis XIV. La universidad fundada en 1818 por el rey de Prusia, ofrece buenas muestras de la real benevolencia, pues su palacio es el de los antiguos electores de Colonia, edificio vastísimo, y el museo de antigüedades del Rhin, la biblioteca, y sobre todo la sala de grados, son muy buenos. En la última hay frescos de varios discípulos de Cornelio pintados bajo su dirección, que representan las cuatro facultades, filosofía, teología, jurisprudencia y medicina, con los retratos de un sin número de hombres célebres y perfectamente compuestos. Entre los filósofos están los principales poetas; y entre los teólogos protestantes los católicos, si no mezclados, por lo menos presididos por la misma diosa, y en mejor paz que han solido vivir. Entre los retratos están Lutero, Calvino y varios otros de los reformadores. El museo de historia natural y jardín botánico, agregados tam-

bién á la universidad, ocupan el hermoso palacio y jardines de Poppelsdorf, y son muy curiosos y aun espléndidos. Con semejante protección no es extraño que esta universidad haya ganado tanto crédito y muestre entre las listas de sus profesores nombres célebres: Beethowen, el famoso compositor, nació aquí, y su casa se muestra todavía. Bonn es un pueblo agradable por su situación, y donde los aficionados á la ciencia encontrarían pábulo á su inclinación. Es de los que pudieran llamarse simpáticos.

Godesberg á las diez de la noche.

El omnibus de Bonn nos ha traído hasta aquí, y ya hemos visitado, los ingleses y yo, la fortaleza arruinada que domina el pueblo, y cuya vista es imponderablemente hermosa, sobre todo cuando el sol se pone, como sucedió hoy. Las siete montañas y Drachenfeld en particular contrastan bastante con las pendientes más suaves de nuestra orilla, y río abajo se veía una gran llanura apenas modificada por esta ó aquella colina, en la cual descollaban Bonn al principio, y Colonia al último con la masa de su catedral muy visible. Los accidentes del paisaje son innumerables, y me obligarían á extenderme más de lo que el tiempo me consiente, aparte de que mañana comenzamos algunas expediciones, y forzosamente hablaré de ello más y con más conocimiento de causa.

7 *idem.*

Ayer fué uno de los días mejor empleados de mi vida. Por la mañana fuimos á Rolandselk, un poco más arriba de Godesberg, y visitamos su arruinado castillo en un picacho que se adelanta hacia el río, y apenas deja paso al camino. La vista desde allí es magnífica, pero lo que más llama la atención es la isla de Nonnenwerth, que se descubre casi

á los pies en mitad del río ocupada por un convento y sus jardines. Las monjas han desaparecido hace pocos años; pero el hotel que ha sustituído al convento tiene idéntica forma, y cada celda forma un cuarto, de manera que la ilusión del paisaje se conserva. Como toda esta tierra está llena de tradiciones, hay una que dice haber sido edificado el castillo por Rolando para ver desde su altura á su prometida esposa, que vivía en el monasterio, y que allí se encerró como un solitario hermitaño varios años. Esto ha inspirado á Schiller su bellísima balada el Caballero de Tottemberg, cuya escena, sin embargo, ha trasladado á Suiza. Como quiera, nosotros bajamos del castillo, y después de cruzar el río en un bote entramos en Nonnemverth, isla preciosa, y que me ha hecho lamentar sinceramente el no tener más días á mi disposición para pasar en ella algunos y en medio de aquel río famosísimo. Después de recorrerla volvimos á nuestro bote, y río abajo, y pasando por bajo de Drachenfeld, en la orilla opuesta, y después de mirar la famosa cueva del dragón, que da nombre á la montaña, muerto á manos de Sigifredo, uno de los héroes de Nibelungen, desembarcamos de nuevo en Kœnigswinter para trepar al famoso castillo. La subida, aunque larga, tiene buen camino y está en su mayor parte sombreada por árboles y adornada de los viñedos, que componen una de las *glorias* de este país. El castillo ocupa el pico mismo de la montaña, y á su pie, en una esplanada, se encuentra una regular posada, porque en este país, visitado de todo el mundo, donde quiera que la naturaleza ofrece un atractivo, el hombre ha puesto otro. Este sitio ha sido cantado por lord Byrón en su Childe Harold, y esto bastaría á hacerlo célebre; pero sin versos ni poetas sería siempre uno de los sitios más hermosos que la fantasía más rica pudiera imaginar. Está fundado sobre un precipicio tajado, que comienza á la orilla misma del río, y aunque el Rhin desaparece á la izquierda en una de sus revueltas, á la derecha se le ve extenderse por las llanuras de su curso inferior culebreando con indefinible belleza. Los puntos más

salientes de este mirador imponderable son el castillo de Godesberg, Rolandseck y la isla de Nonnenwerth, de cerca: de lejos lo más interesante Bonn y Colonia, cuya catedral se divisaba confusamente. Los pueblos que se descubren infinitos, con tejados encarnados y azules, formando vistosos mosáicos. El Rhin, á los pies, á la espalda los otros picos de las siete montañas, coronados algunos de ermitas, y otros con ruinas de torres; por las costas infinitos viñedos y bosques bien cultivados; en los llanos ondulaciones de terreno muy agradables, los caminos ceñidos de árboles; hasta el cielo mismo sembrado de nubecillas delgadas que templaban de cuando en cuando los ardores del sol, todo contribuía á la belleza de este espectáculo imposible de borrar en la imaginación de quien lo ha visto. En realidad esto pudiera llenar el hueco del deseo más exigente, si en ciertas disposiciones del alma no hubiese algo de enfermo y desasosegado. La compañía que he tenido, tal vez, me ha impedido un poco gozar de el paisaje; pero en el fondo me alegro, porque ha comprimido ciertos malos gérmenes que con la soledad se desarrollan apesar de mis esfuerzos. Comimos en la posada en medio de aquel paraíso, y en seguida, deshaciendo el camino hasta cerca de Kœnniswinter, nos fuimos por entre valles de grandísima frescura á ver las ruinas de la abadía de Heisterbach, famosa por la pureza de su arquitectura. No se conserva sino la abside y el coro, pero el estilo semicircular se ve en toda su perfección y con algo de la audacia gótica. Tan bello es esto, que paga sobradamente el viaje, pues el sitio, y sobre todo en la estación presente, tiene todo el encanto de un apartamiento y soledad profunda en una especie de hondonada ó valle, cuyas laderas no pueden ser más frondosas ni de más suaves caídas, suponiendo siempre la rudeza propia de montañas. Cuando volvimos ya caía la tarde, y atravesamos el Rhin á la dudosa luz del crepúsculo, cuadro admirable por el color un poco encendido y el sosiego del agua, y más que todo, por el Drachenfelds, que pintaba en el fondo su descarnado es-

queleto no lejos de los flexibles chopos de Nonnenwerth y de los arcos vestidos de yedra de Rolandseck. Nuestra lancha era la única que cruzaba la corriente, y surcaba apenas aquel hermoso cristal. Cuando llegamos á casa, ya bien entrada la noche, y aunque no conocíamos bien el camino, el torreón del castillo de Godesberg que descollaba sobre los celajes ya del todo muertos del ocaso nos servía como de faro. En suma, aunque algo cansados, sobre todo la dama, los tres hemos dado el día por completamente aprovechado.

8 *de Idem—Coblentza á las ocho de la noche.*

Los ingleses con quienes he pasado tres días son Mr. Crawford y su esposa. Nos hemos dado nuestras respectivas *adresses*, y si voy á Londres algún día no dejaré de hacerles la visita que les he prometido, porque son gentes muy amables y que me dejan un grató recuerdo. A las doce he salido de Godesberg, y cruzando el río, en Kœnigswinter, he comido en mesa común, en medio de una concurrencia animadísima. El Rhin merecería ser visitado, aunque no fuera sino por el sinnúmero de caras alegres y risueñas que se ven. Lord Byron dice, que son felices como la escena, y es cierto. Los naturales en especial llaman la atención por su buen humor y el gusto con que despachan sus botellas juntando los vasos. A mi lado comían ayer cuatro jóvenes, que podían ser estudiantes, y el más cercano sostuvo conmigo una larga conversación llena de candor y de franqueza. Hablaba francés regularmente, y por ese medio nos entendimos. El vapor llegó á las dos y media, y á los pocos minutos salimos, con un sol que el cielo mismo de España pudiera envidiarnos. Para ayudar mi memoria solamente trazo algunas de las impresiones recibidas en el resto del día, porque para describir cumplidamente las bellezas que como en un panorama encantado se fueron desarrollando hasta llegar aquí, necesitaría más

talento é imaginación que los míos. Al poco tiempo, Drachenfelds, Rolandseck y Nonnenwerth desaparecieron en una de las revueltas del río, y pueblos, castillos, iglesias, monasterios, bosques, praderas y viñedos comenzaron á desfilar á nuestros ojos. El cauce del río se estrechaba á veces para ensancharse en seguida, ofreciendo un sitio más risueño y desahogado. Los barcos y botes eran innumerables, y como domingo, las gentes todas iban vestidas de gala. En los valles y embocaduras de los ríos había una frescura que contrastaba con la de las viñas que cubrían las laderas, apenas bastante á vencer la tinta oscura de aquellos peñascos en que el ingenio y perseverancia humana las ha plantado. Aunque el curso del río hasta aquí no serpentea tanto como de Dusseldorf á Colonia, ofrece sin embargo bastantes sesgos para ocultar á la vista y ofrecer en seguida de repente y en grata sorpresa las ruinas, villas y templos de que se envanece. En la orilla izquierda se presenta una masa blanca, que es la del convento de Apollinarisberg, detrás del cual descuella una iglesia gótica edificada hace pocos años por el barón Füstemderg de Stammlilin, según el plano del arquitecto Zwirner, director de la obra de la catedral de Colonia. No es fácil imaginarse el efecto de esta obra en semejante sitio. Tiene cuatro torres, pues aunque solo dos lo son verdaderamente, las otras son dos agujas tan altas y labradas, que de lejos lo parecen. La ábside es más baja, en forma casi octógona, ó por lo menos de varios lados, y trabajada en sus ventanas ricamente. En la fachada que da al río, se ven por encima del convento dos rosetones hermosos, novedad en la arquitectura gótica que hasta ahora he visto por este país. A medida que el vapor pasa esta iglesia se va escorzando de una manera peregrina, y sus torres, que dos ó tres veces se juntan y otras tantas se separan, mezclando y dividiendo sus molduras, y ganando siempre en gentileza y gallardía, son un espectáculo de un encanto particular, sobre todo cuando como hoy descuellan sobre un cielo purísimo y esmaltado. Cuando llega á perderse de vista parece que se

despide uno de un amigo. En la orilla derecha, el palacio solar de la familia Vender Leyen, descuella entre las viñas á cierta distancia del río, pero en agradable situación. En la derecha, más adelante, se ve un palacio compuesto de una antigua torre de vigía y un edificio moderno hecho según dicen á grandísima costa por el profesor Bethman Hollweg de Bonn. La situación es magnífica, pero el palacio, ó por mejor decir castillo, es de poquísimo mérito arquitectónico. Audernach, linda villa de 3.000 habitantes, que se encuentra en la orilla izquierda, ofrece una vista muy agradable, sobre todo por un torreón muy curioso redondo por debajo y octógono por arriba, y por las cuatro torres de su iglesia mayor. Allí las montañas se acercan y estrechan el río formando una especie de pórtico, no tan magnífico ciertamente como el que hacía poco tiempo habíamos dejado compuesto del Rolandseck y la isla de Nonnenwerth, pero muy hermoso sin duda. En Audernach las montañas se alejan, y las orillas mismas del río pierden gran parte de su interés, aunque la vista siempre tiene á un lado y á otro á cierta distancia una cadena de collados. Los pueblos son lindos, principalmente Nemoud, el hijo de la tolerancia, fundado por un príncipe que convidó á establecerse en él á hombres de todas las creencias y religiones, y que desde entonces ha crecido en industria y población extraordinariamente. Weisenthurm es notable, por ser el lugar en que los franceses pasaron el Rhin en 1797, á despecho de la resistencia de los austriacos, en memoria de lo cual el ejército francés levantó un obelisco sencillo, que se ve desde el río, á la memoria del general Hoche, que dió fin á aquella empresa. Es de notar como dato curioso, que César, en su expedición contra los sicambros diez y siete siglos antes, pasó el río por el mismo punto: en seguida, y sobre la margen izquierda, se encuentra el pintoresco pueblo de Engers con su antiguo castillo, y más adelante se ofrece también á la vista un valle de muy lindo aspecto. El río corre de nuevo al pie de una pequeña cordillera sombreada por bellos árboles, lo

cual junto con las dos islas verdes y prolongadas que allí se encuentran da á las cercanías de Coblentza gran atractivo y belleza. La fortaleza de Ehrenbreitstein domina la ciudad, y con razón la apellidan el Gibraltar del Rhin, también se divisa desde allí, con lo cual se completa un hermoso paisaje, sobre todo si como hoy sucedía se ve con las vagas tintas y nebulosidades del crepúsculo. Por fin, en una revuelta del río, como Dusseldorf y Colonia, se presenta la fuerte ciudad de Coblentza, con su puente de barcas, sus murallas y numerosos barcos. Me he alojado en el hotel del Gigante, y desde mi ventana veo correr el río, cuyo nombre en adelante irá siempre junto en mi memoria á ideas de dulzura y de simpatía, y enfrente á Ehrenbreitstein con sus fuertes escalonados y amenazadores. Mañana veré el pueblo, que según creo no tiene gran cosa que ver, si se exceptúan sus fortificaciones.

Idem 19, *á medio día.*

He recorrido la plaza, y realmente poco de notable se encuentra en ella, aunque el palacio moderno de los electores de Tréveris en la ciudad nueva, y la calle que da al Mosela en la antigua, merecen atención cada uno en su género. La iglesia de San Castor está asociada á recuerdos históricos de importancia, pues en ella se repartieron los nietos de Carlo Magno su vasto imperio de Francia, Italia y Alemania. Su fecha es de 836, y este suceso acaeció siete años después. Tiene una buena pintura antigua, atribuída á Guillermo de Colonia, y un hermoso sepulcro; el de Como, arzobispo de Tréveris en el siglo XIV. En la plaza á que da, hay también una fuente levantada por el prefecto francés de este departamento para señalar la invasión de Rusia. Poco tiempo se pasó antes de que los rusos estuviesen en esta plaza en persecución de las despedazadas reliquias de *la grande armée*, y su comandante St. Priest, en lugar de demoler el monumento ó borrar su inscripción,

hizo poner debajo estas palabras que aún se conservan: *approuvé par nous commandant russe de la ville de Coblentz, Janvier* 1.er 1814, sarcasmo el más cruel que conozco. Como quiera, todas estas cosas son menos notables que las soberbias fortificaciones, que entre todas forman una especie de campo capaz de contener cien mil hombres, según dicen, y reunen las ventajas de los dos sistemas de Carnot y Montalambert. De esto se me alcanza poquísimo, pero sí puedo decir, que los fuertes están preciosamente hechos, y que su situación, además de militar es sumamente pintoresca. Esta mañana di la vuelta á las dos orillas del Mosela, que me agradaron mucho, y luego subí á la altura llamada de la Cartuja por un convento de la orden que allí había, y ha cedido el puesto á otros dos fuertes llamados Alejandro y Constantino. La vista de la ciudad desde allí es deliciosa, y no menos la de su frondoso valle con el Rhin crecido y majestuoso que corre á ocultarse en la garganta de Andernach. La ciudad se presenta muy bien con las torres de sus iglesias y el palacio de los electores que aparece en primer término; pero el rasgo más notable de aquel hermoso cuadro es la ciudadela de Ehrenbreitstein, que lo enseñorea todo con su soberbia mole de baluartes. Por desgracia, mientras estaba embebecido en contemplar esta escena, una nube que se había ido formando y con mi distracción no había echado de ver, comenzó á desgajarse, y por pronto que corrí á la garita de un centinela, estaba ya como un pollo caído en un pozo. El buen soldado me acogió cordialmente, y cuando al separarnos de di un *tünkgeld* ó *para beber*, como aquí dicen, quedó contento como unas castañuelas. Yo sentí mucho no disfrutar por más tiempo de aquella perspectiva magnífica, pero el agua fría no es grande amiga de mis nervios, y tuve que venir á mudarme. Al llegar aquí, las baterías del río comienzan á disparar cañonazos, y en el desembarcadero veo una porción de banderas que el viento sacude mucho, y entre las cuales descuella la de Prusia. Los saludos son á un barco de vapor de la compañía de Colonia,

el *Konig*, que también trae varias banderas en sus palos, y responde á las salvas con unos pedreros. Los oficiales superiores de la guarnición, de grande uniforme, esperan en el desembarcadero. Cada cañonazo retumba de una manera particular en los peñascos de Erenbreitstein, como si el eco se quebrase en mil pedazos. No sé quién puede venir en este barco, pues está atestado de gentes y mercancías como de ordinario, y hasta coches veo en la cubierta. Es el príncipe real de Prusia que viaja como un simple pasajero en compañía de otras infinitas gentes de diversas clases, primer ejemplo que veo de una persona real al estilo de Enrique IV ó de nuestros reyes católicos. Con mucho gusto lo veo. El toldo del barco me encubre la figura del príncipe, pero veo á dónde se dirigen los saludos de los oficiales que han pasado á bordo. El cumplido ha sido corto, pues los oficiales se vuelven, y el barco, después de haber dejado en tierra gentes y mercancías y tomado otras, sigue su camino á Colonia, despidiéndose con nuevos cañonazos, á que la plaza no responde esta vez. Las banderas ya no tremolan en sus astas, y todo ha quedado como estaba.

Id. á las 8 *de la noche.*

La tarde se ha empleado en dar la vuelta á parte de la ciudadela de Ehrenbreitstein (porque del lado del Rhin es imposible), y en examinar el exterior de esta tremenda fortaleza á cuya plaza ó campo delantero del lado del Norte he subido con mucha fatiga por senderos muy ásperos y utilizados para abreviar algo el servicio de la guarnición en tiempo de paz. La fortaleza intimida tanto por su situación como por sus murallas, y las innumerables troneras de sus cañones, y es muy dudoso que á viva fuerza pueda tomarse, aunque por un lado parece más débil y menos redondamente fuerte que Monjuich. Sin embargo, por allí tiene tres líneas de defensas perfectamente ligadas.

Su guarnición puede llegar á catorce mil hombres, y los almacenes contener provisiones para ocho mil durante diez años. La gran plataforma, donde yo llegué y estuve, tiene debajo grandísimos algibes, y cuando ellos no bastasen, dos pozos de cuatrocientos pies, que comunican con el Rhin, bastarían para proveerla de agua, de manera que todos los cabos están atados, y con este fuerte y los demás, Coblentza es una plaza, ó por mejor decir, gran campo fortificado de los mejores que pueden imaginarse. El coste de estas obras se calcula en cien millones de reales, y se conoce que la Prusia ha querido hacer aquí un baluarte inexpugnable para defender esta lejana y aun dislocada frontera, de todo ataque por parte de Francia. En cuanto á la vista es por lo menos tan buena como la de la Cartuja ó fuerte Alejandro, y como el cielo se había serenado, pude ver ponerse el sol en medio de un brillante cortejo de nubes detrás de los collados del Mosela. Coblentza es la ciudad mejor situada que hasta ahora he visto en el Rhin, y tal vez en ninguna otra parte, tanto por la confluencia de los dos ríos y de varios caminos que allí se juntan, como por los accidentes de su terreno, todos diferentes y todos esencialmente pintorescos. Si la suerte me condenase á vivir y morir lejos de los míos; de lo que he visto hasta ahora escogería este pueblo.

Id. 10 *á las* 11 *de la noche.*

En este mismo instante vuelvo de una expedición que me ha ocupado desde medio día de una manera muy agradable. Por la mañana visité de paso la ciudadela Ehrenbreitstein, cuyas defensas, si terribles son por fuera, no lo parecen menos por dentro. Una gran parte de las obras están acasamatadas, y las baterías y fosos interiores no dejan nada flaco ni desatendido. La vista es la misma que disfruté ayer tarde, aunque desde algunos fuertes destacados se disfruta mejor que desde la plataforma. Como

quiera, siempre se presenta como cosa nueva: tan deliciosamente diversificado está este terreno. Cuando Lord Byrón vió esta fortaleza, estaba completamente arruinada; si ahora la viese diferentes serían, sin duda, sus versos. A las once acabé mi visita y salí en un vapor de la compañía de Dusseldorf río abajo hasta Andernach, travesía de menos de una hora, tal es la fuerza de la corriente. En Andernach comí, y á la una y media salí en una carretela de un caballo, con ánimo de visitar la abadía y el lago de Laach. El camino es bastante malo; pero el país, que da á la espalda del Rhin por aqnella parte, ofrece analogías tan visibles en las desigualdades del terreno y en el color de la tierra, con varios parajes del Bierzo, que para mí es muy probable que las condiciones geológicas de entrambas son iguales. Mucho siento no poseer conocimientos en estos ramos que me hubiesen hecho sacar más partido de mi viaje. Como quiera, diré, que después de dos horas de caminar, subimos una cuesta, desde cuya cima el lago se presenta á los ojos del viajero. A los pocos pasos la abadía con sus seis torres parece salir del dichoso rincón en que está situada á la vera de bosques frondosísimos y á la orilla de aquella tranquila y fresquísima balsa, que parece servirle de espejo. El terreno por donde se extienden sus aguas, es una hondonada no muy grande, cuya forma se aproxima á la circular, y sus vertientes están vestidas de árboles hasta el borde mismo del agua. Estos bosques, de cuya verdura y lozanía solo he hallado ejemplo en algunos de las montañas del Bierzo, y sobre todo entre Peñalva y Montes cubren completamente la tierra, de manera que solo por aquí ó acullá asoma algún peñasco la cabeza como á hurtadillas. No es fácil figurarse cuánto suavizan y animan aquellas laderas estas verdes espesuras, ni con qué placer se pierde la imaginación en sus abrigos y sombras misteriosas. La abadía, que era de benedictinos, fué secularizada como todas las demás durante la dominación francesa, y últimamente ha venido á parar en granja; pero como la iglesia es una verdadera pre-

ciosidad arquitectónica, el rey de Prusia la ha comprado y ahora mismo se trabaja en ella y la restauran con mucha inteligencia. Es el ejemplar más puro y más completo que he visto del género lombardo, y en acabando su restauración interior formará una página muy interesante en la historia de la arquitectura. No tiene dos cruceros como equivocadamente dice la guía de Murray, pero sí dos coros ó semicírculos á semejanza de la iglesia de Peñalva en el Bierzo. Los capiteles están preciosamente labrados con figuras de plantas y animales: el sepulcro de su fundador es una obra delicadísima, y la estatua de madera que había sido trasladada, está otra vez en su sepulcro. Hay además otros monumentos históricos, razón principal que ha movido á este sabio gobierno á comprarla. El claustro, que está á la parte del Norte, de columnas muy pequeñas y arcos diminutos también, aunque sus bóvedas son altas y espaciosas, merece igualmente atención particular. Las torres redondas y labradas en sus cornisas con abundancia de pequeñas columnas, son asimismo dignas de observarse. El conjunto todo es de tan cabal armonía, que la imaginación se trasporta sin esfuerzo alguno á la época en que se fundó de 1093 á 1156. La ruina que vi en Heisterbach en las Siete Montañas, es más gallarda y pintoresca, ó por lo menos atrevida, pero ya degenera de la sencillez lombarda y participa algo de lo apuntado, ó por lo menos parece indicarlo. Por lo demás, la abadía de Laach aventaja á la otra en situación extraordinariamente, porque su lago es sobremanera delicioso, y su apartamiento apacible en sumo grado. Después de visitar la iglesia, me paseé un rato por sus orillas, observando el movimiento de las aguas rizadas por el viento, y el raro mosáico y desvanecimiento de tintas que formaban las diferentes nubes esparcidas de trecho en trecho por el cielo en aquel espejo, que apenas cesaba el viento se unía y resplandecía como verdadero. Traíame todo esto á la memoria el lago de Carucedo y los paseos que he dado por sus orillas, pero por

mucho que me complaciera el que tenía delante, recordaba con gusto el de mi país, mucho más grande, más variado, más hermoso y más lleno de recuerdos, si no tan fresco y apacible. Sin embargo, la calma y atractivo de Laach y su abadía, se pegan extraordinariamente al alma, y para acabar los días de la vida apenas acierta el deseo á pedir más sino la posesión de un terreno y retiro como este. La abadía, aunque convertida en granja de labor, está bien conservada exteriormente, y como complemento del paisaje nada deja que desear. De vuelta me trajo el cochero por las grandes canteras de muelas ó ruedas de molino de Nieder Mendig. Es un artículo de comercio de gran importancia en Audernach, y presentan galerías y ramificaciones muy curiosas, pero no pude detenerme á verlas. La materia es lava, porosa y endurecida, que se cree vomitada por algún volcán antiguo, y que se ha extendido por un espacio de cinco millas de largo y tres de ancho. Hasta Rusia y América van las tales piedras, que á juzgar por los numerosos operarios empleados en sacarlas, deben de tener demanda grandísima. La noche se puso muy oscura y tempestuosa, y el Rhin, sumido en las tinieblas, formaba gran contraste con las luces de los pueblos que encontrábamos en su orilla y que se pintaban en el agua en largos rastros. Los relámpagos dejaban ver de cuándo en cuándo las colinas lejanas con una tinta lívida, y sobre todo, á medida que nos acercábamos, revestían de una apariencia siniestra las encastilladas rocas de Ehrenbreitstein.

San Goar á las nueve de la noche.

Cuatro horas escasas ha empleado el vapor en llegar á este punto, durante las cuales el Rhin ha desplegado una serie de bellezas diferentes de las que lo adornan desde Bonn hasta Coblentza. Apenas se sale de este pueblo, las montañas se acercan hasta no dejar á trozos más espacio que el necesario para la corriente, cuya rapidez crece en pro-

porción: las laderas se empinan más y más, las ruinas de castillos encaramados en las rocas y picachos se multiplican, y la naturaleza entera toma un carácter más silvestre y montaraz. Poco esfuerzo tiene que hacer seguramente la imaginación para trasladarse á los tenebrosos tiempos de la Edad-Media á vista de tantos castillos en las montañas, de tantos pueblos amurallados debajo de ellos, y sobre todo de aquel paisaje áspero y sombrío que tan bien se aviene con las ideas que naturalmente excitan los recuerdos de aquellos días. Bajo este aspecto, el Rhin no sufre competencia de ningún otro río. Siete ú ocho son los castillos que se encuentran en la corta distancia que separa á Coblentza de este pueblo, todos ellos en picos y situaciones ventajosas, pero de adherentes y circunstancias distintas. De ellos los hay muy maltratados: de ellos que se conservan muy bien, ya por modernas restauraciones, ya por haberse librado de destrucciones y trastornos, aunque de esto no hay más ejemplar que el de Marksburg. Este castillo, en efecto, tiene la misma distribución que en los tiempos de su poder, y tan fielmente conserva su fisonomía, que hasta hace pocos años no se ha quitado el aparato de la tortura de un aposento destinado á tan diabólico uso. El color negruzco de la mayor parte, y los extraños resortes con que se dibujan sobre el fondo del cielo los portillos y desgarrones abiertos por la mano del tiempo, contribuyen poderosamente á la solemnidad del espectáculo, y tal es la disposición en que están colocados, que si de intento se hubieran edificado para enriquecer el hermoso panorama que ofrece el curso del río por estas angostas hoces, difícilmente hubieran sido distribuídos con más acierto. La mayor parte ocupan páginas más ó menos brillantes en la historia: el pueblo, por su parte, los ha engalanado, ó por mejor decir oscurecido, con mil géneros de tradiciones; y el viajero que los ve al través de semejante prisma fascinador, parece esforzarse por distinguir todavía la bandera feudal en la torre del homenaje, y el casco del centinela entre las almenas. Vistos de noche á la luz

de la luna, deben producir una fascinación singular y completa, y no es extraño que sus medrosas historias hieran tan vivamente la imaginación un poco soñadora de suyo de estos buenos alemanes. Las viñas plantadas en escalones y en las grietas mismas de los peñascales, no dejan de acompañar un momento el curso del río, como si con sus suaves y flexibles pámpanos intentasen templar lo despeñado de sus derrumbaderos, la dureza de sus matorrales y el temeroso aspecto de sus desmoronados baluartes. En un paraje da el río una vuelta tan grande, que terminado el horizonte por montañas, donde quiera que se mire, figuraría un lago, si no fuera por la rapidez de la corriente. Al llegar á este punto, los fuertes se multiplican, y en menos de un tiro de cañón se encuentran las ruinas del castillo de Thurnberg, llamado *el ratón*, y las de otro castillo llamado *el gato*, lo cual explica su hostilidad natural durante mucho tiempo, aunque sus papeles estuvieron casi siempre trocados; en la orilla derecha y en la opuesta, las vastas ruinas del castillo de Rheinfels, famoso en la historia por haber dado lugar con las rapiñas de sus dueños á la liga de las ciudades alemanas y del Rhin, que acabó al fin con casi todas estas madrigueras de bandidos; convertido después por el Landgrave de Hesse en una fortaleza moderna, que se burló de todo el poder de Luis XIV en 1692, y que en 1794 fué cobardemente entregada á los franceses, que la volaron é inutilizaron. Estos tres fuertes, y varias perspectivas agradables de los alrededores, convierten á San Goar en un punto propio para detenerse 24 horas. En el barco de vapor me he encontrado con los mismos ingleses que dejé en Godesberg, cosa que no esperaba, y como ya conocidos hemos subido juntos á Rheinfels, desde donde se goza una vista deliciosa con el gato y el ratón por delante, el río á los pies, y á la espalda un valle angosto pero lindo con un arroyo en el fondo, que parece vivo retrato del de Agadán en el Bierzo. Mañana continuaremos nuestra correría. Mientras estaba escribiendo las anteriores líneas, han tocado diversas veces una cor-

neta y disparado algunos escopetazos para despertar los ecos de las peñas del otro lado del río, y su variedad me ha tenido muy entretenido, pues repetían los sonidos más de una vez con más sonoridad y de una manera muy clara. De la corneta devolvían distintamente seis ó siete puntos, y como el silencio de la noche era absoluto, producía un singular efecto. En esta tierra es imposible dar un paso sin tropezar con cosas peregrinas.

Bingen 12 *de Setiembre, á las nueve de la noche.*

Antes de salir de San Goar esta mañana, fuimos á recorrer un valle que llaman el *Valle suizo*, y comienza en el castillo del *Gato*. Es lindo, pero nada de nuevo me ha ofrecido ni aun iguala á muchos de los que he visto en la provincia de León. Lo que lo anima mucho son varios molinos y tenerías que se encuentran por él adelante. Sin embargo, las ruinas de un castillo que se encuentran un poco á lo lejos á su izquierda, bastarían para dar por bien empleado el trabajo de subirlo, aunque él no fuera de suyo tan fresco y frondoso. Afortunadamente todavía se conservan en pie dos aposentos con columnas moriscas unas sobre otras y de atrevida ejecución é idea, y esta circunstancia en Alemania no deja de ser curiosa, sobre todo á principios del siglo XIV (1319), en que la arquitectura gótica florecía con tanto brío por todas partes. Tantas son las ruinas de este género que por España se encuentran y tan escasas andan por este país, que al ver aquellas columnas he creído encontrar un recuerdo de mi patria. Después de haber disfrutado de las vistas que ofrece su torre de atalaya, volvimos á las orillas del Rhin por otro valle profundísimo y tan cubierto de árboles que el sol sólo de cuándo en cuándo se ve. A la salida se ensancha un poco, y las ruinas extensas de Rheinfels se presentan en un hermoso panorama mucho mejor que desde el río. Este valle, llamado Patersberg, también está ocupado por molinos y tenerías, y un

cementerio que se encuentra al fin lleno de cruces funerarias y túmulos rústicos aumenta su variedad con un género de agrado especial. De nuevo cruzamos el Rhin (pues estas cosas todas se encuentran en la orilla opuesta de San Goar), y después de haber comido salimos á la una en un vapor de la Sociedad de Colonia, con una tarde un poco toldada, pero muy hermosa. Apenas el vapor había andado unas cuantas varas, cuando nos encontramos una de las numerosas y grandísimas balsas que bajan por el Rhin formadas de troncos de árboles escuadrados y destinados á venderse como madera. No hace mucho tiempo que bajaban algunas de 900 pies de largo y ancho en proporción, pero en el día no exceden de 600 á 700 de longitud y de 250 de latitud. Para gobernar y dirigir esta inmensa mole de madera, se necesitan muchas gentes, así es que en realidad forma una especie de caserío flotante con barracas de tablas y una población de hombres, mujeres y aun niños. Justamente, cuando nosotros la encontramos acababa de pasar las ollas ó remolinos de Gwirr, paso de gran peligro para ellas, y arrastrada por la corriente, que allí es muy rápida, bajaba con una velocidad que parecía incompatible con su mole. Para manejarlas se necesita gran práctica y tino, y los gastos que ocacionan son extraordinarios. En seguida pasamos por enfrente de los peñascos de Surleiberg, donde dicen que el eco resuena 15 veces, y donde hay un hombre en la orilla derecha encargado por las Compañías de navegación de despertarlo con tiros de pistola y trabuco y con una corneta. Por desgracia el ruido de las ruedas impide oirlo distintamente. Las escenas del Rhin desde San Goar se parecen mucho á las que comienzan en Coblentza por su magnificencia agreste, áspera y breñosa, pero los castillos son más numerosos, y aun puede decirse más pintorescos. Varias de las iglesias que se ven por las orillas son también de gran belleza arquitectónica, y sobre todo la ruina de una capilla destruída durante la guerra de treinta años, es cosa verdaderamente aérea de puro esbelta y delicada. Los recuerdos son también abundantes y entre

ellos encontré uno eminentemente español en Gutenfels, castillo arruinado, desde donde el Gran Gustavo Adolfo combatió reciamente á los españoles que ocupaban el otro lado, sin poder pasar el río á vista del vigilante Espínola. En este mismo lugar se ofreció el Rhin por primera vez á los ojos de los prusianos después de haber batido á Napoleón y libertado á su país: escena que debió tener mucho de poética cuando aquellos bravos guerreros se arrodillaron gritando con un espontáneo impulso *¡el Rhin, el Rhin!*

Las tradiciones abundan también en todo este trozo del río. Tan pronto es la ondina, que canta para embebecer al navegante y hundirlo en remolino de Gwirr; tan pronto las siete hermosas doncellas convertidas en otras tantas peñas en castigo de su fría insensibilidad; tan pronto, en fin, aquel obispo comido por un ejército de ratones por haber quemado una porción de pobres que le pedían pan en un año de hambre; tradición que Southey ha escrito en muy buenos versos. En el medio del río se encuentra una especie de castillo, muy raro, fundado en la peña, que parece una iglesia, aunque no era sino uno de los muchos puntos destinados á cobrar contribuciones en los siglos medios á cuantos pasaban por el río. La mayor parte de los torreones y fortalezas que se encuentran en este camino, fueron desmanteladas por orden de la Confederación germánica durante el imperio de Rodolfo II, como guaridas de bandoleros; sentencia justa, porque en realidad sus dueños no eran otra cosa. Una de estas ruinas ha sido restituída en lo posible á su primitivo estado, aunque con propósito bien distinto por el príncipe Federico de Prusia, que la destina á palacio de verano. Es cosa que roba los ojos, pues las obras están dirigidas con un acierto tal, que el carácter antiguo está perfectamente conservado, y al mismo tiempo se conoce algo del primor moderno en ventanas y algunas escaleras y remates exteriores. Mañana iré á verlo por dentro, y hablaré de él. Antes de llegar aquí, las ruinas se multiplican, y el río corre tumultuosamente á causa de los muchos peñascos de su madre, todo lo cual contribuye á la

armonía de este panorama, principal y más admirable cualidad de cuantas le adornan, y que ni un punto le abandona desde Bonn hasta aquí; punto en que sus verdaderas bellezas pueden darse por concluídas. Este pueblo tiene alrededores magníficos, y para recorrerlos y despedirme del Rhin en su más hermoso teatro, me detendré mañana y aun pasado, tal vez. La descripción del Rhin que ha hecho Byron en Childe Harold, no sólo es hermosa como poesía, sino de extraordinaria exactitud. En realidad en este inmenso cuadro, que á pesar de sus proporciones no pierde, sin embargo, su unidad, el pintor debe ser sobrio, porque sus rasgos naturales valen más que la más fecunda imaginación.

Wiesbaden, Setiembre 14 por la noche.

Son tantas las cosas que hoy he visto y las impresiones que me han ocasionado tan vivas, que no sé si mi relato será fiel y completo. Por la mañana á las ocho salimos en una lancha, y río abajo llegamos en poco más de un cuarto de hora al pie de Rheinsteim, por donde ayer habíamos pasado. Como ninguna dificultad se ofrece á los extranjeros que desean visitarlo, poco tardamos en trepar el empinado camino que en zig-zag conduce á la fortaleza. Es cosa que en sí misma sería muy agradable y digna de verse, aun prescindiendo de su hermosísimo sitio; porque la restauración ha sido hecha con tal tino y primor al mismo tiempo, que si sus antiguos dueños resucitasen, encontrarían su vivienda, mejorada sí, pero no esencialmente alterada. Las armas y objetos de la Edad-Media son muchos, y lo que de nuevo se ha hecho ha sido ajustándose en todo á aquel gusto, de manera que la armonía del conjunto es tal, que al verse uno vestido con nuestras desairadas ropas, y las gentes que lo enseñan con sus mestizos uniformes, parece que se extraña á sí propio lo mismo que á los demás. Entre las curiosidades que adornan esta linda mansión, sin duda habrá muchas de precio, pero como los cicerones

eran alemanes cerrados, nada entendíamos. Las vistas son soberbias y de sumo agrado por el extenso trozo de río que enseñorean, por sus breñas mismas y por los bosques que visten aquellas despeñadas pendientes. A la bajada cruzamos de nuevo el río en nuestro bote, y desde el pueblo de Assmannshausen comenzamos á subir por un ameno valle á las alturas de Niederwald, los tres caballeros á pie (porque otro inglés se nos había agregado) y la dama en una hacanea semejante á la de Dulcinea del Toboso, de las cuales hay buen número ensilladas á la entrada del pueblo. El camino conduce á un sitio de caza del conde de Bassensien, donde descansamos un rato, y donde los ingleses descorcharon una botella de vino del mismo paraje, para huir de la ociosidad. La vista es buena, pero no de las principales. En seguida una niña nos llevó á la cueva mágica, en la cual se entra por una especie de bóveda rústica, bien ajeno de la perspectiva que le aguarda al fin. En una especie de saloncillo se ven tres ventanas rasgadas, que enfilan otras tantas calles de árboles: desde una de ellas se distinguen en lontananza las pintorescas almenas de Rheinsteim. Estas vistas en tan reducido espacio, que se presentan absolutamente aisladas por las arboledas hermosísimas del Niederwald, y al término de aquella calle larguísima con su trasparente bovedado follaje, causan toda la ilusión de un diorama, aumentada por supuesto con la realidad y con la mayor escala. Otro sendero que á la salida se encuentra, conduce por el hermosísimo bosque, donde apenas penetra un rayo de sol, y que de consiguiente nos parecía deliciosísimo al medio día, al Rossel, ruina artificial asomada al derrumbadero que domina las corrientes y remolinos de agua del Bingerloch, y las ruinas verdaderas y más extensas de Ehrenfels, situadas en mitad de la pendiente. La vista es de las mejores que el Rhin ofrece, pues sin hablar de la torre desmoronada que se ve en medio de la corriente, el pueblo de Bingen con la colonia en que descuella, la capilla de San Roque á la espalda, y sobre todo la embocadura del Nahe y su puente de piedra

que parece cerrar su fértil y alegre valle, son accidentes que aun en el Rhin se encuentran pocas veces reunidos. Otro sendero que baja por espacio de una milla guía al *Templo*, construcción circular sostenida por columnas que domina otra vista absolutamente distinta, pero tal vez mejor. Las estrechas gargantas del río cesan en Bingen, y de allí arriba las montañas que se retiran un poco bajan hasta la orilla en mansos y suavísimos declives, formando un contraste de indecible gracia con las angosturas en que corre á aprisionarse. Numerosas islas verdes y llenas de mimbreras las unas, coronadas de altos y acopados árboles las otras, salpican el cauce del río, anchísimo por aquella parte, y el pueblo de Rüdesheim, que con su castillo ocupa la entrada de este paisaje, acaba de completar una perspectiva en que la vista goza á un tiempo de lo blando y terrible del Rhin. Es raro que la entrada y salida del río en sus angosturas tenga accidentes semejantes, pues al salir de las siete montañas se extiende por los llanos de Colonia, y más adelante de Holanda, y antes de entrar en el desfiladero de Bingen cruza los terrenos abiertos que avecinan á Rüdesheim, si bien las llanuras de abajo solo en lo despejadas se acercan á las hermosas pendientes coronadas de viñedos y arbolados de arriba. Después de haber examinado despacio este mágico panorama, bajamos á Rüdesheim por entre sus viñas famosas entre los bebedores, y que según dicen solo ceden la palma á las de Johannisberg, y visitamos su castillo, arruinado como los otros, pero cuyas ruinas conserva con un esmero particular el conde de Ingelheim, su actual poseedor. De allí volvimos á cruzar el río, y una hora después ya cortábamos sus aguas, continuando nuestro viaje en un barco de la sociedad de Colonia. Los blandos collados, en especial de la orilla izquierda, que más adivinábamos que veíamos, fueron desplegándose por ambos lados á nuestros ojos, presentando cuadros no tan elocuentes como los precipicios de que salíamos, pero dotados ricamente de otro género de belleza apacible y tierna, si la palabra puede pasar. El

palacio de Johannisberg, perteneciente al príncipe de Metternich, y famoso quizá más que por esto por el vino que produce, y la mole imponente del antiguo convento de Eberbard adornan la orilla derecha. La izquierda está comparativamente desierta, pero las memorias que le habitan no dejan de hablar á la imaginación, pues en una especie de altozano se ve una aldea, donde dicen algunos que nació Carlo Magno. Aunque esto no está averiguado, consta que amó estos sitios con particular predilección, y que en esta aldea levantó un magnífico palacio del cual ni rastros de alguna importancia quedan. Las islas que encontrábamos también servían de recreo al gran emperador, que acudía á ellas á pasear, bien ajeno sin duda de que antes de una generación su imperio se desmigajaría desastrosamente, y que su hijo Luis moriría fugitivo y pobre, perseguido por sus impíos hijos, en uno de los lugares en que con la pesca aligeraba el peso de su corona. Por fin, después de pocas horas de travesía desembarcamos donde el duque de Nassan tiene un soberbio palacio á la orilla del río, parte del cual con sus magníficos jardines tuvimos lugar de visitar, alabando el gusto y aun magnificencia que en uno y otro se notan, y tomando después un carruaje, porque no teníamos tiempo para salir por el camino de hierro, hemos llegado aquí poco después de anochecido, atravesando un paisaje que nada tiene de particular. Mañana me detendré aquí todo el día.

15 *idem.*

Wiesbaden es una ciudad lindamente trazada y con agradables paseos, pero lo que más vida le da son sus baños, por la grandísima afluencia de gentes que vienen en busca de salud ó de placeres. Por desgracia la temporada está casi concluída, y ya solo quedan algunos enfermos de más gravedad, gente perezosa, y jugadores que desean aliviar de su peso el mayor número de bolsillos posible. Con

esta escasez de gentes, el magnífico salón Kur-Saal y sus mesas de ruleta y *blanc et ronge*, no ofrecen la animación que de costumbre, y las galerías, que ocupan los otros dos lados que dan á la plaza, también parecen desmayadas y desiertas. Esta ciudad es una verdadera posada con muchas puertas, pues este año han venido más de doce mil forasteros, cuando los habitantes no llegan á este número. Me hubiera alegrado mucho de haber venido un mes antes, porque entonces me hubiera sido fácil trazar algún bosquejo de la vida en una ciudad de baños, facción la más característica tal vez y general que ofrece la Alemania. Ahora no me tocan más que las migajas del festín, y lo único que puedo recorrer son las fuentes calientes principales, y los parques y lindos paseos que ciñen los variados alrededores del pueblo. Como esto, sin embargo, es negocio de pocas horas, esta tarde pienso ir á Maguncia, donde, según mis noticias, no hay mucho que ver, y volveré á la noche para concurrir á un baile que se dará en el Kur-Saal según dicen.

Id. á las doce de la noche.

Al cabo dejamos para mañana el viaje de Maguncia, y entonces será definitivo. No me pesa de la determinación, porque el resto del día me ha presentado más fielmente un reflejo de este pueblo. Por la tarde, los jardines y salones del Kur-Saal han estado concurridos, y aunque en realidad la gente no era mucha, como el teatro es pequeño, pocos espectadores bastan para llenarlo, y además lo lucido de las personas suplía muy bien al número. La variedad de fisonomías era grande, aunque el tipo alemán predominaba extraordinariamente. Las mujeres hermosas escaseaban, pero había muchas de aire, vestidos y modales distinguidos. La mayor parte se paseaban por los jardines, pero de ellas había que cosidas á la mesa del juego, así se curaban de la hermosísima tarde, alegre concurrencia y agradable

música, que á pocos pasos tenían, como de su primera camisa. Triste cosa, pero no menos cierta. Entre las tales había una vieja, persona principal sin duda por su traza, que no jugaba sino oro, y á quien la fortuna parecía dar en buena suerte lo que los años le habían quitado de gracia. Todo esto fué presentándose entre cinco y seis de la tarde, pero como nosotros habíamos salido de casa poco después de comer, á trueque de aprovechar el tiempo y evitar la soledad de los paseos, alargué el mío hasta Sonnemberg, castillo arruinado no muy distante, á donde conduce una especie de soto de árboles, que comenzando en los jardines sigue á la orilla de un arroyo hasta el desmantelado baluarte. La vista es agradable, pues ocupa la entrada de un valle lleno de huertas en el fondo, con praderas ó tierras de pan llevar en las laderas unas, y otras pobladas de árboles frutales y bien cultivadas, y gran parte de la ciudad se divisa también desde allí. La circunstancia de estar recogiendo el heno hacía parecer más animado el paisaje, y su agradable olor de que el aire estaba empapado, cuadraba muy bien á aquel campestre cuadro. A la espalda se veían los bosques hermosísimos que rodean, ó por lo menos hacen espalda á Platte, sitio de caza del duque. El castillo está conservado con mucho cuidado para que no se deteriore más y adorne el paisaje con sus aportilladas murallas. A la vuelta fué cuando me encontré el jardín y Kur-Saal tan brillantes y vistosos. A las seis y media fuí á la opera, más por ver el teatro que la función, en sí de poco mérito, aunque bastante bien ejecutada. El coliseo es bastante lindo, pero el concurso no era tan lucido como el del jardín. A las diez volví al Kur-Saal, y hasta las once estuve viendo el baile, menos animado de lo que me figuraba, y con tocados y atavíos de no gran gusto en general. Habíanme dicho que en cuanto al traje había un poco de escrupulosidad, y yo había seguido el aviso aderezándome un poco, cosa de que me pesó, pues sin que hubiera sido tal mi ánimo, podía pasar por extrema mi compostura al lado de otras descuidadas. Como quiera, en

pocas personas ó cosas encontré materia digna de atención, si no es la rara circunstancia de que el wals es tan indígena en esta tierra, que con él bailaban hasta polkas y galops, sin que viese otra excepción que el rigodón ó francesa, como aquí llaman. La función, como la mayor parte de las de Alemania, comienza á decaer á las once, y yo me salí con las primeras mamás soñolientas y las primeras niñas contrariadas.

16 *id.—Francfort-Sur-Main.*

De Wisbaden á Maguncia (Mayence), empleamos un cuarto de hora por el camino de hierro, que es muy bueno. En Maguncia nos paramos menos tiempo del que yo hubiera querido, pero tomados los asientos fué forzoso salir á las tres de la tarde, con lo cual no pasaron de dos horas lo que pudimos dedicar á visitar la catedral, la estatua de Guttemberg, el exterior del teatro y algunas calles. La catedral es curiosa, más que por su arquitectura, por una porción de monumentos sepulcrales que contiene, y entre los cuales los hay eminentemente característicos del poder de sus arzobispos. El edificio ha sufrido mucho con los desastres de la guerra, porque siendo esta ciudad la más fuerte de la Confederación germánica, ha tenido que sufrir sitios frecuentes con todos sus estragos; pero, sin embargo, los destrozos no han sido de la mayor cuantía, y el tipo lombardo del templo no está alterado. La estatua de Guttemberg me ha gustado poco, pues la ropa que ciñe el cuerpo está demasiado ajustada y marca sobradamente el desnudo, cosa que dice muy mal con la especie de ropón y gorro del siglo. La cabeza, sin embargo, está perfectamente modelada, y es de tanta nobleza como expresión. Los bajos relieves son muy buenos también. La fachada del teatro guarda mucha armonía con su interior, y desde este punto de vista es de lo más lógico que pueden verse. La ciudad tiene aspecto curioso por la mezcla de antiguo y

moderno que en ella se advierte, y por sus fortificaciones, que son excelentes. Allí me he despedido del Rhin, que ya no volveré á ver probablemente en bastante tiempo, pero que deja en mi imaginación recuerdos indelebles. Antes de separarme de su orilla, le leí la estrofa de despedida de Childe Harold. El camino de hierro hasta aquí no tiene particular atractivo, aunque el terreno está cultivado con esmero, lleno de frutales, y de cuándo en cuándo ofrece algunos declives y cañadas agradables. Las cercanías de este pueblo son muy agradables, y las muchas casas de campo y jardines que se encuentran, revelan la vecindad de una ciudad rica. La feria la presta nueva animación, y la afluencia es tan grande, que los hoteles todos están llenos. Después de nuestra llegada hemos visto un poco de los alrededores y pasado un largo rato en el jardín, muy agradable, á la orilla del Mein, donde había una música bastante buena. A la vuelta á casa nos detuvimos también algún tiempo en una calle para oir unas canciones alemanas que cantaba un joven, mientras otro le acompañaba con el arpa. Su voz era muy agradable, y la música no menos, principalmente por la suavidad y dulzura, cualidades que en ella dominaban. De estos músicos ambulantes hay infinitos, y ahora, con motivo de la feria, hierven en estas calles de Francfort. Ferias, museo de pinturas, cementerio, quinta de Rothschild y jardín de Mr. Bethmann con su ponderada estatua de Ariadna se quedan para mañana, y aun para pasado probablemente. La ciudad es agradable y está además llena de recuerdos, circunstancia que la recomendarían eficazmente para detenerme por unos días, si no tuviera ya deseo y aun necesidad de llegar pronto á Berlín.

17 *idem.*

A pesar de haber empleado tal cual el día, no hemos recorrido todo lo que el pueblo ofrece de curioso. El museo de pinturas es lo que más impresión me ha causado en

cuanto he visto, en especial por su escuela moderna, porque aunque la colección antigua es excelente, para quien viene de los Países Bajos no tiene gran novedad. De la escuela moderna he visto cinco ó seis cuadros que no puedo tener sino en gran estima. Huss delante del Concilio de Constanza, por Leesing, obra maestra de composición y esmero. Las Vírgenes Locas, de Schadow, excelente también por la composición y sentimiento. Daniel en la cueva de los Leones, de Rhetel, admirable figura con paños de un gusto exquisito. Una tormenta en el mar, por Achenbach, cuadro muy bien imaginado por sus accidentes, y de gran efecto. Unos frescos, de Veit, también de corrección muy laudable. Job, por Hubner, figura doliente y resignada, como no hay idea. El grupo de su mujer y amigos es muy bueno. El Eccelino, de Lessing, no me pareció tan bien como el de Huss, aunque en el dibujo y en lo acabado no le cede, y la Influencia del Cristianismo en las artes, de Overbeck, tampoco me pareció digna del gran renombre que goza, pues la composición se me figura un poco desatada, y en el colorido hay profusión de ciertas tintas nacaradas, que enfrían el cuadro extraordinariamente. En los detalles es donde se encuentran cosas de subido precio. De todas maneras, estos apuntes no son más que la primera impresión, y de consiguiente, aun para mí mismo tienen poco peso, pero mañana volveré al museo, que todos los días está abierto, y procuraré rectificar mi juicio. Después de estas pinturas, lo que no se cansa uno de admirar es la estatua de Ariadna de Dannecker en el jardín de Mr. Bethmann. Aunque en pintura no se me alcanza mucho, en escultura soy menos voto todavía; pero como quiera, esta figura merece en mi juicio ponerse al nivel de las más célebres creaciones del arte moderno. Está sentada sobre una pantera en una actitud de gran naturalidad, y desnuda enteramente. El pedestal gira sobre un eje, y la estatua se presenta sucesivamente por todos lados al espectador. Primeramente la muestran con la luz natural, y en seguida con otra luz que viene de más alto y atraviesa

una tela encarnada. Aunque no sea sino una ilusión de los ojos ver colorarse de repente aquella bellísima figura, produce una sensación particular. Entonces es cuando se comprende perfectamente la fábula de Pigmaleón. La actitud de la figura está tan bien imaginada, que á medida que da la vuelta, los ojos encuentran una cosa nueva al parecer. Imposible parece que la sola representación del cuerpo humano, por hermoso que sea, pueda ofrecer esta especie de variedad tan rica y extraordinaria; tal es la fascinación que producen aquella cabal armonía, aquellos contornos purísimos, aquella morbidez exquisita, y para decirlo todo de una vez, aquel soplo divino de la creación con que el genio ha sabido vivificar este mármol inerte. Después de este jardín fuimos á visitar el cementerio, una de las cosas más bellas que Francford ofrece. No deja de ser curioso compararlo con el del Pere Lachaisse de París, tan profano en general y atildado, y tan lleno de inscripciones pomposas ó *recherchées*, porque aquí los monumentos son tan sencillos, que en general consisten en una cruz, en que se lee el nombre de la persona, y es de mármol, de piedra de grano, ó de madera, según la clase del sujeto, sombreada por sauces llorones, y adornada y rodeada de flores. Otros monumentos se encuentran más ricos y esmerados, pero que no por eso desdicen de aquella especie de candor é ingenuidad, que sin duda debe ser el atributo más noble, así como el más general de este pueblo, cuando en todas sus cosas, y sobre todo en sus artes, está tan de manifiesto. En los cementerios de Francia parece notarse un empeño de encubrir, por lo menos de disfrazar á la muerte: en los de aquí al revés, de suavizarla y hermosearla en lo posible, sin despojarla, no obstante, de su carácter de separación y de tristeza. Si en este cementerio se apareciera, creo que se daría á conocer con aquellos versos mi querido y malogrado Espronceda.

Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores,

Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni color.
. . . . . .
No doy placer ni alegría,
Pero es eterno mi amor.

¡Tanta paz y sosiego hay en aquella morada del postrero y perdurable descanso! El monumento más notable del cementerio es el de la familia Bethmann, donde se ven un busto y unos bajos relieves de Thorvaldsen, son dignos sin duda de aquel divino cincel. El cementerio de los judíos, que está pegado, ofrece un vivo contraste, pues no se ven sino piedras sepulcrales sin flores, árboles ni adornos de ninguna clase; aridez que desentona al lado de un cuadro tan dulce y melancólicamente hermoso. De allí fuimos á ver la quinta ó por mejor decir los jardines de la quinta de Mr. Rostchild, que no tiene cosa muy notable, porque en cuanto á la rica colección de plantas que contienen, según dicen, no soy voto. Las calles están animadísimas con tanta gente, pero en las ferias no hay cosas muy raras sino es la extraordinaria cantidad de pipas. Los trajes de los tiroleses y tirolesas también son curiosos. El de ellos en especial tiene alguna analogía con alguno español y la raza es también esbelta y ligera. Venden cosas raras, y entre ellas piezas de madera labrada con ejemplar paciencia y prolijidad.

Idem por la noche.

Continuando nuestro paseo después de comer, hemos recorrido el barrio de los judíos, que aquí llegan á cinco mil, y que según dicen los ingleses se parece bastante á Monmonth Strect de Londres en lo sucio, oscuro y torcido de sus calles, como también en lo antiguo de sus edificios y en las ropavejerías y puestos de cosas extrañas que se encuentran. Las fisonomías también merecen atención, no por lo bellas, sino por lo características. Esta

parte es la que mejor idea da del Francfort antiguo, y aunque sombría y enmarañada, ó por mejor decir, á causa de eso, es sumamente pintoresca. También hemos visitado el Hôtel de Ville, cosa curiosa por los recuerdos históricos enlazados con él, pues en sus salones se celebraba la elección del emperador y gran parte de sus fiestas. La primera de estas dos circunstancias se verificaba en el mismo salón donde delibera en el día el senado de esta ciudad libre, y en su techo se ven todavía las armas de los diversos electores. El gran salón del festín, en que el emperador era servido á la mesa por reyes y príncipes, no es romboide, como dicen algunos, porque solo un ángulo sale mucho, pero sí de forma muy irregular. En las paredes estaban pintados los retratos, pero el deterioro á que habían venido hizo necesario el pintarlos de nuevo por mano de artistas distinguidos. No deja de ser curioso que el *último* lugar es el destinado para el retrato del *último* emperador de Alemania, Francisco II. Entre las nuevas figuras se distinguen las ejecutadas por artistas de Dusseldorf, escuela que cada vez voy apreciando más. Otra cosa que he visto con sumo gusto es la casa en que nació el gran Gœthe. Todavía se conserva sobre la puerta el escudo de armas de su padre, que por una singularísima coincidencia tiene tres liras. Me llamó la atención que ningún rótulo ni medallón indique que este lugar sirvió de oriente á este soberbio astro de nuestros días, principalmente cuando no se puede achacar á indiferencia en un pueblo que le ha levantado ya una estatua en la biblioteca y proyecta otra monumental para él delante del teatro. En éste fuimos á concluir la noche con una ópera cómica en alemán, cuyo argumento por lo mismo apenas pude comprender sino muy en globo, pero cuya música era muy agradable y armoniosa, con golpes verdaderamente cómicos. El local es muy hermoso, y la ejecución, así por parte de la orquesta como de los cantantes muy satisfactoria. Los músicos eran más de cuarenta, y en los coros, bastante numerosos, también había mucha afinación. La música debe estar muy adelanta-

da en este país, pues aun los músicos vagabundos que andan por las calles y caminos ejecutan con bastante buen gusto, sin embargo de ser varios de ellos chicuelos. Todavía tengo por ver la catedral, el museo de Historia natural y la biblioteca, pero mi viaje me da lugar, porque hasta pasado mañana por la noche no he encontrado asiento en la diligencia ó correo, y aun para eso, en lugar de ir por Leipzig, que es lo más corto, tengo que ir á Cassel para tomar desde allí á Hannover, desde donde por el camino de hierro iré en poco tiempo á Berlín. El rodeo es poco, y por lo demás la cosa se arregla en provecho mío, pues solo pasaré en camino una noche, y no dos que tendría que pasar de la otra manera. Lo malísimamente que me fué de Marsella á Lyón por esta circunstancia, me hará evitarla siempre que pueda. Además me han dicho que el camino es más interesante, y por otra parte podré ver algo también de estos alrededores. Mañana iremos probablemente á Homburgo.

Idem 18 *por la noche.*

Hemos pasado en este punto una parte del día, y aunque corta, hemos dado por bien empleada la expedición, porque la situación de los baños de Homburgo es deliciosa en el centro de un anfiteatro de montañas cubiertas de bosques muy frondosos. Una gran porción de casas nuevas atestiguan la nombradía que van cobrando estas aguas, cuyas virtudes medicinales deben encontrar ayuda no pequeña en las escenas que las rodean. Lo que sobre todo es magnífico es el Kur-Saal, que según dicen ha costado dos millones de reales á los especuladores franceses que lo han levantado. No es de extrañar, pues hay infinidad de mármoles y aun frescos de pintores italianos modernos. El juego, dios vil, á que han edificado este templo, no dejará de reembolsar pronto á sus edificadores. Allí comimos perfectamente, y yo que no bebí vino, no gasté sino un florín, ó dos pesetas, en una comida de quince platos tal vez.

Esto os prodigiosamente barato en Alemania, aunque el número de huéspedes lo explica. Después de comer dimos una vuelta por los jardines del palacio del Landgrave, que después de la muerte de la Landgravina están un poco descuidados, pero que sin embargo son unos hermosos jardines á la inglesa. El palacio no tiene de notable sino una gran torre en un patio, resto de un antiguo castillo, y que forma el objeto más visible en el paisaje. El camino hasta Homburgo está todo él en cuesta, pero la mayor parte tan suavizada que en general solo al bajar se advierte el declive. La carretera, perfectamente conservada como todas las que hasta ahora he visto por esta tierra, y guarnecida casi toda de árboles frutales, manzanos y perales en general, que este año están ahorquillados para sostener el fruto. De cuándo en cuándo se encuentran asientos para la gente de á pie con otro poyo más alto para la carga. Al pasar de un estado á otro (pues no son menos de tres los que se encuentran en las nueve millas ordinarias que hay á Homburgo) se tropieza con las armas del príncipe del estado, pintadas de colores tan vivos, que parecen frescas todavía, y enfrente el nombre en sendos pilares de madera pintados asimismo. El movimiento de omnibus, diligencias, carros, y sobre todo carruajes de posta, es infinito. Verdad es que la feria ayuda mucho. Por la noche volvimos á Francfort para ir al teatro y ver un hombre que cantaba duos él solo: cosa de ventríloco mas que de artista, y en todo caso *tour de force* nada más. Sin embargo, lo aplaudieron á rabiar. Más entretenidas fueron unas danzas ejecutadas por chicos con un aplomo y seguridad pasmosos. Los dos actos de Roberto el Diablo, verdadero aliciente que me llevaba al teatro, salieron bastante mal. La prima dona cantó sin embargo bastante bien el famaso pasaje de *¡grace grace!* aunque no igualó á una maestra de piano que lo cantó un día en París en casa de Mr. Gasc. La música es soberbia.

18 *por la tarde.*

Mister Crawford y su señora se han ido esta mañana á Heidelberg, y yo me iré esta noche á Cassel. He empleado mi soledad (agradable casi siempre para mí, aunque sin duda peligrosa) en visitar la catedral, que no tiene nada de curioso sino su grande antigüedad y sus recuerdos históricos. En ella se coronaban los emperadores, y en ella predicó San Bernardo la cruzada á un auditorio entusiasta. También he visitado la iglesia de San Leonardo, que ocupa el lugar del palacio de Carlo Magno; el Haalhoff, que también ocupa una parte del lugar donde estaba el palacio de los emperadores Karlovingianos; el palacio de los caballeros teutónicos, que aún se conserva en el arrabal de Sachsenhausen; y la biblioteca, cuya principal alhaja es la estatua de Gœthe, de mano de Marchesi. Por último, he venido al museo, donde he empleado dos horas repasando los cuadros modernos. No he alterado el juicio del otro día sino en cuanto al cuadro de Oberbeck. La Influencia del Cristianismo en las Artes, cuya composición atentamente considerada me parece mucho mejor que antes de ayer, aunque lo acabado de las figuras perjudica al efecto general. Por lo demás, esta escuela, como todas las creaciones severas y meditadas, gana en el examen. Su defecto consiste tal vez en la preponderancia casi exclusiva del sentimiento sobre la fantasía, y del esmero en la ejecución sobre la libertad de los toques, pero este es defecto que á los ojos de la filosofía del arte aparecerá dudoso, y que de todas maneras lleva en sí el germen fecundo del estudio y de la conciencia. No se paga del efecto, sino del juicio y del análisis, y bien puede decirse que los más severos no deben intimidarla. Todavía no he visto nada del famoso *Cornelius*, pero si tan buenos son los discípulos mucho hay que esperar del maestro. Entre los cuadros de la exposición hay algunos muy lindos.

Cassel, 20 de Setiembre.

Como era de esperar, pasé la noche muy mal con mis acostumbradas ansias de estómago, y vomitando mucho, cosa que me deja muy postrado. Sin embargo, con el día me animé lo bastante para disfrutar la linda serie de paisajes que ofrece el camino de Francfort aquí. Todo él discurre por valles y montañas cruzando varios ríos, y atravesando cuencas y vegas más espaciosas en que el horizonte se ensancha. Los cuadros eran verdaderamente del Norte; las montañas estaban en general cubiertas de hermosísimos pinares; el día ha estado turbio y lluvioso, y los muchos vapores flotantes que coronaban las cimas vestidas de árboles y bajaban muchas veces hasta las cañadas junto con el vivo color de los prados y verdura de todo género, pertenecía ya á esta naturaleza cuyo tocado son las nieblas y su vestido la verdura. El camino bueno, los campos bien cultivados, pero la gente parece pobre. Donde nos paramos á comer nos dieron pan de centeno, y entre los platos jamón crudo. Los árboles de la orilla del camino estaban llenos de una especie de fruto encendido como el mejor coral, y que lavado y esmaltado con la lluvia hacía hermosa vista. En general he encontrado muchas analogías con otros parajes de las montañas de León, aunque esto es más abierto. No han faltado iglesias y castillos en este extenso panorama, pero después de visto el Rhin todo ello parece juego para niños. Geológicamente debe ser curioso este país, y una montaña que encontramos á la izquierda viniendo, me llamó la atención por su corona de peñascos, que á lo lejos figuran una especie de ciudadela. Los hermosos bosques que por todas partes se encuentran forman la facción más prominente del camino, y le dan indecible variedad. Si Castilla los tuviera, su faz cambiaría enteramente, porque en sus llanuras no deja de haber collados y desigualdades, y su clima ganaría lo que no es decible.

Las comparaciones de todas clases que con mi pobre España hago me sirven de poquísimo gusto, aunque del carácter y cualidades intelectuales de nuestro pueblo hay derecho para esperar mucho. Esta ciudad está en una altura que domina el Fulda y su hermoso valle, y tiene calles y plazas espaciosas. Es cuanto he podido ver, porque llegamos á las seis, después de veintiuna horas de camino. Al cabo tengo que irme á Berlín por Bruuswick. La feria de Leipzig me ha cerrado también el camino de Halle, pero el rodeo es corto. Mañana salgo, y si el cansancio y desazón de hoy me permiten madrugar, todavía daré una vuelta por la ciudad.

Gœtingue 21.

Como no salí de Cassel hasta las diez, tuve lugar de reponerme de la mala noche anterior y recorrer un poco la ciudad, que es muy alegre y despejada en la parte nueva, situada en un altonazo sobre el Fulda, con una plaza que dicen ser la mayor de Alemania, y calles tiradas á cordel y cortadas en ángulos rectos. La ciudad antigua está más baja, y no ofrece gran atractivo, porque sus calles y casas, á pesar de su fecha, no son venerables, ni pintorescas siquiera. Las vistas que se disfrutan desde la gran plaza por el lienzo que han dejado sin edificios para este fin, son muy agradables por las frescas orillas del río y por las montañas que como en anfiteatro limitan el horizonte. Los jardines, alamedas y bosques están esparcidos con profusión en sus afueras, bien es verdad que en toda Alemania veo prestar gran atención á estos atractivos naturales, que sin duda son causa ocasional de la dulzura y suavidad de carácter y costumbres. El camino hasta Münden es sumamente agradable, y la bajada al delicioso valle del Fulda por medio de bosques, los mejores que he visto tal vez en esta tierra, y de barrancos que abrían hermosas quebradas de cuándo en cuándo, especialmente pintoresco. Los ingleses comparan este valle al de Laangollen, en el principado de Waller: yo podría compararlo á una porción de la provincia de

León. Al fin de él el Fulda se junta con el Werra, y entrambos toman el nombre de Wesser, navegable desde allí hasta el mar, en prueba de lo cual vimos un vapor anclado á la orilla. El camino desde allí, si no fuera por sus bosques y unos estrechos vallecillos que se encuentran poco después de Münden, se parecería á Campos. Aun así seguramente no tiene mucho de agradable para quien deja atrás tan hermosos teatros. Aquí he llegado por la tarde, y no siendo ya hora de visitar la universidad ni biblioteca, cosa la más notable de la ciudad, la he rodeado por sus murallas, plantadas de árboles á cada lado, y que ofrecen una vista muy agraciada de las cercanías. La ciudad está rodeada de pequeñas y suaves montañas, y en sus antiguos fosos hay jardines y paseos muy lindos y risueños. Parte de ellos ocupan huertas con frutales, parte son juncales donde abundan las aves acuáticas, y por último una balsa de agua formada por la compresa para recoger una acequia en la ciudad, viene á ocupar otra porción. Pegado está el cementerio, lleno de monumentos y de cruces, con los mismos árboles y los mismos céspedes y flores que en Francfort. Entre los árboles sobresalían los sauces llorones, y entre los monumentos las pirámides, y todo ello, al lado de aquel espejo líquido en que se reflejaban las copas de los unos y las puntas de los otros, formaba un cuadro de una serenidad y melancolía solo comparable con la que reinaba en el aire y en la luz apagada casi del todo por la noche. Cuando me retiré á mi casa, dos ó tres hombres y una mujer se retiraban también por debajo de la muralla, cantando una canción de una dulzura y melodía particulares, aunque monótona. En este pueblo he encontrado muchas buenas figuras en hombres y mujeres, pero la soledad de sus calles ahora que está la universidad cerrada, es muy grande. Ya estoy muy cerca del término de mi viaje por ahora, tan cerca que acaso llegaré á Berlín mañana por el camino de hierro de Brunssvick. Aunque en el viaje me ha ido muy bien, no dejo de desear hacer algo por mi comisión, y así me alegro de acabarlo por ahora.

Hannover, 22 de Setiembre.

No por el camino de hierro como pensaba, sino en el mismo carruaje en que salí de Gotingue, he seguido hasta este punto, donde llegamos á las cinco de la tarde. No me pesa de mi determinación, pues ha tenido los bastantes atractivos y variedad para no hacer molesta nuestra jornada de doce horas. El terreno es desigual, pero suave, y las bajas cordilleras, que más cerca ó más lejos siempre se divisan y acompañan el camino hasta muy cerca de aquí, ofrecen términos y vistas agraciadas, que el contraste con espaciosos valles y llanuras, y el adorno de infinitos soberbios bosques que sombrean las colinas, realzan vivamente. El país me ha parecido fértil en general: la mayor parte de los panes estaban segados, pero sembrados en gavillas todavía por las tierras, mientras otros todavía en pie, anunciaban que la faena no estaba terminada. El camino, casi sin interrupción, está orlado de ciruelos, manzanos y perales, y en especial de los segundos, y como entre ellos abunda un género de manzana encendida como el granate, de que hay gran cosecha este año, ofrecía gran variedad de tintas, con lo rubio de los panes y lo verde de las hojas. Entre los valles y cañadas he encontrado algunos que se parecen á los del Bierzo, no en las orillas del Sil ó del Cua, sino en la parte más seca hacia Fresnedo. La ventaja, sin embargo, estaba por los de aquí, pues no se sabe cuán noble y aun magnífico accidente es el de estos bosques. Al llegar aquí las montañas quedan á la espalda y comienza la inmensa llanura que tiene el Báltico por límite. La ciudad, que he visto á la luz ya del crepúsculo, tiene dos partes, aunque están barajadas entre sí, la nueva, que es de casas hermosas y regulares, y la antigua, más confusa, pero más pintoresca sin duda. Como lo oscuro de estos climas hace necesaria mayor iluminación, las fachadas tienen mucho más de cristal que de fábrica, y

puede decirse que las ventanas ocupan cuanto no es indispensable al sostén del edificio. De aquí resultaba, sobre todo al retirarme á casa, un efecto de luz muy curioso, porque aquellas largas filas de cristales figuraban otras tantas zonas luminosas, en que las tintas pálidas pero resplandecientes del ocaso, reflejaban vivamente con sus cambiantes raros, mientras la parte inferior de las calles estaba cubierta de sombra, que en vano se esforzaban á disipar los faroles, incapaces de competir con el vivo fulgor de sus rivales. No añadían poco á este raro efecto de luz los rayos de la luna, que pasando por alguna calle estrecha y donde no podían penetrar los vislumbres del horizonte, se fundían de una manera extraña en este cuadro, que por un rato me ha tenido ocupado agradablemente. El río, que atraviesa por medio de la población, contribuye á animarlo, y en el sitio por donde entramos forma una especie de canal ó balsa de traza semejante, donde la gente se pasea en botes. Los paseos, á que no pude echar sino una pasajera mirada, me parecieron muy frescos y amenos; verdad es que con un día tan claro y hermoso como el que hemos traído, y á la misteriosa luz del oscurecer, poco podía parecer feo. Las gentes, sobre todo mujeres, bien parecidas. Muchas de ellas gastan un tocado particular con unas cintas que producen muy buen efecto. No sé si me detendré mañana, pues para llegar á Berlín se necesitan catorce horas de camino de hierro, y me siento un poco molido; pero por otro lado aquí hay poco que observar, y tengo ya gana de verme un poco asentado. El tren sale también tan temprano, que hay que levantarse á las cuatro de la mañana si se quiere llegar á Berlín á una hora regular. Puede que adopte un término medio, llegando á Magdeburgo mañana, y pasado mañana temprano á Berlín.

Magdeburgo, 23 de setiembre.

Al cabo salí de Hannover por el tren de las diez, y de consiguiente no he pasado de este punto. El país, que he cruzado, no tiene nada de agradable, sobre todo las cercanías de este pueblo, muy parecidas á Campos en lo fértiles en granos y en lo áridas y secas. Por otros puntos hemos atravesado bosques como todos los de este país, frondosos y bien cultivados. De cuándo en cuándo hemos visto en el horizonte una corta cadena de montañas: estos han sido todos los atractivos del camino, unidos á un día frío, nublado y desagradable. La jornada es de ocho horas, por el tiempo que se pierde en las paradas. En Brussvick la detención es de cerca de una hora, que aproveché en dar un vistazo por el pueblo, y en ver lo exterior de la catedral, lombarda y venerable en su origen, añadida después con capillas y adornos góticos de buen gusto. Cerca de ella hay un edificio con una especie de galería de arcos apuntados, que no sé á qué uso estaría destinada, aunque, sea el que fuere, sus líneas son verdaderamente elegantes. El pueblo, de grande antigüedad y curioso aspecto. El palacio ducal no tuve lugar de ver ni aun por fuera. Aprovechando lo poco de luz que en el aire quedaba, y á pesar de la lluvia que comenzaba á caer, he ido á visitar la catedral, que es primorosa (es decir por fuera), y que en mi juicio marca bien la transición de lo lombardo á lo gótico, pues en medio de tener las ventanas apuntadas, están flanqueadas de columnas lombardas con capiteles labrados, y al mismo tiempo que es muy alta, su sistema de presión es vertical, sin botareles ni apoyo alguno lateral. Si antes de la salida del tren de Berlín tengo mañana tiempo de verla mejor, y sobre todo por dentro, no dejaré de ir. Esta ciudad está á la orilla del Elba, y los muchos barcos que en él se ven, dan una idea de su floreciente comercio, que en efecto debe serlo si, como dicen, es el depósito general de Alemania

para todas las mercancías que por aquel río entran. Dos recuerdos especiales me ha traído su vista: el uno de mi niñez, y el otro de pocos años á esta parte. Es el primero el del barón Trenck, cuyo cautiverio y aventuras, tan ansiosamente leía en mi primera edad, bien ajeno entonces de que algún día había de visitar su teatro; y el otro el tremendo cuadro que traza Schiller de su destrucción, cuando después de su noble defensa cayó en manos del feroz Tilly durante la guerra de treinta años. Mañana saldré para Berlín, término de mi viaje.

ÍNDICE.

CRÍTICA LITERARIA.

Primera representación de doña Mencía, drama original en tres actos y en verso; su autor don Juan Eugenio Hartzembusch..... *pág.* 3
Primera representación del Macbeth, drama histórico en cinco actos compuesto en inglés por Welliam Shakspeare, traducido al castellano por don José García de Villalta..... 21
Poesías de don José Zorrilla (juicio de esta obra)..... 38
Cuentos de E. F. Hoffmann vertidos al castellano por don Cayetano Cortés..... 49
Teatro escogido del maestro Tirso de Molina..... 58
Revista teatral..... 65
Poesías de don José Espronceda..... 76
Luis Vives..... 90
Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos pertenecientes á la marina castellana, y de los descubrimientos españoles en Indias por don Martín Fernández de Navarrete..... 116
Romances históricos por don Angel Saavedra, Duque de Rivas..... 146
El movimiento de España, ó sea historia de la revolución conocida con el nombre de «Las Comunidades de Castilla» escrita en latín por el presbítero don Juan Maldonado, traducida al castellano é ilustrada con algunas notas por don José Quevedo..... 166

Trabajos históricos de la sociedad de anticuarios del Norte en Copenhague 177
De la literatura y de los literatos de los Estados-Unidos de América por Eugenio Vail 187
Bosquejos de España (Sketches in Spain) por el capitán S. E. Cook de la marina real inglesa 200

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES Y DE VIAJES.

El anochecer en San Antonio de la Florida 237
El pastor trashumante 252
Los montañeses de León 264
Los Pasiegos 280
Los Maragatos 286
El castillo de Simancas 293
Una visita al Escorial 305
Bosquejo de un viaje á una provincia del interior 319
Rouen 405
Diario de viaje 425

Esta obra se halla de venta en Madrid, á 7 pesetas cada tomo, en las librerías de los *Sres. Viuda é Hijo de Aguado*, Pontejos, 8; *Murillo*, calle de Alcalá; *Fe*, Carrera de San Jerónimo, y *López*, calle del Carmen.

Los pedidos se dirigirán á la primera de las librerías indicadas.

BINDING LIST NOV 15 1949

LS
G4895p
494192
Gil y Carrasco, Enrique
Obras en prosa ... coleccionadas por
Joaquín del Pino y Fernando de la Vera é Isla.
v.2.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET